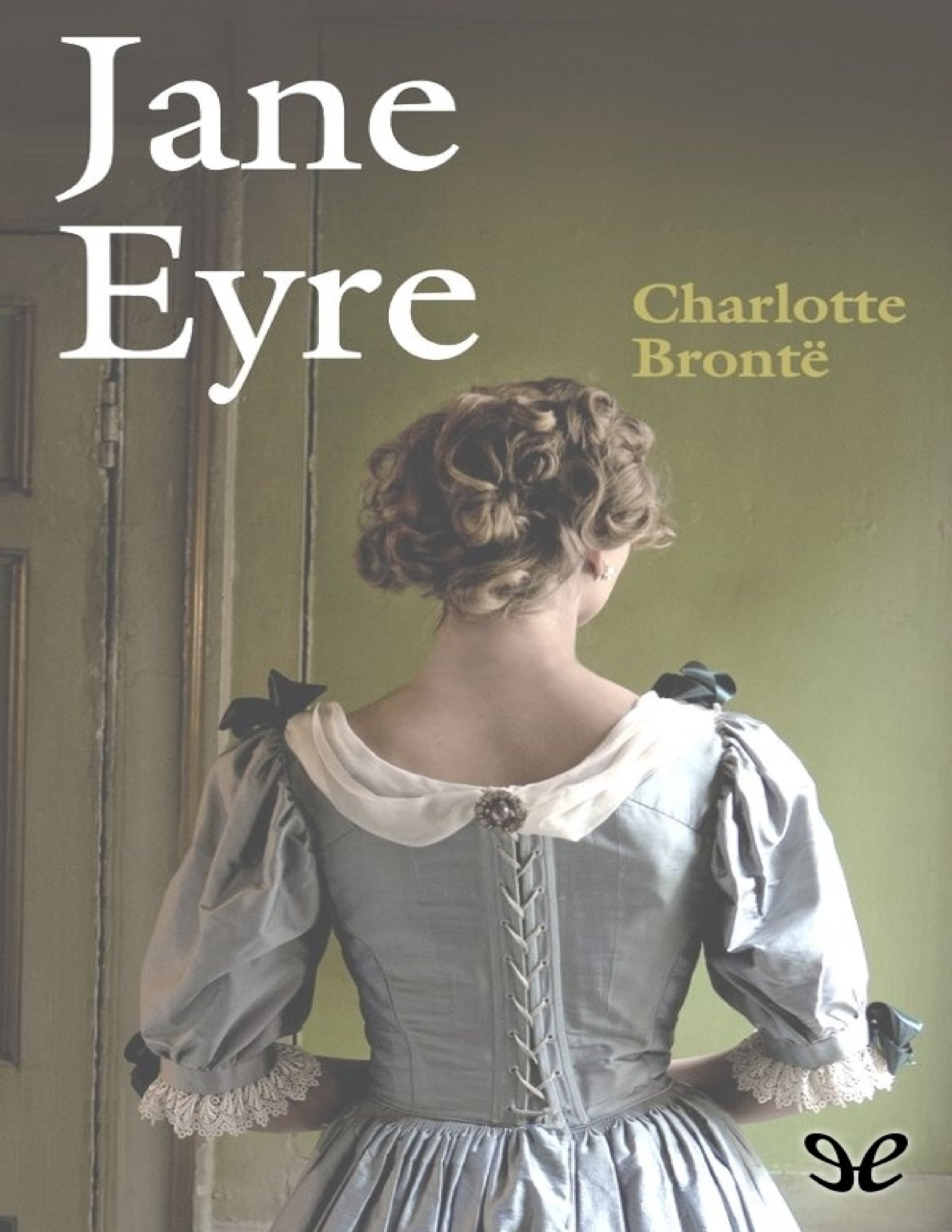

Jane
Eyre
Charlotte
Brontë

Singular desde su complicada infancia de huérfana, primero a cargo de una tía poco cariñosa y después en la escuela Lowood, Jane Eyre logra el puesto de institutriz en Thornfield Hall, para educar a la hija de su atrabiliario y peculiar dueño, el señor Rochester. Poco a poco, el amor irá tejiendo su red entre ellos, pero la casa y la vida de Rochester guardan un estremecedor y terrible misterio.



Charlotte Brontë

Jane Eyre

ePub r1.2
Titivillus 18.05.2021

Título original: *Jane Eyre*
Charlotte Brontë, 1847
Traducción: Elizabeth Power

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Prefacio

Al no ser necesario hacer un prefacio a la primera edición de *Jane Eyre*, no lo hice. Esta segunda edición requiere unas palabras, tanto de agradecimiento como de comentario diverso.

Debo expresar mi agradecimiento a tres sectores.

Al público, por su indulgencia al aceptar una narración sencilla con pocas pretensiones.

A la prensa, por su honrado apoyo a un aspirante desconocido.

A mis editores, por su ayuda y su tacto, su energía, su sentido práctico y su generosidad para con un autor desconocido sin recomendaciones.

La prensa y el público solo son personificaciones imprecisas para mí, y debo darles las gracias de forma imprecisa; pero mis editores son de carne y hueso, como también lo son ciertos críticos magnánimos, que me han alentado como solo las personas nobles de gran corazón saben animar a un luchador desconocido. A estas personas, es decir, a mis editores y a estos buenos críticos, les digo: caballeros, les doy las gracias desde el fondo de mi corazón.

Habiendo mencionado de esta forma lo que les debo a aquellos que me han ayudado y aprobado, dirijo mi mirada a otro grupo; un grupo pequeño, por lo que sé, pero no por eso debo descuidarlo. Me refiero a unos cuantos timoratos o criticones que desconfían de tales libros como *Jane Eyre*, a cuyos ojos, todo lo que se sale de lo común está mal; y cuyos oídos detectan, en todas las protestas contra la intolerancia —padre de todo delito—, una ofensa contra la piedad, regente de Dios sobre la tierra. A estos recelosos, quisiera

proponer algunas distinciones evidentes, y recordarles ciertas verdades básicas.

El convencionalismo no es la moralidad. La santurronería no es la religión. Atacar aquella no es defender esta. Quitarle al fariseo su careta no significa alzar la mano contra la Corona de Espinas.

Estos asuntos y hechos son diametralmente opuestos; son tan diferentes como lo son el vicio y la virtud. Los hombres los confunden con demasiada frecuencia; no deberían hacerlo; las apariencias no deben confundirse con la verdad; las rígidas doctrinas humanas, que tienden a alborozar y regocijar a solo unos pocos, no deberían sustituir el credo redentor de Cristo. Existe —repito— una diferencia; y es una acción buena, no mala, marcar fuerte y claramente la línea divisoria entre ambos.

Puede que al mundo no le agrade ver separadas estas ideas, pues siempre ha acostumbrado a mezclarlas, prefiriendo que los signos externos se hagan pasar por el valor intrínseco, y dejar que los muros blanqueados se tomen por pulcros santuarios. Puede que odie a los que se atreven a examinar y desenmascarar —a levantar el oropel para descubrir el vil metal— a penetrar el sepulcro y mostrar los restos mortales; pero, por mucho que quiera odiarlos, está en deuda con ellos.

A Ajab no le agradaba Miqueas, porque no le vaticinaba nunca nada bueno, sino solo malo: probablemente le gustase más el hijo adulador de Quenana. Sin embargo, Ajab hubiera podido librarse de una muerte cruenta si hubiera hecho oídos sordos a la adulación para escuchar buenos consejos.

Existe hoy día un hombre cuyas palabras no las plasma para deleitar oídos delicados, quien, a mi modo de ver, se presenta ante los grandes de la sociedad como se presentó antaño el hijo de Jimla ante los reyes de Judá e Israel, y dice una verdad tan profunda como aquel con una fuerza igualmente profética y vital y un porte tan intrépido y osado como el suyo. ¿Es admirado en los lugares importantes el autor satírico de *La Feria de las Vanidades*? No lo sé; pero pienso que si algunos de aquellos a los que arroja el fuego

griego de su mordacidad y a los que muestra el hierro candente de su denuncia hicieran caso de sus advertencias, quizás ellos o su progenie se librasen de un Ramot Galad fatal.

¿Por qué he mencionado a este hombre? Lo he mencionado, lector, porque veo en él un intelecto más profundo y más original de lo que han reconocido hasta ahora sus contemporáneos; porque lo considero el principal reformador social del momento, el maestro de aquellos que trabajan para que el sistema torcido de las cosas se enderece; porque creo que ningún comentarista de sus escritos ha hallado aún el paralelismo que le corresponda o los términos que caractericen debidamente su talento. Dicen que se parece a Fielding: hablan de su ingenio, su humor, su sentido de lo cómico. Se parece a Fielding como se parece un águila a un buitre: Fielding se arroja sobre la carroña, pero Thackeray no lo hace nunca. Su ingenio es brillante y su humor atractivo, pero ambas cualidades se corresponden con su genio serio tanto como los brillantes relámpagos, jugueteando bajo los bordes de las nubes estivales, se corresponden con el rayo mortal que se oculta en sus entrañas. Finalmente, he aludido al señor Thackeray porque a él —si es que acepta este tributo de un total desconocido— he dedicado esta segunda edición de *Jane Eyre*.

CURRER BELL.
21 de diciembre de 1847.

Volumen I

Capítulo I

No pudimos salir a pasear aquel día. De hecho, aquella mañana habíamos pasado una hora deambulando entre los arbustos desnudos; pero, desde la hora del almuerzo (cuando no había visita, la señora Reed comía temprano), el frío viento invernal había traído unas nubes tan oscuras y una lluvia tan penetrante que volver a salir de la casa era impensable.

Yo me alegré: nunca me gustaron los paseos largos, sobre todo en las tardes frías; me horrorizaba volver a casa a la caída de la tarde con los dedos helados y el corazón entristecido por las reprimendas de Bessie, la niñera, y humillada por saberme físicamente inferior a Eliza, John y Georgiana Reed.

Los tales Eliza, John y Georgiana se encontraban reunidos en torno a su madre en el salón: esta estaba echada con aspecto totalmente feliz en un sofá junto a la chimenea, rodeada de sus retoños, que, en aquel momento, ni reñían ni lloraban. A mí me había dispensado de reunirme con el grupo con el pretexto de que «lamentaba verse obligada a mantenerme a distancia, pero que, hasta que Bessie no le confirmara y ella no observara por sí misma que intentaba de todo corazón adquirir un temperamento más sociable y propio de mi condición de niña, y unos modales más atractivos y alegres —algo, por así decirlo, más ligero, franco y natural—, realmente debía excluirme de los privilegios otorgados solamente a los niños contentos y felices».

—¿Qué dice Bessie que he hecho? —pregunté.

—Jane, no me gustan los quisquillosos ni los preguntones. Además, encuentro verdaderamente desagradable que una niña conteste de esta manera a sus mayores. Ve a sentarte en algún sitio; y hasta que no tengas cosas agradables que decir, quédate callada.

Al lado del salón había una pequeña salita, donde me escabullí. Había una librería; enseguida me hice con un tomo, asegurándome de que contuviera muchas ilustraciones. Me encaramé al poyo de la ventana, encogí las piernas y me quedé sentada a lo turco; allí, habiendo corrido casi del todo la cortina de lana roja, me hallaba doblemente retirada del mundo.

A mi derecha, me ocultaban los pliegues de tapicería escarlata, y, a mi izquierda, estaban las lunas transparentes de la ventana, que me protegían, sin separarme, del melancólico día de noviembre. A ratos, al volver las hojas de mi libro, estudiaba el aspecto de la tarde invernal. A lo lejos se divisaba una pálida capa de niebla y nubes; más cerca, el césped mojado, los arbustos zarandeados por la tormenta y la lluvia incesante que barría el paisaje, salvajemente empujada por una ráfaga larga y lúgubre.

Volví a mi libro: *La historia de las aves británicas* de Bewick, cuyo texto me interesaba poco en términos generales; sin embargo, contenía ciertas páginas introductorias que, aun siendo una niña, no podía pasar por alto. Eran aquellas páginas que trataban de los nidos de las aves marinas, de «las rocas y promontorios solitarios» ocupados solo por ellas, de la costa de Noruega, tachonada de islas desde su punto más meridional, Lindeness o Naze, hasta Cabo Norte:

Donde el Mar del Norte, en gigantescos remolinos,
bulle en torno a las desnudas islas melancólicas
del lejano Thule; y el embate del Océano Atlántico
se agolpa entre las tormentosas islas Hébridas.

Tampoco escapaba a mi atención la mención de las desiertas orillas de Laponia, Siberia, Spitzbergen, Nueva Zembla, Islandia, Groenlandia, con «la vasta extensión de la zona ártica y las desoladas regiones de espacio monótono, ese depósito de escarcha y nieve, donde sólidos campos de hielo, acumulados en montañas alpinas y pulidos por siglos de inviernos, rodean el polo y concentran los múltiples rigores del frío extremado». Formé una idea propia de estas regiones de mortal palidez: llenas de sombras, como todas aquellas nociones medio comprendidas que pululan por los cerebros de los niños, indistintas pero extrañamente impresionantes. Las palabras que figuraban en estas páginas introductoras se relacionaban con las imágenes que les seguían, y explicaban la roca que se erguía solitaria en un mar de olas y espuma, el barco destrozado y abandonado en una costa desolada, la luna fina y pálida que, a través de jirones de nubes, espiaba un barco que naufragaba.

No puedo saber qué sentimiento poblaba el cementerio solitario con sus lápidas grabadas, su puerta, sus dos árboles, su horizonte plano, circundado por un muro roto, y la luna creciente recién salida, que atestiguaba la caída de la tarde.

Los dos barcos navegando en un mar aletargado me parecían fantasmas marinos.

Pasé rápidamente el diablo que sujetaba el fardo de un ladrón a su espalda: me inspiraba terror.

También me lo inspiraba la negra figura cornuda sentada a solas en una roca, que vigilaba a lo lejos a una muchedumbre agrupada alrededor de una horca.

Cada imagen contaba una historia, a menudo misteriosa para mi comprensión rudimentaria y mis sentimientos imperfectos, pero fascinante a pesar de ello; tan fascinante como los cuentos que Bessie contaba a veces en las tardes de invierno, si estaba de buen humor. En aquellas ocasiones, habiendo acercado su tabla de planchar a la chimenea del cuarto de los niños, nos permitía sentarnos alrededor, y mientras ella se ocupaba de fruncir las

puntillas de la señora Reed o plegar los bordes de sus gorros de dormir, alimentaba nuestra ávida curiosidad con historias de amor y aventuras sacadas de viejos cuentos de hadas y romances, o (como descubrí más tarde) de las páginas de *Pamela* y *Henry, Conde de Moreland*.

Con el Bewick en mi regazo, era feliz, por lo menos feliz a mi manera. Lo único que temía era que me interrumpieran, lo que sucedió demasiado pronto. Se abrió la puerta de la salita.

—Eh, ¡señora Morros! —gritó la voz de John Reed. Enseguida se calló, ya que la habitación estaba aparentemente vacía.

—¿Dónde demonios estará? —continuó—. ¡Lizzy! ¡Georgy! —llamando a sus hermanas—. Joan no está aquí; decidle a mamá que ha salido bajo la lluvia, mal bicho que es.

«Menos mal que he corrido la cortina», pensé, deseando con todas mis fuerzas que no descubriese mi escondrijo. De hecho, no lo hubiese encontrado por sí mismo, ya que no era muy agudo ni de vista ni de ingenio, pero Eliza se asomó a la puerta y dijo enseguida:

—Seguro que está en el poyo de la ventana, Jack.

Salí inmediatamente, porque temblaba ante la idea de que Jack me fuera a sacar a la fuerza.

—¿Qué quieres? —le pregunté con torpe timidez.

—Di «¿qué quiere usted, señorito Reed?» —fue su respuesta—. Quiero que vengas aquí —y, sentándose en una butaca, me hizo seña de que me acercara y me quedara de pie ante él.

John Reed era un colegial de catorce años, cuatro más que yo, que tenía solo diez; era grande y gordo para su edad, con la piel mate y enfermiza, facciones groseras en un rostro ancho, brazos y piernas pesados, manos y pies grandes. Solía atracarse en la mesa, por lo que era bilioso, de ojos apagados y legañosos y mejillas fláccidas. En aquellas fechas debía estar en el colegio, pero su querida madre lo había llevado a casa durante un mes o dos «por su delicada salud». El maestro, el señor Miles, aseguraba que estaría perfectamente si se le enviasen menos pasteles y dulces; pero el corazón de su madre rechazaba tan dura opinión y se empeñaba en

creer la idea más benigna de que su mala salud se debía al exceso en los estudios y, quizás, a la añoranza de su casa.

John no quería mucho a su madre ni a sus hermanas, y a mí me odiaba. Me fastidiaba y maltrataba, no dos o tres veces a la semana ni dos o tres veces al día, sino todo el tiempo: cada uno de mis nervios lo temía, cada pedazo de carne que cubría mis huesos se encogía cuando él se acercaba. Había momentos en los que me desconcertaba el terror que me producía, ya que no tenía ninguna defensa posible contra sus amenazas ni sus malos tratos; los criados no querían ofender a su joven amo poniéndose de mi parte, y la señora Reed era sorda y ciega en este asunto: jamás lo vio pegarme ni lo oyó insultarme, a pesar de que ambas cosas ocurrían en su presencia de vez en cuando, aunque más frecuentemente a sus espaldas.

Acostumbrada a obedecer a John, me acerqué a su sillón; invirtió unos tres minutos en sacarme la lengua cuan larga era sin dañar la raíz; sabía que no tardaría mucho en pegarme y, aunque temía el golpe, reflexionaba sobre el aspecto feo y repugnante del que había de asestarlo. Me pregunto si leyó estas ideas en mi cara porque, de repente, sin decir palabra, me pegó con todas sus fuerzas. Me tambaleé y, al recobrar el equilibrio, retrocedí un paso o dos.

—Eso por tu impertinencia al contestar a mamá hace un rato —dijo—, y por tu manera furtiva de meterte detrás de las cortinas, y por la mirada que tenías en los ojos hace dos minutos, ¡rata asquerosa!

Habituada a las injurias de John Reed, nunca se me hubiera ocurrido contestarle; mi preocupación era aguantar el golpe que estaba segura seguiría al insulto.

—¿Qué hacías detrás de la cortina? —me preguntó.

—Leía.

—Enséñame el libro.

Volví junto a la ventana para cogerlo.

—No tienes por qué coger nuestros libros; dependes de nosotros, dice mamá; no tienes dinero, pues tu padre no te dejó

nada, y deberías estar pidiendo limosna, no viviendo aquí con nosotros, hijos de un caballero, comiendo lo que comemos nosotros y llevando ropa comprada por nuestra querida madre. Yo te enseñaré a saquear mi biblioteca, porque es mía: toda la casa es mía, o lo será dentro de unos cuantos años. Ve y ponte al lado de la puerta, apartada del espejo y de las ventanas.

Así lo hice, sin darme cuenta al principio de lo que pretendía, pero cuando vi cómo levantaba el libro y lo apuntaba, y se ponía en pie para lanzarlo, instintivamente me eché a un lado con un grito de miedo, pero demasiado tarde. Arrojó el tomo, me dio, caí y me golpeé la cabeza contra la puerta, hiriéndome. El corte sangraba, y el dolor era fuerte, pero mi terror había disminuido y otros sentimientos acudieron en su lugar.

—¡Eres perverso y cruel! —dije—. ¡Eres como un asesino, un tratante de esclavos, un emperador romano!

Había leído la *Historia de Roma* de Goldsmith, y ya tenía opinión propia sobre Nerón, Calígula y los demás. En mi fuero interno, había visto más similitudes, pero nunca pensé decirlas en voz alta de este modo.

—¿Qué? ¿qué? —gritó—. ¿Será posible que me diga estas cosas? ¿La habéis oído, Eliza y Georgiana? Se lo voy a contar a mamá, pero primero…

Se abalanzó sobre mí. Sentí cómo me cogía del pelo y del hombro, pero se las veía con un ser desesperado. Para mí era realmente como un tirano o un asesino. Sentí deslizarse por mi cuello unas gotas de sangre de la cabeza, y era consciente de un dolor punzante. Estas sensaciones eran temporalmente más fuertes que el miedo, y me defendí frenéticamente. No sé exactamente lo que hice con las manos, pero me llamó «¡rata! ¡rata!» y berreó con fuerza. Llegaban refuerzos: Eliza y Georgiana habían salido corriendo en busca de la señora Reed, que había subido al piso superior. Entonces entró en escena, seguida por Bessie y Abbot, su doncella. Nos separaron; oí que decían:

—¡Vaya, vaya! ¡Qué fiera, atacar así al señorito John!

—¿Se ha visto alguna vez semejante furia?

Entonces intervino la señora Reed:

—Lleváosla al cuarto rojo y encerradla ahí —cuatro manos cayeron inmediatamente sobre mí y me llevaron escaleras arriba.

Capítulo II

Me resistí durante todo el camino, algo inusitado por mi parte, que reforzó la mala impresión que Bessie y Abbot ya estaban predispuestas a albergar sobre mí. A decir verdad, estaba alterada, o más bien «fuera de mí», como dirían los franceses; me daba cuenta de que un solo momento de rebeldía ya me había hecho merecedora de extraños castigos, y, como cualquier esclavo rebelde, estaba dispuesta, desesperada como me sentía, a hacer lo que fuera.

—Sujétele los brazos, señorita Abbot; parece un gato salvaje.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! —gritaba la doncella—. ¡Qué comportamiento más escandaloso, señorita Eyre! ¡Mira que pegar a un joven caballero, hijo de su benefactora! ¡Su amo!

—¿Amo? ¿Mi amo? ¿Es que yo soy una criada?

—No, es menos que una criada, ya que no hace nada por ganarse el pan. Venga, siéntese, y reflexione sobre su maldad.

Ya me tenían en la habitación indicada por la señora Reed, donde me habían sentado en un taburete; mi primer instinto fue levantarme como un resorte, pero dos pares de manos me detuvieron en el acto.

—Si no se está quieta, tendremos que atarla —dijo Bessie—. Señorita Abbot, présteme sus ligas. Las mías se romperían enseguida.

La señorita Abbot se volvió para quitar de su gruesa pierna la liga solicitada. Estos preparativos para atarme, con la humillación adicional que aquello suponía, calmaron un poco mi agitación.

—No te las quites —dije—. No me moveré.

Y para demostrárselo, me agarré con las manos a mi asiento.

—Más vale que así sea —dijo Bessie, y al comprobar que me tranquilizaba de veras, me soltó. Ella y la señorita Abbot se quedaron con los brazos cruzados, mirándome la cara dubitativas y con el ceño fruncido, como si no creyeran que estaba en mi sano juicio.

—Nunca antes había hecho esto —dijo Bessie al fin, volviéndose hacia la doncella.

—Pero siempre lo ha tenido dentro —fue la respuesta—. Muchas veces le he dicho a la señora mi opinión sobre la niña y ella estaba de acuerdo conmigo. Es una criatura retorcida. Nunca he conocido a una niña tan pequeña con tantas artimañas.

Bessie no contestó, pero poco después dijo, dirigiéndose a mí:

—Debería darse cuenta, señorita, de que está en deuda con la señora Reed. Ella la mantiene. Si la echara, tendría que ir al hospicio.

Yo no tenía respuesta a sus palabras, que no me cogían de nuevas, pues mis primeros recuerdos incluían indicios en este sentido. Este reproche sobre mi dependencia se había convertido en una especie de sonsonete en mis oídos, doloroso y opresivo, y solo comprensible a medias. La señorita Abbot siguió:

—Y no debe considerarse igual que las señoritas Reed o el señorito, solo porque la señora, en su bondad, le permite educarse con ellos. Ellos tendrán una gran cantidad de dinero y usted no tendrá nada; a usted le corresponde mostrarse humilde e intentar agradarles.

—Lo que le decimos es por su bien —añadió Bessie, en un tono algo más suave—; debe intentar hacerse útil y agradable, y entonces quizás tenga siempre un hogar aquí. Pero si se vuelve apasionada y grosera, la señora la echará, estoy segura.

—Además —dijo la señorita Abbot—, Dios la castigará. Podría hacer que muriera en mitad de una de sus pataletas, y ¿adónde iría entonces? Vamos, Bessie, dejémosla. Por nada del mundo tendría

yo un corazón tan duro como el suyo. Rece sus oraciones, señorita Eyre, cuando se quede sola; porque si no se arrepiente, algo malo podría bajar por la chimenea para llevársela.

Se marcharon, echando la llave al salir por la puerta.

El cuarto rojo era una habitación de huéspedes rara vez usada, o, mejor dicho, nunca, a no ser que la afluencia ocasional de visitantes a Gateshead Hall obligara a utilizar todos los aposentos disponibles. Sin embargo, era una de las habitaciones más grandes y majestuosas de la mansión. En el centro, como un tabernáculo, se erguía una cama con enormes columnas de caoba, rodeada de cortinas de damasco de un rojo oscuro. Las dos grandes ventanas, de persianas siempre bajadas, estaban medio veladas por pliegues y guirnaldas de la misma tapicería. La alfombra era roja; una tela carmesí vestía la mesa que estaba al pie de la cama; las paredes eran de un tenue color beige con un tinte rosado; el armario, el tocador y las sillas eran de caoba antigua con una pátina oscura. En medio de estas sombras profundas se alzaban, altos y de un blanco deslumbrante, los colchones y las almohadas de la cama, cubiertos con una nívea colcha de Marsella. Casi igualmente imponente, cerca de la cabecera de la cama, había una butaca, también blanca, de grandes cojines, con un escabel delante, que a mí me recordaba un trono mortecino.

Esta habitación era fría, ya que pocas veces se encendía la chimenea; era silenciosa, por hallarse alejada del cuarto de los niños y de la cocina; solemne, porque rara vez entraba nadie. Solo la criada entraba los sábados para quitar del espejo y de los muebles el polvo acumulado a lo largo de la semana, y la misma señora Reed la visitaba, muy de tarde en tarde, para revisar el contenido de un cajón oculto en el armario, donde se guardaban diversos pergaminos, su joyero y una miniatura de su difunto marido, y en estas últimas palabras yace el secreto del cuarto rojo: el maleficio que lo hacía tan solitario a pesar de su esplendor.

El señor Reed había muerto nueve años antes. Fue en este cuarto donde echó su último aliento; aquí estuvo de cuerpo

presente; de aquí sacaron los hombres de la funeraria su ataúd; y, desde aquel día, una sensación de melancólica consagración había evitado que se frecuentase.

Mi asiento, en el que Bessie y la amargada señorita Abbot me habían dejado cautiva, era una otomana baja, junto a la chimenea de mármol. La cama se alzaba ante mí; a mi derecha se encontraba el armario alto y oscuro, con reflejos apagados de diferente intensidad realzando el lustre de sus paneles; a mi izquierda estaban las ventanas con cortinas; entre ellas, un gran espejo reflejaba la majestuosidad vacía de la habitación. No estaba del todo segura de que hubieran cerrado con llave, por lo que, cuando me atreví a moverme, me levanté para comprobarlo.

Desgraciadamente, sí: nunca hubo cárcel más segura. Al volver, tuve que pasar por delante del espejo, y mis ojos, fascinados, exploraron involuntariamente las profundidades allí reveladas. Todo parecía más frío y más oscuro en aquel hueco quimérico que en la realidad. La extraña figura que me contemplaba, con el rostro y los brazos pálidos matizando la oscuridad, y los ojos relucientes de miedo moviéndose entre tanta quietud, realmente tenía el aspecto de un espíritu. Me recordaba uno de esos diminutos fantasmas, mitad hada, mitad duende, que en los cuentos nocturnos de Bessie salían de las cañadas cubiertas de helechos de los páramos, apareciéndose ante los ojos de los viajeros tardíos. Volví a mi taburete.

En ese momento me embargaba la superstición, aunque todavía no le había llegado la hora de su victoria final. Todavía tenía la sangre caliente, todavía el ímpetu de esclava rebelde me llenaba de amargo vigor, todavía tenía que contener el embate de pensamientos retrospectivos antes de amedrentarme ante el presente desolador.

Toda la tiranía violenta de John Reed, toda la altiva indiferencia de sus hermanas, toda la aversión de su madre, toda la parcialidad de las criadas vinieron a mi mente turbada como el sedimento oscuro de un pozo turbio. ¿Por qué siempre sufría, siempre era

intimidada, acusada y condenada? ¿Por qué no podía agradar? ¿Por qué eran inútiles mis intentos de granjearme el favor de nadie? A Eliza, cabezota y egoísta, la respetaban. A Georgiana, con un genio malicioso, llena de corrosivo rencor y con un porte insidioso e insolente, la mimaban todos. Su belleza, sus mejillas sonrosadas y sus rizos dorados parecían deleitar a todos los que la contemplaban y procurarle impunidad por cualquier defecto. A John nadie lo contradecía, y mucho menos castigaba, aunque retorcía el pescuezo de las palomas, mataba los polluelos, azuzaba a los perros contra las ovejas, robaba la fruta y destrozaba los brotes de las plantas más bellas del invernadero. También llamaba «vieja» a su madre y a veces la insultaba por tener la tez tan oscura, como la suya propia. La desobedecía descaradamente y a menudo rompía o estropeaba sus ropas de seda y, a pesar de todo ello, era su «cariñito». Yo no me atrevía a cometer ninguna falta; me esforzaba por cumplir con todas mis obligaciones y se me llamaba traviesa y molesta, arisca y ruin, día y noche, día tras día.

Todavía me dolía la cabeza, que sangraba por el golpe y la caída que había sufrido. Nadie había reñido a John por pegarme sin motivo, pero yo, por haberme vuelto contra él para evitar más violencia irracional, cargaba con la desaprobación de todos.

«¡Es injusto, es injusto!» decía mi razón, llevada por el doloroso estímulo a investirse de un poder precoz aunque pasajero. Y la resolución, igualmente espoleada, instigaba a algún resorte dentro de mí a buscar la manera de rehuir tanta opresión, como escaparme o, si eso no era posible, nunca volver a comer ni a beber y dejarme morir.

¡Qué consternación padeció mi alma esa fatídica tarde! ¡Qué tumulto en mi cerebro y qué insurrección en mi corazón! ¡Pero en medio de qué oscuridad y gran ignorancia se libró aquella batalla mental! No tenía respuesta a la incesante pregunta interior de por qué sufría así. Ahora, después de no quiero decir cuántos años, lo veo claramente.

Yo era una nota discordante en Gateshead Hall. No me parecía a ninguno de los de allí, no tenía nada en común con la señora Reed ni con sus hijos, ni con la servidumbre por ella elegida. De hecho, si ellos no me querían, tampoco yo los quería a ellos. No estaban obligados a mirar con cariño a una criatura que tenía tan poco en común con todos ellos, una criatura heterogénea, tan diferente de ellos en temperamento, capacidad y propensiones, una criatura inútil, incapaz de servir sus intereses o proporcionarles placer, una criatura odiosa, que alimentaba sentimientos de indignación por su trato y de desprecio por sus criterios. Sé que, de haber sido una niña optimista, brillante, desenfadada, exigente, guapa y juguetona, aunque hubiese sido igualmente desvalida y una carga, la señora Reed habría aguantado más complacida mi presencia. Sus hijos habrían abrigado hacia mí mayores sentimientos de cordialidad, y las criadas habrían estado menos dispuestas a convertirme siempre en chivo expiatorio.

La luz del día empezó a abandonar el cuarto rojo. Eran más de las cuatro, y la tarde nubosa cedía ante el crepúsculo gris. Oía la lluvia batirse sin cesar contra la ventana de la escalera, y el viento aullar en el bosquecillo de detrás de la casa. Por momentos me iba quedando helada como la piedra y empecé a descorazonarme. Mi estado habitual de humillación, inseguridad y profunda depresión apagó las brasas de mi ira disminuida. Todos decían que era mala y quizás tuvieran razón. ¿Acaso no acababa de pensar en dejarme morir de inanición? Eso sí era un delito. ¿Merecía morir? ¿Era un destino atractivo la cripta bajo el presbiterio de la iglesia de Gateshead? En esa cripta, tenía entendido, yacía el señor Reed y este recuerdo lo trajo a mi mente y pensé en él cada vez con más espanto. No lo recordaba, pero sabía que había sido tío mío, hermano de mi madre, que me había acogido en su casa al quedarme huérfana, y en su última hora había exigido a la señora Reed que prometiese criarme y educarme como uno de sus propios hijos. Probablemente la señora Reed considerase que había mantenido su promesa y realmente creo que lo había hecho en la

medida de sus posibilidades. Pero ¿cómo iba a querer a una extraña de otra sangre después de la muerte de su marido, por comprometida que estuviese? Debía de ser de lo más irritante encontrarse obligada por una promesa impuesta a hacer de madre a una niña rara a la que no era capaz de amar, y ver a una forastera poco simpática entrometiéndose permanentemente en su grupo familiar.

Se me ocurrió un pensamiento singular. No tenía ninguna duda de que, de haber seguido vivo, el señor Reed me habría tratado con afecto. Ahora, al mirar la cama blanca y las paredes oscuras, echando de vez en cuando una ojeada fascinada al espejo de brillo apagado, empecé a recordar las historias que había oído sobre los muertos inquietos en sus tumbas por la violación de sus últimos deseos, que regresaban a la tierra para castigar a los perjuros y vengar a los oprimidos. Y pensé que el espíritu del señor Reed, molesto por los agravios sufridos por la hija de su hermana, podía salir de su morada en la cripta de la iglesia o en el mundo desconocido de los muertos, y alzarse ante mí en esta habitación. Enjugué mis lágrimas y acallé mis sollozos, temerosa de que una señal de pena extremada pudiera despertar una voz sobrenatural para que me consolase, o llamar de las tinieblas un rostro resplandeciente para inclinarse sobre mí con extraña lástima. Esta idea, aunque en teoría era un consuelo, me pareció que sería terrible si se hacía realidad. Intenté con todas mis fuerzas reprimirla, procuré ser fuerte. Sacudiendo la cabeza para quitarme el cabello de los ojos, levanté la cabeza e intenté mirar intrépida por la habitación. En ese momento apareció una luz en la pared. Me pregunté si era un rayo de luna que penetraba por algún resquicio de la persiana. Pero no; la luz de la luna no se movía, y esta sí; ante mis ojos, se deslizó por el techo y tembló encima de mi cabeza. Ahora puedo suponer que este haz de luz probablemente fuera el reflejo de una linterna de alguien que cruzaba el jardín, pero entonces, con la mente propensa a abrigar ideas de horror y con los nervios sacudidos por la agitación, creí que la luz móvil y veloz era

el mensajero de una aparición del más allá. Me latía rápidamente el corazón, me ardía la cabeza; mis oídos se llenaron con un sonido que me pareció el batir de alas, sentí algo junto a mí, me sentí oprimida, ahogada; mi resistencia se derrumbó. Corrí hasta la puerta y la sacudí desesperadamente. Se acercaron pasos apresurados por el corredor, giró la llave y entraron Bessie y Abbot.

—Señorita Eyre, ¿está enferma?

—¡Qué ruido más espantoso! ¡Me ha atravesado! —exclamó Abbot.

—¡Sacadme de aquí! ¡Llevadme al cuarto de los niños! —grité.

—¿Por qué? ¿Se ha hecho daño? ¿Ha visto algo? —preguntó de nuevo Bessie.

—Oh, he visto una luz y pensaba que venía un fantasma —había cogido la mano de Bessie y ella no la apartó.

—Ha gritado adrede —declaró Abbot, con cierto desprecio—. Y ¡qué grito! De haber sufrido un gran dolor, se le podría perdonar, pero solo quería traernos a todos aquí. Conozco sus tretas.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó otra voz autoritaria, y se acercó por el corredor la señora Reed, su tocado agitado por la prisa y sus ropas crujiendo tempestuosamente—. Abbot y Bessie, creía haber dado instrucciones de que Jane Eyre permaneciese en el cuarto rojo hasta que acudiera yo misma.

—La señorita Jane gritó muy fuerte, señora —dijo Bessie suplicante.

—Dejadla ir —fue la respuesta—. Suelta la mano de Bessie, niña; no te vas a librar de esta manera, te lo aseguro. Odio los engaños, especialmente los de los niños. Es mi deber enseñarte que tus trucos no funcionarán. Ahora te quedarás una hora más, y solo en el caso de total sumisión y tranquilidad te dejaré salir.

—Oh, tía, ¡piedad! ¡Perdóneme! No puedo soportarlo, ¡castígueme de alguna otra manera! Me moriré si…

—¡Silencio! Esta violencia me repugna —y seguro que era verdad. A sus ojos, yo era una actriz precoz; me consideraba

realmente un compendio de pasiones virulentas, un espíritu innoble y de duplicidad peligrosa.

Habiéndose retirado Bessie y Abbot, la señora Reed, hastiada de mi angustia ya frenética y mis sollozos incontrolados, me empujó bruscamente y cerró la puerta con llave, sin más palabras. La oí alejarse y, poco después de que se hubo marchado, supongo que sufrí una especie de ataque, y perdí el conocimiento.

Capítulo III

Lo siguiente que recuerdo es despertarme como si hubiera tenido una espantosa pesadilla y ver ante mí un terrible fulgor rojo, cruzado por gruesas barras negras. También oí voces, que hablaban con un sonido hueco, como amortiguado por el correr de aire o de agua. Mis facultades se hallaban confusas por la agitación, la incertidumbre y un sentido predominante de terror. Al poco rato, me di cuenta de que alguien me tocaba; ese alguien me levantó e incorporó con más ternura de la que nadie antes me hubiera mostrado. Apoyé la cabeza en una almohada o un brazo, y me sentí tranquila.

Cinco minutos más tarde se disolvió la nube de perplejidad: supe que me encontraba en mi propia cama, y que el fulgor rojo era la chimenea del cuarto de los niños. Era de noche, ardía una vela en la mesilla, Bessie estaba al pie de la cama con una palangana en la mano, y había un señor sentado en una silla cerca de la cabecera, inclinado sobre mí.

Sentí un alivio inenarrable, una sensación tranquilizadora de protección y seguridad, al saber que había en la habitación un extraño, una persona ajena a Gateshead y a la señora Reed. Dejé de mirar a Bessie, cuya presencia me era mucho menos odiosa que la de Abbot, por ejemplo, para escudriñar el rostro del caballero, al que conocía: era el señor Lloyd, el boticario, a quien la señora Reed tenía por costumbre llamar cuando las criadas estaban enfermas. Para ella misma y sus hijos, llamaba a un médico.

—Bien, ¿quién soy yo? —preguntó.

Pronuncié su nombre y le extendí la mano al mismo tiempo. La cogió y dijo, sonriendo: «Nos pondremos bien enseguida». Después me tumbó y, dirigiéndose a Bessie, le encargó que se ocupase de que no se me molestara durante la noche. Habiendo dado más instrucciones e insinuado que volvería al día siguiente, salió, muy a mi pesar. Me había sentido tan protegida y apoyada mientras estaba cerca de mi cama, que, al cerrar la puerta tras de sí, la habitación se oscureció y mi corazón flaqueó con el peso de una tristeza indecible.

—¿Cree usted que podrá dormir, señorita? —preguntó Bessie con un tono bastante dulce.

Apenas me atreví a contestarle, por si su tono se volviera áspero de nuevo.

—Lo intentaré.

—¿Quiere beber o comer algo?

—No, gracias, Bessie.

—Entonces creo que me iré a dormir, porque son más de las doce. Pero puede llamarme si quiere alguna cosa durante la noche.

¡Qué amabilidad más asombrosa! Me dio valor para hacerle una pregunta.

—Bessie, ¿qué me ocurre? ¿Estoy enferma?

—Supongo que se puso enferma de tanto llorar en el cuarto rojo. Pronto estará bien, sin duda.

Bessie entró en el cuarto de la doncella, que estaba cerca. Le oí decir:

—Sarah, ven a dormir conmigo al cuarto de los niños. Por nada del mundo quisiera estar a solas con esta pobre criatura esta noche: podría morir. Es tan extraño que haya tenido ese ataque: me pregunto si ha visto algo. La señora ha sido demasiado dura con ella.

Volvió con Sarah y se acostaron. Estuvieron susurrando entre sí durante media hora antes de dormirse. Oí fragmentos de su conversación, suficientes para enterarme de cuál era el tema principal.

—Algo se ha cruzado con ella, todo vestido de blanco, y luego se ha desvanecido… un gran perro negro detrás… tres fuertes toques en la puerta… una luz en el cementerio, encima de su tumba…, etc., etc.

Por fin se durmieron las dos. Se apagaron el fuego y la vela. Yo pasé la noche de espantosa vigilia. El terror dominaba todos mis sentidos, un terror que solamente los niños pueden sentir.

No me sobrevino ninguna enfermedad grave ni prolongada como consecuencia del incidente del cuarto rojo. Solo dio una sacudida a mis nervios, cuya secuela me acompaña hasta el presente. Ah, señora Reed, a usted le debo muchos sufrimientos mentales, pero debo perdonarla, porque no sabía lo que hacía. Al atormentar mi pobre corazón, usted creía que corregía mi predisposición al mal.

Al mediodía del día siguiente ya estaba levantada, vestida y sentada, envuelta en una manta, al lado de la chimenea del cuarto de los niños. Me sentía físicamente debilitada y deshecha, pero mi peor enfermedad era una indescriptible desdicha mental, una desdicha que me arrancaba lágrimas silenciosas. En cuanto me enjugaba una lágrima de mi mejilla, otra ocupaba su lugar. Sin embargo, pensé, tendría que estar contenta, porque ninguno de los Reed estaba ahí. Habían salido en el carruaje con su madre. También Abbot estaba cosiendo en otra habitación, y Bessie, al ir de aquí para allá guardando juguetes y arreglando cajones, de vez en cuando me dirigía palabras de una bondad inusitada. Este estado de cosas debía parecerme un paraíso de paz, acostumbrada como estaba a una vida de reproches incesantes y humillaciones ingratas, pero, de hecho, mis nervios atormentados estaban en tal estado que ninguna tranquilidad podía apaciguarlos, y ningún placer calmarlos.

Bessie había bajado a la cocina y subió con una tarta sobre un plato de porcelana de alegres colores, en el que había un ave del paraíso, envuelta en una guirnalda de convólvulos y rosas, que siempre había despertado en mí la más ferviente admiración. Muchas veces había pedido que me dejaran coger el plato en la mano para examinarlo mejor, pero hasta ahora se me había

considerado indigna de semejante privilegio. Ahora este valioso recipiente fue colocado en mi regazo, y se me animó cordialmente a que comiese el redondel de delicado hojaldre que yacía sobre él. ¡Flaco favor! Llegaba demasiado tarde, como la mayoría de los favores ansiados y negados durante tanto tiempo. No podía comer la tarta, y el plumaje del pájaro y los colores de las flores parecían extrañamente desvanecidos. Guardé el plato y la tarta. Bessie preguntó si quería leer un libro; la palabra «libro» sirvió de estímulo transitorio, y le rogué que me trajera *Los viajes de Gulliver* de la biblioteca. Había leído este libro con deleite una y otra vez. Lo consideraba un relato de hechos verdaderos, y encontraba en él un hilo de interés más profundo que en los cuentos de hadas. En cuanto a los elfos, que había buscado infructuosamente entre las hojas y flores de la dedalera, debajo de las setas y tras la hiedra que tapaba recónditos huecos en los viejos muros, me había resignado a aceptar la triste verdad: todos habían dejado Inglaterra por algún país bárbaro con bosques más silvestres y frondosos y una población más escasa. Sin embargo, como consideraba que Lilliput y Brobdingnag eran lugares reales de este mundo, no me cabía duda de que algún día, tras un largo viaje, vería con mis propios ojos los campos, casas y árboles menudos, las personas diminutas, las minúsculas vacas, ovejas y pájaros de un reino, y el maizal, alto como un bosque, los mastines descomunales, los gatos monstruosos y los hombres y mujeres gigantescos del otro. No obstante, al recibir entre mis manos el apreciado volumen, al volver las hojas y buscar en las ilustraciones maravillosas el encanto que, hasta ahora, nunca habían dejado de proporcionarme, lo encontré todo inquietante y lúgubre. Los gigantes eran enjutos trasgos, los pigmeos, diablos maliciosos y terribles, Gulliver, un tristísimo vagabundo por regiones temibles y espantosas. Cerré el libro, ya que no me atrevía a leerlo más, y lo dejé en la mesa junto a la tarta sin tocar.

Como Bessie ya había terminado de limpiar y arreglar el cuarto y se había lavado las manos, abrió un cajón repleto de maravillosos

retales de seda y raso y se puso a confeccionar un gorrito nuevo para la muñeca de Georgiana. Mientras tanto, canturreaba; esta era su canción:

En los días que íbamos errantes,
hace tanto tiempo.

Yo había oído la canción muchas veces y siempre me había encantado, porque Bessie tenía una voz dulce, o así me lo parecía a mí. Pero esta vez, aunque seguía siendo dulce, la melodía me pareció infinitamente triste. A veces, cuando estaba distraída por sus tareas, cantaba el estribillo con voz baja y pausada.

«Hace tanto tiempo» recordaba la cadencia más triste de un canto fúnebre. Pasó a cantar otra balada, esta realmente lastimera.

Mis pies están doloridos y mi cuerpo fatigado
el camino es largo, y las montañas escarpadas;
el crepúsculo caerá pronto, lúgubre, sin luna,
sobre los pasos de la pobre huerfanita.

¿Por qué me han mandado tan lejos y tan sola
donde se extienden los páramos y se elevan las rocas?
Los hombres son crueles, y solo los ángeles
velan los pasos de la pobre huerfanita.

La brisa nocturna sopla suave y remota;
las estrellas iluminan un cielo sin nubes;
Dios, en su bondad, prodiga cuidados,
consejo y esperanza a la pobre huerfanita.

Aunque me caiga al cruzar el puente roto
o me pierda en el lodazal, atraída por los fuegos fatuos
mi Padre celestial, con promesas y afecto,

acogerá en su seno a la pobre huerfanita.

Hay un pensamiento que me debe dar fuerzas:
aun privada de refugio y familia,
el Cielo es mi casa, hallaré descanso;
Dios es amigo de la pobre huerfanita.

—Ande, señorita Jane, no llore usted —dijo Bessie al acabar. Igualmente hubiera podido decirle al fuego «¡No ardas!», pero ¿cómo había de adivinar el hondo sufrimiento que yo padecía? El señor Lloyd volvió a presentarse durante la mañana.

—¿Qué, ya levantada? —me dijo al entrar en el cuarto de los niños—. Bueno, Bessie, ¿cómo se encuentra?

Bessie respondió que yo estaba muy bien.

—Entonces debería tener una cara más alegre. Ven aquí, señorita Jane. Te llamas Jane, ¿verdad?

—Sí, señor: Jane Eyre.

—¿Has llorado, señorita? ¿Por qué? ¿Te duele algo?

—No, señor.

—Me imagino que llora por no poder salir con la señora en el coche —intervino Bessie.

—¡No es posible! Es muy mayor para llorar por semejante tontería.

Yo opinaba igual y, como la acusación falsa hirió mi amor propio, contesté enseguida:

—En mi vida he llorado por tal cosa: detesto salir en el coche. Lloro porque estoy muy triste.

—¡Qué vergüenza, señorita! —dijo Bessie.

El buen boticario parecía estar algo perplejo. Yo estaba de pie ante él y me miró fijamente con sus pequeños ojos grises, no muy brillantes, y creo que, desde la perspectiva de ahora, me parecerían astutos. Tenía un rostro de facciones duras pero expresión bondadosa. Después de contemplarme a su antojo, preguntó:

—¿Por qué te pusiste enferma ayer?

—Se cayó —interrumpió de nuevo Bessie.

—¿Se cayó? ¿Cómo un bebé? ¿Es que no sabe andar aún, con la edad que tiene? Debe de tener ocho o nueve años.

—Me tiraron —fue mi explicación escueta, arrancada por el deseo de salvar mi amor propio—, pero no me puse mala por eso — añadí, mientras el señor Lloyd tomaba una pizca de rapé.

Cuando guardaba la cajita del rapé en el bolsillo de su chaleco, se oyó la campana que anunciaba la comida de las criadas. Él supo su significado, y dijo a Bessie:

—La llaman, Bessie; puede marcharse. Yo le daré un sermón a la señorita Jane hasta su vuelta.

A Bessie le hubiera gustado más quedarse, pero hubo de marcharse porque en Gateshead Hall se exigía una puntualidad estricta en las comidas.

—Si no fue la caída lo que te puso enferma, ¿qué fue? — prosiguió el señor Lloyd después de la marcha de Bessie.

—Me encerraron en un cuarto donde hay un fantasma, hasta que se hizo de noche.

Vi cómo el señor Lloyd sonreía y fruncía el ceño a la vez.

—¡Un fantasma! Pues sí que eres un bebé, después de todo. ¿Tienes miedo de los fantasmas?

—Del fantasma del señor Reed, sí. Murió y se le veló en esa habitación. Ni Bessie ni nadie se atreve a entrar allí por la noche, si pueden evitarlo. Fue cruel encerrarme sola sin una vela, tan cruel que creo que no se me olvidará nunca.

—¡Tonterías! ¿Por eso estás tan triste? ¿Tienes miedo ahora, a la luz del día?

—No, pero volverá a caer la noche dentro de poco, y, además, estoy triste, muy triste, por otras cosas.

—¿Qué otras cosas? ¿Puedes contarme alguna?

¡Con qué fuerza deseaba contestar a esa pregunta, pero qué difícil era encontrar las palabras! Los niños tienen sentimientos pero no saben analizarlos, o si los analizan parcialmente, no saben expresar con palabras los resultados de tales análisis. Sin embargo,

como temía perder esta primera y única oportunidad de aliviar mi pena compartiéndola, después de un momento de turbación, intenté darle una respuesta sincera, aunque escueta.

—Por un lado, no tengo ni padre ni madre ni hermanos.

—Pero tienes una tía amable, y primos.

Vacilé de nuevo, y luego proseguí con torpeza:

—Pero John Reed me tiró y mi tía me encerró en el cuarto rojo.

El señor Lloyd volvió a sacar la cajita del rapé.

—¿No te parece que Gateshead Hall es una hermosa casa? —me preguntó—. ¿No estás muy agradecida de tener tan magnífico lugar donde vivir?

—No es mi casa, señor, y Abbot dice que tengo menos derecho a estar aquí que una criada.

—¡Bobadas! No puedes ser tan tonta como para querer dejar tan espléndida mansión.

—Si tuviera adonde ir, la dejaría encantada. Pero no podré alejarme de Gateshead Hall hasta que sea mayor.

—Puede que sí. ¿Quién sabe? ¿No tienes más parientes que la señora Reed?

—Creo que no, señor.

—¿Nadie por parte de padre?

—No lo sé. Se lo pregunté a mi tía una vez y me dijo que quizás tuviese algunos parientes pobres y humildes llamados Eyre, pero que no sabía nada de ellos.

—Y si los tuvieses, ¿te gustaría ir a vivir con ellos?

Reflexioné. La pobreza atemoriza a los adultos y aún más a los niños, que no tienen idea de lo que es ser pobre, trabajador y respetable; solo relacionan la palabra con ropa andrajosa, comida escasa, chimeneas apagadas, modales toscos y vicios denigrantes. Para mí, la pobreza era sinónimo de degradación.

—No, no me gustaría vivir con personas pobres —fue mi respuesta.

—¿Aunque te trataran con amabilidad?

Negué con la cabeza. No creía posible que los pobres pudieran ser amables. Y además, aprender a hablar como ellos, adoptar sus modales, ser inculta, crecer para convertirme en una de las pobres que a veces veía amamantando a sus niños o lavándose la ropa en las puertas de las casitas de la aldea de Gateshead, no me consideraba tan valiente como para comprar mi libertad a tal precio.

—Pero ¿tan pobres son tus parientes? ¿Son de clase trabajadora?

—No lo sé. Mi tía me dice que, si existen, deben de ser unos mendigos, y no me gustaría ponerme a mendigar.

—¿Te gustaría ir a la escuela?

Me puse a reflexionar de nuevo. Apenas si sabía lo que era la escuela. A veces Bessie la nombraba como un lugar donde se sentaba a las señoritas en duros bancos, se les enseñaba a andar derechas con tablas a la espalda, y se les exigía que fueran extremadamente refinadas y correctas. John Reed odiaba su escuela y no tenía nada bueno que decir de su maestro, pero los gustos de John Reed no me servían de ejemplo, y si las impresiones de Bessie sobre la disciplina escolar (basadas en lo que le habían dicho las señoritas de la casa donde había servido antes de venir a Gateshead) me resultaban algo aterradoras, los detalles de las habilidades adquiridas por esas mismas señoritas me resultaban muy atractivas. Hablaba de las bellas pinturas de paisajes y flores que ejecutaban, de las canciones que cantaban y las piezas que tocaban, de las labores que realizaban, de los libros que traducían del francés; al escucharla, mi espíritu anhelaba emularlas. Además, la escuela sería un cambio completo, significaría un largo viaje, alejarme totalmente de Gateshead y emprender una nueva vida.

—Sí que me gustaría ir a la escuela —dije, después de tanto reflexionar.

—Vaya, vaya, ¿quién sabe lo que puede pasar? —dijo el señor Lloyd, levantándose. «Esta niña necesita un cambio de aires y de ambiente —añadió para sí—, sus nervios están deshechos».

Volvió Bessie y, al mismo tiempo, se oyó acercarse el coche sobre la gravilla de la entrada.

—¿Será su señora, Bessie? —preguntó el señor Lloyd—. Quisiera hablar con ella antes de marcharme.

Bessie le pidió que bajara a la salita y lo acompañó. Deduzco, por lo que sucedió después, que en la entrevista que tuvo lugar entre él y la señora Reed, el boticario se atrevió a recomendar que me enviara a la escuela. Dichas recomendaciones fueron escuchadas, porque, como dijo Abbot a Bessie mientras cosían en el cuarto de los niños después de acostarme una noche, «la señora estaba bastante contenta de deshacerse de una niña tan difícil y arisca, que siempre parecía andar espiando a todo el mundo y maquinando maldades a espaldas de todos». Creo que, para Abbot, yo era una especie de Guy Fawkes[1] infantil.

Por la conversación entre Abbot y Bessie, también me enteré de que mi padre había sido un clérigo pobre, que se había casado con mi madre en contra de los deseos de los suyos, que lo consideraban inferior a ella; que mi abuelo se enfadó tanto por su desobediencia que la desheredó; que al año de su matrimonio, mi padre contrajo el tifus en una visita a los pobres de la gran ciudad industrial donde tenía su parroquia, donde había una epidemia de esa enfermedad; que contagió a mi madre, y que ambos murieron con un mes de diferencia.

Cuando Bessie supo esta historia, suspiró y dijo:

—La pobre señorita Jane es digna de compasión también, Abbot.

—Sí —contestó Abbot—, si fuera una niña simpática y bonita, su desamparo nos inspiraría lástima, pero ¿quién va a preocuparse por semejante birria?

—Nadie, a decir verdad —asintió Bessie—. En cualquier caso, en las mismas circunstancias, una belleza como la señorita Georgiana daría más pena.

—Sí, adoro a la señorita Georgiana —convino Abbot apasionadamente—. ¡Angelito, con sus largos rizos y sus ojos

azules, y esos colores que tiene, como salida de un cuadro! Bessie, me apetece tomar tostadas con queso para cenar.

—A mí también, con una cebolla al horno. Anda, vámonos para abajo.

Y se marcharon.

Capítulo IV

Mi conversación con el señor Lloyd y la charla que había oído entre Bessie y Abbot me sirvieron de aliciente para querer ponerme bien, pues veía la posibilidad de un cambio, que deseaba y esperaba en silencio. Pero este tardaba en llegar: pasaron días y semanas; había recuperado la salud, pero no se había vuelto a mencionar el asunto que me hacía cavilar. La señora Reed me contemplaba a veces con mirada adusta, pero apenas me dirigía la palabra. Desde mi enfermedad, había trazado una línea más marcada aún para separarme de sus hijos, asignándome una pequeña alcoba, donde dormía sola, y condenándome a comer sin compañía y a pasar el tiempo en el cuarto de los niños, mientras que mis primos estaban casi siempre en el salón. Ni una palabra dijo, no obstante, de enviarme a la escuela, aunque yo tenía el íntimo convencimiento de que no soportaría por mucho tiempo tenerme bajo su techo, ya que su mirada delataba más que nunca la aversión invencible y profunda que le inspiraba mi presencia.

Eliza y Georgiana, supongo que obedeciendo órdenes, me hablaban lo menos posible, y John adoptaba un gesto irónico cuando me veía. Una vez intentó pegarme, pero como me vio dispuesta a resistirme, espoleada por el mismo sentimiento de ira y rebeldía que me había instigado a defenderme en la ocasión anterior, decidió renunciar, y salió corriendo, echando maldiciones y jurando que le había roto la nariz. Verdad es que había asestado a ese atributo prominente suyo el puñetazo más fuerte que había podido, y viéndolo acobardado, no sé si por el golpe o por mi

mirada, sentí un fuerte impulso de sacarle partido a mi ventaja, pero ya estaba él con su madre. Oí cómo empezó a balbucear cómo «la antipática de Jane Eyre» lo había atacado como un gato salvaje, pero ella lo interrumpió bruscamente:

—No me hables de ella, John. Te he dicho que no te acerques a ella, que no es digna de tu atención. No quiero que ni tú ni tus hermanas os relacionéis con ella.

En este punto, me asomé por encima de la barandilla de la escalera y dije impulsivamente, sin medir mis palabras:

—Ellos no son dignos de relacionarse conmigo.

Aunque la señora Reed era una mujer algo corpulenta, al oír esta extraña y osada declaración, subió velozmente las escaleras, me levantó en vilo y me llevó al cuarto de los niños, donde me aplastó contra la cama y me prohibió que me moviera de allí o volviera a decir una palabra durante el resto del día.

—¿Qué le diría mi tío si viviera? —pregunté casi involuntariamente. Digo involuntariamente porque fue como si mi boca hubiese pronunciado las palabras sin el consentimiento de mi voluntad: había hablado algo dentro de mí que estaba fuera de mi control.

—¿Qué has dicho? —susurró la señora Reed, y en sus ojos grises, generalmente tan fríos, se asomó un atisbo de miedo. Me soltó el brazo y me contempló como si de verdad no supiera si era una niña o un diablo. ¡Ahora sí la había hecho buena!

—Mi tío Reed está en el cielo y puede ver todo lo que hace y piensa usted, y mi mamá y mi papá también. Todos saben cómo me encierra todo el día, y que le gustaría verme muerta.

La señora Reed se recompuso enseguida, me sacudió violentamente, me dio de bofetones y se marchó sin decir palabra. En cambio, Bessie se ocupó de sermonearme durante una hora, diciéndome que era sin duda la niña más malvada y vil jamás criada en el seno de una familia. La creí a medias, porque en ese momento solo abrigaba en mi pecho malos sentimientos.

Pasaron noviembre, diciembre y la mitad de enero. La Navidad y el Año Nuevo se celebraron en Gateshead con la alegría acostumbrada: intercambiaron regalos, celebraron cenas y fiestas nocturnas. Por supuesto, yo era excluida de todas las diversiones. Mi parte de la diversión consistía en ver cómo acicalaban todos los días a Eliza y Georgiana, cómo bajaban estas al salón ataviadas con finos vestidos de muselina con fajines de color escarlata, peinadas con complicados tirabuzones; en oír cómo se tocaba el piano o el arpa, las idas y venidas del mayordomo y el lacayo, el tintineo de cristal y porcelana cuando se servía el refrigerio y el ronroneo de la conversación cada vez que se abrían las puertas del salón. Cuando me cansaba de esta distracción, me retiraba del descansillo de la escalera al silencioso y solitario cuarto de los niños, donde me sentía triste, pero no desconsolada. A decir verdad, no me apetecía en absoluto estar en compañía, ya que entre la gente solía pasar desapercibida. Si Bessie se hubiera mostrado amable y simpática, habría considerado un privilegio pasar las veladas tranquilamente con ella, y no bajo la mirada terrible de la señora Reed en una habitación repleta de damas y caballeros. Pero Bessie, en cuanto vestía a sus señoritas, se iba a las bulliciosas regiones de la cocina o al cuarto del ama de llaves, llevando la vela consigo. Me quedaba sentada con una muñeca en el regazo hasta que agonizaba el fuego, mirando de vez en cuando por encima del hombro para asegurarme de que no hubiera en el cuarto sombrío nada peor que yo misma, y, cuando no quedaban más que las brasas, me desnudaba deprisa, desatando lo mejor que podía los nudos y cintas de mi ropa, y me refugiaba del frío y la oscuridad en mi camita. Siempre llevaba conmigo mi muñeca; los seres humanos necesitamos algo para amar, y, a falta de objetos más merecedores de mi amor, procuraba hallar placer en el cariño hacia una figura fea y ajada como un espantapájaros. Recuerdo con perplejidad el absurdo amor que sentía por esa muñeca, casi imaginándome que tenía vida y sentimientos. No podía dormir sin tenerla envuelta en mi

camisón, y, cuando la tenía ahí, sana y salva, era relativamente feliz por creerla feliz a ella.

Las horas se me hacían eternas mientras esperaba la partida de los invitados para oír los pasos de Bessie en la escalera. Algunas veces subía antes, para buscar el dedal o las tijeras, o para llevarme un pequeño tentempié: un bollo o una tarta de queso. Se sentaba en mi cama mientras comía, y cuando acababa, me remetía la ropa, me besaba dos veces y decía: «Buenas noches, señorita Jane». Cuando estaba así de cariñosa, Bessie me parecía la persona más guapa y amable del mundo, y deseaba con todo mi ser que estuviese siempre tan amable y que dejara de reñirme y castigarme sin motivos, cosa que a veces ocurría. Creo que Bessie Lee debió de ser una joven de grandes cualidades naturales, puesto que lo hacía todo con inteligencia, y tenía un gran don para contar historias, o, por lo menos, así la juzgaba yo, gracias a los cuentos que relataba. También era bonita, si no me falla la memoria. Recuerdo una mujer esbelta con el pelo negro, ojos oscuros, facciones agradables y cutis transparente; pero tenía un genio caprichoso y vivo, con una idea escasa de lo que era la justicia; pero, así y todo, no había en Gateshead Hall nadie a quien quisiera más.

Era el quince de enero, sobre las nueve de la mañana: Bessie había bajado a desayunar y mis primos aguardaban la llamada de su madre. Eliza se estaba poniendo el sombrero y el abrigo para salir a dar de comer a las gallinas, ocupación que era de su gusto, como lo era también vender los huevos al ama de llaves y guardarse el dinero así ganado. Tenía talento para el comercio, y una gran afición al ahorro, que demostraba no solo vendiendo huevos y pollos, sino también regateando con el jardinero para proporcionarle semillas, plantas e injertos. Este obedecía órdenes de la señora Reed de comprar a la señorita todo lo que quisiera venderle. Eliza hubiera vendido su propio cabello con tal de sacar beneficio. En cuanto al dinero, al principio lo guardaba en lugares diversos, envuelto en un trapo o un papel de papillotes, pero como una criada

descubrió algunos de estos escondrijos y tenía miedo de quedarse sin su tesoro, consintió en confiarlo a su madre, al interés abusivo del cincuenta o sesenta por ciento, que recogía puntualmente cada trimestre, llevando las cuentas en una libreta con afanosa exactitud.

Georgiana se encontraba sentada en una banqueta delante del espejo, peinándose y adornando sus cabellos con flores artificiales y plumas descoloridas, encontradas, entre otros muchos tesoros, en un cajón del desván. Yo estaba haciendo mi cama, ya que Bessie me había ordenado terminar antes de que volviese (a menudo me utilizaba como una especie de doncella para ordenar el cuarto y quitar el polvo, y otras cosas). Después de estirar la colcha y doblar mi camisón, me acercaba a la repisa de la ventana para ordenar algunos cuentos y muebles de juguete que estaban desperdigados allí, cuando me detuvo una orden de Georgiana de no tocar sus cosas (las pequeñas sillas, espejos, platos y tazas eran de su propiedad). Luego, a falta de otra cosa que hacer, me puse a echar el aliento sobre las flores de escarcha de la ventana para despejar un sitio en la luna por donde mirar los jardines, donde todo estaba dormido y petrificado por la helada intensa.

Desde esta ventana se podía ver la casita del portero y la entrada de coches, y en cuanto hube limpiado un hueco en la escarcha lo bastante grande para mirar a su través, vi abrirse de golpe la puerta y entrar un carruaje. Lo observé con indiferencia mientras subía por la calzada de entrada; venían muchos coches a Gateshead, pero ninguno traía a nadie que a mí me interesase. Se detuvo en la puerta de la casa, sonó el timbre, y entró el recién llegado. Como todo aquello no me importaba, mi atención se fijó enseguida en el espectáculo más interesante de un petirrojo hambriento, que piaba entre las ramitas peladas de un cerezo clavado en la pared junto a la ventana. Las sobras de mi desayuno estaban aún en la mesa, así que desmenucé un panecillo y estaba forcejeando con la ventana para dejar las migas en el alféizar, cuando entró Bessie corriendo al cuarto de los niños.

—Señorita Jane, quítese el delantal. ¿Qué hace ahí? ¿Se ha lavado la cara y las manos esta mañana?

Pegué otro tirón a la ventana antes de contestar, porque quería asegurarme de que el pajarito tuviera su pan. La ventana cedió, eché las migas, cayendo algunas sobre el alféizar y otras sobre el cerezo. Luego cerré la ventana y respondí:

—No, Bessie. He terminado de quitar el polvo ahora mismo.

—¡Qué niña más pesada y descuidada! Y, ¿qué hace ahora? Está toda colorada como si hubiese estado tramando algo: ¿para qué quería abrir la ventana?

No tuve que molestarme en contestar, pues Bessie tenía demasiada prisa para oír mis explicaciones. Me llevó a la fuerza al lavabo, donde me restregó enérgicamente y muy deprisa la cara y las manos con agua y jabón. Me cepilló el cabello con fuerza, me quitó el delantal, me llevó apresuradamente a lo alto de la escalera y me ordenó que acudiera enseguida a la salita, donde me esperaban.

Le habría preguntado quién me esperaba, y si la señora Reed estaba allí, pero Bessie ya se había marchado, cerrando la puerta a sus espaldas. Bajé lentamente. Hacía casi tres meses que no me llamaba la señora Reed a su presencia, y, confinada durante tanto tiempo en el cuarto de los niños, tenía miedo ahora de invadir las terribles regiones del salón y el comedor.

Me quedé de pie en el desierto vestíbulo, con la puerta de la salita enfrente, temblando y acobardada. ¡Qué timorata me había vuelto en aquellos tiempos el miedo, nacido de los castigos injustos! Me daba miedo volver a subir las escaleras, y me daba miedo entrar en la salita. Estuve ahí dudando agitada durante diez minutos, pero debía entrar.

«¿Quién querrá verme a mí?» me pregunté, forcejeando con ambas manos con el duro picaporte, que se resistió unos segundos a mis esfuerzos. ¿A quién iba a ver además de la señora Reed: a un hombre o a una mujer? El picaporte cedió, la puerta se abrió, pasé y, haciendo una gran reverencia, levanté la vista para contemplar ¡una columna negra! o así me pareció a primera vista la figura alta y

estrecha, vestida de negro, que se erguía sobre la alfombra. La cara severa que hacía las veces de capitel en lo alto de este pilar se asemejaba a una máscara tallada.

La señora Reed estaba en su puesto acostumbrado junto a la chimenea. Me hizo señal de que me acercase, y así lo hice. Me presentó al pétreo forastero diciendo:

—Esta es la niña de la que le he hablado.

Él, porque era un hombre después de todo, volvió lentamente la cabeza hacia mí y, después de examinarme con ojos inquisitivos y brillantes bajo unas pobladas cejas, dijo con voz solemne y grave:

—Es pequeña. ¿Cuántos años tiene?

—Diez años.

—¿Tantos? —respondió incrédulo, mientras seguía escudriñándome durante algunos minutos. Luego se dirigió a mí:

—¿Cómo te llamas, niña?

—Jane Eyre, señor.

Al pronunciar estas palabras, alcé la vista: me pareció muy alto, pero yo era muy pequeña; tenía grandes facciones, tan duras y severas como todas las líneas de su cuerpo.

—Dime, Jane Eyre, ¿eres buena?

Me era imposible responderle afirmativamente; el mundillo que yo habitaba opinaba lo contrario, por lo que me quedé callada. La señora Reed respondió en mi lugar, sacudiendo la cabeza expresivamente y diciendo:

—Cuanto menos se diga sobre ese asunto, mejor, señor Brocklehurst.

—Siento mucho oír eso. Tenemos que hablar, ella y yo —y abandonando su postura perpendicular, se acomodó en un sillón enfrente de la señora Reed—. Acércate —me dijo.

Crucé la alfombra, y me colocó justo delante de él. Ahora que lo tenía a mi altura, ¡qué cara tenía, con una gran nariz y una boca de enormes dientes!

—No hay nada más triste que ver a un niño malo —dijo— y peor todavía, a una niña. ¿Sabes adónde van los niños malvados cuando

mueren?

—Van al infierno —fue mi respuesta rápida y ortodoxa.

—Y ¿qué es el infierno? ¿Puedes decírmelo?

—Un pozo lleno de fuego.

—¿Te gustaría caer en ese pozo y arder para toda la eternidad?

—No, señor.

—¿Qué debes hacer para evitarlo?

Pensé un momento y, cuando por fin contesté, mi respuesta fue algo menos ortodoxa:

—Debo mantenerme sana y no morirme.

—¿Cómo vas a mantenerte sana? Mueren niños más pequeños que tú todos los días. Hace un par de días, enterré a un niño de cinco años, un niño bueno, cuya alma estará en el cielo. Me temo que no se podría decir lo mismo de ti si te fueras a morir.

Como no sabía despejar sus dudas al respecto, bajé los ojos y miré los dos grandes pies plantados sobre la alfombra. Suspiré, deseando estar muy lejos de allí.

—Espero que haya salido del corazón ese suspiro y que te arrepientas de haberle causado molestias a tu bondadosa benefactora.

«¡Benefactora, benefactora! —dije para mí—, todos la llaman mi benefactora. Pues, si es así, ¡vaya cosa desagradable que es una benefactora!».

—¿Rezas tus oraciones por la mañana y por la noche? —prosiguió mi interlocutor.

—Sí, señor.

—¿Y lees la Biblia?

—A veces.

—¿Disfrutas de ello?

—Me gustan el Apocalipsis y el libro de Daniel, el Génesis y el de Samuel, y parte del Éxodo, y algunos trozos del de los Reyes, las Crónicas, Job y Jonás.

—¿Y los Salmos? Espero que también te agraden.

—No, señor.

—¿No? ¡Qué escándalo! Tengo un niño más pequeño que tú que se sabe de memoria seis Salmos, y cuando se le pregunta qué prefiere, si una galletilla de jengibre para comer o un Salmo para memorizar, dice: «¡El Salmo! Los ángeles cantan Salmos y yo quisiera ser un angelito aquí en la tierra», y le damos dos galletas para premiar su devoción infantil.

—Los Salmos no son interesantes —comenté.

—Eso demuestra que tienes mal corazón, y debes rezar para que Dios lo cambie y te dé uno puro, que te cambie el corazón de piedra por otro de carne.

Estaba a punto de preguntarle cómo se iba a llevar a cabo esta operación de cambio de corazón, cuando interrumpió la señora Reed diciéndome que me sentara, antes de reemprender ella misma la conversación.

—Señor Brocklehurst, creo que insinué en la carta que le escribí hace tres semanas que esta niña carece del carácter y la naturaleza que desearía que tuviese. Si la quisiera admitir usted en la escuela Lowood, agradecería que la vigilaran de cerca la directora y las profesoras, para corregir su peor defecto: una tendencia a la mentira. Menciono este hecho en tu presencia, Jane, para que no intentes abusar de la confianza del señor Brocklehurst.

Con razón temía y odiaba a la señora Reed, ya que gustaba de herirme de forma cruel. Nunca fui feliz en su presencia; por mucho que me esforzara por obedecerle y agradarle, rechazaba siempre mis esfuerzos y me pagaba con sentencias como esta. Al pronunciarla ante un extraño, su acusación me llegó al corazón. Percibí veladamente que conseguía eliminar toda esperanza de la nueva fase de mi vida, que iba a empezar por deseo de ella. Aunque no hubiera sabido expresar el sentimiento con palabras, sentí que sembraba la aversión y la crueldad en mi camino futuro, y me vi transformada, ante los ojos del señor Brocklehurst, en una niña astuta y maliciosa, pero ¿qué podía yo hacer para remediar esta impresión?

«Nada puedo hacer», pensé, mientras luchaba por suprimir un sollozo y enjugaba algunas lágrimas, testimonio impotente de mi angustia.

—La mentira es realmente un defecto odioso en un niño —dijo el señor Brocklehurst—, se aproxima a la falsedad, y todos los mentirosos tendrán su lugar en el fuego y el azufre del infierno. Sin embargo, se la vigilará, señora Reed. Hablaré con la señorita Temple y las profesoras.

—Me gustaría que se la educara de acuerdo con sus expectativas —prosiguió mi benefactora—, para que sea útil y se mantenga humilde. En cuanto a las vacaciones: con su permiso, las pasará en Lowood.

—Encuentro muy juiciosas sus decisiones, señora —respondió el señor Brocklehurst—. La humildad es una virtud cristiana, especialmente oportuna para las alumnas de Lowood. Por lo tanto, doy instrucciones para que sea cultivada con gran esmero. He estudiado la mejor manera de subyugar sus tendencias mundanas hacia el orgullo, y el otro día tuve una agradable prueba de mi éxito. Mi segunda hija, Augusta, fue a visitar la escuela con su madre, y a su vuelta exclamó: «Vaya, papá, ¡qué discretas y modestas son todas las chicas de Lowood, con su cabello recogido y sus largos delantales con las faltriqueras de hilo colgando, casi parecen las hijas de gente pobre!». «Miraron mi vestido y el de mamá como si nunca hubieran visto ropa de seda».

—Apruebo totalmente ese estado de cosas —respondió la señora Reed—. Aunque hubiera buscado por toda Inglaterra, no habría encontrado un sistema más apropiado para una niña como Jane Eyre. La conformidad, señor Brocklehurst, defiendo la conformidad en todas las cosas.

—La conformidad, señora, es la más importante de las obligaciones cristianas, y se observa en todas las disposiciones de la institución de Lowood: comida sencilla, ropa sin adornos, alojamiento sobrio, disciplinas espartanas. Tal es la norma de la casa y sus habitantes.

—Muy bien, señor. Entonces ¿puedo contar con la admisión de la niña como alumna de Lowood, donde la educarán según su posición y expectativas?

—Sí, señora, la colocaremos en ese jardín de plantas escogidas, y confío en que mostrará agradecimiento por el privilegio inestimable de haber sido elegida.

—La enviaré allí tan pronto como sea posible, señor Brocklehurst, pues le aseguro que estoy ansiosa por librarme de una responsabilidad que se estaba haciendo demasiado fastidiosa.

—No lo dudo, señora. Y ahora me despido de usted. Volveré a Lowood en una semana o dos; mi buen amigo, el archidiácono, no me permitirá dejarlo antes. Mandaré avisar a la señorita Temple que debe esperar a una nueva niña, para que no haya problemas con su llegada. Buenos días.

—Adiós, señor Brocklehurst. Dé recuerdos de mi parte a la señora Brocklehurst y a su hija mayor, y a Augusta y Theodore, y al pequeño Broughton.

—Así lo haré, señora. Niña, aquí tienes un libro que se llama *La guía de los niños*. Léelo piadosamente, en especial la parte que trata de «la historia de la muerte terriblemente repentina de Martha G…, una niña mala entregada a la falsedad y la mentira».

Con estas palabras, el señor Brocklehurst me entregó un librito encuadernado, y, habiendo pedido su coche, se marchó.

Nos quedamos a solas la señora Reed y yo. Pasaron en silencio algunos minutos; ella cosía y yo la observaba. En aquel entonces, la señora Reed debía de tener unos treinta y seis o treinta y siete años. Era una mujer de complexión robusta, cuadrada de hombros y con extremidades fuertes, no muy alta y corpulenta sin ser obesa. Tenía la cara algo grande con la mandíbula desarrollada y sobresaliente, la frente baja, la barbilla prominente, mientras que la boca y la nariz eran de formas regulares. Bajo las claras cejas brillaban unos ojos sin compasión; el cutis era oscuro y opaco y el cabello rubio. Tenía una constitución sana y nunca caía enferma. Era una administradora capaz e inteligente, que tenía totalmente

bajo control su casa, sus propiedades y sus inquilinos. Solo sus hijos desafiaban y burlaban su autoridad. Vestía bien, con una presencia y un porte que realzaban sus ropas elegantes.

Sentada en un taburete bajo, a unos metros de su sillón, observaba su figura y examinaba sus facciones. Sujetaba en la mano el librito que relataba la muerte fulminante de la mentirosa, que me había sido entregado como advertencia intencionada. Lo que acababa de suceder, lo que había dicho sobre mí la señora Reed al señor Brocklehurst y el tono de su conversación reciente me herían. Cada palabra que había oído pronunciar me había dolido vivamente, y una oleada de resentimiento me invadió.

La señora Reed levantó la vista de su labor y sus ojos se fijaron en los míos, y, al mismo tiempo, sus dedos interrumpieron sus ligeros movimientos.

—Sal de la habitación y vuelve al cuarto de los niños —me ordenó. Debió de encontrar insolente mi mirada, porque habló con una ira exacerbada que intentaba contener. Me levanté, me dirigí a la puerta; volví, crucé la habitación hasta la ventana y luego me acerqué a ella.

Sentía la necesidad de hablar: me habían agraviado, y tenía que desquitarme, pero ¿cómo? ¿Qué fuerza tenía yo para vengarme de mi adversaria? Hice acopio de energía y me lancé con estas palabras:

—No soy mentirosa. Si así fuera, diría que la quiero a usted. Pero le aseguro que no la quiero: me desagrada usted más que nadie en el mundo a excepción de John Reed. En cuanto a este libro sobre la mentirosa, puede usted dárselo a su hija Georgiana, puesto que ella es la que dice mentiras y no yo.

Las manos de la señora Reed yacían quietas sobre su labor, sus ojos gélidos seguían fijos en los míos.

—¿Qué más tienes que decir? —preguntó, con un tono más apropiado para hablar con un adversario adulto que con una niña.

Su mirada y su voz despertaron en mí una gran antipatía. Con todo el cuerpo temblando, dominado por un nerviosismo

incontrolable, proseguí:

—Me alegro de que no sea pariente mía. En toda mi vida volveré a llamarle tía. Nunca vendré a visitarla cuando sea mayor, y si me preguntan si la quería o cómo me trataba usted, diré que solo pensar en usted me pone enferma y que me ha tratado con una crueldad despiadada.

—¿Cómo te atreves a hablar así, Jane Eyre?

—¿Que cómo me atrevo? ¿Cómo me atrevo, señora Reed? Porque es la verdad. Usted cree que no tengo sentimientos y que puedo vivir sin amor y bondad, pero no es así y no tiene usted compasión. Recordaré cómo me volvió a encerrar cruel y violentamente en el cuarto rojo, aunque desfallecía, me moría de pena, y gritaba: «¡Piedad, piedad, tía Reed!». Y me impuso ese castigo porque su hijo malvado me golpeó sin ningún motivo. A cualquiera que me lo pregunte, le contaré esto mismo. La gente cree que usted es una buena mujer, pero es mala y dura de corazón. ¡Usted sí que es falsa!

Antes de acabar este discurso, mi alma empezó a ensancharse con la mayor sensación de libertad y triunfo que jamás había experimentado. Era como si se hubiera roto un lazo invisible, dejándome inesperadamente libre. Con razón me sentía así: la señora Reed parecía asustada, su labor se cayó de su regazo, levantó las manos, empezó a mecerse y torció la cara como si fuera a llorar.

—Jane, estás equivocada, ¿qué te ocurre? ¿Por qué tiemblas de esta manera? ¿Quieres beber un poco de agua?

—No, señora Reed.

—¿Quieres alguna otra cosa? Te aseguro que quiero ser tu amiga.

—No es verdad. Le ha dicho usted al señor Brocklehurst que tenía mal carácter, que era mentirosa. Yo me encargaré de que en Lowood todos sepan lo que es usted y lo que ha hecho.

—Jane, no entiendes estas cosas. A los niños hay que corregirles los defectos.

—La mentira no es uno de mis defectos —chillé con voz salvaje.

—Pero eres apasionada, Jane, tienes que reconocerlo. Ahora vuelve al cuarto de los niños, querida, y échate un rato.

—Yo no soy su «querida», y no puedo echarme. Envíeme pronto a la escuela, señora Reed, porque aborrezco vivir aquí.

«Sí que la enviaré pronto a la escuela», murmuró la señora Reed para sí, y, recogiendo su labor, salió bruscamente de la habitación.

Me quedé sola, vencedora de la batalla. Había sido la batalla más dura que había librado, y mi primera victoria. Estuve parada un rato sobre la alfombra, donde antes había estado el señor Brocklehurst, y disfruté de la soledad del conquistador. Al principio, sonreía y me sentía exaltada, pero este intenso placer se fue calmando al mismo tiempo que los latidos de mi corazón. Un niño no puede discutir con sus mayores, como yo lo había hecho, no puede dar rienda suelta a su ira, como yo lo había hecho, sin experimentar después una punzada de remordimiento y arrepentimiento. Mi mente era un fuego ardiente con llamas devoradoras y vivas cuando acusé y amenacé a la señora Reed; el mismo fuego, negro y apagado tras agotarse las llamas, hubiera servido para representar mi ánimo después, cuando media hora de reflexiones me mostró la locura de mi comportamiento y lo desolador de mi posición odiosa y odiada.

Era la primera vez que probaba la venganza. Me pareció un vino aromático, cálido y chispeante en el paladar; pero dejó un regusto metálico y corrosivo que me daba la impresión de haber sido envenenada. De buena gana habría ido a pedirle perdón a la señora Reed, pero sabía, en parte por experiencia y en parte por instinto, que esta era la manera de conseguir que me rechazara con doble desprecio, lo cual hubiera estimulado de nuevo los impulsos tumultuosos de mi carácter.

Más me valdría ejercitar otra habilidad que no fuera la de pronunciar palabras airadas; más me valdría cultivar sentimientos menos violentos que la negra indignación. Cogí un libro, uno de cuentos árabes, y me senté a leer. Era incapaz de entender el tema:

entre yo y las páginas que solían maravillarme se interpusieron mis pensamientos. Abrí la puerta de cristal de la sala que daba al jardín, donde todo estaba tranquilo, dominado por la escarcha, sin que el sol o el viento lo aliviasen. Me cubrí la cabeza y los brazos con la falda de mi vestido y salí a pasear por una zona apartada. No hallé placer ni en los árboles silenciosos, las piñas caídas, ni los restos del otoño: la hojarasca rojiza, barrida por el viento hasta formar heladas pilas. Me apoyé en una valla y contemplé un campo vacío, cuya hierba estaba quemada y descolorida, donde no había ninguna oveja pastando. Era un día gris de cielo encapotado, que amenazaba nieve; de hecho, caían a intervalos algunos copos, que se depositaban en el duro sendero y en el prado helado, y no se derretían. Sintiéndome desgraciadísima, me pregunté una y otra vez en un susurro: «¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?».

Enseguida oí la llamada de una voz clara:

—Señorita Jane, ¿dónde está? Venga a comer.

Sabía que era Bessie, pero no me moví. Al rato oí sus pasos ligeros por el sendero.

—¡Criatura traviesa! —dijo— ¿por qué no acude cuando se la llama?

En comparación con los pensamientos que me habían ocupado la mente, me alegró la presencia de Bessie, aunque, como siempre, estaba algo enfadada. El caso es que, después de mi lucha con la señora Reed y mi victoria sobre ella, no estaba dispuesta a preocuparme por el enojo pasajero de la niñera, pero sí quería disfrutar de su alegría lozana. La rodeé con los dos brazos, diciendo:

—Venga, Bessie, ¡no me riñas!

Este gesto era más natural y abierto de lo que yo solía permitirme, y, de alguna manera, pareció agradarla.

—Es usted una niña extraña, señorita Jane —dijo, mirándome— una criatura solitaria y errante. Se irá a la escuela, supongo.

Asentí con la cabeza.

—¿No le dará pena dejar a la pobre Bessie?

—Poco le importo yo a Bessie. Siempre me estás riñendo.

—Porque es usted una criatura tan rara, tímida y asustadiza. ¡Debería ser más resuelta!

—¿Para qué? ¿Para que me peguen más?

—¡Tonterías! Pero sí es verdad que tiene las cosas difíciles. Decía mi madre cuando vino a verme la semana pasada que no le gustaría ver a un hijo suyo en la posición de usted. Ahora, vayamos adentro. Tengo buenas noticias para usted.

—No me lo puedo creer, Bessie.

—¡Pero, niña! ¿Qué quiere decir? ¡Con qué ojos más tristes me mira! Bueno, la señora y los señoritos van a salir a merendar esta tarde, y usted merendará conmigo. Le pediré a la cocinera que le haga un pastelillo, y luego me ayudará usted a repasar sus cajones, pues pronto tendré que hacer sus maletas. La señora tiene intención de que se marche en un día o dos, y tiene que elegir los juguetes que quiere llevarse.

—Bessie, tienes que prometerme que no me reñirás más hasta mi partida.

—De acuerdo, pero ha de ser buena, y no tenerme miedo. No se asuste si levanto un poco la voz: eso me irrita muchísimo.

—Creo que nunca volveré a tenerte miedo, Bessie, porque me he acostumbrado a ti, y pronto tendré otro grupo de personas a quienes temer.

—Si los teme, la despreciarán.

—¿Como tú, Bessie?

—Yo no la desprecio, señorita. Creo que la quiero más que a los demás.

—No se nota.

—¡Qué mordaz! Habla usted de una manera diferente. ¿Qué la ha hecho tan atrevida y osada?

—Pues que pronto me habré marchado, y, además… —iba a contarle algo de lo que había pasado entre la señora Reed y yo, pero lo pensé mejor y decidí no mencionarlo.

—¿Así que se alegra de dejarme?

—En absoluto, Bessie. En este momento, lo siento bastante.

—«¡En este momento!». ¡Con qué frialdad lo dice la señorita! Supongo que si le pidiera un beso, me lo negaría, diciendo que preferiría no hacerlo.

—Estaré encantada de darte un beso. Agacha la cabeza —Bessie se agachó, nos dimos un abrazo, y la seguí, bastante consolada, hasta la casa. La tarde transcurrió tranquila y armoniosamente, y por la noche Bessie me contó algunos de sus cuentos más cautivadores, y me cantó algunas de sus canciones más dulces. Incluso para mí, la vida contenía momentos de felicidad.

Capítulo V

Apenas habían dado las cinco de la mañana del diecinueve de enero cuando entró Bessie en mi cuarto con una vela, encontrándome ya levantada y casi vestida. Me había levantado media hora antes de su llegada y me había lavado la cara y vestido a la luz de la media luna, cuyos rayos se filtraban a través de la estrecha ventana que estaba junto a mi cama. Iba a salir de Gateshead aquel día en una diligencia que pasaba ante la portería a las seis. Bessie era la única persona que se había levantado; había encendido el fuego del cuarto de los niños, donde se dispuso a prepararme el desayuno. Hay pocos niños capaces de comer cuando están nerviosos por la idea de un viaje, y yo tampoco pude. Habiendo insistido en vano para que tomase unas cucharadas de la leche hervida con pan que me había preparado, Bessie envolvió en papel unas galletas, que puso en mi bolsa, me ayudó a ponerme la pelliza y el sombrero, se cubrió con un chal y salimos ambas del cuarto. Cuando pasamos delante de la habitación de la señora Reed, me preguntó:

—¿Quiere entrar a despedirse de la señora?

—No, Bessie. Ella vino a mi cuarto anoche cuando habías bajado a cenar, y me dijo que no hacía falta despertarla a ella ni a mis primos por la mañana, y que recordara que siempre había sido mi mejor amiga, y que por esto siempre hablara bien de ella y le estuviera agradecida.

—¿Qué dijo usted, señorita?

—Nada. Me tapé la cara con las mantas y me volví hacia la pared.

—Eso no estuvo bien, señorita Jane.

—Estuvo perfectamente, Bessie. Tu señora no ha sido mi amiga, sino mi enemiga.

—Oh, señorita Jane, ¡no diga eso!

—¡Adiós, Gateshead! —grité, al pasar por el vestíbulo y salir por la puerta principal.

La luna se había ocultado y estaba muy oscuro. Bessie llevaba una linterna, cuya luz iluminaba los escalones mojados y la gravilla empapada por el reciente deshielo. Hacía un frío tan intenso esa mañana invernal que me castañeteaban los dientes al apresurarme por el camino. Había luz en la casita del portero. Cuando llegamos allí, encontramos a la portera encendiendo fuego. Mi baúl, llevado allí la noche anterior, estaba atado con una cuerda junto a la entrada. Faltaban pocos minutos para las seis, y poco después de dar esa hora, el retumbar lejano de ruedas anunció la llegada de la diligencia. Me acerqué a la puerta y vi aproximarse rápidamente sus faroles en la oscuridad.

—¿Se va ella sola? —preguntó la portera.

—Sí.

—Y ¿a qué distancia está?

—Cincuenta millas.

—¡Qué lejos! Me sorprende que la señora Reed la deje ir tan lejos sola.

Se detuvo la diligencia con sus cuatro caballos, repleta de pasajeros. El mozo y el cochero me metieron prisa a voces, subieron mi baúl y a mí me arrancaron de los brazos de Bessie, a quien me había aferrado besándola.

—Cuídenmela bien —gritó al mozo, quien me levantó y metió dentro.

—Sí, sí —fue la respuesta. La puerta se cerró de golpe, una voz exclamó «¡Vámonos!» y emprendimos el camino. De esta manera me separaron de Bessie y de Gateshead, de esta manera me

transportaron a regiones desconocidas y, según mi parecer de entonces, remotas y misteriosas.

Recuerdo muy poco del viaje, solo sé que el día se me hizo increíblemente largo, y me pareció que recorríamos cientos de millas. Pasamos por varios pueblos, y el coche se detuvo en uno muy grande; se llevaron los caballos, y los pasajeros nos apeamos para comer. Me llevaron a una posada, donde el mozo quiso que comiese algo. Como no tenía apetito, me depositó en una sala enorme con una chimenea en cada extremo, una araña de luces colgando del techo y una balconada roja en lo alto de la pared, llena de instrumentos musicales. Estuve deambulando un rato, sintiéndome muy rara, y con un miedo desmedido de que entrase alguien para secuestrarme, pues creía en la existencia de secuestradores por haber oído relatar muchas veces sus hazañas en los cuentos de Bessie junto al fuego. Por fin, regresó el mozo y me volvió a embarcar en la diligencia. Luego, mi protector subió a su propio asiento, tocó su cuerno hueco y nos alejamos por las «calles empedradas» de L…

Por la tarde llovió y hubo algo de neblina. Con la llegada del crepúsculo, empecé a tener la sensación de estar lejísimos de Gateshead. Ya no atravesábamos pueblos, y el paisaje era diferente: se erguían grandes colinas grises en el horizonte. Al caer la noche, bajamos por un valle ensombrecido por los bosques que lo rodeaban, y mucho después de que la noche hubiera oscurecido del todo el paisaje, oí crujir los árboles, sacudidos por un viento fuerte.

Arrullada por este sonido, me quedé dormida por fin. No llevaba mucho tiempo durmiendo cuando me despertó el cese del movimiento. La puerta se abrió y vi, a la luz de los faroles, el rostro y la ropa de una persona con aspecto de criada.

—¿Hay aquí una niña llamada Jane Eyre? —preguntó. Contesté que sí; me sacaron, bajaron mi baúl, y la diligencia se alejó en el acto.

Estaba entumecida de estar sentada tanto tiempo, y aturdida por los ruidos y movimientos del coche. Reponiéndome, miré alrededor.

El aire estaba cargado de lluvia, viento y oscuridad; sin embargo, divisé ante mí un muro con una puerta abierta, por la que pasé con mi nueva guía, quien la cerró con llave a nuestras espaldas. Ahora se vislumbraba una casa o casas, porque el edificio tenía una gran extensión, con muchas ventanas, algunas de las cuales tenían luz. Anduvimos por un ancho sendero lleno de charcos y cubierto de piedrecillas, y entramos en la casa por una puerta. La criada me llevó por un pasillo hasta un aposento con chimenea, donde me dejó sola.

Después de calentarme los dedos agarrotados en las llamas, miré a mi alrededor. No había ninguna vela, pero la luz tenue de la chimenea alumbraba, a intervalos, paredes empapeladas, alfombras, cortinas y lustrosos muebles de caoba. Era un salón, no tan lujoso como el de Gateshead, pero bastante cómodo. Estaba tratando de averiguar lo que significaba un cuadro que había en la pared, cuando se abrió la puerta y entró una persona con una luz en la mano, seguida de cerca por otra.

La primera era una señora alta de cabello y ojos oscuros, de rostro pálido y frente amplia. Estaba parcialmente envuelta en un chal, y tenía una expresión seria y un porte erguido.

—Esta es una niña muy pequeña para viajar sola —dijo, dejando en la mesa la vela. Me miró detenidamente un minuto o dos, y luego prosiguió—: Convendría acostarla pronto, pues parece cansada. ¿Estás cansada? —me preguntó, poniéndome la mano en el hombro.

—Un poco, señora.

—Tendrás hambre también, sin duda. Que cene alguna cosa antes de acostarse, señorita Miller. ¿Es la primera vez que te separas de tus padres para ir a la escuela, pequeña?

Le expliqué que no tenía padres. Preguntó cuánto tiempo hacía que habían muerto, cuántos años tenía yo, cómo me llamaba, si sabía leer y escribir y si sabía coser. Después me tocó suavemente la mejilla con el índice y, diciendo que esperaba que fuera buena, se despidió de mí y de la señorita Miller.

La señora que dejamos en el salón debía de tener unos veintinueve años y la que me acompañó parecía algo más joven. La primera me impresionó por su voz, su aspecto y su porte. La señorita Miller era más vulgar, de tez rubicunda y expresión preocupada, apresurada de movimientos, como alguien que siempre tuviera infinidad de cosas que hacer. Tenía aspecto, de hecho, de lo que después averigüé que era en realidad: una profesora subalterna. Me condujo por una habitación tras otra y un corredor tras otro de un edificio grande y destartalado, hasta que, saliendo del silencio total y algo deprimente de la parte de la casa que habíamos atravesado, nos acercamos al murmullo de muchas voces y entramos en un aposento largo y ancho con dos grandes mesas de pino en cada extremo, y dos velas ardiendo en cada mesa. Sentadas en bancos alrededor, había chicas de todas las edades, desde los nueve o diez años hasta los veinte. A la luz tenue de las velas, me pareció que había un número infinito, aunque realmente no eran más de ochenta. Iban vestidas con uniforme de tela marrón de corte un poco anticuado y largos delantales de hilo. Era la hora del estudio, por lo que estaban ocupadas en aprender de memoria la tarea del día siguiente, y el murmullo que había oído era la repetición susurrada de la lección.

La señorita Miller me indicó que me sentara en un banco junto a la puerta, y acercándose al fondo del largo aposento, gritó:

—Supervisoras, recoged los libros y guardadlos.

Se levantaron cuatro muchachas altas de diferentes mesas y fueron recogiendo los libros, que se llevaron. La señorita Miller volvió a ordenar:

—Supervisoras, traed las bandejas de la cena.

Salieron las chicas altas y regresaron al rato, cada una llevando una bandeja con raciones de alguna cosa que no pude identificar y una jarra de agua con un vaso en el centro de cada bandeja. Repartieron las raciones, y las que querían beber lo hacían en uno de los vasos, comunes para todas. Cuando me tocó el turno a mí, bebí, pues tenía sed, pero no probé la comida, porque me sentía

incapaz de comer por el nerviosismo y el cansancio. Sin embargo, pude ver que la comida era una fina torta de avena partida en trozos.

Una vez finalizada la comida, la señorita Miller leyó las oraciones y las muchachas se marcharon de dos en dos al piso de arriba. Ya vencida por el agotamiento, apenas me di cuenta de cómo era el dormitorio. Solo me percaté de que era muy largo, como el aula. Esa noche iba a dormir con la señorita Miller, quien me ayudó a desvestirme. Una vez acostada, miré la larga fila de camas, que fueron ocupadas enseguida, cada una por dos chicas. A los diez minutos, apagaron la solitaria luz y, en el silencio y la oscuridad total, me quedé dormida.

Pasó deprisa la noche; estaba demasiado cansada para soñar siquiera. Me despertó solo una vez el ruido del viento, que soplaba en ráfagas furibundas, y de la lluvia, que caía a raudales, y observé que se había acostado a mi lado la señorita Miller. Cuando volví a abrir los ojos, sonaba una campana estridente. Las chicas estaban levantadas, vistiéndose. Era todavía de noche y ardían una o dos débiles velas en el cuarto. También yo me levanté de mala gana, pues hacía un frío espantoso. Me vestí lo mejor que pude a pesar de los escalofríos y me lavé cuando quedó libre un lavabo, lo cual tardó en ocurrir, ya que había solo uno por cada seis chicas, colocados en soportes en el centro del cuarto. Sonó de nuevo la campana, nos formamos de dos en dos y de esta manera bajamos la escalera y entramos en el aula fría y mal alumbrada, donde la señorita Miller leyó las oraciones y después gritó:

—¡Formad clases!

A continuación, hubo un gran tumulto que se prolongó unos minutos, durante el cual exclamó varias veces la señorita Miller «¡Silencio!» y «¡Orden!». Cuando se calmaron, las vi a todas formadas en cuatro semicírculos, delante de cuatro sillas en las cuatro mesas. Cada una tenía en la mano un libro, y, en cada mesa, ante la silla vacía, había un gran libro, como una Biblia. Siguió una pausa de varios segundos, inundada por un débil murmullo indistinto

de números. La señorita Miller fue de clase en clase acallando este sonido indefinido.

A lo lejos se oyó el tintineo de una campana y entraron tres señoras, que se dirigieron a las mesas y se sentaron. La señorita Miller se sentó en la cuarta silla vacía, la más cercana a la puerta, ocupada por las niñas más pequeñas. A esta clase inferior fui llamada y colocada en el último lugar.

Ahora empezó el trabajo en serio: se repitió la oración del día y se recitaron algunos textos de la Sagrada Escritura, y a esto siguió una lectura prolija de capítulos de la Biblia, que duró una hora. Para cuando se hubo completado este ejercicio, había amanecido del todo. La campana infatigable sonó por cuarta vez; las clases se formaron, y marchamos a desayunar a otra habitación. ¡Qué contenta me sentía ante la idea de comer algo! Estaba casi enferma de hambre, ya que había comido tan poco el día anterior.

El refectorio era una habitación enorme y tenebrosa de techo bajo, y, sobre dos largas mesas, humeaban grandes fuentes de algo caliente, que, sin embargo, y con mucha congoja por mi parte, despedía un olor muy poco apetecible. Presencié una manifestación colectiva de disgusto cuando llegaron los vapores de la colación al olfato de las destinatarias. Desde las filas más avanzadas, las muchachas altas de la primera clase, se elevó el susurro:

—¡Repugnante! ¡La avena está quemada otra vez!

—¡Silencio! —ordenó una voz, no la de la señorita Miller, sino de una de las profesoras principales, una figura pequeña y morena, elegantemente vestida, pero de aspecto algo malhumorado, que se instaló en la cabecera de una mesa, mientras que una señora más robusta presidía otra. Busqué inútilmente a la que había visto la noche anterior, pero no se la veía. La señorita Miller ocupaba el otro extremo de la mesa en la que yo me había sentado, y una extraña señora mayor de aspecto extranjero, la profesora de francés, como supe más adelante, se sentó en el lugar correspondiente de la otra mesa. Bendijimos la mesa con una larga oración y cantamos un himno; una criada trajo té para las profesoras y empezó la comida.

Famélica y algo desmayada, devoré una cucharada o dos de mi ración sin pensar en el sabor, pero una vez aplacada el hambre más acuciante, me di cuenta de que tenía delante un rancho nauseabundo, pues la avena quemada es casi tan mala como las patatas podridas: ni la misma inanición la hace tragable. Las cucharas se movieron con lentitud, y vi cómo cada muchacha probaba la comida e intentaba tragarla, pero, en la mayoría de los casos, desistieron enseguida. Se había acabado el desayuno y nadie había desayunado. Dimos las gracias al Señor por lo que no habíamos recibido, cantamos otro himno y salimos del refectorio hacia el aula. Yo estaba entre las últimas en salir y, al pasar por las mesas, vi a una de las profesoras coger una fuente de la sopa y probarla; luego miró a las demás y todos los rostros mostraban descontento, y una de ellas, la corpulenta, susurró:

—¡Qué mejunje más abominable! ¡Qué vergüenza!

Durante el cuarto de hora que pasó antes de reanudar las clases, hubo un gran barullo en el aula. En este espacio de tiempo, parecía permitirse hablar en voz alta con toda libertad, y se aprovecharon las muchachas de este privilegio. Toda la conversación versó sobre el desayuno, vilipendiado por todas por igual. ¡Pobres criaturas! Era su único consuelo. La señorita Miller era la única profesora presente en el aula y estaba rodeada de un grupo de chicas mayores, que hablaban con gesto grave y hosco. Oí a algunos labios pronunciar el nombre del señor Brocklehurst, lo que provocó que la señorita Miller moviera la cabeza con desaprobación. Sin embargo, no se esforzó mucho por frenar la ira de todas, ya que seguramente la compartía.

Un reloj dio las nueve y la señorita Miller salió del círculo que la rodeaba para ponerse en el centro de la habitación, donde gritó:

—¡Silencio! ¡A vuestros sitios!

Se impuso la disciplina. A los cinco minutos, el alboroto confuso se convirtió en orden, y un silencio relativo tomó el lugar del clamor de voces. Las profesoras principales tomaron sus puestos puntualmente, pero aún había una sensación de espera.

Distribuidas en bancos en los lados de la habitación, inmóviles y erguidas, estaban las ochenta muchachas. Formaban un grupo singular, con su cabello retirado de las caras, sin un rizo a la vista, sus vestidos marrones cerrados hasta el cuello, rodeado de una estrecha pañoleta, sus faltriqueras de hilo (parecidas a las bolsas de los escoceses) atadas delante de sus vestidos, haciendo las veces de costureros, sus medias de lana y zapatos rústicos abrochados con hebillas de latón. Más de veinte de las así vestidas eran muchachas crecidas, o, mejor dicho, mujeres, y no les sentaba bien el uniforme, que hacía que incluso las más guapas tuviesen un aspecto extraño.

Yo aún las observaba a ellas, y a intervalos a las profesoras, ninguna de las cuales me agradaba del todo, pues la corpulenta era un poco basta, la pequeña bastante torva, la extranjera severa y grotesca, y la pobre señorita Miller colorada y curtida, y agotada por el exceso de trabajo, cuando, en el momento que pasaba mis ojos de un rostro a otro, se levantaron todas simultáneamente, como accionadas por un mismo muelle.

¿Qué ocurría? Como no había oído ninguna orden, estaba desconcertada. Antes de recuperarme, se sentaron de nuevo y como vi que todos los ojos se dirigían a un mismo punto, miré también hacia allí y vi a la persona que me había recibido la noche anterior. Estaba de pie al fondo de la larga habitación, junto a una de las chimeneas que ardían en los dos extremos, examinando gravemente, en silencio, las dos filas de muchachas. La señorita Miller se acercó a ella, pareció hacerle una pregunta y, tras recibir la respuesta, regresó a su sitio y dijo en voz alta:

—Supervisora de la primera clase, ve por los globos terráqueos.

Mientras se acataba su orden, la señora consultada por la señorita Miller caminó lentamente por la habitación. Supongo que debo de estar dotada de una gran capacidad de veneración, pues aún recuerdo la sensación de admiración con la que seguí sus pasos. Vista a plena luz del día, era alta, rubia y de formas armoniosas; los ojos oscuros, de mirada benévola, rodeados de

largas pestañas, aliviaban la palidez de su amplia frente; su cabello castaño oscuro estaba recogido en rizos abiertos en las sienes, según la moda de aquel entonces, en que no se estilaban ni bandas lisas ni tirabuzones largos; su vestido, también de la moda de la época, era de paño morado, adornado con una especie de remate español de terciopelo negro; en su cintura brillaba un reloj de oro (los relojes eran menos corrientes entonces que ahora). Para completar el cuadro, que el lector añada facciones refinadas, un cutis pálido y transparente y un porte elegante, y así se hará la idea más fiel del aspecto de la señorita Temple que las palabras puedan dar. Después supe que su nombre de pila era Maria, pues lo vi escrito en un devocionario que me dejaron para ir a la iglesia.

La directora de Lowood (pues este era el cargo de esta señora) se sentó ante dos globos terráqueos que estaban colocados en una de las mesas, congregó a la primera clase a su alrededor y comenzó a impartir una lección de geografía. Las clases inferiores también fueron convocadas por sus profesoras y durante una hora se sucedieron las lecciones de historia y gramática, seguidas por otras de caligrafía y aritmética, y lecciones de música impartidas por la señorita Temple a algunas de las muchachas mayores. La duración de las lecciones era regida por el reloj, que por fin dio las doce. Se levantó la directora y dijo:

—Tengo unas palabras que dirigir a las alumnas.

Se había producido cierto alboroto al cesar las lecciones, pero se apagó con el sonido de su voz. Prosiguió:

—Esta mañana se os ha servido un desayuno que no habéis podido comer, y debéis de tener hambre, por lo que he mandado preparar un almuerzo de pan con queso para todas.

Las profesoras la miraron con algo de sorpresa.

—Yo asumo la responsabilidad —añadió, a modo de explicación para estas, e inmediatamente abandonó la habitación.

Poco después, se repartió el almuerzo para deleite de todas las alumnas, y se nos ordenó: «¡Al jardín!». Cada una se puso un sombrero de tosca paja con cintas de percal de colores, y una capa

de paño gris. Yo me equipé del mismo modo y me dirigí afuera con todas las demás.

El jardín era amplio, rodeado de un muro tan alto que ocultaba cualquier vista del exterior. A un lado había un pórtico cubierto, y unos senderos anchos bordeaban los muchos parterres del centro, cada uno de los cuales era asignado a una alumna para que lo cultivara. Sin duda, estaría muy bonito en la época de las flores, pero en esas fechas de finales de enero, todo era desolación y podredumbre invernal. Me estremecí al mirar a mi alrededor. El día era poco propicio para el ejercicio a la intemperie; no llovía, pero todo estaba ensombrecido por una niebla amarillenta y el suelo todavía rezumaba humedad por las lluvias del día anterior. Las muchachas más fuertes correteaban y jugaban, pero otras, pálidas y delgadas, buscaron refugio y calor en el pórtico, y mientras la espesa niebla les calaba hasta los huesos y las hacía tiritar, oí a varias toser repetidamente.

Hasta el momento, no me habían dirigido la palabra, ni parecían verme. Estaba sola, pero estaba acostumbrada a la sensación de aislamiento, y no me abrumé. Me apoyé en una de las columnas del pórtico, me envolví en mi capa, e, intentando olvidarme del frío que me atormentaba por fuera y el hambre que me roía por dentro, me dediqué a la tarea de observar y pensar. No merecen mención mis reflexiones, por indefinidas y rudimentarias: apenas sabía dónde estaba. Gateshead y mi vida pasada parecían perdidos en lontananza, el presente era vago y extraño, y no me podía imaginar el futuro. Miré el jardín, que parecía de convento, y luego la casa, un edificio grande, la mitad vieja y gris, y la otra mitad nueva. La parte nueva, que contenía el aula y el dormitorio, tenía ventanas con celosías y parteluces, que le daban aspecto de iglesia. Encima de la puerta, había una lápida con la leyenda:

«Institución Lowood. Esta parte fue reconstruida en el año… por Naomi Brocklehurst, de Brocklehurst Hall, de este condado. “Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que vean vuestras

obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los Cielos” (Mateo, 5,16)».

Leí estas palabras una y otra vez, porque creía que contenían un significado que era incapaz de comprender. Todavía me estaba preguntando qué querría decir «institución», e intentando descubrir la conexión entre las primeras palabras y el versículo de las Sagradas Escrituras, cuando el sonido de una tos a mis espaldas me hizo volver la cabeza. Vi a una chica sentada en un banco de piedra. Estaba inclinada sobre un libro, cuya lectura parecía absorber su atención. Pude ver el título del libro, *Rasselas*, que se me antojó extraño y, por eso mismo, atractivo. Al volver la hoja, levantó la vista, y aproveché para decirle:

—¿Es interesante el libro? —Ya me había decidido a pedírselo prestado algún día.

—A mí me gusta —respondió, después de una breve pausa, durante la cual me examinó.

—¿De qué trata? —continué. No sé de dónde saqué la valentía para iniciar una conversación con una extraña, pues este paso era contrario a mi naturaleza y mis costumbres. Creo que su actividad tocó una fibra de simpatía en mí, ya que también disfrutaba de la lectura, aunque de un tipo más frívolo e infantil, pues no era capaz de digerir ni comprender las lecturas serias y trascendentales.

—Puedes mirarlo —contestó la muchacha, ofreciéndome el libro.

Así lo hice, y, tras examinarlo brevemente, me convencí de que el texto era menos atrayente que el título. Para mi gusto frívolo, *Rasselas* parecía algo aburrido, ya que no vi nada relacionado con hadas ni genios, y la letra tan apretada no mostraba la variedad a la que estaba acostumbrada. Se lo devolví, lo cogió en silencio y, sin decir palabra, estaba a punto de retomar a su lectura, cuando me atreví a interrumpirla de nuevo:

—¿Puedes decirme lo que significa la leyenda de la lápida de la puerta? ¿Qué es la Institución Lowood?

—Esta casa donde vas a vivir.

—¿Y por qué la llaman «institución»? ¿Es que no es igual que las demás escuelas?

—Es una escuela en parte benéfica; tú y yo y todas nosotras dependemos de la caridad. Supongo que eres huérfana, ¿no has perdido a tu madre o tu padre?

—Murieron ambos antes de lo que pueda recordar.

—Bueno, pues todas las muchachas han perdido a uno de sus padres o a los dos, y esta es una institución para educar a las huérfanas.

—¿Es que no pagamos? ¿Nos mantienen gratis?

—Pagamos, o pagan nuestros familiares, quince libras al año.

—Entonces, ¿por qué lo llaman benéfico?

—Porque quince libras no son suficientes para la manutención y la enseñanza, y el resto lo cubren las donaciones.

—¿Quién hace las donaciones?

—Diversas damas y caballeros caritativos de esta zona y de Londres.

—¿Quién fue Naomi Brocklehurst?

—La señora que edificó la parte nueva de la casa, tal como pone la lápida, cuyo hijo la supervisa y administra ahora.

—¿Por qué?

—Porque es el tesorero y administrador del establecimiento.

—¿Entonces la casa no es de la señora del reloj, que ordenó que comiéramos pan y queso?

—¿De la señorita Temple? No. ¡Ojalá fuera así! Ella tiene que justificarse ante el señor Brocklehurst por todo lo que hace.

—¿Él vive aquí?

—No, vive en una casa grande, a dos millas de aquí.

—¿Es un buen hombre?

—Es clérigo, y se dice que hace muchas buenas obras.

—¿Y has dicho que la señora alta se llama señorita Temple?

—Sí.

—¿Cómo se llaman las otras profesoras?

—La de la cara colorada se llama señorita Smith y supervisa el trabajo y corta los vestidos y pellizas, pues hacemos nuestra propia ropa. La pequeñita de pelo negro es la señorita Scatcherd, quien enseña historia y gramática y repasa la lección de la segunda clase. Y la del chal, que lleva un pañuelo atado con una cinta amarilla, es madame Pierrot, de Lisle, Francia, y enseña francés.

—¿Te gustan las profesoras?

—Sí, bastante.

—¿Te gusta la pequeñita morena, y la Madame…? No sé pronunciar su nombre como tú.

—La señorita Scatcherd es impaciente y debes tener cuidado de no ofenderla, y madame Pierrot no es mala persona.

—Pero la señorita Temple es la mejor, ¿verdad?

—La señorita Temple es muy buena e inteligente. Está muy por encima de las demás, porque sabe mucho más que ellas.

—¿Tú llevas mucho tiempo aquí?

—Dos años.

—¿Eres huérfana?

—Mi madre se murió.

—¿Eres feliz aquí?

—Haces demasiadas preguntas. Ya te he contestado bastantes, y ahora quiero leer.

Pero en ese momento sonó la campana anunciando la comida, y entramos todas. El olor que llenaba el refectorio no era mucho más apetecible que el que nos había deleitado por la mañana. Sirvieron la comida en dos fuentes enormes de hojalata, que despedían un vaho con fuerte olor a sebo rancio. Descubrí que el rancho consistía en un guiso de patatas mezcladas con extrañas tiras de carne rancia. Distribuyeron un plato bastante abundante de este mejunje a cada alumna. Comí lo que pude y me pregunté si comeríamos igual todos los días.

Inmediatamente después de comer, nos trasladamos al aula, donde se reanudaron las lecciones, que siguieron hasta las cinco.

El único suceso interesante de la tarde fue que vi cómo la chica con la que había hablado en el pórtico fue expulsada de la clase de historia por la señorita Scatcherd, quien la mandó ponerse en el centro de la gran aula. El castigo me pareció extremadamente degradante, en especial para una chica tan mayor, pues debía de tener trece años o más. Esperaba que mostrara señales de aflicción y vergüenza, pero me sorprendió que no llorase ni se ruborizase. Se quedó de pie, seria y tranquila, blanco de todos los ojos. «¿Cómo puede soportarlo con tanta serenidad?» me pregunté. «Yo, en su lugar, quisiera que se me tragara la tierra. Pero ella parece pensar en cosas más allá del castigo y de su situación, en algo lejano que no se ve. He oído hablar de soñar despierto, ¿será eso lo que le sucede? Sus ojos miran el suelo, pero estoy segura de que no lo ve… parece mirar hacia dentro, en su corazón. Creo que mira sus recuerdos, no lo que tiene delante. Me pregunto qué clase de chica es, si buena o mala».

Poco después de las cinco, tomamos otra colación, que consistió en una pequeña taza de café y media rebanada de pan moreno. Devoré el pan y tragué el café con fruición, pero habría comido otro tanto, ya que tenía hambre aún. Luego hubo media hora de recreo y después estudio, seguido del vaso de agua y el trozo de torta de avena, las oraciones y la cama. Así transcurrió mi primer día en Lowood.

Capítulo VI

El día siguiente comenzó como el anterior, levantándonos y vistiéndonos a la débil luz de las velas, pero esta vez tuvimos que prescindir de la ceremonia del aseo porque el agua de los lavabos estaba helada. Había cambiado el tiempo la noche anterior, y un gélido viento del noreste, que silbó entre los resquicios de las ventanas del dormitorio toda la noche, nos hizo tiritar en nuestras camas y convirtió el agua de los jarros en hielo.

Antes de acabar la larga hora y media de oraciones y lectura de la Biblia, creí morirme de frío. Por fin llegó la hora del desayuno, y aquella mañana no estaba quemada la avena. La calidad era pasable, pero la cantidad escasa. ¡Qué porción más pequeña me había correspondido! Hubiera querido tomar el doble.

En el curso del día me destinaron a la cuarta clase, y me asignaron tareas y ocupaciones como a las demás. Hasta entonces había sido espectadora de la vida de Lowood, pero a partir de ese momento había de convertirme en partícipe. Al principio, al no tener costumbre de memorizar, las lecciones me parecieron largas y arduas. También me desconcertaba el cambio frecuente de una tarea a otra, por lo que me alegré cuando, alrededor de las tres de la tarde, la señorita Smith me puso en las manos una tira de muselina de dos yardas de longitud, junto con una aguja, un dedal y los demás útiles, y me mandó sentarme en un rincón tranquilo del aula para hacerle un dobladillo. En ese momento, la mayoría de las alumnas también estaban cosiendo, pero todavía había un grupo leyendo alrededor de la silla de la señorita Scatcherd, y en el

silencio que reinaba, se podía oír el tema de su lección, cómo respondía cada una y los reproches o recomendaciones de la señorita Scatcherd ante cada actuación. Era la historia de Inglaterra, y entre las lectoras se encontraba mi amiga del pórtico. Al principio de la lección había estado a la cabeza de la clase, pero, por un error de pronunciación o por no hacer caso a la puntuación, de repente fue enviada al último lugar. Incluso en ese puesto poco prominente, la señorita Scatcherd continuó prodigándole una especial atención, dirigiéndole frases como estas: «Burns (pues así se llamaba, al parecer; a todas las chicas nos llamaban por el apellido, como en las escuelas de chicos), Burns, tienes el zapato ladeado, pon bien el pie inmediatamente». «Burns ¡qué manera de sacar la barbilla!». «Burns, insisto en que mantengas la cabeza erguida. No te quiero tener delante de esta guisa», y así sucesivamente.

Cuando hubieron leído dos veces el capítulo, las chicas cerraron los libros y se prepararon para contestar a las preguntas. La lección había versado sobre parte del reinado de Carlos I, y las preguntas fueron acerca de tonelajes, gravámenes y fletes, que la mayoría parecía no saber contestar. Sin embargo, cada pregunta era resuelta al instante por Burns, cuya memoria parecía haber retenido la esencia de todo el texto y por lo tanto contestó correctamente a todos los puntos. Yo esperaba que la señorita Scatcherd elogiara su atención, en vez de lo cual gritó de repente:

—¡Qué chica más sucia y desagradable! ¡No te has limpiado las uñas hoy!

El silencio de Burns, que no contestó, me sorprendió. «¿Por qué no explica que no ha podido ni limpiarse las uñas ni lavarse la cara, ya que el agua estaba helada?» pensé.

La señorita Smith requirió mi atención, pidiéndome que le sujetara una madeja de hilo y, mientras ella hacía ovillos, me hablaba de vez en cuando, preguntándome si había ido antes a la escuela, si sabía bordar, coser y tejer. No pude seguir enterándome de los movimientos de la señorita Scatcherd hasta que hube acabado. Cuando regresé a mi puesto, esta última impartió una

orden cuyo significado no cogí, pero Burns abandonó el aula enseguida para ir a un cuartucho interior donde se guardaban los libros, de donde volvió al instante llevando en la mano una vara. Entregó a la señorita Scatcherd ese siniestro instrumento con una reverencia, y serenamente, sin que se lo mandaran, desabrochó su delantal. La señorita Scatcherd le asestó en el acto y con vigor una docena de golpes en el cuello con la vara. Burns no derramó ni una lágrima, ni cambió en nada la expresión de su cara, como pude observar durante una pausa que tuve que hacer en mi costura, porque mis dedos temblaban de furia impotente e inútil ante este espectáculo.

—¡Muchacha rebelde! —exclamó la señorita Scatcherd— no hay manera de corregir tus costumbres desaliñadas. Llévate la vara.

Burns obedeció. Observándola detenidamente cuando salió del cuarto de los libros, vi cómo guardaba en el bolsillo el pañuelo, y que todavía brillaba en su mejilla la huella de una lágrima.

La hora de recreo por la tarde me parecía el rato más agradable del día en Lowood. El pedazo de pan y el trago de café servidos a las cinco renovaban nuestra vitalidad si no saciaban nuestro apetito. Se relajaba la tensión del día y el aula parecía más cálida que por la mañana, ya que se permitía que ardieran los fuegos con más vigor para suplir la falta de las velas, aún no encendidas. El anochecer, la algarabía tolerada y la confusión de muchas voces nos daban una sensación placentera de libertad.

En la tarde del día que presencié el castigo impartido por la señorita Scatcherd a su alumna Burns, deambulé sin compañía entre los bancos y mesas de grupos alegres de chicas, pero sin sentirme sola. Cuando pasaba por delante de las ventanas, de vez en cuando levantaba las persianas para mirar afuera, donde caía mucha nieve, tanta, que formaba montoncitos en las lunas inferiores, y, acercando el oído al cristal, podía distinguir del alegre alboroto de dentro el aullido desconsolado del viento en el exterior.

Con toda probabilidad, de haberme separado recientemente de una buena casa y de unos padres bondadosos, esta habría sido la

hora en que más los hubiera echado de menos. El viento me habría entristecido y el oscuro caos habría perturbado mi tranquilidad. Pero siendo otro mi caso, me proporcionaron ambas cosas una extraña emoción y, sintiéndome temeraria y febril, hubiera deseado que el viento aullase más fuertemente, que se incrementase la oscuridad y que la confusión se convirtiese en clamor.

Saltando por encima de los bancos y deslizándome por debajo de las mesas, me aproximé a una de las chimeneas, donde encontré a Burns, arrodillada junto al guardafuegos alto de alambre y absorta en la lectura de un libro a la débil luz de las brasas.

—¿Todavía estás con *Rasselas*? —le pregunté al acercarme.

—Sí —dijo—, y acabo de terminarlo.

Cinco minutos más tarde, lo cerró, con mucho gusto por mi parte. «Ahora —pensé—, quizás consiga hacerla hablar». Me senté a su lado en el suelo.

—¿Cuál es tu nombre de pila?

—Helen.

—¿Vienes de lejos?

—Del norte, cerca de la frontera con Escocia.

—¿Volverás alguna vez?

—Espero que sí, pero nadie puede saber seguro lo que pasará en el futuro.

—Debes de tener ganas de abandonar Lowood.

—No, ¿por qué? Me enviaron aquí para educarme, y sería inútil marcharme antes de lograr ese objetivo.

—Pero esa profesora, la señorita Scatcherd, te trata con tanta crueldad.

—¿Crueldad? ¡En absoluto! Es muy estricta, y le disgustan mis defectos.

—Si yo estuviera en tu lugar, la odiaría. Me resistiría a sus castigos. Si me pegara con la vara, la arrancaría de sus manos y la rompería delante de sus narices.

—Probablemente no lo harías, pero si lo hicieras, el señor Brocklehurst te expulsaría de la escuela, y eso apenaría mucho a tu

familia. Es mucho mejor aguantar con paciencia un dolor que solo tú sientes que precipitarte a hacer algo cuyas consecuencias afectarían a toda tu familia. Además, la Biblia nos enseña a devolver bien por mal.

—Pero parece vergonzoso que te azoten y te manden estar de pie en el centro de una habitación llena de personas, a ti, que eres tan mayor. Yo soy mucho más pequeña, y no lo soportaría.

—Sin embargo, sería tu obligación soportarlo, si no puedes evitarlo. Es tonto decir que no puedes soportar lo que te depara el destino.

La escuché admirada. No podía comprender esta doctrina de aguantarlo todo, y menos aún comprendía o compartía su indulgencia hacia su castigadora. De todas maneras, pensé que Helen Burns veía las cosas desde un prisma invisible a mis ojos. Sospeché que ella tenía razón y yo no. Pero no quise ahondar en el asunto, y, como Félix[2], lo aplacé hasta un momento más propicio.

—Dices que tienes defectos, Helen. ¿Cuáles? A mí me pareces muy buena.

—Entonces aprende de mí y no juzgues por las apariencias. Como dijo la señorita Scatcherd, soy negligente. Soy incapaz de mantener ordenadas las cosas, soy descuidada, se me olvidan las normas, leo en vez de aprender las lecciones y no tengo método. A veces digo, como tú, que *no puedo soportar* que me sometan a reglas sistemáticas. Todo esto es una provocación para la señorita Scatcherd, que es ordenada, puntual y meticulosa por naturaleza.

—Y malhumorada y cruel —añadí, pero ella calló y no dio muestras de admitirlo.

—¿La señorita Temple te trata con tanta severidad como la señorita Scatcherd?

Al oír pronunciar el nombre de la señorita Temple, se asomó una sonrisa en su rostro serio.

—La señorita Temple es toda bondad. Le duele ser severa con cualquiera, incluso con las peores alumnas de la escuela. Ella percibe mis errores y me informa de ellos con dulzura, y si hago algo

digno de alabanza, me elogia generosamente. Es una gran muestra de mi naturaleza desastrosa que ni sus amonestaciones tan suaves y racionales me influyen suficientemente para corregir mis defectos. Y sus elogios, aunque los tengo en gran estima, tampoco me estimulan para ser siempre cuidadosa y previsora.

—Eso sí que es curioso —dije—; es tan fácil ser cuidadosa.

—Para *ti* sin duda lo es. Te observaba en clase esta mañana y vi que ponías mucha atención. No te distraías mientras la señorita Miller explicaba la lección y te hacía preguntas. Yo, en cambio, me distraigo continuamente. Cuando debería escuchar a la señorita Scatcherd y poner atención a todo lo que dice, a menudo ni siquiera la oigo, sino que caigo en una especie de ensoñación. A veces creo estar en Northumberland y me parece que los ruidos que me rodean son los del burbujeo de un arroyo que pasa por Deepden, cerca de casa. Luego, cuando me toca responder, tienen que despertarme, y como no he oído lo que se ha dicho, sino mi arroyo imaginario, no tengo respuesta.

—Sin embargo, ¡qué bien respondiste esta tarde!

—Fue por pura casualidad, pues el tema sobre el que leíamos me interesaba. Esta tarde, en lugar de soñar con Deepden, me preguntaba cómo un hombre con tantos deseos de hacer el bien pudo actuar tan injusta e indiscretamente como algunas veces lo hizo Carlos I. Pensé que era una lástima que, con toda su integridad y rectitud, no pudiera ver más allá de las prerrogativas de la corona. ¡Ojalá hubiera podido ver más allá para darse cuenta del cariz del llamado espíritu de la época! No obstante, me gusta Carlos I, lo respeto y lo compadezco, pobre rey asesinado. Sus enemigos fueron peores, ya que derramaron sangre que no tenían derecho a derramar. ¿Cómo se atrevieron a asesinarlo?

Helen hablaba para sí, pues se había olvidado de que no la entendía, de que era casi ignorante del tema del que hablaba. La hice regresar a mi nivel.

—¿Y también se te va el santo al cielo cuando es la señorita Temple quien da la lección?

—No, la verdad es que no muchas veces, porque la señorita Temple suele decir cosas más nuevas que mis propias reflexiones. Me resulta especialmente agradable el lenguaje que utiliza, y la información que comunica a menudo es exactamente lo que yo quiero saber.

—Entonces, ¿con la señorita Temple eres buena?

—Sí, de manera pasiva. No me esfuerzo, sino que sigo mis inclinaciones. La bondad de ese tipo no tiene mérito.

—Sí que tiene mérito. Eres buena con los que son buenos contigo. Yo no aspiro a más. Si la gente fuera siempre bondadosa y obediente con los crueles e injustos, los malos se saldrían siempre con la suya. Nunca tendrían miedo, por lo que nunca cambiarían, sino que serían cada vez peores. Cuando nos pegan sin motivo, debemos devolver con creces el golpe, estoy segura, para asegurarnos de que no nos vuelvan a pegar.

—Espero que cambies de opinión al hacerte mayor. De momento, eres una niña sin preparación.

—Pero lo siento así, Helen. No debo querer a los que insistan en no quererme a mí, por mucho que intente agradarles. Debo resistirme a los que me castigan injustamente. Es tan natural como querer a los que me muestran afecto, o someterme al castigo que considero merecido.

—Esa doctrina es la de los paganos y las tribus salvajes, pero los cristianos y las naciones civilizadas la repudian.

—¿Cómo? No entiendo.

—No es la violencia lo que vence al odio, ni la venganza lo que cura mejor la injuria.

—Entonces, ¿qué es?

—Lee el Nuevo Testamento y fíjate en lo que dice Jesucristo y en cómo actúa. Haz de sus palabras tu norma y de su conducta tu ejemplo.

—¿Qué dice?

—Ama a tus enemigos; bendice a los que te maldigan; haz el bien a los que te odien y traten mal.

—Entonces tendría que amar a la señora Reed, lo que no puedo hacer, y tendría que bendecir a su hijo John, lo que es imposible.

A su vez, Helen Burns me pidió que me explicara, y me puse enseguida a contar atropelladamente la historia de mis penas y resentimientos. Amargada y agresiva cuando me excitaba, hablé tal como sentía, sin reserva ni cortapisas.

Helen me escuchó pacientemente hasta el final. Yo esperaba que hiciera algún comentario, pero nada dijo.

—Bueno —pregunté impaciente— ¿no es una mujer mala y sin sentimientos la señora Reed?

—No dudo de que te haya tratado mal, porque no le gusta tu tipo de carácter, como ocurre entre la señorita Scatcherd y yo. Pero ¡con qué detalle recuerdas todo lo que te ha hecho! ¡Qué impresión más profunda parece haberte causado su injusticia! Ningún mal trato marca tan a fondo mis sentimientos. ¿No serías más feliz si intentaras olvidar su severidad y las emociones tan apasionadas que te inspiraba? Creo que la vida es demasiado corta para pasarla fomentando la mala voluntad y recordando los agravios. Todos estamos cargados de defectos en este mundo, y así debe ser, pero pronto llegará el momento de deshacernos de ellos, cuando nos deshagamos de nuestros cuerpos corruptibles. El envilecimiento y el pecado nos abandonarán junto con nuestros pesados cuerpos, y solo quedará el resplandor del espíritu, el impalpable principio de la vida y del pensamiento, tan puro como cuando salió de nuestro Creador para darnos vida. Regresará al lugar de donde salió, quizás para llegar a un ser más noble que el hombre, ¡quizás para pasar por escalas de gloria desde la pálida alma humana hasta fundirse con el serafín! Estoy segura de que no se le permitirá degenerar, por el contrario, del hombre al demonio. No, no puedo creer eso. Tengo otra creencia, que nadie me ha enseñado y de la que hablo rara vez, a la que me aferro porque me complace, pues ofrece esperanza a todos los seres. Y es que la eternidad es un descanso, un gran hogar, y no un espanto y un abismo. Además, esta creencia me permite distinguir claramente entre el criminal y su delito, y me

permite perdonar a aquel de todo corazón mientras aborrezco este. Con esta creencia, la venganza no me preocupa, la humillación no me repugna intolerablemente y la injusticia no me abruma. Vivo tranquila, esperando el final.

La cabeza de Helen, siempre inclinada, se hundió un poco más al terminar esta frase. Me di cuenta por su mirada de que ya no quería hablar conmigo, sino quedarse a solas con sus propios pensamientos. No tuvo mucho tiempo para meditar, porque se acercó poco después una supervisora, una muchacha grande y tosca, y exclamó con fuerte acento de Cumberland:

—Helen Burns, si no vas ahora mismo a ordenar tu cajón y guardar tu labor, le diré a la señorita Scatcherd que venga a verlo.

Suspiró Helen al perder su momento de ensoñación y, levantándose, obedeció sin demora, sin contestar a la supervisora.

Capítulo VII

Mi primer trimestre en Lowood me pareció un siglo, y no precisamente el siglo de oro. Consistió en una lucha tediosa con las dificultades de acostumbrarme a nuevas normas y tareas inusitadas. Me inquietaba más el temor del fracaso en estas cuestiones que la dureza física de mi vida, que no era poca.

Durante enero, febrero y parte de marzo, las grandes nevadas y, más tarde, el deshielo, hicieron casi impracticables los caminos, por lo que solo salíamos del jardín para ir a la iglesia; sin embargo, dentro de esos muros teníamos que pasar una hora al aire libre cada día. Nuestras ropas eran insuficientes para protegernos del frío intenso. No teníamos botas, y la nieve se metía dentro de nuestros zapatos y se derretía. Las manos sin guantes se entumecían y se nos llenaban de sabañones, y los pies también. Recuerdo claramente la desazón enloquecedora que padecía por este motivo cuando se me inflamaban los pies por las noches, y el tormento de introducir en los zapatos por las mañanas los dedos agarrotados e hinchados. La escasa cantidad de comida también era motivo de angustia. Nosotras, con el apetito que corresponde al desarrollo infantil, apenas recibíamos bastante para mantener con vida a un inválido. Esta falta de alimentos generaba el abuso de las chicas más jóvenes por parte de las mayores, que, cuando tenían ocasión, privaban a aquellas de su ración con zalemas o amenazas. Muchas veces, habiendo repartido entre dos pretendientes el trozo de pan moreno de la merienda y sacrificado la mitad de la taza de café a

otra, me tragaba el resto con lágrimas furtivas provocadas por el hambre.

Los domingos de invierno eran días melancólicos. Debíamos caminar dos millas hasta la iglesia de Brocklehurst, donde celebraba el servicio nuestro protector. Salíamos con frío y llegábamos con más aún, y durante el rito matutino casi nos quedábamos paralizadas. Estaba demasiado lejos para regresar a almorzar, así que, entre servicio y servicio, nos administraban una ración de fiambre, en las mismas cantidades exiguas que de costumbre.

Al término de la ceremonia vespertina, volvíamos por una carretera accidentada y expuesta al gélido viento invernal, que soplaba por encima de una cordillera de montañas nevadas del norte, casi despellejándonos las caras.

Recuerdo a la señorita Temple caminando ligera y veloz entre nuestras filas decaídas, arropada con su capa de cuadros, que aleteaba al viento, alentándonos con sus palabras y su ejemplo a mantenernos animadas y marchar, como decía, «como fornidos soldados». Las otras pobres profesoras estaban, por lo general, demasiado abatidas para intentar ponerse a animar a las demás.

¡Qué ganas teníamos de acercarnos al resplandor y el calor de un fuego vivo cuando regresáramos! Pero ese placer nos era negado, por lo menos a las más pequeñas, pues las chimeneas del aula eran rodeadas en el acto por una fila doble de muchachas mayores, y detrás quedábamos las pequeñas en grupitos, los brazos ateridos envueltos en los delantales.

La hora de la merienda traía un poco de consuelo bajo la forma de una doble ración de pan (una rebanada entera, y no media), con el regalo añadido de una fina capa de mantequilla. Era el banquete semanal, esperado por todas de domingo a domingo. Solía arreglármelas para quedarme con una porción de esta liberal colación, aunque invariablemente me obligaban a sacrificar el resto.

Pasábamos la noche del domingo recitando de memoria el catecismo y los capítulos cinco, seis y siete de San Mateo, y escuchando un largo sermón leído por la señorita Miller, cuyos

bostezos incontenibles delataban su cansancio. A menudo estas actividades eran interrumpidas por una representación del papel de Eutico[3] por media docena de niñas pequeñas. Estas, vencidas por el sueño, solían caerse, si no desde el tercer piso, por lo menos del cuarto banco, y las levantaban medio muertas. La solución era empujarlas al centro del aula y obligarlas a estar allí de pie hasta después del sermón. Algunas veces les fallaban las piernas, y caían al suelo todas revueltas, en cuyo caso las apuntalaban con los taburetes altos de las supervisoras.

Todavía no he mencionado las visitas del señor Brocklehurst, que estuvo ausente durante la mayor parte del primer mes desde mi llegada, quizás por haber alargado su estancia con su amigo el archidiácono. Su ausencia suponía un alivio para mí. No hace falta que diga que tenía mis motivos para temer su llegada. Sin embargo, por fin llegó.

Una tarde (ya llevaba yo tres semanas en Lowood), sentada con una pizarra en la mano luchando con una división de varias cifras, al levantar los ojos, distraída, hacia la ventana, vislumbré el paso de una figura, cuya silueta enjuta reconocí casi por instinto; cuando, dos minutos más tarde, se levantó toda la escuela en masa, incluidas las profesoras, no hizo falta que mirase para saber a quién saludaban de aquella manera. Cruzó el aula de dos zancadas y se detuvo al lado de la señorita Temple, también de pie, la misma columna negra que me había contemplado tan amenazadora sobre la alfombra de Gateshead. Miré de reojo aquella obra arquitectónica. Había acertado: era el señor Brocklehurst, con un abrigo abrochado hasta arriba, y con un aspecto más largo, estrecho y rígido que nunca.

Tenía mis propias razones para estar preocupada por aquella aparición: recordaba demasiado bien las insinuaciones alevosas de la señora Reed sobre mi carácter, y la promesa hecha por el señor Brocklehurst de informar a la señorita Temple y las profesoras de mi naturaleza perversa. Todo ese tiempo había temido el cumplimiento de esta promesa, había esperado a diario la llegada del «hombre

que iba a venir», cuyos informes sobre mi vida y obras pasadas habían de tacharme para siempre de niña malvada. Ya había llegado. Se puso al lado de la señorita Temple, hablándole al oído. No dudé de que le estuviera revelando mi vileza, y la vigilé con penosa ansiedad, esperando ver cómo, en cualquier momento, me volvería sus ojos oscuros llenos de rechazo y desprecio. También agucé el oído y, como estaba sentada cerca de donde estaban ellos, oí la mayor parte de lo que dijo, lo que alivió momentáneamente mi preocupación.

—Supongo, señorita Temple, que servirá el hilo que compré en Lowton; me pareció que era precisamente de la calidad adecuada para las camisetas de percal, y elegí las agujas para el mismo fin. Dígale a la señorita Smith que se me olvidó apuntar las agujas de zurcir, pero le enviaré algunos paquetes la semana próxima, y que de ninguna manera debe repartir más de una a la vez por alumna, ya que, si tienen más, son descuidadas y las pierden. Y por cierto, señorita, quisiera que se cuidase mejor de las medias de lana. La última vez que estuve aquí, me acerqué a la huerta para examinar la ropa tendida, y había bastantes medias negras en mal estado. A juzgar por el tamaño de los agujeros que tenían, pude ver que no habían sido bien remendadas.

Hizo una pausa.

—Se seguirán sus instrucciones, señor —dijo la señorita Temple.

—Y, señorita —continuó—, la lavandera me cuenta que a algunas chicas les dan dos cuellos por semana. Es demasiado, pues las normas establecen uno solo.

—Creo que puedo explicárselo, señor. A Agnes y Catherine Johnstone, unos amigos las invitaron a tomar el té en Lowton el jueves pasado, y yo les di permiso para ponerse cuellos limpios para la ocasión.

El señor Brocklehurst asintió con la cabeza.

—Por esta vez lo pasaré por alto, pero procure que no ocurra muy a menudo. Y otra cosa me sorprendió también: me he enterado, por el ama de llaves, de que dos veces en los últimos

quince días se ha servido a las chicas un refrigerio de pan y queso. ¿Cómo puede ser esto? He repasado las normas y no he encontrado ninguna referencia a los refrigerios. ¿Quién ha introducido esta innovación y con qué autoridad?

—Debe considerarme responsable a mí, señor —contestó la señorita Temple—; el desayuno fue tan malo que no pudieron comerlo las alumnas, y no me atreví a dejarlas en ayunas hasta la hora de comer.

—Permítame un momento, señorita. Está usted enterada de que es mi propósito, al educar a estas muchachas, no acostumbrarlas a los lujos y excesos, sino hacerlas fuertes, pacientes y abnegadas. Si por casualidad ocurre algún contratiempo, como una comida estropeada o con mucho o poco condimento, no se debe neutralizar su pérdida mediante su sustitución por una delicadeza mayor, mimando de esta forma el cuerpo y obviando el objetivo de esta institución. Al contrario, debe contribuir a la educación moral de las alumnas, animándolas a sacar fuerzas de flaquezas en momentos de privaciones pasajeras. En estas ocasiones, sería oportuno un breve sermón, en el que una profesora juiciosa hablaría de los sufrimientos de los primeros cristianos, los tormentos de los mártires y las exhortaciones del mismo Jesucristo, que llamó a sus discípulos para que tomasen su cruz y lo siguiesen, y advirtió que no solo de pan vive el hombre, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios; y a sus consuelos divinos, «bienaventurados los que tenéis hambre o sed por mí». Señorita, cuando pone usted pan y queso en las bocas de estas muchachas en lugar de avena quemada, es posible que esté alimentando sus cuerpos terrenales, pero ¡cómo priva usted sus almas inmortales!

Mientras tanto, el señor Brocklehurst, de pie ante la chimenea con las manos a la espalda, observaba majestuosamente a la concurrencia. De pronto, parpadeó como si algo lo hubiera deslumbrado o escandalizado, y dijo con palabras más atropelladas que de costumbre:

—Señorita Temple, ¿qué… *qué* le ocurre a esa muchacha del cabello rizado? ¿Pelirroja, señorita, y cubierta de rizos? —y señaló con mano temblorosa el objeto de su ultraje con el bastón.

—Es Julia Severn —respondió con voz queda la señorita Temple.

—Julia Severn, señorita. ¿Y por qué motivo tiene ella, o cualquier otra, el cabello rizado? ¿Por qué, desafiando a todas las leyes y principios de esta casa evangélica y benéfica, se muestra tan abiertamente mundana como para llevar el cabello hecho una maraña de rizos?

—Los rizos de Julia son naturales —contestó la señorita Temple, con voz aún más baja.

—¡Naturales! Sí, pero no nos conformamos con lo natural. Quiero que estas muchachas sean hijas de Dios. ¿Por qué semejante exceso? He dado a entender una y otra vez que quiero que se recojan el cabello de manera recatada y sencilla. Señorita Temple, a esta muchacha hay que raparle del todo; haré venir al barbero mañana. Y veo a otras con un exceso parecido. Que se dé la vuelta esa chica alta. Diga que se levanten todas las de la primera clase y se vuelvan hacia la pared.

La señorita Temple se pasó el pañuelo por los labios, como para borrar una sonrisa involuntaria, pero dio la orden y, cuando se enteraron las chicas de la primera clase de lo que pretendía de ellas, obedecieron. Echándome hacia atrás en mi banco, pude ver las miradas y muecas con las que comentaban la orden. Fue una lástima que el señor Brocklehurst no las viera también, ya que quizás se hubiera dado cuenta de que, por mucho que manipulase el exterior de estas chicas, el interior estaba mucho más allá de su interferencia de lo que imaginaba.

Estudió el envés de estas medallas humanas durante unos cinco minutos y después dictó sentencia. Sus palabras cayeron como un toque de difuntos:

—¡Que se recorten todos esos moños!

La señorita Temple pareció objetar.

—Señorita —prosiguió él— he de servir a un Amo cuyo reino no es de este mundo. Es mi misión mortificar los deseos carnales de estas muchachas, enseñarles a vestirse con recato y sobriedad, y no con ropas caras y tocados complicados. Cada una de las jóvenes que tenemos delante lleva un mechón de cabello que la misma vanidad hubiera podido trenzar. Este, repito, debe ser cortado. Piense en el tiempo que pierden, en…

En este punto, la entrada de otras tres visitas, unas damas, interrumpió al señor Brocklehurst. Les habría convenido llegar un poco antes para escuchar su sermón sobre la vestimenta, pues venían esplendorosamente ataviadas de terciopelo, seda y pieles. Las más jóvenes del trío (guapas muchachas de dieciséis y diecisiete años) llevaban sombreros de castor gris a la moda de entonces, adornados con plumas de avestruz; de debajo de las alas de estos elegantes tocados caía una abundancia de finos mechones primorosamente rizados. La señora mayor venía envuelta en un costoso chal de terciopelo con adornos de armiño, y lucía un tupé de rizos a la francesa.

La señorita Temple saludó a estas damas con deferencia como la señora y las señoritas Brocklehurst, y fueron conducidas a un puesto de honor delante de la concurrencia. Parece ser que habían llegado en el carruaje con su reverendo pariente, y que habían efectuado un registro de las habitaciones de arriba, mientras él estaba ocupado en tratar de negocios con el ama de llaves, interrogar a la lavandera y sermonear a la directora. Empezaron a dirigir varios comentarios y reproches a la señorita Smith, encargada de la ropa blanca y la inspección de los dormitorios, pero no tuve tiempo para escuchar lo que hablaban porque otros asuntos llamaron más mi atención.

Hasta ese punto, aunque me enteré de la conversación del señor Brocklehurst con la señorita Temple, no dejé de tomar precauciones para salvaguardar mi persona, precauciones que pensé serían eficaces si conseguía pasar desapercibida. A tal efecto, me había echado atrás en el banco y, con apariencia de estar ocupada con la

aritmética, me había ocultado la cara tras la pizarra. Quizás hubiera evitado que me viesen de no ser por la pizarra traicionera, que se me escapó de las manos y cayó estrepitosamente al suelo, atrayendo así todas las miradas. Supe que había llegado mi hora y, al agacharme para recoger los dos trozos de la pizarra, me armé de valor para enfrentarme a lo peor. Y llegó.

—¡Niña descuidada! —dijo el señor Brocklehurst, y enseguida— es la nueva alumna, por lo que veo —y, antes de que pudiera respirar—: No debo olvidarme de decir unas palabras sobre ella.

Y, en voz muy fuerte, ¡qué fuerte me pareció!:

—¡Que se adelante la muchacha que ha roto la pizarra!

No hubiera podido moverme por propia voluntad, pues estaba paralizada. Pero las dos chicas mayores sentadas a ambos lados me pusieron en pie y me empujaron en dirección al temido juez. La señorita Temple me acompañó ante su figura, susurrando un consejo.

—No tengas miedo, Jane. Yo he visto que ha sido un accidente; no te castigarán.

Estas palabras amables me atravesaron como un puñal.

«Un minuto más y me despreciará por hipócrita», pensé, y esta idea me llenó de furia contra los Reed y los Brocklehurst de este mundo. Yo no era Helen Burns.

—Que acerquen ese taburete —dijo el señor Brocklehurst, señalando uno muy alto, del que se acababa de levantar una supervisora. Le obedecieron.

—Coloquen a la niña en él.

Y allí me colocó no sé quién. No estaba en condiciones de fijarme en detalles; solo era consciente de que me habían puesto a la altura de la nariz del señor Brocklehurst, a quien tenía a una yarda de distancia, y de que debajo de mí se extendía un mar de pellizas de color naranja y morado, y una nube de plumas plateadas.

El señor Brocklehurst se aclaró la garganta.

—Señoras —dijo, volviéndose a su familia—, señorita Temple, profesoras y muchachas, ¿ven todas ustedes a esta niña?

Por supuesto que me veían; sentía sus ojos como espejos ustorios sobre mi piel quemada.

—Ven ustedes que aún es joven; observan que posee la forma habitual de la infancia. Dios, en su bondad, le ha otorgado la misma forma que a los demás. No se ve ninguna deformidad que la distinga. ¿Quién iba a pensar que el Maligno ha encontrado en ella su instrumento? Sin embargo, lamento decir que es así.

Siguió una pausa, que aproveché para tranquilizar mis nervios y empecé a pensar que ya había pasado el Rubicón, y que tenía que enfrentarme a mi prueba, ya que no podía evitarla.

—Queridas niñas —continuó el clérigo de mármol negro con emoción—, esta es una ocasión triste y melancólica, porque es mi deber advertiros que esta niña, que habría podido ser un cordero de Dios, se halla descarriada; no es miembro del verdadero rebaño, sino una intrusa. Debéis guardaros de ella y rehuir su ejemplo; evitad su compañía; si hace falta, excluidla de vuestros juegos y conversaciones. Profesoras, vigílenla, no pierdan ninguno de sus movimientos, sopesen sus palabras, examinen sus acciones, castiguen su cuerpo para salvar su alma, si tal salvación es posible, ya que (mi lengua titubea al decirlo) esta jovencita, esta niña, nativa de una tierra cristiana, peor que muchas paganas que rezan a Brahma y se arrodillan ante Krisna, ¡esta niña es una embustera!

Siguió una pausa de diez minutos, durante la cual yo, ya recuperada de mi nerviosismo, observé a todas las Brocklehurst de sexo femenino sacar sus pañuelos y aplicarlos a sus ojos, mientras la señora mayor se balanceaba y las dos jóvenes susurraban: «¡Qué vergüenza!».

El señor Brocklehurst continuó:

—Su benefactora me lo contó. Esa señora pía y caritativa que la adoptó siendo huérfana, como si fuera hija propia, y cuya bondad y generosidad pagó con tan tremenda ingratitud que su excelente patrocinadora se vio obligada a apartarla de sus verdaderos hijos, por si su perverso ejemplo contaminase su pureza, la ha enviado aquí para ser curada, como los antiguos judíos mandaban a los

enfermos al lago Bezata; les ruego, profesoras y directora, que no permitan que las aguas se estanquen a su alrededor.

Con esta sublime conclusión, el señor Brocklehurst se abrochó el botón superior del abrigo, murmuró algunas palabras a sus familiares, que se levantaron e hicieron una reverencia a la señorita Temple, después de lo cual todas estas personas importantes salieron ceremoniosamente de la habitación. Volviéndose en la puerta, habló mi juez:

—Que se quede media hora en el taburete, y que no le dirija la palabra nadie durante el resto del día.

Allí estaba, en lo alto; yo, que había dicho que no podría aguantar la vergüenza de estar de pie en el centro de la habitación, estaba expuesta a la vista de todas sobre un pedestal infame. No existe lenguaje para describir mis sensaciones, que se atropellaron de golpe, quitándome el aliento y oprimiéndome la garganta. En ese momento pasó una muchacha y levantó los ojos para mirarme. ¡Qué luz tan extraña los iluminaba! ¡Qué sensación tan extraordinaria me embargó! ¡Cómo me animó esa nueva sensación! Era como si hubiera pasado un mártir, un héroe, ante un esclavo o víctima, llenándole de fuerza. Reprimí la histeria que sentí, alcé la cabeza y me afiancé en el taburete. Helen Burns hizo una pregunta trivial sobre su trabajo a la señorita Smith, que la riñó por su insignificancia, después de lo cual regresó Helen a su puesto, sonriéndome al pasar de nuevo. ¡Qué sonrisa! La recuerdo claramente, y sé que era la manifestación de un intelecto agudo y de verdadero valor, que iluminó sus facciones acusadas, su rostro delgado, sus ojos grises hundidos como el reflejo de un ángel. Sin embargo, en ese momento Helen Burns llevaba en el brazo el «distintivo de desordenada». Apenas una hora antes, había oído a la señorita Scatcherd condenarla a un almuerzo de pan y agua al día siguiente, por haber manchado de tinta un ejercicio al copiarlo. ¡Tal es la naturaleza imperfecta del hombre! Tales manchas existen en los planetas más perfectos, y ojos como los de la señorita

Scatcherd solo ven las pequeñas imperfecciones y son incapaces de apreciar todo su brillo.

Capítulo VIII

Antes de acabar la media hora, dieron las cinco; se acabaron las clases y se marcharon todas a merendar al refectorio. Me atreví a bajar. Era casi de noche; me refugié en un rincón, donde me senté en el suelo. Empezó a ceder el sortilegio que me había mantenido con fuerzas, para dar lugar a una reacción de tan inmensa pena que me tumbé con la cara contra el suelo. Lloré amargamente; no estaba conmigo Helen Burns, no había nada que me sostuviera. Hallándome sola, me abandoné y regué las tablas con mis lágrimas. Había querido ser tan buena y lograr tanto en Lowood: hacer tantas amigas, ganarme el respeto y el cariño de todas. Ya había progresado considerablemente. Aquella misma mañana había sido la primera de mi clase y la señorita Miller me había felicitado calurosamente. La señorita Temple había demostrado su aprobación con una sonrisa, y había prometido enseñarme a dibujar y permitirme aprender francés si seguía mejorando de la misma manera durante dos meses más. Además, tenía buena acogida entre las otras alumnas; las de mi misma edad me trataban de igual a igual, y nadie me molestaba. Ahora, me veía una vez más aplastada y pisoteada. ¿Lo superaría alguna vez?

«Nunca», pensé, deseando fervientemente morirme. Mientras expresaba este deseo entre sollozos entrecortados, se acercó alguien, sobresaltándome. Helen Burns se aproximaba de nuevo; su llegada a la habitación vacía apenas era visible a la luz del fuego agonizante; me traía café y pan.

—Anda, come algo —dijo, pero aparté la comida, sintiendo que se me atragantaría una gota de café o una miga de pan en aquellos momentos. Helen me contempló, probablemente sorprendida. No pude contener mi desasosiego, aunque lo intenté, y seguí llorando desconsolada. Ella se sentó a mi lado en el suelo, rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la cabeza en ellos: en aquella postura se quedó callada como una india. Yo fui la primera en hablar:

—Helen, ¿por qué te quedas con una niña que todos creen que es una embustera?

—¿Todos, Jane? Vaya, solo ochenta personas han oído que te llamasen así, y hay cientos de millones en el mundo.

—¿Qué me importan esos millones a mí? Las ochenta que yo conozco me desprecian.

—Estás equivocada, Jane; es probable que no haya ni una en toda la escuela que te desprecie, y estoy segura de que hay muchas que te compadecen.

—¿Cómo pueden compadecerme después de lo que ha dicho el señor Brocklehurst?

—El señor Brocklehurst no es un dios, ni siquiera es un gran hombre a quien admiramos; se le quiere poco aquí, y no ha hecho nada para que se le quiera. Si te hubiera tratado como una protegida especial, hubieras encontrado enemigas, declaradas u ocultas, por todas partes. Tal como están las cosas, la mayoría te apoyaría si se atreviera. Es posible que las profesoras y las alumnas te traten con frialdad durante un día o dos, pero esconden sentimientos de amistad en sus corazones. Si perseveras con tu buena conducta, estos sentimientos pronto aflorarán más claramente por haberse suprimido temporalmente. Además, Jane… —hizo una pausa.

—¿Sí, Helen? —dije, poniendo mi mano en la suya. Frotó suavemente mis dedos para calentarlos y siguió:

—Aunque todo el mundo te odiase y te creyese mala, mientras tu propia conciencia te aprobara y te absolviera de toda culpa, no estarías sin amigos.

—No, ya sé que tendría buena opinión de mí misma, pero no es suficiente. Si no me quieren los demás, prefiero morirme. No puedo soportar sentirme sola y odiada, Helen. Mira, para ganar tu afecto o el de la señorita Temple o de cualquier otra a la que de verdad quiero, de buena gana me dejaría romper un hueso del brazo, o me dejaría embestir por un toro, o me pondría detrás de un caballo encabritado y dejaría que me coceara el pecho…

—¡Calla, Jane! Le das demasiada importancia al cariño de los seres humanos. Eres demasiado impulsiva y vehemente. La mano soberana que creó tu cuerpo y le dio vida, te ha provisto de otros recursos aparte de tu ser, débil como el de las demás criaturas. Además de esta tierra y la raza de hombres que la puebla, existe un mundo invisible y un reino de espíritus; este mundo nos rodea, pues está en todas partes, y estos espíritus nos vigilan, ya que su cometido es cuidarnos. Y aunque nos estuviéramos muriendo de pena y vergüenza, aunque el desprecio nos persiguiera y el odio nos aplastara, los ángeles verían nuestros tormentos y reconocerían nuestra inocencia (si es que somos inocentes, como yo sé que tú lo eres de la acusación del señor Brocklehurst, basada en lo que le ha dicho la señora Reed; veo una naturaleza sincera en tus ojos ardientes y tu frente despejada), y Dios solo espera la separación del espíritu de la carne para colmarnos de recompensas. ¿Por qué, entonces, hemos de dejarnos abrumar por la angustia, cuando la vida acaba tan pronto y la muerte promete la llegada de la felicidad y la gloria?

Me quedé callada. Helen me había apaciguado, pero en la tranquilidad que me brindó había un elemento de inenarrable tristeza. Tuve una sensación de desdicha mientras hablaba, pero no supe de dónde provenía, y cuando, después de hablar, respiró aceleradamente y tosió, olvidé por un momento mis propias penas para dejarme invadir por una imprecisa preocupación por ella.

Apoyé la cabeza en su hombro y la rodeé con mis brazos. Me estrechó contra ella y descansamos en silencio. No llevábamos mucho rato así, cuando entró otra persona. Un viento incipiente

barrió del cielo unas nubes oscuras, dejando libre la luna, cuya luz entraba a raudales por la ventana, iluminándonos a nosotras y a la figura que se aproximaba, que reconocimos enseguida como la de la señorita Temple.

—He venido adrede a buscarte, Jane Eyre —dijo—, quiero que vengas a mi cuarto. Ya que está contigo Helen Burns, que venga ella también.

Seguimos a la directora, pasando por intrincados pasillos y subiendo una escalera antes de llegar a su habitación, donde ardía un buen fuego, que le daba un aspecto alegre. La señorita Temple le dijo a Helen Burns que se sentara en una butaca baja junto a la chimenea y, sentándose ella en otra, me llamó a su lado.

—¿Ya ha acabado todo? —preguntó, mirándome la cara—. ¿Has lavado tus penas con tantas lágrimas?

—Me temo que nunca podré hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque me han acusado injustamente, y ahora usted, señorita, y todas las demás, pensarán que soy mala.

—Pensaremos de ti lo que tú nos demuestres ser, niña. Sigue portándote bien y yo me daré por satisfecha.

—¿De verdad, señorita Temple?

—De verdad —dijo, rodeándome con el brazo—. Y ahora, dime, ¿quién es esa señora a la que el señor Brocklehurst llama tu benefactora?

—La señora Reed, esposa de mi tío. Mi tío está muerto, y la dejó encargada de cuidarme.

—Entonces, ¿no te adoptó por su propio gusto?

—No, señorita. Lamentó tener que hacerlo. Pero, según me han contado a menudo las criadas, mi tío, antes de su muerte, la obligó a prometer que siempre cuidaría de mí.

—Bueno, Jane, ya sabes, y por si no lo sabes, yo te lo digo, que a un criminal acusado siempre se le permite hablar en su defensa. Te han acusado de mentir. Defiéndete ante mí lo mejor que puedas. Di lo que recuerdes, pero no añadas ni exageres nada.

En el fondo de mi corazón resolví ser de lo más moderada y exacta. Reflexioné unos minutos para ordenar coherentemente lo que iba a decir, y le conté toda la historia de mi triste infancia. Como estaba exhausta por la emoción, mi lenguaje era más sumiso que cuando solía hablar de ese triste tema, y al acordarme de lo que Helen me había advertido sobre el resentimiento, infundí mi relato de menos hiel y amargura que de costumbre. Contenida y simplificada de esta manera, pareció más creíble, y me dio la impresión al narrarlo de que me creía plenamente la señorita Temple.

En el curso del relato, mencioné que el señor Lloyd había ido a verme después de mi ataque, porque nunca olvidé el episodio del cuarto rojo, tan espantoso para mí. Al contarlo, era casi inevitable que me dominase la emoción, porque nada podía suavizar mi recuerdo del espasmo de angustia que me embargó cuando la señora Reed ignoró mi súplica de perdón y me encerró por segunda vez en el cuarto oscuro y embrujado.

Cuando acabé, me miró la señorita Temple durante unos cuantos minutos en silencio, y después dijo:

—He oído hablar del señor Lloyd; le escribiré y si su respuesta corrobora tu versión, haré que te absuelvan públicamente de todas las acusaciones. Por lo que a mí respecta, ya estás absuelta, Jane.

Me dio un beso y me mantuvo a su lado (donde yo estaba muy a gusto, pues sentí un placer infantil al contemplar su rostro, su vestido, sus escasos adornos, su frente clara, sus rizos brillantes y sus ojos oscuros y risueños), mientras se dirigía a Helen Burns.

—¿Cómo estás tú esta noche, Helen? ¿Has tosido mucho hoy?

—Creo que no demasiado, señorita.

—¿Y el dolor de pecho?

—Está algo mejor.

La señorita Temple se levantó, le cogió la mano y le tomó el pulso, después de lo cual volvió a su butaca. Al sentarse, la oí suspirar con voz queda. Se quedó pensativa unos minutos, luego se animó y dijo alegremente:

—Pero esta noche sois mis huéspedes y debo trataros como tales.

Tocó la campana.

—Barbara —dijo a la criada que acudió a su llamada—, todavía no he tomado el té. Trae la bandeja y pon tazas para estas dos señoritas.

Pronto llegó la bandeja. ¡Qué bonitas me parecieron las tazas de porcelana y la tetera, colocadas en la mesita redonda junto a la chimenea! ¡Qué aromáticos el vapor de la infusión y las tostadas! Sin embargo, para mi disgusto (pues empezaba a tener hambre), de estas vi que había muy pocas, y la señorita Temple, dándose cuenta de ello también, dijo:

—Barbara, ¿puedes traer un poco más de pan con mantequilla? No hay bastante para tres.

Salió Barbara pero volvió al poco tiempo, diciendo:

—Señorita, dice la señora Harden que ha mandado la misma cantidad de siempre.

Sepan ustedes que la señora Harden era el ama de llaves, una persona muy del gusto del señor Brocklehurst, compuesta de ballenas y hierro a partes iguales.

—Bien, entonces —respondió la señorita Temple—, tendremos que conformarnos, supongo, Barbara —al retirarse la criada, añadió con una sonrisa—: Afortunadamente, esta vez tengo medios para suplir la deficiencia.

Habiendo invitado a Helen y a mí a acercarnos a la mesa, y colocado delante sendas tazas de té con una deliciosa, aunque escueta, tostada, se levantó y abrió un cajón, de donde extrajo un paquete envuelto en papel que, al destaparse, resultó contener una torta de semillas de tamaño respetable.

—Pensaba daros un trozo para llevaros —dijo—, pero como hay tan pocas tostadas, debéis comerlo ahora —y se puso a cortar generosas porciones.

Comimos la torta como si fuera néctar y ambrosía, y no era menos agradable la sonrisa de satisfacción con que nos observaba

nuestra anfitriona saciar nuestros apetitos con las exquisiteces que tan generosamente nos había brindado. Una vez terminada la colación y retirada la bandeja, nos reunió de nuevo en torno al fuego. Nos sentamos una a cada lado de ella e inició una conversación con Helen que me pareció un privilegio presenciar.

La señorita Temple siempre tenía tal aire de serenidad, un porte tan señorial y un lenguaje tan delicado que impedían que cayera en apasionamientos y emociones vehementes, y hacían que el placer de los que la miraban y escuchaban se tiñera de un sentimiento predominante de respeto. Así me sentí yo en aquella ocasión, pero Helen Burns me llenó de asombro.

La comida reconfortante, el fuego cálido, la presencia y la amabilidad de su querida profesora, o algo más, algo de su propia mente única, habían despertado una fuerza dentro de ella. Esa fuerza brillaba en sus ardientes mejillas, que antes siempre había visto pálidas y exangües. También brillaba en la luz de sus ojos líquidos, que habían adquirido una belleza aún más llamativa que los de la señorita Temple, una belleza causada no por su color ni las largas pestañas, ni las cejas bien dibujadas, sino por su sentimiento, su profundidad y su esplendor. Se le asomó el alma a los labios y fluyeron las palabras de no sé dónde. ¿Es lo bastante grande y vigoroso el corazón de una chica de catorce años para contener tal fuente rebosante de elocuencia pura y fervorosa? Esas eran las características del discurso de Helen aquella noche memorable para mí. Parecía que su espíritu se precipitara para vivir tanto en muy poco tiempo como muchos en una larga existencia.

Conversaron sobre temas de los que yo nunca había oído hablar, de naciones y épocas pasadas, de países lejanos, de secretos de la naturaleza descubiertos o intuidos. También hablaron de libros, ¡cuántos habían leído! ¡Qué grandes conocimientos poseían! Además, parecían conocer muchísimos nombres y autores franceses. Pero mi asombro alcanzó su cenit cuando la señorita Temple le preguntó a Helen si dedicaba algún minuto a recordar el latín que le había enseñado su padre, y cogiendo de una estantería

un libro, le pidió leer y traducir una página de Virgilio. Obedeció Helen, y mi capacidad de admiración aumentaba con cada renglón que recitaba. Acababa de terminar cuando sonó la campana para anunciar la hora de acostarse. No podía haber demora, y la señorita Temple nos abrazó a las dos, diciendo al mismo tiempo:

—¡Que Dios os bendiga, hijas mías!

Abrazó a Helen un rato más que a mí, la soltó de mala gana, la siguió con la vista hasta la puerta, suspiró apenada por ella y por ella enjugó una lágrima en su mejilla.

Al llegar al dormitorio, oímos la voz de la señorita Scatcherd, que estaba registrando los cajones. Acababa de abrir el de Helen Burns y, cuando entramos, saludó a Helen con un mordaz reproche y le dijo que al día siguiente habría de llevar media docena de prendas mal dobladas sujetas en el hombro.

—Mis cosas estaban realmente desordenadas —murmuró Helen en mi oído—. Pensaba ordenarlas, pero se me olvidó.

A la mañana siguiente, la señorita Scatcherd escribió con letras claras la palabra «Desaliñada» en un trozo de cartón, que fijó como si fuera un amuleto en la amplia frente dócil, bondadosa e inteligente de Helen. Lo llevó esta hasta la noche, pacientemente y sin resentimiento, considerándolo un castigo merecido. En cuanto se retiró la señorita Scatcherd después de las clases de la tarde, corrí hacia Helen, lo arranqué y lo tiré al fuego. La rabia que ella era incapaz de sentir me había reconcomido el alma todo el día y grandes lágrimas ardientes me quemaron las mejillas, porque el espectáculo de su triste resignación me llenó de una pena indecible.

Aproximadamente una semana después de los incidentes relatados aquí, la señorita Temple recibió respuesta del señor Lloyd, al que había escrito; parece ser que lo que dijo corroboró mi versión. La señorita Temple reunió a toda la escuela y anunció que se habían investigado las acusaciones hechas contra Jane Eyre y que se complacía en declararla totalmente absuelta de todas las imputaciones. Las profesoras me estrecharon la mano y me

besaron, y un murmullo de placer recorrió las filas de mis compañeras.

Liberada de esta manera de tan pesada carga, me puse enseguida a trabajar de nuevo, decidida a enfrentarme con todas las dificultades que se me presentasen. Me esforcé mucho, y mis esfuerzos tuvieron el éxito correspondiente. Mi memoria, de natural no muy buena, mejoró con la práctica, y los ejercicios me agudizaron la inteligencia. Al cabo de unas semanas, me subieron de clase y en menos de dos meses se me permitió iniciarme en francés y dibujo. Aprendí los dos primeros tiempos del verbo *Être* y ejecuté mi primer boceto de una casita (cuyos muros, dicho sea de paso, rivalizaban en inclinación con la torre de Pisa) en el mismo día. Aquella noche, me olvidé de prepararme en la imaginación la cena de Barmecida[4], que consistía en patatas asadas o pan blanco y leche fresca, con la que solía distraer mi apetito insatisfecho. En lugar de esto, me deleité imaginando en la oscuridad dibujos perfectos, obra de mis propias manos: casas y árboles, rocas y ruinas, grupos de vacas al estilo de Cuyp, delicadas pinturas de mariposas sobrevolando capullos de rosa, de pájaros picoteando cerezas maduras, de nidos de abadejo con huevos perlados, con guirnaldas de hiedra alrededor. También contemplaba la posibilidad de traducir fluidamente alguna vez un libro de cuentos en francés que me había mostrado madame Pierrot ese día, pero me quedé plácidamente dormida antes de solucionar el problema con plena satisfacción.

Bien pudo decir Salomón: «Mejor es comer hierbas con quienes nos aman que un buey con quienes nos odian».

No habría cambiado Lowood, con todas sus privaciones, por Gateshead, con sus lujos cotidianos.

Capítulo IX

Pero las privaciones, o, mejor dicho, las penalidades de Lowood disminuyeron. Se acercaba la primavera; de hecho, ya había llegado. Desaparecieron las escarchas invernales, se derritieron las nieves y se suavizaron los vientos cortantes. Mis maltrechos pies, torturados e hinchados por el viento gélido de enero, empezaron a curarse con los suaves aires de abril. Las noches y las mañanas dejaron de helarnos la sangre en las venas con sus temperaturas canadienses. Ya era soportable la hora de recreo que pasábamos en el jardín. A veces, en los días soleados, era incluso agradable y acogedor, y los arriates marrones se cubrieron de un verdor que aumentaba día a día, y nos hacía pensar que la esperanza se paseaba por allí durante las noches, dejando las huellas cada vez más alegres de sus pasos cada mañana. Se asomaban flores entre las hojas: campanillas, alazores, prímulas moradas y pensamientos dorados. Los jueves por la tarde, cuando teníamos medio día de fiesta, dábamos paseos y encontrábamos flores más bonitas aún en los bordes de los caminos, bajo los setos.

Descubrí también que existía un gran placer, un goce sin más límites que el horizonte, fuera de los altos muros de nuestro jardín. Este placer consistía en un panorama de nobles cimas rodeando un gran valle, rico en sombras y verdor, con un límpido arroyo, lleno de oscuras piedras y remolinos centelleantes. ¡Qué diferente era esta escena vista bajo el cielo plomizo de invierno, endurecida por la escarcha y amortajada por la nieve, cuando las brumas mortecinas flotaban al impulso del viento por los picos amoratados, y bajaban

por los prados hasta mezclarse con la helada niebla del arroyo! Este era un torrente turbio y furibundo entonces, que hendía con su rugido el aire bajo la lluvia o el granizo y destrozaba el bosque de sus orillas, que ostentaba solo filas y filas de esqueletos.

Abril dio paso a mayo, un mayo alegre y sereno, lleno de días de cielos azules, un sol apacible y suaves brisas del oeste o del sur. La vegetación maduraba vigorosamente; los grandes esqueletos de olmos, fresnos y robles recobraron su vitalidad majestuosa; brotó una profusión de plantas silvestres en los recovecos, infinitas variedades de musgo llenaron los huecos, y el sol parecía reflejarse en la exuberancia de las belloritas amarillas, cuyo destello vi iluminar los rincones más oscuros con su maravilloso lustre. Disfruté plenamente de todo esto a menudo, sin vigilancia y casi sola; pero esta inusitada libertad y este goce tenían un motivo, que ahora me corresponde relatar.

¿No parece este un lugar agradable para vivir, con las colinas y bosques alrededor y el arroyo en medio? Desde luego era agradable, pero distaba mucho de ser sano.

La cañada donde yacía Lowood era una trampa de niebla y de pestilencia que, con la llegada de la primavera, engendró una epidemia de tifus, que invadió las aulas y los dormitorios de nuestro orfanato, convirtiendo la escuela en hospital.

El hambre y los resfriados mal curados habían predispuesto a la mayoría de las muchachas para el contagio. Cuarenta y cinco de las ochenta alumnas cayeron enfermas a la vez. Las clases se abandonaron y las normas se relajaron. A las pocas que estábamos bien nos permitían hacer lo que quisiéramos, ya que la enfermera insistía en que necesitábamos mucho ejercicio para mantenemos sanas, y aunque no hubiera sido así, nadie tenía tiempo libre para vigilarnos o controlarnos. Las pacientes recibían toda la atención de la señorita Temple, que pasaba todo su tiempo en la enfermería, saliendo solo para dormir unas cuantas horas por la noche. Las profesoras estaban ocupadas haciendo las maletas y demás preparativos para la partida de las chicas afortunadas que tenían

familias y amigos dispuestos a alejarlas del foco de infección. Muchas, ya enfermas, volvieron a sus casas para morir; otras murieron en la escuela y fueron enterradas discreta y rápidamente, puesto que la naturaleza del mal desaconsejaba cualquier demora.

Así, mientras la enfermedad se había instalado en Lowood y la muerte lo visitaba a menudo, mientras convivían la tristeza y el miedo entre sus muros, mientras las habitaciones y los pasillos estaban invadidos por los olores hospitalarios de las drogas y los sahumerios que pugnaban por vencer los efluvios de mortandad, ese mayo soleado brillaba sin nubes sobre las hermosas colinas y los bellos bosques del exterior. El jardín también relucía de flores; las malvarrosas habían brotado altas como árboles; las azucenas habían germinado, los tulipanes y las rosas florecían; los macizos reventaban de estátice rosa y margaritas de color carmesí; la eglantina despedía su aroma a especias y manzanas por la mañana y por la noche. Y todos estos tesoros fragantes no tenían más cometido para la mayoría de las internas de Lowood que proporcionar de vez en cuando un ramo de flores para sus ataúdes.

Pero yo y las otras chicas sanas disfrutábamos plenamente de las bellezas del lugar y de la estación. Nos permitían deambular como gitanas por el bosque desde la mañana hasta la noche. Hacíamos lo que se nos antojaba e íbamos adonde queríamos, y teníamos una vida mejor también. El señor Brocklehurst y su familia no se acercaban a Lowood en esas fechas, por lo que nos libramos de su intervención en los asuntos domésticos. La cocinera malhumorada se había marchado, espantada por el miedo a contagiarse; su sucesora, antes matrona del dispensario de Lowton, no conocía las costumbres de su nuevo hogar y nos alimentaba con relativa liberalidad. Además, había menos que alimentar, ya que las enfermas comían poco. Nos llenaba más los cuencos del desayuno y, cuando no tenía tiempo de preparar un almuerzo formal, lo que ocurría con frecuencia, nos daba un gran trozo de pudin o una gruesa rebanada de pan con queso, y nos lo llevábamos al bosque, donde cada una comía opíparamente donde más le gustase.

Mi lugar preferido era una roca ancha y lisa que se erguía blanca y seca en el centro del arroyo, a la que solo se accedía vadeando el agua, hazaña que yo realizaba descalza. La roca era lo bastante amplia para acomodar sin estrecheces a otra chica y a mí; ella era mi compañera predilecta en aquel entonces, una tal Mary Ann Wilson, un personaje perspicaz y observador, cuya compañía me deleitaba, en parte porque era ingeniosa y original, y en parte porque tenía una manera de ser que hacía que me sintiera cómoda. Unos cuantos años mayor que yo, sabía más del mundo y me contaba muchas cosas que me gustaba oír. Gratificaba mi curiosidad y era tolerante con mis defectos, permitiéndome dar rienda suelta a mi charloteo. Tenía el don de la narrativa y yo el del análisis; a ella le gustaba dar información y a mí preguntar, por lo que nos llevábamos maravillosamente y sacábamos mucho placer, si bien poco provecho, de nuestra compañía mutua.

Mientras tanto, ¿dónde estaba Helen Burns? ¿Por qué no pasaba yo estos días de libertad con ella? ¿La había olvidado, o era tan voluble que me había cansado de la pureza de su compañía? Es indudable que esta Mary Ann Wilson era inferior a mi primera amiga, ya que solo me contaba historias divertidas y se entregaba conmigo al chismorreo picante y mordaz que me complacía. En cambio, Helen, si la he retratado fielmente, estaba cualificada para dar a los que teníamos el privilegio de tratarla un ejemplo de cosas más elevadas.

Así es, lector. Yo sabía esto, y aunque soy un ser imperfecto, con muchos defectos y pocas cualidades que me rediman, nunca me cansé de Helen Burns, ni dejé de abrigar hacia ella un sentimiento de afecto tan fuerte, tierno y respetuoso como cualquiera que haya cobijado mi corazón. No podía ser de otro modo, puesto que Helen siempre y en todas las circunstancias me mostró una amistad serena y leal, nunca agriada por el mal humor ni turbada por la irritación. Pero Helen estaba enferma; llevaba unas cuantas semanas alejada de mi vista en no sabía qué habitación. Me dijeron que no estaba en la parte de la casa destinada al hospital de las

enfermas de tifus, pues no era este su mal, sino la tisis. Yo, en mi ignorancia, pensé que la tisis era una cosa sin importancia, y que los cuidados y el tiempo la curarían.

Ratificó esta idea mía el hecho de que, una o dos veces, en las tardes cálidas y soleadas, bajaba con la señorita Temple, que la sacaba al jardín. Pero en esas ocasiones no se me permitió acercarme para hablar con ella; solo la veía desde la ventana del aula, y no muy claramente, por hallarse ella envuelta en mantas y sentada muy lejos, en el pórtico.

Una tarde a principios de junio, me quedé largo rato en el bosque con Mary Ann. Nos habíamos separado de las demás, como de costumbre, y nos habíamos alejado mucho, tanto, que nos perdimos, y tuvimos que preguntar el camino en una casita solitaria en la que vivían un hombre y una mujer que cuidaban de una manada de cerdos semisalvajes que se alimentaban de bellotas en el bosque. Cuando regresamos, la luna había salido y había un caballo que sabíamos era del médico en la puerta del jardín. Mary Ann comentó que suponía que alguien estaría muy enfermo si habían mandado llamar al señor Bates a esas horas de la tarde. Ella entró en la casa y yo me quedé unos minutos para plantar en mi parcela del jardín unas raíces que había arrancado del bosque, temerosa de que se marchitasen si las dejaba hasta la mañana siguiente. Una vez hecho esto, me rezagué aún un poco, porque las flores despedían un aroma muy dulce bajo el rocío y la tarde era muy apacible y cálida. El resplandor del oeste auguraba buen tiempo para el día siguiente y en el este la luna brillaba majestuosa. Observaba y disfrutaba de estas cosas con placer infantil, cuando se me ocurrió pensar por primera vez:

«¡Qué triste estar echada en una cama en peligro de muerte! Este mundo es tan bello que sería terrible tener que dejarlo para ir quién sabe adónde».

Después, mi mente hizo su primer intento serio de comprender lo que le habían inculcado sobre el cielo y el infierno, y, por primera vez, lo rechazó, perpleja. Por primera vez, mirando atrás, a cada

lado y adelante, vio un abismo insondable en todas partes. Sintió que el único punto sólido era el presente; todo lo demás eran nubes sin forma y una profundidad vacía, y tembló ante la idea de tambalear y caerse en ese caos. Mientras pensaba en esta nueva idea, oí abrirse la puerta principal. Salió el señor Bates con una enfermera. Después de acompañarlo a montar en su caballo y partir, iba a cerrar la puerta, pero corrí hacia ella.

—¿Cómo está Helen Burns?

—Muy mal —fue su respuesta.

—¿Es a ella a quien ha visitado el señor Bates?

—Sí.

—¿Y qué dice de ella?

—Dice que estará poco tiempo entre nosotros.

Esta frase, si la hubiese oído el día anterior, me habría transmitido solo la noción de que se la iban a llevar a su casa en Northumberland. No habría sospechado que significaba que se estaba muriendo, pero ahora lo supe en el acto. Comprendí claramente que los días de Helen Burns en este mundo estaban contados, que se la iban a llevar al mundo de los espíritus, si es que existía tal lugar. Experimenté una gran sensación de horror, seguida de un fuerte sentimiento de pesar, y después el deseo, la necesidad, de verla, por lo que pregunté en qué cuarto estaba.

—Está en el cuarto de la señorita Temple —dijo la enfermera.

—¿Puedo ir a hablar con ella?

—No, pequeña, no es buena idea. Y ahora debes entrar. Cogerás la fiebre si te quedas fuera bajo el rocío.

La enfermera cerró la puerta principal, Yo entré por la puerta lateral que conducía al aula. Llegué justo a tiempo; la señorita Miller estaba llamando a las alumnas para acostarse.

Podían ser dos horas después, probablemente cerca de las once, cuando, no habiendo podido conciliar el sueño y juzgando, por el silencio total que reinaba en el dormitorio, que todas mis compañeras yacían en brazos de Morfeo, me levanté sigilosamente, me puse el vestido encima del camisón y me deslicé descalza fuera

del dormitorio para ir en busca del cuarto de la señorita Temple. Estaba en el otro extremo de la casa, pero conocía el camino. La luz de la despejada luna estival, que se asomaba por las ventanas del corredor, me permitió encontrarlo sin dificultad. El olor de alcanfor y vinagre quemado me advirtió que me aproximaba a la enfermería, y pasé deprisa, temerosa por si la enfermera de noche me oía. La posibilidad de ser descubierta me horrorizaba, pues *debía* ver a Helen, debía abrazarla antes de que muriese, debía darle un último beso, intercambiar con ella una última palabra.

Habiendo bajado una escalera, atravesado una parte del edificio y conseguido abrir y cerrar sin hacer ruido dos puertas, me hallé ante otra escalera, que subí, y por fin me encontré frente al cuarto de la señorita Temple. Se veía luz a través del ojo de la cerradura y por debajo de la puerta. Un profundo silencio invadía las inmediaciones. Acercándome, descubrí que la puerta estaba entreabierta, quizás para que circulase algo de aire en el cuarto mal ventilado de la enferma. No queriendo perder tiempo y dominada por impulsos de impaciencia, con el alma y los sentidos angustiados, la abrí del todo y me asomé, buscando a Helen con los ojos, temerosa de hallarme ante la muerte.

Cerca de la cama de la señorita Temple, medio oculta por las cortinas de esta, se encontraba una camita. Vi la silueta de un cuerpo bajo las mantas, pero las cortinas ocultaban el rostro. La enfermera con la que había hablado en el jardín estaba dormida en un sillón. Una vela sin despabilar llameaba débilmente en la mesa. La señorita Temple no estaba a la vista. Después me enteré de que la habían llamado a atender a una paciente que deliraba en la enfermería. Me adelanté y me detuve junto a la cama. Tenía la mano en la cortina, pero preferí hablar antes de retirarla. Todavía me espantaba el horror de encontrarme con un cadáver.

—Helen —susurré—, ¿estás despierta?

Se movió, retiró la cortina ella misma y vi su cara, pálida y demacrada, pero serena. Parecía tan poco cambiada que mis temores se disiparon al instante.

—¿Eres realmente tú, Jane? —preguntó con su dulce voz de siempre.

«Vaya —pensé—, no va a morir; están equivocados. No podría hablar tan tranquilamente ni tendría este aspecto apacible si así fuera».

Me subí a la cama y le di un beso. Tenía la frente fría, y la cara delgada y fría, como sus manos y muñecas, pero sonreía como antes.

—¿Por qué has venido, Jane? Son más de las once; he oído el reloj hace unos minutos.

—He venido a verte, Helen. Me he enterado de que estás muy enferma, y no podía dormirme sin antes hablar contigo.

—Has venido a despedirte, entonces. Es probable que hayas venido justo a tiempo.

—¿Es que te marchas a algún sitio, Helen? ¿Te vas a casa?

—Sí, a mi casa eterna, mi casa final.

—No, no, Helen —me detuve, afligida. Mientras me esforzaba por reprimir mis lágrimas, a Helen le sobrevino un arrebato de tos. Sin embargo, no despertó a la enfermera. Cuando hubo pasado, quedó exhausta un rato, y después susurró:

—Jane, estás descalza. Túmbate y tápate con la colcha.

Así lo hice, me rodeó con el brazo y me acurruqué junto a ella. Tras un largo silencio, prosiguió, aún susurrando:

—Soy muy feliz, Jane, y cuando te enteres de que me he muerto, no debes afligirte, porque no hay motivos para ello. Todos hemos de morir algún día, y la enfermedad que se me lleva no es dolorosa, sino suave y lenta, y mi mente está descansada. No dejo a nadie que me vaya a llorar mucho. Solo tengo a mi padre, que se ha casado hace poco y no me echará de menos. Al morir joven, me evitaré muchos sufrimientos. No tenía las cualidades ni el talento adecuados para forjarme un buen puesto en el mundo. Habría estado constantemente metida en problemas.

—Pero ¿adónde vas, Helen? ¿Puedes verlo? ¿Puedes saberlo?

—Creo y tengo fe; me voy con Dios.

—¿Dónde está Dios? ¿Quién es Dios?

—Es mi Creador y el tuyo, y nunca destruirá lo que ha creado. Tengo una fe ciega en su poder, y confío plenamente en su bondad. Cuento las horas hasta que llegue el fatídico ser que me ha de devolver a Él y revelármelo.

—Entonces, Helen, ¿estás segura de que existe el cielo y de que van allí las almas cuando se mueren?

—Estoy segura de que existe un estado futuro. Creo que Dios es bueno. Puedo entregarle mi alma inmortal sin recelos. Dios es mi padre, es mi amigo; lo quiero y creo que Él me quiere a mí.

—¿Y yo volveré a verte, Helen, cuando muera?

—Vendrás a la misma región de felicidad y serás recibida por el mismo Padre poderoso y universal, sin ninguna duda, querida Jane.

Pregunté de nuevo, pero esta vez solo con el pensamiento. «¿Dónde está esa región? ¿Existe realmente?». Y me abracé más estrechamente contra Helen, que me era más querida que nunca. Sintiéndome incapaz de soltarla, yacía con la cara oculta en su cuello. Poco después, dijo con tono dulcísimo:

—¡Qué cómoda estoy! Ese último arrebato de tos me ha cansado un poco y siento que puedo dormirme ahora. Pero no me dejes, Jane; me gusta tenerte cerca.

—Me quedaré contigo, *queridísima* Helen, nadie me alejará de aquí.

—¿Estás calentita, querida?

—Sí.

—Buenas noches, Jane.

—Buenas noches, Helen.

Me dio un beso y se lo devolví, y pronto nos dormimos las dos.

Cuando abrí los ojos, era de día. Me había despertado un movimiento inusitado. Levanté la vista y noté que me sujetaban unos brazos. Me sostenía la enfermera, que me llevaba por los corredores de vuelta al dormitorio. No me reprocharon por abandonar mi cama, ya que tenían otra cosa en que pensar. En ese momento quedaron sin respuesta mis múltiples preguntas, pero un

día o dos más tarde, descubrí que la señorita Temple, al volver a su cuarto al amanecer, me había encontrado en la cama, con la cara contra el hombro de Helen Burns y mis brazos alrededor de su cuello. Yo estaba dormida y Helen… muerta.

Su tumba se encuentra en el cementerio de Brocklehurst. Durante los quince años siguientes a su muerte, solo un túmulo de hierba la cubría. Ahora marca el lugar una lápida de mármol gris, inscrito con su nombre y la palabra *Resurgam*.

Capítulo X

Hasta aquí he contado con detalle los sucesos que conformaron mi insignificante existencia. He dedicado a los diez primeros años de mi vida casi el mismo número de capítulos. Pero esto no va a ser una autobiografía al uso; solo pienso evocar aquellos recuerdos que sé tendrán cierto interés. Por lo tanto, pasaré casi por alto un espacio de ocho años. Solo harán falta unas líneas para mantener la conexión de la narración.

Cuando la fiebre tifoidea hubo cumplido su misión de devastación en Lowood, fue desapareciendo poco a poco, pero no sin antes llamar la atención del público hacia la escuela, por su virulencia y el número de víctimas. Se investigó el origen de la epidemia, y gradualmente salieron a la luz hechos que provocaron una gran indignación en la opinión pública. La naturaleza malsana del lugar, la cantidad y la calidad de la comida, el agua fétida con la que se preparaba, la ropa y el alojamiento deficientes: todas estas cosas se conocieron, y su conocimiento produjo un resultado mortificante para el señor Brocklehurst pero prometedor para la institución.

Varios personajes ricos y caritativos del condado donaron dinero para la construcción de un edificio mejor acondicionado en un lugar más adecuado, se establecieron nuevas normas, se introdujeron mejoras en la dieta y el vestuario, y los fondos fueron confiados a un comité para su gestión. Al señor Brocklehurst, dada su riqueza y la importancia de su familia, no se le pudo dar de lado, y le fue reservado el puesto de tesorero, pero unos caballeros más amplios

de miras y comprensivos fueron nombrados para ayudarlo a desempeñar sus funciones. También compartió el cargo de inspector con personas capaces de combinar lo razonable con lo riguroso, la comodidad con la economía y la compasión con la rectitud. Con estas mejoras, la escuela se convirtió, con el tiempo, en una institución útil y noble. Yo continué entre sus muros, después de la reforma, ocho años, seis de alumna y dos de profesora, y, tanto en un caso como en el otro, doy fe de su valor e importancia.

Durante esos ocho años, mi vida fue uniforme, pero no desdichada, porque me mantuve activa. Tuve a mi alcance el medio de lograr una esmerada educación. Me impulsaron la afición por algunas de las asignaturas y el afán de medrar en todas ellas, junto con el gran placer que sentía al complacer a mis profesoras, sobre todo a las que quería. Me aproveché al máximo de las ventajas que se me brindaron. Con el tiempo, me convertí en la primera de la primera clase, y después en profesora, cargo que desempeñé con gusto durante dos años, hasta que cambió mi situación.

La señorita Temple, pese a todos los cambios, siguió siendo la directora de la escuela. Yo debía a sus enseñanzas la mayor parte de mis conocimientos, y su amistad y su compañía fueron un constante consuelo para mí. Me hizo las veces de madre, maestra y, en la última época, compañera. En este periodo, se casó y se trasladó con su marido, un clérigo, muy buena persona y casi digno de tal esposa, a un condado lejano, como consecuencia de lo cual la perdí.

Desde el día de su partida, yo no fui la misma. Con ella se marcharon mi sensación de estabilidad y las asociaciones que habían hecho de Lowood casi un hogar para mí. Me había imbuido parte de su manera de ser y muchos hábitos suyos. Mis pensamientos se habían hecho más armoniosos, y mi mente se había poblado de sentimientos más controlados. Me había sometido al deber y al orden, estaba tranquila, creía estar contenta. A los ojos de los demás, y generalmente incluso a los míos propios, parecía una persona disciplinada y sumisa.

Pero se interpuso entre la señorita Temple y yo el destino, en forma del reverendo señor Nasmyth. La vi montar en un coche de posta con su ropa de viaje poco tiempo después de su boda, y vi cómo el coche subía la colina y desaparecía al otro lado. Después, me retiré a mi cuarto, donde pasé a solas la mayoría del medio día de fiesta que nos habían concedido en honor a la ocasión.

Estuve casi todo el tiempo paseando por la habitación. Creía que solo lamentaba mi pérdida y pensaba en repararla, pero cuando acabé de reflexionar, me di cuenta de que había acabado la tarde y, avanzada la noche, hice otro descubrimiento: se había obrado en mí un proceso de transformación. Había desechado mi mente todo lo que esta se había apropiado de la señorita Temple, o mejor dicho, ella se había llevado consigo el espíritu sereno con el que me había rodeado, y, al marcharse, me había dejado en mi elemento natural, y sentí removerse viejas emociones. No tenía la sensación de haber perdido un apoyo, sino una motivación; no me faltaban fuerzas para estar sosegada, sino los motivos para el sosiego. Lowood había sido mi mundo durante algunos años, sus normas y sistemas eran mi única experiencia. Me acordé de que el mundo real era grande y que, a los que tenían el valor de lanzarse a él para buscar la verdadera vida, ofrecía una amplia gama de esperanzas y temores, de sensaciones y emociones entre sus peligros.

Me acerqué a la ventana, la abrí y me asomé. Allí estaban las dos alas del edificio, el jardín, los alrededores y el horizonte montañoso. Mis ojos pasaron por alto todos los objetos salvo las lejanas cimas azules. Quise traspasarlas, pues me pareció una cárcel todo lo que encerraban sus límites de roca y brezo. Seguí con la vista la blanca carretera que serpenteaba al pie de una montaña y desaparecía en un desfiladero. ¡Cómo me hubiera gustado seguirla más allá! Recordé que había viajado por esa misma carretera en un coche, recordé haber bajado por aquella colina en el crepúsculo. Pareció haber transcurrido una eternidad desde el día de mi llegada a Lowood, y jamás había salido desde entonces. Había pasado todas las vacaciones en la escuela porque la señora Reed nunca

me llamó a Gateshead. Ni ella ni ningún miembro de su familia me había visitado jamás. No había tenido ningún contacto, ni por carta ni de palabra, con el mundo exterior. Todo lo que conocía de la vida eran las normas de la escuela, las obligaciones y hábitos de la escuela, las ideas, voces, caras, frases, costumbres, preferencias y antipatías de la escuela. Pensé que no era suficiente. En una tarde me cansé de la rutina de ocho años. Anhelaba la libertad, ansiaba la libertad, recé por conseguirla, pero parecía alejarse, llevada por el suave viento. Desistí e hice un ruego más modesto, por un cambio, un estímulo; pero también se disipó. «Por lo menos —grité desesperada—, ¡concédeme una nueva servidumbre!».

En ese punto, una campanada me llamó a cenar.

No pude reanudar el hilo de reflexiones hasta la hora de acostarme, y entonces una profesora que compartía conmigo la habitación me impidió volver al tema que me atraía tanto con su profuso charloteo. ¡Cómo deseaba que el sueño la hiciera callar! Pensé que si podía volver a las ideas que me habían llenado la mente al mirar por la ventana, se me ocurriría una solución para aliviarme.

Por fin roncaba la señorita Gryce, una galesa gruesa, cuyos problemas respiratorios siempre me habían parecido un fastidio. Pero esa noche oí con satisfacción las graves notas, que significaban que me libraba de interrupciones; renacieron inmediatamente mis pensamientos medio borrados.

«¡Una nueva servidumbre! Tiene posibilidades —me dije para mí, pues no hablé en voz alta—. Sé que las tiene, porque no parece demasiado atractivo. No se parece a palabras como Libertad, Emoción o Goce, que son palabras verdaderamente encantadoras, pero solo son sonidos para mí, tan huecos y fugaces que escucharlas es perder el tiempo. ¡Pero Servidumbre! Debe de ser viable. Cualquiera puede servir; yo he servido aquí durante ocho años, ahora solo quiero servir en otro lugar. ¿Conseguiré mi propósito? ¿Es factible? Sí, mi objetivo no es tan difícil, si tuviera un cerebro lo bastante activo para encontrar el medio de lograrlo».

Me incorporé en la cama con el fin de que se despejara mi cerebro. Hacía frío esa noche y me cubrí los hombros con un chal antes de ponerme a *pensar* de nuevo con todas mis fuerzas.

«¿Qué es lo que pretendo? Un nuevo puesto en una nueva casa, entre caras nuevas, y bajo circunstancias nuevas. Esto es lo que quiero, porque es inútil querer algo mejor. ¿Cómo hacen los demás para conseguir un puesto nuevo? Acuden a sus amigos, supongo; yo no los tengo. Hay muchos otros que no tienen amigos, que deben buscar sin ayuda y velar por sí mismos, ¿cómo se las arreglarán?».

No pude saberlo, no encontré respuestas, así que di orden a mi cerebro de que buscara una solución rápidamente. Se puso a funcionar cada vez más intensamente. Noté cómo latía el pulso de mis sienes, se esforzó caóticamente mi cerebro durante una hora, pero sin hallar resultados. Febril a causa de mis vanos intentos, me levanté y di vueltas por el cuarto, corrí la cortina, miré las estrellas, tirité de frío y me deslicé de nuevo en la cama.

Un hada buena debió de depositar la solución sobre la almohada en mi ausencia porque, al tumbarme, acudió del modo más natural a mi mente: «Los que buscan empleo se anuncian; debes poner un anuncio en el Herald del condado de…».

«¿Cómo? Si yo no sé nada de anuncios».

Las respuestas acudían ahora rápida y fluidamente:

«Debes enviar el anuncio y el dinero para pagarlo en una carta dirigida al editor del Herald; debes echarla al correo en Lowton a la primera oportunidad. Las respuestas deben ir dirigidas a J. E. en la estafeta de correos. Puedes ir a preguntar si ha llegado alguna una semana después de mandar tu carta, y si es así, actuar en consecuencia».

Repasé dos o tres veces mi plan y lo asimilé mentalmente hasta plasmar claramente su forma. Sintiéndome satisfecha, me dormí.

Al despuntar el alba, me levanté. Tenía el anuncio escrito y metido en un sobre con la dirección puesta antes de que sonara la campana para levantarse. Ponía:

«Una joven con experiencia en la enseñanza (¿acaso no llevaba dos años de profesora?) desea encontrar un puesto con una familia con hijos menores de catorce años (pensé que, al tener yo apenas dieciocho, era mejor no encargarme de la instrucción de alumnos más cerca de mi propia edad). Está cualificada para enseñar las disciplinas normales de la educación inglesa, además de francés, dibujo y música (en aquel entonces, lector, esta ahora corta lista de talentos hubiera sido bastante completa). Dirigirse a J. E., Estafeta de Correos, Lowton, Condado de…».

Permaneció encerrado todo el día en mi cajón este documento. Después de la merienda, pedí permiso a la nueva directora para ir a Lowton, con la excusa de realizar algunos pequeños recados para mí y una o dos compañeras. Me lo concedió y me marché. Eran unas dos millas de paseo y llovía, pero las tardes aún eran largas. Visité una o dos tiendas, deslicé la carta en el buzón y regresé bajo una fuerte lluvia con la ropa empapada, pero con el corazón ligero.

La semana siguiente se me hizo larga, pero por fin acabó, como todas las cosas bajo el sol, y me encontré una vez más camino de Lowton al final de un día agradable de otoño. Por cierto, era un camino pintoresco, que pasaba junto al arroyo y por los bonitos recovecos de la cañada. Pero ese día pensaba más en las cartas que pudieran estar esperando en el pueblo al que me dirigía que en los encantos de los prados y las aguas.

Mi supuesto propósito en esta ocasión era hacerme medir los pies para encargar un par de zapatos, por lo que primero atendí ese asunto y, una vez realizado, crucé la calle apacible y limpia desde la zapatería a la oficina de correos. Cuidaba de esta una anciana con anteojos en la nariz y mitones negros en las manos.

—¿Hay cartas para J. E.? —pregunté.

Me miró fijamente por encima de sus anteojos, después abrió un cajón entre cuyo contenido hurgó largo rato, tanto, que empezaron a disiparse mis esperanzas. Por fin, habiendo sostenido ante sus ojos un documento durante casi cinco minutos, me lo pasó por encima

del mostrador, acompañando su acción de otra mirada curiosa y desconfiada: era para J. E.

—¿Solo hay una? —pregunté.

—No hay más —dijo. La guardé en el bolsillo y me encaminé a casa. No podía abrirla, puesto que eran ya las siete y media y el reglamento exigía que estuviera de vuelta a las ocho.

Me esperaban varias tareas a mi regreso: vigilé a las chicas durante la hora de estudio; luego me tocó leer las oraciones y acompañarlas a la cama, y después cené con las demás profesoras. Incluso cuando por fin nos retiramos a dormir, la ineludible señorita Gryce era aún mi compañera. Nos quedaba un corto cabo de vela en la palmatoria y temía que siguiera hablando hasta agotarlo. Afortunadamente, la cena pesada que había comido tuvo un efecto soporífero sobre ella, y antes de terminar de desvestirme, ya roncaba. Quedaba una pulgada de vela; saqué la carta y rompí el sello, que llevaba la inicial F; el contenido era breve.

«Si J. E., que se anunció en el Herald del condado de… del jueves pasado, posee los conocimientos que menciona y puede proporcionar referencias satisfactorias en cuanto a su carácter y eficiencia, se le puede ofrecer un puesto para instruir a una sola alumna de menos de diez años de edad, con un sueldo de treinta libras al año. Se ruega a J. E. que envíe las referencias, el nombre, dirección y todos sus datos a: Señora Fairfax, Thornfield, cerca de Millcote, Condado de…».

Estuve mucho tiempo examinando el documento; la letra era anticuada y un poco vacilante, como la de una anciana. Esta circunstancia era satisfactoria, ya que me había preocupado el secreto temor de que, al actuar por mi cuenta y sin consejos, me arriesgaba a hallarme en un apuro, y, por encima de todo, deseaba que el resultado de mis esfuerzos fuese respetable, correcto y *en règle*. Pensé que una señora mayor no era mal ingrediente del asunto que tenía entre manos. ¡La señora Fairfax! La veía vestida con un traje negro y un velo de viuda, quizás distante, pero amable, un modelo de respetabilidad inglesa. ¡Thornfield! Indudablemente

era el nombre de su casa, un lugar primoroso y ordenado, estaba segura, aunque fracasaron mis esfuerzos por imaginar un plano de la propiedad. Millcote, Condado de…: repasé mis conocimientos del mapa de Inglaterra, y los vi, tanto el condado como el pueblo. El condado de… estaba a setenta millas más cerca de Londres que el lejano condado donde residía, lo que me parecía una recomendación. Ansiaba estar en un lugar lleno de vida y movimiento. Millcote era un pueblo industrial grande a orillas del río A…, seguramente un sitio de bastante actividad. Tanto mejor: por lo menos sería un cambio total, aunque no me atraía mucho la idea de las altas chimeneas con sus nubes de humo. «Pero —me dije— seguramente Thornfield estará alejado del pueblo».

En aquel momento se hundió la base de la vela y se apagó la mecha.

Al día siguiente había muchas cosas que organizar. Ya no podía guardar para mí mis planes, sino que debía comunicarlos para lograr mi propósito. Pedí entrevistarme con la directora y me recibió durante el recreo de mediodía. Le conté que tenía la posibilidad de conseguir un nuevo puesto con un sueldo dos veces mayor que el actual (en Lowood me pagaban solo quince libras al año). Le rogué que comunicara la noticia al señor Brocklehurst o a otros miembros del comité, para averiguar si me permitirían nombrarlos como referencias, y consintió, solícita, en hacer de intermediaria en el asunto. Al día siguiente, informó al señor Brocklehurst de la noticia, y este dijo que había que escribir a la señora Reed, puesto que era mi tutora natural. Se redactó una carta para esta señora, a la que contestó que yo podía hacer lo que me viniera en gana, ya que hacía tiempo había renunciado a interferir en mis asuntos. Esta carta pasó al comité y, finalmente, después de lo que me pareció una demora fastidiosa, se me dio permiso formal para mejorar mi situación si podía. También añadieron que, como siempre había tenido un buen comportamiento, tanto de alumna como de profesora, en Lowood, me entregarían inmediatamente un

certificado, firmado por los inspectores de la institución, dando fe de mi buen carácter y aptitudes.

Al cabo de una semana recibí este certificado, del que envié una copia a la señora Fairfax, y me llegó la contestación de esta señora, declarándose satisfecha y fijando una fecha quince días más tarde para que asumiera el puesto de institutriz en su casa.

Me puse a hacer los preparativos enseguida y los quince días pasaron volando. No poseía mucha ropa, aunque sí suficiente para mis necesidades, y me bastó el último día para preparar mi baúl, el mismo que había traído de Gateshead ocho años atrás.

Se ató el baúl con cuerdas y se le fijó una etiqueta. Media hora después, había de recogerlo un mensajero para llevarlo a Lowton, adonde yo misma iba a dirigirme al día siguiente de buena mañana para coger el coche. Había cepillado mi vestido de viaje de tela negra, y preparado mi sombrero, guantes y manguito. Busqué en todos los cajones por si me olvidaba de algún objeto y, no teniendo otra cosa que hacer, me senté e intenté descansar, pero no pude. Aunque había pasado todo el día de pie, no podía reposar ni un instante, por estar demasiado nerviosa. Se cerraba una fase de mi vida esa noche, y se abriría una nueva al día siguiente. Era imposible dormir en el intermedio: debía vigilar ansiosa el cumplimiento del cambio.

—Señorita —me dijo una criada en el pasillo, donde erraba como alma en pena—, abajo hay una persona que quiere verla.

«Será el mensajero, sin duda», pensé, y me apresuré a bajar sin hacer preguntas. Cuando, camino de la cocina, pasé por el cuarto de estar de las profesoras, cuya puerta estaba entreabierta, alguien salió apresuradamente.

—¡Es ella, estoy segura! ¡La habría reconocido en cualquier sitio! —gritó la persona que se puso ante mí y me cogió de la mano, deteniéndome.

Miré y vi a una mujer vestida como una criada bien arreglada, una matrona, aunque todavía joven, guapa y vivaz, con el cabello y los ojos negros.

—Bueno, ¿quién soy? —preguntó con una voz y una sonrisa que reconocí a medias—. ¿No me habrá olvidado, señorita Jane?

Inmediatamente la abracé y besé extasiada. «¡Bessie, Bessie, Bessie!» fue lo único que dije, haciéndola reír y llorar a la vez. Entramos ambas en la sala, donde, junto a la chimenea, se encontraba un niño de tres años, con traje de pantalón de cuadros escoceses.

—Es mi hijo —dijo Bessie enseguida.

—Entonces, ¿estás casada, Bessie?

—Sí, desde hace casi cinco años, con Robert Leaven, el cochero, y además de este, que se llama Bobby, tengo una niña a la que he puesto Jane.

—¿Y no vives en Gateshead?

—Vivo en la portería, ya que se ha marchado el antiguo portero.

—Bueno, ¿cómo están todos? Cuéntamelo todo, Bessie. Pero siéntate primero, y tú, Bobby, siéntate aquí en mis rodillas, ¿quieres? —pero prefirió acercarse tímidamente a su madre.

—No se ha hecho muy alta, señorita Jane, ni muy gruesa —prosiguió la señora Leaven—. Supongo que no le han dado demasiado bien de comer en la escuela. La señorita Eliza le saca la cabeza y los hombros, y la señorita Georgiana le dobla en anchura.

—Georgiana será guapa, ¿verdad, Bessie?

—Mucho. Se fue a Londres el invierno pasado con su madre y la admiró todo el mundo y se enamoró de ella un joven lord, pero la familia de él se opuso al matrimonio, y ¿qué le parece? él y la señorita Georgiana trataron de escaparse, pero los encontraron y los detuvieron. Fue la otra señorita Reed la que los descubrió. Creo que le tenía envidia. Ahora ella y su hermana se llevan como el perro y el gato, siempre están riñendo.

—¿Y qué hay de John Reed?

—Bueno, no le va tan bien como quisiera su madre. Estuvo en la universidad pero le… dieron calabazas, creo que se dice. Entonces sus tíos querían que fuese abogado, que estudiase leyes, pero es un joven tan disipado que no sacarán nada de él, me parece.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es muy alto. Algunos dicen que es bien parecido, pero tiene unos labios tan gruesos…

—¿Y la señora Reed?

—La señora está robusta y tiene buen aspecto, pero creo que está muy inquieta, no la complace el comportamiento del señorito John, que gasta grandes cantidades de dinero.

—¿Ella te ha mandado aquí, Bessie?

—Desde luego que no. Pero hace mucho que yo tenía ganas de verla y cuando me enteré de que había llegado una carta suya, y de que se marchaba a otra parte del país, decidí ponerme en camino para verla antes de que se alejara.

—Me temo que te he decepcionado, Bessie —dije riendo, pues me di cuenta de que la mirada de Bessie, aunque expresaba afecto, no mostraba ni un atisbo de admiración.

—No, señorita Jane, en absoluto. Es usted refinada, parece una señora, y no esperaba más, porque de niña no era ninguna belleza.

Sonreí por la franqueza de la respuesta de Bessie. Me pareció correcta, pero confieso que su contenido no me dejó indiferente. A los dieciocho años, la mayoría de nosotros queremos agradar, y el convencimiento de que nuestro aspecto no acompaña este deseo nos produce todo menos placer.

—Pero me imagino que será muy lista —continuó Bessie, como para consolarme—. ¿Qué sabe hacer? ¿Sabe tocar el piano?

—Un poco.

Como había uno en la sala, Bessie se acercó a él y lo abrió, pidiéndome que me pusiera a tocarle una melodía. Toqué uno o dos valses, y quedó encantada.

—¡Las señoritas Reed no tocan tan bien! —dijo ufana—. Siempre dije que usted las superaría en los estudios. ¿Sabe dibujar?

—Ese cuadro que está sobre la chimenea es uno de los míos —era una acuarela de un paisaje, que había regalado a la directora en

agradecimiento por su intervención en mi favor ante el comité, y ella la había mandado enmarcar y barnizar.

—¡Qué precioso, señorita Jane! Es tan bonito como los cuadros del profesor de dibujo de la señorita Eliza, por no hablar de los de las señoritas, que no hacen nada parecido. ¿Y ha aprendido francés?

—Sí, Bessie, lo leo y lo hablo.

—¿Y sabe hacer labores en muselina y lienzo?

—Sí.

—¡Oh, qué señora está hecha, señorita Jane! Sabía que sería así. Usted saldrá adelante con o sin la atención de sus familiares. Hay una cosa que quería preguntarle, ¿ha tenido noticias de la familia de su padre, los Eyre?

—Jamás.

—Bueno, ya sabe que la señora siempre ha dicho que eran pobres y desdeñables. Puede que sean pobres, pero creo que son tan señores como los Reed, porque un día, hace casi siete años, vino a Gateshead un tal señor Eyre, que quería verla. La señora le dijo que estaba usted en la escuela, a cincuenta millas de distancia. Pareció muy decepcionado, pues no podía detenerse, porque se iba de viaje al extranjero en un barco que salía de Londres un día o dos después. Tenía todo el aspecto de un caballero, y creo que era hermano de su padre.

—¿A qué país extranjero se iba, Bessie?

—A una isla a miles de millas, donde hacen vino, me lo dijo el mayordomo…

—¿Madeira? —sugerí.

—Sí, sí, esa palabra era.

—¿Y se marchó?

—Sí, no se quedó mucho tiempo en la casa. La señora lo trató muy altivamente, y después lo llamó «comerciante ruin». Mi Robert cree que era comerciante en vinos.

Bessie y yo estuvimos conversando sobre los viejos tiempos durante una hora más, después de lo cual se vio obligada a

dejarme. La vi de nuevo unos minutos al día siguiente en Lowton, mientras esperaba la diligencia. Nos separamos finalmente en la puerta de la posada Brocklehurst Arms. Cada una emprendió su propio camino: ella, hacia la cima de la colina de Lowood para coger el coche que la había de llevar de regreso a Gateshead, y yo me subí al vehículo que me iba a conducir hacia nuevas obligaciones y una nueva vida en desconocidos parajes cerca de Millcote.

Capítulo XI

Un nuevo capítulo de una novela se parece a veces al nuevo decorado de una obra de teatro; cuando se levanta el telón esta vez, lector, debes imaginar que ves una habitación de la George Inn de Millcote, el papel pintado de sus paredes ostenta los grandes dibujos típicos de tales posadas; típicos también son la alfombra, los muebles, los adornos sobre la chimenea y las láminas, entre las que se encuentran un retrato de Jorge III, otro del príncipe de Gales y una representación de la muerte de Wolfe. Todo esto se ve a la luz de una lámpara de aceite que pende del techo, y de un magnífico fuego, junto al cual me hallo yo sentada envuelta en una capa y tocada con un sombrero. Mi manguito y mi paraguas yacen sobre la mesa, y yo me ocupo en calentarme y quitarme el entumecimiento producido por dieciséis horas de exposición a la intemperie de un día de octubre. Salí de Lowton a las cuatro de la madrugada y, en estos momentos, el reloj del pueblo de Millcote da las ocho.

Lector, aunque pueda parecer que estoy cómodamente instalada, no tengo el espíritu muy tranquilo. Pensé que cuando parase aquí la diligencia, habría alguien esperando para recibirme. Miré a mi alrededor ansiosamente al bajar los peldaños de madera que había colocado un mozo para ese fin, esperando oír pronunciar mi nombre y ver algún tipo de vehículo esperando para llevarme a Thornfield. No había nada parecido a la vista, así que inquirí a un criado si había preguntado alguien por la señorita Eyre y me contestó negativamente, por lo que no tuve más remedio que pedir que me acompañara a un cuarto privado, donde ahora me

encuentro esperando, mis pensamientos turbados por toda clase de dudas y temores.

Es una sensación muy extraña para una persona joven y sin experiencia encontrarse totalmente sola en el mundo, alejada de todo lo conocido, insegura de poder alcanzar su destino e incapaz, por muchos impedimentos, de volver al lugar de origen. El encanto de la aventura dulcifica la sensación y el sentimiento de orgullo la suaviza, pero un latido de miedo la turba. El miedo se apoderó de mí cuando, al cabo de media hora, todavía estaba sola. Se me ocurrió tocar la campanilla.

—¿Hay un lugar aquí cerca llamado Thornfield? —pregunté al criado que acudió a mi llamada.

—¿Thornfield? No lo sé, señora. Preguntaré en el mostrador.

Desapareció pero volvió enseguida:

—¿Se llama usted Eyre, señorita?

—Sí.

—Una persona la espera.

Me levanté de un salto, recogí el manguito y el paraguas y me apresuré a salir al corredor de la posada. Un hombre estaba al lado de la puerta abierta y, en la calle iluminada por una farola, vi un vehículo de un caballo.

—Este será su equipaje, supongo —dijo el hombre algo bruscamente al verme, señalando mi baúl, que estaba en la entrada.

—Sí.

Lo cargó en el vehículo, una especie de calesa, y después subí yo. Antes de que cerrase la puerta, le pregunté a qué distancia estaba Thornfield.

—A unas seis millas.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Hora y media, tal vez. Cerró la puerta, se encaramó a su asiento en el pescante y emprendimos el camino. Íbamos a paso lento y tuve tiempo de sobra para reflexionar. Me alegraba estar tan cerca del final de mi viaje, y, recostándome en el vehículo cómodo, si no elegante, me entregué tranquilamente a mis meditaciones.

«Supongo —pensé—, a juzgar por la sencillez del criado y del coche, que la señora Fairfax no será una persona muy elegante. Tanto mejor; solo una vez he vivido entre gente refinada y fui muy desgraciada. Me pregunto si vive sola con la niña. Si es así y si es mínimamente agradable, me llevaré muy bien con ella. Pondré todo mi empeño en ello, pero, desgraciadamente, no siempre es suficiente. Por lo menos, en Lowood me lo propuse, perseveré y lo conseguí, pero recuerdo que con la señora Reed mis mejores propósitos fueron siempre rechazados con desprecio. Ruego a Dios que la señora Fairfax no resulte ser una segunda señora Reed; pero, si lo fuera, no estoy obligada a quedarme con ella. Si las cosas salen mal, puedo volver a poner un anuncio. Me pregunto cuánto faltará ahora».

Bajé la ventanilla y me asomé. Habíamos dejado atrás Millcote. A juzgar por el número de luces, debía de ser un lugar de grandes proporciones, mucho mayor que Lowton. Nos hallábamos, por lo que pude ver, en una especie de ejido, pero había casas dispersas por toda la zona. Me pareció un lugar diferente de Lowood, más poblado y menos pintoresco, más emocionante y menos romántico.

La carretera era mala y la noche nublada. El conductor dejó que el caballo fuera al paso, y realmente creo que la hora y media se alargó hasta las dos horas. Por fin se giró y dijo:

—Ya falta poco para Thornfield.

Me asomé otra vez. Pasábamos ante una iglesia cuya torre vi ancha y baja contra el cielo, y cuya campana estaba tocando el cuarto. También vi una estrecha galaxia de luces sobre una colina, señalando una villa o aldea. Unos diez minutos más tarde; se apeó el cochero para abrir unas puertas, que se cerraron de golpe después de pasar nosotros. Subimos lentamente por una calzada hasta encontrarnos ante la fachada larga de una casa. Brillaba una vela tras la cortina de un mirador; las demás ventanas estaban a oscuras. El coche se detuvo en la puerta principal, abierta por una criada. Me apeé y entré.

—Haga el favor de venir por aquí, señora —dijo la muchacha, y la seguí a través de un vestíbulo cuadrado rodeado de altas puertas. Me acompañó a una habitación, cuya iluminación doble de velas y chimenea me deslumbró al principio, en contraste con la oscuridad a la que se habían acostumbrado mis ojos. Sin embargo, cuando recuperé la vista, se me presentó delante un cuadro acogedor y agradable.

Una habitación pequeña y cómoda, una mesa redonda junto a un fuego alegre y, sentada en un sillón anticuado de respaldo alto, la señora mayor más encantadora imaginable, con velo de viuda, vestido negro de seda y delantal inmaculado de muselina blanca: exactamente como había visualizado a la señora Fairfax, solo un poco menos elegante y más plácida. Hacía calceta; un gato grande estaba sentado gravemente a sus pies: no faltaba detalle para completar el ideal de felicidad doméstica. Es difícil concebir mejor presentación para una nueva institutriz; no había esplendor que me abrumara, ni elegancia que me desconcertara. Al entrar yo, se levantó la anciana y se adelantó amablemente para recibirme.

—¿Cómo está usted, querida? Me temo que habrá tenido un viaje pesado, ¡va tan despacio John! Debe de tener frío, acérquese al fuego.

—¿La señora Fairfax, supongo? —dije.

—Sí, así es. Siéntese, por favor.

Me llevó hasta su propio sillón y empezó a quitarme el chal y a desatar las cintas de mi sombrero. Le rogué que no se molestase tanto.

—Vaya, no es molestia. Seguro que tiene las manos entumecidas de frío. Leah, prepara un poco de ponche caliente y unos emparedados. Aquí tienes las llaves de la despensa.

Y sacó del bolsillo un manojo de llaves de aspecto doméstico, que entregó a la criada.

—Venga, acérquese más al fuego —continuó—. Ha traído su equipaje, ¿verdad, querida?

—Sí, señora.

—Mandaré que lo suban a su cuarto —dijo, saliendo apresurada.

«Me trata como si fuera una visita —pensé—. No esperaba semejante recibimiento. Preveía solo frialdad y distancia; no corresponde con lo que he oído hablar del trato a las institutrices, pero no debo regocijarme demasiado pronto».

Regresó, quitó personalmente de la mesa su calceta y uno o dos libros para hacerle sitio a la bandeja que traía Leah, y me sirvió ella misma el tentempié. Me sentí algo confusa al verme objeto de más atenciones que nunca antes hubiera recibido, y menos de parte de una persona superior, pero como ella no parecía encontrarlo fuera de lugar, pensé que lo mejor sería aceptarlo como algo natural.

—¿Tendré el gusto de ver a la señorita Fairfax esta noche? —pregunté después de comer.

—¿Qué ha dicho, querida? Estoy algo sorda —respondió la buena señora, acercando su oído a mis labios.

Repetí más claramente mi pregunta.

—¿La señorita Fairfax? ¡Oh, quiere usted decir la señorita Varens! Así se llama su futura alumna.

—¿De veras? Entonces, ¿no es su hija?

—No, yo no tengo familia.

Debería haber insistido con mis preguntas para averiguar qué relación tenía con la señorita Varens, pero recordé que no era cortés hacer demasiadas preguntas, y estaba segura de que me enteraría más adelante.

—Estoy tan contenta —prosiguió, sentándose frente a mí y colocando el gato en su regazo—, estoy tan contenta de que haya venido usted. Será muy agradable tener compañía aquí. Por supuesto, siempre es agradable, pues Thornfield es una casa estupenda, aunque esté algo abandonada en los últimos años, pero es un lugar respetable. Sin embargo, en invierno, ya sabe usted, se está un poco triste sin compañía, incluso en los mejores sitios. Digo sin compañía, aunque Leah es una muchacha agradable, desde luego, y John y su mujer son muy buenas personas, pero al fin y al cabo solo son criados, y una no puede conversar con ellos como

iguales: hay que mantenerlos a distancia para no perder la autoridad. Sin ir más lejos, el invierno pasado (si recuerda usted, fue muy riguroso, y cuando no nevaba, llovía o hacía viento), no vino a la casa un alma excepto el carnicero y el cartero entre noviembre y febrero, y me ponía muy melancólica sentada sola noche tras noche. A veces me leía Leah, pero creo que no le gustaba mucho la tarea, pues recortaba su libertad. En primavera y verano, me las arreglaba mejor; el sol y los días largos alegran muchísimo. Y luego, al principio del otoño, vinieron la pequeña Adèle Varens con su niñera. ¡Qué vitalidad trae un niño a una casa! Y ahora que está usted aquí, estaré contentísima.

Me embargó una gran simpatía por la encantadora señora mientras la oía hablar; acerqué mi sillón al suyo y le comuniqué mi sincero deseo de que mi compañía le resultara tan agradable como esperaba.

—Pero no la tendré levantada tarde esta noche —dijo—, ya son las doce, lleva todo el día viajando y debe de estar cansada. Si ya tiene los pies bien calientes, la acompañaré a su cuarto. He hecho preparar para usted el cuarto contiguo al mío. Es pequeño, pero pensé que le agradaría más que uno de los cuartos delanteros más grandes, que tienen muebles más elegantes, pero son tan tristes y solitarios que yo misma nunca duermo allí.

Le agradecí su elección considerada y, sintiéndome realmente fatigada después del largo viaje, me declaré dispuesta para retirarme a dormir. Cogió una vela y salimos de la habitación. Primero fue a ver si la puerta principal estaba bien cerrada, sacó la llave de la puerta, y seguimos hasta el piso de arriba. Los peldaños y el pasamanos eran de roble y la ventana de la escalera era alta con vidrieras reticuladas. Tanto la escalera como el rellano que daba a los dormitorios parecían pertenecer más a una iglesia que a una casa. Un aire frío, como subterráneo, invadía la escalera y la meseta sugiriendo ideas lúgubres de vacío y soledad, por lo que me alegró, al entrar en mi cuarto, ver que era pequeño de tamaño y amueblado de un modo moderno y sencillo.

Después de despedirse amablemente la señora Fairfax, cerré la puerta y miré alrededor, y la impresión inquietante que me habían producido el amplio vestíbulo, la oscura escalera y la larga y fría galería fue prácticamente anulada por el aspecto más alegre de mi cuarto, y recordé que, tras un día de fatiga física y ansiedad mental, por fin me encontraba en un refugio seguro. Me invadió un sentimiento de gratitud y me arrodillé junto a la cama y di gracias a Dios, sin olvidarme, antes de levantarme, de pedirle ayuda para el camino que se abría ante mí y fuerza para merecer la amabilidad que se me había brindado tan cordialmente antes de ganármela. Mi cama estaba libre de inquietudes aquella noche y mi cuarto de miedos. Cansada y contenta a la vez, me dormí profundamente enseguida y, cuando me desperté, ya era de día.

La luz del sol reluciendo entre las alegres cortinas azules de quimón daba a mi cuarto un aspecto animado e iluminaba las paredes empapeladas y el suelo alfombrado, tan diferentes de las desnudas tablas y el yeso manchado de Lowood que me llenó de gozo contemplarlos. Las cosas externas tienen un gran efecto en los jóvenes: pensé que empezaba una fase más bella de mi vida, llena de flores y placeres, además de espinas y trabajos. Despertados por el cambio de escena y la nueva esfera de esperanzas, mis sentidos estaban alterados. Me es imposible definir qué es lo que esperaba, pero sé que era algo placentero, quizás no para ese día ni ese mes, sino para un momento indefinido del futuro.

Me levanté y me vestí cuidadosamente, porque así lo exigía mi naturaleza, aunque con ropa sencilla, pues no poseía ninguna prenda que no estuviera hecha con absoluta simplicidad. No solía descuidar mi apariencia ni desatender la impresión que podía causar. Al contrario, siempre quise tener el mejor aspecto posible para suplir mi falta de belleza. Algunas veces lamentaba no ser más agraciada y hubiera querido tener mejillas sonrosadas, una nariz correcta y una boca de piñón. Hubiera querido ser alta, elegante y desarrollada de proporciones. Pensé que era una desgracia ser tan pequeña, pálida y con rasgos tan marcados e irregulares. ¿Por qué

tenía estas aspiraciones y pesares? Era difícil saberlo, ni yo misma lo sabía, pero había una razón lógica, y natural también. Sin embargo, una vez cepillado y recogido el cabello muy tirante, puesto el traje negro (el cual, aunque de estilo espartano, por lo menos me ajustaba perfectamente), y colocado el cuello limpio, pensé que tenía un aspecto lo suficientemente respetable como para presentarme ante la señora Fairfax y para que mi nueva alumna no me recibiera con antipatía. Después de abrir la ventana y dejar ordenadas las cosas del tocador, salí del cuarto.

Crucé la larga galería alfombrada, bajé por los peldaños resbaladizos de roble hasta llegar al vestíbulo, donde me detuve un momento. Miré algunos cuadros que colgaban en la pared (recuerdo que uno representaba un hombre adusto con coraza y otro una señora con el cabello empolvado y un collar de perlas), una lámpara de bronce que pendía del techo, un gran reloj con caja de roble extrañamente tallado, negro como el ébano por los años y los pulimentos. Todo me parecía muy elegante e impresionante, pero yo estaba poco acostumbrada al lujo. Estaba abierta la puerta principal acristalada y crucé el umbral. Era una espléndida mañana de otoño: el sol brillaba sereno sobre los bosquecillos ocres y los campos aún verdes. Alejándome por el césped, volví la cabeza para ver la fachada de la mansión. Tenía tres plantas de proporciones no enormes, pero sí considerables; era una casa solariega, no la mansión de un noble, y las almenas le daban un aspecto pintoresco. Su fachada gris destacaba sobre una grajera, cuyos moradores volaban por encima del césped hasta un gran prado, separado del terreno de la casa por una valla hundida, y donde un conjunto de enormes espinos nudosos y anchos como robles explicaban la etimología del nombre de la casa[5]. Más lejos había unas colinas, no tan altas como las de Lowood ni tan escarpadas, por lo que no parecían una barrera separándonos del mundo de los vivos. Pero eran unas colinas silenciosas y solitarias, que parecían dotar a Thornfield de un aislamiento que no esperaba hallar tan cerca del bullicioso pueblo de Millcote. Una aldea, cuyos tejados se

entremezclaban con los árboles, yacía en la ladera de una de estas colinas, y más cerca de Thornfield se encontraba la iglesia parroquial, cuya torre daba a una loma que estaba entre la casa y la entrada.

Todavía disfrutaba de la vista apacible y el aire agradable, todavía escuchaba encantada los graznidos de los grajos, todavía observaba la fachada amplia y vetusta, pensando que era un lugar muy grande para ser la morada de una señora tan pequeña como la señora Fairfax, cuando esa misma señora apareció en la puerta.

—¿Qué, ya de paseo? —dijo—. Veo que es usted madrugadora —me aproximé a ella y me recibió con un beso afable y un apretón de manos.

—¿Qué le parece Thornfield? —preguntó, y le contesté que me gustaba mucho.

—Sí —dijo—, es un lugar bonito, pero me temo que vaya a echarse a perder si al señor Rochester no le da por venir a habitarlo permanentemente, o, por lo menos, visitarlo más a menudo. Las grandes casas y buenas propiedades necesitan la presencia del amo.

—¡El señor Rochester! —exclamé—. ¿Quién es?

—El dueño de Thornfield —respondió en voz baja—. ¿No sabía usted que se llamaba Rochester?

Por supuesto que no lo sabía; nunca había oído hablar de él. Pero a la anciana su existencia le parecía un hecho universalmente difundido, que todos deberíamos conocer por instinto.

—Yo creía —proseguí— que Thornfield le pertenecía a usted.

—¿A mí? ¡Válgame Dios, qué idea! ¿A mí? Si solo soy el ama de llaves, la administradora. Es cierto que soy pariente lejana de los Rochester por parte de la madre, es decir, mi marido lo era. Era clérigo, párroco de Hay, la aldea de la colina, y la iglesia de la entrada era suya. La madre del actual señor Rochester era una Fairfax, prima segunda de mi marido, pero jamás alardeo del parentesco; no me importa nada, me considero simplemente un ama

de llaves normal; mi señor se comporta correctamente, y no espero más.

—¿Y la niña, mi alumna?

—Es pupila del señor Rochester, y él me encargó que le buscase una institutriz. Pretende que se eduque en el condado de…, según tengo entendido. Aquí viene, con su *bonne*, como llama a su niñera —así se explicaba el enigma: esta viuda afable y bondadosa no era ninguna dama, sino una empleada como yo. No la apreciaba menos por ello; al contrario, me alegré más aún. La igualdad entre ella y yo era real y no el resultado de su condescendencia. Tanto mejor; mi situación era mucho más libre por ello.

Mientras meditaba sobre este descubrimiento, vino corriendo por el césped una niña, seguida por su cuidadora. Observé a mi alumna, que al principio no pareció fijarse en mí. Era muy pequeña, quizás de siete u ocho años, esbelta, pálida, con facciones pequeñas y una cascada de rizos que le llegaba hasta la cintura.

—Buenos días, señorita Adèle —dijo la señora Fairfax—. Venga a saludar a la señora que va a ser su profesora y a hacer de usted una mujer inteligente.

Se acercó y dijo a su niñera, señalándome:

—*C'est là ma gouvernante?*

—*Mais oui, certainement*[6] —contestó esta.

—¿Son extranjeras? —pregunté, sorprendida al oírlas hablar en francés.

—La niñera es extranjera, y Adèle nació en la Europa continental, de donde no salió hasta hace seis meses, creo. Cuando vino, no hablaba ni una palabra de inglés, pero ahora se las arregla para hablarlo un poco, aunque no la entiendo porque lo mezcla con el francés. Pero estoy segura de que usted la entenderá muy bien.

Afortunadamente, había tenido la ocasión de que me enseñara el francés una señora francesa, y como me había empeñado en conversar con madame Pierrot siempre que podía, y además, durante los últimos siete años, me había dedicado a aprender de memoria un pasaje en francés cada día, esmerando el acento e

imitando en lo posible la pronunciación de mi profesora, había adquirido cierto dominio del idioma, por lo que era probable que no tuviera problemas con mademoiselle Adèle. Esta se aproximó para darme la mano cuando supo que era su institutriz. Al acompañarla a la casa para desayunar, le dirigí algunas frases en francés, a las que respondió brevemente al principio. Pero cuando nos hallábamos ya sentadas a la mesa, tras examinarme durante unos diez minutos con sus grandes ojos color avellana, de repente comenzó a charlotear fluidamente.

—Ah —dijo en francés—, habla usted mi idioma tan bien como el señor Rochester. Puedo hablar con usted igual que con él, y Sophie también. Ella se va a alegrar, pues aquí no la entiende nadie. La señora Fairfax solo habla inglés. Sophie es mi niñera, vino conmigo en un gran barco con una chimenea humeante, ¡cómo humeaba! y me mareé, y Sophie también, y el señor Rochester también. El señor Rochester se tumbó en un sofá en una bonita habitación que llamaban salón, y Sophie y yo teníamos camas en otro sitio. Por poco me caí de la mía, parecía una repisa. Y mademoiselle, ¿cómo se llama usted?

—Eyre, Jane Eyre.

—¿Eir? Vaya, no sé pronunciarlo. Bueno, pues, nuestro barco se detuvo por la mañana, antes del amanecer, en una gran ciudad, una ciudad enorme, con casas oscuras y toda llena de humo, no se parecía nada a la preciosa ciudad de donde yo venía, y el señor Rochester me llevó a tierra en brazos por una tabla, y nos siguió Sophie, y nos subimos todos a un carruaje que nos transportó a una casa preciosa, más grande que esta, que se llamaba hotel. Estuvimos casi una semana allí; Sophie y yo nos íbamos todos los días de paseo por un sitio verde muy grande todo lleno de árboles, que se llamaba el Parque. Y había muchos niños además de mí, y un estanque con aves maravillosas a las que daba migas.

—¿Puede usted entenderla cuando habla así de rápido? —preguntó la señora Fairfax.

La entendía muy bien, acostumbrada al habla fluida de madame Pierrot.

—Me complacería —prosiguió la buena señora— que le hiciera usted un par de preguntas sobre sus padres. Me pregunto si los recuerda.

—Adèle —pregunté— ¿con quién vivías en esa ciudad limpia de la que has hablado?

—Hace mucho tiempo, vivía con mamá, pero ya está con la Virgen. Mamá me enseñaba a bailar y a cantar y recitar versos. Venían muchos caballeros y señoras a ver a mamá, y yo bailaba para ellos y me sentaba en sus regazos y les cantaba, me gustaba mucho. ¿Quiere usted que le cante ahora?

Como había terminado de desayunar, le di permiso para dar una muestra de sus habilidades. Se bajó de la silla y vino a sentarse en mis rodillas. Luego, juntando las manos recatadamente, sacudiéndose los rizos y alzando los ojos al techo, empezó a cantar una canción de alguna ópera. Era la canción de una señora abandonada, que, lamentando la perfidia de su amante, hace acopio de orgullo y pide a su doncella que la vista con sus mejores joyas y galas, decidida a enfrentarse con el traidor en un baile y demostrarle, con su comportamiento alegre, lo poco que la ha afectado su abandono.

El tema no parecía muy adecuado para una cantante tan joven, pero supongo que la gracia de la exhibición estribaba en oír las palabras de amor y celos cantadas con los gorjeos de una niña. Esta gracia era de muy mal gusto, o, por lo menos, así me lo pareció a mí.

Adèle cantó su cancioncita bastante afinada con la inocencia de su edad. Una vez terminada, se bajó de mi regazo de un salto y dijo:

—Ahora, mademoiselle, le recitaré un poco de poesía.

Adoptando una pose adecuada, comenzó a recitar *La Ligue des Rats, fable de La Fontaine*. Se puso a recitar la pieza poniendo mucho cuidado en la puntuación y la entonación, con voz flexible y

gestos apropiados, muy poco en consonancia con su edad, que demostraban que la habían aleccionado con mucho esmero.

—¿Fue tu madre quien te enseñó esa pieza? —le pregunté.

—Sí, y ella solía decirlo de esta manera: «*Qu'avez vous donc? lui dit un de ces rats; parlez!*»[7]. Me hacía levantar la mano para recordarme que alzara la voz para marcar la interrogación. ¿Quiere que baile algo para usted?

—No, ya es suficiente. Pero, después de irse tu mamá con la santísima Virgen, como tú dices, ¿con quién vivías?

—Con madame Frédéric y su marido. Ella cuidaba de mí, pero no es pariente mía. Creo que es pobre, porque su casa no era tan bonita como la de mamá. No pasé mucho tiempo allí, porque el señor Rochester me preguntó si quería venir a vivir con él a Inglaterra y dije que sí. Es que conozco al señor Rochester más tiempo que a madame Frédéric y siempre se ha portado bien conmigo y me ha comprado bonitos vestidos y juguetes. Pero ha faltado a su palabra, ya que me ha traído a Inglaterra pero él ha vuelto allí ahora y nunca lo veo.

Después de desayunar, Adèle y yo nos retiramos a la biblioteca que, según parece, el señor Rochester había dado instrucciones que utilizáramos como aula. La mayoría de los libros estaban bajo llave tras unas puertas de cristal, pero había una estantería abierta que contenía todo lo que pudiera hacer falta para los trabajos elementales, además de varios tomos de literatura ligera, poesía, biografias, libros de viaje, alguna novela romántica, y algunos más. Supongo que él había considerado que una institutriz no necesitaría más para su uso personal, y, de hecho, eran más que suficientes de momento. Comparados con las lecturas exiguas que había conseguido juntar en Lowood, parecían ofrecerme copioso esparcimiento e información. También había un piano nuevo bien afinado, un caballete y dos globos terráqueos.

Mi alumna resultó ser bastante dócil aunque poco aplicada, por no estar acostumbrada a ninguna clase de tarea constante. Pensé que sería poco aconsejable constreñirla demasiado al principio, así

que, después de hablar largo rato con ella y hacer que aprendiera un poco, a mediodía la dejé regresar con su niñera, y yo decidí ocuparme hasta la hora de cenar en hacer unos bocetos para usarlos con ella.

Cuando subía la escalera para recoger mi carpeta y mis lápices, me llamó la señora Fairfax:

—Ya han acabado las clases de la mañana, supongo —se hallaba en una habitación cuyas puertas plegables estaban abiertas, adonde me dirigí cuando me habló. Era un aposento grande y elegante, con sillas y cortinas de color morado, una alfombra turca, paredes recubiertas de paneles de nogal, un gran ventanal con vidriera y un techo alto bellamente tallado. La señora Fairfax estaba quitando el polvo de unos magníficos jarrones de espato morado que se encontraban sobre el aparador.

—¡Qué habitación tan bella! —exclamé al mirar alrededor, ya que nunca antes había visto nada tan impresionante.

—Sí, es el comedor. Acabo de abrir la ventana para dejar paso al aire y al sol, porque todo se pone terriblemente húmedo en las habitaciones que se utilizan poco. Aquel salón parece una cripta.

Y señaló un gran arco enfrente de la ventana, que, igual que esta, llevaba unas cortinas teñidas de morado recogidas con cintas. Subiendo por dos anchos peldaños, me asomé y creí estar en un lugar encantado, por el esplendor de lo que vieron mis ojos inexpertos. No obstante, solo se trataba de un salón muy bonito con un camarín dentro, todo cubierto de blancas alfombras, que daban la impresión de estar esparcidas de guirnaldas de flores; los techos estaban decorados con molduras de uvas y hojas de parra, que contrastaban fuertemente con los sofás y otomanas carmesí y los adornos de cristal de Bohemia de la repisa de la chimenea de mármol de Paros, que también eran rojos como el rubí; entre las ventanas, grandes espejos reflejaban esta mezcla de nieve y fuego.

—¡Qué ordenadas mantiene usted estas habitaciones, señora Fairfax! —dije—. Sin polvo ni fundas en los muebles; si no fuera por el aire frío, se diría que están habitadas.

—Lo que ocurre, señorita Eyre, es que, aunque las visitas del señor Rochester son infrecuentes, son siempre repentinas e inesperadas, y como he visto que le molesta encontrarlo todo envuelto y que su llegada produzca un revuelo de actividad, he pensado que es mejor tener las habitaciones siempre dispuestas.

—¿Es un hombre exigente y escrupuloso el señor Rochester?

—No especialmente, pero tiene los gustos y los hábitos de un hombre, y espera que las cosas se hagan según sus deseos.

—¿Usted lo aprecia? ¿Lo aprecian todos?

—Desde luego, y siempre se ha respetado a su familia por aquí. Casi todas las tierras de la zona, hasta donde alcanza la vista, han pertenecido a los Rochester desde tiempos inmemoriales.

—Pero, olvidándonos de sus tierras, ¿usted lo aprecia? ¿Lo quiere la gente por sí mismo?

—Yo, personalmente, no tengo motivos para no apreciarlo y tengo entendido que sus colonos lo consideran un patrón justo y generoso, pero nunca ha vivido mucho entre ellos.

—Pero ¿no tiene sus rarezas? En fin, ¿qué clase de carácter tiene?

—Oh, tiene un carácter intachable, supongo. Puede que sea un poco raro. Ha viajado mucho y ha visto mucho mundo, creo. Diría que es inteligente, pero he hablado poco con él.

—¿De qué modo es raro?

—No lo sé, es difícil de describir: no es nada concreto, pero se nota al hablar con él. Nunca sabe una si habla en serio o en broma, si está contento o descontento. No se le entiende muy bien, por lo menos yo no lo entiendo, pero no importa, porque es muy buen patrón.

No pude sacar más detalles de la señora Fairfax sobre su amo y el mío. Hay personas que no tienen idea de describir a una persona, o de observar y señalar los puntos a destacar en un personaje o una cosa, y era evidente que la buena señora pertenecía a esta clase. Mis preguntas la hacían cavilar, pero no pude sacar nada en claro. A sus ojos, el señor Rochester era el señor Rochester, un caballero,

un terrateniente y nada más. No buscaba más allá, y estaba claro que le sorprendía mi deseo de tener una idea más concreta de su identidad.

Cuando salimos del comedor, me propuso enseñarme el resto de la casa, y la seguí escaleras arriba y escaleras abajo, admirándolo todo a nuestro paso, porque estaba todo bien distribuido y armonioso. Me parecieron especialmente hermosas las grandes habitaciones de la parte delantera. Algunos aposentos del tercer piso, aunque oscuros y de techo bajo, eran interesantes por su aire antiguo. Los muebles que una vez ocuparan las habitaciones de abajo habían sido colocados en aquellos cuartos según iban cambiando las modas, y, a la luz tenue de las estrechas ventanas, pude ver camas de cien años de antigüedad, arcones de roble o nogal, que parecían réplicas del arca de la alianza por sus extraños tallos de palmeras y cabezas de querubines, sillas nobles de respaldo alto y estrecho, escabeles más antiguos aún, con almohadones adornados con bordados apenas visibles, hechos por manos que debían de llevar dos generaciones bajo tierra. Todas estas reliquias daban a la tercera planta de Thornfield Hall el aspecto de un hogar de antaño, un santuario dedicado a los recuerdos. Me complacían el silencio, la penumbra y la singularidad de este refugio, pero no me habría atraído en absoluto pasar la noche en una de aquellas camas anchas y pesadas, algunas cerradas con puertas de roble y otras con cortinajes ingleses antiguos, cuajados de bordados con las imágenes de extrañas flores y aves más extrañas todavía y extrañísimos seres humanos, todo lo cual hubiera tenido un aspecto verdaderamente extraño a la pálida luz de la luna.

—¿Duermen los criados en estos cuartos? —pregunté.

—No, duermen en una serie de cuartos más pequeños en la parte de atrás. Nadie duerme aquí. Se diría que si hubiera un fantasma en Thornfield Hall, es aquí donde estaría.

—Entonces, ¿no hay fantasmas?

—No que yo sepa —respondió sonriente la señora Fairfax.

—¿No hay tradición ni leyenda de ningún fantasma?

—Creo que no. Y sin embargo, se dice que los Rochester han sido una familia más violenta que pacífica en el pasado. Quizás por eso ahora duermen tranquilos en sus tumbas.

—Sí, «después de la fiebre de la vida duermen bien»[8] —murmuré.

—¿Adónde va usted ahora, señora Fairfax? —le pregunté al ver que se alejaba.

—Al tejado. ¿Quiere venir a ver la vista desde allí? —y la seguí de nuevo por una escalera estrecha hasta los áticos y, desde allí, por una escalerilla atravesamos una trampilla hasta alcanzar el tejado de la mansión. Me encontraba al mismo nivel que los grajos y podía ver sus nidos. Apoyándome en las almenas y mirando hacia abajo, observaba las tierras como en un plano: el césped, como de terciopelo, bordeando la base gris de la casa, el prado, tan amplio como un parque, salpicado de árboles antiguos, el bosque, sombrío y seco, cruzado por un sendero lleno de maleza, y más verde de musgo que los mismos árboles, la iglesia junto a la entrada, la carretera, las tranquilas colinas, todo reposando bajo el sol de otoño, y el horizonte acotado por el cielo benigno de azul intenso moteado de blanco nacarado. No destacaba ningún rasgo del panorama, pero todo era agradable. Al volverme para pasar por la trampilla, apenas veía la escalera. El ático parecía negro como una tumba comparado con la bóveda, el paisaje soleado de sotos, praderas y verdes colinas que tenían como centro la casa, que acababa de contemplar con deleite.

La señora Fairfax se rezagó un momento para cerrar la trampilla, y yo encontré a tientas la salida del ático y comencé a bajar la estrecha escalera de la buhardilla. Me detuve en el largo pasillo estrecho y mal alumbrado, pues solo tenía un ventanuco en un extremo, que separaba las habitaciones delanteras y traseras de la tercera planta y parecía, con sus dos filas de puertas cerradas, el corredor del castillo de Barbazul.

Al seguir lentamente mi camino, me sorprendió el último sonido que esperaba oír en un lugar tan tranquilo: una carcajada. Fue una carcajada extraña, clara y triste. Me paré; cesó por un momento el sonido y luego se reanudó más fuerte. Al principio, aunque clara, fue apagada, pero esta vez se convirtió en una risotada que parecía producir un eco en cada una de las habitaciones vacías, aunque salía solo de una, cuya puerta hubiera podido señalar.

—¡Señora Fairfax! —grité, pues la oí bajar la escalera de la buhardilla—. ¿Ha oído usted esa carcajada? ¿Quién es?

—Alguno de los criados, probablemente —respondió—, quizás Grace Poole.

—¿La ha oído? —pregunté nuevamente.

—Sí, claramente. La oigo a menudo: cose en una de estas habitaciones. A veces la acompaña Leah y muchas veces alborotan juntas.

Se repitió la risa con su tono bajo, terminando con un murmullo peculiar.

—¡Grace! —exclamó la señora Fairfax.

Verdaderamente no esperaba yo que contestara ninguna Grace, porque la risa era tan trágica y sobrenatural como cualquiera que hubiera oído en mi vida, y me habría asustado de veras si no hubiera sido pleno día, y si el lugar y la ocasión hubieran sido propicios al miedo. Sin embargo, lo que ocurrió me demostró lo tonta que era por haberme siquiera sorprendido.

La puerta más cercana se abrió y salió una criada, una mujer de entre treinta y cuarenta años, robusta y fornida, pelirroja y de rostro duro y poco agraciado. Es imposible imaginar una aparición menos romántica o fantasmagórica.

—Demasiado ruido, Grace —dijo la señora Fairfax—. ¡Recuerda las órdenes! —Grace hizo una reverencia en silencio y volvió a entrar.

—Es la persona que viene a coser y a ayudar a Leah con el trabajo de limpieza —prosiguió la viuda—; deja un poco que desear

en algunos aspectos, pero no lo hace mal del todo. Por cierto, ¿cómo le ha ido con su alumna esta mañana?

La conversación, dirigida de esta manera hacia Adèle, continuó hasta que llegamos a las regiones claras y alegres de abajo. Adèle se acercó corriendo a nosotras, exclamando:

—*Mesdames, vous êtes servies!* —añadiendo—. *J'ai bien faim, moi!*[9].

Encontramos la cena servida y esperándonos en el cuarto de la señora Fairfax.

Capítulo XII

La promesa de una vida profesional sin tropiezos que mi llegada tranquila a Thornfield parecía augurar no se disipó al conocer mejor el lugar y a sus ocupantes. La señora Fairfax resultó ser lo que parecía, una mujer plácida y bondadosa, con una educación adecuada y una inteligencia normal. Mi alumna era una niña vivaz, mimada y consentida, por lo que a veces era algo díscola. Pero como fue encomendada totalmente a mis cuidados, y ninguna interferencia imprudente de nadie frustraba mis planes para corregirla, pronto se olvidó de sus caprichos y se tornó obediente y dócil. No poseía grandes habilidades, ningún rasgo marcado de carácter, ningún sentimiento ni gusto que la elevasen lo más mínimo por encima de cualquier otro niño, pero tampoco ningún vicio o defecto que la pusiera por debajo. Hacía progresos graduales, y a mí me mostraba un afecto vivo, si no muy profundo, y su sencillez, charla alegre e intentos de agradar inspiraron en mí un grado tal de cariño que ambas disfrutábamos de nuestra compañía mutua.

Estas palabras, *par parenthèse*, pueden sorprender a aquellos que sostengan doctrinas solemnes sobre la naturaleza angelical de los niños y sobre la obligación de los responsables de su educación de profesarles una devoción idólatra. Pero no escribo para halagar el egoísmo de los padres, ni para pregonar la hipocresía, ni para apoyar las necedades; simplemente digo la verdad. Sentía una preocupación escrupulosa por el bienestar y los progresos de Adèle y cariño por ella, del mismo modo en que sentía gratitud hacia la señora Fairfax por su amabilidad y hallaba placer en su compañía

en reciprocidad por la sosegada estima que ella me tenía y la prudencia de su mente y carácter.

Quien quiera culparme es libre de hacerlo si añado, además, que, de cuando en cuando, al pasear sola por el jardín, o al acercarme a las puertas para mirar afuera, o al subir los tres pisos y traspasar la trampilla del ático para escudriñar, desde el tejado, los campos y colinas y el horizonte lejano, mientras Adèle jugaba con su niñera y la señora Fairfax preparaba gelatina en la despensa, anhelaba tener el poder de ver más allá hasta el mundo externo: los pueblos, las regiones bulliciosas de las que había oído hablar pero nunca había visto. Me habría gustado tener más experiencia práctica de la que tenía, más relación con mis semejantes, más conocimiento de diferentes personajes de lo que estaba a mi alcance en aquel lugar. Apreciaba la bondad de la señora Fairfax y de Adèle, pero creía que existían otras clases más brillantes de bondad y deseaba conocerlas.

¿Quién me culpa? Muchos, sin duda, y me llamarán desagradecida. No podía evitarlo: esta inquietud estaba en mi naturaleza, y a veces incluso me hacía daño. En esas ocasiones, solo encontraba alivio paseando de un extremo a otro de los corredores de la tercera planta, segura en el silencio y la soledad del lugar, permitiendo vagar mi mente por las visiones brillantes que evocaba, que eran muchas y maravillosas, y dejando que mi corazón se revolviera con el acto eufórico que, aunque lo turbaba, lo llenaba de vida; y, lo mejor de todo, abriendo los oídos a un cuento sin fin, un cuento creado por mi imaginación y narrado incesantemente, vivificado por todos los incidentes, la vida, el ardor y las sensaciones que deseaba experimentar y que estaban ausentes de mi vida real.

Es inútil decir que los seres humanos deberíamos sentirnos satisfechos de tener tranquilidad; necesitamos acción, y, si no la encontramos, la creamos. Hay millones de personas condenadas a una sentencia más tediosa que la mía, y hay millones que se rebelan en silencio contra su suerte. Nadie sabe cuántas rebeliones,

además de las políticas, se fermentan entre las masas de seres que pueblan la tierra. Se supone que las mujeres hemos de ser serenas por lo general, pero nosotras tenemos sentimientos igual que los hombres. Necesitamos ejercitar nuestras facultades y necesitamos espacio para nuestros esfuerzos tanto como ellos. Sufrimos restricciones demasiado severas y un estancamiento demasiado total, exactamente igual que los hombres. Demuestra estrechez de miras por parte de nuestros más afortunados congéneres el decir que deberíamos limitarnos a preparar postres y tejer medias, tocar el piano y bordar bolsos. Es imprudente condenarnos, o reírse de nosotras, si pretenden elevarse por encima de lo que dictan las costumbres para su sexo.

Cuando me encontraba a solas en esas ocasiones, oía alguna vez la risa de Grace Poole, la misma carcajada, el mismo ¡ja, ja! quedo y lento que me había conmovido la primera vez que lo oí. También oía sus cuchicheos excéntricos, más extraños que sus risotadas. Había días en que estaba callada, pero había otros en los que no podía explicarme el significado de los sonidos que emitía. A veces la veía cuando salía de su cuarto con una jofaina, un plato o una bandeja en la mano para bajar a la cocina y volver al poco rato llevando (perdóname, lector romántico, por decir la pura verdad) una jarra de cerveza negra. Sus apariciones siempre conseguían apaciguar la curiosidad que sus rarezas orales suscitaban: seria y de facciones duras, no tenía ningún rasgo que provocara interés. Hice algunos intentos de inducirla a conversar conmigo, pero parecía ser una persona de pocas palabras, pues solía dar fin a estos esfuerzos con una respuesta monosilábica.

Los otros ocupantes de la casa, es decir, John y su mujer, Leah, la criada, y Sophie, la niñera francesa, eran personas honestas pero nada extraordinarias. Solía hablar francés con Sophie, y a veces le hacía preguntas sobre su país de origen. Pero carecía de habilidades descriptivas o narrativas, y daba unas respuestas insulsas y confusas como si se hubiera propuesto contener mi curiosidad.

Pasaron octubre, noviembre y diciembre. Una tarde de enero, la señora Fairfax me había rogado que diese fiesta a Adèle, que estaba resfriada, y esta secundó su petición con un entusiasmo que me recordó lo importantes que habían sido para mí los días de fiesta durante mi infancia, por lo que accedí, convencida de que hacía bien al mostrarme flexible. Era un día soleado y tranquilo, aunque frío, y estaba cansada de pasarme la larga mañana sentada quieta en la biblioteca. La señora Fairfax acababa de escribir una carta que había que echar al correo, así que me puse el sombrero y me ofrecí para llevarla a Hay, que estaba a dos millas, una distancia adecuada para un paseo agradable en una tarde de invierno. Dejé a Adèle cómodamente instalada en su pequeña silla junto a la chimenea de la señora Fairfax y le di su mejor muñeca de cera (que solía guardar en un cajón, envuelta en papel de plata) para que jugara, y un libro de cuentos para que pudiese cambiar de actividad. Respondí con un beso a su despedida: «Revenez bientôt ma bonne amie, ma chère mademoiselle Jeannette»[10], y me puse en camino.

El suelo estaba duro, el aire quieto y el camino solitario. Anduve deprisa hasta entrar en calor y después lentamente para disfrutar del placer que me ofrecían la hora y el entorno. Daban las tres en el campanario de la iglesia cuando pasé por debajo de la torre. El encanto de la hora estribaba en la proximidad del crepúsculo, y en el sol pálido próximo a ponerse. Estaba a una milla de Thornfield, en una vereda conocida por sus rosas silvestres en verano y sus frutos secos y moras en otoño, que incluso ahora alardeaba de algunos tesoros en forma de escaramujos y acerolos, pero cuyo deleite principal en invierno era su total soledad y quietud. Si soplaba un poco de aire, no se oía, porque no había acebo ni siempreviva que sacudir, y los desnudos espinos y avellanos estaban tan inmóviles como las piedras blancas y desgastadas del sendero. A ambos lados del camino se extendían campos vacíos, en los que no había ni vacas pastando; los pajarillos de color marrón que se agitaban de cuando en cuando en los setos parecían hojas muertas que habían olvidado caer.

Esta vereda iba cuesta arriba hasta Hay, y, al llegar a la mitad del camino, me senté en los escalones de una cerca que daban paso a un campo. Arropada en mi manto con las manos protegidas por el manguito, no sentía el frío, aunque la calzada estaba cubierta por una capa de hielo, donde unos días antes se había desbordado un arroyo, de nuevo congelado, durante un breve deshielo. Desde mi puesto pude ver Thornfield, siendo la casa gris y almenada el hito principal del valle que se extendía a mis pies, y destacando sus bosquecillos y sus nidos de grajos en el oeste. Me quedé hasta que se puso el sol carmesí entre los árboles, cuando me volví hacia el este.

Por encima de la colina que se alzaba ante mí, se asomaba la luna, aún pálida como una nube, pero cada vez más luminosa, que vigilaba Hay, medio perdido entre los árboles, desde cuyas pocas chimeneas subían jirones de humo azul. Estaba a una milla todavía, pero en el profundo silencio, pude oír claramente sus leves murmullos de vida. También mi oído captó el flujo de corrientes desde no sé qué cañadas y hondonadas de los desfiladeros de las colinas, sin duda cuajadas de riachuelos, más allá de Hay. El sosiego de la tarde delataba tanto el rumor de los regatos más cercanos como el murmullo de los más lejanos.

Un ruido brusco vino a interrumpir estos susurros y murmullos, tan lejanos y claros a la vez. Eran como fuertes pisadas y un retumbo metálico, que ahogaron los suaves murmullos, del mismo modo en que en un cuadro la sólida mole de una roca o el áspero tronco de un gran roble, oscuros y fuertes en primer plano, borran las colinas azules, el horizonte soleado y las armónicas nubes del fondo, donde todos los colores se entremezclan.

El alboroto procedía de la calzada; era un caballo, todavía oculto por las vueltas de la vereda, que se acercaba. Estaba a punto de levantarme de mi asiento, pero, como el sendero era estrecho, me quedé para dejarlo pasar. Yo era joven en aquel entonces, y toda suerte de fantasías buenas y malas poblaban mi mente. Los recuerdos de los cuentos infantiles cohabitaban con otros desatinos,

y cuando se reavivaban, mi madurez incipiente los teñía de un vigor y una viveza que la niñez no podía imaginar. Al aproximarse aquel caballo y mientras esperaba su aparición en el crepúsculo, recordé uno de los cuentos de Bessie sobre un espíritu del norte de Inglaterra llamado «Gytrash», el cual, bajo la forma de un caballo, una mula o un gran perro, frecuentaba los caminos solitarios y algunas veces se acercaba a los viajeros tardíos, tal como ese caballo se acercaba a mí.

Estaba muy cerca pero aún no era visible cuando, además de las pisadas, noté una embestida bajo el seto y apareció junto a los avellanos un enorme perro, que destacaba sobre los árboles por su color blanco y negro. Era una réplica exacta del Gytrash de Bessie, con una cabeza gigantesca y una melena como de león. Sin embargo, pasó por mi lado tranquilamente sin detenerse a mirarme a la cara con ojos más que caninos, como esperaba a medias que hiciera. Lo siguió el caballo, un corcel alto, montado por un jinete. El hombre, el ser humano, rompió el hechizo en el acto. Nadie montaba a un Gytrash, que siempre andaba solo, y los trasgos, que yo supiera, aunque podían ocupar los cuerpos ignorantes de las bestias, difícilmente podían aspirar a ocultarse bajo formas humanas normales. Este no era un Gytrash, pues, sino un viajero con rumbo a Millcote por el atajo. Pasó de largo y yo seguí mi camino; di unos pasos y me volví, mi atención captada por el sonido de algo deslizándose y una caída sonora y la exclamación: «¿Qué demonios voy a hacer ahora?». El hombre y el caballo estaban en el suelo; habían resbalado en la capa de hielo que cubría la calzada. El perro regresó brincando y, viendo a su amo en un apuro y oyendo relinchar al caballo, ladró hasta arrancar ecos de las colinas, estruendo que se correspondía con el tamaño del animal. Olfateaba alrededor del grupo de caídos y luego acudió a mí, que era lo único que podía hacer porque no había nadie más a quien acudir. Obedecí su petición y me acerqué al viajero que en aquellos momentos luchaba por librarse de su caballo. Sus intentos eran tan vigorosos que pensé que no debía de estar malherido, pero le pregunté:

—¿Está usted herido, señor?

Creo que estaba maldiciendo, pero no estoy segura. No obstante, pronunciaba alguna fórmula que le impidió contestarme enseguida.

—¿Puedo hacer algo? —pregunté nuevamente.

—Puede echarse a un lado —respondió al mismo tiempo que se levantaba, primero poniéndose de rodillas y después de pie. Lo hice así, e inmediatamente comenzó un proceso de tirones, pisotones y chacoloteos, todo acompañado por unos ladridos y aullidos que me hicieron alejarme bastante, aunque no quise marcharme del todo hasta no presenciar el desenlace, que al final fue afortunado. El caballo estaba ya de pie y el perro callado tras la orden de: «¡Abajo, *Pilot*!». El viajero se agachó, palpándose la pierna y el pie como comprobando si estaban en buenas condiciones; aparentemente, algún mal había, porque anduvo cojeando hasta los escalones de los que acababa de levantarme y se sentó.

Me sentía con ganas de ser útil o, por lo menos, solícita, creo, porque volví a acercarme a él.

—Si está usted herido y necesita ayuda, puedo traer a alguien o de Thornfield Hall o de Hay.

—Gracias, me las arreglaré. No hay ningún hueso roto, solo está torcido —se levantó nuevamente e intentó caminar, pero el esfuerzo le arrancó un «¡ay!» involuntario.

Como todavía quedaba algo de luz de día y la luna brillaba con fuerza, pude verlo claramente. Estaba envuelto en una capa de montar con cuello de piel y hebillas de acero; no pude ver muchos detalles, pero observé que era de mediana altura y bastante fornido. Tenía el rostro moreno, con facciones, graves y frente amplia. Los ojos y el entrecejo fruncido mostraban su ira y frustración en aquellos momentos. Ya no era joven, pero aún no de mediana edad, quizás unos treinta y cinco años. No me inspiraba nada de miedo y solo un poco de timidez. Si hubiese sido un caballero guapo de aspecto heroico, no me habría atrevido a hacerle preguntas de aquella manera en contra de su voluntad ni a ofrecerle mis servicios

sin haberlos pedido él. Casi nunca había visto a un joven guapo y nunca había hablado con ninguno. Tenía una reverencia y veneración teóricas hacia la belleza, la elegancia, la galantería y la fascinación, pero si me hubiera encontrado con estas cualidades plasmadas en forma masculina, mi instinto me habría dicho que no podrían ni querrían congeniar conmigo, y los habría evitado como evitaría el fuego, los rayos o cualquier otra cosa brillante pero hostil.

Si por lo menos el forastero hubiera sonreído y se hubiera mostrado de buen humor cuando le hablé, si hubiera rehusado mi ofrecimiento de socorro alegremente y con gratitud, yo habría reemprendido mi camino sin sentirme inclinada a indagar más. Pero el ceño fruncido y la hosquedad del viajero hicieron que me sintiera a mis anchas. Cuando me hizo señas de que me fuera, me mantuve en mi puesto y dije:

—No puedo dejarlo, señor, a una hora tan tardía en este camino solitario, hasta que no lo vea en condiciones de montar al caballo.

Me miró cuando dije esto; antes apenas había vuelto sus ojos en mi dirección.

—Me parece que usted debería estar en casa también —dijo—, si es que tiene casa por esta zona. ¿De dónde ha venido?

—De allá abajo, y no me da nada de miedo estar bajo la luz de la luna. Iré corriendo a Hay con gusto, si usted lo desea; de todos modos, me dirijo allí para echar una carta.

—¿Vive usted allá abajo, quiere decir en la casa almenada? —señalando Thornfield Hall, blanquecina a la luz de la luna y destacando por ello sobre los bosques, que parecían una masa de sombras, en contraste con el cielo del oeste.

—Sí, señor.

—¿De quién es la casa?

—Del señor Rochester.

—¿Conoce usted al señor Rochester?

—No, jamás lo he visto.

—¿Es que él no vive allí?

—No.

—¿Puede decirme dónde está?

—No lo sé.

—No es usted criada de la casa, por supuesto. Usted es… —se detuvo y miró mi ropa, que era muy sencilla, como de costumbre: una capa de merino y un sombrero de castor, ambas prendas negras y ninguna lo bastante buena como para ser de la doncella de una dama. Se esforzaba por descubrir quién era, así que lo ayudé.

—Soy la institutriz.

—¡Vaya, la institutriz! —repitió— ¡que me ahorquen si no se me había olvidado! ¡La institutriz! —y de nuevo escudriñó mis ropas. Dos minutos más tarde, se levantó de la cerca. Su rostro mostró dolor al intentar moverse.

—No puedo encargarle que vaya a buscar ayuda —dijo—, pero puede usted ayudarme personalmente, si me hace el favor.

—Sí, señor.

—¿No tendrá un paraguas que me sirva de bastón?

—No.

—Intente coger la brida del caballo para acercármelo. ¿No tendrá miedo?

Habría tenido miedo de tocar el caballo si hubiera estado sola, pero cuando me dijo que lo hiciera, obedecí de buena gana. Dejé en la cerca el manguito, me acerqué al gran corcel e intenté cogerle la brida, pero era una bestia briosa y no me dejó acercarme a su cabeza. Lo intenté una y otra vez, pero fue en vano. Tenía muchísimo miedo de las coces de sus patas delanteras. El viajero se quedó mirando algún tiempo y por fin se rio.

—Ya veo —dijo— que la montaña no va a venir a Mahoma, así que lo único que puede usted hacer es ayudar a Mahoma a ir a la montaña. Le ruego que venga aquí.

Al hacerlo, me dijo:

—Perdone, pero me veo obligado a valerme de usted —y puso la mano pesadamente sobre mi hombro y, apoyándose en mí, se acercó renqueando a su caballo. Una vez hubo cogido la brida,

dominó enseguida al animal y se subió a la silla con una mueca de dolor al doblar el pie torcido.

—Ahora —dijo, dejando de morderse fuertemente el labio inferior —, deme la fusta, que está allí bajo el seto.

La busqué y se la di.

—Gracias. Apresúrese en llevar su carta a Hay y vuelva lo más deprisa que pueda.

Al tocar el caballo con la espuela, éste primero se encabritó y luego salió al trote, con el perro detrás; desaparecieron los tres

> *como el brezo en un paraje desolado*
> *llevado por el viento furioso*[11].

Recogí el manguito y me marché. El incidente se había acabado: fue un incidente sin importancia, sin romanticismo, sin interés en un sentido, y, sin embargo, marcó un cambio en una vida monótona. Se me había pedido ayuda, y yo la había prestado. Estaba contenta de haber hecho algo; aunque trivial y transitoria, había sido una hazaña activa, y estaba cansada de mi existencia pasiva. La nueva cara también era como un nuevo cuadro en la galería de la memoria, muy diferente de los que ya colgaban allí, primero, por ser masculina, y segundo, porque era morena, fuerte y grave. La veía ante mí cuando llegué a Hay y eché la carta en la estafeta de correos y la veía aún al caminar cuesta abajo de vuelta a casa. Cuando llegué a los escalones de la cerca, me paré un minuto, miré alrededor y escuché, pensando que podía oír de nuevo los cascos de un caballo y que podía aparecer un jinete envuelto en una capa con un perro semejante a un Gytrash. Pero solo vi el seto y un sauce desmochado irguiéndose inmóvil a la luz de la luna. Oí solo el murmullo del viento, soplando caprichoso entre los árboles de Thornfield, a una milla de distancia. Y cuando miré abajo en dirección al murmullo, vi una luz en una ventana de la fachada, que me recordó que se hacía tarde, por lo que apresuré el paso.

No me gustó volver a Thornfield. Pasar el umbral era regresar al estancamiento; cruzar el vestíbulo silencioso, subir la escalera sombría, entrar en mi solitario cuarto, reunirme con la plácida señora Fairfax y pasar la larga tarde invernal con ella y nadie más era sofocar la agitación suscitada por el paseo y volver a ceñir mis facultades con los grilletes de una existencia demasiado uniforme y serena, una existencia cuyos privilegios de seguridad y comodidad estaba dejando de apreciar. ¡Qué bien me habría venido en aquel momento encontrarme lanzada en medio de los tormentos de una vida insegura de lucha, para que la experiencia amarga me enseñara a añorar el sosiego que ahora despreciaba! Sí, me habría venido tan bien como a un hombre sentado en un sillón demasiado cómodo dar un largo paseo, y el deseo de movimiento era tan natural en mis circunstancias como lo hubiera sido en las de él.

Me rezagué en la entrada; me rezagué sobre el césped; paseé de un lado a otro por el empedrado. Estaban cerradas las persianas de la puerta de cristal y no podía ver adentro. Tanto mis ojos como mi espíritu parecían atraídos lejos de la casa sombría, de la hondonada gris que se me figuraba repleta de células negras, hacia el cielo que se extendía ante mí, un mar azul inmaculado, libre de nubes, que la luna atravesaba con marcha solemne, mirando hacia lo alto al dejar cada vez más abajo las colinas tras las cuales había salido, dirigiéndose al cenit negro infinitamente profundo e inconmensurablemente remoto. Al contemplar las estrellas temblorosas que la seguían, se estremeció mi corazón y se encendió mi sangre. Las cosas pequeñas nos devuelven a la realidad: sonó el reloj del vestíbulo y fue suficiente; dejando la luna y las estrellas, abrí una puerta lateral y entré.

El vestíbulo no estaba a oscuras, ni tampoco lo alumbraba solo la lámpara de bronce en lo alto; al igual que los peldaños inferiores de la escalera de roble, estaba iluminado por un cálido resplandor. Este procedía del gran comedor, cuya doble puerta se encontraba abierta, mostrando un fuego acogedor, que se reflejaba en el hogar de mármol y los útiles de la chimenea de latón, revelando

cálidamente las tapicerías moradas y los muebles lustrados. Revelaba también un grupo de personas junto al fuego, que apenas alcancé a vislumbrar, como apenas conseguí oír un alegre murmullo de voces, entre las que me pareció distinguir la de Adèle, cuando se cerró la puerta.

Me dirigí apresuradamente a la habitación de la señora Fairfax; también ardía un fuego allí, pero no había vela y no estaba la señora Fairfax. En su lugar, completamente solo, sentado tieso en la alfombra mirando gravemente las llamas, vi un gran perro peludo blanco y negro, similar al Gytrash de la vereda. Se parecía tanto que me acerqué y dije *Pilot*, y se levantó para acercarse a olfatearme. Lo acaricié y movió la enorme cola, pero era una bestia inquietante para estar a solas con ella, y no sabía de dónde había salido. Toqué la campanilla, porque quería una vela y una explicación de este visitante. Acudió Leah.

—¿De quién es este perro?

—Vino con el señor.

—¿Con quién?

—Con el amo, el señor Rochester, que acaba de llegar.

—Bien. ¿La señora Fairfax está con él?

—Sí, y la señorita Adèle. Están en el comedor, y John ha ido a buscar al médico, porque el amo ha tenido un accidente: se ha caído su caballo y se ha torcido el tobillo.

—¿Se ha caído en la vereda de Hay?

—Sí, bajando la colina. Ha resbalado en el hielo.

—¡Ah! Tráeme una vela, por favor, Leah.

Entró a traérmela, seguida por la señora Fairfax, quien repitió las noticias, añadiendo que había llegado el señor Carter, el médico, que estaba con el señor Rochester. Salió apresurada a encargar que preparasen el té y yo me encaminé a mi cuarto para quitarme la ropa.

Capítulo XIII

El señor Rochester, al parecer, bajo órdenes del médico, se acostó temprano aquella noche y se levantó tarde a la mañana siguiente. Cuando por fin bajó, fue para atender sus asuntos: habían llegado su administrador y algunos colonos, que esperaban hablar con él.

Adèle y yo nos vimos obligadas a desocupar la biblioteca, que hacía falta a diario como sala de recibo para las visitas. Se encendió fuego en una de las habitaciones de arriba, adonde llevé nuestros libros y que arreglé como futura aula. Me di cuenta durante la mañana de que Thornfield Hall era un lugar transformado; ya no era silencioso como una iglesia, sino que frecuentemente se oían llamadas a la puerta, pasos que atravesaban el vestíbulo y nuevas voces hablando con timbres diferentes. Un río de movimiento del mundo exterior inundaba la casa, que tenía amo; a mí, por mi parte, me gustaba más así.

No fue fácil dar clase a Adèle ese día; le costaba aplicarse, no hacía más que ir corriendo a la puerta para ver si veía al señor Rochester por encima de la barandilla de la escalera, inventaba excusas para bajar, sospeché, a visitar la biblioteca, donde sabía yo que molestaba. Cuando me enfadaba y la obligaba a estarse quieta, hablaba sin cesar de su «*ami, monsieur Édouard Fairfax de Rochester*», como lo llamaba (yo no había oído antes su nombre de pila), y de los regalos que le había traído, pues parece que él había insinuado la noche anterior que, cuando llegara su equipaje de Millcote, se encontraría en él una cajita cuyo contenido sería de interés para ella.

—*Et cela doit signifier* —dijo—, *qu'il y aura là-dedans un cadeau pour moi, et peut-être pour vous aussi mademoiselle. Monsieur a parlé de vous: il m'a demandé le nom de ma gouvernante, et si elle n'était pas une petite personne, assez mince et un peu pâle. J'ai dit qu'oui: car c'est vrai, n'est-ce pas, mademoiselle?*[12].

Mi alumna y yo almorzamos, como de costumbre, en la sala de la señora Fairfax. Pasamos la tarde, que fue desapacible, en el aula. Al caer la noche, dejé que Adèle guardara sus libros y trabajos y bajara corriendo, deduciendo, por el silencio comparativo y la falta de llamadas a la puerta, que ya estaba libre el señor Rochester. Una vez sola, me acerqué a la ventana, pero no se veía nada desde allí; el crepúsculo y la nieve llenaban el aire e incluso ocultaban el césped. Bajé la cortina y regresé a la chimenea.

Estaba dibujando en las brasas un panorama parecido a un cuadro que recordaba haber visto del castillo de Heidelberg, sobre el río Rin, cuando entró la señora Fairfax, rompiendo en pedazos el mosaico que estaba componiendo, además de ahuyentar unos pensamientos inoportunos que empezaban a abrumar mi soledad.

—El señor Rochester agradecerá que usted y su alumna tomen el té con él esta tarde en el salón —dijo—; ha estado tan ocupado todo el día que no ha podido verla antes.

—¿A qué hora toma el té? —pregunté.

—A las seis. Cuando está en el campo, lo hace todo temprano. Vaya a cambiarse de vestido ahora. Iré con usted para abrochárselo. Tome la vela.

—¿Hace falta que me cambie de vestido?

—Sí, sería mejor. Yo siempre me visto de etiqueta por las noches cuando está aquí el señor Rochester.

Esta ceremonia adicional se me antojó algo solemne. Sin embargo, fui a mi cuarto y, con la ayuda de la señora Fairfax, sustituí el vestido de paño negro por uno de seda negra, el mejor y único que tenía, aparte de otro gris claro, que, según las ideas de etiqueta que teníamos en Lowood, me pareció demasiado elegante para ponérmelo excepto en las ocasiones más excepcionales.

—Necesita usted un broche —dijo la señora Fairfax. Tenía solo uno pequeño de perlas, obsequio de la señorita Temple cuando se marchó; me lo puse y bajamos. Desacostumbrada a los extraños, me parecía toda una prueba ser convocada por el señor Rochester. Dejé que me precediera la señora Fairfax y me quedé oculta en su sombra cuando cruzamos el comedor y, pasando por el arco, cuya cortina se hallaba echada en aquella ocasión, entramos en el elegante aposento del otro lado.

Dos velas de cera brillaban sobre la mesa y otras dos sobre la repisa de la chimenea; calentándose a la lumbre de un fuego magnífico, se encontraba *Pilot*, con Adèle de rodillas a su lado. Medio recostado en un sofá, estaba el señor Rochester, con la pierna apoyada en un almohadón; observaba a Adèle y al perro, y el fuego iluminaba de lleno su cara. Reconocí a mi viajero de las cejas anchas y negras y la frente cuadrada, que parecía más cuadrada todavía por la línea horizontal de pelo negro. Reconocí su nariz decidida, más llamativa por su personalidad que por su belleza, cuyas anchas ventanas revelaban, pensé, mal genio; su boca, barbilla y mandíbula serias… sí, todas eran muy serias, desde luego. Su talle, ahora sin capa, armonizaba con su fisonomía por ser también cuadrado. Supongo que tenía buen tipo en el sentido atlético del término: ancho de pecho y estrecho de caderas, aunque ni alto ni elegante.

El señor Rochester debió de notar la entrada de la señora Fairfax y mía, pero pareció no estar de humor para saludarnos, porque ni siquiera levantó la vista cuando nos acercamos.

—Aquí está la señorita Eyre —dijo la señora Fairfax con su discreción habitual. Él hizo una reverencia sin quitar la vista del grupo de perro y niña.

—Que se siente la señorita Eyre —dijo, y había algo en su reverencia rígida y en el tono impaciente y formal que parecía dar a entender «¿Qué diablos me importa a mí que esté ahí o no la señorita Eyre? Ahora mismo no tengo ganas de hablar con ella».

Me senté sin alterarme lo más mínimo. Es probable que me hubiera confundido un recibimiento de consumada cortesía, al que no habría sabido responder con la elegancia correspondiente, pero su ruda veleidad me libraba de esa obligación. Al contrario, me sentí tranquila y en ventaja ante sus modales excéntricos. Además, la extravagancia de su proceder me picó la curiosidad: tenía interés por ver cómo iba a seguir.

Siguió como lo hubiera hecho una estatua, es decir, ni habló ni se movió. La señora Fairfax pareció pensar que hacía falta que alguien se mostrara amable, por lo que empezó a hablar. Con su bondad habitual (y su trivialidad habitual también), lo compadeció por el día tan atareado que había soportado y por lo molesto que debía de ser el dolor del esguince, y después alabó su paciencia y perseverancia para sobrellevarlo todo.

—Señora, quisiera tomar el té —fue la única respuesta que recibió. Ella se apresuró a tocar la campanita y, cuando llegó la bandeja, se puso a disponer las tazas, cucharas y demás objetos con rapidez. Adèle y yo nos acercamos a la mesa, pero el amo no se movió del sofá.

—¿Quiere usted acercarle la taza al señor Rochester? —me dijo la señora Fairfax—. Adèle podría derramarla.

Hice lo que me pidió. Cuando él cogió la taza de mi mano, Adèle, considerando el momento propicio para hacerle una petición a mi favor, exclamó:

—*N'est-ce pas, monsieur, qu'il y a un cadeau pour mademoiselle Eyre, dans votre petit coffre?*[13].

—¿Quién habla de *cadeaux*? —dijo él rudamente—. ¿Esperaba usted un regalo, señorita Eyre? ¿Le gustan los regalos? —y me miró la cara con ojos oscuros, airados y penetrantes.

—No lo sé, señor, pues tengo poca experiencia al respecto. La opinión general es que son objetos agradables.

—¡La opinión general! ¿Pero qué opina *usted*?

—Me sentiría obligada a tomarme algún tiempo, señor, antes de darle una respuesta digna de su aprobación. Un regalo tiene

muchas facetas, ¿no es verdad? y hay que considerarlas todas, antes de pronunciarse sobre su naturaleza.

—Señorita Eyre, no es usted tan espontánea como Adèle. Ella me pide a gritos un *cadeau* en cuanto me ve, mientras que usted anda con rodeos.

—Porque yo confío menos en mis merecimientos que ella, que puede alegar una antigua amistad y el derecho de la costumbre, ya que dice que usted suele regalarle juguetes, pero si yo tuviera que defender mi caso, me vería en un apuro, porque soy una extraña para usted y no he hecho nada que me dé derecho a su reconocimiento.

—¡Vaya, no sea usted demasiado modesta! He hecho muchas preguntas a Adèle y me dice que usted se toma muchas molestias con ella. No es inteligente ni tiene talento, y, sin embargo, ha mejorado mucho en poco tiempo.

—Señor, ya me ha dado usted mi *cadeau*, y se lo agradezco. La recompensa que anhelamos todos los profesores es el elogio del progreso de nuestros alumnos.

—¡Mm! —gruñó el señor Rochester, y tomó el té en silencio.

—Vengan al fuego —dijo el amo cuando se llevaron la bandeja y se instaló la señora Fairfax en un rincón con su calceta, mientras Adèle me llevaba de la mano por la habitación, mostrándome los hermosos libros y adornos que estaban sobre las consolas y cómodas. Obedecimos, como era nuestra obligación; Adèle quiso instalarse en mi regazo, pero él le ordenó que jugara con *Pilot*.

—¿Lleva usted tres meses viviendo en mi casa?

—Sí, señor.

—¿Y vino desde…?

—Desde la escuela Lowood, en el condado de…

—¡Ajá! Un establecimiento benéfico. ¿Cuánto tiempo estuvo usted allí?

—Ocho años.

—¡Ocho años! Debe de tener mucho apego a la vida. ¡Pensaba que la mitad de ese tiempo en un lugar semejante hubiera acabado

con la constitución de cualquiera! No me extraña que tenga usted aspecto de ser de otro mundo. Me preguntaba de dónde había sacado esa cara. Cuando nos encontramos anoche en la vereda de Hay, pensé sin saber por qué en los cuentos de hadas y casi estuve a punto de preguntarle si había hechizado a mi caballo. Todavía no estoy muy seguro de ello. ¿Quiénes son sus padres?

—No tengo.

—Ni ha tenido nunca, supongo. ¿Los recuerda usted?

—No.

—Ya me parecía. Entonces, ¿estaba esperando a su gente sentada en la cerca?

—¿A quién, señor?

—A los hombrecitos de verde: la noche de luna era propicia. ¿Es que irrumpí en una de sus reuniones para que me pusiera usted el hielo en la calzada?

Negué con la cabeza.

—Los hombrecitos de verde se marcharon todos de Inglaterra hace cien años —dije, hablando con la misma seriedad con que lo había hecho él—. Ni siquiera en el camino de Hay ni en los campos alrededor se puede encontrar huella de ellos. Creo que sus parrandas no se verán nunca más bajo la luna de verano, otoño o invierno.

La señora Fairfax dejó caer su labor y, con las cejas levantadas, parecía preguntarse qué clase de charla era esa.

—Bien —dijo el señor Rochester—, si no tiene padres, debe de tener parientes. ¿Tiene tíos?

—No, ninguno que haya visto.

—¿Y su casa?

—No tengo.

—¿Dónde viven sus hermanos?

—No tengo hermanos.

—¿Quién la recomendó para este puesto?

—Puse un anuncio y la señora Fairfax me contestó.

—Sí —dijo la buena señora, que ahora sabía qué terreno pisábamos—, y doy gracias por la elección que la providencia me llevó a hacer. La señorita Eyre ha sido una compañera inestimable para mí, y una profesora amable y solícita para Adèle.

—No se moleste usted en alabarla —respondió el señor Rochester—, los elogios no me influirán; haré mis propios juicios. Ha empezado por hacer caer mi caballo.

—¿Señor? —dijo la señora Fairfax.

—A ella le debo este esguince.

La viuda tenía un aspecto de perplejidad.

—Señorita Eyre, ¿ha vivido alguna vez en una ciudad?

—No, señor.

—¿Ha conocido a muchas personas?

—A nadie más que las alumnas y profesoras de Lowood, y ahora a los residentes de Thornfield.

—¿Ha leído usted mucho?

—Solo los libros que se han puesto a mi alcance, ni muchos ni muy eruditos.

—Ha vivido usted como una monja; sin duda está ducha en cuestiones religiosas. Brocklehurst, que tengo entendido administra Lowood, es clérigo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y probablemente las muchachas lo adoraban, como las *religieuses* de un convento adoran a su director espiritual.

—Oh, no.

—¡Qué fríamente lo dice! ¿Cómo puede ser que una novicia no adore a su director espiritual? Me suena a blasfemia.

—Me desagradaba el señor Brocklehurst, y no era la única en tener ese sentimiento. Es un hombre severo, pomposo y entrometido a la vez. Nos hizo rapar a todas y, en nombre de la economía, nos compraba agujas e hilo de mala calidad, con las que apenas podíamos coser.

—Esa era falsa economía —comentó la señora Fairfax, enterándose de nuevo del sentido de nuestro diálogo.

—¿Y era ese su único defecto? —inquirió el señor Rochester.

—Nos mataba de hambre cuando era el único administrador del departamento de aprovisionamiento, antes de nombrarse el comité, y nos aburría con largos sermones una vez por semana y con lecturas vespertinas de libros de su propia cosecha, sobre muertes repentinas y el juicio final, que nos daban miedo a la hora de acostarnos.

—¿Qué edad tenía cuando fue a Lowood?

—Unos diez años.

—Y se quedó ocho años allí; por lo tanto, ¿tiene dieciocho ahora?

Asentí.

—Ya ve lo útil que es la aritmética: sin su ayuda, no habría podido adivinar su edad. Es una cosa difícil cuando las facciones y la expresión son tan dispares como en su caso. Dígame pues, ¿qué aprendió en Lowood? ¿Sabe tocar?

—Un poco.

—Por supuesto; esa es la respuesta clásica. Vaya a la biblioteca, quiero decir, haga el favor de ir. Perdone mi tono autoritario, estoy acostumbrado a decir «Haz esto» y que se haga. No puedo cambiar mis hábitos porque haya un nuevo miembro en la casa. Vaya, pues, a la biblioteca, llévese una vela, deje la puerta abierta y toque una melodía.

Salí, obedeciendo sus instrucciones.

—¡Suficiente! —gritó unos minutos después—. Ya veo que toca usted *un poco*, como cualquier colegiala inglesa, quizás algo mejor que algunas, pero no bien.

Cerré el piano y volví. Prosiguió el señor Rochester:

—Adèle me mostró unos bocetos esta mañana, que dijo eran suyos. Me pregunto si los hizo usted sola: probablemente la ayudó un profesor de dibujo.

—¡Desde luego que no! —exclamé.

—Ah, he herido su orgullo. Bien, traiga su carpeta, si asegura que el contenido es original. Pero si no está segura, no me lo afirme;

enseguida distingo las chapucerías.

—Entonces no diré nada y puede usted juzgarlo por sí mismo, señor.

Fui a la biblioteca por la carpeta.

—Acérqueme la mesa —dijo, y la llevé junto a su sofá. Se aproximaron Adèle y la señora Fairfax para ver los dibujos.

—No agobien —dijo el señor Rochester—, cojan los dibujos de mi mano según vaya acabando con ellos, pero no pongan sus caras cerca de la mía.

Estudió detenidamente cada boceto y dibujo. Apartó tres y alejó de sí los demás después de mirarlos.

—Llévelos a la otra mesa, señora Fairfax —dijo— y mírelos con Adèle; usted —mirándome a mí—, siéntese de nuevo y conteste a mis preguntas. Veo que estos dibujos fueron ejecutados por una sola mano, ¿fue la suya?

—Sí.

—¿Y cuándo ha encontrado el tiempo para hacerlos? Le habrán llevado mucho tiempo y bastante deliberación.

—Los hice durante las dos últimas vacaciones que pasé en Lowood, cuando no tenía más ocupaciones.

—¿De dónde los ha copiado?

—De mi cabeza.

—¿De esa cabeza que veo sobre sus hombros?

—Sí, señor.

—¿Y contiene más moblaje del mismo tipo?

—Yo creo que sí, y espero que… mejor.

Extendió los dibujos ante sí y los miró nuevamente por turnos.

Mientras él está ocupado, te contaré, lector, qué son y, primero, debo dejar sentado que no eran ninguna maravilla. Es cierto que los temas se me presentaron vívidamente a la imaginación. Tal como los vi con los ojos del espíritu antes de intentar plasmarlos, eran llamativos, pero mi mano no fue capaz de realizar mi fantasía, y en cada caso hizo un pálido retrato de lo que había concebido.

Estos dibujos estaban realizados con acuarelas. El primero representaba nubes bajas y amoratadas, barridas por encima de un mar embravecido. Todo el fondo estaba difuminado y también el primer término, las olas más cercanas. No se veía tierra. Un haz de luz daba relieve a un mástil medio sumergido, sobre el que estaba posado un cormorán oscuro y grande, sus alas salpicadas de espuma, cuyo pico sujetaba una pulsera de oro con gemas engarzadas, que había pintado con los colores más vivos que pude conseguir de mi paleta y los detalles más claros que mi lápiz supo dar. Hundiéndose debajo del ave y del mástil, fulguraba el cadáver de una ahogada en las aguas verdes; la única parte que se veía claramente era un bello brazo, del que se había arrancado la pulsera.

El segundo dibujo tenía en primer plano únicamente la cima borrosa de una colina, con la hierba y algunas hojas inclinadas, como movidas por una brisa. Más allá, en lo alto, se extendía una franja de cielo azul oscuro como al atardecer. Elevándose hacia el cielo, había un busto de mujer realizado con los colores más oscuros y suaves que pude combinar. Su pálida frente estaba coronada con una estrella, y el rostro se veía como a través de una difusión de vapor. Los ojos relucían oscuros y salvajes; el cabello ondeaba entre sombras, como una nube oscura desgarrada por la tormenta o los rayos. Sobre su cuello había un pálido reflejo como de luz de luna, y el mismo suave resplandor tocaba la fila de finas nubes de donde se alzaba esta visión de la Estrella Vespertina.

El tercero representaba la punta de un iceberg horadando el invernal cielo polar: una fila de luces septentrionales elevaba sus débiles lanzas a lo largo del horizonte. En primer plano, eclipsando estas, se erguía una cabeza gigantesca, inclinada hacia el iceberg y apoyada sobre él. Dos delgadas manos se juntaban y apoyaban en la frente, sujetando ante el rostro un velo negro. Lo único visible eran unas sienes exangües, blancas como el hueso, y un ojo hundido y fijo, sin más expresión que una desesperación vidriosa. Por encima de la frente, entre los pliegues de un turbante negro,

vago como una nube en su forma y textura, resplandecía una aureola de llamas blancas, realzadas por fulgores de tintes más ardientes. Esta media luna era «La imagen de una Corona Real», y lo que ceñía era «la forma sin forma»[14].

—¿Era usted feliz cuando pintó estos cuadros? —preguntó el señor Rochester poco después.

—Estaba absorta, señor, sí, y era feliz. Pintarlos fue, en una palabra, disfrutar de uno de los placeres más intensos que he conocido.

—Eso no es decir mucho. Sus placeres, por lo que cuenta, han sido pocos. Pero imagino que habitaba usted una especie de tierra de ensoñación artística mientras mezclaba y aplicaba estos extraños colores. ¿Pasaba mucho tiempo con ellos a diario?

—No tenía otra cosa que hacer porque eran vacaciones, y me pasaba con ellos desde la mañana hasta el mediodía y desde el mediodía hasta la noche, y los días largos del verano favorecieron mis ganas de trabajar.

—¿Y quedó usted satisfecha del resultado de sus fervorosos esfuerzos?

—Ni mucho menos. Me atormentaba el contraste entre mi idea y mi trabajo: en cada caso había imaginado una cosa que fui incapaz de realizar.

—No del todo; ha conseguido plasmar la sombra de su idea aunque probablemente no más. No tenía suficiente habilidad o conocimientos artísticos para realizarla; sin embargo, sus acuarelas son peculiares para ser de una colegiala. En cuanto a las ideas, son fantásticas. Debió de ver en sueños los ojos de la Estrella Vespertina. ¿Cómo pudo pintarlos tan claros y a la vez tan vagos, ya que el planeta de la frente eclipsa su luz? ¿Y qué mensaje ocultan sus solemnes profundidades? ¿Y quién le enseñó a pintar el viento? Se ve un viento fuerte en ese cielo y sobre esta colina. ¿Dónde ha visto usted Latmo?, porque esto es Latmo. Ya está, guarde usted los dibujos.

Apenas había atado los cordones de la carpeta cuando, mirando su reloj, dijo abruptamente:

—Son las nueve; ¿en qué está pensando, señorita Eyre, para tener a Adèle levantada hasta tan tarde? Llévela a la cama.

Adèle fue a darle un beso antes de abandonar la habitación; él toleró su caricia, pero no pareció disfrutarla más de lo que lo hubiera disfrutado *Pilot*, ni siquiera tanto.

—Les deseo buenas noches a todas —dijo señalando la puerta con un gesto de la mano, significando que se había cansado de nuestra compañía y quería despedirnos. La señora Fairfax dobló su labor, yo cogí la carpeta, le hicimos una reverencia, a la que respondió él con un saludo glacial, y nos retiramos.

—Me había dicho usted que el señor Rochester no era nada fuera de lo común, señora Fairfax —comenté cuando me reuní con ella en su cuarto, después de acostar a Adèle.

—¿Y no es así?

—Yo creo que no: es muy voluble y brusco.

—Es verdad. Supongo que puede parecérselo a un extraño, pero estoy tan acostumbrada a su forma de ser que nunca pienso en ello; y si tiene excentricidades de carácter, hay que perdonárselas.

—¿Por qué?

—En parte, porque está en su naturaleza, y ninguno de nosotros somos responsables de nuestra naturaleza, y en parte, tiene pensamientos dolorosos, sin duda, que lo atormentan y hacen que varíe su humor.

—¿Sobre qué?

—Problemas familiares, para empezar.

—Pero no tiene familia.

—Ahora, no, pero la ha tenido; al menos, ha tenido parientes. Perdió a su hermano mayor hace unos años.

—¿Su hermano *mayor*?

—Sí. El actual señor Rochester no ha sido propietario de las tierras mucho tiempo, solo unos nueve años.

—Nueve años es bastante tiempo. ¿Tanto quería a su hermano que todavía llora su pérdida?

—Pues, no, quizás no. Tengo entendido que hubo problemas entre ellos. El señor Rowland Rochester no fue del todo justo con el señor Edward, y es posible que predispusiera a su padre contra él. Al viejo caballero le gustaba el dinero y se preocupaba de mantener unidas las propiedades familiares. No quería que se dividieran, pero también quería que tuviese dinero el señor Edward para poder mantener el esplendor de su apellido; poco después de su mayoría de edad, se tomaron unas medidas que no fueron del todo justas, y causaron muchos males. El viejo señor Rochester y el señor Rowland se unieron para poner al señor Edward en lo que él consideró una situación dolorosa, con el fin de que hiciese fortuna; nunca supe exactamente la naturaleza de esa situación, pero su espíritu no pudo soportar el padecimiento. No es una persona que perdone fácilmente: rompió con su familia y durante muchos años vivió una vida precaria. No creo que haya residido quince días seguidos en Thornfield desde que la muerte de su hermano, intestado, lo convirtió en amo de la propiedad; verdaderamente no es sorprendente que rehuya este lugar.

—¿Por qué debería rehuirlo?

—Quizás lo considere melancólico.

La respuesta era evasiva; me habría gustado recibir una más clara; pero la señora Fairfax o bien no podía o no quería darme una información más explícita sobre el origen y la naturaleza de las cuitas del señor Rochester. Aseguró que eran un misterio para ella y que lo que sabía eran sobre todo conjeturas. De hecho, era evidente que quería que dejara el tema, y así lo hice.

Capítulo XIV

En los días siguientes vi poco al señor Rochester. Por las mañanas parecía estar muy ocupado con sus asuntos, y por las tardes venían de visita caballeros de Millcote o los alrededores, y a veces se quedaban a cenar con él. Cuando su esguince mejoró lo suficiente para permitirle montar a caballo, se iba de paseo con frecuencia, probablemente para corresponder a estas visitas, porque no solía regresar hasta bien entrada la noche.

En ese tiempo, ni siquiera llamó a Adèle ante su presencia, y el único contacto que yo tuve con él se limitó a unos encuentros fortuitos en el vestíbulo, en la escalera o en la galería, y en estas ocasiones pasaba a mi lado altiva o fríamente, apenas saludándome con un distante movimiento de cabeza o una mirada indiferente, y a veces inclinándose y sonriendo con cortesía y amabilidad galantes. No me ofendían sus cambios de humor, porque me di cuenta de que yo no tenía nada que ver con ellos: los altibajos dependían de causas ajenas a mí.

Un día tenía invitados para cenar, y pidió que le llevaran mi carpeta, para exhibir su contenido, sin duda. Los caballeros se marcharon temprano para asistir a una reunión pública en Millcote, según me dijo la señora Fairfax, pero, como era una noche desapacible y lluviosa, el señor Rochester no los acompañó. Poco después de la marcha de aquellos, tocó la campana: llegó el mensaje de que bajáramos Adèle y yo. Cepillé el cabello de Adèle, la arreglé un poco y, habiendo comprobado que yo estaba ataviada con mis ropajes habituales de cuáquera, que no tenían nada para

retocar —puesto que todo era tan sencillo y sin adornos, incluido el cabello trenzado, que no había nada que desordenar—, bajamos. Adèle se preguntaba si el *petit coffre* habría llegado por fin, ya que, debido a algún error, su llegada se había retrasado. Se cumplió su deseo: allí estaba, una pequeña caja de cartón, sobre la mesa, cuando entramos al comedor. Ella pareció reconocerlo por instinto.

—*Ma boîte, ma boîte!*[15] —exclamó, corriendo hacía ella.

—Sí, ahí tienes tu *boîte* por fin. Llévatela a un rincón, auténtica hija de París, y diviértete destripándola —dijo la voz grave y mordaz del señor Rochester, que procedía de las profundidades de un enorme sillón junto al fuego—. Y cuidado —continuó— con molestarme con detalles del proceso anatómico o informes sobre el estado de las entrañas. Que la operación se lleve a cabo en silencio, *tiens-toi tranquille, enfant; comprends-tu*?[16].

A Adèle apenas le hizo falta la advertencia; ya se había retirado al sofá con su tesoro, y estaba ocupada en desatar la cuerda que sujetaba la tapadera. Habiendo quitado ese estorbo y levantado algunas hojas plateadas de papel de seda, simplemente exclamó:

—*Oh, Ciel! Que c'est beau!*[17] —y se quedó absorta, contemplándolo extáticamente.

—¿Está ahí la señorita Eyre? —preguntó el amo, medio levantándose de su sillón para mirar hacia la puerta, junto a la cual yo me encontraba todavía.

—Bien, adelántese y siéntese aquí —acercó un sillón al suyo.

—No soy aficionado a la charla de los niños —prosiguió—; solterón como soy, su media lengua no tiene asociaciones agradables para mí. Me sería intolerable pasar toda la tarde *tête-à-tête* con un mocoso. No aleje usted ese sillón, señorita Eyre; siéntese exactamente donde yo lo he puesto, si no le importa, quiero decir. ¡Al diablo con la etiqueta! Siempre se me olvida. Tampoco me atraen demasiado las ancianas ingenuas. A propósito, debo mandar llamar a la mía, pues no está bien desatenderla. Es una Fairfax, o estuvo casada con uno, y dicen que la sangre tira mucho.

Llamó para enviarle una invitación a la señora Fairfax, que llegó enseguida con su cesta de calceta en la mano.

—Buenas tardes, señora. La he hecho llamar por un motivo caritativo: he prohibido a Adèle que me hable de sus regalos, y está a punto de reventar de ganas de hablar. Tenga usted la bondad de hacerle de auditora e interlocutora; será una de las obras más benévolas que haya hecho usted nunca.

De hecho, en cuanto vio Adèle a la señora Fairfax, la llamó al sofá y llenó su regazo con los objetos de porcelana, marfil y cera que había en su *boîte*, a la vez que la colmaba de explicaciones extáticas en el mejor inglés que sus pobres conocimientos le permitían.

—Ahora que he cumplido con el papel de buen anfitrión —siguió el señor Rochester—, haciendo que se diviertan mis invitadas, debe permitírseme buscar mi propio placer. Señorita Eyre, adelante usted su sillón un poco más, todavía está muy lejos; no puedo verla sin sacrificar mi postura en este sillón cómodo, cosa que no pienso hacer.

Hice lo que me pidió, aunque hubiera preferido mantenerme en la sombra. Pero el señor Rochester tenía un modo tan directo de dar órdenes que parecía natural obedecerle en el acto.

Como ya he dicho, estábamos en el comedor; la araña, encendida para la cena, llenaba la habitación con una luz festiva; el gran fuego brillaba rojo y alegre; los cortinajes morados pendían rica y generosamente del alto ventanal y del arco aún más alto; todo era silencio salvo la charla queda de Adèle (que no se atrevía a hablar en voz alta) y, llenando las pausas, el batir de la lluvia invernal contra los cristales.

El señor Rochester, sentado en su sillón de damasco, tenía un aspecto diferente del que otras veces había visto, no tan severo, mucho menos sombrío. Tenía una sonrisa en los labios y un brillo en los ojos, no estoy segura si producidos por el vino o no, pero me parece muy probable. En una palabra, estaba de un humor de sobremesa, más expansivo y cordial y más desenvuelto que su

humor frío y austero de las mañanas. A pesar de todo, aún se le veía serio, con la enorme cabeza apoyada en el respaldo acolchado de su sillón y la luz del fuego reflejada en sus facciones graníticas y sus grandes ojos oscuros —porque tenía unos ojos grandes y oscuros, y muy hermosos, también—, no exentos de ciertos cambios en su profundidad que, si no denotaban dulzura, a veces, por lo menos, lo parecía.

Él llevaba dos minutos mirando el fuego y yo mirándolo a él al mismo tiempo, cuando, al volver de pronto la cabeza, me vio con la vista fija en su rostro.

—Me examina usted, señorita Eyre —dijo—. ¿Me considera guapo?

Si lo hubiera pensado, habría contestado a su pregunta con una evasiva convencional y cortés, pero la respuesta se me escapó de la boca antes de darme cuenta:

—No, señor.

—¡Vaya, vaya! hay algo excepcional en usted —dijo—, tiene aires de mojigata, extraña, callada, seria y sencilla, sentada ahí con las manos juntas y los ojos mirando la alfombra, salvo, por cierto, cuando se dirigen penetrantes a mi cara, como ahora mismo, por ejemplo; y cuando se le pregunta algo o se le hace un comentario que requiere respuesta, suelta usted una réplica contundente que, si no hiriente, por lo menos es brusca. ¿Qué quiere usted decir?

—Señor, he hablado sin pensar, perdóneme. Debería haber dicho que no es fácil dar una respuesta improvisada a una pregunta sobre el físico, que hay gustos diferentes, que la belleza importa poco, o algo de este estilo.

—No debería haberlo hecho en absoluto. ¡Conque la belleza importa poco! Así, con el pretexto de suavizar su ultraje anterior, de ablandarme y apaciguarme, ¡me clava usted un cortaplumas bajo el oído! Venga, dígame qué defectos me encuentra, se lo ruego. ¿Supongo que tengo todos mis miembros y todas mis facciones como los demás hombres?

—Señor Rochester, permítame que me retracte de mi primera respuesta. No pretendía provocar una discusión; solo ha sido una torpeza.

—Exactamente, así me lo parece y se la voy a hacer pagar. Critíqueme: ¿no le gusta mi frente?

Alzó las ondas negras que yacían horizontales sobre su frente para mostrar una masa bastante sólida de órganos intelectuales con un hueco repentino donde debía de estar el signo de la benevolencia.

—Dígame, señorita, ¿soy idiota?

—Ni mucho menos, señor. ¿Me creería mal educada si le preguntase a mi vez si es usted un filántropo?

—Ahí está otra vez: ¡clavándome el cortaplumas de nuevo, mientras finge darme golpecitos en la cabeza! Y es porque le he dicho que no me gusta la compañía de niños y ancianas ¡digámoslo en voz baja! No, señorita, no soy filántropo por lo general, pero tengo conciencia —y señaló las protuberancias que se dice indican esa facultad y que, afortunadamente para él, eran bastante visibles, y daban, de hecho, una anchura notable a la parte superior de su cabeza—. Y, además, alguna vez tuve una especie de ternura de corazón. Cuando era tan joven como usted, era un tipo bastante sensible, amigo de los inexpertos, los desamparados y los desgraciados. Pero la fortuna me ha maltratado desde entonces, me ha amasado incluso con los nudillos, y ahora presumo de ser duro y resistente como una pelota de caucho, aunque con algún resquicio todavía, y con un punto vulnerable en medio de la protuberancia. ¿Aún hay esperanzas para mí?

—¿Esperanzas de qué, señor?

—¿De una última transformación de caucho a carne nuevamente?

«Decididamente, ha bebido demasiado vino», pensé, y no supe responder a su extraña pregunta. ¿Cómo iba a saber yo si podía transformarse de nuevo?

—Parece usted estar perpleja, señorita Eyre, y aunque no es más bella que yo guapo, un aire de perplejidad la favorece. Además, a mí me viene bien, porque mantiene alejados sus ojos inquisitivos de mi rostro y los entretiene en mirar las flores de estambre de la alfombra; así que siga usted perpleja. Jovencita, estoy dispuesto a ser sociable y comunicativo esta noche.

Con esta declaración, se levantó del sillón y se quedó de pie apoyando el brazo en la repisa de mármol de la chimenea. En esta postura, se veía su talle tan claramente como su cara, con la inusitada anchura de pecho, casi desproporcionado con su altura. Estoy segura de que mucha gente lo habría considerado un hombre feo; sin embargo, había tanto orgullo inconsciente en su porte y tanta naturalidad en su comportamiento, tal aspecto de indiferencia por su apariencia externa, una confianza tan arrogante en otras cualidades, intrínsecas o fortuitas, para suplir la falta del simple atractivo personal, que, mirándolo, uno compartía su indiferencia y, aunque de una forma ciega e imperfecta, compartía también su confianza.

—Estoy dispuesto a ser sociable y comunicativo esta noche —repitió—, por eso la he mandado llamar; el fuego y la lucerna no eran bastante compañía para mí, ni lo hubiera sido *Pilot*, puesto que ninguno de ellos sabe hablar. Adèle es un poco mejor, aunque deja mucho que desear, y la señora Fairfax, igual; usted, estoy convencido, puede servirme si quiere: la primera noche que la invité, me desconcertó usted. Desde entonces, casi la he olvidado; otras ideas han ahuyentado su recuerdo de mi memoria. Pero esta noche estoy decidido a estar a gusto, olvidar lo inoportuno y recordar lo agradable. Me agradaría sonsacarle y descubrir más cosas sobre usted, así que hable.

En lugar de hablar, sonreí, y no fue precisamente una sonrisa complaciente o sumisa.

—Hable —insistió.

—¿Sobre qué, señor?

—Sobre lo que quiera. Dejo a su elección tanto el tema como la forma de tratarlo.

En consecuencia, me quedé sin decir palabra. «Si espera que hable por el mero hecho de hablar y darme importancia, descubrirá que se ha dirigido a la persona equivocada», pensé.

—¿Es usted muda, señorita Eyre?

Seguí muda. Inclinó la cabeza hacia mí y pareció sumergirse en mis ojos con una rápida mirada.

—¿Obstinada? —dijo— y molesta. Bien, era de esperar. He hecho mi petición de forma absurda, casi insolente. Señorita Eyre, me disculpo. El caso es que, para que quede claro, no quiero tratarla como a un inferior; quiero decir (corrigiéndose), solo pretendo la superioridad que me confiere una diferencia de edad de veinte años y la experiencia de cien. Esto es legítimo, *et j'y tiens*, como diría Adèle, y, en virtud de esta superioridad, solamente quiero que tenga usted la bondad de hablar conmigo un poco ahora y distraer mis pensamientos, mortificados por rozar siempre el mismo asunto, gangrenoso como un clavo oxidado.

Se había dignado a ofrecer una explicación, casi una disculpa; no era insensible a su llaneza, y no quise aparentarlo.

—Estoy dispuesta a entretenerlo si está en mi mano, señor, pero no puedo introducir un tema, pues ¿cómo voy a saber qué le interesa? Hágame preguntas, y contestaré lo mejor que pueda.

—Entonces, en primer lugar, ¿está usted de acuerdo conmigo en que tengo que ser un poco dominante y brusco, exigente, incluso, por los motivos que he nombrado? Es decir, que tengo edad para ser su padre y he experimentado muchas luchas con muchos hombres de muchos países y he deambulado por medio mundo, mientras que usted ha vivido tranquila con el mismo grupo de personas en la misma casa.

—Haga lo que quiera, señor.

—Esa no es una respuesta: o, mejor dicho, es una respuesta muy irritante por lo evasiva; conteste claramente.

—No creo, señor, que tenga usted derecho a darme órdenes simplemente porque es mayor que yo o porque ha visto más mundo que yo; su pretensión de superioridad se basa en el uso que ha hecho de su tiempo y su experiencia.

—¡Mm! Buena respuesta, pero no voy a admitirla, ya que no me conviene. He usado equivocadamente, por no decir abusado, de ambas ventajas. Olvidándonos de la superioridad entonces, debe usted estar conforme con acatar mis órdenes de vez en cuando sin molestarse ni ofenderse por el tono autoritario, ¿quiere?

Sonreí y pensé para mí: «El señor Rochester es raro de verdad; parece haber olvidado que me paga treinta libras al año por acatar sus órdenes».

—La sonrisa está muy bien —dijo, dándose cuenta enseguida de mi gesto fugaz—, pero hable usted también.

—Pensaba, señor, que pocos amos se preocuparían en indagar si sus subordinados asalariados se molestaban u ofendían al recibir sus órdenes.

—¡Subordinados asalariados! ¿Cómo? ¿Es usted una subordinada asalariada? Sí, sí, me había olvidado del salario. Entonces, sobre esa base mercenaria, ¿permitirá usted que bravuconee un poco?

—No, señor, no sobre esa base; pero sobre la base de que lo había olvidado y que le importa si un empleado está a gusto o no en su empleo, no podría estar más de acuerdo.

—¿Y estará de acuerdo en perdonar muchas formas y frases convencionales sin pensar que su omisión sea señal de insolencia?

—Estoy segura, señor, de que nunca confundiría la informalidad con la insolencia; la primera me complace, y a la segunda no se sometería ningún ser nacido libre, ni por un salario.

—¡Tonterías! la mayoría de los seres nacidos libres se someterán a cualquier cosa por un salario; por lo tanto, hable por usted misma y no se atreva a hacer generalizaciones sobre algo que ignora usted totalmente. No obstante, mentalmente le estrecho la mano por su respuesta, a pesar de su inexactitud, tanto por la forma

de decirlo como por su esencia. Su manera de hablar ha sido franca y sincera, algo que no se ve con mucha frecuencia, sino al contrario, la recompensa de la franqueza suele ser la afectación o la frialdad, o la interpretación burda, errónea y torpe del significado. No hay tres colegialas-institutrices inmaduras de cien que me hubieran contestado como lo ha hecho usted. Pero no pretendo halagarla; si usted está hecha con otro molde diferente de las demás, no es por mérito propio, sino de la Naturaleza. Y después de todo, me precipito en sacar conclusiones; por lo que sé, puede que no sea usted mejor que las demás; puede que tenga unos defectos imperdonables para contrarrestar sus pocos puntos positivos.

«Y usted también», pensé. Nuestras miradas se cruzaron al tener yo este pensamiento; pareció comprender la expresión y contestó como si las palabras hubieran sido dichas además de imaginadas.

—Sí, sí, tiene usted razón —dijo—, tengo muchos defectos yo también; lo sé y no quiero atenuarlos, se lo aseguro. Dios no quiera que sea demasiado severo con los demás; tengo una existencia pasada, una serie de actos, un color de vida para contemplar dentro de mí, que bien podrían atraer el escarnio de mis semejantes. Emprendí un camino, o más bien, porque como otros pecadores, me gusta echar la culpa a la mala suerte y las circunstancias adversas, fui lanzado a un camino a la edad de veintiún años, y nunca he vuelto a encontrar el camino correcto; pero podría haber sido diferente, podría haber sido tan bueno como usted, más sabio, casi tan puro. Le envidio su paz de espíritu, su conciencia tranquila, su memoria incontaminada. Jovencita, una memoria sin mancha ni contaminaciones debe de ser un tesoro exquisito, una fuente inagotable de consuelo, ¿no es así?

—¿Cómo era su memoria a los dieciocho años?

—Entonces estaba bien, impoluta y sana; ningún chorro de aguas de sentina la había convertido en un charco hediondo. La Naturaleza me había destinado a ser, en conjunto, un buen hombre, señorita Eyre, uno de los mejores, y ya ve usted que no lo soy.

Usted dirá que no lo ve, por lo menos yo me complazco en sacar esta impresión de sus ojos, por cierto, tenga usted cuidado con lo que expresa con esos órganos, porque leo su lenguaje con facilidad. Le doy mi palabra de que no soy un malvado, no ha de suponerlo ni debe atribuirme tal eminencia, pero debido, creo firmemente, más a las circunstancias que a mis inclinaciones naturales, soy un pecador normal y corriente, un estereotipo de todas las disipaciones con las que los ricos y los inútiles quieren llenar su vida. ¿Le sorprende que le confiese esto? Sepa que, en el curso de su vida futura, a menudo se encontrará usted elegida como confidente de los secretos de sus conocidos. La gente sabrá instintivamente, como yo lo he sabido, que no es su fuerte hablar de sí misma, sino escuchar a los demás hablar de sí; pensarán también que los escucha sin desprecio malévolo por su indiscreción, sino con una especie de compasión innata, no menos reconfortante y alentadora por ser discreta en sus manifestaciones.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo puede usted adivinar todo esto, señor?

—Lo sé muy bien y por eso hablo casi con la misma libertad como si estuviera escribiendo mis pensamientos en un diario. Usted dirá que debería haber superado las circunstancias; es verdad, pero no lo hice. Cuando el destino me hirió, no tuve suficiente sabiduría para mantenerme frío: me desesperé, y después me volví pervertido. Ahora, cuando algún tonto vicioso provoca mi desprecio por su lenguaje ruin, no puedo presumir de ser mejor que él, he de confesar que él y yo estamos en el mismo nivel. ¡Ojalá me hubiera mantenido firme, bien lo sabe Dios! Huya usted del remordimiento cuando se sienta tentada a pecar, señorita Eyre, porque el remordimiento es el veneno de la vida.

—Dicen que se cura con la penitencia, señor.

—No es verdad. Puede que se cure con la reforma, y yo podría reformarme, me quedan fuerzas para ello, si… pero ¿de qué sirve pensarlo, impedido y maldito como estoy? Además, ya que se me

niega irremediablemente la felicidad, tengo derecho a hallar placer en la vida, y lo hallaré, cueste lo que cueste.

—Entonces se pervertirá más todavía, señor.

—Es posible, pero ¿por qué, si puedo encontrar placeres nuevos y dulces? Y los puedo encontrar tan nuevos y tan dulces como la miel silvestre que encuentra la abeja en los páramos.

—Pero le picará y tendrá un sabor amargo, señor.

—¿Cómo lo sabe? Nunca la ha probado. ¡Qué seria, qué solemne se ha puesto! Y es tan ignorante del tema como la cabeza de este camafeo —cogiéndolo de la repisa de la chimenea—. No tiene usted derecho a sermonearme, neófita, que aún no ha traspasado el umbral de la vida y no sabe nada de sus misterios.

—Solo le recuerdo sus propias palabras, señor. Ha dicho usted que el errar conlleva el remordimiento, y que el remordimiento es el veneno de la vida.

—¿Y quién habla ahora de errar? No creo que la idea que ha pasado por mi cerebro sea un error. Creo que ha sido más inspiración que tentación, ha sido muy amena y sedante, lo sé. ¡Aquí viene de nuevo! No es un diablo, se lo aseguro, o, si lo es, se ha puesto la ropa de un ángel de luz. Creo que debo admitir a un huésped tan bello cuando pide entrar a mi corazón.

—Desconfíe, señor, no es un verdadero ángel.

—Una vez más, ¿cómo lo sabe? ¿Qué instinto le permite distinguir entre un serafín caído al abismo y un mensajero del trono eterno, entre un guía y un seductor?

—Lo he deducido por su aspecto, señor, que era de preocupación, cuando ha dicho que le ha vuelto la tentación. Estoy segura de que le hará más desgraciado si lo escucha.

—En absoluto. Trae el mensaje más benévolo del mundo; por lo demás, no es usted el guardián de mi conciencia, así que no se inquiete. Pase usted, bello viajero.

Dijo esto como si hablase con una aparición invisible para cualquier ojo que no fuera el suyo; luego, doblando los brazos, que

había extendido a medias, sobre el pecho, pareció abrazar con ellos al ser invisible.

—Ahora —prosiguió, dirigiéndose a mí nuevamente—, he recibido al peregrino, que creo realmente es una deidad disfrazada. Ya me ha hecho bien. Mi corazón era una especie de osario, y ahora se convertirá en santuario.

—A decir verdad, señor, no lo comprendo en absoluto. No sigo la conversación, porque está fuera de mi alcance. Solo sé una cosa: ha dicho usted que no era tan bueno como le hubiera gustado y que lamentaba sus propias imperfecciones; una cosa sí entiendo: me ha insinuado que tener la memoria manchada era un azote constante. A mí me parece que, si lo intentara de veras, con el tiempo le sería posible convertirse en lo que usted mismo aprobaría. Si a partir del día de hoy empezara resueltamente a corregir sus pensamientos y acciones, en unos cuantos años habría acumulado un nuevo depósito impoluto de recuerdos al que podría acudir con gusto.

—Bien pensado y bien dicho, señorita Eyre; y en este momento estoy pavimentando el infierno con energía.

—¿Señor?

—Estoy colocando buenas intenciones, que me parecen tan duraderas como las piedras. Por supuesto que mis compañías y actividades serán distintas de lo que han sido.

—¿Y mejores?

—Y mejores, tanto como el oro puro es mejor que la vil escoria. Parece usted desconfiar de mí, pero yo no desconfío; sé cuál es mi objetivo y cuáles mis motivos, y en este momento apruebo una ley, inalterable como la de los medos y los persas, declarando correctos uno y otros.

—No pueden serlo, señor, si hace falta un nuevo estatuto para legalizarlos.

—Lo son, señorita Eyre, aunque necesiten absolutamente de un nuevo estatuto; las combinaciones desconocidas de circunstancias exigen reglamentos desconocidos.

—Parece una máxima peligrosa, señor, porque se puede ver enseguida que se presta a los abusos.

—¡Sabia sentencia! Es así; pero juro por mis «lares y penates» que no abusaré de él.

—Es usted humano y falible.

—Lo soy; usted también, ¿y qué?

—Los humanos y falibles no debemos usurpar un poder que solo puede confiarse a los divinos y perfectos.

—¿Qué poder?

—El decir de cualquier línea de conducta extraña y no sancionada: «Que sea correcta».

—«Que sea correcta»: las palabras exactas, usted las ha dicho.

—Ojalá lo sea entonces —dije, levantándome, ya que consideraba inútil proseguir un discurso que era todo oscuridad para mí. Además, me daba cuenta de que el carácter de mi interlocutor estaba más allá de mi entendimiento, o, por lo menos, más allá de su alcance actual; sentía también la incertidumbre, la vaga sensación de inseguridad que acompaña el convencimiento de la ignorancia.

—¿Adónde va?

—A acostar a Adèle. Es más de la hora acostumbrada.

—Me tiene miedo, porque hablo como una esfinge.

—Su lenguaje es enigmático, señor; pero, aunque estoy perpleja, desde luego no tengo miedo.

—Sí, tiene miedo; su amor propio teme una torpeza.

—En ese sentido me siento aprensiva: no tengo ganas de decir tonterías.

—Si lo hiciera, sería de un modo tan serio y sereno que yo lo confundiría con el sentido común. ¿Nunca se ríe usted, señorita Eyre? No se moleste en responder, pues ya veo que pocas veces se ríe, pero sabe reír de muy buena gana. Créame, no es usted austera por naturaleza, de la misma manera que yo no soy vicioso por naturaleza. Las limitaciones de Lowood todavía la influyen un poco, controlando sus facciones, acallando su voz y constriñendo sus

miembros. Teme usted, en presencia de un hombre y un hermano, o padre o amo o lo que usted quiera, sonreír con demasiada alegría, hablar con demasiada libertad o moverse con demasiada rapidez. Pero con el tiempo, creo que aprenderá a ser natural conmigo, de la misma manera que yo encuentro imposible ser convencional con usted. Entonces, sus miradas y sus movimientos tendrán más vivacidad y variedad de la que ahora se atreven a ofrecer. Veo a intervalos la mirada de una rara especie de ave a través de los barrotes tupidos de una jaula. Es una prisionera vehemente, inquieta y resuelta; si estuviera libre, volaría hasta las nubes. ¿Se empeña en marcharse?

—Han dado las nueve, señor.

—No importa, espere un minuto, Adèle no está lista para acostarse todavía. Mi situación, señorita Eyre, con la espalda vuelta al fuego y de cara a la habitación, me permite observar. Mientras hablaba con usted, he echado una mirada a Adèle de vez en cuando, tengo mis propios motivos para considerarla un objeto curioso de estudio, motivos que quizás, no, seguro, le haré saber algún día; ha sacado de su caja, hace unos diez minutos, un vestido de seda rosa y la cara se le ha iluminado embelesada al desenvolverlo. Lleva la coquetería en la sangre, se mezcla con sus sesos y condimenta la médula de sus huesos. «*Il faut que je l'essaie !*» ha gritado, «*Et à l'instant même!*»**[18]** y ha salido corriendo de la habitación. Ahora está con Sophie, sometiéndose a un proceso de embellecimiento. Dentro de unos momentos volverá y sé lo que veré: una miniatura de Céline Varens, tal como aparecía en el escenario de… al levantarse el telón, pero eso no importa. Sin embargo, mis sentimientos más tiernos están a punto de sufrir un sobresalto, tengo el presentimiento. Quédese para ver si se cumple.

Poco después se oyeron los pasos de Adèle al brincar por el vestíbulo. Entró transformada, tal como había predicho su tutor. Un vestido de raso color rosa, muy corto y con tantos vuelos como su tamaño permitía, había reemplazado el vestido marrón que antes

llevaba. Una corona de capullos de rosa ceñía su frente y medias de seda y sandalias de raso blanco adornaban sus pies.

—*Est-ce que ma robe va bien?* —gritó, con un salto hacia adelante— *et mes souliers? et mes bas? Tenez, je crois que je vais danser!*[19].

Y extendiendo su vestido, cruzó bailando la habitación hasta que, llegando adonde estaba el señor Rochester, giró ligera sobre la punta de los pies y se dejó caer sobre una rodilla a sus pies, exclamando:

—*Monsieur, je vous remercie mille fois de votre bonté* —y añadió, levantándose—: *C'est comme cela que maman faisait, n'est-ce pas, monsieur?*[20].

—¡E-xac-ta-men-te! —fue la respuesta—, y *comme cela* sacaba el oro inglés del bolsillo de mis pantalones ingleses. He sido inocente también, señorita Eyre, sí, verde como la hierba; usted no está teñida de un verdor primaveral más fuerte de que lo estuve yo. Mi primavera pasó, pero me ha dejado entre manos esta florecilla francesa, de la que a veces, según de qué humor esté, preferiría deshacerme. Ya no aprecio la raíz de donde brotó; habiendo descubierto que era de la clase que se abona solo con oro en polvo, tengo menos apego a su flor, especialmente cuando tiene un aspecto tan artificial como el de ahora. La mantengo y cuido de ella, basándome en el principio de los católicos de expiar muchos pecados, grandes o pequeños, por medio de una buena obra. Le explicaré todo esto algún día. Buenas noches.

Capítulo XV

El señor Rochester me lo explicó, de hecho, en una ocasión posterior.

Fue una tarde en la que se encontró por casualidad con Adèle y conmigo en el jardín; mientras ella jugaba con *Pilot* y un volante de badminton, me pidió que paseara por una larga avenida de hayas, desde donde podíamos vigilarla.

Me contó entonces que era hija de una bailarina de ópera, Céline Varens, a la que había profesado una vez lo que llamaba una *grande passion*. Céline decía corresponder a esta pasión con más calor todavía. Él, aunque feo, creía ser su ídolo; creía, según dijo, que ella prefería su *taille d'athlète* a la elegancia del Apolo de Belvedere.

—Y me halagaba tanto, señorita Eyre, la preferencia de esta sílfide gala por un gnomo británico, que la hice instalar en una casa; le llené la casa de criados, le di un carruaje, telas de cachemir, brillantes, ropa de encajes y otros lujos. Resumiendo, emprendí el proceso de arruinarme al estilo clásico, como cualquier otro enamoriscado. Evidentemente, no poseía la originalidad para trazar una nueva vía hacia la vergüenza y la destrucción, sino que anduve por el camino trillado con precisión estúpida sin desviarme un ápice. Como me merecía, seguí la suerte de todos los amartelados. Le hice una visita por sorpresa una noche, sin que Céline me esperase, y me dijeron que había salido. Era una noche cálida y estaba cansado de pasear por París, así que me senté en su *boudoir*, contento de aspirar el aire consagrado por su reciente presencia.

No, exagero, pues nunca pensé que tuviera virtudes celestiales. Lo que flotaba en el aire era el perfume de quemar unas pastillas de almizcle y ámbar, y no el olor a santidad. Como empezaba a asfixiarme con los vahos de las flores del invernadero y las esencias esparcidas, se me ocurrió abrir la puerta y salir al balcón. Había luna y luz de gas, además, y era una noche serena y tranquila. El balcón estaba amueblado con una o dos sillas y me senté, saqué un cigarro y ahora también sacaré uno, si me lo permite.

Aquí se produjo una pausa, que se llenó con el acto de sacar y encender un cigarro; cuando lo acercó a sus labios y expelió un chorro de incienso de La Habana al aire helado y sin sol, prosiguió:

—A mí me gustaban también los bombones en aquellos días, señorita Eyre, y estaba *croquant*[21], perdone el barbarismo, confites de chocolate y fumando por turnos, observando mientras tanto los carruajes que rodaban por la calle de moda hacia el cercano teatro de la ópera, cuando reconocí una elegante calesa tirada por una hermosa pareja de caballos ingleses, vista claramente a la viva luz nocturna de la ciudad, como la *voiture* que había regalado a Céline. Ella volvía y mi corazón golpeaba con impaciencia contra las rejas de hierro donde estaba apoyado. Se detuvo el carruaje, tal como esperaba, en la puerta de la casa y se apeó mi seductora, exactamente la palabra para describir una enamorada de ópera; aunque estaba envuelta en una capa, un estorbo innecesario, por cierto, en una cálida noche de junio, la conocí inmediatamente por el pie diminuto que se asomó bajo la falda de su vestido al saltar desde los peldaños del carruaje. Inclinado sobre el balcón, estuve a punto de murmurar *mon ange* con un tono que solo hubiera sido audible para el oído del amor, cuando vi saltar otra figura del coche, también envuelta en una capa, pero esta llevaba una espuela en el pie, que resonó en la calzada, y un sombrero en la cabeza, que pasó por la *porte cochère* de la casa.

»Usted nunca ha sentido celos, ¿verdad, señorita Eyre? Claro que no; no hace falta que se lo pregunte, ya que nunca ha estado enamorada. Ya experimentará ambos sentimientos; duerme aún su

alma, todavía no ha llegado la sacudida que la despierte. Creerá usted que todas las existencias transcurren en un flujo tan tranquilo como el de su propia juventud hasta ahora. Flotando con los ojos cerrados y los oídos tapados, no ve erguirse las rocas del fondo de la corriente, ni oye borbotar las rompientes contra ellas. Pero yo le digo, y fíjase bien en mis palabras, que llegará un día a un desfiladero rocoso en el canal, donde la corriente de la vida se convertirá en remolinos y confusión, en espuma y ruido: entonces, o se romperá en pedazos contra los riscos o será levantada y llevada por una ola superior a unas aguas más mansas, como donde me encuentro yo ahora.

»Me gusta este día, me gusta el cielo de acero, me gustan el rigor y la serenidad del mundo bajo esta escarcha. Me gusta Thornfield: su antigüedad, su aislamiento, sus viejos árboles llenos de grajos y sus viejos espinos, su fachada gris y las filas de oscuras ventanas que reflejan el firmamento metálico. ¡Pero durante mucho tiempo he odiado solo pensar en él, lo he evitado como si fuera una gran casa apestada! ¡Todavía detesto…!

Rechinó los dientes y calló. Se detuvo y golpeó el duro suelo con la bota. Parecía hallarse apresado por algún pensamiento odioso, que lo tenía agarrado tan fuertemente que no podía avanzar.

Bajábamos por la avenida cuando se paró de esta manera; ante nosotros estaba la casa. Levantando la vista hasta las almenas, les dedicó una mirada tan penetrante como nunca he visto, antes o después. Dolor, vergüenza, ira, impaciencia, repugnancia, odio: todas estas cosas parecían luchar temblorosas en las grandes pupilas dilatadas bajo aquellas cejas de ébano. La lucha para ver cuál vencía fue encarnizada, pero se alzó y se impuso otro sentimiento, algo duro y cínico, voluntarioso y resuelto, que calmó su pasión y congeló su semblante; prosiguió:

—Durante el momento en que he estado callado, señorita Eyre, he llegado a un acuerdo con mi destino. Se ha puesto allí, junto al tronco de ese haya, en forma de arpía, como las que aparecieron ante Macbeth en el páramo de Forres. «¿Quieres a Thornfield?»,

me ha dicho, levantando un dedo, con el que ha escrito en el aire un recordatorio en fantásticos jeroglíficos a lo largo de la fachada de la casa, entre las ventanas de arriba y las de abajo. «¡Quiérelo si eres capaz! ¡Quiérelo si te atreves!».

»“Lo querré”, he dicho, “me atreveré a quererlo” y —añadió ceñudo— cumpliré mi palabra. Venceré los obstáculos del camino hacia la felicidad, hacia la bondad, sí, bondad, quiero ser mejor persona de lo que he sido, como el leviatán de Job rompió la lanza, el dardo y la cota de malla. Los obstáculos que los demás creen que son de hierro y latón, a mí me parecerán solo de paja y madera podrida.

En este momento se le puso delante Adèle con su volante.

—¡Vete! —gritó bruscamente— ¡manténte a distancia, niña, o vete adentro con Sophie!

Como continuó con su paseo en silencio, me atreví a devolverlo al punto donde se había quedado en su relato:

—¿Se marchó usted del balcón, señor, cuando entró mademoiselle Varens?

Casi esperaba un desaire por mi pregunta inoportuna, pero, al contrario, se sacudió su ensimismamiento, me dirigió la mirada y pareció levantarse la sombra de su frente.

—¡Me había olvidado de Céline! Bien, sigamos. Cuando vi a mi hechicera acompañada de un galán, me pareció oír un siseo, y la verde serpiente de los celos, alzándose en espirales ondulantes en el balcón iluminado por la luna, se deslizó dentro de mi chaleco y se abrió camino a mordiscos hasta instalarse en mi corazón. ¡Qué extraño! —exclamó, de repente alejándose de su relato—. Es extraño que la elija a usted como confidente de todo esto, jovencita, y también extraño que me escuche usted tranquilamente, como si fuera la cosa más normal del mundo que un hombre como yo cuente historias sobre su amante bailarina de ópera a una niña singular y sin experiencia como usted. Pero esto explica aquello, como le insinué en otra ocasión: usted, con su seriedad, prudencia y discreción, está hecha para ser destinataria de secretos. Además,

sé con qué tipo de mente me comunico; sé que no es probable que se contagie: es una mente original, única. Afortunadamente, no pretendo herirla, pero aunque lo pretendiera, no podría. Cuanto más conversemos usted y yo, mejor, porque mientras que yo no puedo contaminarla, usted sí puede aliviarme a mí.

Después de esta digresión, continuó:

—Me quedé en el balcón. «Vendrán a su *boudoir*, sin duda —pensé—, les prepararé una emboscada». Así que extendí la mano por la puerta abierta y corrí la cortina, dejando una abertura para poder observarlos, luego cerré la puerta, dejando un resquicio suficiente para dar salida a «los juramentos de los amantes», y volví sigilosamente a mi silla, me senté y entró la pareja. Pegué el ojo rápidamente a la abertura. Entró la doncella de Céline, encendió una lámpara, la colocó en la mesa y se retiró. De este modo pude verlos claramente a los dos; se quitaron las capas y allí estaba «la Varens» engalanada con raso y joyas, regalos míos, por supuesto, y allí estaba su acompañante con uniforme de oficial. Reconocí a un vizconde libertino, un joven disoluto sin cerebro al que había encontrado en algunas fiestas, y al que no me había molestado en odiar por considerarlo demasiado despreciable. Al reconocerlo, el colmillo de la serpiente, los celos, se desvaneció al instante porque al mismo tiempo se extinguió mi amor por Céline. No valía la pena luchar por una mujer capaz de traicionarme con semejante rival; solo merecía el desprecio, aunque menos que yo mismo, que me había dejado engañar.

»Comenzaron a hablar, y su conversación me tranquilizó del todo: frívola y mercenaria, sin corazón y sin sentido, conseguía aburrir a un oyente más que enfurecerlo. Había una tarjeta mía en la mesa que, cuando la vieron, sacó mi nombre a colación. Ninguno de los dos poseía suficiente ingenio para humillarme, pero me insultaron tan groseramente como pudieron a su manera frívola, especialmente Céline, que estuvo incluso brillante al hablar de mis defectos personales, o deformidades, como los llamó. Ella solía cantar su ferviente admiración de lo que llamaba mi *beauté mâle*, a

diferencia de usted, que me dijo rotundamente en nuestra segunda entrevista que no me consideraba guapo. Me sorprendió el contraste entonces, y…

Adèle vino corriendo de nuevo.

—Monsieur, John ha venido a decir que ha llegado su administrador para hablar con usted.

—En ese caso, debo abreviar. Abriendo la puerta, entré, liberé a Céline de mi protección, le dije que se marchara de la casa y le ofrecí dinero para sus gastos inmediatos. Ignoré sus gritos, histeria, súplicas, excusas y convulsiones y me cité con el vizconde para encontrarnos en el Bois de Boulogne. A la mañana siguiente, tuve el placer de enfrentarme con él y dejé una bala en uno de sus pobres brazos blancuzcos, débiles como las alas de un pollo enfermo, y así pensé haberme librado de aquella chusma. Pero por desgracia, seis meses antes, la Varens me había dado esta hija, Adèle, que aseguraba era mía y puede que lo sea, aunque no veo ninguna prueba de esta paternidad en su cara. *Pilot* se me parece más que ella. Unos años después de romper yo con la madre, esta abandonó a su hija y se escapó a Italia con un músico o un cantante. No reconocí el derecho natural de Adèle a que yo la mantuviera, ni lo reconozco, porque no soy su padre, pero al enterarme de que estaba totalmente desvalida, arranqué a la pobre criatura del fango y el barro de París para trasplantarla en la tierra limpia y saludable de un jardín de la campiña inglesa. La señora Fairfax la buscó a usted para instruirla, pero ahora que sabe usted que es la hija ilegítima de una bailarina de ópera francesa, quizás cambie su actitud hacia su puesto y su alumna. Vendrá usted un día de estos a decirme que ha encontrado otro puesto, que me ruega que busque una nueva institutriz, ¿no es así?

—No. Adèle no es responsable de las culpas de su madre ni de las de usted; la aprecio y ahora que sé que es, en cierta manera, huérfana, abandonada por su madre y repudiada por usted, señor, estaré aún más unida a ella. ¿Cómo podría preferir a la hija mimada de una familia rica, que odiaría a su institutriz y la consideraría un

fastidio, que a una solitaria huérfana, que la trata como a una amiga?

—¡Así que lo ve usted bajo ese prisma! Bien, debo entrar en la casa y usted también; se está haciendo de noche.

Pero me quedé unos minutos más con Adèle y *Pilot*. Hicimos una carrera y jugamos con la raqueta y el volante. Cuando entramos y le quité el sombrero y el abrigo, la senté en mi regazo, donde la tuve durante una hora, permitiéndola charlotear todo lo que quiso. Ni siquiera la reñí por unas pequeñas libertades y trivialidades en las que solía caer cuando se le hacía mucho caso, y que indicaban una superficialidad de carácter probablemente heredada de su madre y no muy atractiva para una mentalidad inglesa. Busqué en su expresión y sus facciones algún parecido con el señor Rochester, pero no encontré ninguno; no había ninguna característica, ningún gesto que indicase parentesco entre ellos. Era una lástima; si se hubiera podido demostrar que se le parecía, la habría querido más.

Hasta que no me hube retirado a mi cuarto a pasar la noche, no revisé cuidadosamente el relato que me había contado el señor Rochester. Como él había dicho, probablemente no había nada de extraordinario en la esencia de la narración: la pasión de un inglés rico por una bailarina francesa y la traición de esta eran asuntos corrientes, sin duda, en la alta sociedad; pero había algo decididamente extraño en el paroxismo de emoción que lo embargó de repente al expresar su buen humor actual y su recién hallado placer en su vieja casa y sus propiedades. Medité perpleja este incidente, pero al final lo dejé, por encontrarlo inexplicable de momento, y me puse a considerar el trato de mi amo hacia mí. La confianza que había tenido a bien depositar en mí me pareció un tributo a mi discreción, y lo acepté como tal. Su comportamiento hacia mí había sido más uniforme desde hacía unas semanas que al principio. Nunca parecía estorbarlo; no tenía arranques de fría altivez; cuando nos encontrábamos por casualidad, parecía alegrarse; siempre me dedicaba unas palabras y a veces una sonrisa; cuando me llamaba a su presencia, me honraba con una

cordialidad que me hacía sentir que realmente tenía el poder de divertirlo, y que buscaba esas charlas vespertinas tanto por su propio placer como por mi bienestar.

A decir verdad, yo hablaba poco, pero le oía hablar con gusto. Estaba en su naturaleza ser comunicativo, le gustaba hacer vislumbrar a una mente ignorante del mundo escenas y maneras (no me refiero a escenas escabrosas ni maneras disipadas, sino otras cuyo interés estribaba en su gran escala y la extraña novedad que las caracterizaba); y me proporcionaba un vivo placer oír las nuevas ideas que él ofrecía, plasmar las imágenes que retrataba y seguir sus pensamientos por las nuevas regiones que revelaba, y nunca me asustó ni molestó con alusiones nocivas.

Yo no experimentaba ninguna cohibición dolorosa gracias a la naturalidad de su comportamiento y a la amable franqueza, tan correcta como cordial, con la que me trataba y con la que me atraía hacia sí. Algunas veces me sentía como si él fuera pariente mío y no mi amo; sin embargo, a veces aún se ponía arrogante, pero no me importaba, porque sabía que era su manera de ser. Me encontraba tan feliz y contenta con este nuevo interés en la vida que dejé de echar de menos una familia. Mi mísero sino pareció expandirse, se llenaron los huecos de mi existencia, mi salud mejoró, aumenté de peso y de fuerzas.

¿Todavía era feo el señor Rochester a mis ojos? No, lector. La gratitud y muchas asociaciones amenas y agradables convirtieron su cara en el objeto que más me gustaba contemplar; su presencia en una habitación la animaba más que el fuego más vivo. No obstante, no me había olvidado de sus defectos, que no me era posible olvidar, porque me los mostraba a menudo. Era orgulloso, sarcástico, poco tolerante con todo lo que le parecía inferior. En el fondo de mi alma, sabía que su gran bondad hacia mí se contrarrestaba con una injusta severidad hacia otros muchos. También era inexplicablemente voluble; más de una vez, cuando me mandaba llamar para que le leyera, lo encontraba sentado solo en la biblioteca con la cabeza apoyada en los brazos cruzados y, cuando

levantaba la cabeza, un gesto malhumorado, casi maligno, ensombrecía sus facciones. Pero yo creía que su volubilidad, su brusquedad y su antigua falta de moralidad (digo *antigua* porque parecía haberse regenerado) tenían su origen en alguna cruel injusticia del destino. Creía que era un hombre de tendencias más elevadas, principios superiores y gustos más refinados de lo que las circunstancias habían desarrollado, la educación inculcado o la providencia alentado. Creía que tenía excelentes cualidades, aunque en ese momento se encontrasen algo ajadas y enmarañadas. No puedo negar que me sentía conmovida por su pena, fuera cuál fuese, y habría dado cualquier cosa con tal de aliviársela.

Aunque había apagado la vela y me había tumbado en la cama, no podía dormir pensando en su mirada cuando se detuvo en la avenida para contar cómo se le había aparecido el destino, retándolo a ser feliz en Thornfield.

«¿Por qué no? —me pregunté—. ¿Qué lo separa de la casa? ¿Se marchará otra vez pronto? La señora Fairfax ha dicho que rara vez se queda más de quince días, y lleva ya ocho semanas aquí. Si se marcha, será un cambio triste. Si estuviera ausente durante la primavera, el verano y el otoño, ¡qué lúgubres parecerían los días soleados!».

No sé si me dormí o no después de estos pensamientos; en cualquier caso, me sobresalté al oír un vago murmullo, extraño y funesto, que sonaba, me pareció, exactamente encima de mí. Deseé no haber apagado la vela, porque era una noche tristemente oscura y mi espíritu estaba decaído. Me incorporé atenta en la cama, pero el sonido se había detenido.

Intenté dormir de nuevo, pero mi corazón latía con ansiedad, mi serenidad interna estaba deshecha. Dieron las dos en el reloj lejano del vestíbulo. En aquel momento me pareció oír un roce en la puerta de mi cuarto, como si unos dedos barrieran sus paneles al buscar a tientas su camino por el oscuro corredor. «¿Quién está ahí?» dije, pero no recibí respuesta. Estaba estremecida de miedo.

De repente, se me ocurrió que podía ser *Pilot*, que muchas veces, cuando dejaban abierta la puerta de la cocina, llegaba hasta el umbral de la habitación del señor Rochester; yo misma lo había visto allí por las mañanas. La idea me tranquilizó un poco y me volví a echar. El silencio calma los nervios alterados y, como una quietud total llenaba la casa de nuevo, empecé a notar que me dormía de nuevo. Pero el destino no quiso que descansara aquella noche. Apenas me había llegado el sueño cuando lo espantó un incidente bastante espeluznante.

Fue una carcajada demoníaca, queda, reprimida y grave, que pareció provenir de la misma cerradura de mi puerta. La cabecera de mi cama estaba cerca de la puerta y al principio creí que el duende que reía estaba al lado de mi cama, o más bien agazapado junto a mi almohada. Me levanté y miré alrededor, pero no pude ver nada. Mientras miraba fijamente, se repitió el sonido antinatural y me di cuenta de que venía de detrás de los paneles. Mi primer impulso fue levantarme y echar el cerrojo, y el siguiente, gritar:

—¿Quién está ahí?

Alguna cosa gorgoteó y gimió. Al poco tiempo, se oyeron pasos alejarse por la galería hacia la escalera del tercer piso. Recientemente habían puesto allí una puerta para separarlo del resto de la casa, y oí cómo se abrió y cerró y luego se hizo el silencio.

«¿Ha sido Grace Poole? ¿Está poseída por el diablo?» pensé. Me era imposible quedarme más tiempo sola, debía ir a buscar a la señora Fairfax. Me puse apresuradamente un vestido y un chal, corrí el cerrojo y abrí la puerta con mano temblorosa. Fuera había una vela encendida, en la alfombra del pasillo. Me sorprendió este hecho, pero me asombró más notar el aire turbio, como lleno de humo; mientras miraba a izquierda y derecha para ver de dónde procedían aquellos jirones azules, percibí un fuerte olor a quemado.

Oí crujir algo: era una puerta abierta, la puerta del señor Rochester, y de allí salía una nube de humo. No pensé más en la señora Fairfax, no pensé más en Grace Poole y sus carcajadas; en

un instante había entrado en su cuarto. Llamaradas de fuego rodeaban la cama: ardían las cortinas. En medio del incendio, yacía el señor Rochester, inmóvil, profundamente dormido.

—¡Despierte! ¡Despierte! —grité y lo sacudí, pero solo gruñó y se dio la vuelta: estaba atontado por el humo. No había un minuto que perder, se estaban prendiendo las sábanas. Corrí hacia el lavabo y la jarra y afortunadamente ambos eran grandes y estaban llenos de agua. Los levanté, inundé la cama y a su ocupante, fui volando a mi propio cuarto, llevé mi propia jarra, volví a bautizar el lecho y, con la ayuda de Dios, conseguí apagar las llamas que lo devoraban.

El siseo del fuego al apagarse, la rotura de una jarra que tiré después de vaciarla, y, sobre todo, el chaparrón al que lo sometí despertaron, por fin, al señor Rochester. Aunque estaba oscuro, sabía que estaba despierto porque lo oí estallar en extrañas imprecaciones al verse inmerso en un charco de agua.

—¿Hay una inundación? —gritó.

—No, señor —respondí—, pero ha habido un incendio. Por favor levántese; ya está apagado. Le traeré una vela.

—Por todos los duendes de la cristiandad, ¿es Jane Eyre? —preguntó—. ¿Qué ha hecho conmigo, bruja, hechicera? ¿Quién más está en la habitación? ¿Se ha propuesto ahogarme?

—Le traeré una vela, señor, y, por el amor del cielo, levántese. Alguien ha querido hacerle daño. Cuanto antes averigüe quién ha sido, mejor.

—Ya está, estoy levantado. Pero si va ahora por la vela, será bajo su propio riesgo. Espere dos minutos hasta que me ponga algunas prendas secas, si es que queda alguna. Sí, aquí está mi bata. Ahora, váyase corriendo.

Lo hice y volví con la vela que todavía estaba en el pasillo. Me la cogió de la mano y la levantó para mirar la cama, toda negra y quemada, las sábanas empapadas y la alfombra calada de agua.

—¿Qué ha sido y quién lo ha hecho? —preguntó.

Le conté brevemente lo que había ocurrido: la extraña carcajada que oí en el pasillo, los pasos subiendo al tercer piso, el humo, el

olor a fuego que me habían conducido a su habitación, el estado de las cosas allí y cómo lo había inundado con toda el agua que pude encontrar.

Mientras me escuchaba muy serio, su rostro expresaba más preocupación que asombro; no habló enseguida cuando concluí.

—¿Llamo a la señora Fairfax? —pregunté.

—¿A la señora Fairfax? No, ¿para qué rayos la iba usted a llamar? ¿Qué puede hacer ella? Deje que duerma tranquila.

—Entonces traeré a Leah y despertaré a John y a su esposa.

—No, estése quieta. Lleva puesto un chal, pero si aún tiene frío, coja mi capa, arrópese con ella y siéntese en el sillón. Tenga, se la pongo yo. Ahora ponga los pies en el escabel para que no se mojen. Voy a dejarla unos minutos. Me llevaré la vela. Quédese donde está hasta que vuelva, quieta como un ratón. Debo hacer una visita al tercer piso. Acuérdese de no moverse, y no llame a nadie.

Se marchó: vi alejarse la luz. Caminó silenciosamente por la galería, abrió la puerta de la escalera con el menor ruido posible, la cerró a sus espaldas y desapareció el último haz de luz. Quedé totalmente a oscuras. Escuché por si oía algo, pero no había ruido alguno. Pasó mucho tiempo. Empecé a cansarme y tenía frío, a pesar de la capa; además, no vi ningún sentido en quedarme, ya que no había de despertar a los demás. Estaba a punto de arriesgarme a incurrir en la desaprobación del señor Rochester desobedeciendo sus órdenes, cuando volvió a verse la luz débilmente reflejada en las paredes de la galería y a oírse los pasos de sus pies descalzos en la alfombra. «Espero que sea él —pensé—, y no algo peor».

Entró muy pálido y sombrío.

—Lo he descubierto todo —dijo, dejando la vela en el lavabo—. Ha sido como pensaba.

—¿Cómo, señor?

No respondió, sino que permaneció con los brazos cruzados mirando al suelo. Al cabo de unos minutos inquirió con un tono algo peculiar:

—No recuerdo si ha dicho que ha visto alguna cosa al abrir la puerta de su habitación.

—No, señor, solo la palmatoria en el suelo.

—¿Pero ha oído una risotada extraña? ¿Había oído antes la misma risa o algo semejante?

—Sí, señor; hay una mujer que viene aquí a coser, que se llama Grace Poole; ella se ríe de esa manera. Es una persona singular.

—Así es. Grace Poole, lo ha adivinado. Es como usted dice, singular, mucho. Bien, reflexionaré sobre el asunto. Mientras tanto, me alegro de que sea usted la única persona, aparte de mí, que sepa todos los detalles del incidente de esta noche. No es usted una tonta parlanchina: no diga usted nada a nadie. Yo buscaré una explicación para el estado de esto —señalando la cama—; ahora vuelva usted a su cuarto. Yo estaré muy bien en el sofá de la biblioteca durante el resto de la noche. Son casi las cuatro; en dos horas se levantarán los criados.

—Buenas noches, entonces —dije, saliendo.

Pareció sorprenderse, contradictoriamente, puesto que acababa de decirme que me fuera.

—¿Qué? —exclamó— ¿ya me abandona? ¿Y de esta manera?

—Ha dicho usted que me podía marchar, señor.

—Pero no sin despedirse, no sin decirle yo unas palabras de reconocimiento y buena voluntad, no de este modo seco y escueto. ¡Me ha salvado la vida! ¡Me ha arrancado de las garras de una muerte horrible y dolorosa! ¡Y se marcha como si fuésemos extraños! Por lo menos deme la mano.

Extendió la mano, le di la mía, y la cogió, primero con una y, después, entre las dos suyas.

—Me ha salvado la vida. Me complace tener una deuda tan inmensa con usted. No puedo decir más. No hay otra persona en el mundo a quien hubiera tolerado como acreedor de semejante favor; pero con usted es diferente. Su beneficio no es una carga para mí.

Hizo una pausa y me miró; se asomaron a sus labios palabras casi visibles… pero las contuvo.

—Buenas noches nuevamente, señor. No existe tal deuda, beneficio, carga ni favor en este caso.

—Sabía —continuó— que me haría bien de alguna forma, en algún momento. Lo noté en sus ojos la primera vez que la vi: su expresión y su sonrisa no… —se paró de nuevo— no… —prosiguió rápidamente— me deleitaron hasta el fondo de mi corazón sin motivos. La gente habla de simpatías naturales y he oído hablar de hadas buenas: hay algo de verdad hasta en las fábulas más fantásticas. Mi queridísima salvadora, buenas noches.

Había una extraña energía en su voz y un extraño fuego en su mirada.

—Me alegro de haber estado despierta —dije e hice ademán de marcharme.

—Entonces, ¿se marcha?

—Tengo frío, señor.

—¿Frío? Sí, ¡ahí de pie en un charco de agua! ¡Váyase, Jane, váyase! —pero aún retenía mi mano, y no pude soltarla. Se me ocurrió un ardid.

—Creo que oigo moverse a la señora Fairfax —dije.

—Bien, ¡déjeme! —relajó sus dedos y me fui.

Regresé a mi cama, pero no pensé en dormirme. Hasta que amaneció, estuve revuelta en unas aguas tormentosas, alternándose olas de inquietudes con embistes de regocijo. A veces, pensé ver las orillas, dulces como las colinas de Beulah, más allá de las aguas, y, de vez en cuando, un viento refrescante, nacido de la esperanza, llevaba mi espíritu triunfante hacia la ribera; pero no pude alcanzarla ni con la imaginación, porque una brisa contraria soplaba desde la tierra y me echaba hacia atrás una y otra vez. El buen sentido se resistió al delirio, el discernimiento ahuyentó la pasión. Demasiado febril para descansar, me levanté en cuanto despuntó el alba.

Volumen II

Capítulo I

Deseaba y temía al mismo tiempo ver al señor Rochester al día siguiente a aquella noche en vela; ansiaba oír de nuevo su voz y, sin embargo, temía ver sus ojos. Durante la primera parte de la mañana, esperaba que llegara en cualquier momento. No era su costumbre entrar a menudo en al aula, pero algunas veces nos hacía breves visitas, y yo tenía la impresión de que no faltaría ese día.

Pero la mañana transcurrió como siempre: no sucedió nada que interrumpiera el tranquilo curso de las lecciones de Adèle; solo una vez, poco después del desayuno, oí alboroto cerca del cuarto del señor Rochester, la voz de la señora Fairfax, la de Leah, la de la cocinera, es decir, la mujer de John, e incluso el timbre brusco del mismo John. Hubo exclamaciones como «¡Menos mal que el señorito no se ha quemado vivo en la cama!», «Siempre es peligroso tener una vela en el dormitorio», «¡Qué suerte que tuviera la presencia de ánimo para pensar en la jarra de agua!», «¿Por qué no despertaría a nadie?», «Esperemos que no haya cogido frío al dormir en el sofá de la biblioteca», etc.

Este conciliábulo fue seguido por los ruidos producidos al frotar y colocar las cosas en su sitio, y cuando pasé por la puerta abierta al bajar a comer, vi que habían vuelto a poner todo en orden; solo la cama se hallaba sin cortinajes. Leah estaba de pie en el alféizar de la ventana frotando los cristales manchados por el humo. Iba a dirigirme a ella, porque quería saber qué versión de los hechos le habían contado: pero, al acercarme, vi a otra persona en el cuarto,

una mujer sentada en una silla al lado de la cama, cosiendo anillas a las nuevas cortinas. No era otra que Grace Poole.

Allí estaba, seria y taciturna como siempre, con su vestido de paño marrón, delantal a cuadros, pañuelo blanco y gorro. Estaba absorta en su trabajo, que parecía ocupar todos sus pensamientos. No había en la dura frente ni en las facciones vulgares ningún indicio de la palidez o la desesperación que uno esperaría ver en el rostro de una mujer que había intentado cometer un asesinato, y cuya víctima la había seguido hasta su guarida la noche anterior para (según creía yo) acusarla del crimen que había intentado llevar a cabo. Yo estaba asombrada, atónita. Levantó la vista mientras yo la observaba, pero no se sobresaltó ni cambió de color en señal de emoción, culpabilidad o miedo de ser descubierta. Dijo «Buenos días, señorita» a su manera breve y flemática de siempre y, cogiendo otra anilla, siguió cosiendo.

«Le haré una prueba —pensé—, tal circunspección es incomprensible».

—Buenos días, Grace —dije—. ¿Ha pasado algo aquí? Hace un rato me ha parecido oír hablar a todos los criados.

—Solo que el amo estuvo leyendo en la cama anoche y se durmió con la vela aún encendida y se prendieron las cortinas, pero, por suerte, se despertó antes de incendiarse las sábanas o la madera, y consiguió apagar las llamas con el agua de su jarra.

—¡Qué asunto más extraño! —dije con voz queda. Después, mirándola fijamente—: ¿No despertó a nadie el señor Rochester? ¿Nadie lo oyó?

Nuevamente levantó los ojos a mi cara, y esta vez había un atisbo de conciencia en su expresión. Pareció examinarme con cautela y después dijo:

—Sabe usted que los criados duermen lejos, señorita, y no sería fácil que lo oyeran. Las habitaciones de usted y de la señora Fairfax son las más cercanas a la del señorito, pero la señora Fairfax dice que no oyó nada; cuando uno se hace mayor, suele dormir profundamente. —Hizo una pausa y luego añadió, con una especie

de indiferencia fingida, pero, aún así, con un tono marcado e insinuante—: Pero usted es joven, señorita, y yo diría que tiene el sueño ligero; ¿quizás oyó algún ruido?

—Sí —dije, bajando el tono para que no me oyese Leah, que todavía sacaba brillo a las ventanas—. Al principio creía que era *Pilot*, pero *Pilot* no se ríe, y estoy segura de haber oído reír: una carcajada extraña.

Cogió más hilo, lo enceró, enhebró la aguja con pulso firme y después dijo, con total serenidad:

—Es poco probable que el señorito se riese, señorita, al hallarse en semejante peligro. Debió de soñarlo.

—No lo soñé —dije acaloradamente, provocada por su tranquilidad descarada. Me dirigió otra vez la misma mirada penetrante y sabedora.

—¿Le ha dicho al amo que oyó usted una carcajada? —inquirió.

—No he tenido ocasión de hablar con él esta mañana.

—¿No se le ocurrió abrir la puerta y asomarse al corredor? —preguntó también.

Parecía estar interrogándome, intentando sonsacarme información sin que me diese cuenta. Se me ocurrió que, si descubriera que yo sabía o sospechaba que ella era culpable, me gastaría a mí alguna de sus bromas macabras, por lo que consideré prudente estar alerta.

—Al contrario —dije—, eché el cerrojo.

—¿Entonces no es su costumbre echarlo todas las noches al acostarse?

«¡Qué arpía! Quiere conocer mis costumbres para hacer sus planes en consecuencia». Se impuso la indignación sobre la prudencia, y contesté vivamente:

—Hasta ahora he dejado a menudo de echar el cerrojo, por no considerarlo necesario. No era consciente de que acechara ningún peligro en Thornfield Hall. Pero de ahora en adelante —recalqué estas palabras—, me aseguraré de cerrarlo todo muy bien antes de atreverme a acostarme.

—Será muy prudente —fue su respuesta—, este vecindario es tan tranquilo como cualquiera que conozca, y nunca he oído hablar de que hayan entrado ladrones en esta casa, aunque hay plata por valor de cientos de libras en el armario de la plata, como sabe todo el mundo. Y ya ve usted que, para una casa tan grande, hay muy pocos criados, porque el amo nunca ha vivido mucho aquí, y cuando está, como es soltero, necesita pocos cuidados. Pero yo creo que es mejor pecar por exceso que por defecto; es fácil cerrar una puerta y es mejor tener un cerrojo entre una y cualquier malhechor que pueda haber. Mucha gente, señorita, está a favor de confiar en la Providencia, pero yo creo que la Providencia no suple los medios, sino que aprecia los que se toman con discreción. —Y aquí dio fin a su perorata, muy larga para ella y pronunciada con el recato de una cuáquera.

Yo aún me encontraba totalmente atónita ante lo que me parecía su increíble dominio de sí misma y su hipocresía inescrutable, cuando entró la cocinera.

—Señora Poole —dijo, dirigiéndose a Grace—, pronto estará lista la comida de los sirvientes. ¿Quiere usted bajar?

—No. Ponga usted la pinta de cerveza y el trozo de pudin en una bandeja, y me lo llevaré arriba.

—¿Tomará un poco de carne?

—Un poquito, y un pedacito de queso, nada más.

—¿Y su sagú?

—Olvídelo de momento. Bajaré antes de la merienda y lo prepararé yo misma.

La cocinera se volvió hacia mí para decirme que me esperaba la señora Fairfax, así que me marché.

Durante la comida, apenas me enteré de la versión de la señora Fairfax de la conflagración de las cortinas por estar demasiado ocupada en intentar comprender el carácter enigmático de Grace Poole, y más aún, en meditar el problema de su posición en Thornfield, y en preguntarme por qué no la habían detenido esa misma mañana o, por lo menos, no la habían despedido del servicio

de su amo. Este prácticamente se había declarado convencido de su culpabilidad la noche anterior. ¿Qué causa misteriosa impedía que la acusara? ¿Por qué me había exigido silencio al respecto? Era extraño: un caballero valiente y arrogante parecía estar, de alguna forma, en poder de uno de los más viles de sus servidores, tanto, que, incluso cuando atentaba contra su vida, no se atrevía a acusarla abiertamente y, mucho menos, castigarla.

Si Grace hubiera sido joven y guapa, me habría sentido tentada a pensar que sentimientos más tiernos que la prudencia o el miedo influían en el señor Rochester, pero, siendo ella fea y mayor, rechacé la idea. «Sin embargo —reflexioné—, ha sido joven una vez; debió de ser joven al mismo tiempo que su amo; la señora Fairfax me dijo una vez que llevaba muchos años aquí. No creo que haya sido bonita jamás, pero, por lo que sé, puede que tenga una personalidad singular y una fortaleza de carácter que compensen su falta de atractivos personales. El señor Rochester es amante de lo audaz y lo excéntrico, y Grace, cuando menos, es excéntrica. ¿Y si un antiguo enamoramiento (un antojo muy posible para una naturaleza tan impulsiva y terca como la de él) lo ha puesto en su poder, de modo que ahora ejercita sobre él una influencia secreta, de la que no puede deshacerse y que no se atreve a ignorar, por ser resultado de su propia indiscreción?». Pero cuando llegué a este punto de mis cavilaciones, se me presentó tan claro a la imaginación el cuerpo cuadrado e informe de la señora Poole y su semblante feo, seco e incluso basto, que pensé: «No, ¡imposible! No puede ser cierta mi suposición. Sin embargo —me sugirió la voz secreta que nos habla dentro de nuestro corazón—, *tú* tampoco eres hermosa, y quizás le agrades al señor Rochester; en cualquier caso, a menudo has tenido esa impresión, y anoche… ¡recuerda sus palabras, recuerda su mirada, recuerda su voz!».

Lo recordaba todo muy bien: palabras, mirada y tono se me representaron vivamente en ese instante. Me encontraba en el aula, y Adèle estaba dibujando; me incliné sobre ella y guie su lápiz. Levantó la vista algo sobresaltada.

—*Qu'avez-vous, mademoiselle?* —dijo—. *Vos doigts tremblent comme la feuille, et vos joues sont rouges: mais rouges comme des cerises!*[22].

—Tengo calor, Adèle, por estar agachada —ella siguió dibujando y yo seguí pensando.

Me apresuré a echar de mi mente la idea odiosa que había albergado respecto a Grace Poole, porque me repugnaba. Me comparé con ella, y descubrí que éramos diferentes. Bessie Leaven había dicho que yo era toda una señora, y había dicho la verdad: *era* una señora. Además, ahora tenía mucho mejor aspecto que cuando me vio Bessie; tenía mejor color, había engordado, tenía más vida, estaba más animada, porque tenía esperanzas más optimistas y placeres más intensos.

«Se acerca la noche —pensé, mirando hacia la ventana—. No he oído ni la voz ni los pasos del señor Rochester en la casa hoy, pero confío en verlo esta noche. Temía el encuentro por la mañana, pero ahora lo deseo, porque la espera ha durado tanto tiempo sin cumplirse que se ha convertido en impaciencia».

Cuando terminó de caer el crepúsculo y Adèle me dejó para ir a jugar con Sophie en el cuarto de juegos, lo deseé más intensamente todavía. Estaba alerta para oír el sonido de la campana, para oír llegar a Leah con un recado. A veces imaginaba que oía los pasos del señor Rochester mismo, y me volvía hacia la puerta, esperando que se abriera para que entrara. Pero la puerta permaneció cerrada y solo la oscuridad entraba por la ventana. No obstante, no era tarde; a menudo me mandaba llamar a las siete o a las ocho, y solo eran las seis. Confiaba en no verme decepcionada del todo, ¡con tantas cosas que tenía que decirle! Quería sacar nuevamente el tema de Grace Poole para ver lo que me respondería. Quería preguntarle directamente si realmente creía que había sido ella la autora del espantoso atentado de la noche anterior, y, de ser así, por qué mantenía en secreto su maldad. Me importaba poco que lo fuera a irritar mi curiosidad; conocía el placer de molestarlo para luego consolarlo; era lo que más me deleitaba, y un instinto certero

evitaba que me propasara: nunca me atrevía a traspasar los límites de la provocación, pero me gustaba ejercer mis habilidades en esos mismos límites. Guardando todas las pequeñas formas de respeto y toda la propiedad de mi puesto, podía enfrentarme a él en la discusión sin miedos ni cortapisas: así nos complacía a ambos.

Al fin, crujió un paso en la escalera y apareció Leah, pero solo para anunciar que la merienda estaba servida en el cuarto de la señora Fairfax. Allí me dirigí, contenta por lo menos de ir al piso de abajo, porque así, pensaba, me acercaba más a la presencia del señor Rochester.

—Debe de tener ganas de merendar —dijo la buena señora cuando me reuní con ella— ha comido tan poco a la hora de almorzar. Me temo —continuó— que no está usted muy bien hoy; parece acalorada y febril.

—Oh, estoy muy bien. Jamás me he sentido mejor.

—Entonces debe demostrarlo con un buen apetito. ¿Quiere llenar la tetera mientras acabo esta aguja? —Cuando completó dicha tarea, se levantó para bajar la persiana, que antes había mantenido alzada, supongo que para aprovechar al máximo la luz de día, aunque el crepúsculo daba paso rápidamente a la oscuridad total.

—Hace buena noche —dijo, mirando a través del cristal—, aunque no lucen las estrellas. Después de todo, el señor Rochester ha tenido un día favorable para su viaje.

—¡Viaje! ¿Es que el señor Rochester se ha ido a algún sitio? No sabía que hubiera salido.

—Pues se marchó inmediatamente después del desayuno. Se ha ido a Leas, a casa del señor Eshton, a unas diez millas al otro lado de Millcote. Creo que hay un grupo grande reunido allí: lord Ingram, sir George Lynn, el coronel Dent y otros.

—¿Lo esperan de vuelta esta noche?

—No, ni mañana tampoco. Es muy probable que se quede una semana o más. Cuando se reúnen estos personajes importantes, se encuentran tan rodeados de elegancia y alegría, tan bien provistos

de todo lo agradable y entretenido, que no tienen prisa por separarse. Los caballeros, sobre todo, son muy solicitados en tales ocasiones, y el señor Rochester tiene tantos talentos y es tan alegre en sociedad, que, tengo entendido, es todo un favorito. Las señoras le tienen en gran estima, aunque su aspecto no parece una gran recomendación a sus ojos. Pero supongo que sus conocimientos y sus habilidades, y quizás su riqueza y su linaje, compensan cualquier defecto en su apariencia.

—¿Hay señoras en Leas?

—Están la señora Eshton y sus tres hijas, unas damas muy elegantes. Luego están las honorables Blanche y Mary Ingram, unas mujeres muy hermosas, creo. De hecho, conocí a Blanche, hace seis o siete años, cuando ella era una joven de dieciocho. Vino aquí a un baile y cena que celebró el señor Rochester. Hubiera debido ver el comedor aquel día, ¡qué ricamente adornado y qué bien iluminado! Pienso que habría unos cincuenta damas y caballeros, todos de las mejores familias del país, y la señorita Ingram era la más hermosa de todas.

—¿Y dice usted que la vio, señora Fairfax? ¿Cómo era?

—Sí, la vi. Las puertas del comedor estaban abiertas y, como era Navidad, a los sirvientes se les permitió reunirse en el vestíbulo para oír cantar y tocar a algunas señoras. El señor Rochester quiso que yo pasara, así que me senté en un rincón discreto y los observé. Jamás he visto una escena más espléndida: las señoras estaban magníficamente ataviadas, y la mayoría —por lo menos, la mayoría de las jóvenes— estaban guapas, pero la señorita Ingram era la reina, desde luego.

—¿Y cómo era?

—Alta, bien formada, los hombros torneados, un cuello largo y grácil, la tez olivácea, morena pero transparente; facciones nobles, los ojos algo parecidos a los del señor Rochester: grandes y negros, y tan brillantes como sus joyas. Y un cabello maravilloso, muy bien peinado: una corona de gruesas trenzas por detrás, y, por delante, los rizos más largos y lustrosos que jamás haya visto. Iba vestida de

blanco inmaculado y llevaba un fular color ámbar echado sobre el hombro, cruzando el pecho, atado a un lado y cayendo con largos flecos hasta debajo de las rodillas. Llevaba también una flor de color ámbar en el pelo, que contrastaba con la cascada azabache de sus rizos.

—La admiraron mucho, por supuesto.

—Por supuesto, y no solo por su belleza, sino también por su talento. Fue una de las señoras que cantaron; la acompañó un caballero al piano. Ella y el señor Rochester cantaron un dueto.

—¡El señor Rochester! No sabía que cantara.

—Pues tiene una bonita voz de bajo, y excelente gusto para la música.

—¿Y la señorita Ingram? ¿Cómo era su voz?

—Una voz modulada y potente: cantó maravillosamente, fue un placer oírla; y tocó después. No soy entendida en música, pero el señor Rochester lo es, y le oí decir que su actuación fue extremadamente buena.

—¿Y esta señorita bella y habilidosa no se ha casado todavía?

—Parece ser que no. Creo que ni ella ni su hermana tienen gran fortuna. La mayoría de las propiedades del viejo lord Ingram estaban indivisas y el hijo mayor lo heredó casi todo.

—Me extraña que no se haya prendado de ella ningún noble o caballero rico. El señor Rochester, por ejemplo. Él es rico, ¿verdad?

—Sí, pero, verá, hay una diferencia de edad considerable. El señor Rochester tiene casi cuarenta años y ella solo veinticinco.

—¿Y qué importa eso? Se forman parejas más desiguales todos los días.

—Es cierto. Pero no me imagino que el señor Rochester tenga semejante idea. ¡Pero no come usted nada! Apenas ha probado bocado desde que ha empezado a merendar.

—No, tengo demasiada sed para comer. ¿Me permite tomar otra taza de té?

Estuve a punto de sacar otra vez el tema de la probabilidad de una unión entre el señor Rochester y la bella Blanche, pero llegó

Adèle y la conversación se fue por otros derroteros.

Cuando me encontraba sola de nuevo, repasé todo lo que me habían dicho. Miré dentro de mi corazón para examinar mis pensamientos y sentimientos, e intenté devolver, con mano dura, al seguro redil del sentido común los que se habían desviado hacia los parajes sin lindes y sin senderos de la imaginación.

Citada en mi propio tribunal, y después de atestiguar la Memoria sobre las esperanzas, deseos y sentimientos que alimentaba desde la noche pasada y sobre mi estado de ánimo general durante casi quince días; habiéndose presentado a declarar la Razón, a su habitual manera tranquila, y habiendo contado esta el relato sencillo y sin adornos de cómo yo había rechazado lo verdadero para devorar lo ideal, dicté sentencia de esta manera:

Que nunca había respirado el aliento de la vida una idiota mayor que Jane Eyre, que una tonta más fantasiosa jamás se había atracado con dulces mentiras, ni tragado veneno como si fuese néctar.

«*¿Tú* —dije— favorita del señor Rochester? *¿Tú*, investida con el poder de agradarlo? *¿Tú*, importarle de alguna manera? Vamos, me repugna tu insensatez. Has hallado placer en muestras casuales de preferencia, muestras equívocas, viniendo de un caballero de buena familia, un hombre de mundo, a una novicia y subordinada. ¿Cómo te has atrevido? ¡Pobre tonta crédula! ¿Ni por amor propio has podido ser más sensata? Esta mañana has repasado la breve escena de anoche, ¡esconde la cara de vergüenza! ¿Conque dijo algo sobre tus ojos? ¡Ciega inexperta! ¡Levanta los párpados pesados para contemplar tu execrable insensatez! No le conviene a ninguna mujer que la adule un superior que no puede tener intención de casarse con ella; y es una locura por parte de todas las mujeres fomentar dentro de ellas un amor secreto que, si no es correspondido ni conocido, devorará la vida de la que se alimenta, y si es correspondido, la atraerá, al estilo del *ignis fatuus*, a lugares cenagosos de donde no puede salir.

»Escucha tu sentencia entonces, Jane Eyre. Mañana, colócate un espejo delante y dibuja con tiza tu propia imagen, fielmente, sin atenuar ni un defecto; no omitas ninguna línea imperfecta y no corrijas ninguna irregularidad, y escribe debajo “Retrato de una Institutriz, huérfana, pobre y fea”.

»Después, coge un trozo de suave marfil (tienes uno en tu caja de dibujo), y tu paleta y mezcla los colores más frescos, claros y suaves, elige tus pinceles más delicados de pelo de camello y dibuja cuidadosamente el rostro más bello que puedas imaginar. Coloréalo con los tonos más suaves y las sombras más dulces, según la descripción que de Blanche Ingram hiciera la señora Fairfax. Recuerda los rizos de ébano, los ojos orientales… ¿Qué? ¿Usarás de modelo los del señor Rochester? ¡Orden en la sala! ¡No toleraré gimoteos, ni sentimentalismos, ni lamentaciones! sino solo buen sentido y resolución. Recuerda las líneas majestuosas y armoniosas, el busto griego; que se vean el precioso brazo torneado y la mano delicada; no olvides la sortija de brillantes ni la pulsera de oro; reproduce fielmente la ropa: encajes etéreos y raso lustroso, fular elegante y rosa dorada, y llámalo “Blanche, una dama distinguida”.

»Cuando, en el futuro, se te ocurra pensar que te aprecia el señor Rochester, saca estos dos retratos y compáralos, diciendo: “Es probable que el señor Rochester consiguiera el amor de esta noble dama si se lo propusiera. ¿Es probable que pierda el tiempo pensando en esta otra, plebeya indigente e insignificante?”.

»Así lo haré», resolví, y después de tomar esta decisión, me serené y me quedé dormida.

Fui fiel a mi palabra. Una hora o dos fueron suficientes para dibujar con carbón mi propio retrato y, en menos de quince días, había acabado la miniatura de marfil de una Blanche Ingram imaginaria. Era una hermosa cara y, cuando la comparé con la cabeza de carbón, el contraste era tan grande como pudiera desear mi autodominio. Me beneficié de la tarea: había mantenido

ocupadas mi cabeza y mis manos, y había dado fuerza y firmeza a las impresiones que quería imprimir para siempre en mi corazón.

Poco tiempo después, tuve ocasión de felicitarme por la tarea de sana disciplina a la que había sometido mis sentimientos; gracias a ella, pude enfrentarme a los sucesos posteriores con una serenidad, que, de no estar preparada, habría sido incapaz siquiera de aparentar externamente.

Capítulo II

Pasó una semana sin que llegaran noticias del señor Rochester; pasaron diez días, y aún no había vuelto. La señora Fairfax dijo que no le sorprendería que se fuera directamente de Leas a Londres, y de allí al continente, sin aparecer por Thornfield durante un año; no era raro que se marchara de una manera tan repentina e inesperada. Al oír esto, empecé a sentirme extrañamente estremecida y desfallecida. De hecho, me estaba dejando llevar por una sensación opresiva de decepción, pero, haciendo acopio de serenidad y recordando mis principios, puse orden rápidamente en mis sentimientos. Fue maravilloso cómo superé la torpeza pasajera, cómo despejé las dudas que me hacían creer que los movimientos del señor Rochester eran un asunto que me atañía de manera vital. Y no tuve que humillarme con una idea servil de inferioridad; al contrario, me dije simplemente:

«Tú no tienes nada que ver con el señor de Thornfield, aparte de recibir el salario que te paga por instruir a su protegida, y sentirte agradecida por el trato respetuoso y amable que, si cumples con tu deber, tienes derecho a esperar de él. Date cuenta de que este es el único vínculo que él realmente reconoce que existe entre los dos, y no lo conviertas en el objeto de tus sentimientos refinados, ni de tus embelesos, ni de tus sufrimientos. No es de tu clase; mantente dentro de tu casta, y ten la autoestima suficiente para no derrochar todo el amor de tu corazón, alma y espíritu donde tal don no es deseado y sería despreciado».

Continué tranquilamente desempeñando mis obligaciones del día; pero, de vez en cuando, se insinuaban entre mis pensamientos vagas sugerencias de motivos por los que debía abandonar Thornfield; involuntariamente me dedicaba a inventar anuncios y hacer cavilaciones sobre nuevos puestos. No me pareció necesario reprimir aquellos pensamientos: que brotaran y dieran fruto si podían.

El señor Rochester llevaba ausente más de quince días, cuando llegó una carta en el correo para la señora Fairfax.

—Es del amo —dijo, mirando las señas—. Ahora supongo que sabremos si hemos de esperar su regreso o no.

Y, mientras rompía el sello y leía el documento, yo seguí tomando mi café (estábamos desayunando); estaba caliente, y atribuí a este hecho el intenso rubor que tiñó de repente mis mejillas. El motivo del temblor de mis manos o de que derramara involuntariamente la mitad del contenido de la taza en el plato, no quise analizarlo.

—Bien, a veces pienso que estamos demasiado tranquilos aquí, pero ahora corremos el riesgo de tener demasiada actividad, por lo menos, durante algún tiempo —dijo la señora Fairfax, sosteniendo la carta todavía ante sus lentes.

Antes de permitirme pedir una explicación, até las cintas del delantal de Adèle, que se habían desatado; después de servirle, además, otro bollo y de llenar de leche su taza, dije con indiferencia:

—Supongo que el señor Rochester no va a volver pronto.

—Desde luego que sí, dentro de tres días, dice; es decir, el próximo jueves, y no viene solo. No sé cuántas personas elegantes de Leas van a venir con él; manda instrucciones de que se preparen los mejores dormitorios, y de que se limpien la biblioteca y el salón, y he de traer más ayudantes de cocina de la George Inn, en Millcote, y de donde pueda; las señoras vendrán con sus doncellas y los caballeros con sus ayudas de cámara, así que tendremos la casa llena. —La señora Fairfax acabó de tomarse el desayuno y se marchó deprisa para comenzar los preparativos.

Los tres días fueron, según predijo ella, de mucha actividad. Yo había pensado que todos los cuartos de Thornfield estaban muy pulcros y ordenados, pero parece ser que me equivocaba. Se trajeron a tres mujeres para ayudar, y no he visto, ni antes ni después, tanto frotar, cepillar, descolgar y colgar cuadros, sacar brillo a espejos y arañas, encender fuego en los dormitorios, orear sábanas y colchones. Adèle corría como loca en medio de todo ello. Los preparativos para recibir compañía y las expectativas de su llegada la pusieron fuera de sí. Quería que Sophie repasara todos sus *toilettes*, como llamaba a sus vestidos, que renovara los que estuvieran *passées* y que oreara y preparara los nuevos. Y ella no hacía más que corretear por las habitaciones de delante, saltar encima de las camas, tumbarse sobre las pilas de colchones, largueros y almohadas que yacían ante los enormes fuegos que ardían en las chimeneas. Estaba dispensada de las tareas de clase: la señora Fairfax había reclamado mis servicios, por lo que pasaba todo el día en la despensa ayudando (o estorbando) a ella y a la cocinera, aprendiendo a hacer natillas, tarta de queso y repostería francesa, sazonar y preparar la caza y adornar fuentes de postre.

Se esperaba que llegaran los invitados el jueves por la tarde, a tiempo para cenar a las seis. En el ínterin, no tuve tiempo de alimentar quimeras y creo que estuve tan activa y alegre como todos los demás, con la excepción de Adèle. Sin embargo, de cuando en cuando sentía tristeza dentro de mi alegría y, a pesar mío, me encontraba de nuevo inmersa en un mar de dudas, augurios y sombrías conjeturas. Esto ocurría cuando veía abrirse lentamente la puerta del tercer piso (últimamente cerrada con llave) para dar paso a la figura de Grace Poole con su gorro pudoroso, su delantal blanco y su pañuelo; cuando la observaba deslizarse por el corredor, sus pasos amortiguados por las zapatillas de tela, cuando la veía asomarse a los dormitorios bulliciosos y desordenados —solo para decir una palabra, quizás, a una de las limpiadoras sobre la forma correcta de bruñir una parrilla, limpiar una repisa de mármol o quitar una mancha del papel pintado, y luego seguir su camino—. De este

modo bajaba, una vez al día, a la cocina; comía, fumaba una buena pipa junto al fuego, y volvía, llevando su jarra de cerveza, a la soledad privada de su tenebrosa guarida. Solo pasaba una hora de las veinticuatro con los otros criados en la cocina, y el resto de su tiempo transcurría en un cuarto del tercer piso con techo bajo y paneles de roble. Allí se sentaba y cosía —y probablemente reía tristemente para sí— tan sola como un prisionero en un calabozo.

Lo más extraño de todo era que no había un alma en la casa, salvo yo, que se fijara en sus costumbres o que se sorprendiera por ellas; nadie hablaba de su posición o empleo, nadie la compadecía por su soledad y aislamiento. Una vez oí parte de una conversación entre Leah y una de las limpiadoras, el tema de la cual era Grace. Leah dijo algo que no cogí, y la limpiadora comentó:

—La pagan bien, supongo.

—Sí —dijo Leah— ¡ojalá me pagaran lo mismo a mí! Aunque no puedo quejarme, son bastante espléndidos en Thornfield, pero no cobro ni una quinta parte de lo que cobra la señora Poole. Está ahorrando, por cierto; cada trimestre va al banco de Millcote. No me extrañaría que hubiera ahorrado suficiente para vivir independiente si se quisiera marchar, pero supongo que se ha acostumbrado a este lugar y, por otra parte, todavía no ha cumplido los cuarenta y es fuerte y capaz para cualquier trabajo. Es demasiado pronto para que deje su empleo.

—Supongo que es buena trabajadora —dijo la limpiadora.

—Comprende lo que ha de hacer, mejor que nadie —contestó Leah intencionadamente—, y no podría hacer cualquiera lo que hace ella, ni por todo el dinero que cobra.

—Me imagino que no —fue la respuesta—. Me pregunto si el amo…

La limpiadora iba a seguir, pero en ese momento se giró Leah y me vio, e inmediatamente le dio un codazo a su compañera.

—¿Es que no lo sabe? —oí susurrar a la mujer.

Leah negó con la cabeza y dejaron la conversación. Todo lo que saqué en limpio fue que había un misterio en Thornfield, y que yo

era excluida a propósito de ese misterio.

Llegó el jueves. Se había terminado todo el trabajo la tarde anterior: se extendieron las alfombras, se enguirnaldaron las cortinas, se colocaron las blanquísimas colchas, se ordenaron los tocadores, se pulimentaron los muebles, se llenaron los jarrones de flores. Tanto los dormitorios como los salones estaban tan espléndidos como las manos pudieron conseguir. El vestíbulo y el gran reloj tallado estaban también deslumbrantes, y los peldaños y el pasamanos de la escalera relucían como el cristal. En el comedor, el aparador fulgía con el brillo de la plata. En el salón y en el camarín, había jarrones de flores exóticas por doquier.

Llegó la tarde. La señora Fairfax se puso su mejor vestido de raso, sus guantes y su reloj de oro, porque le correspondía a ella recibir a los visitantes y acompañar a las señoras a sus habitaciones. Adèle también se arregló, aunque yo pensé que había pocas probabilidades de que la presentaran a los huéspedes, por lo menos ese día. Sin embargo, permití que Sophie la vistiera con uno de sus trajes cortos de muselina de falda amplia. Por mi parte, no había necesidad de hacer cambios; no me haría falta abandonar mi refugio en el aula, pues se había convertido en refugio para mí, «un refugio muy agradable para los tiempos difíciles»[23].

Era un día templado de primavera, uno de esos días de finales de marzo o principios de abril que amanecen sobre la tierra como precursores del verano. Ahora se acercaba a su fin, pero la tarde era aún cálida y me quedé trabajando en el aula junto a la ventana abierta.

—Se está haciendo tarde —dijo la señora Fairfax, vestida ya con sus mejores galas—. Me alegro de haber pedido la cena para una hora más tarde de lo que dijo el señor Rochester, porque ya son más de las seis. He mandado a John a la entrada a ver si puede ver algo en la carretera; desde allí se ve a mucha distancia en dirección a Millcote. —Se acercó a la ventana—. ¡Aquí está! —dijo, asomándose—. John, ¿hay noticias?

—Ya vienen, señora —fue la respuesta—. Estarán aquí dentro de diez minutos.

Adèle fue corriendo a la ventana. Yo la seguí, cuidando de ponerme a un lado, tapada por la cortina, de modo que pudiera ver sin ser vista.

Los diez minutos calculados por John se hicieron muy largos, pero por fin se oyeron las ruedas, aparecieron cuatro jinetes galopando por la calzada y detrás llegaron dos carruajes. En los vehículos había un revuelo de velos y plumas; dos de los jinetes eran jóvenes y vistosos; el tercero era el señor Rochester, montado en su negro corcel, *Mesrour*, con *Pilot* brincando delante de él; a su lado montaba una señora, y tanto él como ella eran los primeros del grupo. La amazona morada de ella llegaba al suelo, su velo ondulaba en la brisa y, entre sus pliegues transparentes, relucían sus rizos de azabache.

—¡La señorita Ingram! —exclamó la señora Fairfax, y salió deprisa para ocupar su puesto abajo.

La cabalgata siguió la curva del camino de entrada, dio la vuelta a la casa y la perdí de vista. Adèle pidió permiso para bajar, pero la senté en mi regazo y le expliqué claramente que en ningún momento debía presentarse ante las damas a no ser que se lo pidieran expresamente, diciéndole que el señor Rochester se enfadaría mucho de lo contrario. «Vertió algunas lágrimas al oír esto»[24], pero, viéndome muy seria, finalmente optó por enjugárselas.

Se oía un alegre bullicio en el vestíbulo: los acentos graves de los caballeros se mezclaban armoniosamente con los tonos argentinos de las señoras y, entre todas las voces, se podía distinguir la sonora del amo de Thornfield Hall, dando la bienvenida a sus huéspedes galantes. Después, se oyeron pasos ligeros en la escalera y una confusión de movimientos por el pasillo, risas quedas y alegres, el abrir y cerrar de puertas, y luego, durante un rato, el silencio.

—*Elles changent de toilettes* —dijo Adèle, que había seguido cada movimiento con el oído; luego suspiró—. *Chez maman* —dijo — *quand il y avait du monde, je les suivait partout, au salon et à leurs chambres; souvent je regardais les femmes de chambre coiffer et habiller les dames, et c'était si amusant: comme cela on apprend*[25].

—¿No tienes hambre, Adèle?

—*Mais oui, mademoiselle: voilà cinq ou six heures que nous n'avons pas mangé*[26].

—Entonces, mientras las señoras están en sus cuartos, bajaré a traerte algo de comer.

Y saliendo con cuidado de mi refugio, fui por una escalera de servicio que conducía directamente a la cocina. En aquella zona, todo era fuego y confusión; la sopa y el pescado estaban en la última fase de su preparación, y la cocinera estaba pendiente de sus crisoles en un estado mental y físico que hacía temer la combustión espontánea. En la sala de los criados, había dos cocheros y tres ayudas de cámara sentados o de pie alrededor de la chimenea. Supuse que las doncellas estarían arriba con sus señoras. Las nuevas criadas traídas de Millcote bullían por todas partes. Sorteando aquel caos, llegué por fin a la despensa, donde me hice con un pollo frío, un panecillo, algunas tartaletas y un par de platos y cubiertos, y, con tal botín, me batí en retirada. Había vuelto a la meseta y estaba cerrando la puerta a mis espaldas, cuando un ronroneo me advirtió que las señoras estaban a punto de salir de sus dormitorios. No podía llegar al aula sin pasar por delante de algunas de sus puertas y arriesgarme a ser descubierta con mi carga de provisiones, por lo que me quedé quieta en un extremo que, al no tener ventanas, estaba bastante oscuro, porque se había puesto el sol y caía la noche.

Las bellas señoras fueron saliendo una tras otra, alegres y ligeras, con vestidos que relucían en la media luz. Se quedaron un momento juntas al otro extremo del corredor conversando en un tono vivaz aunque amortiguado; después bajaron la escalera,

haciendo casi tan poco ruido como la neblina al bajar por el monte. Su aspecto colectivo me había dejado una impresión de elegancia de alta cuna como nunca antes hubiera visto.

Encontré a Adèle asomada a la puerta medio abierta del aula.

—¡Qué señoras más bellas! —exclamó en inglés—. ¡Ojalá pudiera reunirme con ellas! ¿Cree que el señor Rochester nos mandará llamar luego, después de cenar?

—Creo que no; el señor Rochester tiene otras cosas en que pensar. Olvida a las señoras por esta noche; quizás las veas mañana. Aquí tienes la cena.

Tenía mucha hambre, así que el pollo y las tartaletas la entretuvieron un rato. Fue una suerte que me hubiera hecho con esta comida, porque si no, tanto ella como yo y Sophie, a la que dimos parte de nuestra colación, habríamos corrido el riesgo de quedarnos sin cenar: todos los de abajo estaban demasiado ocupados para pensar en nosotras. No acabaron de retirar los postres hasta pasadas las nueve, y, a las diez, aún había lacayos corriendo de aquí para allá con bandejas de café. Permití a Adèle quedarse levantada mucho más de lo acostumbrado, porque dijo que le sería imposible dormirse con las puertas de abajo abriéndose y cerrándose constantemente y el alboroto de la gente. Además, una vez que se hubiera desvestido, podría llegar un mensaje del señor Rochester, *et alors quel dommage!*[27].

Le estuve contando cuentos mientras quiso escucharlos y, luego, para variar de actividad, la saqué al corredor. Estaba encendida la lámpara del vestíbulo y la divirtió apoyarse en la balaustrada y observar a los criados ir y venir. Muy entrada la noche, empezó a salir el sonido de música del salón, adonde habían llevado el piano; Adèle y yo nos sentamos en un peldaño en lo alto de la escalera para escuchar. Al rato, se unió una voz a las bellas notas del instrumento; era una voz de mujer, muy dulce. El solo fue seguido por un dueto, y luego por otro solo; los intervalos se llenaron con los murmullos de alegres conversaciones. Estuve mucho rato escuchando; me di cuenta de repente de que mi oído se interesaba

solamente en analizar la mezcla de sonidos y distinguir la voz del señor Rochester en medio de la algarabía, y, cuando lo consiguió, cosa que no tardó en hacer, se propuso realizar una tarea más difícil todavía: convertir los sonidos, inarticulados por la distancia, en palabras.

Dieron las once. Miré a Adèle, que tenía la cabeza apoyada en mi hombro; le pesaban ya los párpados, así que la cogí en brazos y la llevé a la cama. Era casi la una cuando las señoras y los caballeros se retiraron a sus cuartos.

El día siguiente fue tan bueno como su predecesor, y el grupo lo dedicó a hacer una excursión a algún lugar de los alrededores. Salieron temprano por la mañana, algunos a caballo y otros en coche; presencié tanto la salida como el regreso. Como en la ocasión anterior, la señorita Ingram era la única amazona, y, como en la ocasión anterior, el señor Rochester galopaba a su lado; iban un poco apartados de los demás. Comenté este hecho a la señora Fairfax que estaba en la ventana conmigo:

—Usted dijo que no era probable que pensaran en casarse —dije—, pero ya ve que es evidente que el señor Rochester la prefiere a las otras señoras.

—Sí, supongo. Sin duda la admira.

—Y ella a él —añadí—. Mire usted cómo inclina la cabeza hacia él como si le hiciera confidencias. Me gustaría ver su rostro. Aún no lo he visto.

—Lo verá usted esta noche —respondió la señora Fairfax—. Comenté al señor Rochester que Adèle tenía muchas ganas de ser presentada a las señoras, y él dijo: «Que venga al salón después de cenar, y diga a la señorita Eyre que la acompañe».

—Habrá dicho eso por educación simplemente. Estoy segura de que no hace falta que vaya yo —contesté.

—Bueno, yo le comenté que, como usted no está acostumbrada a estar con compañía, pensé que no le gustaría presentarse ante un grupo tan alegre de personas, todas extrañas, y él contestó

rápidamente: «¡Tonterías! Si pone reparos, dígale que es mi expreso deseo, y, si aún se resiste, dígale que iré a buscarla yo mismo».

—No tendrá que molestarse —respondí—. Iré, si no tengo elección, pero no me apetece. ¿Usted estará allí, señora Fairfax?

—No, di una excusa, y él la admitió. Le explicaré cómo arreglárselas para evitar la vergüenza de una entrada formal, que es la peor parte del asunto. Debe usted entrar en el salón cuando esté vacío, antes de que las señoras se retiren de la mesa, y elegir un sitio en un rincón tranquilo. No tiene que quedarse mucho tiempo después de llegar los caballeros, si no quiere. Deje que vea el señor Rochester que está usted allí y escápese después; nadie se dará cuenta.

—¿Cree usted que se quedarán mucho tiempo estas personas?

—Quizás dos o tres semanas, seguro que no más. Después de las vacaciones de Pascua, sir George Lynn, recientemente elegido representante de Millcote en el Parlamento, tendrá que ir a Londres a ocupar su escaño. Supongo que lo acompañará el señor Rochester; me sorprende que se haya quedado tanto tiempo ya en Thornfield.

Noté con cierta alarma que se aproximaba la hora en la que habría de dirigirme con mi alumna al salón. Adèle había estado todo el día en un estado de éxtasis al saber que iba a ser presentada a las señoras por la noche, y no se tranquilizó hasta que Sophie empezó la operación de vestirla. La importancia de aquel proceso la serenó y, cuando se vio peinada, con los tirabuzones dispuestos en bonitos racimos, vestida con el traje de raso rosado, el fajín atado y los mitones de encaje puestos, estuvo tan seria como un juez. No hizo falta decirle que no desordenara su ropa; una vez engalanada, se sentó, recatada, en una silla, teniendo cuidado de levantar antes la falda de raso para no arrugarla, y me prometió que no se movería hasta que yo estuviera dispuesta. Yo me arreglé enseguida; me puse rápidamente mi mejor vestido (el gris perla, que había comprado para la boda de la señorita Temple y que no me había

vuelto a poner), me alisé velozmente el cabello y me coloqué en un momento mi único adorno, el broche de perlas. Bajamos.

Afortunadamente había otra entrada al salón sin pasar por el comedor, donde estaban todos cenando. Encontramos la habitación vacía; ardía un gran fuego en el hogar de mármol y brillaban solitarias velas de cera entre las preciosas flores que adornaban las mesas. La cortina carmesí pendía del arco, y aunque esta tapicería era una separación pequeña del grupo del comedor contiguo, hablaban tan bajo que no se oía de su conversación más que un murmullo tranquilizador.

Adèle, aún aparentemente bajo la influencia de la solemnidad de la ocasión, se sentó sin una palabra en el escabel que le señalé. Yo me retiré al poyo de la ventana y, cogiendo un libro de una mesa cercana, intenté leer. Adèle aproximó el escabel a mis pies y, después de un rato, me tocó la rodilla.

—¿Qué ocurre, Adèle?

—*Est-ce que je ne puis pas prendre une seule de ces fleurs magnifiques, mademoiselle? Seulement pour compléter ma toilette*[28].

—Le das demasiada importancia a tu «toilette», Adèle, pero puedes coger una flor. —Y tomé una rosa de un jarrón y la coloqué en su fajín. Suspiró con una satisfacción inenarrable, como si se acabara de colmar su copa de felicidad. Giré la cara para ocultar una sonrisa que no pude reprimir: había algo ridículo e incluso doloroso en la grave veneración innata de la pequeña parisina por las cuestiones de vestuario.

Se oyó el sonido suave de gente levantándose, se corrió la cortina del arco y se vio el comedor, con su larga mesa iluminada por la luz de la araña, haciendo relucir la plata y la magnífica cristalería que la cubrían, y, de pie en la entrada, un grupo de señoras; pasaron, y la cortina volvió a caer a sus espaldas.

Solo eran ocho, pero daban la impresión de ser muchas más cuando entraron. Algunas eran muy altas; varias vestían de blanco, y todas tenían unos vestidos amplios, que parecían aumentar sus

cuerpos como la niebla engrandece la luna. Me levanté y les hice una reverencia, y una o dos me correspondieron con un movimiento de cabeza; las otras solo se quedaron mirándome.

Se dispersaron por la habitación y me recordaron una bandada de aves de plumaje blanco, por la ligereza y liviandad de sus movimientos. Algunas se recostaron en los sofás y otomanas; otras se inclinaron sobre las mesas para examinar las flores y los libros, y las demás se agruparon alrededor del fuego. Todas hablaban en un tono bajo y claro, que parecía serles habitual. Me enteré de sus nombres más tarde, pero los mencionaré aquí.

Primero estaban la señora Eshton y sus dos hijas. Se veía que ella había sido muy guapa, y se conservaba bien todavía. De sus hijas, la mayor, Amy, era algo pequeña, inocente e infantil de cara y de modales, y de talle atractivo; el vestido de muselina blanca con fajín azul le sentaba bien. La segunda, Luisa, era más alta y de figura más elegante, muy bonita de cara, del tipo que los franceses llaman *minois chiffonné*. Las dos hermanas eran pálidas como azucenas.

Lady Lynn era un personaje grande y robusto de unos cuarenta años, muy erguida y arrogante, ricamente ataviada con un vestido de raso de colores cambiantes. Su cabello castaño brillaba bajo una pluma azul y una tiara de piedras preciosas.

La esposa del coronel Dent era menos vistosa, pero, en mi opinión, más señorial. Era esbelta, de rostro pálido y dulce y cabello rubio. Me agradaban más su traje de raso negro, su chal de suntuoso encaje extranjero y sus alhajas de perlas que el esplendor irisado de la señora con título.

Pero las tres más distinguidas —en parte, quizás, por ser las más altas del grupo— eran la viuda lady Ingram y sus hijas, Blanche y Mary. Eran altísimas las tres. La viuda podía tener entre cuarenta y cincuenta años: todavía conservaba su buen tipo, y el cabello, por lo menos a la luz de las velas, era aún negro; también los dientes parecían perfectos. La mayoría de las personas la hubieran llamado una mujer espléndida para su edad, y, sin duda, lo era, físicamente

hablando; pero había una expresión de arrogancia casi intolerable en su porte y en su rostro. Tenía rasgos romanos y una papada que terminaba en una garganta como una columna; estos rasgos me parecían no solo hinchados y ensombrecidos, sino incluso surcados por el orgullo, y la barbilla seguía el mismo patrón, colocada con una rigidez casi sobrenatural. Tenía, asimismo, unos ojos duros y fieros, que me recordaron los de la señora Reed; mascaba las palabras al hablar, con voz grave, de inflexiones pomposas y dogmáticas; en fin, una persona insoportable. Un traje de terciopelo carmesí y un turbante de un tejido indio de lamé le conferían (me imagino que creía ella) una dignidad verdaderamente regia.

Blanche y Mary eran de la misma estatura, erguidas y altas como álamos. Mary era demasiado delgada para su altura, pero Blanche estaba moldeada como una Diana. La observé, por supuesto, con especial interés. Primero, quería comprobar si su aspecto confirmaba la descripción de la señora Fairfax; segundo, si se asemejaba en algo a la miniatura que había pintado de ella; y tercero —¡he de decirlo!— si era como se me antojaba debía de ser la pareja elegida por el señor Rochester.

En cuanto a su aspecto, correspondía punto por punto tanto a mi retrato como a la descripción de la señora Fairfax. Busto noble, hombros torneados, cuello grácil, ojos oscuros, rizos negros: todos estaban allí. ¿Pero el rostro? El rostro era como el de su madre, una versión joven y sin arrugas: la misma frente baja, las mismas facciones arrogantes, el mismo orgullo. Sin embargo, no era un orgullo tan melancólico; se reía a menudo, y su risa era sardónica, como la expresión habitual de su boca arqueada y altanera.

Se dice que el ingenio va unido a la fatuidad; no sé si la señorita Ingram era ingeniosa, pero fatua sí era, muchísimo. Se puso a discutir de botánica con la dulce señora Dent. Parece que la señora Dent no había estudiado esta ciencia, aunque, como dijo, le gustaban las flores, «especialmente las silvestres». La señorita Ingram sí la había estudiado y utilizaba los tecnicismos con soltura. Me di cuenta enseguida de que estaba (lo que se llama

coloquialmente) *chanceándose* de la señora Dent, es decir, burlándose de su ignorancia; puede que sus *chances* fuesen ingeniosos, pero, desde luego, no eran bienintencionados. Tocó el piano, y su ejecución fue impecable; cantó, y su voz fue hermosa; habló francés con su madre, y lo habló bien, fluidamente y con buen acento.

Mary tenía una expresión más dulce y abierta que Blanche, las facciones más suaves y el cutis bastante más claro (la mayor de las señoritas Ingram era tan morena como una española), pero a Mary le faltaba vitalidad: su rostro carecía de expresión y sus ojos de brillo; no tenía nada que decir. Una vez sentada, se quedó quieta como una estatua en su pedestal. Ambas hermanas iban ataviadas de blanco inmaculado.

¿Me parecía ahora la señorita Ingram la posible elegida del señor Rochester? No lo sabía, no conocía su gusto en cuestiones de belleza femenina. Si le gustaba lo majestuoso, ella era la majestuosidad personificada; además, era educada y garbosa. Pensé que la mayor parte de los hombres la admiraría, y ya creía tener pruebas de que ella admiraba. Para despejar la última sombra de duda, solo me quedaba verlos juntos.

No has de suponer, lector, que Adèle ha estado sentada inmóvil en el escabel a mis pies todo este tiempo. No, cuando entraron las señoras, se levantó, se adelantó a recibirlas, hizo una elegante reverencia y dijo, muy seria:

—*Bon jour, mesdames*.

La señorita Ingram la miró con aire burlón y exclamó:

—¡Vaya, qué muñequita!

Lady Lynn comentó:

—Supongo que es la pupila del señor Rochester, la francesita de la que habló.

La señora Dent le estrechó bondadosamente la mano y le dio un beso.

Amy y Louisa Eshton exclamaron simultáneamente:

—¡Qué ángel!

Y se la llevaron a un sofá, donde se encontraba aún, acomodada entre ambas y charloteando alternativamente en francés e inglés chapurreado, manteniendo la atención no solo de las dos jóvenes, sino de la señora Eshton y de lady Lynn, todas las cuales la colmaban de mimos.

Por fin traen el café y llaman a los caballeros. Yo me quedo en la sombra, si es que existe alguna en el aposento tan vivamente iluminado, medio oculta por las cortinas. Se alza la cortina del arco nuevamente, y entran ellos. El aspecto colectivo de los señores, como el de las damas, es impresionante: todos van de negro, la mayoría de ellos son altos, y algunos jóvenes. Henry y Frederick Lynn son unos lechuguinos realmente elegantes, y el coronel Dent es un hombre de aspecto castrense. El señor Eshton, magistrado del distrito, es señorial con el cabello totalmente blanco, aunque las cejas y las patillas son aún oscuras, lo que le da el aspecto de un *père noble de théâtre*[29]. Lord Ingram es muy alto, como sus hermanas, y, como ellas, bien parecido, aunque comparte con Mary la mirada apática y desidiosa; parece tener más longitud de extremidades que vitalidad de sangre o vigor de cerebro.

¿Y dónde está el señor Rochester?

Es el último; aunque yo no miro hacia el arco, lo veo entrar. Intento concentrar mi atención en las agujas de mallas y en las redecillas del bolso que estoy haciendo. Solo quiero pensar en la labor que tengo entre manos, solo ver las cuentas de plata e hilos de seda que yacen en mi regazo. Sin embargo, veo claramente su figura, y recuerdo, inevitablemente, la última ocasión en la que la contemplé: después de prestarle lo que él consideraba un servicio esencial, mientras me cogía de la mano y me miraba la cara con ojos que revelaban un corazón henchido y deseoso de desbordarse, y yo era el motivo. ¡Qué cerca estuve de él en aquel momento! ¿Qué había ocurrido desde entonces para cambiar la relación que existía entre ambos? Ahora, sin embargo, ¡qué distantes estábamos! Tan distantes, que no esperaba que se aproximase a hablar conmigo. No me sorprendió que, sin mirarme, tomase asiento

al otro lado de la habitación y comenzase a conversar con algunas señoras.

En cuanto vi que su atención estaba fija en ellas y que podía mirar sin que me observase, mis ojos se dirigieron involuntariamente a su rostro. No pude controlar mis párpados: se levantaron, y mis pupilas se fijaron en él. Lo miré y obtuve de ello un intenso placer, un placer preciado aunque doloroso: de oro puro con una punta hiriente de acero. Un placer como el que siente un hombre moribundo por falta de agua, que sabe que el pozo al que se ha arrastrado es de aguas venenosas, y, no obstante, se inclina para beber profundamente de ellas.

Es verdad el dicho que «la belleza está en los ojos del que mira». El rostro cetrino de mi señor, su enorme frente cuadrada, sus grandes cejas negras, sus ojos hundidos, sus marcadas facciones, su boca firme y grave —todo él energía, decisión y voluntad— no eran bellos según los cánones, pero para mí eran más que bellos. Estaban repletos de un interés y un influjo que me dominaban por completo, que arrancaban mis sentimientos de mi dominio, para encadenarlos al suyo. No pretendía amarlo. Bien sabe el lector que había luchado encarnizadamente para desarraigar los gérmenes del amor que vislumbré en mi alma, pero ahora, al contemplarlo de nuevo, brotaron espontáneamente, verdes y vigorosos. Me obligaba a amarlo sin siquiera mirarme.

Lo comparé con sus huéspedes. ¿Qué era la gallardía de los Lynn, la elegancia lánguida de lord Ingram, la distinción castrense del coronel Dent comparadas con la fuerza innata y el poder auténtico de él? No me cautivaba la apariencia de ellos ni sus expresiones, aunque me imagino que la mayoría de los observadores los hallarían atractivos, guapos y bien parecidos, mientras que considerarían al señor Rochester cetrino y basto de rasgos. Los vi sonreír y reírse —no eran nada—: la luz de las velas tenía tanta alma como sus sonrisas y el tintineo de una campana tanto sentido como sus risas. Vi sonreír al señor Rochester: se suavizaron sus facciones graves, sus ojos se tornaron brillantes y

dóciles al mismo tiempo, con una luz inquisitiva y dulce. Hablaba en ese momento con Louisa y Amy Eshton. Me maravillaba verlas recibir plácidamente aquella luz que a mí me parecía tan penetrante. Esperaba que bajaran los ojos, que se les subieran los colores, pero me alegraba notar que no las afectaba en absoluto. «No significa para ellas lo que para mí —pensé—, él no es de su condición. Creo que es de la mía, estoy segura, me siento próxima a él, entiendo el lenguaje de su expresión y de sus movimientos. Aunque estemos muy separados por la riqueza y el linaje, tengo algo en mi cerebro y en mi corazón que me vincula mentalmente con él. ¿Dije, hace unos días, que lo único que tenía que ver con él era que recibía un salario de sus manos? ¿Me prohibí pensar en él excepto como el que me paga? ¡Una blasfemia contra la naturaleza! Todos los sentimientos buenos, puros y vigorosos que hay en mí se acumulan en torno a él. Sé que debo ocultar mis sentimientos, debo reprimir la esperanza, debo recordar que no puedo importarle. Porque cuando digo que soy de su condición, no quiero decir que tengo su fuerza para influir ni su hechizo para atraer, solo quiero decir que tenemos ciertos gustos y sentimientos en común. Debo repetirme constantemente, por lo tanto, que estamos separados para siempre y, sin embargo, mientras siga respirando y pensando, debo amarlo».

Se sirve el café. Las señoras están tan animadas como alondras desde la llegada de los caballeros; la conversación se ha hecho viva y alegre. El coronel Dent y el señor Eshton discuten de política mientras sus esposas escuchan. Las dos altivas viudas, lady Lynn y lady Ingram, confabulan, y sir George (a quien, por cierto, se me ha olvidado describir), un caballero de campo grande y rubicundo, está de pie ante su sofá, sosteniendo su taza de café e intercalando una palabra de vez en cuando. El señor Frederick Lynn se ha sentado al lado de Mary Ingram y le enseña los grabados de un magnífico tomo; ella mira y sonríe de cuando en cuando, pero, aparentemente, no dice gran cosa. Lord Ingram, alto y flemático, está apoyado con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla de la animosa Amy Eshton; ella lo mira y charla como un pajarillo; a ella este le agrada

más que el señor Rochester. Henry Lynn se ha hecho con una otomana a los pies de Louisa, que Adèle comparte con él; él intenta hablar con ella en francés y Louisa se ríe de sus torpezas. ¿Con quién se reunirá Blanche Ingram? Está de pie sola junto a una mesa, elegantemente inclinada sobre un álbum. Parece estar esperando que la reclamen, pero no quiere esperar mucho, sino que busca ella misma a un compañero.

El señor Rochester, habiéndose separado de los Eshton, está de pie frente al fuego tan solitario como lo está ella junto a la mesa; ella se acerca a él y se coloca al lado opuesto de la chimenea.

—Señor Rochester, creía que no le gustaban los niños.

—Y no me gustan.

—Entonces, ¿cómo lo convencieron para que se hiciera cargo de semejante muñequita? —señalando a Adèle—. ¿De dónde la ha sacado?

—No la he sacado de ningún sitio; la han dejado a mi cuidado.

—Debió mandarla a la escuela.

—No podía: las escuelas son muy caras.

—Entonces, supongo que tiene usted una institutriz para ella. He visto a una persona hace un momento… ¿se ha marchado? No, está todavía detrás de las cortinas. Le paga usted, por supuesto, y me imagino que es tan cara o más, porque tiene que alimentarlas a ambas, además.

Yo temí (o ¿debería decir, esperé?) que la alusión a mi persona haría que el señor Rochester mirase en mi dirección, y me encogí aún más en la sombra, pero no dirigió los ojos hacia mí.

—No lo he pensado —dijo con indiferencia, mirando al frente.

—No, ustedes los hombres nunca piensan en la economía ni en el sentido común. Debería oír hablar a mi madre sobre las institutrices: creo que Mary y yo hemos tenido por lo menos una docena en nuestro tiempo, la mitad de ellas odiosas y las demás ridículas, y todas ellas una pesadilla, ¿verdad, mamá?

—¿Me has dicho algo, mi vida?

La joven así nombrada repitió la pregunta, dando una explicación del porqué.

—Queridísima, no me hables de las institutrices: la palabra me pone nerviosa. He sufrido martirio por su incompetencia y sus caprichos. ¡Gracias al cielo ya no me hacen falta!

En este punto, la señora Dent se inclinó hacia la virtuosa dama y le susurró algo al oído. Por la respuesta, supongo que le recordaba que se hallaba presente un miembro de la raza vilipendiada.

—*Tant pis*[30] —dijo su señoría— ¡que le aproveche! —Y prosiguió en tono más bajo, pero suficientemente alto para que yo la oyera—. Ya me he fijado en ella. Soy buena fisonomista y veo en ella todos los vicios de su clase.

—¿Y cuáles son, señora? —preguntó el señor Rochester en voz alta.

—Se los diré cuando estemos a solas —replicó, moviendo tres veces el turbante de manera muy significativa y portentosa.

—Pero para entonces se me habrá pasado la curiosidad; quiero satisfacerla ahora.

—Pregúnteselo a Blanche, la tiene más cerca.

—¡Oh, no me lo remitas a mí, mamá! Solo tengo una palabra para describir a toda la tribu: son un fastidio. Y no es que yo haya sufrido mucho a sus manos; ya me cuidaba yo de volver las tornas. ¡Las bromas que gastábamos Theodore y yo a nuestras señorita Wilson, señora Grey y madame Joubert! Mary tenía siempre demasiado sueño para unirse con entusiasmo a las bromas. Con quien más nos divertimos fue con madame Joubert. La señorita Wilson era tan enfermiza, llorica y pusilánime, que no valía la pena atormentarla, en una palabra. Y la señora Grey era ordinaria e insensible; las bromas no le hacían mella. ¡Pero la pobre madame Joubert! Aún recuerdo sus arrebatos de furia cuando la exasperábamos demasiado: derramando el té, desmenuzando el pan con mantequilla, lanzando al techo nuestros libros y tocando una cantaleta con las reglas y los pupitres, la parrilla y los útiles del fuego. Theodore, ¿te acuerdas de aquellos buenos tiempos?

—Sssí, desde luego que sí —contestó lord Ingram, arrastrando las palabras—. Y la pobre tonta solía gritar: «¡Oh, ninios malvadas!», lo que nos incitaba a sermonearla por atreverse a instruir a unos individuos tan inteligentes como nosotros siendo tan ignorante ella misma.

—Así lo hacíamos. Y acuérdate, Tedo, de que yo te ayudé a perseguir (o acosar) a tu tutor, el inexpresivo señor Vining, el cura sin cura, como lo llamábamos. Él y la señorita Wilson tuvieron la desfachatez de enamorarse —por lo menos, así nos parecía a Tedo y a mí—. Los sorprendimos intercambiando miradas y suspiros tiernos, que interpretamos como muestras de una *belle passion*, y les aseguro que no tardamos en hacer público nuestro descubrimiento; lo utilizamos como una especie de palanca para que echaran de la casa a los dos pesos muertos. Mi queridísima mamá, en cuanto tuvo una sospecha del asunto, decidió que tenía algo de inmoral. ¿Verdad, madre adorada?

—Naturalmente, mi bien. Y tenía toda la razón, pueden ustedes creerme. Hay mil motivos por los que no se deben tolerar las relaciones entre las institutrices y los tutores en cualquier casa de bien; en primer lugar…

—¡Cielos, mamá! ¡Ahórranos el catálogo! *Au reste*, los conocemos todos: el peligro de dar mal ejemplo a los niños inocentes; las distracciones y consiguiente descuido de las obligaciones de los enamorados; la connivencia y la dependencia mutuas; la confianza resultante —incluso la insolencia—, la rebeldía y el caos generalizado. ¿Estoy en lo cierto, baronesa Ingram de Ingram Park?

—Sí, mi flor de lis, estás en lo cierto, ahora como siempre.

—Entonces no se diga más, cambiemos de tema.

Amy Eshton, que no oyó, o no quiso oír, este dictamen, interpuso con su voz dulce e infantil:

—Louisa y yo también solíamos burlarnos de nuestra institutriz, pero era una persona tan buena que nos lo aguantaba todo y nunca se alteraba. Jamás se enfadaba con nosotras, ¿verdad, Louisa?

—Es verdad, jamás; nos dejaba hacer lo que quisiéramos: saquear su mesa y su costurero y revolver sus cajones, y era de tan buen carácter que nos daba todo lo que pedíamos.

—Supongo —dijo con un gesto sarcástico de boca la señorita Ingram— que ahora nos corresponde escuchar un compendio de todas las institutrices que hayan existido. Para prevenir semejante catálogo, propongo nuevamente la introducción de otro tema. Señor Rochester, ¿secunda usted mi propuesta?

—Señorita, la apoyo en este punto y en todos.

—Entonces yo me asigno la obligación de elegirlo. *Signior Eduardo*, ¿está usted en voz esta noche?

—Donna Bianca, si usted lo ordena, lo estaré.

—En ese caso, *signior*, le impongo mi mandato soberano de aprestar los pulmones y otros órganos vocales, ya que serán requeridos para mi real servicio.

—¿Quién no querría ser el Rizzio de una María tan divina?

—¡Me importa un comino Rizzio! —exclamó ella, sacudiendo la cabeza con todos sus rizos al avanzar hacia el piano—. Soy de la opinión de que David, el violinista, debió de ser un individuo insulso; me agrada más el hosco Bothwell, pues considero que un hombre sin artes de diablo no es nada. La historia puede decir lo que quiera de James Hepburn, pero yo tengo la noción de que era exactamente el tipo de héroe bandido salvaje y bárbaro a quien habría consentido en adornar con dones de mi propia mano.

—¡Atención, caballeros! ¿Cuál de ustedes se parece más a Bothwell? —preguntó el señor Rochester.

—Yo creo que usted es el candidato más apropiado —respondió el coronel Dent.

—Por mi honor, estoy en deuda con usted —fue la respuesta.

La señorita Ingram, instalada altivamente en el piano, extendió sus níveas vestiduras en majestuosos pliegues e inició un flamante preludio, sin dejar de hablar. Aquella noche parecía darse ínfulas; tanto sus palabras como su porte parecían destinados a despertar no solo la admiración, sino también el asombro de su público.

Estaba claro que se había propuesto impresionarlos con su aire resuelto y audaz.

—¡Estoy tan harta de los jóvenes de hoy en día! —exclamó, golpeando sin cesar las teclas—. ¡Pobres pusilánimes, incapaces de dar un solo paso fuera de las cancelas de papá, ni de acercarse siquiera a estas sin el permiso y la protección de mamá! ¡Son unos seres tan dedicados a los cuidados de sus bonitas caras, sus blancas manos y sus menudos pies, como si un hombre tuviera algo que ver con la belleza! Como si la belleza no fuera la prerrogativa de las mujeres, ¡su esclavitud y su patrimonio! Reconozco que una *mujer* fea es una mancha en el hermoso rostro de la creación, pero en lo que atañe a los *caballeros*, que se preocupen de poseer simplemente fuerza y valentía. Que su lema sea: Cazar y luchar. Lo demás no vale un comino. Este sería mi lema si fuera hombre.

»Cuando yo me case —prosiguió, después de una pausa, que nadie interrumpió— estoy decidida a que mi esposo no sea mi rival sino mi antítesis. No toleraré tener un contrincante cerca de mi trono; exigiré una veneración absoluta; que no comparta su adoración por mí con la forma que vea reflejada en el espejo. Señor Rochester, cante usted y yo tocaré.

—Estoy a sus órdenes —fue la respuesta.

—Entonces allá va una canción de corsarios. Sepa usted que adoro a los corsarios por lo que puede usted cantarla *con spirito*.

—Las órdenes procedentes de los labios de la señorita Ingram infundirían espíritu en una taza de leche aguada.

—Tenga cuidado, entonces. Si no me complace, me encargaré de mostrarle cómo se *deberían* hacer las cosas.

—Eso es ofrecer una recompensa a la incompetencia; ahora procuraré fracasar.

—*Gardez-vous en bien!*[31]. Si fracasa a propósito, idearé un castigo apropiado.

—La señorita Ingram debería ser misericordiosa, pues posee el poder de infligir un castigo más allá de la tolerancia humana.

—¡Ajá, explíquese! —ordenó la dama.

—Perdóneme, señorita, huelgan las explicaciones; debe de saber, por su propio sentido agudo, que su más mínima mohína sería un digno sustituto de la pena capital.

—¡Cante! —dijo ella, empezando a acompañarlo al piano con vivacidad.

«Ahora es el momento de escaparme», pensé, pero los tonos que se elevaron en el aire me detuvieron. Había dicho la señora Fairfax que el señor Rochester tenía buena voz. Era cierto: una voz de bajo melodiosa y poderosa, en la que volcaba sus sentimientos y su fuerza, abriéndose camino por el oído hasta el corazón, donde despertaba extrañas sensaciones. Esperé hasta que hubiera terminado la última vibración profunda y plena, hasta que se hubiera reanudado el curso de la conversación, interrumpida momentáneamente; entonces, abandoné mi rincón recóndito y salí por la puerta lateral, que, afortunadamente, estaba cerca. De allí había un pasillo estrecho que conducía al vestíbulo. Al pasar por él, me di cuenta de que llevaba la sandalia desabrochada; me agaché para abrocharla y me arrodillé sobre la alfombra que yacía al pie de la escalera. Oí abrirse la puerta del comedor; salió un caballero; levantándome apresuradamente, me encontré cara a cara con él: era el señor Rochester.

—¿Cómo está usted? —preguntó.

—Estoy muy bien, señor.

—¿Por qué no ha venido a hablar conmigo allí dentro?

Pensé que bien podía hacerle la misma pregunta, pero no me tomé la libertad de hacerlo. Contesté:

—No he querido molestarlo, señor, ya que parecía estar ocupado.

—¿Qué ha hecho durante mi ausencia?

—Nada especial: dar clase a Adèle, como siempre.

—Y ponerse bastante más pálida que antes, como me di cuenta a primera vista. ¿Qué ocurre?

—Nada en absoluto, señor.

—¿Se enfrió usted la noche que casi me ahogó?

—En absoluto.

—Vuelva usted al salón. Se retira demasiado temprano.

—Estoy cansada, señor.

Me miró durante un minuto.

—Y un poco deprimida —dijo—. ¿Por qué motivo? Dígamelo.

—Por nada, por nada, señor. No estoy deprimida.

—Pero yo sostengo que lo está, tanto, que unas palabras más harán brotar las lágrimas, que están brillando y nadando en sus ojos; y una gota ya se ha escapado de las pestañas y ha caído al suelo. Si tuviera tiempo y no sintiera un miedo atroz de que pasara algún criado charlatán, me enteraría de lo que significa esto. Bien, por esta noche, la disculpo; pero sepa usted que, mientras se queden mis huéspedes, la esperaré cada noche en el salón; tal es mi deseo; cúmplalo. Ahora váyase, y diga a Sophie que venga a llevarse a Adèle. Buenas noches, mi… —se detuvo, se mordió el labio y me dejó bruscamente.

Capítulo III

Eran días alegres en Thornfield Hall y también atareados; ¡qué diferentes de los tres primeros meses de tranquilidad, monotonía y soledad que había pasado bajo su techo! Parecían haberse disipado todas las sensaciones tristes, y olvidado todas las asociaciones sombrías: por todas partes había vida y ajetreo a lo largo del día. Era imposible cruzar la galería, antes tan silenciosa, o entrar en las habitaciones delanteras, antes tan vacías, sin encontrarse con una elegante doncella o un presumido ayuda de cámara.

La cocina, la despensa del mayordomo, la sala de los criados y el vestíbulo hervían igualmente de actividad, y los salones estaban vacíos y silenciosos solo cuando el cielo azul y el sol radiante de aquel tiempo primaveral incitaban a sus ocupantes a salir a los jardines. Incluso cuando se estropeó el tiempo y llovió durante varios días seguidos, no pareció entibiar la diversión; los esparcimientos dentro de la casa se hicieron más alegres y variados para contrarrestar la falta de distracción al aire libre.

Me preguntaba qué irían a hacer la primera noche que se propuso un cambio de diversiones. Hablaron de «jugar a las charadas», pero yo, en mi ignorancia, no entendía el término. Llamaron a los criados para que quitaran las mesas del comedor, cambiaran de lugar las luces y colocaran las sillas en semicírculo frente al arco. Mientras el señor Rochester y los demás caballeros dirigían estos cambios, las señoras corrían por las escaleras llamando a sus doncellas. A la señora Fairfax le pidieron informes sobre los recursos de la casa en materia de chales, vestidos y

tapicerías de cualquier tipo, y saquearon algunos armarios del tercer piso, cuyo contenido, consistente en miriñaques de brocado, vestidos de raso, adornos de encaje y demás perifollos, bajaron, a brazos llenos, las doncellas. Después, se hizo una selección, y las cosas elegidas fueron llevadas al camarín del salón.

Mientras tanto, el señor Rochester había vuelto a convocar a las señoras en torno suyo, y seleccionaba a algunas para que formaran parte de su equipo.

—La señorita Ingram es mía, por supuesto —dijo, y después nombró a las dos señoritas Eshton y a la señora Dent. Me miró a mí: por casualidad me hallaba cerca, ocupada en abrochar la pulsera de la señora Dent, que se había abierto.

—¿Quiere usted jugar? —preguntó. Negué con la cabeza. No insistió, aunque temía que lo hiciera, sino que me permitió regresar tranquilamente a mi asiento habitual.

Él y sus colaboradores desaparecieron tras la cortina. El otro equipo, con el coronel Dent a la cabeza, se sentó en el semicírculo de sillas. Uno de los caballeros, el señor Eshton, me miró como proponiendo que me invitaran a unirme a ellos; pero lady Ingram se negó en el acto.

—No —la oí decir—. Parece demasiado torpe para este tipo de juegos.

Al poco tiempo, se oyó el tintineo de una campanilla y se levantó la cortina. Dentro del arco se veía la pesada figura de sir George Lynn, también elegido por el señor Rochester, envuelta en una sábana blanca; ante él había un gran libro abierto sobre una mesa; a su lado se encontraba Amy Eshton, ceñida con la capa del señor Rochester y sosteniendo un libro en la mano. Alguien, a quien no se vio, tocó alegremente la campanilla y Adèle (que había insistido en formar parte del equipo de su tutor) avanzó saltando y esparciendo las flores de una cesta que llevaba en el brazo. Después apareció la forma magnífica de la señorita Ingram, vestida de blanco, con un largo velo en la cabeza y una corona de rosas alrededor de la frente; a su lado marchaba el señor Rochester, y se acercaron juntos a la

mesa. Se arrodillaron, y ocuparon su puesto detrás de ellos la señora Dent y Louisa Eshton, vestidas también de blanco. Siguió una ceremonia muda, que, fue fácil discernir, representaba una boda. A su fin, el coronel Dent y su grupo se consultaron susurrando durante dos minutos, al cabo de los cuales el coronel exclamó:

—¡Novia! —El señor Rochester hizo una reverencia y se bajó la cortina.

Siguió un largo intervalo antes de que se volviera a levantar. La segunda vez, el cuadro estaba más elaborado que la primera. Como he apuntado en otra ocasión, el salón tenía acceso desde el comedor por medio de dos escalones, y encima del superior, a una o dos yardas del borde, se encontraba una gran jofaina de mármol, que reconocí como un adorno del invernadero, generalmente habitada por peces de colores y rodeada de plantas exóticas, cuyo transporte debió de causar algunos problemas, por su tamaño y peso.

Sentado en la alfombra junto a esta jofaina, se veía al señor Rochester, envuelto en chales y con un turbante en la cabeza. Sus ojos pardos, su tez cetrina y sus rasgos sarracenos iban perfectamente con su vestuario: era el modelo exacto de emir oriental, verdugo o víctima de la cuerda de arco. Al poco rato, entró en escena la señorita Ingram. Ella también iba ataviada a la manera oriental, con un fular atado, a modo de fajín, a la cintura, un pañuelo bordado rodeando la frente, los brazos torneados desnudos, uno de ellos sujetando con elegancia un cántaro en su cabeza. Tanto sus facciones como su cutis y su porte general sugerían la idea de una princesa israelita de la época patriarcal, tal como, sin duda, pretendía.

Se aproximó a la jofaina y se inclinó como para llenar su cántaro, que colocó de nuevo en la cabeza. El personaje del borde del pozo hizo ademán de abordarla para pedirle alguna cosa: «Aprisa bajó el cántaro y le dio de beber[32]». Él sacó un joyero de entre sus ropajes y lo abrió, mostrando magníficos brazaletes y aretes, a lo que ella hizo gestos de asombro y admiración. Él se arrodilló y colocó el

tesoro a los pies de ella, que dio muestras de incredulidad y de júbilo. El extraño le puso en los brazos los brazaletes y en las orejas los aretes. Eran Eleazar y Rebeca: solo faltaban los camellos.

El equipo de adivinadores juntaron las cabezas: era evidente que no se ponían de acuerdo sobre qué palabra o sílaba ilustraba esta escena. El coronel Dent, el portavoz, pidió «el cuadro del conjunto», y se bajó la cortina otra vez.

La tercera vez que se levantó se veía solamente una pequeña parte del salón, estando oculto el resto por un biombo cubierto de telas oscuras y burdas. La jofaina ya no estaba allí y, en su lugar, había una mesa de pino y una silla de cocina; estos objetos eran visibles gracias a la luz tenue que procedía de una linterna de asta, pues las velas de cera estaban apagadas.

En medio de este sórdido escenario, había un hombre sentado con los puños cerrados sobre las rodillas y la mirada baja. Reconocí al señor Rochester, aunque estaba bien disfrazado con el rostro tiznado, las ropas desordenadas (la chaqueta le colgaba de un brazo, como arrancada durante una lucha), el gesto desesperado y ceñudo, y el cabello erizado y revuelto. Al moverse, se oyó el ruido de cadenas: llevaba grilletes en las muñecas.

—¡Bridewell![33] —exclamó el coronel Dent. La charada estaba resuelta.

Después de una pausa lo suficientemente larga para que los actores se pusieran su ropa normal, regresaron al comedor. El señor Rochester acompañaba a la señorita Ingram, quien lo felicitaba por su actuación.

—¿Sabe usted —dijo— que, de los tres personajes, me gustaba más el último? Si le hubiera tocado vivir unos cuantos años antes, ¡habría podido ser un galante salteador de caminos!

—¿Me he quitado todo el hollín de la cara? —preguntó él, volviéndose hacia ella.

—¡Sí, por desgracia! Nada podría sentarle mejor que el maquillaje de rufián.

—¿Entonces le resulta atractivo un salteador de caminos?

—Un salteador de caminos inglés es casi tan atractivo como un bandido italiano, y solo podría superar a este un pirata levantino.

—Pues sea lo que sea yo, usted acuérdese de que es mi esposa; hace solo una hora que nos casamos, ante todos estos testigos. —Ella se ruborizó y soltó una risita—. Y ahora, Dent —continuó el señor Rochester—, les toca a ustedes. —Él y su bando se sentaron en las sillas abandonadas por sus contrincantes. La señorita Ingram se colocó a la derecha de su director de escena y los otros jugadores se sentaron en las sillas a ambos lados. Yo ya no esperaba con interés que se alzara el telón: mi atención estaba absorta en los espectadores; mis ojos, anteriormente fijos en el arco, estaban atraídos irresistiblemente al semicírculo de sillas. Ya no me acuerdo de la charada que representaron el coronel Dent y su equipo, ni de qué palabra eligieron, ni de cómo lo hicieron, pero veo aún la consulta que tuvo lugar tras cada escena: veo al señor Rochester volverse hacia la señorita Ingram y ella hacia él; la veo a ella inclinar la cabeza en dirección a él hasta que sus rizos de azabache casi tocaron el hombro o la mejilla de él; oigo sus cuchicheos mutuos; recuerdo el intercambio de miradas; y algunas veces recuerdo incluso el sentimiento que despertó tal espectáculo en mí.

Te he contado ya, lector, que había aprendido a amar al señor Rochester. No me era posible dejar de amarlo ahora, simplemente porque había dejado de fijarse en mí (podía pasar horas en su compañía sin que me dirigiera los ojos ni una vez), porque veía que dedicaba toda su atención a una gran señora que no se dignaba ni a tocarme con el borde de su vestido al pasar y que, si alguna vez caía por casualidad su mirada oscura y altiva sobre mi persona, la retiraba al instante como de un objeto demasiado mezquino para merecer su atención. No podía dejar de amarlo porque estuviera segura de que él se casaría con esta señora, ya que leía en ella el convencimiento de que eran estas sus intenciones y porque yo presenciara en él un estilo de cortejo que, aunque descuidado y

prefiriendo ser buscado antes que buscar, era, sin embargo, por su mismo descuido, cautivador, y, por su orgullo, irresistible.

No había nada que entibiara o matara el amor en aquellas circunstancias, pero sí muchas cosas que provocaran el desespero. Muchas también, pensarás, lector, que engendraran los celos, si es que una mujer en mi situación podía permitirse tener celos de una dama en la situación de la señorita Ingram. Pero no era celosa, o por lo menos muy pocas veces; esta palabra no explicaba la naturaleza del dolor que padecía. A la señorita Ingram le faltaba algo para provocar mis celos: era demasiado imperfecta para despertarlos. Perdona esta aparente paradoja: sé lo que me digo. Era muy llamativa, pero no era auténtica. Tenía un bello cuerpo y muchos talentos deslumbradores, pero su mente era mediocre y su corazón yermo por naturaleza. No florecía nada de manera espontánea en esa tierra; ningún fruto natural deleitaba por su lozanía. No era buena, no era original: acostumbraba a repetir citas altisonantes de los libros, pero nunca ofrecía, ni tenía, opinión propia. Preconizaba sentimientos elevados, pero desconocía los sentimientos de compasión y piedad, carecía de ternura y sinceridad. Demostraba esto con demasiada frecuencia, descargando la antipatía malévola que albergaba contra la pequeña Adèle, rechazándola con algún epíteto ofensivo cuando se acercaba esta, a veces echándola de la habitación, y tratándola siempre con frialdad y acritud. Otros ojos, además de los míos, observaban estas manifestaciones de carácter; las observaban de cerca, con agudeza y perspicacia. Sí, el futuro novio, el señor Rochester mismo, ejercía una vigilancia constante sobre su pretendida; y fueron su sagacidad, su recelo, su conciencia perfecta y diáfana de los defectos de su amada, la evidente ausencia de pasión de sus sentimientos por ella, lo que me causaban un sufrimiento incesante.

Me di cuenta de que se iba a casar con ella por razones de familia o, quizás, políticas, porque le convenían su rango y sus conexiones. Me parecía que no le había entregado su amor y que ella no tenía las cualidades necesarias para ganar ese tesoro. Esta

era la cuestión, esto era lo que me exasperaba y torturaba los nervios, aquí residía mi sufrimiento: *ella no era capaz de enamorarlo*.

Si ella hubiera conseguido una victoria inmediata y él hubiera depositado su corazón a sus pies, yo me habría tapado la cara, me habría vuelto hacia la pared y (metafóricamente) habría muerto para ellos. Si la señorita Ingram hubiese sido una mujer buena y noble, dotada de fuerza, fervor, bondad y sentido, yo habría librado una batalla con dos tigres: los celos y la desesperación. Después de que estos me hubieran arrancado y devorado el corazón, la habría admirado, habría reconocido su perfección y me habría callado durante el resto de mis días. Cuanto más absoluta su superioridad, más profunda habría sido mi admiración y más serena mi resignación. Pero, tal como estaban las cosas, observar los intentos de la señorita Ingram de fascinar al señor Rochester, ser testigo de sus constantes fracasos sin que ella se diese cuenta de ello, creyendo, en su vanidad, que cada flecha disparada daba en el blanco y vanagloriándose de su éxito, cuando su orgullo y engreimiento repelían cada vez más lo que ella pretendía atraer; ser testigo de *aquello* era hallarse bajo una excitación sin fin y una despiadada represión.

Porque cuando fracasaba, yo veía cómo habría podido tener éxito. Las flechas que rebotaban del pecho del señor Rochester y caían inofensivas a sus pies, si hubieran sido disparadas por una mano más certera, sabía que habrían penetrado, hirientes, su orgulloso corazón, habrían traído el amor a sus ojos graves y la ternura a su rostro sardónico. O, mejor aún, sin armas, se habría podido hacer una conquista silenciosa.

«¿Por qué no puede ella influir más en él, ya que tiene el privilegio de estar tan cerca? —me preguntaba—. No es posible que lo quiera realmente, no con un amor verdadero. Si fuera así, no tendría que colmarlo tan pródigamente de sonrisas, ni echarle miradas tan tenazmente, ni darse aires tan rebuscados, ni adoptar tantas posturas. Creo que, simplemente, estando sentada a su lado

sin decir nada y sin echarle miradas, conseguiría meterse en su corazón más fácilmente. Yo he visto en la cara de él una expresión muy diferente de la que la endurece cuando ella lo acosa tan enérgicamente; pero esa expresión nació espontáneamente, no se había buscado por medio de artes ampulosas y maniobras calculadoras. Y solo había que aceptarla: contestar a lo que preguntaba, sin pretensiones, y hablarle, cuando era necesario, sin aspavientos, y, de esta forma, aumentaba y se hacía más amable y simpática, y despedía el mismo calor que un rayo de sol. ¿Cómo va a complacerlo ella cuando estén casados? No creo que lo consiga. Sin embargo, podría conseguirse, y su esposa sería, estoy convencida, la mujer más feliz bajo el sol».

Aún no he dicho nada para condenar al señor Rochester por pretender casarse por interés y conexiones. Me sorprendió cuando me di cuenta por primera vez de que esa era su intención. No me había parecido un hombre fácil de influenciar por asuntos vulgares a la hora de elegir esposa, pero cuanto más consideraba la posición, educación y circunstancias de las personas en cuestión, menos justificada me sentía al juzgarlos y culparlos a él o a la señorita Ingram por actuar de acuerdo con las ideas y principios que les habían sido infundidos desde la niñez. Toda su clase sostenía dichos principios; supuse que tenían motivos para sostenerlos, que yo era incapaz de comprender. Yo creía que, si yo fuera un caballero como él, solo tomaría por esposa a alguien a quien pudiera amar: pero lo evidente de las ventajas para la felicidad del marido que este plan ofrecía, me convenció de que debían de existir argumentos en contra de adoptarlo que yo ignoraba totalmente. De lo contrario, estaba segura de que todo el mundo actuaría como yo lo hubiera hecho.

Pero, en otros puntos, además de este, me estaba volviendo muy indulgente con mi amo: me estaba olvidando de todos sus defectos, que antes vigilaba de cerca. Anteriormente acostumbraba a estudiar todos los aspectos de su carácter, a tomar lo malo con lo bueno y sopesarlo imparcialmente para formar un juicio justo. Ahora

no veía lo malo. El sarcasmo que antaño me repeliera, la brusquedad que una vez me asustara eran como los condimentos de un plato exquisito: su presencia lo hacía picante, pero su ausencia lo habría hecho insípido. Y, en cuanto a ese algo vago, —¿era una expresión siniestra o triste, intrigante o desalentada?— que se revelaba al observador alerta de vez en cuando, para desaparecer de nuevo antes de poder comprender la extraña profundidad vista a medias; ese algo que me asustaba y espantaba, como si hubiera estado vagando entre colinas volcánicas y, de repente, hubiera sentido temblar el suelo y hubiera visto abrirse un abismo; yo, a intervalos, veía todavía ese algo, con el corazón palpitante, pero con los nervios tranquilos. En vez de querer rehuirlo, quería atreverme a adivinarlo, y consideraba afortunada a la señorita Ingram por poder mirar tranquilamente el abismo algún día, explorar sus secretos y analizar su naturaleza.

Mientras tanto, aunque yo pensaba solo en mi amo y su futura esposa, solo los veía a ellos, solo escuchaba las conversaciones de ellos y daba importancia solo a los movimientos de ellos, el resto del grupo estaba dedicado a sus propios intereses y aficiones. Lady Lynn y lady Ingram seguían confabulándose solemnemente, moviendo intencionadamente sendos turbantes, alzando sus cuatro manos en gestos paralelos de sorpresa, misterio u horror, según el tema de sus chismorreos, como un par de marionetas gigantes. La dulce señora Dent conversaba con la bondadosa señora Eshton, y ambas me dedicaban, en ocasiones, una palabra cortés o una sonrisa amable. Sir George Lynn, el coronel Dent y el señor Eshton hablaban de política, de asuntos del condado o de cuestiones de la justicia. Lord Ingram coqueteaba con Amy Eshton; Louisa tocaba y cantaba con uno de los jóvenes Lynn, mientras Mary Ingram escuchaba, lánguida, los galanteos del otro. A veces, todos, como de común acuerdo, suspendían sus actuaciones secundarias para observar y escuchar a los actores principales. Después de todo, el señor Rochester y, por su proximidad con él, la señorita Ingram, eran el alma de la reunión. Si él se ausentaba una hora de la

habitación, un aire perceptible de aburrimiento parecía adueñarse del espíritu de sus huéspedes; su regreso invariablemente confería un nuevo impulso a la vivacidad de la conversación.

La falta de su influencia animadora se hizo notar especialmente un día que lo habían llamado a Millcote para atender unos asuntos, y no se esperaba su regreso hasta tarde. Era una tarde lluviosa, por lo que se aplazó el paseo que iban a dar los invitados a un campamento de gitanos, recientemente instalado en un ejido al otro lado de Hay. Algunos de los caballeros habían ido a los establos, y los más jóvenes jugaban al billar en la sala de billar con las damas jóvenes. Las viudas Ingram y Lynn se distraían jugando tranquilamente a las cartas. Blanche Ingram, habiendo rechazado con taciturnidad desdeñosa unos intentos por parte de las señoras Eshton y Dent de entablar conversación con ella, primero canturreaba unas melodías sentimentales al piano y, después, trajo una novela de la biblioteca y se tumbó apáticamente en un sofá, dispuesta a llenar con el hechizo de la ficción las tediosas horas de ausencia. Tanto la habitación como la casa estaban silenciosas; solo se oían de cuando en cuando las risas de los jugadores de billar.

Se acercaba el crepúsculo, el reloj ya había señalado la hora de arreglarse para la cena, cuando exclamó la pequeña Adèle, que estaba arrodillada junto a mí en el alféizar de la ventana del salón:

—*Voilà monsieur Rochester, qui revient!*[34].

Yo me giré y la señorita Ingram se levantó apresuradamente de su sofá; las demás también levantaron la vista de sus varias ocupaciones, pues, al mismo tiempo, se oyeron el crujir de ruedas y el ruido de las salpicaduras de los cascos de caballos sobre la gravilla mojada. Se acercaba una silla de posta.

—¿Cómo se le ocurre volver de esta manera? —dijo la señorita Ingram—. Se marchó montando a *Mesrour*, el caballo negro, ¿no es verdad? Y llevaba a *Pilot* con él. ¿Qué habrá hecho con los animales?

Al decir esto, aproximó tanto a la ventana su alta persona y su amplia ropa que me vi obligada a echarme hacia atrás casi hasta el

punto de romperme la espalda. Al principio, en su impaciencia, no se dio cuenta de que yo estaba allí, pero, cuando me vio, se fue a otra ventana con una mueca de desagrado. Se detuvo la silla de posta y se apeó un caballero vestido de viaje. No era el señor Rochester, sino un hombre alto y elegante, un extraño.

—¡Qué provocación! —exclamó la señorita Ingram— ¡niña impertinente! —apostrofando a Adèle—. ¿Quién te manda colocarte en la ventana para darnos falsas noticias? —y a mí me lanzó una mirada airada, como si yo tuviera la culpa.

Se oyó hablar a alguien en el vestíbulo y enseguida entró el recién llegado. Hizo una reverencia ante la señorita Ingram, probablemente porque la consideraba la mayor de las damas presentes.

—Parece que vengo en un momento inoportuno, señora —dijo—, puesto que está fuera mi amigo, el señor Rochester, pero acabo de hacer un largo viaje y creo que puedo tomarme la libertad que confiere una amistad dilatada e íntima de instalarme aquí a esperar su regreso.

Sus modales eran corteses y su acento al hablar se me antojó algo peculiar, no extranjero exactamente, pero tampoco del todo inglés; su edad era aproximadamente la del señor Rochester, entre treinta y cuarenta años. Tenía la tez especialmente cetrina, pero por lo demás era un hombre bien parecido, por lo menos, a primera vista. Al observarlo más detenidamente, se detectaba en su rostro algo desagradable, o mejor dicho, algo que no terminaba de agradar. Tenía los rasgos regulares, pero demasiado relajados; los ojos eran grandes y bien trazados, pero su mirada delataba una vida aburrida y hueca, o, por lo menos, así me lo parecía a mí.

El sonido de la campana de aviso para arreglarse dispersó el grupo. No fue hasta después de cenar que lo volví a ver, y parecía encontrarse a sus anchas. Sin embargo, su fisonomía me gustó aún menos que antes: me dio la impresión de ser, al mismo tiempo, inquieto y apático. Sus ojos vagaban sin sentido, lo que le daba un aspecto peculiar como nunca antes había visto. Para ser un hombre

guapo y no desagradable de aspecto, me repugnaba muchísimo: no había fuerza en aquel rostro ovalado y barbilampiño, ni firmeza en aquella nariz aguileña ni en la pequeña boca bien dibujada; no había pensamientos en aquella frente baja y lisa; no había autoridad en aquellos ojos pardos e inexpresivos.

Sentada en mi rincón acostumbrado, observándolo a la luz de los candelabros de la repisa de la chimenea —que le daba de lleno, ya que él se encontraba sentado en un sillón junto al fuego, al que se acercaba cada vez más como si tuviera frío—, lo comparé con el señor Rochester. Creo, y lo digo con deferencia, que no podía ser mayor el contraste entre un ganso lustroso y un fiero halcón, o entre una oveja mansa y un perro de pelambre desgreñada y mirada alerta, su guardián.

Había hablado del señor Rochester como un viejo amigo. Amistad curiosa debía de ser, una ilustración aguda del refrán que dice: «los extremos se tocan».

Estaban sentados cerca de él dos o tres de los caballeros y, a ratos, me llegaban retazos de su conversación a través de la habitación. Al principio, no comprendía muy bien lo que oía, puesto que se interponía la conversación entre Louisa Eshton y Mary Ingram, sentadas más cerca de mí, en las frases fragmentadas que me llegaban a intervalos. Estas hablaban del forastero, y ambas lo llamaban «un hombre hermoso». Louisa dijo que era «un amor de hombre» y que «lo adoraba» y Mary pronunció el epítome del encanto su «boquita preciosa y bonita nariz».

—¡Y qué frente más pacífica! —exclamó Louisa—, tan lisa, sin ese ceño fruncido que me desagrada tanto, y ¡qué ojos y qué sonrisa más plácidos!

Entonces, para gran alivio mío, las reclamó el señor Henry Lynn al otro lado de la habitación, para aclarar algún punto sobre la excursión aplazada al ejido de Hay.

Otra vez podía concentrar toda mi atención en el grupo que estaba junto a la chimenea, y colegí que el recién llegado se llamaba señor Mason; después me enteré de que acababa de llegar

a Inglaterra y de que era de otro país, lo que sin duda explicaba su tez tan morena y el motivo de que se sentara tan cerca del fuego y llevara abrigo dentro de la casa. Poco después, las palabras Jamaica, Kingston y Puerto España indicaban que residía en las Antillas, y no me sorprendió saber, unos minutos más tarde, que fue allí donde vio por primera vez y trabó conocimiento con el señor Rochester. Habló de lo poco que gustaban a su amigo los calores abrasadores, los huracanes y las estaciones de las lluvias de esa región. Yo sabía que el señor Rochester había viajado, porque me lo había contado la señora Fairfax, pero creía que se había limitado, en sus vagabundeos, al continente europeo; hasta ahora, no había oído hablar de sus visitas a paraderos más lejanos.

Estaba meditando estas cosas cuando un incidente algo inesperado vino a romper el hilo de mis reflexiones. El señor Mason, tiritando cuando alguien abrió la puerta, pidió que pusieran más carbón en el fuego, que había agotado las llamas a pesar de que quedaban muchas brasas rojas, que aún despedían calor. El lacayo que trajo el carbón se detuvo, al salir, junto al sillón del señor Eshton y le dijo algo en voz queda, de lo que acerté a oír solo las palabras «anciana» y «bastante difícil».

—Dígale que la mandaré meter en la picota si no se marcha de aquí —respondió el magistrado.

—¡No, espere! —interpuso el coronel Dent—. No la eche usted, Eshton, podemos aprovechar la ocasión: más vale consultar a las señoras. —Y en voz alta continuó—: Señoras, hablaban ustedes de ir al ejido de Hay a visitar el campamento gitano. Sam dice que se encuentra en la sala de los criados en estos momentos una vieja gitana, que insiste en que la traigan ante la «flor y nata», para predecir el futuro. ¿Quieren ustedes verla?

—No me diga, coronel —exclamó lady Ingram— que usted va a alentar a semejante impostora. ¡Que la echen enseguida, por supuesto!

—Pero no puedo convencerla de que se vaya, señora —dijo el lacayo—, ni los demás criados tampoco. Ahora mismo la señora

Fairfax está con ella rogándole que se marche, pero se ha instalado en una silla junto a la chimenea y dice que nada puede arrancarla de allí hasta que se le permita entrar aquí.

—¿Y qué quiere? —preguntó la señora Eshton.

—«Predecir el futuro a los nobles», dice, señora; y jura que ha de hacerlo y que lo hará.

—¿Cómo es? —preguntaron al unísono las dos señoritas Eshton.

—Una criatura horriblemente fea y vieja, señorita, casi tan negra como un tizón.

—¡Pues será una verdadera bruja! —exclamó Frederick Lynn—. ¡Que pase inmediatamente!

—Desde luego —añadió su hermano—, sería una verdadera lástima perdernos semejante ocasión de divertirnos.

—Queridos muchachos, ¿en qué estáis pensando? —exclamó lady Lynn.

—Es absolutamente impensable aprobar un comportamiento tan irregular —interpuso la viuda Ingram.

—Anda, mamá, puedes y debes aprobarlo —pronunció la voz arrogante de Blanche, que se giró en el taburete del piano, donde, hasta ahora, se había quedado callada, aparentemente examinando algunas partituras—. Tengo curiosidad por oír mi futuro. Sam, dígale a la vieja bruja que venga.

—¡Queridísima Blanche! Acuérdate…

—Me acuerdo de todo lo que puedes decir, pero debo salirme con la mía. ¡Rápido, Sam!

—¡Sí, sí! —gritaron todos los jóvenes, tanto las señoritas como los caballeros—. ¡Que venga! será muy divertido.

Todavía dudaba el lacayo.

—Parece algo tosca —dijo.

—¡Vaya! —exclamó la señorita Ingram, y el hombre se fue.

Todo el grupo fue presa de la emoción. Siguió un fuego cruzado de bromas y chanzas hasta que regresó Sam.

—Ahora no quiere venir —dijo—. Dice que no es su misión presentarse ante el «rebaño vulgar», esas son palabras suyas. Debo conducirla a un cuarto donde esté ella sola, y los que quieran consultarla deben acudir de uno en uno.

—¿Lo ves, Blanche, reina mía? —empezó lady Ingram—, abusa. Acepta mi consejo, ángel mío, y…

—Condúzcala a la biblioteca, por supuesto —interrumpió el «ángel»—. Tampoco es misión mía escucharla ante el «rebaño vulgar». ¿Hay fuego en la biblioteca?

—Sí, señorita, pero ella tiene tan mal aspecto…

—¡Déjese de charlas, zoquete, y obedézcame!

Otra vez se marchó Sam y se reanudaron con más fuerza el misterio, la animación y las expectativas.

—Ya está preparada —dijo el lacayo, al aparecer de nuevo—. Quiere saber quién va a ser su primera visita.

—Creo que debo ir a echarle un vistazo antes de entrar las damas —dijo el coronel Dent—. Dígale, Sam, que va a ir un caballero.

Sam se fue y volvió.

—Dice, señor, que no recibirá a ningún caballero; que no se molesten en acercarse a ella. Tampoco —añadió, reprimiendo con dificultad una risita— a las señoras, con excepción de las jóvenes solteras.

—¡Por Júpiter, tiene buen gusto! —exclamó Henry Lynn.

La señorita Ingram se levantó muy solemne:

—Voy yo la primera —dijo, en un tono que hubiera sido adecuado para el caudillo de un ejército vencido al abrir una brecha en la vanguardia de sus soldados.

—¡Oh, mi bien, queridísima mía! ¡Piénsatelo, reflexiona! —fue el grito de su madre; pero pasó de largo en silencio majestuoso, salió por la puerta que mantenía abierta el coronel Dent, y la oímos entrar en la biblioteca.

Siguió un silencio relativo. Lady Ingram pensaba que era *le cas* retorcerse las manos, lo que procedió a hacer. La señorita Mary

declaró que creía que ella, por su parte, no se atrevería a ir. Amy y Louisa Eshton se rieron entre dientes y parecían asustadas.

Pasaron lentamente los minutos; transcurrieron quince antes de que volviera a abrirse la puerta de la biblioteca. La señorita Ingram regresó a través del arco.

¿Iba a reírse? ¿Lo tomaría a broma? Todos los ojos se dirigieron hacia ella con franca curiosidad, y ella devolvió sus miradas con otra de repulsa y frialdad; no tenía aspecto ni perturbado ni alegre; se acercó rígidamente a su sillón y se sentó en silencio.

—¿Y bien, Blanche? —preguntó lord Ingram.

—¿Qué ha dicho, hermana? —preguntó Mary.

—¿Qué le ha parecido? ¿Cómo se siente? ¿Es adivina de verdad? —inquirieron las señoritas Eshton.

—¡Calma, buena gente! —contestó la señorita Ingram— no me abrumen. Es realmente fácil excitar su capacidad para el asombro y la credulidad. Todos, incluida mi querida madre, por la importancia que conceden a este asunto, parecen ser de la opinión de que tenemos bajo nuestro techo a una auténtica bruja, aliada del mismísimo Satanás. He estado con una gitana errante, que ha ejercitado a la manera acostumbrada la ciencia de la quiromancia, y me ha dicho lo que estas personas suelen decir. He satisfecho mi capricho, y pienso que convendría que el señor Eshton pusiera a la arpía en la picota, tal como ha amenazado.

La señorita Ingram cogió un libro y se acomodó en el sillón, dando a entender que renunciaba a seguir la conversación. La estuve observando durante casi media hora: en todo ese tiempo, no volvió ni una vez la página, y su semblante se tornaba por momentos más sombrío e insatisfecho, delatando una amarga decepción. Era evidente que lo que había oído no la había favorecido, y a mí me pareció, por su arrebato de mal humor y taciturnidad, que a pesar de su pretendida indiferencia, ella misma le daba una importancia excesiva a las revelaciones que le habían hecho.

Mientras tanto, Mary Ingram, Amy y Louisa Eshton declararon que no se atrevían a entrar solas; sin embargo, todas querían ir. Se iniciaron unas negociaciones por medio del embajador, Sam; y tras muchas idas y venidas, hasta que, pienso, las pantorrillas debían de dolerle de tanto ejercicio, por fin, con gran dificultad, este consiguió que la sibila consintiera en recibir a las tres a la vez.

Su visita no fue tan discreta como la de la señorita Ingram: oímos risas y gritos histéricos procedentes de la biblioteca y, al cabo de unos veinte minutos, salieron atropelladamente por la puerta y llegaron corriendo por el vestíbulo como si estuvieran muertas de miedo.

—¡Estoy segura de que es algo sobrenatural! —gritaron todas—. ¡Qué cosas nos ha contado! ¡Lo sabe todo de nosotras! —y cayeron sin aliento en las sillas que les acercaron los caballeros apresuradamente.

Cuando los demás exigieron saber más detalles, declararon que les había dicho cosas que habían hecho y dicho cuando eran unas niñas, que había descrito libros y adornos que tenían en los camarines de sus casas: recuerdos regalados por diversos familiares. Afirmaron que incluso había adivinado sus pensamientos, y que había susurrado al oído de cada una el nombre de la persona que más le gustaba en el mundo y les había dicho lo que más deseaban.

En este punto, los caballeros insistieron en saber más pormenores de estas últimas cuestiones; pero solo consiguieron sonrojos, exclamaciones, temblores y risitas a cambio de su pertinacia. Las matronas, mientras tanto, ofrecían frasquitos de sales, blandían abanicos y reiteraban su enojo porque las jóvenes hubieran hecho caso omiso de sus advertencias. Los caballeros mayores se reían y los jóvenes ofrecían sus servicios a las bellas trastornadas.

En medio del tumulto, mientras tenía ocupados todos los sentidos en el cuadro que se representaba ante mí, oí una tosecilla a mi lado; me giré y vi a Sam.

—Por favor, señorita, la gitana dice que hay otra joven soltera en la habitación, que no ha ido a visitarla, y jura que no se marchará sin verlas a todas. He pensado que debía referirse a usted, puesto que no hay nadie más. ¿Qué le digo?

—Por supuesto que iré —contesté, contenta de tener la oportunidad inesperada de satisfacer mi curiosidad encendida. Me deslicé de la habitación sin que me viera nadie, pues todos estaban apiñados en torno al trío de recién llegadas, y cerré silenciosamente la puerta a mis espaldas.

—Si usted quiere, señorita —dijo Sam—, la esperaré en el vestíbulo. Si la asusta, me llama usted y entraré.

—No, Sam, vuelva usted a la cocina; no estoy asustada en absoluto. —Y era verdad; pero estaba nerviosa y sentía mucha curiosidad.

Capítulo IV

La biblioteca tenía un aspecto bastante tranquilo cuando entré, y la sibila, si es que era tal, estaba cómodamente sentada en una butaca junto a la chimenea. Llevaba una capa roja y un sombrero de gitana negro de ala ancha, atado bajo la barbilla con un pañuelo a rayas. Había una vela apagada encima de la mesa. Estaba inclinada sobre el fuego y parecía leer en un pequeño libro negro, como un devocionario, a la luz de las llamas; murmuraba las palabras para sí mientras leía, a la manera de muchas ancianas, y no dejó de hacerlo, de manera inmediata, cuando entré; era como si quisiera acabar el párrafo.

Me quedé de pie en la alfombra calentándome las manos, algo frías por haber estado tan lejos del fuego del salón. No había nada inquietante en el aspecto de la gitana. Cerró el libro y levantó lentamente la vista; el ala del sombrero tapaba parcialmente su rostro, pero pude ver, cuando lo levantó, que era un rostro extraño. Era todo moreno y negro: greñas elfinas se asomaban bajo una banda blanca que pasaba por debajo de su barbilla, medio tapando las mejillas, o, mejor dicho, quijadas; me miró enseguida, con una mirada insolente y directa.

—¿Conque quiere que le prediga el futuro? —dijo, con una voz tan decidida como su mirada, y tan tosca como sus facciones.

—No me importa, abuela; haga lo que quiera. Pero debo advertirle que no tengo fe.

—No me sorprende que me diga eso; esperaba tal insolencia de usted; lo he notado en su pisada cuando ha cruzado el umbral.

—¿Lo ha notado? Es usted aguda de oído.

—Sí, y aguda de vista, y también de mente.

—Necesita usted de todo ello en su profesión.

—Es verdad; especialmente cuando me las veo con clientes como usted. ¿Por qué no tiembla?

—Porque no tengo frío.

—¿Por qué no está pálida?

—Porque no estoy enferma.

—¿Por qué no consulta mis artes?

—Porque no soy tonta.

La vieja bruja se rio para sí bajo el sombrero y la venda, y, sacando una pipa corta y negra, la encendió y comenzó a fumarla. Habiéndose entregado un rato a esta ocupación sedante, enderezó el cuerpo encorvado, se sacó la pipa de los labios y dijo silabeando, mientras miraba fijamente el fuego:

—Tiene usted frío, está usted enferma y es tonta.

—Demuéstrelo —repliqué.

—Lo haré con pocas palabras. Tiene frío porque se encuentra sola; no hay contacto que despierte el fuego que tiene dentro. Está enferma, porque está privada de los sentimientos más elevados y dulces que puede conocer el ser humano. Es tonta, porque, aunque sufre, no pide ayuda ni da un solo paso para acercarse adonde ésta la espera.

Volvió a colocarse la pipa corta y negra entre los labios y siguió fumando con vigor.

—Podría decir eso a casi cualquiera que supiera usted que vive solo como empleado en una gran casa.

—Podría decirlo a casi cualquiera; pero ¿sería cierto de cualquiera?

—Cualquiera en mis circunstancias.

—Exactamente: en *sus* circunstancias. Encuéntreme a otro situado precisamente como usted.

—Se los podría encontrar a miles.

—No podría encontrar ni a uno. Aunque no lo sepa, está en una situación peculiar: muy cerca de la felicidad, sí; está a su alcance. Todos los materiales están preparados y hace falta solo un movimiento para combinarlos. La suerte los ha dejado un poco alejados entre sí; que se junten, y el resultado será el éxtasis.

—No entiendo los enigmas. En mi vida he podido resolver una adivinanza.

—Si quiere que hable más claramente, muéstreme la palma de su mano.

—Y debo cruzarla con una moneda de plata, supongo.

—Desde luego.

Le di un chelín que guardó en un viejo calcetín que sacó del bolsillo, lo ató y lo devolvió a su sitio, y me dijo que extendiera la mano. Así lo hice. Acercó su cara a mi palma y la estudió sin tocarla.

—Es demasiado suave —dijo—. No saco nada en claro de una mano así, casi sin líneas. Además, ¿qué puede haber en una palma? El destino no está escrito allí.

—Le creo —dije.

—No —continuó—, está en la cara, en la frente, alrededor de los ojos, en los mismos ojos, en la forma de la boca. Arrodíllese y levante la cabeza.

—Ahora se acerca usted a la realidad —dije, obedeciéndole—. Pronto empezaré a tener fe en usted.

Me arrodillé a media yarda de ella. Atizó el fuego, haciendo salir una llamarada de luz del carbón removido; sin embargo, el brillo ensombreció aún más su cara, mientras que iluminó la mía.

—Me pregunto cuáles eran sus sentimientos cuando ha venido a mí esta noche —dijo, tras examinarme un rato—. Me pregunto qué pensamientos ocupan su corazón durante todas las horas que pasa sentada en aquella habitación con la gente importante revoloteando ante usted como formas de una linterna mágica, con tan poco entendimiento entre ellos y usted como si fueran realmente sombras con forma humana, y no verdaderos seres humanos.

—Algunas veces me siento cansada, otras veces somnolienta, pero rara vez triste.

—Entonces tiene alguna esperanza secreta que la sostiene y la alienta con sugerencias sobre el futuro.

—No la tengo. Lo que más anhelo es ahorrar bastante dinero de mi salario para establecer algún día una escuela en una casa alquilada por mí.

—Es un sustento pobre para alimentar el espíritu; y sentada allí en el poyo, ya ve usted que conozco sus costumbres…

—Se lo han contado los criados.

—¡Ajá! Se cree muy lista. Bueno, puede que sí. A decir verdad tengo amistad con una de ellas: la señora Poole.

Me levanté sobresaltada al oír su nombre.

«Conque sí —pensé—, ¡hay algo diabólico en este asunto después de todo!».

—No se alarme —prosiguió el extraño ser—; es de fiar, la señora Poole, discreta y callada; cualquier persona puede confiar en ella. Pero, como decía, sentada en aquel poyo, ¿no piensa usted en nada más que su escuela? ¿No hay ninguno de los que ocupan los sofás y sillones que le interese? ¿No hay un rostro que estudia? ¿Una figura cuyos movimientos sigue usted, por lo menos, con curiosidad?

—Me gusta observar todos los rostros y todas las figuras.

—¿Y nunca se dedica especialmente a uno, o quizás a dos?

—Con frecuencia, cuando los gestos o miradas de una pareja tienen una historia que contar; me divierte observarlos.

—¿Qué historia es la que más le gusta oír?

—Oh, no hay mucha variedad. Suelen tratar del mismo tema, los galanteos, que prometen acabar en el mismo descalabro: el matrimonio.

—¿Y le gusta ese tema monótono?

—Realmente no me interesa en absoluto; no es nada para mí.

—¿Nada para usted? Cuando una dama joven, llena de vida y salud, encantadora, bella y dotada con los dones del rango y la

fortuna, se sienta y sonríe al caballero que usted…

—Que yo, ¿qué?

—Que conoce y, tal vez, aprecia.

—No conozco a los caballeros que hay aquí. Apenas he intercambiado una sílaba con ninguno de ellos; y, en cuanto a apreciarlos, considero a algunos respetables, elegantes y de mediana edad, y a otros jóvenes, galantes, guapos y vivarachos; pero, desde luego, pueden ser los destinatarios de las sonrisas de quien quieran sin que yo me sienta de alguna forma implicada.

—¿No conoce usted a los caballeros que hay aquí? ¿No ha intercambiado una sílaba con ninguno de ellos? ¿Dice lo mismo del señor de la casa?

—Él no está en casa.

—¡Comentario profundo! ¡Evasiva ingeniosa! Se ha marchado a Millcote esta mañana y regresará esta noche o mañana. ¿Esta circunstancia lo excluye de su lista de conocidos? ¿Lo borra del mapa, como si nunca hubiera existido?

—No, pero me cuesta comprender qué tiene que ver el señor Rochester con el tema del que hablaba usted.

—Hablaba de las señoras que les sonríen a los caballeros; y, últimamente, los ojos del señor Rochester se han colmado de tantas sonrisas que se desbordan como una taza demasiado llena. ¿No se ha fijado nunca?

—El señor Rochester tiene derecho a disfrutar de la compañía de sus huéspedes.

—Su derecho es innegable. Pero ¿se ha fijado en que, de todas las historias de matrimonio que se cuentan aquí, el señor Rochester ha sido quien más enérgica y constantemente ha sido favorecido?

—El interés del que oye alienta la lengua del que habla —dije esto más para mí que para la gitana, cuyas palabras, voz y modales extraños me habían envuelto en una especie de ensoñación. Salía de sus labios una frase inesperada tras otra, hasta rodearme con una telaraña de confusión. Me preguntaba qué espíritu invisible se

sentaba, desde hacía semanas, junto a mi corazón, vigilando su funcionamiento y anotando sus pulsaciones.

—¡El interés del que oye! —repitió— sí, el señor Rochester se ha quedado durante horas con el oído pegado a los labios encantadores que se deleitaban con su tarea de comunicar; y el señor Rochester estaba muy dispuesto a recibir, y agradecía mucho el pasatiempo, ¿se ha fijado?

—¡Agradecer! No recuerdo haber descubierto gratitud en su mirada.

—¡Descubierto! Entonces, lo ha analizado. ¿Y qué ha descubierto, si no era gratitud?

No dije nada.

—Ha visto usted amor, ¿verdad? Y, anticipándose, lo ha visto ya casado, y a su novia feliz.

—¡Mnmn! No exactamente. Sus artes de bruja le fallan a veces.

—¿Qué diablos ha visto, entonces?

—No importa. He venido a preguntar, no a confesar. ¿Se sabe que se va a casar el señor Rochester?

—Sí, con la bella señorita Ingram.

—¿Pronto?

—Las apariencias parecen llevar a esa conclusión. Y, sin duda, aunque usted, con una audacia que merece castigo, parece dudarlo, será una pareja enormemente feliz. Él tiene que amar a una dama tan guapa, noble, ingeniosa y dotada; y probablemente, ella lo ame a él: si no a su persona, por lo menos, amará su fortuna. Sé que considera las propiedades un partido buenísimo, aunque, ¡Dios me perdone!, le he contado algunas cosas al respecto hace una hora que la han puesto muy seria. La sonrisa se ha borrado de su cara al instante. Yo le aconsejaría a su pretendiente moreno que ande con cuidado; si aparece otro con rentas más abundantes o más claras, lo atrapará.

—Pero, abuela, no he venido para saber el futuro del señor Rochester. He venido a saber el mío, y no me ha dicho nada.

—Su futuro es dudoso aún: cuando le he mirado la cara, un rasgo contradecía a otro. La Providencia la ha dotado de un poco de felicidad, eso lo sé. Lo sabía antes de venir aquí esta noche. La ha apartado cuidadosamente para que la aguarde. La vi hacerlo. De usted depende extender la mano y cogerla. Pero el problema que estoy estudiando es si usted lo hará o no. Arrodíllese en la alfombra otra vez.

—No me tenga mucho rato ahí, pues el fuego me abrasa.

Me arrodillé. No se inclinó sobre mí, solo me miró fijamente, reclinada en su butaca. Empezó a murmurar:

—La llama centellea en los ojos; los ojos brillan como el rocío, y parecen dulces y llenos de sentimientos. Sonríen con mi charla; son vulnerables: sus globos diáfanos reflejan una impresión tras otra. Cuando dejan de sonreír, son tristes; una languidez inconsciente yace, pesada, sobre sus párpados; esto significa melancolía, producida por la soledad. Se apartan de mí; no quieren que escudriñe más en ellos; parecen negar, con una mirada burlona, los descubrimientos que he hecho ya, desmentir la acusación de sensibilidad y pena; pero su orgullo y su reserva confirman mi opinión. Los ojos son favorables.

»En cuanto a la boca, algunas veces se recrea riendo. Está dispuesta a comunicar todo lo que imagina el cerebro, aunque creo que callaría mucho de lo que siente el corazón. Móvil y flexible, no está hecha para comprimirse en el silencio eterno de la soledad. Es una boca hecha para hablar mucho y sonreír a menudo y para expresar afecto a su interlocutor. Este rasgo es propicio, también.

»Solo en la frente veo el enemigo de un final feliz. Esa frente pretende decir: “Puedo vivir sola, si así lo requieren el amor propio y las circunstancias. No tengo necesidad de vender mi alma para comprar la felicidad. Dispongo de un tesoro íntimo, que nació conmigo, que pueda mantenerme con vida aunque todos los placeres externos me eludan o me sean ofrecidos a un precio que no puedo permitirme pagar”. La frente declara: “La razón se mantiene firme y lleva las riendas, y no permitirá que se escapen los

sentimientos, para arrastrarla hacia abismos agrestes. Las pasiones pueden agitarse incontroladas, como idólatras que son; y los deseos pueden imaginar toda suerte de cosas vanas; pero el juicio dirá siempre la última palabra en todas las discusiones, y tendrá el voto decisivo en todos los dictámenes. Pueden venir vientos fuertes, terremotos y fuego, pero seguiré el mandato de la débil voz que interpreta los dictados de mi conciencia”.

»Bien dicho, frente; tu declaración será respetada. He formulado mis planes, que considero justos, teniendo en cuenta las exigencias de la conciencia y los consejos de la razón. Sé lo pronto que se desvanecerían la juventud y la lozanía si se detectara en la copa de la felicidad un solo poso de vergüenza o una gota de remordimiento. No quiero el sacrificio, la tristeza ni la disolución: no son de mi gusto. Deseo mimar, no marchitar; ganar agradecimiento, no arrancar lágrimas, ni de sangre ni de salmuera. Mi cosecha ha de ser de sonrisas, caricias y dulzura, será suficiente. Creo que sufro una especie de delirio exquisito. Quisiera prolongar *ad infinitum* este momento, pero no me atrevo. Hasta ahora me he dominado totalmente. Me he comportado como me juré que lo haría, pero ir más allá sería superior a mis fuerzas. Levántese, señorita Eyre, y déjeme. “La comedia ha terminado”[35].

¿Dónde estaba? ¿Estaba despierta o dormida? ¿Había soñado? ¿Soñaba todavía? Había cambiado la voz de la anciana. Su acento, sus gestos, todo, me eran tan familiares como mi propia imagen en el espejo, o como mi propia voz. Me levanté, pero no me fui. La miré, aticé el fuego y la volví a mirar, pero ella tapó aún más su rostro con el sombrero y la venda, y me hizo una seña de que me fuera. Las llamas iluminaron su mano extendida: alerta y en guardia para hacer descubrimientos, me fijé en aquella mano inmediatamente. Estaba tan lejos como la mía de ser la mano ajada de una vieja; era una mano redondeada y flexible, con dedos lisos, simétricamente torneados; destelló un ancho anillo en el meñique, que miré, inclinándome sobre él, y reconocí una alhaja que había visto cien veces en el pasado. Nuevamente miré la cara, que ya no

estaba vuelta; al contrario: se había quitado el sombrero y corrido la venda, y adelantaba la cabeza hacia mí.

—Bien, Jane, ¿me conoce? —preguntó la voz conocida.

—Quítese la capa roja, señor, y entonces…

—Se han enredado las cintas, ayúdeme.

—Rómpalas, señor.

—Ya está. «¡Fuera, avíos!»[36] —y el señor Rochester se quitó el disfraz.

—Señor, ¡qué extraña idea!

—Pero bien realizada, ¿eh? ¿No le parece?

—Con las damas le habrá ido bien.

—¿Pero no con usted?

—Conmigo no hacía el papel de gitana.

—¿Qué papel hacía? ¿El mío?

—No, uno inexplicable. En una palabra, creo que ha intentado sonsacarme, o engañarme. Ha dicho tonterías para que yo las dijera. No es justo, señor.

—¿Me perdona, Jane?

—No lo sé hasta que no me lo piense. Si, al reflexionar, considero que no he sido muy absurda, intentaré perdonarle, pero no ha estado bien.

—Oh, ha sido muy correcta: muy cuidadosa y sensata.

Reflexioné, y pensé que lo había sido, en general. Fue un consuelo; de hecho, había estado alerta casi desde el principio de la entrevista. Sospeché que había algo de mascarada. Sabía que las gitanas y las quirománticas no se expresaban como lo había hecho esta supuesta anciana. Además, me había dado cuenta de la voz fingida y de su ansiedad por ocultar su rostro. Pero había tenido en la imaginación a Grace Poole, ese enigma andante, el misterio de todos los misterios, como la consideraba; ni por un momento había pensado en el señor Rochester.

—Bien —dijo— ¿en qué está pensando? ¿Qué significa esa sonrisa seria?

—Admiración y autosatisfacción, señor. Tengo su permiso para retirarme, supongo.

—No, quédese un momento; dígame qué están haciendo en el salón.

—Hablar de la gitana, estoy segura.

—¡Siéntese, siéntese! Quiero saber qué han dicho de mí.

—No debo quedarme mucho rato, señor. Deben de ser casi las once. ¿Está usted enterado, señor Rochester, de que ha venido un forastero desde su marcha esta mañana?

—¿Un forastero? No. ¿Quién puede ser? No esperaba a nadie. ¿Se ha ido?

—No; ha dicho que lo conoce desde hace mucho, y que podía tomarse la libertad de instalarse aquí hasta su regreso.

—¡Vaya por Dios! ¿Ha dicho su nombre?

—Su nombre es Mason, señor, y viene de las Antillas; de Puerto España, en Jamaica, creo.

El señor Rochester estaba de pie junto a mí, me había cogido la mano, como para conducirme a una silla. Cuando hablé, me apretó la muñeca, se le congeló la sonrisa en los labios y se le entrecortó la respiración.

—¡Mason! ¡Las Antillas! —dijo, con la voz que se podría esperar de un autómata al pronunciar palabras—; ¡Mason! ¡Las Antillas! —repitió, y dijo las mismas sílabas tres veces, poniéndose más pálido que la muerte entre palabra y palabra; apenas parecía saber lo que hacía.

—¿Se encuentra mal, señor? —inquirí.

—¡Jane, es un golpe; es un golpe, Jane!

Se tambaleó.

—Apóyese en mí, señor.

—Jane, una vez me ofreció el hombro; démelo ahora.

—Sí, señor, sí, y el brazo también.

Se sentó y me hizo sentar a su lado. Cogiéndome la mano entre las suyas, la frotó, dirigiéndome a la vez una mirada preocupada y funesta.

—¡Querida amiga! —dijo— ¡ojalá estuviera en una isla tranquila solamente con usted, lejos de los problemas y los peligros, y de los recuerdos espantosos!

—¿Puedo ayudarlo, señor? Daría mi vida por servirle.

—Jane, si necesito ayuda, la buscaré en usted, se lo prometo.

—Gracias, señor. Dígame qué debo hacer, e intentaré, por lo menos, hacerlo.

—Tráigame ahora una copa de vino del comedor, Jane. Estarán cenando allí. Y dígame si Mason está con ellos, y qué está haciendo.

Me fui y encontré a todos los invitados cenando en el comedor, tal como había dicho el señor Rochester. No estaban sentados alrededor de la mesa; la cena estaba dispuesta en el aparador y cada uno se había servido lo que le apetecía; estaban de pie en pequeños grupos, sosteniendo los platos y las copas en las manos. Todos parecían estar de buen humor; había risas y conversaciones animadas por doquier. El señor Mason estaba de pie cerca del fuego, hablando con el coronel y la señora Dent, y tenía un aspecto tan alegre como los demás. Llené una copa de vino (vi a la señorita Ingram mirarme con el ceño fruncido; supongo que pensaba que me propasaba), y volví a la biblioteca.

La mortal palidez había desaparecido del rostro del señor Rochester, que había recuperado su aspecto firme y serio. Tomó la copa de mi mano.

—¡A su salud, espíritu del bien! —dijo. Se tragó el contenido y me la devolvió—. ¿Qué hacen, Jane?

—Ríen y hablan, señor.

—¿No están serios y misteriosos, como si se hubieran enterado de algo extraño?

—En absoluto. Están bromeando y alegres.

—¿Y Mason?

—Él reía también.

—Si vinieran todos en tropel para escupirme, ¿qué haría, Jane?

—Echarlos de la habitación, señor, si pudiera.

Sonrió a medias:

—Pero si yo me reuniese con ellos y me mirasen con frialdad y cuchicheasen entre sí, burlándose, para después irse marchando uno tras otro, entonces, ¿qué? ¿Se marcharía usted con ellos?

—Creo que no, señor. Me complacería más quedarme con usted.

—¿Para consolarme?

—Sí, señor, para consolarlo lo mejor que pudiese.

—¿Y si ellos la desaprobaran por quedarse conmigo?

—Probablemente no me enteraría de su desaprobación, y, si lo hiciera, no me importaría en absoluto.

—¿Se arriesgaría a que la criticaran por mí?

—Me arriesgaría por cualquier amigo que mereciese mi apoyo, igual que usted.

—Vuelva al salón, acérquese discretamente a Mason y susúrrele al oído que ha venido el señor Rochester y que quiere verlo. Tráigalo aquí y déjenos.

—Sí, señor.

Cumplí su mandato. Toda la compañía me miró cuando pasé entre ellos. Busqué al señor Mason, le di el recado y salí delante de él; lo acompañé a la biblioteca y me fui al piso de arriba.

Muy tarde, después de estar mucho tiempo acostada, oí cómo se iban los huéspedes a sus habitaciones. Distinguí la voz del señor Rochester, que oí decir:

—Por aquí, Mason; este es su cuarto.

Hablaba con jovialidad; el tono alegre de su voz tranquilizó mi corazón. Me dormí rápidamente.

Capítulo V

Se me había olvidado correr las cortinas, como era mi costumbre, y también bajar la persiana. En consecuencia, cuando la luna, llena y radiante (porque hacía buena noche), llegó a ocupar el espacio del cielo frente a mi ventana y se asomó a través de los cristales desnudos, me despertó su espléndida luz. Al despertarme a altas horas de la noche, abrí los ojos para contemplarla, plateada y clara como el cristal. Era bella pero muy fastuosa, así que empecé a levantarme y extendí el brazo para correr la cortina.

¡Dios mío, qué grito!

El silencio y la serenidad de la noche fueron desgarrados por un sonido salvaje, agudo y estridente, que atravesó Thornfield Hall de parte a parte.

Se detuvieron mis pulsaciones, se me congeló el corazón, se me paralizó el brazo extendido. Se desvaneció el grito y no se repitió. De hecho, la criatura que hubiera emitido tal chillido difícilmente podía repetirlo. Ni el cóndor más grande de los Andes podría emitir dos veces seguidas semejante lamento, desde su nido rodeado de nubes. El ser que hubiera producido tal sonido debía descansar antes de iterar su esfuerzo.

Procedía del tercer piso, pues lo oí encima de mí. Y encima de mí, en el cuarto que estaba sobre mi habitación, oí una lucha que, a juzgar por el ruido, debía de ser encarnizada. Una voz medio ahogada gritó:

—¡Socorro, socorro, socorro! —tres veces en rápida sucesión—. ¿No va a venir nadie? —gritó, y, a través de las vigas y la escayola,

y entre los violentos golpes y pataleos, pude distinguir:

—¡Rochester, Rochester, venga, por el amor de Dios!

Se abrió la puerta de un dormitorio y alguien corrió veloz por la galería. Sonaron otras pisadas en el suelo de arriba y algo cayó: siguió el silencio.

Me eché encima algo de ropa, a pesar de los temblores que me sacudían de pies a cabeza, y salí de mi cuarto. Todos estaban despiertos: en cada habitación, se oían exclamaciones y murmullos de espanto, se abrieron las puertas una tras otra, se asomaron los huéspedes uno tras otro y se fue llenando la galería. Tanto los caballeros como las señoras se habían levantado, y preguntaban confusamente: «¿Qué ha sido?», «¿Quién está herido?», «¿Qué ha sucedido?», «¡Traigan luz!», «¿Es un incendio?», «¿Son ladrones?» y «¿Adónde huimos?». La oscuridad habría sido absoluta si no hubiera sido por la luna. Corrían de un lado a otro, formaban corros; algunos sollozaban, otros se tambaleaban: la confusión era total.

—¿Dónde diablos está Rochester? —gritó el coronel Dent—. No está en su cuarto.

—¡Aquí estoy! —sonó la respuesta—. ¡Tranquilícense todos; ya voy!

Se abrió la puerta del extremo de la galería y se aproximó el señor Rochester llevando una vela; venía del piso superior. Una de las damas corrió enseguida hacia él: era la señorita Ingram.

—¿Qué terrible suceso ha ocurrido? —dijo—. ¡Hable! díganos lo que sea enseguida.

—Pero dejen ustedes de tirar de mí, que van a estrangularme —respondió, porque las señoritas Eshton se agarraban a él; y las dos viudas, ataviadas con amplias batas blancas, se acercaban como dos barcos a toda vela.

—¡Todo está bien, todo está bien! —exclamó él—. Solo es un ensayo de *Mucho ruido y pocas nueces*. Señoras, apártense, o me volveré peligroso.

Realmente tenía aspecto peligroso: los oscuros ojos despedían chispas. Haciendo un esfuerzo por calmarse, añadió:

—Una criada ha tenido una pesadilla, eso es todo. Es una persona impresionable y excitable; sin duda creía que el sueño era una aparición o algo así, y le ha dado un ataque de nervios. Deben regresar todos a sus cuartos, porque no podemos atenderle hasta que todo vuelva a la normalidad. Caballeros, hagan el favor de dar ejemplo a las señoras. Señorita Ingram, estoy seguro de que sabrá imponerse a estos miedos infundados. Amy y Louise, sean ustedes como palomas, y vuelvan a sus nidos. *Mesdames* —a las viudas—, cogerán ustedes frío si se quedan más tiempo en esta gélida galería.

De esta manera, lisonjeando u ordenando, consiguió que todos regresasen a sus respectivos dormitorios. No esperé a que me mandase volver al mío, sino que me retiré discretamente, tal como había salido.

Pero no para acostarme. Al contrario, comencé a vestirme cuidadosamente. Es probable que solo yo hubiera oído los sonidos que siguieron al grito y las palabras pronunciadas, ya que procedieron del cuarto que estaba encima del mío; pero fueron suficientes para que supiera que no había sido la pesadilla de una criada lo que había espantado a todos, y que la explicación del señor Rochester era simplemente una mentira inventada para tranquilizar a sus huéspedes. Me vestí, por lo tanto, con el fin de estar preparada para cualquier emergencia. Una vez vestida, me quedé sentada largo rato junto a la ventana, contemplando los jardines silenciosos y los campos plateados, a la expectativa de no sabía qué. Estaba convencida de que algún suceso había de seguir al extraño grito, la lucha y la petición de socorro.

Pero no. Volvió el silencio; todos los murmullos y movimientos fueron cesando poco a poco y, una hora más tarde, Thornfield Hall estaba nuevamente tan pacífico como el desierto. Aparentemente, el sueño y la noche habían recuperado su reino. Mientras tanto, la luna menguaba, a punto de desaparecer. Como no me gustaba estar levantada con el frío y la oscuridad, decidí tumbarme, vestida como estaba, en la cama. Me alejé de la ventana y me deslicé por la

alfombra, haciendo el menor ruido posible; al agacharme para quitarme los zapatos, sonaron unos golpecitos cautelosos en la puerta.

—¿Me necesitan? —pregunté.

—¿Está levantada? —inquirió la voz que deseaba oír, es decir, la de mi señor.

—Sí, señor.

—¿Y vestida?

—Sí.

—Salga, pues, en silencio.

Obedecí. El señor Rochester estaba en la galería portando una luz.

—Me hace falta —dijo—; venga por aquí. No se apresure, y no haga ruido.

Llevaba unas zapatillas livianas, que me permitían andar tan silenciosa como un gato. Él se deslizó por la galería y la escalera, deteniéndose en el oscuro pasillo del fatídico tercer piso. Lo había seguido y me hallaba a su lado.

—¿Tiene usted una esponja en su cuarto? —me preguntó susurrando.

—Sí, señor.

—¿Y tiene sales, sales aromáticas?

—Sí.

—Pues vuelva y traiga ambas cosas.

Volví, busqué la esponja en el lavabo y las sales en el cajón, y desanduve el camino una vez más. Él esperaba aún con una llave en la mano, y, acercándose a una de las pequeñas puertas negras, la introdujo en la cerradura; se paró y se dirigió nuevamente a mí:

—¿No la pondrá enferma la vista de la sangre?

—Creo que no; nunca me he visto en situación de comprobarlo.

Sentí un estremecimiento al responderle, pero no tuve sensación de frío ni de desmayo.

—Deme la mano —dijo—, no conviene arriesgarnos a sufrir un desmayo.

Deslicé mis dedos entre los suyos. «Cálidos y firmes» fue su comentario, mientras giraba la llave y abría la puerta.

Vi la habitación que recordaba haber visto antes, el día que me había enseñado la casa la señora Fairfax. Tenía muchos cortinajes, que en esos momentos estaban recogidos en un punto, revelando una puerta anteriormente oculta. Dicha puerta estaba abierta; se veía luz en la habitación del otro lado, y oí un sonido de gruñidos y forcejeos, casi como una pelea de perros. El señor Rochester, dejando la vela, me dijo:

—Espere un minuto —y pasó a la habitación interior. Su entrada fue saludada con una carcajada, al principio estridente, pero terminando con el «ja, ja» sobrenatural típico de Grace Poole. Ella se hallaba presente, pues. Él dio unas instrucciones, sin palabras, aunque oí que una voz queda se dirigía a él; salió cerrando tras de sí la puerta.

—Venga aquí, Jane —dijo, y di la vuelta a una gran cama, cuyas cortinas cerradas ocultaban gran parte de la habitación. Había una butaca cerca de la cabecera, y un hombre sentado en ella, vestido, aunque sin chaqueta; estaba inmóvil, la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados. El señor Rochester acercó la vela hacia él, y reconocí el rostro pálido y aparentemente inanimado del forastero, el señor Mason. Vi también que un lado de su camisa y su brazo estaban empapados en sangre.

—Sujete la vela —dijo el señor Rochester, y la cogí. Trajo una jofaina de agua del lavabo—. Sujete esto —dijo, y obedecí. Cogió la esponja, la mojó y la pasó por el rostro cadavérico; pidió el frasco de sales, y lo acercó a la nariz del señor Mason, que, poco después, abrió los ojos y se quejó. El señor Rochester desabrochó la camisa del herido, que llevaba el brazo y el hombro vendados. Limpió con la esponja la sangre, que fluía abundante.

—¿Es grave? —murmuró el señor Mason.

—¡Bah! No, un rasguño. No decaigas, anímate. Yo mismo iré ahora a buscar al cirujano; mañana podrás marcharte, espero. Jane… —prosiguió.

—¿Señor?

—Tendré que dejarla en este cuarto con este caballero durante una hora o quizás dos; vaya quitando la sangre con la esponja, tal como hago yo; si él se siente desfallecer, acerque el vaso de agua a sus labios y las sales a su nariz. No debe hablar con él bajo ningún pretexto y, Richard, arriesgarás tu vida si hablas con ella. Abre la boca o agítate siquiera, y no respondo de las consecuencias.

Otra vez se quejó el pobre hombre; parecía no atreverse a mover un músculo; el miedo, o a la muerte o a alguna otra cosa, lo tenía casi paralizado. El señor Rochester me colocó en la mano la esponja ensangrentada, que me puse a utilizar tal como él lo había hecho. Me observó durante un segundo y salió de la habitación con las palabras: «¡Recuerde, nada de conversación!». Tuve una sensación muy extraña cuando chirrió la llave en la cerradura y fueron alejándose las pisadas.

Aquí estaba, pues, en el tercer piso, encerrada en una de sus celdas enigmáticas, rodeada por la noche y con un espectáculo sangriento ante mis ojos y encomendado a mi cuidado, apenas separada de una asesina por una simple puerta. Era espantoso; podía soportar el resto, pero temblaba ante la idea de que Grace Poole pudiera abalanzarse sobre mí.

Pero debía quedarme en mi puesto. Debía vigilar aquel semblante mortecino, aquellos labios morados sellados por una orden, aquellos ojos ora abiertos, ora cerrados, ora vagando por la habitación, ora fijándose en mí, y siempre vidriosos con una mirada de espanto. Debía sumergir la mano una y otra vez en la jofaina de sangre y agua, y limpiar la sangre que goteaba. Debía ver cómo se agotaba la luz de la vela sin despabilar que iluminaba mi tarea; debía ver oscurecerse las sombras sobre la rica tapicería antigua, y convertirse en negrura bajo las cortinas de la enorme cama vetusta, y bailar de forma extraña en los paneles de un gran bargueño, cuya parte delantera, dividida en doce hojas, llevaba, en un estilo macabro, las cabezas de los doce apóstoles, cada una enmarcada

en un cajón, y, encima de ellas, un crucifijo de ébano con un Cristo moribundo.

Según se detenía aquí o allá la luz intermitente, se inclinaba la cabeza de Lucas o se mecía la larga melena de Juan, o el rostro diabólico de Judas se agigantaba y parecía cobrar vida y amenazar una revelación del mismísimo Satanás bajo la forma de su subordinado.

En medio de todo aquello, además de vigilar, tenía que estar a la escucha por si se movía la bestia salvaje o el demonio que se encontraba en su guarida tras la puerta. Pero, desde la visita del señor Rochester, parecía estar hechizada. A lo largo de la noche, solo oí tres sonidos a largos intervalos: el crujido de una pisada, la repetición momentánea del gruñido canino y un profundo lamento humano.

También me preocupaban mis propios pensamientos. ¿Cuál era este crimen que se había encarnado en esta mansión apartada, que el dueño era incapaz de desterrar o someter? ¿Cuál era el misterio que tomaba forma de fuego o de sangre a altas horas de la noche? ¿Qué criatura era esta que, enmascarada bajo la forma del rostro y la figura de una mujer corriente, emitía voces, unas veces de demonio burlón, otras de ave carroñera?

Y este hombre sobre el que me inclinaba, este forastero tranquilo y vulgar, ¿cómo se había visto envuelto en esta red de horrores? ¿Por qué lo había atacado la Furia? ¿Qué motivo lo había llevado a esta parte de la casa a horas intempestivas, cuando debía estar durmiendo en su cama? Yo había oído al señor Rochester asignarle una habitación en el piso de abajo; ¿qué buscaba aquí? ¿Y por qué se mostraba tan ecuánime después de la violencia infligida? ¿Por qué se sometía tan serenamente al silencio impuesto por el señor Rochester? ¿Por qué impuso el señor Rochester este encubrimiento? Habían agraviado a su invitado, antes lo habían atacado a él mismo de manera atroz, y en ambas ocasiones había encubierto los ataques para enterrarlos en el olvido. Por último, me di cuenta de que el señor Mason estaba completamente sometido al

señor Rochester, y de que la voluntad impetuosa de este dominaba la inercia de aquel; las pocas palabras que mediaron entre ambos me convencieron de este hecho. Era evidente que en su relación anterior, la disposición pasiva de aquel había estado habitualmente bajo la influencia enérgica de este. ¿De dónde procedía la consternación del señor Rochester cuando se enteró de la llegada del señor Mason? ¿Por qué el solo nombre de este ser irresoluto, a quien una palabra suya controlaba como a un niño, lo había dejado tan afectado como un roble partido por un rayo?

No podía olvidar su expresión y su palidez cuando susurró: «Jane, es un golpe, es un golpe, Jane». No podía olvidar cómo temblaba el brazo que apoyó sobre mi hombro. No era cosa sin importancia lo que hacía tambalear el espíritu fuerte y el cuerpo vigoroso de Fairfax Rochester.

«¿Cuándo vendrá? ¿Cuándo vendrá?» gritaba para mis adentros mientras se iba alargando la noche, mientras se quejaba el paciente y se iba debilitando por la pérdida de sangre. Pero no llegaban ni el día ni el auxilio. Una y otra vez acerqué el vaso de agua a los labios exangües de Mason; una y otra vez, le ofrecí las sales estimulantes. Mis esfuerzos parecían vanos: sus fuerzas declinaban rápidamente debido al sufrimiento físico o moral, o la pérdida de sangre, o las tres cosas juntas. Gemía de tal modo y tenía un aspecto tan débil, agitado y perdido, que temía que fuera a morir, ¡y ni siquiera me era permitido hablarle!

La vela, agotada por fin, se consumió; al apagarse, noté jirones de luz grisácea en torno a las cortinas de la ventana: se aproximaba el alba. Poco tiempo después, oí ladrar a *Pilot* allá abajo en la perrera del patio: renacieron las esperanzas. Y no sin motivos, pues, al cabo de cinco minutos, me advirtió el chirrido de la llave que mi vigilia tocaba a su fin. No debió de durar más de dos horas; muchas semanas se me han hecho más cortas.

Entró el señor Rochester, seguido por el cirujano que había ido a buscar.

—Bien, Carter, atiéndame —dijo a este—. Le doy solo media hora para curar la herida, vendarla y bajar al paciente.

—Pero ¿está en condiciones de moverse, señor?

—Sin duda alguna; no es nada grave; está nervioso y hay que animarlo. Venga, póngase a trabajar.

El señor Rochester retiró la pesada cortina y subió la persiana de lienzo para dejar entrar toda la luz posible; me sorprendió y alegró ver lo avanzado que estaba el día y vislumbrar los rayos rosados que empezaban a iluminar el este. Luego se acercó a Mason, a quien ya atendía el cirujano.

—Bien, amigo, ¿cómo te encuentras? —preguntó.

—Ella ha acabado conmigo, me temo —fue la débil respuesta.

—¡Nada de eso! ¡Valor! De aquí a quince días estarás como nuevo; has perdido un poco de sangre, eso es todo. Carter, convénzalo de que no está en peligro.

—Puedo hacerlo en conciencia —dijo Carter, que ya había quitado las vendas—. Solo quisiera haber venido antes; no habría perdido tanta sangre. ¿Pero qué es esto? La piel del hombro está desgarrada, además de cortada. Esta herida no ha sido infligida por un cuchillo, sino por unos dientes.

—Me mordió —murmuró—. Me atacó como una tigresa cuando Rochester le quitó el cuchillo.

—No debiste dejarla; debiste forcejear con ella desde el principio —dijo el señor Rochester.

—¿Pero qué se podía hacer, en las circunstancias? —respondió Mason—. ¡Oh, fue espantoso! —añadió con un escalofrío—. Y no lo esperaba: parecía tan tranquila al principio.

—Te lo advertí —fue la respuesta de su amigo—. Te dije que estuvieras en guardia cuando te acercaras a ella. Además, podías haber esperado hasta mañana para que yo estuviera contigo; ha sido una tontería intentar entrevistarte con ella esta noche, y solo.

—Pensé que le vendría bien.

—¡Pensaste, pensaste! ¡Me saca de quicio oírte! Pero has sufrido, y sufrirás bastante más, por desoír mis consejos, así que no

diré nada más. Carter, ¡dese prisa! El sol saldrá pronto, y quiero que se marche.

—Enseguida, señor; ya está vendado el hombro. Debo atender a esta otra herida del brazo; lo ha mordido aquí también, me parece.

—Me chupó la sangre. Dijo que me iba a desangrar —dijo Mason.

Vi estremecerse al señor Rochester; una expresión de asco, horror y odio distorsionó su semblante, pero solo dijo:

—Venga, calla ya, Richard, y olvídate de sus desvaríos. No los repitas.

—¡Ojalá pudiera olvidarlo! —fue la respuesta.

—Lo olvidarás en cuanto te vayas del país; cuando regreses a Puerto España, puedes pensar en ella como en alguien muerto y enterrado, o mejor, no pienses en ella en absoluto.

—Será imposible olvidar esta noche.

—No será imposible. Sé fuerte, hombre. Hace dos horas, creías estar más muerto que vivo, y estás vivo y coleando. ¡Ya esta! Carter ha acabado, o casi. Yo te pondré en condiciones en un momento. Jane —se volvió hacia mí por primera vez desde su regreso—, tome esta llave, baje a mi cuarto y entre en mi camarín; abra el cajón de arriba del armario y saque una camisa limpia y un pañuelo de cuello; tráigalos aquí, y ¡dese prisa!

Me marché, acudí al armario que había mencionado, busqué los artículos que había pedido y regresé con ellos.

—Ahora —dijo—, vaya al otro lado de la cama mientras yo lo aseo, pero no abandone la habitación; puede que nos haga falta de nuevo.

Hice lo que me indicó.

—¿Había alguien levantado cuando ha bajado, Jane? —preguntó el señor Rochester un poco más tarde.

—No, señor; todo estaba en silencio.

—Conseguiremos que te marches sigilosamente, Dick; será lo mejor, tanto para ti como para aquella pobre criatura de allá. He luchado mucho tiempo para guardar el secreto, y no me gustaría

que se descubriese ahora. Venga, Carter, ayúdelo a ponerse el chaleco. ¿Dónde has dejado la capa de piel? No puedes viajar ni una milla sin ella en este maldito clima frío, lo sé. ¿En tu cuarto? Jane, vaya corriendo al cuarto del señor Mason, el que está junto al mío, y traiga una capa que encontrará allí.

Otra vez me fui y otra vez volví, llevando un manto enorme, forrado y ribeteado de piel.

—Tengo otro recado para usted —dijo mi infatigable amo—; debe ir nuevamente a mi habitación. ¡Menos mal que va calzada con terciopelo, Jane! Un mensajero ruidoso sería un compromiso ahora. Debe usted abrir el cajón central del tocador y extraer un frasquito y un vaso que verá allí; ¡deprisa, Jane!

Fui volando a traer los recipientes solicitados.

—¡Muy bien! Ahora, doctor, me tomaré la libertad de administrarle una dosis yo mismo, bajo mi propia responsabilidad. Compré este jarabe en Roma, a un charlatán italiano, un individuo que usted despreciaría, Carter. No es para utilizarlo indiscriminadamente, pero va bien en una ocasión como esta. Jane, un poco de agua.

Extendió el minúsculo vaso y lo llené hasta la mitad con agua de la jarra del lavabo.

—Basta; ahora moje el borde del frasco.

Lo hice, y él midió doce gotas de un líquido carmesí, que ofreció a Mason.

—Bebe, Richard; esto te dará los ánimos que te faltan durante una hora o dos.

—Pero ¿me hará daño? ¿Es inflamatorio?

—¡Bebe, bebe, bebe!

Obedeció el señor Mason, puesto que hubiera sido inútil resistirse. Estaba vestido, aún estaba pálido, pero ya no estaba sucio y ensangrentado. El señor Rochester le permitió quedarse sentado unos tres minutos después de ingerir el líquido, y luego lo cogió del brazo:

—Estoy seguro de que ya puedes levantarte —dijo—; inténtalo.

Se levantó el paciente.

—Carter, cójalo del otro brazo. Anímate, Richard; ¡adelante, eso es!

—Me encuentro mejor —comentó el señor Mason.

—Estoy seguro. Ahora, Jane, vaya delante de nosotros hasta la escalera de atrás, corra el cerrojo de la puerta lateral del pasillo y dígale al conductor de la silla de posta que verá en el patio, o fuera, porque le de dicho que no hiciera ruido sobre el empedrado, que se prepare, que ya vamos. Y, Jane, si hay alguien, venga al pie de la escalera y tosa.

Ya eran las cinco y media y el sol estaba a punto de levantarse, pero la cocina estaba todavía a oscuras y silenciosa. Estaba cerrada la puerta lateral; la abrí con el menor ruido posible. En el patio no se movía nada, pero las puertas estaban abiertas de par en par y, al otro lado, había una silla de posta con los caballos ya enganchados y el conductor sentado en el pescante. Me acerqué a él y le dije que venían los caballeros, a lo que asintió con la cabeza; miré y escuché por si había alguien. La quietud de la madrugada dormitaba por doquier; las cortinas de los cuartos de los criados estaban todavía cerradas; piaban unos pajarillos entre las flores de los árboles frutales del huerto, cuyas ramas se inclinaban como blancas guirnaldas por encima de uno de los muros que rodeaban el patio; los caballos de los carruajes chacoloteaban en los establos; lo demás estaba en silencio.

Aparecieron los caballeros.

Mason, soportado por el señor Rochester y el cirujano, parecía andar con bastante facilidad; lo ayudaron a subir a la silla, y Carter subió detrás.

—Cuídelo —dijo el señor Rochester a este—, y téngalo en su casa hasta que esté bien del todo; iré dentro de un día o dos para ver cómo está. Richard, ¿cómo te encuentras?

—El aire me reanima, Fairfax.

—Deje la ventanilla de su lado abierta, Carter; no hace viento. Adiós, Dick.

—Fairfax…

—¿Qué ocurre?

—Que la cuiden; que la traten con toda la ternura posible; que… —se detuvo y rompió a llorar.

—Hago lo que puedo; lo he hecho y lo haré —fue la respuesta. Cerró la puerta de la silla y esta se alejó.

—¡Ojalá acabara todo de una vez! —añadió el señor Rochester, mientras atrancaba las pesadas puertas del patio. Hecho esto, se dirigió con paso tardo y aire abstraído hacia una puerta de la pared que daba al huerto. Creyendo que ya no quería nada de mí, me dispuse a entrar en la casa; sin embargo, lo oí llamar «Jane». Había abierto la puerta y la mantenía abierta, esperándome.

—Venga unos momentos a un sitio donde se pueda respirar aire puro —dijo—; la casa es un calabozo, ¿no lo siente así?

—A mí me parece una mansión magnífica, señor.

—La inexperiencia le ciega los ojos —contestó— y la ve a través de un hechizo; no se da cuenta de que lo dorado es fango y las tapicerías de seda, telarañas; de que el mármol es pizarra vulgar y las maderas bruñidas, simples desperdicios y cortezas. Pero aquí, todo es auténtico, dulce y puro.

Se fue paseando por un camino bordeado de boj, con manzanos, perales y cerezos a un lado y un arriate al otro, lleno de toda clase de flores clásicas: alhelíes, prímulas, pensamientos mezclados con abrótano, albahaca y otras hierbas aromáticas. Estaban todas tan lozanas como las habían podido poner las lluvias de abril y la espléndida mañana de primavera. El sol se asomaba en el cielo aborregado del este, y su luz centelleaba en las gotas de rocío de los árboles e iluminaba los senderos tranquilos.

—Jane, ¿quiere una flor?

Cogió una rosa a medio abrir, la primera del rosal, y me la ofreció.

—Gracias, señor.

—¿Le gusta este amanecer, Jane? ¿El cielo con sus nubes altas y ligeras, que irán desvaneciéndose con el calor del día, esta

atmósfera plácida y serena?

—Sí, mucho.

—Ha pasado una noche extraña, Jane.

—Sí, señor.

—La ha dejado pálida; ¿tenía miedo cuando se ha quedado a solas con Mason?

—Tenía miedo de que viniera alguien del cuarto interior.

—Pero yo había cerrado la puerta y tenía la llave en el bolsillo. Habría sido un pastor negligente si hubiera dejado a mi cordera, mi cordera favorita, tan cerca de la guarida del lobo sin protección; usted estaba a salvo.

—¿Se quedará viviendo aquí Grace Poole, señor?

—Sí, sí; no se preocupe por ella, aléjela de sus pensamientos.

—Pero me parece a mí que su vida está en peligro mientras ella esté aquí.

—No se preocupe, cuidaré de mí mismo.

—¿Ha pasado ya el peligro que temía usted anoche, señor?

—No puedo asegurarlo hasta que Mason no se vaya de Inglaterra, ni aun entonces. Vivir es para mí, Jane, estar en el borde de un cráter que puede agrietarse y vomitar fuego en cualquier momento.

—Pero el señor Mason parece ser un hombre fácil de manejar. Es evidente que usted, señor, influye en él de manera notable; nunca lo desafiará ni le hará daño aposta.

—¡No, no! Mason no me desafiará, ni me hará daño queriendo, pero, sin querer o con una palabra imprudente, podría en un instante privarme, si no de la vida, sí de la felicidad, para siempre.

—Dígale que sea discreto, señor; dígale lo que usted teme y cómo alejar el peligro.

Soltó una risa sardónica, me cogió apresurado la mano, y la apartó de sí con la misma rapidez.

—Si pudiera hacer eso, tontorrona, ¿dónde estaría el peligro? Desaparecería al instante. Desde que conozco a Mason, solo he de decirle «Haz eso» para que lo haga. Pero no puedo darle órdenes

en este caso, no puedo decirle «Ojo con hacerme daño, Richard», porque es imprescindible que siga ignorando que es posible hacerme daño. Ahora tiene cara de perplejidad, y voy a enredarla más. Usted es mi amiga, ¿verdad?

—Me gusta servirle, señor, y obedecerle en todo lo que esté bien.

—Exactamente, lo he comprobado. Veo verdadera satisfacción en su porte y su semblante cuando me está ayudando como yo quiero, trabajando para mí y conmigo en lo que llama, típico de usted, «todo lo que esté bien» porque, si le pidiera que hiciese algo que le pareciera mal, no habría carreras de aquí para allá, ni diligencia, ni mirada vivaz y emocionada. Mi amiga se volvería, serena y pálida, hacia mí y me diría «No, señor, es imposible. No puedo hacerlo, porque está mal», y se quedaría tan inmutable como una estrella fija. Pues usted también tiene poder sobre mí y podría hacerme daño; no me atrevo a enseñarle mis puntos vulnerables por si, a pesar de su lealtad y su amistad, se decidiera a atravesarme en el acto.

—Si no tiene usted más motivos para temer al señor Mason que a mí, señor, está usted a salvo.

—¡Ojalá sea así! Venga, Jane, sentémonos en este cenador.

El cenador era un arco del muro forrado de hiedra con un banco rudimentario. El señor Rochester se sentó, dejándome sitio, pero me quedé de pie ante él.

—Siéntese —dijo—; el banco es bastante largo para dos. No vacilará en sentarse a mi lado, ¿verdad? ¿Estaría mal, Jane?

Mi respuesta fue sentarme; pensé que no era prudente negarme.

—Ahora, amiga mía, mientras el sol seca el rocío, mientras se despiertan y se abren las flores de este viejo jardín, los pájaros traen el desayuno de su progenie del campo de espinos y las abejas inician sus primeras labores, le expondré un caso que debe intentar imaginar como el suyo propio. Pero primero, míreme y dígame que está a gusto y que no piensa que hago mal en retenerla aquí, ni usted en quedarse.

—No, señor, estoy a gusto.

—Entonces, Jane, ponga a funcionar su imaginación. Suponga que ya no es usted una joven bien educada y disciplinada, sino un muchacho alocado, mimado desde la niñez; imagine que se encuentra en tierras remotas; figúrese que comete allí un error mayúsculo, no importa de qué tipo ni por qué motivos, pero un error cuyas consecuencias han de seguirlo a lo largo de toda su vida y envenenar su existencia. Fíjese en que no digo un delito; no hablo de derramar sangre ni de otro acto criminal que lo haría responsable ante la ley; mi palabra es error. El resultado de lo que ha hecho con el tiempo se hace absolutamente insoportable; toma medidas para aliviar la situación, medidas poco corrientes, pero no ilegales ni delictivas. Sin embargo, sigue siendo desgraciado, porque ha perdido la esperanza en los albores de la vida: su sol se eclipsa a mediodía, y tiene la sensación de que seguirá sin luz hasta la hora de ponerse. Su memoria se alimenta solamente de ideas amargas y viles; vaga de aquí para allá, buscando alivio en el exilio y felicidad en el placer, quiero decir placer sensual e inofensivo, del tipo que embota la inteligencia y destruye los sentimientos. Cansado y amargado, vuelve a casa después de años de exilio voluntario; conoce a una persona, no importa cómo ni dónde, en la que encuentra muchas de las cualidades buenas y sanas que busca desde hace veinte años, y que no ha encontrado antes: unas cualidades sanas, sin mácula. Esta compañía lo resucita y regenera, siente que vuelven los buenos tiempos, con deseos más nobles y sentimientos más puros. Tiene ganas de rehacer su vida y pasar lo que le queda de tiempo de una forma más digna de un ser inmortal. Para conseguir este fin, ¿está justificado ignorar un obstáculo de tradición, un impedimento convencional, que su conciencia no respeta ni su juicio aprueba?

Hizo una pausa para que le respondiera, pero ¿qué podía decir? ¡Ojalá algún espíritu bondadoso me sugiriese una respuesta juiciosa y satisfactoria! ¡Vana aspiración! El viento de levante susurraba entre la hiedra que me rodeaba, pero no había gentil Ariel que

utilizara su aliento como medio de comunicación; los pájaros cantaban en las copas de los árboles, pero su canción, aunque bella, no articulaba palabras.

Otra vez formuló su pregunta el señor Rochester:

—¿Está justificado el hombre, antes errante y pecador, pero ahora arrepentido y pacífico, en desafiar la opinión pública al unirse para siempre a esta persona dulce, bondadosa y afable, asegurando de este modo su propia tranquilidad y regeneración?

—Señor —respondí— el reposo del Errante o la regeneración del Pecador nunca deben depender de un semejante. Los hombres y las mujeres mueren, los filósofos vacilan en su sabiduría y los cristianos en su bondad; si alguien que conoce ha sufrido y errado, que busque en un sitio más elevado la fuerza para enmendarse y el solaz para curarse.

—¡Pero el instrumento, el instrumento! Dios, que hace la labor, elige el instrumento. Yo mismo, y se lo digo sin parábolas, he sido un hombre inquieto, disipado y mundano, y creo haber encontrado el instrumento para curarme en…

Hizo una pausa; los pájaros seguían cantando y las hojas susurrando al rozarse. Casi me sorprendió que no detuvieran sus canciones y susurros para oír la revelación interrumpida, pero habrían tenido que esperar muchos minutos, porque su silencio se prolongó. Por fin miré al hablador indeciso, que me miraba a mí con ansiedad.

—Amiga mía —dijo, y su tono estaba totalmente cambiado, como lo estaba su expresión; había perdido la ternura y la seriedad, para ponerse brusca y sarcástica—, usted se ha fijado en mi inclinación amorosa hacia la señorita Ingram. ¿No le parece que, si me casara con ella, pondría todo su empeño en regenerarme?

Se levantó rápidamente, se alejó hasta el otro extremo del camino y, cuando volvió, tarareaba una melodía.

—Jane, Jane —dijo, deteniéndose ante mí—, está muy pálida por su desvelo; ¿no me maldice por interrumpir su reposo?

—¿Maldecirlo? No, señor.

—Deme la mano para asegurármelo. ¡Qué dedos más fríos! Estaban más cálidos anoche, cuando los rocé en la puerta del dormitorio misterioso. Jane, ¿cuándo volverá a velar conmigo?

—Cuando le pueda ser útil, señor.

—¿Por ejemplo, la noche antes de mi boda? Estoy seguro de que no podré dormir. ¿Promete velar conmigo para hacerme compañía? Con usted puedo hablar de mi amada, porque la ha visto y la conoce.

—Sí, señor.

—Es única, ¿verdad, Jane?

—Sí, señor.

—Una mujer estupenda, Jane: grande, morena y jovial, con un cabello parecido al de las mujeres de Cartago. ¡Vaya! ¡Allí están Dent y Lynn en las cuadras! Vaya a la casa entre los arbustos, por el postigo.

Mientras yo fui por un sitio, él fue por otro, y le oí en el patio decir alegremente:

—Mason les ha tomado la delantera a todos ustedes esta mañana; se ha marchado antes del alba. Me he levantado a las cuatro para despedirlo.

Capítulo VI

Los presentimientos son una cosa muy extraña, y también las afinidades y las señales, y las tres cosas juntas forman un misterio que los seres humanos aún no hemos sabido descifrar. Nunca me he reído de los presentimientos a lo largo de mi vida, porque he tenido algunos muy raros yo misma. Creo en la existencia de las afinidades (por ejemplo, entre parientes separados por grandes distancias desde hace mucho tiempo, cuyos lazos se han roto totalmente; a pesar de este distanciamiento, cada uno siente que tiene las raíces en común con el otro), cuyo funcionamiento desafía la comprensión humana. Y las señales, por lo que sabemos, podrían ser las afinidades de la Naturaleza con el hombre.

Cuando yo era una niña de seis años, una noche oí a Bessie Leaven decir a Martha Abbot que había soñado con un niño pequeño y que soñar con los niños era un signo infalible de desgracias, o para uno mismo o para sus familiares. Es posible que me hubiera olvidado de esta declaración si no hubiese sucedido enseguida un evento que la fijó indeleblemente en mi memoria. Al día siguiente, a Bessie la mandaron llamar porque se moría su hermana pequeña.

Últimamente había recordado a menudo esta declaración y este incidente, porque, durante una semana entera, apenas había pasado una noche en que no soñara con un niño, que a veces acunaba en los brazos, a veces sostenía en el regazo y a veces observaba jugar con margaritas sobre el césped o mojar las manos en el agua de un río. Una noche lloraba y a la siguiente reía; ora se

acurrucaba junto a mí, ora se me escapaba corriendo. Pero con cualquier talante y bajo el aspecto que fuera, durante siete noches seguidas no dejó de reunirse conmigo en la tierra de los sueños.

No me gustó esta reiteración de una idea, la extraña repetición de una misma imagen y me ponía nerviosa cuando se acercaba la hora de acostarme y de ver la aparición. Soñaba con este fantasma infantil la noche de luna en la que había oído el grito, y, al día siguiente por la tarde, me mandaron recado de que se requería mi presencia en el cuarto de la señora Fairfax. Al acudir allí, encontré esperándome a un hombre con aspecto de ser el criado de un caballero; iba vestido de luto riguroso y el sombrero que llevaba en la mano estaba rodeado con una cinta de crespón.

—Supongo que no se acordará de mí, señorita —dijo, levantándose cuando entré—, pero me llamo Leaven, y era el cochero de la señora Reed cuando vivía usted en Gateshead hace ocho o nueve años, y aún vivo allí.

—Oh, Robert, ¿cómo está? Lo recuerdo muy bien; a veces me montaba usted en el caballito bayo de la señorita Georgiana. ¿Y cómo está Bessie? Usted está casado con Bessie, ¿verdad?

—Sí, señorita; mi esposa está muy bien, gracias. Me dio otro hijo hace unos dos meses, así que ahora tenemos tres, y tanto la madre como el bebé van muy bien.

—¿Y la familia de la casa grande está bien, Robert?

—Siento no traerle mejores noticias de ellos, señorita; están mal ahora, con muchos problemas.

—Espero que no se haya muerto nadie —dije, mirando sus ropas negras. Él también miró el crespón del sombrero y respondió:

—El señorito John se murió ayer hizo una semana, en su bufete de Londres.

—¿El señorito John?

—Sí.

—¿Y cómo lo soporta su madre?

—Verá usted, señorita Eyre, no es una desgracia corriente; su vida ha sido muy disipada; durante los últimos tres años, se

abandonó a costumbres disolutas y su muerte ha sido espantosa.

—Me contó Bessie que no le iban bien las cosas.

—¡Bien! No podían irle peor; echó a perder su salud y su herencia en compañía de los peores hombres y mujeres. Se endeudó y fue a la cárcel; su madre lo ayudó dos veces, pero, en cuanto salía, volvía a sus antiguos compañeros y costumbres. No tenía buena cabeza; los bribones entre los que vivía lo engañaron más de lo que se puede imaginar. Acudió a Gateshead hace unas tres semanas. Pretendía que le diera la señora todo lo que tenía. La señora se negó, ya que su fortuna se hallaba muy menguada por los excesos de él, así que se marchó de nuevo y la noticia siguiente que llegó fue la de su muerte. ¡Sabe Dios cómo murió! Dicen que se suicidó.

Me quedé callada. Eran noticias terribles. Siguió Robert Leaven:

—La señora no se encuentra muy bien de salud desde hace tiempo. Había engordado mucho, pero no estaba sana, y la pérdida de dinero y el miedo a la indigencia la consumieron del todo. La noticia de la muerte del señorito John y la manera en que se había producido llegó demasiado de sopetón: le produjo una embolia. Pasó tres días sin decir palabra, pero el martes pasado parecía estar algo mejor; parecía querer decir algo, no hacía más que murmurar cosas y hacer señas a mi mujer. Sin embargo, no fue hasta ayer por la mañana que Bessie se dio cuenta de que pronunciaba el nombre de usted, y finalmente reconoció las palabras «Traed a Jane, id a por Jane Eyre, que quiero hablar con ella». Bessie no está segura de que esté en su sano juicio, ni de si las palabras quieren decir algo, pero se lo dijo a las señoritas Eliza y Georgiana y les aconsejó que la mandaran llamar a usted. Al principio, las señoritas le daban largas, pero su madre se puso tan inquieta y decía tantas veces «Jane, Jane», que por fin dieron su consentimiento. Yo salí de Gateshead ayer; si usted puede estar preparada, señorita, me gustaría llevarla de vuelta conmigo mañana temprano.

—Sí, Robert, estaré preparada; creo que debo ir.

—Yo lo creo también, señorita. Bessie dijo que estaba segura de que no se negaría, pero supongo que tendrá que pedir permiso para marcharse.

—Sí, y lo haré ahora mismo —y, después de acompañarlo a la sala de los criados y dejarlo al cuidado de la mujer de John, fui en busca del señor Rochester.

No estaba en ninguna de las habitaciones de abajo, ni en el patio, ni en las cuadras ni en el jardín. Pregunté a la señora Fairfax si lo había visto, y dijo que sí, que creía que estaba jugando al billar con la señorita Ingram. Me encaminé deprisa a la sala de billar, de donde provenía el sonido de las bolas y el murmullo de voces. El señor Rochester, la señorita Ingram, las dos señoritas Eshton y sus admiradores estaban todos ocupados con la partida. Hizo falta una dosis de valor para interrumpir un juego tan interesante; sin embargo, mi misión no admitía demora, por lo que me acerqué al señor, que estaba de pie junto a la señorita Ingram. Ella se giró cuando me aproximé y me dirigió una mirada altiva; sus ojos parecían preguntar: «¿Qué querrá esta criatura rastrera ahora?», y cuando dije en voz baja «Señor Rochester», hizo un gesto como para despacharme. Recuerdo su aspecto en ese momento: era muy atractivo y llamativo, llevaba un vestido de mañana de gasa celeste y un pañuelo de muselina azul entretejido en el cabello. Estaba muy animada por el juego, y la expresión de su fisonomía arrogante no cambió con la irritación orgullosa.

—¿Quiere hablar con usted esta persona? —preguntó al señor Rochester, a lo que este se volvió para ver quién era esa «persona». Hizo una mueca peculiar, uno de sus gestos extraños y ambiguos, dejó caer el taco y me siguió fuera de la habitación.

—¿Y bien, Jane? —dijo, apoyando la espalda contra la puerta del aula, que acababa de cerrar.

—Por favor, señor, quiero su permiso para ausentarme una semana o dos.

—¿Para qué? ¿Para ir adónde?

—Para ver a una señora enferma que me ha mandado llamar.

—¿Qué señora enferma? ¿Dónde vive?

—En Gateshead, señor, en el condado de…

—¿El condado de…? ¡Si está a cien millas de distancia! ¿Quién es la que pide que las personas recorran semejante distancia para verla?

—Se llama Reed, señor, la señora Reed.

—¿Reed de Gateshead? Conocía a un tal Reed de Gateshead que era magistrado.

—Es su viuda, señor.

—¿Y qué tiene usted que ver con ella? ¿Cómo la conoce?

—El señor Reed era mi tío, hermano de mi madre.

—¡Válgame Dios! Nunca me lo había dicho; siempre me ha dicho que no tenía familia.

—No tengo ninguna que me quiera, señor. El señor Reed está muerto, y su esposa me echó.

—¿Por qué?

—Porque era pobre y una carga, y no me quería.

—Pero Reed tenía hijos, ¿verdad? Debe de tener primos. Ayer hablaba sir George Lynn de un tal Reed de Gateshead, que dijo que era uno de los mayores granujas de la corte; e Ingram hablaba de una tal Georgiana Reed del mismo lugar, que fue muy admirada por su belleza hace un par de años en Londres.

—John Reed también ha muerto, señor; se arruinó y medio arruinó a su familia, y se cree que se suicidó. La noticia afectó de tal modo a su madre que le produjo un ataque de apoplejía.

—¿Y de qué le va a servir usted? ¡Tonterías, Jane! Yo no me iría corriendo cien millas para ver a una señora que probablemente muera antes de que llegue y que, además, la echó.

—Sí, señor, pero hace mucho tiempo, cuando sus circunstancias eran muy diferentes. No estaría tranquila si desoyera sus ruegos ahora.

—¿Cuánto tiempo se quedará?

—El menor tiempo posible, señor.

—Prométame que se quedará solo una semana.

—Más vale que no le dé mi palabra; puedo verme obligada a romperla.

—En todo caso, volverá usted; ¿no se dejará convencer, bajo ningún pretexto, para quedarse a vivir permanentemente con ella?

—No. Seguro que volveré si todo está bien.

—¿Y quién irá con usted? ¿No pensará viajar cien millas sola?

—No, señor; ha enviado a su cochero.

—¿Es de fiar?

—Sí, señor, lleva diez años con la familia.

El señor Rochester reflexionó.

—¿Cuándo quiere marcharse?

—Mañana temprano, señor.

—Pues le hará falta dinero; no puede viajar sin dinero, y supongo que no tiene mucho; aún no le he dado su salario. ¿Cuánto posee, Jane? —preguntó con una sonrisa.

Saqué el monedero, que, en efecto, contenía bien poco.

—Cinco chelines, señor. —Él cogió el monedero, vertió el contenido en la palma de su mano y se rio ahogadamente, como si le hiciera gracia su escasez. Sacó enseguida su cartera.

—Tome —me dijo, tendiéndome un billete de banco: era de cincuenta libras y me debía solo quince. Le dije que no tenía cambio.

—No quiero cambio, ya lo sabe. Coja su salario.

Me negué a aceptar más de lo que me debía. Al principio puso cara de mal humor, pero luego dijo, como si hubiera recordado algo:

—Está bien, entonces. Será mejor que no se lo dé todo ahora; a lo mejor estaría fuera tres meses si tuviera cincuenta libras. Aquí tiene diez, ¿no es suficiente?

—Sí, señor, pero ahora me debe usted cinco.

—Vuelva para cobrarlas; soy su banquero por cuarenta libras.

—Señor Rochester, debo mencionar otro asunto, ahora que tengo ocasión.

—¿Otro asunto? Tengo curiosidad por saberlo.

—Usted me ha dado a entender, señor, que se va a casar pronto.

—Sí, ¿y qué?

—En ese caso, señor, Adèle deberá ir a la escuela: estoy segura de que usted se da cuenta de ello.

—Para que no moleste a la novia, que, de otro modo, podría pisotearla de mala manera. La sugerencia tiene sentido, sin duda; Adèle deberá ir a la escuela, como usted dice; y usted, por supuesto, debe irse… ¿al diablo?

—Espero que no, señor. Pero debo buscar trabajo en otro sitio.

—¡Por supuesto! —exclamó con voz tan gangosa y rasgos tan distorsionados que le hacían parecer grotesco y ridículo. Me contempló durante algunos minutos.

—¿Pedirá usted a la vieja señora Reed y a sus hijas que le busquen un puesto de trabajo?

—No, señor. No tengo el tipo de relación con mis familiares que pueda justificar el pedirles favores. Pondré un anuncio.

—¡Subirá a pie las pirámides de Egipto! —rezongó—. ¡Atrévase a anunciarse! ¡Ojalá le hubiese ofrecido un soberano en lugar de diez libras! Devuélvame nueve libras, Jane; me hacen falta.

—A mí, también, señor —respondí, poniendo a la espalda las manos con el monedero—. Bajo ningún concepto puedo prescindir del dinero.

—¡Qué tacaña! —dijo— ¡mira que negarme dinero a mí! Deme cinco libras, Jane.

—Ni cinco chelines, señor, ni cinco peniques.

—Déjeme mirar el dinero, por lo menos.

—No, señor; usted no es de fiar.

—¡Jane!

—¿Señor?

—Prométame una cosa.

—Le prometeré cualquier cosa, señor, que me sea posible cumplir.

—No se anuncie, y confíe en mí para buscarle un puesto. Con el tiempo, le encontraré uno.

—Estaré encantada de hacerlo, señor, si usted me promete, a su vez, que Adèle y yo habremos salido de la casa antes de entrar en ella su esposa.

—¡Muy bien, muy bien! Le doy mi palabra. ¿Se marcha mañana, entonces?

—Sí, señor, mañana temprano.

—¿Bajará al salón después de cenar?

—No, señor; debo hacer los preparativos para el viaje.

—Entonces, ¿hemos de despedirnos por un tiempo?

—Supongo que sí, señor.

—¿Cómo lleva a cabo la gente la ceremonia de la despedida, Jane? Enséñeme: no estoy al corriente.

—Dicen adiós, o cualquier otra fórmula que prefieran.

—Entonces, dígalo.

—Adiós, señor Rochester, por ahora.

—¿Qué debo decir yo?

—Lo mismo, si usted quiere, señor.

—Adiós, señorita Eyre, por ahora. ¿Eso es todo?

—Sí.

—Me parece insuficiente, seco y frío. Me gustaría añadir algo más al ritual. Darnos la mano, por ejemplo; pero, no, tampoco me satisfaría. ¿Así que no piensa hacer más que decir adiós, Jane?

—Es suficiente, señor; una sola palabra bien dicha puede contener tanta buena voluntad como muchas.

—Probablemente. Pero es muy fría e inexpresiva, solo «adiós».

«¿Cuánto tiempo se va a quedar ahí con la espalda apoyada en la puerta? —me pregunté—; quiero empezar a hacer la maleta». Sonó la campana anunciando la cena, y se fue como un rayo, sin decir una sílaba más. Ya no lo vi más aquel día y me había marchado por la mañana antes de que él se levantara.

Llegué a la portería de Gateshead a las cinco de la tarde del día uno de mayo. Entré allí un momento antes de ir a la casa. Estaba muy limpia y aseada; unas cortinas blancas colgaban de las ventanas ornamentales; el suelo estaba inmaculado; la chimenea y

los útiles estaban bien lustrados, y ardía un fuego vivo. Bessie estaba sentada junto al fuego, dando de mamar a su recién nacido, y Robert y su hermana jugaban, sosegados, en un rincón.

—¡Dios la bendiga! Sabía que vendría —exclamó la señora Leaven cuando entré.

—Sí, Bessie —dije, después de besarla—, y espero no llegar demasiado tarde. ¿Cómo está la señora Reed? Todavía vive, espero.

—Sí, está viva y más tranquila de lo que estaba. El médico dice que puede durar aún una semana o dos, pero no cree que se vaya a recuperar.

—¿Me ha vuelto a nombrar?

—Hablaba de usted esta misma mañana, y deseaba que viniera. Pero duerme ahora, o dormía hace diez minutos, cuando estaba yo en la casa. Suele quedarse aletargada toda la tarde, hasta las seis o las siete, cuando se espabila. ¿Quiere usted descansar una hora aquí, señorita, y luego la acompaño a la casa?

En este punto entró Robert, y Bessie acostó en la cuna al niño dormido para ir a recibirlo. Después insistió en que me quitase el sombrero y tomase una taza de té, porque dijo que parecía cansada y pálida. Acepté de buen grado su hospitalidad, y me dejé quitar la ropa de viaje con la misma pasividad con la que dejaba que me desnudara de niña.

Acudieron de golpe los recuerdos de los viejos tiempos mientras la miraba ajetreada, preparando la bandeja con su mejor vajilla, cortando pan y untándolo de mantequilla, tostando una torta y, entre tanto, dando al pequeño Robert o a la pequeña Jane un cachete de vez en cuando, exactamente igual que solía hacer conmigo en el pasado. Bessie había conservado su genio vivo además de su ligereza de pies y su buena presencia.

Una vez que el té estuvo preparado, iba a acercarme a la mesa, pero me ordenó con el tono autoritario de antaño que me quedara sentada. Debía servirme junto al fuego, dijo, y me colocó delante una mesita con una taza y un plato de tostadas, exactamente igual

que antiguamente tenía por costumbre agasajarme en el cuarto de los niños con alguna exquisitez sustraída en secreto. Sonreí y le obedecí como entonces.

Quería saber si era feliz en Thornfield Hall y qué tipo de persona era la señora, y cuando le dije que solo había un señor, si era un caballero agradable, y si lo apreciaba. Yo le dije que era un hombre algo feo, pero todo un caballero, que me trataba con amabilidad y que estaba contenta. Después le describí el alegre grupo de huéspedes que habíamos tenido últimamente en la casa, y Bessie escuchó con fruición esta información, pues era del tipo que más le gustaba.

Con estas charlas, transcurrió rápido una hora. Bessie me devolvió el sombrero y demás ropa, y salí de la portería en su compañía, camino de la casa. También en su compañía, hacía casi nueve años, había bajado por la calzada que ahora subía. Una oscura mañana fría de enero, había abandonado un techo hostil con el corazón desesperado y amargo, y con un sentido de proscripción y casi de reprobación, para buscar refugio en el desolado asilo de Lowood, lugar lejano y desconocido. Ese mismo techo hostil se erguía ante mí de nuevo: mi futuro estaba aún incierto y aún me dolía el corazón. Me sentía errante sobre la faz de la tierra, pero tenía más confianza en mí misma y en mi fuerza, y sentía menos miedo a la opresión. La herida abierta por las injusticias estaba ya curada y la llama del resentimiento, apagada.

—Pase usted primero a la salita —dijo Bessie, precediéndome por el vestíbulo—, las señoritas estarán allí.

Un minuto más tarde entré. Ahí estaban todos los muebles con exactamente el mismo aspecto que tenían la mañana que me presentaron al señor Brocklehurst. La mismísima alfombra sobre la que él había estado yacía delante de la chimenea. Echando un vistazo a la librería, me pareció distinguir *Las Aves Británicas* de Bewick ocupando su sitio de siempre en el tercer estante, con *Los Viajes de Gulliver* y *Las Mil y Una Noches* justo encima. Los objetos

inanimados no habían cambiado, pero los seres vivos habían cambiado tanto que no hubiera podido reconocerlos.

Vi a dos jóvenes ante mí, una muy alta, casi tanto como la señorita Ingram, y muy delgada, de cutis cetrino y expresión severa. Había algo austero en su aspecto, acrecentado por la extremada sencillez de su vestido negro de paño de línea estrecha con un cuello de lino almidonado, el cabello estirado hacia atrás y el adorno monjil de cuentas de ébano y un crucifijo. Estaba segura de que era Eliza, aunque encontraba poco parecido con la niña que había sido en aquel semblante largo y pálido.

La otra era Georgiana, desde luego; pero tampoco era la Georgiana que yo recordaba: una niña esbelta y etérea de once años. Esta era una mujer desarrollada y muy robusta, muy clara de tez, con bonitos rasgos regulares, ojos azules lánguidos y el pelo rubio peinado en tirabuzones. Su vestido también era de color negro, pero el estilo era muy diferente del de su hermana, ceñido y elegante y tan a la moda como el otro era puritano.

Cada hermana tenía un rasgo, y solo uno, de la madre: la mayor, pálida y delgada, tenía sus ojos vidriosos, y la menor, lozana y exuberante, tenía su mandíbula y su barbilla, un poco menos prominentes, pero, aun así, daban un aspecto indescriptiblemente duro a un rostro por lo demás voluptuoso y fresco.

Se levantaron ambas damas cuando entré para recibirme, y ambas me llamaron «señorita Eyre». Eliza me saludó con voz cortante, sin sonreír, tras lo cual se volvió a sentar y fijó la vista en el fuego, como si se hubiera olvidado de mi presencia. Georgiana, además de saludarme, me hizo algunas preguntas rutinarias sobre el viaje, el tiempo y otras nimiedades con un tono algo lento, mientras me dirigía varias miradas de soslayo, examinándome de pies a cabeza, pasando de los pliegues de mi pelliza de merino pardo al remate sencillo de mi sombrero rústico. Las damas jóvenes tienen una forma extraordinaria de comunicarle a una que la consideran estrafalaria, sin decirlo con palabras. Una mirada arrogante, unos modales distantes, un tono de voz displicente

expresan claramente su opinión sobre este punto, sin caer, ni de palabra ni de hecho, en la grosería descarada.

Sin embargo, el desprecio, solapado o directo, ya no ejercía sobre mí el poder de antaño. Sentada entre mis primas, me sorprendió comprobar lo tranquila que me encontraba ante la indiferencia de una y las atenciones semiirónicas de la otra: ni Eliza me mortificaba ni Georgiana me incomodaba. El caso es que tenía otras cosas en que pensar; en los últimos meses, se me habían despertado sentimientos muchísimo más fuertes de lo que ellas eran capaces de provocar: había experimentado sufrimientos y goces mucho más agudos y exquisitos que cualquiera que ellas podían infligir o conferir, por lo que sus aires no me influían ni positiva ni negativamente.

—¿Cómo está la señora Reed? —pregunté al rato, mirando tranquilamente a Georgiana; esta tuvo a bien levantar la cabeza al dirigirme yo directamente a ella, como si se tratara de una familiaridad inesperada.

—¿La señora Reed? ¿Quieres decir mamá? No está nada bien; dudo que puedas verla esta tarde.

—Si quieres subir a decirle que he venido, te lo agradecería mucho.

Georgiana se sobresaltó y abrió desmesuradamente los ojos azules.

—Sé que tiene especial interés en verme —añadí—, y no me gustaría demorar más de lo imprescindible el cumplimiento de su deseo.

—A mamá no le gusta que la molesten por las tardes —comentó Eliza. Poco después, me levanté, me quité tranquilamente el sombrero y los guantes, sin que me invitasen a ello, y dije que iría en busca de Bessie, que, suponía, estaría en la cocina, para pedirle que se cerciorase de si quería recibirme la señora Reed aquella noche. Salí, encontré a Bessie y la envié a cumplir mi recado, después de lo cual me dispuse a tomar otras medidas. Hasta entonces, siempre me había apocado la arrogancia; si me hubieran

recibido de esta forma un año antes, me habría decidido a dejar Gateshead a la mañana siguiente; ahora, vi claramente que sería una decisión absurda. Había emprendido un viaje de cien millas para ver a mi tía, y debía quedarme con ella hasta que se curase o se muriese. En cuanto al orgullo o la insensatez de sus hijas, debía apartarlos a un lado e ignorarlos. De modo que me dirigí al ama de llaves y le pedí que me preparara una habitación, le dije que sería huésped en la casa durante una o dos semanas, pedí que mandara subir mi baúl al dormitorio y subí yo misma detrás. Encontré a Bessie en la meseta.

—La señora está despierta —dijo—; le he dicho que está usted aquí. Venga y veremos si la conoce.

No necesité que me guiase a la habitación tan bien conocida, adonde me habían llamado tantas veces antaño para castigarme o reñirme. Precedí apresurada a Bessie y abrí silenciosamente la puerta. Sobre la mesa había una luz velada, ya que se estaba haciendo de noche. Allá estaba, como antes, la gran cama imperial con cortinas de color ámbar; allá el tocador, el sillón y el escabel donde cien veces me habían condenado a arrodillarme y pedir perdón por ofensas que no había cometido. Miré cierto rincón, esperando a medias ver una varilla antaño temida, que solía hallarse allí, preparada para salir de un brinco para azotarme la palma temblorosa o la nuca encogida. Me acerqué a la cama, aparté las cortinas y me incliné sobre las almohadas apiladas.

Recordaba bien el rostro de la señora Reed y busqué ávidamente la imagen conocida. Es afortunado que el tiempo apacigüe la sed de venganza y sofoque los dictados de la ira y la aversión. Me había separado de aquella mujer llena de amargura y odio, y regresaba ahora sin más emoción que una especie de conmiseración por su gran padecimiento y un fuerte anhelo de olvidar y perdonar todos los agravios, de reconciliarnos y estrecharnos la mano en señal de amistad.

Ahí estaba el rostro conocido: severo e implacable como siempre; ahí estaban esos extraños ojos que no se apiadaban de

nada, y las cejas levemente alzadas, imperiosas y despóticas. ¡Cuántas veces me habían mirado ceñudos con amenaza y odio! ¡Cómo se reanudó el recuerdo de los terrores y penas de la infancia al contemplar sus duras líneas! Sin embargo, me incliné a besarla; me miró.

—¿Eres Jane Eyre? —dijo.

—Sí, tía Reed. ¿Cómo se encuentra, querida tía?

Una vez había jurado que nunca volvería a llamarla tía, pero no me pareció ningún pecado olvidar e incumplir ese juramento ahora. Había cogido entre mis dedos la mano que se apoyaba en la colcha; si hubiese apretado con afecto la mía, habría experimentado, en aquel momento, un verdadero placer. Pero las naturalezas insensibles no se ablandan fácilmente, ni las antipatías se extirpan sin esfuerzo. La señora Reed retiró la mano y, apartando la mirada de mí, comentó que hacía una noche cálida. Nuevamente me contempló con una mirada tan gélida que enseguida tuve la impresión de que su opinión de mí y sus sentimientos hacia mí no habían cambiado ni podían cambiar. Supe, al ver sus ojos pétreos, incapaces de ternura o de derramar lágrimas, que se empeñaba en considerarme mala hasta el final, porque creerme buena no le proporcionaría ningún placer generoso, sino una sensación de mortificación.

Sentí dolor y después ira, y luego la resolución de subyugarla, de ser su ama a pesar de su naturaleza y su voluntad. Se me habían saltado las lágrimas, igual que de niña; las mandé volver a su punto de origen. Aproximé a su cabecera una silla, me senté y me incliné sobre su almohada.

—Usted me mandó llamar —dije— y estoy aquí; pretendo quedarme hasta ver que ha mejorado.

—Por supuesto. ¿Has visto a mis hijas?

—Sí.

—Pues puedes decirles que quiero que te quedes hasta que haya podido discutir contigo ciertos asuntos que me rondan la

cabeza. Es demasiado tarde esta noche, y me cuesta recordarlos. Pero había algo que quería decir…, a ver…

La mirada perdida y la voz cambiada indicaban que su cuerpo, antaño vigoroso, había sufrido estragos. Se dio la vuelta nerviosamente, envolviéndose en las mantas; mi codo, apoyado en una esquina de la colcha, dificultaba la operación; se enfadó inmediatamente.

—¡Siéntate erguida! —dijo— ¡no me molestes sujetando la ropa! ¿Eres Jane Eyre?

—Soy Jane Eyre.

—Esa niña me ha dado más problemas de lo que nadie creería. ¡Qué carga para dejarla en mis manos, y cuántos problemas me causó, día tras día, hora tras hora, con su incomprensible forma de ser, sus arranques de mal genio y su constante vigilancia antinatural de los movimientos de los demás! Una vez me habló como una loca o un diablo; ningún niño jamás ha hablado como ella; me alegré de alejarla de la casa. ¿Qué habrá sido de ella en Lowood? Hubo fiebre allí y murieron muchas alumnas. Sin embargo, ella no murió, pero yo dije que sí, ¡ojalá se hubiese muerto!

—Extraño deseo, señora Reed; ¿por qué la odia tanto?

—Siempre sentí antipatía por su madre: era la única hermana de mi marido y muy mimada por él. Él se opuso a que la familia la desheredase cuando se casó por debajo de su rango; y, cuando llegó la noticia de su muerte, lloró como un tonto. Se empeñó en traer a la niña, aunque yo le rogué que la colocara con un ama y pagara su manutención. ¡La odié la primera vez que le puse la vista encima, una criatura enfermiza y llorona! Gemía toda la noche en la cuna, no berreaba a gusto como cualquier otro niño, sino que gimoteaba y lloriqueaba. A Reed le daba pena, y la mimaba y le hacía caso como si fuera hija suya; más, a decir verdad, que a sus propios hijos a la misma edad. Intentaba que mis hijos se hicieran amigos de la pequeña mendiga, pero mis retoños no podían soportarla, y él se enfadaba con ellos cuando se mostraban antipáticos con la niña. Durante su última enfermedad, la hacía

llevar continuamente a su lecho, y solo una hora antes de su muerte, me hizo jurar que me quedaría con el bebé. Antes habría cargado yo con un niño indigente del hospicio, pero él era débil, muy débil. John no se parece nada a su padre, lo que me alegra. John se parece a mí y a mis hermanos, es un verdadero Gibson. ¡Ojalá dejara de angustiarme con sus cartas pidiendo dinero!

»Ya no me queda dinero que darle, nos estamos haciendo pobres. Debo despedir a la mitad de los criados y cerrar, o alquilar, parte de la casa. No puedo reconciliarme con la idea, pero ¿cómo nos las vamos a arreglar si no? Dedico dos tercios de mis ingresos a pagar el interés de la hipoteca. John juega muchísimo, y siempre pierde, ¡pobrecito! Lo acosan los estafadores: John está hundido y envilecido, tiene un aspecto espantoso, me siento avergonzada cuando lo veo.

Se estaba poniendo muy nerviosa.

—Creo que debería dejarla ahora —dije a Bessie, que estaba de pie al lado opuesto de la cama.

—Quizás sea mejor, señorita, pero a menudo habla de esta manera al atardecer; por las mañanas está más tranquila.

Me levanté.

—¡Deténte! —exclamó la señora Reed— hay otra cosa que quiero decir. Me amenaza, me amenaza constantemente con matarse o matarme; y a veces sueño que lo veo amortajado con una gran herida en la garganta, o con la cara hinchada y negra. He llegado a una situación peculiar; tengo problemas terribles. ¿Qué se puede hacer? ¿De dónde va a salir el dinero?

Bessie intentó convencerla de que tomase un jarabe sedante; le costó trabajo, pero lo consiguió. Poco tiempo después, la señora Reed se volvió más sosegada y se quedó dormitando. Entonces la dejé.

Pasaron más de diez días antes de que volviese a conversar con ella, pues deliraba o dormitaba, y el médico prohibió todo lo que podía excitarla dolorosamente. Mientras tanto, me llevaba lo mejor que podía con Georgiana y Eliza. Al principio, estaban muy, muy

frías. Eliza pasaba medio día sentada cosiendo, leyendo o escribiendo, y apenas nos dirigía una palabra ni a mí ni a su hermana. Georgiana balbuceaba tonterías a su canario hora tras hora, y a mí no me hacía caso. Pero yo estaba decidida a no parecer estar inactiva o aburrida; había llevado mis materiales de dibujo, que me sirvieron de ocupación y diversión.

Provista de una caja de lápices y algunas hojas de papel, solía sentarme alejada de ellas, cerca de la ventana, y me ponía a dibujar fantásticas viñetas, que representaban escenas que se formaban unos instantes en el caledoscopio cambiante de mi imaginación: una vista del mar entre dos rocas; la luna creciente con un barco cruzando por delante; un grupo de juncos y espadañas con una cabeza de náyade, coronada de flores de loto, surgiendo entre ellos; un elfo sentado en un nido de gorriones, bajo un festón de acerolos.

Una mañana, me puse a esbozar una cara; ni sabía ni me importaba qué tipo de cara iba a ser. Cogí un lápiz negro blando, lo afilé con punta ancha y empecé a trabajar. Poco después, había dibujado sobre el papel una frente ancha y prominente, y la silueta de una cara cuadrada; el contorno me agradó y mis dedos se afanaron en llenarlo de rasgos. Había que trazar unas cejas bien dibujadas bajo la frente; siguió, naturalmente, una nariz bien definida, de puente recto y anchas ventanas; luego una boca de aspecto flexible, pero nada fina; después una barbilla firme, con un hoyuelo decidido en medio; por supuesto, faltaban unas patillas negras y el cabello de azabache, con grandes mechones en las sienes y ondulado encima de la frente. Ahora había que dibujar los ojos. Los había dejado para el final, porque necesitaban un trabajo más esmerado. Los tracé grandes, con formas bien delineadas, las pestañas largas y oscuras, las pupilas grandes y lustrosas. «¡Bien, pero no perfectos! —pensé, al contemplar el efecto—, necesitan más energía y espíritu» y los sombreé más para que destacase más claramente el brillo; uno o dos toques afortunados aseguraron el éxito. Ya estaba: tenía ante mis ojos el rostro de un amigo. ¿Qué me

importaba que aquellas dos jóvenes me volvieran la espalda? Lo contemplé; sonreí ante el parecido; estaba absorta y contenta.

—¿Es el retrato de alguien que conoces? —preguntó Eliza, que se había acercado sin que me diera cuenta. Respondí que simplemente era una cabeza imaginaria, y me apresuré a colocarlo entre las otras hojas. Había mentido, por supuesto; era un retrato bastante fiel del señor Rochester. ¿Pero qué le importaba eso a ella, o a cualquiera salvo a mí misma? Georgiana también se acercó a mirar. Le gustaron mucho los demás dibujos, pero ese le pareció «un hombre feo». Las dos se sorprendieron de mi habilidad. Me ofrecí a hacer sus retratos, y cada una, por turnos, posó para un bosquejo. Después Georgiana sacó su álbum. Prometí contribuir con una acuarela, lo que la puso de buen humor. Propuso que diéramos un paseo por el jardín. Antes de estar dos horas paseando, nos vimos inmersas en una conversación confidencial. Ella me obsequió con una descripción del invierno maravilloso que había pasado en Londres dos años antes, de la admiración que había suscitado allí y las atenciones que le habían brindado; incluso me hizo insinuaciones sobre la conquista aristocrática que había hecho. A lo largo de la tarde, estas insinuaciones se expandieron: me habló de varios tiernos coloquios y escenas sentimentales, y, en pocas palabras, improvisó ese día para mi beneficio el volumen de una novela de la vida de la corte. Día tras día amplió las comunicaciones; siempre trataban del mismo tema: ella misma, sus amoríos e infortunios. Era extraño que ni una vez hiciera referencia a la enfermedad de su madre ni a la muerte de su hermano, ni al estado desastroso actual de la fortuna de la familia. Su mente parecía estar totalmente ocupada con recuerdos de alegrías pasadas, y aspiraciones a diversiones venideras. Pasaba unos cinco minutos por día en la habitación de su madre enferma y nada más.

Eliza aún hablaba poco: era evidente que tenía poco tiempo para hablar. Nunca he visto a una persona más ocupada de lo que ella aparentaba estar; sin embargo, era difícil determinar qué hacía, o, más bien, ver los resultados de su laboriosidad. Tenía un

despertador para levantarse pronto. No sé en qué se afanaba antes del desayuno, pero, después, dividía su tiempo en porciones regulares, y cada porción tenía una tarea asignada. Tres veces al día, estudiaba un pequeño libro, que descubrí, al inspeccionarlo, era un devocionario. Una vez le pregunté cuál era el atractivo de dicho volumen, y me dijo que «las directrices». Dedicaba tres horas a la costura, con hilo dorado, de la orilla de una tela carmesí, casi lo bastante grande para ser una alfombra. En respuesta a mis indagaciones sobre la utilidad de dicha prenda, e informó que era para cubrir el altar de una nueva iglesia recientemente construida cerca de Gateshead. Dos horas dedicaba a su diario; dos, a trabajar sola en el huerto, y una, a organizar sus cuentas. No parecía querer compañía ni conversación. Creo que, a su manera, era feliz; esta rutina la satisfacía y nada la molestaba tanto como cualquier incidente que la obligase a variar su regularidad mecánica.

Una tarde, más dispuesta de lo habitual a comunicarse, me contó que el comportamiento de John y la amenaza de ruina de la familia la habían afligido profundamente. Pero ahora, dijo, se había resignado, y había hecho una resolución. Se había preocupado de asegurar su propia fortuna, y, cuando muriese su madre —y era muy improbable que se recuperase ni que durase mucho, añadió tranquilamente—, pondría en práctica un proyecto largo tiempo alimentado: buscar un retiro en el que las costumbres regulares no se pudieran perturbar, y poner entre ella y el mundo frívolo una barrera infranqueable. Pregunté si la acompañaría Georgiana.

Dijo que por supuesto que no, que Georgiana y ella no tenían nada en común y nunca lo habían tenido. Por nada del mundo cargaría con su compañía. Georgiana había de buscar su propio camino, y ella, Eliza, seguiría el suyo.

Georgiana, cuando no se desahogaba haciéndome confidencias, pasaba la mayoría del tiempo tumbada en un sofá, quejándose del aburrimiento de la casa y deseando una y otra vez que su tía Gibson la invitase a ir a la ciudad. Estaría mucho mejor, dijo, si se podía quitar de en medio durante un mes o dos, hasta que todo hubiese

pasado. No le pregunté lo que quería decir con «todo hubiese pasado», pero supongo que se refería a la muerte esperada de su madre y la lúgubre secuela de las pompas fúnebres. Eliza solía hacer tanto caso de la indolencia y las quejas de su hermana como si no existiese tal persona quejumbrosa ante sus narices. Un día, sin embargo, al guardar su libro de cuentas, mientras sacaba su labor de bordado, le habló de esta manera:

—Georgiana, nunca ha existido sobre la tierra un animal más vanidoso y absurdo que tú. No tenías derecho a nacer, pues no sacas provecho de la vida. En lugar de vivir por, para y contigo misma, como debe hacerlo un ser razonable, solo buscas cargar en la fortaleza de otra persona tu propia debilidad. Si no encuentras a nadie dispuesto a cargar con una criatura tan gorda, débil e inútil, te lamentas de que te tratan mal y te dan de lado. Para ti, la existencia debe ser un cuadro de constantes cambios y emociones; si no, el mundo es un calabozo. Deben admirarte, deben cortejarte, deben lisonjearte, debes tener música, baile y sociedad; si no, languideces y te marchitas. ¿No tienes bastante sentido como para inventar un sistema que te haga independiente de todos los esfuerzos y todas las voluntades excepto los tuyos propios? Toma un día, divídelo en partes y asigna una tarea a cada parte. No dejes al azar ni un cuarto de hora, ni diez, ni cinco minutos; inclúyelos todos. Haz cada tarea a su vez, con método y regularidad rigurosa. El día habrá acabado casi antes de que te des cuenta de que ha empezado; y no le deberás a nadie el ayudarte a llenar un minuto; no necesitarás buscar la compañía de nadie, ni su conversación, su compasión ni su indulgencia; en pocas palabras, habrás vivido como debe hacerlo un ser independiente. Sigue mis consejos, los primeros y últimos que te voy a dar. Después, no necesitarás ni de mí ni de nadie, pase lo que pase. Desóyelos, continúa como hasta ahora, implorando, lamentándote y sin hacer nada, y sufrirás las consecuencias de tu necedad, por malas e insoportables que sean. Te lo digo sin tapujos y escúchalo bien, porque, aunque no repetiré lo que voy a decirte, actuaré en consecuencia. Después de la muerte de mi madre, me

lavaré las manos de ti. Desde el día en que lleven su ataúd a la cripta de la iglesia de Gateshead, tú y yo estaremos tan distantes como si nunca nos hubiéramos conocido. No creas que, porque nacimos de los mismos padres, toleraré que te agarres a mí por cualquier pretensión, por nimia que sea. Te digo una cosa: si toda la raza humana, con excepción de nosotras dos, fuese barrida de la faz de la tierra y solo quedásemos tú y yo, te dejaría en el viejo mundo y me iría yo al nuevo.

Cerró los labios.

—Podías haberte ahorrado la molestia de soltar esa diatriba —contestó Georgiana—. Todo el mundo sabe que eres la criatura más egoísta e insensible del mundo, y yo conozco tu odio rencoroso hacia mí. He visto una muestra de él en la jugarreta que me gastaste en el asunto de lord Edwin Vere: no podías soportar que yo fuera superior a ti, que tuviese título y que me recibieran en círculos donde tú no podrías asomar siquiera la cara, por lo que hiciste de espía y delatora y estropeaste mis posibilidades para siempre. —Georgiana sacó el pañuelo y se estuvo sonando durante una hora; Eliza se quedó sentada, serena, impasible y perseverante en su trabajo.

Algunas personas dan poca importancia a los sentimientos puros y generosos, pero aquí teníamos dos naturalezas que se habían vuelto una insoportablemente amarga y la otra despreciablemente insípida, por carecer de ellos. Los sentimientos sin sentido común son algo anodino; pero el sentido común sin nada de sentimiento es un bocado demasiado amargo y basto para el consumo humano.

Era una tarde de lluvia y viento. Georgiana se había quedado dormida en el sofá mientras leía una novela; Eliza se había marchado para asistir al servicio en honor de un santo en la nueva iglesia, pues era muy escrupulosa en cuestiones religiosas; no existía mal tiempo que pudiera impedir que cumpliera puntualmente con lo que consideraba su obligación cristiana; hiciera el tiempo que hiciera, iba tres veces a la iglesia cada domingo, y cada vez que decían oraciones en días laborables.

Yo pensaba subir a ver cómo estaba la moribunda, que yacía casi olvidada en su lecho; hasta los criados le hacían poco caso; la enfermera contratada, como no la vigilaba nadie, se deslizaba fuera del cuarto siempre que podía. Bessie era leal, pero tenía su propia familia a la que cuidar, y podía acudir solo de vez en cuando a la casa. No había nadie en el cuarto de la enferma, tal como había supuesto; no estaba la enfermera, y la paciente yacía quieta, aparentemente dormida, el rostro lívido hundido entre las almohadas. El fuego agonizaba en el hogar. Repuse el carbón, arreglé la ropa de la cama, contemplé un rato a la que no me podía contemplar a mí, y luego me alejé en dirección a la ventana.

La lluvia golpeaba fuertemente contra las lunas y el viento soplaba con furia. «Ahí yace una —pensé—, que estará pronto más allá de la guerra de los elementos terrenales. ¿Adónde volará su espíritu, que lucha ahora por abandonar su morada material, cuando por fin se haya liberado?».

Al meditar este gran misterio, pensé en Helen Burns y recordé sus últimas palabras, su fe y su doctrina sobre la igualdad de las almas desencarnadas. Escuchaba con el pensamiento su voz aún familiar y visualizaba su aspecto pálido y espiritual, su rostro demacrado y su mirada sublime cuando yacía en su sereno lecho de muerte y susurraba su anhelo por ser devuelta al seno de su divino Padre, cuando murmuró una voz débil detrás de mí, desde la cama:

—¿Quién es?

Sabía que hacía días que no hablaba la señora Reed. ¿Se recuperaba? Me acerqué a ella.

—Soy yo, tía Reed.

—¿Quién es «yo»? —fue la respuesta—. ¿Quién es usted? —mirándome algo sorprendida y un poco asustada, pero no delirando—. Usted es una extraña para mí; ¿dónde está Bessie?

—Está en la portería, tía.

—¡Tía! —repitió—. ¿Quién me llama tía? No eres una Gibson y, sin embargo, te conozco. La cara, los ojos y la frente me son muy conocidos; te pareces, sí, ¡te pareces a Jane Eyre!

No dije nada; tenía miedo de causarle conmoción si anunciaba mi identidad.

—No obstante —dijo—, me temo que estoy equivocada. Quería ver a Jane Eyre, e imagino semejanzas donde no existen; además, después de ocho años, debe de estar muy cambiada. —Le aseguré suavemente que era la persona que creía y deseaba que fuese, y, dándome cuenta de que me había entendido, y de que estaba en sus cabales, le expliqué que Bessie había enviado a su marido a buscarme a Thornfield.

—Estoy muy enferma, lo sé —dijo un rato más tarde—; hace unos minutos, intentaba darme la vuelta y no puedo mover un músculo. Más vale que descargue mi conciencia antes de morir. Lo que estando sanos nos importa poco, nos pesa en momentos como el actual. ¿Está aquí la enfermera? ¿No hay nadie más en el cuarto que tú?

Le aseguré que estábamos solas.

—Bien, dos veces te he agraviado y ahora me arrepiento. Una fue al romper la promesa hecha a mi marido de que te criaría como a un hijo propio; la otra… —se detuvo. «Después de todo, no importa mucho —murmuró para sí—, y puede que me recupere; humillarme ante ella me duele».

Se esforzó por cambiar de postura, pero fracasó; le cambió la cara; parecía experimentar alguna sensación interna, precursora, quizás, de la agonía final.

—Bueno, debo hacerlo. Veo la eternidad ante mí; más vale que se lo diga. Ve a mi tocador, ábrelo y saca una carta que verás allí.

Obedecí sus instrucciones.

—Lee la carta —dijo.

Era corta; decía así:

> Señora:
>
> ¿Querría usted tener la bondad de enviarme las señas de mi sobrina, Jane Eyre, y de decirme cómo está? Es mi intención escribirle enseguida para pedirle que se reúna conmigo en Madeira. La Providencia ha bendecido mis intentos de conseguir

una subsistencia suficiente, y, como estoy soltero y sin hijos, quiero adoptarla durante el resto de mi vida y dejarle, cuando me muera, lo que posea para legar.

Quedo de usted atentamente, q. b. s. m.,

John Eyre, Madeira.

Tenía fecha de tres años atrás.

—¿Por qué no tuve yo noticias de esto? —pregunté.

—Porque te tenía una antipatía tan firme y absoluta que no quise levantar un dedo para ayudarte a encontrar la prosperidad. Nunca he podido olvidar tu conducta conmigo, Jane, ni la furia con la que me atacaste una vez, ni el tono con el que me dijiste que me odiabas más que a nadie en el mundo, la voz y la mirada, tan impropias de una niña, con las que afirmaste que solo pensar en mí te ponía enferma, y aseguraste que te había tratado con una crueldad extremada. Nunca he podido olvidar mis propios sentimientos cuando te lanzaste a verter sobre mí el veneno que poblaba tu mente; sentí miedo, como si un animal al que había golpeado o maltratado me mirase con ojos humanos y me maldijese con una voz de hombre. ¡Tráeme agua, date prisa!

—Querida señora Reed —le dije, ofreciéndole la bebida que había pedido—, no piense usted más en todo esto, deje que se aleje de su pensamiento. Perdóneme mis palabras apasionadas, pues solo era una niña; han pasado ocho, nueve años desde aquel día.

No hizo caso de lo que dije. Cuando hubo acabado de beber el agua y recuperado el aliento, prosiguió de esta forma:

—Te digo que no he podido olvidarlo, y me he vengado; que te adoptara tu tío y te colocara en una situación de bienestar y comodidad era algo que no podía soportar. Le escribí; le dije que sentía desilusionarle, pero que Jane Eyre estaba muerta: que había muerto de fiebres tifoideas en Lowood. Ahora puedes actuar como te plazca, escríbele para contradecir lo que dije, descubre mi mentira tan pronto como quieras. Creo que naciste para ser mi tormento: mi última hora está plagada por el recuerdo de un acto

que, de no haber sido por ti, nunca me habría visto tentada de cometer.

—Si pudiera conseguir que dejara de pensar en ello, tía, y que me mirase con afecto e indulgencia…

—Tienes un talante muy malo —dijo—, que incluso hoy me siento incapaz de comprender: cómo, durante nueve años, pudiste ser paciente y pacífica bajo cualquier trato, y, en el décimo, estallaste, llena de fuego y violencia, nunca podré comprender.

—Mi talante no es tan malo como usted piensa. Soy apasionada, pero no rencorosa. Muchas veces, de niña, me hubiera encantado quererla si me lo hubiera permitido, y ahora deseo fervientemente reconciliarme con usted. Deme un beso, tía.

Acerqué mi mejilla a sus labios. No quiso tocarla. Dijo que la oprimía al inclinarme sobre la cama, y me pidió agua nuevamente. Al volverla a tumbar, porque la levanté y la sujeté con el brazo mientras bebió, puse mi mano sobre la suya, viscosa y fría como el hielo. Los débiles dedos rehuyeron el tacto, los ojos vidriosos esquivaron mi mirada.

—Quiérame u ódieme, entonces, según prefiera —dije por fin—, tiene usted mi perdón absoluto y sincero; pídaselo a Dios y tenga paz.

¡Pobre mujer doliente! era demasiado tarde para hacer el esfuerzo necesario para cambiar su forma habitual de pensar. En vida, siempre me había odiado; al morir, había de odiarme todavía.

Llegó entonces la enfermera, y la siguió Bessie. Me rezagué aún media hora más, con la esperanza de ver alguna señal de afecto, pero no la dio. Rápidamente cayó en un estado de estupor; su mente no volvió a reanimarse; murió aquella noche a las doce. No me hallaba yo presente para cerrarle los ojos, ni tampoco ninguna de sus hijas. A la mañana siguiente, acudieron a decirnos que todo había acabado. Ya estaba amortajada. Eliza y yo fuimos a verla, pero Georgiana, que había estallado en sonoro llanto, dijo que no se atrevía a ir. Allí estaba extendido, rígido y quieto, el cuerpo antaño robusto y activo; sus ojos pétreos estaban cubiertos por los fríos

párpados; la frente y los fuertes rasgos llevaban aún la huella de su alma inexorable. Aquel cadáver me pareció una cosa extraña y solemne. Lo contemplé con melancolía y dolor: no inspiraba nada suave ni dulce, nada misericordioso, ni esperanzador ni sosegado; solo una angustia terrible por la desgracia de ella, no por lo que perdía yo, y una congoja sombría sin llanto ante lo espantoso de semejante muerte.

Eliza observó serenamente a su madre. Después de algunos minutos de silencio, comentó:

—Con su constitución, hubiera debido vivir hasta una edad avanzada: las penas acortaron su vida. —Después un espasmo le torció la boca durante un instante. Cuando desapareció, se giró y abandonó la habitación, y yo también. Ninguna de nosotras había derramado ni una sola lágrima.

Capítulo VII

El señor Rochester me había dado solo una semana de permiso; sin embargo, transcurrió un mes antes de que abandonase Gateshead. Yo quería marcharme inmediatamente después del funeral, pero Georgiana me rogó que me quedase hasta que ella pudiera partir para Londres, adonde por fin la había invitado su tío, el señor Gibson, el cual había acudido para supervisar el entierro de su hermana y poner en orden los asuntos de la familia. Georgiana dijo que le daba horror quedarse a solas con Eliza, de la que no recibía ni compasión por su melancolía, ni apoyo por sus temores, ni ayuda en sus preparativos. Así que yo fui todo lo indulgente que pude con su necio desánimo y egoístas lloriqueos, y me afané cosiendo para ella y haciendo sus maletas. Es verdad que, mientras yo trabajaba, ella estaba ociosa, y yo pensaba para mí: «Si tú y yo estuviéramos destinadas a vivir siempre juntas, prima, tendríamos que sentar otras bases para la convivencia. Yo no aceptaría de buen grado ser siempre la paciente, sino que te asignaría tu parte del trabajo y te obligaría a hacerla; de lo contrario, se quedaría sin hacer. También me empeñaría en que te guardases en tu propio seno algunas de tus quejas farfulladas y medio insinceras. Hago todo el trabajo paciente y dócilmente solo porque nuestra relación es transitoria y porque es un momento tan luctuoso».

Por fin despedí a Georgiana; pero entonces fue Eliza quien me rogó que me quedara una semana más. Dijo que sus planes requerían de todo su tiempo y atenciones, porque iba a partir hacia algún lugar desconocido y pasaba todo el día encerrada con llave en

su propio cuarto, llenando baúles, vaciando cajones y quemando papeles sin hablar con nadie. A mí me necesitaba para dirigir la casa, recibir a las visitas y contestar a las cartas de pésame.

Una mañana me dijo que me dejaba ya libre.

—Y —añadió— te estoy agradecida por tus valiosos servicios y tu comportamiento discreto. Hay bastante diferencia entre vivir con alguien como tú y con Georgiana: tú haces tu parte en la vida y no eres una carga para nadie. Mañana —continuó—, parto para el continente. Me instalaré en una casa religiosa cerca de Lisle, un convento se podría llamar; allí estaré tranquila y no me molestarán. Me dedicaré durante algún tiempo al estudio de los dogmas católicos y el funcionamiento de su sistema. Si descubro que es, como sospecho, la religión más idónea para asegurar que todas las cosas se hagan con decencia y orden, adoptaré el credo de Roma y probablemente me haga monja.

No di muestras de sorpresa ante esta resolución ni procuré disuadirla de su propósito. «La vocación te va que ni pintada —pensé—, ¡que te aproveche!».

Al separarnos, dijo:

—Adiós, prima Jane Eyre. Te deseo que te vaya bien: tienes sentido común.

Yo le contesté:

—No te falta sentido, prima Eliza, pero el que tienes supongo que será emparedado vivo tras los muros de un convento francés dentro de un año. Sin embargo, no es de mi incumbencia, y si a ti te conviene, no me importa mucho.

—Estás en lo cierto —dijo, y con estas palabras cada una emprendió un camino diferente. Como no tendré ocasión de volver a referirme a ella ni a su hermana, aprovecharé para mencionar aquí que Georgiana se casó bien con un caballero rico y elegante, aunque algo ajado, y que Eliza llegó a tomar el velo y hoy es madre superiora del convento donde pasó la época de novicia y al que donó su fortuna.

No sabía cómo se sienten las personas que vuelven a casa después de una ausencia larga o corta: nunca había experimentado tal sensación. Sí sabía lo que era regresar de niña a Gateshead después de un paseo y que me riñeran por tener frío o estar triste; y después, lo que era regresar a Lowood, anhelando una comida abundante y un fuego vivo, sin posibilidad de conseguir ninguna de las dos cosas. Ninguno de estos regresos era muy agradable o deseable; no había existido un imán que me atrajera hacia un punto determinado, aumentando su fuerza cuanto más me aproximaba. Todavía me faltaba experimentar el regreso a Thornfield.

El viaje se me hizo tedioso, muy tedioso: cincuenta millas un día, una noche pasada en una posada, y cincuenta millas al día siguiente. Durante las doce primeras horas, pensé en la agonía de la señora Reed: vi su rostro descolorido y desfigurado y oí su voz extrañamente cambiada. Recordaba el día del funeral, el ataúd, el coche fúnebre, el negro desfile de colonos y criados —pues había pocos familiares—, la tumba abierta, la iglesia silenciosa, el servicio solemne. Luego pensé en Eliza y Georgiana: visualicé a una como blanco de las miradas en una sala de baile y a la otra recluida en la celda de un convento; medité y analicé sus diferentes idiosincrasias como personas y como temperamentos. La llegada por la tarde a la gran ciudad de… disipó estos pensamientos; la noche los cambió por completo. Tumbada en mi lecho de viajera, olvidé las reminiscencias para pensar en lo futuro.

Volvía a Thornfield; pero ¿cuánto tiempo iba a quedarme allí? No mucho, estaba segura. Había tenido noticias de la señora Fairfax durante el intervalo de mi ausencia; se había dispersado el grupo de huéspedes de la casa; el señor Rochester había ido a Londres tres semanas atrás, pero se esperaba que volviera dentro de quince días. La señora Fairfax imaginaba que se había ido para hacer los preparativos de su boda, puesto que había hablado de comprar un carruaje nuevo. Dijo que la idea de que se casase con la señorita Ingram todavía se le hacía extraña, pero, por lo que decía todo el mundo y lo que ella misma había visto, no dudaba de que la

ceremonia fuera a celebrarse en breve. «Sería usted muy incrédula si lo dudase —comenté mentalmente—. Yo no lo dudo».

El problema era adónde me iría yo. Soñé toda la noche con la señorita Ingram. En un sueño nítido de madrugada, la vi cerrar en mi cara las puertas de Thornfield y señalarme otro camino, mientras el señor Rochester miraba con los brazos cruzados y con una sonrisa sardónica dedicada, aparentemente, tanto a ella como a mí.

No había avisado a la señora Fairfax del día exacto de mi vuelta, ya que no deseaba que mandaran ni un coche ni un carruaje a buscarme a Millcote. Pensaba ir caminando yo sola y tranquila, y, después de dejar el baúl al cuidado del mozo, me deslicé muy tranquila fuera de la George Inn a las seis de una tarde de junio, y emprendí el viejo camino de Thornfield: una carretera que pasaba principalmente entre campos y era poco transitada en aquellas fechas.

No era una tarde brillante ni espléndida de verano, aunque hacía buen tiempo. Había gente por todo el camino amontonando heno, y el cielo, aunque nublado, auguraba buen tiempo para el futuro: la parte de azul que era visible era de un tono suave, y estaba moteado de jirones de delgadas nubes altas. El oeste se veía cálido también; no tenía el brillo de la lluvia, sino que parecía que ardía un fuego, que había un altar encendido tras un biombo de vapor marmóreo, asomándose un lustre rojizo por las rendijas.

Me sentí contenta al avanzar por la carretera, tan contenta que me detuve una vez a preguntarme el significado de mi júbilo y a recordarme a mí misma que no iba a mi casa, ni a un descansadero permanente, ni a un lugar donde me esperasen amigos afectuosos que ansiaban mi retorno. «La señora Fairfax te recibirá con una cálida sonrisa, desde luego —me dije—, y la pequeña Adèle batirá las palmas y saltará de alegría al verte; pero sabes muy bien que piensas en otro muy diferente y que él no piensa en ti».

Pero ¿hay algo tan testarudo como la juventud? ¿Hay algo tan ciego como la inexperiencia? Estas atestiguaban que era suficiente placer volver a ver al señor Rochester, aunque él no me mirara a mí,

y añadieron: «¡Deprisa, deprisa: quédate con él todo el tiempo que puedas; dentro de unos días más, o unas semanas, como mucho, estarás separada de él para siempre!». Y luego reprimí un nuevo dolor, una cosa deforme que no podía permitirme reconocer y fomentar, y me apresuré a seguir mi camino.

También están recogiendo el heno en el prado de Thornfield, o, más bien, los jornaleros están dejando de trabajar para regresar a casa, los rastrillos al hombro, ahora, en el momento de mi llegada. Me faltan solo un campo o dos que atravesar, luego cruzaré la carretera y estaré ante las puertas. ¡Qué repletos de rosas están los arbustos! Pero no tengo tiempo para recogerlas, ya que quiero llegar a la casa. Paso junto a un espino alto, cuyas ramas frondosas y floridas atraviesan el sendero; veo la cancela estrecha con sus peldaños de piedra; y veo… al señor Rochester, sentado ahí, un libro y un lápiz en la mano: está escribiendo.

Bien, no es un fantasma; sin embargo, todos los nervios de mi cuerpo están trastornados; por un momento, soy incapaz de dominarme. ¿Qué significa? No esperaba temblar de esta manera al verlo, ni perder la voz o la capacidad de moverme en su presencia. Regresaré en cuanto me pueda mover; no es necesario que haga el ridículo. Conozco otro camino de acceso a la casa. Daría igual que conociera veinte, porque ya me ha visto.

—¡Hola! —grita, levantando el libro y el lápiz—. ¡Ya está aquí! Acérquese, por favor.

Supongo que me acerco, aunque desconozco de qué manera, ya que apenas soy consciente de mis movimientos, y solo me preocupo de aparentar tranquilidad, y, sobre todo, de controlar los músculos de mi cara, que siento rebelarse, insolentes, contra mi voluntad, y esforzarse en descubrir lo que yo me he propuesto ocultar. Pero tengo un velo, ya está bajado; puedo componérmelas para actuar con adecuada compostura.

—Conque aquí tenemos a Jane Eyre. ¿Viene usted de Millcote, y a pie? Sí, uno de sus trucos, no mandar buscar un carruaje para llegar traqueteando por los caminos como un mortal cualquiera, sino

deslizarse hacia su casa en el crepúsculo, exactamente igual que un sueño o una sombra. ¿Qué demonios ha hecho durante el último mes?

—He estado con mi tía, señor, que ha muerto.

—¡Respuesta verdaderamente janiana! ¡Guardadme, ángeles! Viene del otro mundo, de la morada de los muertos, ¡y me lo dice al encontrarme solo al anochecer! Si me atreviera, la tocaría, para saber si es de carne y hueso, o una sombra o un hada, pero antes me atrevería a agarrar un *ignis fatuus* azul en un pantano. ¡Vaya novillos ha hecho! —añadió—, alejada de mí un mes entero; ¡no me sorprendería que me hubiera olvidado!

Sabía que hallaría placer en encontrarme de nuevo con mi señor, aunque algo enturbiado por el miedo de que dejara de ser mi señor tan pronto, y por la seguridad de que no significaba nada para él. Pero siempre había en el señor Rochester (o a mí, por lo menos, me lo parecía) tal derroche en la manera de difundir felicidad, que solo probar las migas que echaba a las raras aves como yo era todo un festín. Sus últimas palabras eran un bálsamo: parecían sugerir que le importaba un poco el que yo lo olvidara o no. Y había hablado de Thornfield como mi hogar, ¡ojalá lo fuera!

Aún se quedó en los peldaños, y no quise pedirle paso. Le pregunté enseguida si no había ido a Londres.

—Sí, y supongo que lo ha averiguado por un sexto sentido.

—La señora Fairfax me lo dijo en una carta.

—¿Le contó también lo que fui a hacer?

—Sí, señor; todos conocían su propósito.

—Debe usted ver el carruaje, Jane, y decirme si no lo considera perfecto para la señora Rochester, que parecerá la Reina Boadicea, reclinada en los almohadones de color morado. ¡Ojalá yo fuera más apto para hacer de pareja con ella! Dígame, usted que es un hada, ¿no puede darme un hechizo o un filtro o algo parecido para convertirme en un hombre guapo?

—Estaría más allá del poder de la magia, señor —y añadí para mis adentros: «Una mirada de amor es el único hechizo que hace

falta; para una mirada así, es usted bastante guapo, o, más bien, su seriedad tiene un poder mayor que la belleza».

Algunas veces el señor Rochester me había leído los pensamientos con una habilidad incomprensible para mí. En esta ocasión, hizo caso omiso de mi áspera respuesta oral, pero me sonrió con una sonrisa muy suya, que utilizaba solo en ocasiones especiales. Parecía considerarla demasiado importante para los propósitos vulgares; era un verdadero chorro de sentimientos, y ahora me lo dirigió a mí.

—Pase, Jane —me dijo, haciendo sitio para que cruzase los peldaños—, váyase a casa y descanse sus fatigados pies en el hogar de un amigo.

Todo lo que había de hacer era obedecerle en silencio; no había necesidad de más conversación. Crucé los escalones sin decir palabra, con la intención de separarme de él serenamente. Pero me clavó en el sitio un impulso y me hizo girar alguna fuerza. Dije, o algo dentro de mí dijo por y a pesar de mí:

—Gracias, señor Rochester, por su gran amabilidad. Me siento extrañamente contenta de estar con usted de nuevo; donde esté usted es mi hogar, mi único hogar.

Seguí andando tan deprisa que ni siquiera él me habría podido alcanzar si lo hubiese intentado. La pequeña Adèle se puso loca de contento al verme. La señora Fairfax me recibió con su sencilla afabilidad de siempre. Leah sonrió, e incluso Sophie me deseó *bon soir* con alegría. Era muy agradable: no existe felicidad parecida a la de ser querido por tus semejantes y a la sensación de que tu presencia les ayuda a sentirse bien.

Aquella noche, cerré decidida los ojos contra el futuro; cerré los oídos contra la voz que me advertía sobre la separación inminente y las penas venideras. Después de tomar el té, la señora Fairfax cogió su calceta, yo me senté cerca de ella en una silla baja y Adèle, arrodillada en la alfombra, se acurrucó junto a mí, y una sensación de cariño mutuo pareció rodearnos con un cerco de paz dorada; recé en silencio por que no nos separase pronto una gran distancia.

Pero, al entrar inesperadamente el señor Rochester y mirarnos, pareció disfrutar tanto del espectáculo de un grupo tan unido que, cuando dijo que suponía que la anciana señora estaría bien ahora que había recuperado a su hija adoptiva, y añadió que estaba claro que Adèle estaba *prête a croquer sa petite maman Anglaise*[37], casi me atreví a esperar que, incluso después de su boda, nos mantendría unidas en algún lugar bajo su protección, y no del todo privadas del calor de su presencia.

Dos semanas de calma ambigua siguieron a mi regreso a Thornfield Hall. No se dijo nada sobre el matrimonio del amo, y no vi preparativos para tal evento. Casi todos los días preguntaba a la señora Fairfax si se había enterado de alguna decisión, pero siempre respondía negativamente. Una vez, me dijo, había llegado a preguntarle al señor Rochester cuándo iba a llevar a la novia a casa, pero le había contestado con una broma y una de sus miradas peculiares, que ella no había sabido interpretar.

Una cosa me sorprendió sobre todo, y fue la falta de idas y venidas y visitas a Ingram Park, que estaba a veinte millas, desde luego, en los límites de otro condado, pero ¿qué le podía importar la distancia a un amante enardecido? Para un jinete tan experto e infatigable como el señor Rochester, sería cuestión de una mañana cabalgando. Empecé a alimentar esperanzas que no tenía derecho a sentir: que se había roto el compromiso, que los rumores estaban equivocados, que una o ambas partes habían cambiado de idea. Solía escudriñar el rostro de mi amo para ver si estaba triste o colérico, pero no recordaba otra temporada en que hubiera estado más despejado de nubes o malos sentimientos. Si, cuando mi alumna y yo estábamos con él, me faltaban ánimos y se me veía decaída, él se ponía alegre. Nunca me había llamado más a menudo a su presencia; nunca me había tratado mejor y, ¡por desgracia! nunca lo había querido tanto.

Capítulo VIII

Un espléndido verano brillaba sobre Inglaterra: un cielo tan despejado y un sol tan luminoso como disfrutamos entonces rara vez agracian nuestra tierra batida por las olas. Era como si hubiera llegado del sur una tropa de días italianos, como una bandada de maravillosos pájaros migratorios, que se posaron a descansar en los acantilados de Albión. Se había recolectado el heno; los campos de alrededor de Thornfield estaban segados y verdes, las carreteras blancas y secas, los árboles estaban esplendorosos; los setos y los bosques, frondosos y verdes, contrastaban con el color verde claro de los prados dallados entremezclados con ellos.

La víspera del día de San Juan, Adèle, fatigada de recoger fresas durante horas en el camino de Hay, se acostó al ponerse el sol. Me quedé con ella hasta que se durmió, y, cuando la dejé, salí al jardín.

Era la hora más dulce de las veinticuatro, cuando el día con su vivo fuego se ha agotado, y el fresco rocío caía sobre las secas llanuras y las sedientas colinas. Cuando el sol se puso con sencilla elegancia, libre de la pompa de las nubes, se extendió un manto de sobrio morado, ardiendo sobre una colina con el brillo de un rubí y la luz de una caldera, y cubrió la mitad del cielo con su esplendor. El este tenía un encanto propio, de un azul intenso, y ostentaba su propia gema modesta: una solitaria estrella naciente, y pronto resplandecería allí la luna, aún oculta bajo el horizonte.

Paseé un rato por el pavimento, pero un sutil olor familiar, el de un cigarro, se escapaba por una ventana. Vi que estaba entreabierta

la ventana de la biblioteca y sabía que me podían estar vigilando desde allí, por lo que me alejé al huerto. No había rincón más protegido en todo el jardín, ni más paradisíaco; estaba repleto de árboles y de flores. Estaba separado del patio por un alto muro, a un lado; al otro, una fila de hayas lo aislaba del césped. Al fondo, había una valla baja, la única división de los solitarios campos; y un sendero tortuoso, con laureles a cada lado y un enorme castaño al final, rodeado por un banco circular, conducía a la valla. Aquí podía pasear sin ser vista. Mientras caía el dulce rocío, reinaba un silencio total y se acercaba el anochecer, sentía que podía quedarme para siempre en semejante paraje. Pero sorteando los parterres de flores y frutas en la parte superior del huerto, una zona más abierta adonde la luz de la luna naciente me había atraído, me detiene, no un sonido ni la vista de algo, sino, una vez más, el aroma conocido.

La eglantina, el jazmín, los claveles y las rosas llevan horas llenando el aire con su incienso, pero este nuevo olor no proviene de un arbusto ni de una flor; proviene, como sé muy bien, del cigarro del señor Rochester. Miro alrededor y aguzo el oído. Veo árboles llenos de frutas maduras. Oigo cantar un ruiseñor en un bosque a media milla de distancia; no se ve ninguna forma en movimiento, ni se oye acercarse ninguna pisada, pero el perfume aumenta, y debo huir. Me dirijo a la portezuela que da a los arbustos, y veo entrar al señor Rochester. Me oculto en un nicho de hiedra; no se quedará mucho tiempo; volverá por donde ha venido, y, si me quedo quieta, no me verá.

Pero no, él encuentra tan placentero como yo el atardecer, e igual de atractivo el huerto; sigue paseando, ora levantando las ramas de la grosella para ver las frutas, grandes como ciruelas, que abundan ahí, ora cogiendo una cereza madura del muro, ora inclinándose sobre unas flores, para oler su fragancia o para admirar las gotitas de rocío en los pétalos. Una gran polilla revolotea junto a mí; se posa en una planta a los pies del señor Rochester, que la ve y se agacha para examinarla.

«Ahora me da la espalda —pensé—, y también está distraído; si piso con cuidado, puedo escabullirme sin que me vea».

Pisé un borde de turba para que el crujido de la gravilla del sendero no me delatase. Él se encontraba de pie entre los parterres, a una yarda o dos de distancia del sitio por el que tenía que pasar, y parecía estar entretenido con la polilla. «Puedo pasar sin problemas», pensé. Al cruzarme con su sombra, proyectada a través del jardín por la luz de la luna, aún no muy alta, dijo quedamente, sin volverse:

—Jane, venga a ver esta polilla.

No había hecho ningún ruido, ni él tenía ojos en la nuca, ¿era posible que su sombra tuviera el sentido del tacto? Primero me sobresalté, y luego me acerqué a él.

—Mire sus alas —dijo—; me recuerdan un poco las de un insecto antillano; no se ve a menudo un insecto nocturno tan grande y vistoso en Inglaterra. ¡Ya ha volado!

Se alejó la polilla y yo también me retiraba, vergonzosa, pero el señor Rochester me siguió y, cuando llegamos a la portezuela, dijo:

—Volvamos. Es una lástima estar sentados en la casa en una noche tan preciosa, y no es posible que nadie quiera acostarse ahora que la puesta del sol se junta de esta manera con la salida de la luna.

Uno de mis defectos es que, aunque mi lengua acostumbra a hallar respuesta con prontitud, también hay veces en que me traiciona al no encontrar excusa, y este desliz siempre se produce en alguna crisis, cuando hace especial falta una palabra oportuna o un pretexto plausible para eludir un momento de turbación dolorosa. No me agradaba caminar a solas con el señor Rochester a esas horas en el huerto oscuro, pero no hallé excusa para dejarlo. Lo seguí con pasos rezagados, con el pensamiento afanándose para hallar el medio de alejarme. Pero él tenía un aspecto tan sereno y también tan serio que me avergoncé de sentirme turbada: el mal, si mal había, parecía estar solo por mi parte; a él se le veía abstraído y tranquilo.

—Jane —empezó de nuevo, cuando nos adentramos en el camino de laureles, y nos dirigíamos hacia la valla baja y el castaño —, Thornfield es un lugar agradable en verano, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Ha debido de encariñarse algo con la casa, usted que tiene gusto por las bellezas naturales, y bastante tendencia a la adherencia.

—Estoy realmente encariñada con ella.

—Y, aunque no comprendo cómo ha podido ocurrir, noto que ha adquirido usted un grado de afecto por la tonta de Adèle, también, e incluso por la simple de la Fairfax, ¿verdad?

—Sí, señor; de diferente forma, siento afecto por ambas.

—¿Y sentiría separarse de ellas?

—Sí.

—¡Qué lástima! —dijo, luego suspiró e hizo una pausa—. Eso es lo que ocurre con las cosas de esta vida —continuó poco después —; en cuanto te has acostumbrado a un descansadero agradable, una voz te llama para seguir tu camino, pues la hora de descanso se ha acabado.

—¿Debo seguir mi camino, señor? —pregunté—; ¿debo dejar Thornfield?

—Creo que sí, Jane. Lo siento, Janet, pero realmente creo que sí.

Era un golpe, pero no dejé que me abatiera.

—Bien, señor, estaré preparada cuando llegue la orden de marcharme.

—Ya ha llegado. Debo darla esta noche.

—Entonces, ¿va a casarse, señor?

—E-xac-ta-men-te; pre-ci-sa-men-te. Con su habitual agudeza, ha dado usted en el clavo.

—¿Pronto, señor?

—Muy pronto, mi…, es decir, señorita Eyre. Recordará usted, Jane, que la primera vez que yo, o el rumor, le sugirió claramente que era mi intención liar la cuerda sagrada alrededor de mi cuello de

soltero y entrar en el bendito estado del matrimonio, en una palabra, abrazar a mi seno a la señorita Ingram, y es una brazada abundante, pero eso no tiene nada que ver: uno no puede hartarse de algo tan maravilloso como la bella Blanche, pues, como decía… ¡escúcheme, Jane! No girará la cabeza para ver más polillas, ¿verdad? Solo era una mariquita, niña, volando a casa. Quiero recordarle que fue usted quien me dijo por primera vez, con la discreción que tanto admiro en usted, con la previsión, la prudencia y la humildad que corresponden a su posición responsable de asalariada, que si me casaba con la señorita Ingram, tanto usted como la pequeña Adèle debían largarse en el acto. Ignoraré la especie de crítica que esta sugerencia implica sobre el carácter de mi amada; es más, cuando usted esté lejos, Janet, procuraré olvidarla, y acordarme solo de su sabiduría, que he convertido en la ley que rige mi conducta. Adèle debe ir a la escuela, y usted, señorita Eyre, debe encontrar un nuevo puesto.

—Sí, señor, pondré un anuncio enseguida, y, mientras tanto, supongo… —iba a decir «Supongo que me puedo quedar aquí hasta que encuentre otro cobijo adonde ir», pero me detuve, pues no me atrevía a arriesgarme a pronunciar una oración tan larga, porque no controlaba del todo mi voz.

—Dentro de un mes, más o menos, espero estar ya casado —siguió el señor Rochester—, y, en el ínterin, yo mismo me ocuparé de buscarle empleo y refugio.

—Gracias, señor, siento darle…

—¡Oh, no se disculpe! Considero que cuando un empleado hace su trabajo tan bien como usted lo ha hecho, tiene derecho a recibir de su patrón cualquier ayuda que buenamente pueda brindarle. De hecho, a través de mi futura suegra, ya he oído hablar de un puesto que creo que le vendrá bien: para hacerse cargo de la educación de las cinco hijas de la señora de Dionysius O’Gall de Bitternutt Lodge[38] en Connaught, Irlanda. Creo que le gustará Irlanda; dicen que la gente es muy amable.

—Está muy lejos, señor.

—No importa; una joven tan sensata como usted no pondrá reparos al viaje o a la distancia.

—Al viaje, no, sino a la distancia; y el mar es una barrera…

—¿Entre qué, Jane?

—Entre Inglaterra, y Thornfield, y…

—¿Y bien?

—Y *usted*, señor.

Dije esto casi involuntariamente, y con la misma falta de autorización de mi libre albedrío, se me saltaron las lágrimas. Lloré en silencio, sin embargo, sin sollozar. La idea de la señora O'Gall y Bittemutt Lodge me heló el corazón, y más lo heló el pensar en toda el agua salada y olas que, al parecer, habían de agolparse entre yo y mi amo, a cuyo lado paseaba ahora; y aún más lo heló el recuerdo de un océano más infranqueable todavía: la fortuna, el rango y las costumbres se interponían entre yo y lo que, por naturaleza y sin poderlo evitar, amaba.

—Está muy lejos —dije otra vez.

—Sí lo está, desde luego, y cuando llegue usted a Bitternutt Lodge, Connaught, Irlanda, no volveré a verla jamás, Jane, eso es seguro. Nunca voy a Irlanda, ya que no me gusta mucho ese país. Hemos sido buenos amigos, ¿verdad, Jane?

—Sí, señor.

—Y cuando están a punto de separarse los amigos, gustan de pasar juntos el poco tiempo que les queda. Venga, hablaremos tranquilos del viaje y la separación durante media hora, mientras brillan en lo alto las estrellas; aquí está el castaño, con el banco alrededor de sus viejas raíces. Sentémonos serenamente aquí esta noche, aunque nunca más vayamos a sentarnos juntos en este lugar. —Nos sentamos.

—Es un largo camino hasta Irlanda, Jane, y siento enviar a mi pequeña amiga en un viaje tan cansado; pero si no puedo encontrar nada mejor, ¿qué remedio nos queda? ¿Siente usted afinidad conmigo, Jane?

No podía arriesgarme a responder, pues tenía el corazón lleno a rebosar.

—Porque —dijo— a veces tengo una sensación rara con respecto a usted, especialmente cuando la tengo cerca, como ahora. Es como si tuviera una cuerda debajo de las costillas de la izquierda, atada estrechamente con una cuerda similar en la zona correspondiente del pequeño cuerpo de usted. Si se interponen entre nosotros ese canal turbulento de agua y unas doscientas millas de tierra además, me temo que esa cuerda se rompa, y tengo la fantasía nerviosa de que empezaré a sangrar por dentro. En cuanto a usted, se olvidaría de mí.

—Eso no lo haría *jamás*, señor, usted sabe… —imposible seguir.

—Jane, ¿oye ese ruiseñor que canta en el bosque? ¡Escuche!

Al escuchar, se me escapó un sollozo, porque ya no podía reprimir lo que estaba sufriendo. Tuve que ceder, y una congoja aguda me sacudió desde la cabeza a los pies. Cuando pude hablar, fue para expresar el deseo fogoso de que no hubiera nacido nunca, o de que jamás hubiera ido a Thornfield.

—¿Porque siente usted abandonarlo?

La vehemencia de las emociones, removida por la pena y el amor que sentía, empezaba a dominarme y luchaba por conseguir un poder absoluto y afianzar su derecho de prevalecer, vencer, vivir, alzarse y reinar por fin, sí, y de hablar.

—Me aflige abandonar Thornfield. Amo Thornfield; lo amo porque he vivido aquí una vida plena y encantadora, por lo menos durante algún tiempo. No me han pisoteado, ni me han anquilosado. No he estado enterrada con mentes inferiores, ni privada del contacto con todo lo brillante, enérgico y elevado. He hablado, cara a cara, con lo que adoro, con lo que me deleita, con una inteligencia original, vigorosa y desarrollada. Lo he conocido a usted, señor Rochester, y me llena de horror y angustia pensar que he de separarme de usted para siempre. Comprendo la necesidad de mi partida, y es como contemplar la necesidad de la muerte.

—¿Dónde está la necesidad? —preguntó de pronto.

—¿Dónde? Usted, señor, me la ha señalado.

—¿Bajo qué forma?

—Bajo la forma de la señorita Ingram, una mujer noble y bella, su esposa.

—¡Mi esposa! ¿Qué esposa? Yo no tengo esposa.

—Pero la tendrá.

—¡Sí, la tendré, la tendré! —y apretó los dientes.

—Entonces he de partir, lo dijo usted mismo.

—¡No, debe quedarse! ¡Lo juro, y mantendré el juramento!

—Le digo que debo partir —repliqué, excitada con un sentimiento semejante a la pasión—. ¿Cree que puedo quedarme si no significo nada para usted? ¿Cree que soy un autómata? ¿una máquina sin sentimientos? ¿Cree que puedo soportar que me quiten el pedazo de pan de la boca y la gota de agua vital del vaso? ¿Cree que, porque soy pobre, fea, anodina y pequeña, carezco de alma y corazón? ¡Se equivoca! Tengo la misma alma que usted, y el mismo corazón. Y, si Dios me hubiera dotado de algo de belleza y una gran fortuna, le habría puesto tan difícil dejarme como lo es para mí dejarlo a usted. No le hablo con la voz de la costumbre o de las convenciones, ni siquiera con voz humana; ¡es mi espíritu el que se dirige al suyo, como si ambos hubiéramos muerto y estuviéramos a los pies de Dios, iguales, como lo somos!

—¡Iguales, como lo somos! —repitió el señor Rochester—, así —añadió, estrechándome contra su pecho, apretando sus labios contra los míos—, así, Jane.

—Sí, así, señor —contesté— pero, sin embargo, así no, ya que es usted un hombre casado, o casi, y, casado con una inferior a usted, una con la que no tiene afinidad, a la que no creo que quiera realmente, pues le he visto y oído burlarse de ella. Desprecio tal matrimonio, por lo que soy mejor que usted; ¡deje que me vaya!

—¿Adónde, Jane? ¿A Irlanda?

—Sí, a Irlanda. He dicho lo que pensaba y ahora puedo ir a cualquier parte.

—Jane, estate quieta, no luches de esta manera, como un pájaro salvaje y frenético que rompe sus plumas en su desesperación.

—No soy ningún pájaro, ni estoy atrapada en ninguna red. Soy un ser humano libre con voluntad propia, que pongo en funcionamiento para dejarlo.

Con otro esfuerzo me liberé y me puse de pie ante él.

—Y tu voluntad decidirá tu destino —dijo—; te ofrezco mi mano, mi corazón y una parte de todo lo que poseo.

—Está representando una farsa, y yo me río de ella.

—Te pido que pases la vida a mi lado, que seas lo mejor de mí, y mi compañera sobre la tierra.

—Para ese puesto ya ha elegido usted a otra, y debe mantener su decisión.

—Jane, estate quieta unos momentos; estás demasiado nerviosa. Yo me quedaré quieto también.

Una ráfaga de viento barrió el camino de laureles e hizo temblar las hojas del castaño. Luego se marchó, lejos, lejos, a una distancia indefinida, y se extinguió. El canto del ruiseñor era la única voz que se oía; al escucharla, me puse a llorar de nuevo. El señor Rochester estaba sentado, callado, mirándome serio y con ternura. Pasó algún tiempo antes de que hablase; al fin dijo:

—Ven a mi lado, Jane; expliquémonos para comprendemos mutuamente.

—Nunca más me pondré a su lado. Ya me he separado y no puedo volver.

—Pero, Jane, te llamo como esposa; solo contigo pretendo casarme.

Callé, pensando que se burlaba de mí.

—Ven, Jane, ven aquí.

—Su esposa se interpone entre nosotros.

Se levantó y se puso a mi lado de una zancada.

—Mi esposa está aquí —dijo, estrechándome nuevamente contra él— porque aquí está mi igual y mi semejante. Jane, ¿te casarás conmigo?

No le contesté, y me libré de su abrazo, porque aún me sentía incrédula.

—¿Dudas de mí, Jane?

—Totalmente.

—¿Y no tienes fe en mí?

—Ni un ápice.

—¿Me ves como un embustero? —preguntó apasionadamente—. Pequeña escéptica, haré que te convenzas. ¿Qué amor siento por la señorita Ingram? Ninguno, como me he esforzado en demostrar; le hice llegar el rumor de que mi fortuna era menos de un tercio de lo que se creía, después de lo cual me presenté ante ella para ver el resultado: frialdad por parte de ella y de su madre. Jamás me casaría, no podría casarme con la señorita Ingram. A ti, extraño ser casi etéreo, a ti te quiero como a mi propia vida. A ti, pobre y anodina, pequeña y fea como eres, te pido que me aceptes por marido.

—¿A quién, a mí? —exclamé, empezando a creer en su sinceridad a causa de su seriedad y, sobre todo, su descortesía—, ¿a mí, que no tengo otro amigo en el mundo que usted, si es que es mi amigo, y ni un chelín aparte de lo que me ha dado?

—A ti, Jane. Debes ser mía, totalmente mía. ¿Quieres ser mía? Di que sí, rápido.

—Señor Rochester, deje que le vea la cara, vuélvase hacia la luna.

—¿Por qué?

—Porque quiero leer en su semblante; ¡vuélvase!

—Ya está. No lo encontrarás más legible que una página arrugada y llena de tachaduras. Lee, pues, pero date prisa, porque sufro.

Su rostro estaba muy agitado y ruborizado, sus facciones se retorcían violentamente y sus ojos brillaban de forma rara.

—¡Oh, Jane, cómo me atormentas! —exclamó—. Con esa mirada inquisitiva y a la vez leal y generosa, ¡cómo me atormentas!

—¿Cómo es posible? Si usted es sincero y su ofrecimiento es real, los únicos sentimientos que puedo albergar por usted son el agradecimiento y la devoción, y estos no atormentan.

—¡Agradecimiento! —exclamó, y añadió fuera de sí—. Jane, acéptame enseguida. Di: «Edward», llámame por mi nombre, «Edward, me casaré contigo».

—¿Habla usted en serio? ¿Me ama de veras? ¿Quiere realmente que sea su esposa?

—Sí, y si hace falta un juramento para satisfacerte, lo juro.

—Entonces, señor, me casaré con usted.

—«¡Edward», esposa mía!

—¡Querido Edward!

—Ven aquí, ven de buen grado ahora —dijo, y añadió, con su tono más grave, hablándome al oído al posar su mejilla contra la mía—, hazme feliz, como yo te lo haré a ti.

—¡Que Dios me perdone! —agregó poco después— y que ningún hombre se entrometa; la tengo y me la quedaré.

—No hay nadie que pueda entrometerse, señor. No tengo familiares para interferir.

—No, y eso es lo mejor —dijo. Y, si no lo hubiera querido tanto, me habrían parecido bárbaros su tono y su mirada de triunfo. Pero sentada a su lado, despejada la pesadilla de la separación, y llamada al éxtasis de la unión, solo pensaba en la felicidad tan inmensa que se me había ofrecido. Una y otra vez me preguntó:

—¿Eres feliz, Jane?

Una y otra vez le respondí:

—Sí.

Y después murmuró:

—Será la expiación. ¿Acaso no la he encontrado fría, sin amigos y sin consuelo? ¿Y no he de protegerla, quererla y consolarla? ¿No hay amor en mi corazón y constancia en mis resoluciones? Seré expiado ante el tribunal de Dios. Sé que mi Creador aprueba lo que hago. En cuanto al juicio del mundo, me lavo las manos. En cuanto a la opinión de los hombres, la desafío.

Pero ¿qué había sido de la noche? La luna aún no se había puesto, y estábamos en la penumbra; apenas veía el rostro de mi señor, aunque lo tenía bien cerca. ¿Y qué le ocurría al castaño? Se retorcía y gemía, mientras que el viento rugía por el camino de laureles y nos barría a nosotros.

—Debemos entrar —dijo el señor Rochester—, ha cambiado el tiempo. Me hubiera podido quedar contigo hasta el amanecer, Jane.

«Y yo contigo», pensé yo. Quizás hubiera debido decirlo, pero de la nube que estaba mirando saltó una chispa violácea y brillante, seguida de un latigazo, un estallido y un redoble prolongado, y solo pensé en ocultar los ojos deslumbrados en el hombro del señor Rochester. La lluvia caía a chorros. Me llevó apresurado por el camino, a través del jardín y hasta la casa, pero estábamos totalmente calados antes de cruzar el umbral. Él me estaba quitando el chal en el vestíbulo y sacudiéndome el agua del cabello suelto, cuando salió de su cuarto la señora Fairfax. Al principio, no la vi, y tampoco el señor Rochester. La lámpara estaba encendida, y el reloj estaba a punto de dar las doce.

—Quítate deprisa la ropa mojada —dijo él—, y antes de que te marches, ¡buenas noches, buenas noches, querida!

Me besó repetidas veces. Cuando levanté la vista al abandonar sus brazos, ahí estaba la viuda, pálida, seria y atónita. Simplemente le sonreí y subí corriendo las escaleras. «Ya le daremos explicaciones en otro momento», pensé. No obstante, cuando llegué a mi cuarto, sentí remordimientos ante la idea de que pudiera por un momento interpretar erróneamente lo que había visto. Pero el júbilo borró enseguida los demás sentimientos y, a pesar del viento que soplaba salvajemente, del trueno que crujía encima, de los rayos que estallaban una y otra vez y de la lluvia torrencial que cayó durante dos horas seguidas, no sentí miedo, y solo un poco de inquietud. El señor Rochester se acercó tres veces a mi puerta durante la tormenta para preguntar si me encontraba a salvo y serena; eso era suficiente consuelo y daba bastantes fuerzas para cualquier eventualidad.

Antes de levantarme de la cama por la mañana, vino corriendo la pequeña Adèle para decirme que el gran castaño del fondo del huerto había sido partido por un rayo durante la noche, y que la mitad se había caído.

Capítulo IX

Mientras me levantaba y vestía, pensaba en lo que había ocurrido y me preguntaba si no sería un sueño. No podía estar segura de su realidad hasta que no viera de nuevo al señor Rochester y le oyera repetir las palabras de amor y las promesas.

Al arreglarme el cabello, me miré la cara en el espejo, y ya no me pareció fea. Había esperanza en su aspecto y vida en su color, y los ojos parecían haber visto la fuente de la felicidad y haber tomado prestado el brillo de sus aguas. A menudo no había querido mirar a mi amo por temor de que le desagradara mi aspecto, pero ahora me sentía segura de que podía levantar mi cara ante la suya sin que su expresión enfriase su afecto. Saqué del cajón un vestido de verano sencillo, aunque limpio y ligero, y me lo puse; me pareció que ningún vestido me había sentado nunca tan bien, porque jamás había llevado ninguno con el ánimo tan feliz.

No me sorprendió, al bajar corriendo al vestíbulo, ver que una brillante mañana de junio había seguido a la tormenta de la noche anterior, ni sentir el aliento de una brisa limpia y fragante a través de la puerta abierta. La naturaleza debía de estar contenta de que yo fuera tan feliz. Una mendiga con su hijo, dos seres pálidos y harapientos, se aproximaban por la calzada, y salí corriendo para darles todo el dinero que tenía en el monedero, unos tres o cuatro chelines. Para bien o para mal, debían compartir mi júbilo. Graznaban los grajos y cantaban otros pájaros más melódicos, pero nada había más alegre o sonoro que mi propio corazón regocijado.

Me sorprendió encontrar a la señora Fairfax mirando con semblante triste por la ventana; me dijo muy seria:

—Señorita Eyre, ¿quiere usted venir a desayunar? —Durante el desayuno, se mostró fría y callada, pero no podía sincerarme con ella en ese momento. Debía esperar a que mi señor le diese explicaciones, y ella también. Comí lo que pude, y me apresuré a subir las escaleras. Me encontré con Adèle saliendo del aula.

—¿Adónde vas? Es la hora de las lecciones.

—El señor Rochester me ha enviado al cuarto de juego.

—¿Dónde está él?

—Ahí dentro —señalando la habitación de la que acababa de salir. Entré y allí estaba.

—Ven a desearme los buenos días —dijo. Me acerqué gustosa; no fue una palabra amable lo que recibí, ni un apretón de manos, sino un abrazo y un beso. Parecía natural: era agradable ser tan amada y acariciada por él.

—Jane, tienes un aspecto radiante, tan sonriente y bonita —me dijo—, realmente bonita esta mañana. ¿Es esta mi pequeña hada pálida? ¿Es esta mi Mostacilla[39]? ¿Esta niña sonriente con hoyuelos en las mejillas y los labios rosados, los cabellos castaño sedosos, y los brillantes ojos de color avellana? —Tenía los ojos verdes, lector, pero hay que disculparle el error. Para él, estaban recién teñidos, supongo.

—Soy Jane Eyre, señor.

—Y pronto serás Jane Rochester —añadió—; dentro de cuatro semanas, Jane, ni un día más, ¿lo oyes?

Lo oí, pero no acababa de asimilarlo: me mareaba. El sentimiento que me produjo su declaración era algo más fuerte de lo que justificara el júbilo, era algo que me golpeó y aturdió, creo que era casi miedo.

—Primero te has sonrojado y ahora te has puesto pálida, Jane; ¿por qué?

—Porque usted me ha dado un nuevo nombre, Jane Rochester, que se me hace extraño.

—Sí, la señora Rochester, la joven señora Rochester, niña-esposa de Fairfax Rochester.

—No puede ser, señor; no parece probable. Los seres humanos jamás disfrutamos de la felicidad total en este mundo. Yo no nací para un destino diferente del resto de mi especie. Imaginar que me puede suceder tanto es un cuento de hadas, una fantasía.

—Que yo puedo y quiero hacer realidad. Empezaré hoy. Esta mañana, he escrito a mi banquero de Londres para que me envíe algunas joyas que él me guardaba, herencia de las damas de Thornfield. En un día o dos, espero volcarlas en tu regazo, porque tendrás todas las atenciones y todos los privilegios que tendría la hija de un noble con la que me fuese a casar.

—¡Oh, señor, olvídese de las joyas! No me gusta oír hablar de ellas. Joyas para Jane Eyre se me antojan algo antinatural y extraño; preferiría no tenerlas.

—Yo mismo pondré la cadena de brillantes alrededor de tu cuello y la tiara en tu frente, que embellecerá, ya que la naturaleza ha dejado la señal de la nobleza en tus sienes, Jane; y abrocharé las pulseras en estas finas muñecas, y llenaré de sortijas estos dedos de hada.

—¡No, no, señor! Piense en otras cosas y hable de otros temas, con otro tono. No hable conmigo como si fuera una belleza: soy su institutriz, sencilla como una cuáquera.

—Eres una belleza a mis ojos, y una belleza delicada y etérea, que me llena el corazón.

—Endeble e insignificante, querrá decir. Sueña usted, señor, o se burla. ¡Por el amor de Dios, no sea irónico!

—Haré que el mundo también te reconozca como una belleza —prosiguió, causándome gran inquietud por su tono, ya que me parecía que o se engañaba a sí mismo o me quería engañar a mí—. Vestiré de raso y encaje a mi Jane, y le pondré rosas en el pelo, y cubriré la cabeza que más amo con un velo que no tiene precio.

—Y entonces no me conocerá, señor, y ya no seré su Jane Eyre, sino un simio vestido de arlequín, o un arrendajo con plumaje

prestado. Casi me gustaría más verlo a usted, señor Rochester, ataviado de cómico que a mí misma vestida de dama de la corte, y no le llamo guapo a usted, señor, aunque lo quiero muchísimo: demasiado para halagarlo. ¡No me halague usted a mí!

Siguió con el tema, no obstante, sin hacer caso de mi súplica:

—Hoy mismo te llevaré a Millcote en el carruaje, para que elijas algunos vestidos. Ya te he dicho que nos vamos a casar dentro de cuatro semanas. La boda será discreta, en la iglesia de allí abajo; e, inmediatamente después, te llevaré volando a la ciudad. Después de una corta estancia allí, llevaré a mi tesoro a regiones más cercanas al sol: a viñas francesas y llanuras italianas, para que veas todo lo aclamado por la historia antigua o por la moda actual, y para que pruebes la vida de las ciudades y aprendas a valorarte a ti misma al compararte imparcialmente con los demás.

—¿Entonces, viajaré con usted, señor?

—Te alojarás en París, Roma, Nápoles, Florencia, Venecia y Viena. Todas las tierras que yo he pisado, volverás a pisar tú; en todos los lugares donde he plantado mi pezuña, posarás tu pie de sílfide. Hace diez años, recorrí medio loco toda Europa, con el asco, el odio y la furia por compañeros de viaje; ahora la visitaré de nuevo, curado y purificado, con un ángel de acompañante para mi solaz.

Me reí de sus palabras:

—No soy un ángel —afirmé—, y no lo seré hasta que me muera: seré yo misma. Señor Rochester, no debe usted esperar ni exigir nada angelical de mí, pues no lo va a conseguir, como tampoco yo lo conseguiré de usted, porque no lo espero en absoluto.

—¿Y qué esperas de mí?

—Durante un corto espacio de tiempo, muy corto, será usted como ahora, pero luego se enfriará, y será caprichoso y serio, y tendré mucha dificultad en complacerlo. Pero cuando se haya acostumbrado a mí, quizás me aprecie de nuevo, y digo apreciarme, y no amarme. Supongo que su amor se esfumará en seis meses, o menos. He observado en los libros escritos por hombres que ese periodo es el más largo que dura la pasión de un marido. Sin

embargo, como amiga y compañera, espero no ser nunca desagradable para mi querido señor.

—¡Desagradable! ¡Volver a apreciarte! Creo que te apreciaré una y otra vez, y te haré confesar que no solo te aprecio, sino que te amo, con amor verdadero, pasión y constancia.

—Pero ¿no es usted caprichoso, señor?

—Con las mujeres que solo me agradan por sus rostros, soy un verdadero diablo cuando descubro que carecen de corazón y alma, cuando me revelan un panorama de insulsez, trivialidad, y, quizás, imbecilidad, vulgaridad y mal genio. Pero con la de ojos límpidos y lengua elocuente, la del alma de fuego y el carácter que se dobla pero no se rompe, a la vez flexible y constante, maleable y firme, siempre seré tierno y fiel.

—¿Ha tenido experiencia de tal carácter, señor? ¿Ha querido alguna vez a una así?

—La quiero ahora.

—¿Pero antes que yo? Si es que yo estoy a la altura de ese ideal difícil.

—Nunca he conocido a nadie como tú, Jane. Me complaces y me dominas; parece que te sometes, y me gusta la sensación de flexibilidad que das, y, mientras enrosco en el dedo la suave hebra sedosa de tu cabello, esta envía un dulce calambre a lo largo de mi brazo hasta el corazón. Me influye, me conquista, y la influencia es más dulce de lo que puedo expresar y la conquista que experimento tiene un hechizo por encima de cualquier victoria que pudiera ganar. ¿Por qué te ríes, Jane? ¿Qué significa este cambio de expresión inexplicable e inquietante?

—Pensaba, señor, me perdonará la idea, pues ha sido involuntaria, pensaba en Hércules y Sansón con sus hechiceras…

—Conque sí, ¿eh? Pequeña hada…

—¡Calle, señor! No habla usted con mucha sensatez ahora, del mismo modo en que aquellos caballeros no actuaron con sensatez. Sin embargo, si hubieran estado casados, no dudo de que con su severidad de maridos hubieran compensado su debilidad de

pretendientes, y usted también, me temo. Me pregunto cómo me contestará de aquí a un año si le pido un favor que no le conviene o no le complace concederme.

—Pídeme algo ahora, Janet, por nimio que sea. Quiero que me ruegues…

—Por supuesto que sí, señor. Tengo la solicitud preparada ya.

—¡Habla! Pero si me miras y me sonríes con esa cara, juro que accederé antes de saber a qué, y así me convertiré en idiota.

—En absoluto, señor. Solo le pido esto: no mande traer las joyas, y no me corone de rosas. Sería lo mismo que coser una orilla de encaje de oro a ese sencillo pañuelo que tiene ahí.

—Más me valdría intentar «dorar el oro de ley»[40], lo sé. Te concedo tu deseo, de momento. Invalidaré la orden que envié al banquero. Pero aún no has hecho ninguna petición; has pedido que se anule un regalo. Inténtalo de nuevo.

—Bien. Entonces, señor, tenga la bondad de satisfacer mi curiosidad sobre un punto.

Pareció estar perturbado.

—¿Qué, qué? —dijo rápido—. La curiosidad es mal peticionario; menos mal que no he jurado conceder cada solicitud…

—Pero no hay peligro en que conceda esto, señor.

—Dilo, Jane; pero me gustaría que en lugar de preguntar por un secreto, por ejemplo, me pidieras la mitad de lo que poseo.

—¡Venga, rey Asuero![41]. ¿Para qué quiero yo la mitad de sus propiedades? ¿Cree acaso que soy un judío usurero que quiere invertir en tierras? Preferiría que me diera toda su confianza. Si me admite usted en su corazón, ¿no me negará su confianza?

—Te doy de buen grado toda la confianza que merece darse, Jane. Pero, por el amor de Dios, ¡no me pidas una carga inútil! ¡No ansíes el veneno, ni te conviertas en una Eva cualquiera!

—¿Por qué no, señor? Acaba de decirme cuánto le gusta que lo conquisten, y lo que disfruta del exceso de persuasión. ¿No le parece que debo aprovecharme de la confesión, y ponerme a

lisonjear y rogar, incluso llorar y patalear, simplemente para demostrar mi poder?

—Te desafío a que hagas el ensayo. Abusa y presume, y se acabó el juego.

—¿Ah, sí? Se rinde usted fácilmente. ¡Qué serio está ahora! Las cejas se le han puesto tan gruesas como mi pulgar, y su frente se asemeja a lo que una vez, en una poesía muy sorprendente, leí que se llamaba un almacén de truenos azules. ¿Será este su aspecto de casado?

—Si este va a ser tu aspecto de casada, yo, como cristiano, renunciaré enseguida a la idea de unirme a un simple espíritu o salamandra. Pero ¿qué era lo que querías preguntar, bicho? ¡Dilo de una vez!

—Ahora se está poniendo grosero, y prefiero la descortesía a la adulación. Prefiero ser bicho que ángel. Esto es lo que quiero preguntar: ¿por qué se ha esforzado tanto en hacerme creer que quería casarse con la señorita Ingram?

—¿Solo es eso? ¡Gracias a Dios que no es nada peor! —Y dejó de fruncir el ceño sombrío, me miró sonriente y me acarició el cabello, como contento de haberse librado de un peligro—. Creo que lo puedo confesar —prosiguió—, aunque te indigne un poco, Jane, y ya sé lo fogosa que puedes ser cuando te indignas. Echabas chispas a la fresca luz de la luna anoche, cuando te rebelaste contra el destino y exigiste tu rango como mi igual. Janet, a propósito, fuiste tú quien se declaró.

—Por supuesto que sí. Pero al grano, por favor, señor. ¿La señorita Ingram?

—Pues fingí cortejar a la señorita Ingram porque quería que te enamoraras tanto de mí como lo estaba yo de ti, y sabía que los celos serían los mejores aliados que podía encontrar para conseguir ese fin.

—¡Excelente! ¡Qué pequeño lo veo ahora, no mayor que la punta de mi meñique! Fue una vergüenza descarada y una infamia sin

nombre comportarse de esa manera. ¿Es que no pensó en los sentimientos de la señorita Ingram, señor?

—Sus sentimientos se reducen a uno: el orgullo, que necesita de humillaciones. ¿Tenías celos, Jane?

—No importa, señor Rochester; realmente no le incumbe lo más mínimo saberlo. Contésteme sinceramente una vez más. ¿No cree que sufrirá la señorita Ingram por su coquetería insincera? ¿No se sentirá abandonada y desamparada?

—¡Imposible! Si te dije cómo, al contrario, ella me dejó a mí; la idea de mi insolvencia enfrió o, mejor dicho, extinguió en un momento su pasión.

—Tiene usted una mente curiosamente calculadora, señor Rochester. Me temo que sus principios sobre algunas cuestiones son excéntricos.

—Mis principios nunca fueron amaestrados, Jane. Puede que se extraviaran por falta de atenciones.

—Una vez más y en serio, ¿puedo disfrutar del gran don que se me ha concedido, sin temer que otra sufra el amargo dolor que sufría yo misma hace poco?

—Sí que puedes, niña buena. No existe otro ser en el mundo que me profese el mismo amor puro que tú, porque me apropio esa bendición, Jane, la fe en tu cariño.

Posé los labios sobre la mano que yacía en mi hombro. Lo amaba mucho, más de lo que me atrevía a decir, más de lo que las palabras podían expresar.

—Pídeme algo más —dijo al rato—, me encanta que me supliques, para luego rendirme.

Otra vez tenía preparada mi petición.

—Comunique a la señora Fairfax sus intenciones, señor. Me vio con usted anoche en el vestíbulo y se escandalizó. Dele una explicación antes de que yo la vuelva a ver. Me duele que me juzgue mal una persona tan buena.

—Ve a tu cuarto y ponte el sombrero —respondió—. Quiero que me acompañes a Millcote esta mañana; mientras te preparas para el

paseo, aclararé el malentendido con la anciana dama. ¿Pensó, Janet, que habías sacrificado todo tu mundo por el amor, y que lo considerabas bien perdido?

—Creo que pensó que había olvidado mi lugar, y el suyo, señor.

—¡Lugar, lugar! Tu lugar está en mi corazón, y por encima de la cabeza de los que quieran insultarte, ahora o en el futuro. ¡Vete!

Me arreglé enseguida, y cuando oí al señor Rochester salir de la salita de la señora Fairfax, me dirigí rápidamente allí. La anciana señora había estado leyendo su porción matutina de las Sagradas Escrituras: la lección del día; la Biblia yacía abierta ante ella, con sus anteojos encima. Esta ocupación, interrumpida por la noticia del señor Rochester, quedó olvidada. Sus ojos estaban fijos en la pared de enfrente y expresaban la sorpresa de una mente sencilla, conmovida por nuevas inesperadas. Al verme, se espabiló, se esforzó por sonreír y pronunció unas palabras de felicitación; pero la sonrisa se desvaneció y la frase se quedó inacabada. Se puso los anteojos, cerró la Biblia y apartó su silla de la mesa.

—Estoy tan sorprendida —comenzó— que apenas sé qué decirle, señorita Eyre. No es posible que lo haya soñado, ¿verdad? A veces me quedo medio dormida cuando estoy a solas, y me imagino cosas que no han ocurrido. Me ha parecido más de una vez, mientras dormitaba, que mi querido esposo, que se murió hace quince años, ha venido a sentarse a mi lado y que incluso ha pronunciado mi nombre, Alice, como solía. Pues bien, ¿puede usted decirme si es verdad que el señor Rochester le ha pedido que se case con él? No se ría de mí. Pero realmente creo que ha entrado aquí hace cinco minutos y ha dicho que usted será su esposa dentro de un mes.

—A mí me ha dicho lo mismo —contesté.

—¿De veras? ¿Le ha creído? ¿Lo ha aceptado?

—Sí.

Me contempló aturdida.

—Nunca lo hubiera pensado. Es un hombre orgulloso; todos los Rochester lo han sido, y a su padre, por lo menos, le gustaba el

dinero. A él, también, siempre lo han considerado prudente. ¿Y pretende casarse con usted?

—Eso me ha dicho.

Me miró de arriba abajo: leí en sus ojos que no encontraba el encanto suficiente para resolver el enigma.

—¡Escapa a mi entendimiento! —prosiguió—; pero no dudo de que sea verdad, ya que usted lo dice. Cómo saldrá, no sabría decirlo; realmente no lo sé. A menudo es recomendable que exista la igualdad de posición y fortuna en tales casos, y hay veinte años de diferencia de edad. ¡Podría ser su padre!

—Desde luego que no, señora Fairfax —exclamé con irritación —; ¡no se parece en nada a mi padre! Nadie, viéndonos juntos, lo pensaría ni por un momento. El señor Rochester parece tan joven y, de hecho, es tan joven como algunos hombres de veinticinco años.

—¿Y realmente es por amor por lo que se casa con usted? —preguntó.

Me sentí tan dolida por su frialdad y escepticismo que se me saltaron las lágrimas.

—Siento hacerle daño —continuó la viuda—, pero es usted tan joven, y conoce tan poco a los hombres, que quería ponerla en guardia. Un viejo dicho es que «no es oro todo lo que reluce», y en este caso, me temo que vaya a haber algo distinto de lo que podemos esperar usted o yo.

—¿Por qué? ¿Es que soy un monstruo? —dije—; ¿es imposible que el señor Rochester sienta un afecto sincero por mí?

—No, usted está bien, y muy mejorada últimamente; y seguro que el señor Rochester le tiene cariño. Siempre he observado que era usted una especie de favorita suya. Ha habido veces que, por el bien de usted, me ha inquietado su clara preferencia por usted, y he querido ponerla en guardia, pero no quería sugerir siquiera la posibilidad de que algo estuviera mal. Sabía que semejante idea la escandalizaría, e incluso la ofendería; y usted ha estado tan discreta, y tan modesta y sensata, que esperaba que supiera protegerse a sí misma. No puedo decirle lo que padecí anoche

cuando busqué por toda la casa y no los encontré ni a usted ni al amo, y luego la vi entrar con él a las doce.

—Bien, eso no importa ahora —interrumpí, impaciente—; lo importante es que está todo en regla.

—Espero que salga todo bien al final —dijo—; pero, créame, una no puede tener demasiado cuidado. Intente mantener a distancia al señor Rochester; no confíe ni en usted misma ni en él. Los caballeros en su posición no suelen casarse con sus institutrices.

Me estaba enfadando de verdad. Afortunadamente, entró Adèle corriendo.

—¡Déjeme ir! ¡déjeme ir a Millcote, también! —gritó—. El señor Rochester no quiere, aunque hay sitio de sobra en el nuevo carruaje. Ruéguele que me deje ir, mademoiselle.

—Lo haré, Adèle —y me fui apresurada con ella, contenta de alejarme de mi sombría consejera. El carruaje estaba dispuesto, lo estaban llevando a la parte delantera de la casa y mi amo estaba paseando arriba y abajo por el pavimento con *Pilot* siguiéndolo.

—Adèle puede acompañamos, ¿verdad, señor?

—Ya le he dicho que no. ¡No quiero mocosos, solo la quiero a usted!

—Déjela ir, señor Rochester, por favor; sería mejor.

—No es verdad: sería un estorbo.

Se mostraba totalmente autoritario, tanto de aspecto como de tono. El desaliento de las advertencias de la señora Fairfax y el desánimo de sus dudas acudieron a mi mente de pronto: algo insubstancial y dudoso se filtró entre mis esperanzas. Había perdido a medias la sensación de poder sobre él. Estaba a punto de obedecerle mecánicamente, sin más reparos, pero mientras me ayudaba a subir al carruaje, me miró la cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó—; ha desaparecido toda la alegría. ¿Quieres realmente que venga la pequeña? ¿Te molestará que la dejemos aquí?

—Preferiría que viniera, señor.

—Entonces, ve a por tu sombrero y vuelve, ¡como un rayo! —gritó a Adèle.

Ésta obedeció tan rápido como pudo.

—Después de todo, la interrupción de una sola mañana poco importa —dijo—, cuando pronto te tendré a ti, tus pensamientos, tu conversación y tu compañía para toda la vida.

Cuando subieron a Adèle, se puso a besarme para expresarme su gratitud por mi intervención. Él la colocó en el acto en un rincón en el lado contrario. Ella se asomó para mirar en mi dirección; la seriedad de su vecino de asiento era demasiado represora, con su humor tan irritable, para que se atreviera a susurrarle cualquier comentario o pedirle información.

—Deje que se siente conmigo —rogué—; a usted lo molestará, señor, y hay sitio de sobra aquí.

La pasó por encima como si fuera un perrito faldero.

—Aún la mandaré a la escuela —dijo, pero sonreía.

Adèle lo oyó, y le preguntó si había de ir a la escuela *sans mademoiselle*.

—Sí —contestó—, desde luego *sans mademoiselle*, porque yo voy a llevar a *mademoiselle* a la luna, y buscaré allí una cueva en uno de los blancos valles en medio de los volcanes, y allí vivirá *mademoiselle* conmigo y solo conmigo.

—No tendrá nada que comer; la matará de hambre —comentó Adèle.

—Yo iré a recoger maná para ella mañana y tarde, pues las llanuras y las colinas de la luna están cuajadas de maná, Adèle.

—Querrá calentarse; ¿qué utilizará en vez de fuego?

—Hay fuego en las montañas de la luna; cuando tenga frío, la llevaré a una cima y la tumbaré en el borde de un cráter.

—*Oh, qu'elle y sera mal… peu confortable!*[42]. Y sus ropas se desgastarán. ¿Dónde encontrará ropas nuevas?

El señor Rochester se confesó perplejo.

—¡Mmnn! —dijo—. ¿Qué harías tú, Adèle? Hurga en tu cerebro en busca de la solución. ¿Qué tal te parece una nubecilla blanca y

rosada como vestido? Y se podría hacer un bonito echarpe con un arco iris.

—Está mucho mejor tal como está —concluyó Adèle, después de pensarlo un rato—, además, se cansaría de vivir sola con usted en la luna. Si yo fuera *mademoiselle*, nunca consentiría en ir con usted.

—Ya ha consentido; ha dado su palabra.

—Pero no puede usted llevarla allí. No hay carretera a la luna; todo es aire, y ni usted ni ella saben volar.

—Adèle, mira ese campo. —Ya habíamos salido por las puertas de Thornfield e íbamos rodando por la suave carretera de Millcote, donde el polvo ya se había asentado después de la tormenta y los bajos setos y los altos árboles de ambos lados lucían verdes, refrescados por la lluvia.

—En ese campo, Adèle, paseaba yo una tarde hace unos quince días, la tarde del día en que tú me ayudaste a recolectar el heno en el prado; como estaba cansado de rastrillar las ringleras, me senté a descansar en unos peldaños de la verja. Saqué un cuaderno y un lápiz, y empecé a escribir sobre una desgracia que me ocurrió hace mucho tiempo, y sobre los deseos de felicidad que tenía para el futuro. Estaba escribiendo muy rápidamente, aunque se desvanecía la luz de la hoja, cuando se acercó algo por la vereda y se detuvo a dos yardas de distancia. Lo miré. Era una cosa muy pequeña con un velo de telaraña en la cabeza. Le hice un gesto para que se acercara, y se puso ante mis rodillas. No le hablé, ni me habló con palabras, pero leí en sus ojos y ella leyó en los míos, y nuestro diálogo sin palabras fue como sigue:

»Era un hada, venida del país de los Elfos, me dijo, y su misión era hacerme feliz. Debía acompañarla fuera del mundo de los mortales a un lugar solitario, como la luna, por ejemplo, que señaló con la cabeza, allá donde salía sobre la colina de Hay. Me habló de la cueva de alabastro y del valle de plata donde podíamos vivir. Dije que me gustaría ir, pero le recordé, como tú me has recordado a mí, que no tenía alas para volar.

»“Oh —dijo el hada—, ¡eso no importa! Aquí tienes un talismán que barrerá todas las dificultades”. Y me ofreció un bonito anillo de oro. “Pónmelo —dijo—, en el cuarto dedo de mi mano izquierda, y seré tuya y tú serás mío, y dejaremos la tierra para construir nuestro propio cielo allá”. Y volvió a señalar la luna. El anillo, Adèle, está en el bolsillo de mis pantalones, bajo el disfraz de un soberano, pero pronto pienso convertirlo en anillo de nuevo.

—Pero ¿qué tiene que ver con esto *mademoiselle*? A mí no me importa el hada; usted ha dicho que era a *mademoiselle* a quien iba a llevar a la luna…

—*Mademoiselle* es un hada —dijo, susurrando misterioso, a lo que yo le dije que no hiciera caso de sus bromas, y ella, por su parte, demostró gran cantidad de escepticismo de lo más francés, llamando al señor Rochester *un vrai menteur*, y asegurándole que no creía ni una palabra de sus *contes de fées*, y que, *du reste, il n’y avait pas de fées, et quand même il y en avait*[43] estaba segura de que no se le aparecerían a él, ni le darían anillos, ni se ofrecerían a vivir con él en la luna.

La hora pasada en Millcote fue algo incómoda para mí. El señor Rochester me obligó a ir a cierto almacén de seda, donde me ordenó encargar media docena de vestidos. Odié el asunto y le rogué que lo aplazara, pero no, había que hacerlo. A fuerza de pedírselo por medio de enérgicos susurros, conseguí rebajar la media docena a dos; sin embargo, se empeñó él mismo en elegirlos. Observé con ansiedad cómo pasaba la mirada por las bonitas existencias. Se decidió por una rica seda de brillante tinte de color amatista, y un raso de un rosa soberbio. Le comuniqué con una nueva serie de susurros que más le valdría comprarme un traje de oro y un sombrero de plata enseguida: nunca me atrevería a llevar lo que había elegido. Con infinitas dificultades (porque era más obstinado que una mula), le persuadí de que los cambiase por un sobrio raso negro y una seda gris perla.

—Lo dejaré pasar de momento —dijo—, pero quiero verte brillar en el futuro como un ramo de flores.

Me alegré de sacarlo del almacén de seda, y, después, de una joyería: cuanto más me compraba, más me ardían las mejillas con una sensación de fastidio y degradación. Cuando subimos de nuevo al carruaje y me recliné, febril y agotada, recordé lo que, por el fluir de los acontecimientos, buenos y malos, había olvidado del todo: la carta de mi tío, John Eyre, a la señora Reed y su pretensión de adoptarme y convertirme en su heredera. «Sería un alivio realmente —pensé—, si tuviera independencia, por modesta que fuese. No resisto que el señor Rochester me vista como una muñeca, ni quedarme sentada como una segunda Dánae con un chaparrón de oro cayendo cada día sobre mí. Escribiré a Madeira en cuanto llegue a casa, para decirle a mi tío John que me caso y con quién. Si tuviera la posibilidad de aportarle al señor Rochester, algún día, un aumento de fortuna, soportaría de mejor grado que él me mantenga ahora». Y, algo aliviada por esta idea (que no dejé de poner en práctica ese mismo día), me atreví nuevamente a mirar a los ojos a mi señor y amante, que había buscado pertinaz los míos mientras yo rehuía su mirada. Sonrió, y su sonrisa se me antojó como la de un sultán que, en un momento de éxtasis y cariño, mira a una esclava a la que ha colmado de oro y gemas. Le apretujé la mano, que siempre buscaba, vigorosa, la mía, y se la devolví roja de la fuerza apasionada.

—No debe mirarme de esta forma —dije—; si lo hace, no me pondré más que mis viejos vestidos de Lowood durante el resto de mis días. Me casaré con este de guinga lila, y usted puede hacerse un batín con la seda gris perla y un número infinito de chalecos con el raso negro.

Se rio ahogadamente, frotándose las manos.

—¡Oh, qué divertido verla y oírla! —exclamó—. ¡Qué original! ¡Qué mordaz! ¡No cambiaría a esta inglesita por todo el serrallo del Gran Turco, con sus ojos de gacela, cuerpos de huríes y todo lo demás!

Esta alusión oriental me picó de nuevo.

—No pienso en absoluto servirle de serrallo —dije—, así que no vaya a considerarme como tal. Si le apetece algo de ese estilo, váyase acto seguido a los bazares de Estambul, y gástese en la compra de esclavas parte de ese dinero que le sobra, y que no parece saber en qué dilapidar aquí.

—¿Y qué harás tú, Jane, mientras regateo en la compra de tantas toneladas de carne y tanta variedad de ojos negros?

—Yo me prepararé como misionera, para ir allí a predicar la libertad entre los esclavos, incluidas las ocupantes de su harén. Me haré admitir en él y organizaré un motín; y usted, pachá de tres colas, se encontrará de repente con grilletes, preso en nuestras manos, y yo, por mi parte, me negaré a liberarlo hasta que no haya firmado la carta constitucional más liberal que jamás haya aprobado déspota alguno.

—Estaría contento de hallarme a tu merced, Jane.

—No recibiría ninguna merced, señor Rochester, si usted la pidiera con semejante mirada. Con esa mirada, no tendría más remedio que creer que, cualquiera que fuese el reglamento que hubiera firmado bajo coerción, su primer acto, al ser liberado, habría de ser violarlo.

—Bien, Jane, ¿qué es lo que quieres? Me temo que me vas a obligar a someterme a una ceremonia privada de matrimonio, además de la celebrada ante el altar. Querrás estipular unas condiciones especiales; ¿cuáles serán?

—Solo pretendo tener tranquilidad, señor, y no verme aplastada por un exceso de obligaciones. ¿Recuerda usted lo que dijo sobre Céline Varens y sobre los brillantes y tejidos de cachemir que le regaló? No quiero ser su Céline Varens inglesa. Seguiré actuando como institutriz de Adèle, con lo que me ganaré el pan y el alojamiento, y además treinta libras al año. Compraré mi propia ropa con ese dinero, y usted no me regalará nada más que…

—¿Nada más que qué?

—Su afecto. Y si yo le doy el mío a cambio, esa deuda estará pagada.

—Vaya, no tienes parangón en cuanto a insolencia natural y orgullo innato —dijo. Nos estábamos aproximando a Thornfield—. ¿Querrás hacerme el favor de cenar conmigo esta noche? —preguntó cuando pasábamos por las puertas.

—No, gracias, señor.

—¿Y por qué «no, gracias», si puede saberse?

—Nunca he cenado con usted y no veo motivos por los que ahora debiera hacerlo, hasta que…

—¿Hasta qué? Te encanta decir las cosas a medias.

—Hasta que no tenga más remedio.

—¿Y crees que tengo modales de ogro o vampiro, para que te dé horror ser mi compañera de mesa?

—No he formado ninguna opinión sobre el tema, señor. Pero quiero seguir como siempre durante un mes más.

—Dejarás enseguida de hacer de institutriz-esclava.

—¿Ah, sí? Sintiéndolo mucho, señor, me niego. Seguiré como siempre. Me quitaré de su camino todo el día, tal como he hecho hasta ahora. Puede usted mandarme llamar por las tardes, si tiene ganas de verme, y acudiré entonces, pero solo entonces.

—Necesito fumar, Jane, o tomar una pizca de rapé, para consolarme de todo esto, *pour me donner une contenance*[44] como diría Adèle, pero desgraciadamente, no he traído ni mi cigarrera ni mi cajita de rapé. Pero escucha —en un susurro—, es tu hora, pequeña tirana, pero ya llegará la mía, y, una vez te tenga bien cogida, mía para siempre, lo que haré será, hablando metafóricamente, atarte a una cadena como esta —señalando la cadena de su reloj—. Sí, bonita, te llevaré en mi seno, para no perder mi joya.

Dijo esto al ayudarme a apearme del carruaje; mientras sacaba en brazos a Adèle, entré en la casa y me batí en retirada por la escalera.

Me llamó puntualmente a su presencia por la tarde. Le había preparado un entretenimiento, pues no pensaba pasar todo el tiempo en conversación *tête-à-tête*. Recordaba que tenía una voz

espléndida, y sabía que le gustaba cantar, como la mayoría de los buenos cantantes. Yo no era buena vocalista ni, según su opinión exigente, tampoco buen músico, pero me deleitaba escuchar una buena interpretación musical. En cuanto el crepúsculo, la hora del amor, empezó a dejar caer sobre la celosía su manto azul cuajado de estrellas, me levanté, abrí el piano, y le supliqué, por el amor del cielo, que me cantara algo. Dijo que era una bruja caprichosa, y que preferiría cantar en otro momento, pero insistí en que no hay mejor momento que el presente.

Me preguntó si me gustaba su voz.

—Mucho —aunque no me gustaba adular su vanidad impresionable, por una vez decidí, para conseguir mi propósito, halagar y estimularla.

—Entonces, Jane, debes acompañarme al piano.

—Muy bien, señor, lo intentaré.

Así lo hice, pero poco después me echó del taburete y me llamó «pequeña chapucera». Al apartarme sin miramientos a un lado (que era precisamente lo que yo había pretendido), ocupó mi lugar y se puso a acompañarse él, pues tocaba tan bien como cantaba. Me retiré rápidamente al mirador y, mientras estaba allí sentada mirando los árboles quietos y el césped borroso, cantó las siguientes estrofas con una dulce melodía en tono suave:

El amor más puro que jamás un corazón
haya albergado en su interior ardiente
a través de cada vena, palpitante,
llevaba la oleada de la vida.

Su llegada era mi esperanza cotidiana,
su partida era para mí el dolor;
el azar que demorase sus pisadas
se convertía en hielo en cada vena.

Soñé que sería el éxtasis supremo

ser amado, tal como yo amaba;
luché por conseguir este objetivo
con gran obsesión y entusiasmo.

Pero era ancho el espacio infranqueable
que se interponía entre nuestras vidas,
y peligroso como los torbellinos de espuma
de las olas del océano verde.

Y embrujado, cual camino de bandidos
a través del páramo o el bosque;
porque entre nuestros dos espíritus
se alzaban el Poder, la Razón, la Pena y la Ira.

Reté a los peligros, desprecié los obstáculos,
desafié a todos los malos augurios:
pasé impetuoso, sin vacilar,
entre amenazas, tropiezos y advertencias.

Siguió mi arco iris, rápido como la luz,
yo volé como en un sueño;
porque ante mí se irguió glorioso
el hijo de la Lluvia y el Rayo.

Entre nubes de dolor sombrío
aún brilla el júbilo suave y solemne;
no me importa cuántos desastres oscuros
se ciernan a mi alrededor.

No me importa, en esta hora sublime,
que todas las cosas por las que he pasado
acudan en tropel, fuertes y raudas,
en busca de una venganza cruel.

Ni que me fulmine el Odio altivo,
ni que la Razón me aísle de los demás,
ni que el Poder demoledor, airado,
me jure enemistad por la eternidad.

Mi Amada ha puesto su pequeña mano,
llena de noble fe, en la mía,
ha prometido que se unirán nuestros seres
con el sagrado anillo del matrimonio.

Mi Amada ha jurado con un beso
vivir por siempre, y morir, conmigo;
he alcanzado el éxtasis supremo:
tal como amo, así yo soy amado.

Se levantó y se acercó a mí, y vi que su cara ardía, sus ojos de halcón resplandecían y cada línea de su rostro estaba impregnada de ternura y pasión. Temblé un momento, pero enseguida me repuse. No quería tiernas escenas ni osadas demostraciones de amor, y me hallaba en peligro de ambas cosas. Debía preparar un arma defensiva, me afilé la lengua y, cuando llegó junto a mí, le pregunté con rudeza con quién pensaba casarse ahora.

—Esa es una extraña pregunta para que la haga mi querida Jane.

—¿Sí? Pues yo la considero muy natural y oportuna, ya que ha hablado de que su futura esposa se morirá con usted. ¿Qué quiere decir una idea tan pagana? Yo no tengo intención de morirme con usted, puede estar seguro.

—Todo lo que ansío y todo lo que deseo es que vivas conmigo. La muerte no es para alguien como tú.

—Sí que lo es: tengo tanto derecho a morirme, cuando llegue mi hora, como usted. Pero esperaré a que llegue esa hora, y no me dejaré llevar antes de tiempo a la pira funeraria.

—¿Me perdonarás esa idea tan egoísta y lo demostrarás con un beso?

—No, prefiero que me dispense de hacerlo.

En este punto, me acusó de ser «una personita implacable», y añadió que «cualquier otra mujer se hubiera derretido al oír semejantes versos cantados en su honor».

Le aseguré que era implacable por naturaleza, inexorable, y que iba a comprobarlo a menudo, y que, además, pensaba mostrarle diferentes aspectos duros de mi carácter antes de que hubieran transcurrido las cuatro semanas: iba a saber verdaderamente la ganga que se llevaba, ahora que aún estaba a tiempo de renunciar.

—¿Te quieres callar, y hablar razonablemente?

—Me callo si lo desea, y, en cuanto a hablar razonablemente, me complazco en creer que ya lo hago.

Se quejó, rezongó y refunfuñó. «Muy bien —pensé—, puedes enfadarte y protestar todo lo que quieras, pero estoy convencida de que esta es la mejor táctica a seguir contigo. Me gustas más de lo que puedo expresar, pero no caeré en la sensiblería del amor. Con la aguja de mis pullas, te mantendré alejado del abismo también, y, además, con su ayuda, mantendré entre tú y yo la distancia que más nos conviene a los dos».

Poco a poco conseguí irritarlo bastante, y cuando se marchó, totalmente resentido, al otro extremo de la habitación, me levanté y dije, con mis modales respetuosos de siempre «Le deseo buenas noches, señor» me deslicé por la puerta lateral y me escapé.

Seguí con el sistema iniciado de esta manera durante todo el período de prueba, con gran éxito. Él estaba siempre, desde luego, bastante molesto y malhumorado, pero, en términos generales, pude comprobar que se divertía sobremanera, y que una sumisión de cordero y una sensiblería de paloma, aunque favorecieran su despotismo, no habrían complacido su juicio, ni satisfecho su sentido común, ni siquiera gratificado su gusto.

En presencia de los demás, estaba callada y me comportaba con deferencia, como antes, ya que cualquier otra conducta hubiera

estado fuera de lugar; solo en nuestras reuniones vespertinas lo atormentaba y le hacía rabiar. Él siguió llamándome puntualmente en cuanto daban las siete, aunque cuando me presentaba ante él, ya no utilizaba palabras melosas como «amor» y «cariño», sino ponía a mi servicio términos como «muñeca provocadora», «hada maliciosa», «espíritu» y «traidora». En lugar de caricias, recibía muecas; en vez de un apretón de manos, un pellizco en el brazo; en lugar de un beso en la mejilla, un tirón de oreja. Estaba bien: de momento, prefería mucho más estos favores salvajes a manifestaciones más tiernas. Me di cuenta de que la señora Fairfax aprobaba mi comportamiento. Desapareció su inquietud por mí, lo que me confirmaba que actuaba correctamente. Mientras tanto, el señor Rochester alegaba que lo estaba dejando en los huesos, y me amenazaba con una terrible venganza, en un futuro próximo, por mi forma de actuar. Me reía solapadamente de sus amenazas. «Ahora te tengo bien controlado —reflexionaba—, y estoy segura de que lo podré hacer más adelante. Si me falla una argucia, debo inventar otra».

Pero, a pesar de todo, mi tarea no era fácil: a menudo hubiera preferido complacerlo a torturarlo. Mi futuro marido se estaba convirtiendo en todo mi mundo, y, más que mi mundo, casi mi esperanza de paraíso. Él estaba metido entre yo y mis ideas de religión, como se interpone un eclipse entre el hombre y el sol. En aquellos días, no podía ver a Dios por estar embelesada con un hombre, a quien había convertido en mi ídolo.

Capítulo X

Ya había pasado el mes de noviazgo: sus últimas horas tocaban a su fin. No se podía atrasar el día que se aproximaba: el día de la boda, y todos los preparativos estaban ya completados. Yo, por lo menos, no tenía nada más que hacer: allí estaban mis baúles, hechos, cerrados y atados con cuerdas, alineados a lo largo de la pared de mi pequeña habitación. Mañana a estas horas, estarían camino de Londres, y yo también (Dios mediante), o, mejor dicho, no yo, sino una tal Jane Rochester, una persona aún desconocida para mí. Solo faltaba clavar las tarjetas con las señas; allí estaban, cuatro cuadraditos, en el cajón. El mismo señor Rochester había escrito la dirección: «Señora Rochester, Hotel…, Londres»; pero no me decidía a clavarlas yo, ni tampoco a que me las clavaran. ¡La señora Rochester! No existía, no nacería hasta el día siguiente, algo después de las ocho de la mañana; me esperaría para ver si nacía viva, antes de asignarle tantas propiedades. Me bastaba que, en aquel armario frente al tocador, prendas supuestamente de ella ya hubieran reemplazado el vestido de paño negro y el sombrero de paja de Lowood; no me pertenecía esa indumentaria de boda: el vestido gris perla y el velo vaporoso, que colgaban de la percha. Cerré el armario para ocultar las extrañas vestimentas fantasmales que contenía, las cuales, a esta hora de la noche, las nueve, rielaban de manera espectral en la penumbra de mi cuarto. «Te dejaré a solas, sueño blanco —dije—. Estoy febril; oigo soplar el viento; saldré para sentirlo».

No solo las prisas de los preparativos me habían puesto febril, no solo la expectación del gran cambio, de la vida nueva que había de comenzar mañana; sin duda, ambas circunstancias tenían su parte en producir el humor inquieto y nervioso que me precipitaba fuera de la casa al jardín sombrío a esta hora tardía; pero había un tercer motivo que influía más en mi mente.

Mi corazón albergaba un pensamiento extraño y ansioso. Había ocurrido algo que no acertaba a comprender. Nadie más que yo sabía o había presenciado el hecho, que había sucedido la noche anterior. El señor Rochester se había ausentado por la tarde y aún no había regresado. Se había marchado a visitar, por asuntos de negocios, unas dos o tres granjas de su propiedad a treinta millas de distancia, asuntos que tenía que atender personalmente antes de su prevista partida de Inglaterra. Yo esperaba su regreso, deseosa de desembarazar mi mente y de hallar en él la solución al enigma que me desconcertaba. Quédate hasta que llegue, lector; cuando le descubra el secreto, serás partícipe de la revelación.

Me dirigí a la huerta, empujada a buscar refugio allí por el viento, que había soplado intensamente del sur durante todo el día, sin traer, sin embargo, ni una gota de lluvia. En lugar de amainar con el avance de la noche, parecía aumentar su ímpetu y arreciar su rugido; los árboles estaban doblados en un sentido, sin erguirse ni apenas enderezar sus ramas en el espacio de una hora por la fuerza que inclinaba hacia el norte sus frondosas copas. Las nubes flotaban raudas de polo a polo, una masa tras otra; no se había visto ni un retazo de cielo azul a lo largo de aquel día de julio.

No dejé de experimentar cierto gozo salvaje al correr ante el viento, descargando en el torrente inconmensurable de aire que tronaba en el espacio las preocupaciones de mi mente. Bajando por el sendero de los laureles, me encontré con los restos del castaño; allí se erguía, negro y hendido; el tronco, partido por la mitad, ostentaba una brecha espantosa. Las dos mitades no estaban del todo separadas, sino que la sólida base y las vigorosas raíces las mantenían unidas en la parte de abajo, aunque la vitalidad estaba

perdida, pues ya no fluía la savia. Estaban muertas las grandes ramas de los lados, y las tormentas del invierno siguiente seguramente tirarían abajo una o las dos partes. Sin embargo, de momento se podía decir que formaban un solo árbol: una ruina absoluta de árbol.

«Hicisteis bien en agarraros la una a la otra —dije, como si las monstruosas astillas fueran seres vivos que me pudieran oír—. Creo que, por heridas, carbonizadas y chamuscadas que parezcáis, todavía debéis de tener una sensación de vida, producida por vuestra unión en las raíces fieles y, constantes. Nunca más tendréis hojas verdes, nunca más veréis a los pájaros anidar y cantar romances entre vuestras ramas. Se ha acabado para vosotras el tiempo de placer y amor, pero no estáis desoladas, pues cada una tiene una compañera que comparta su decadencia con ella». Al mirarlas, apareció de pronto la luna, de un rojo sangre y medio cubierta de nubes, en la porción de cielo que veía en la hendidura; pareció echarme una ojeada perpleja y cansada, tras lo cual se volvió a hundir en una gran masa de nubes. El viento amainó durante un segundo alrededor de Thornfield, pero en lontananza, a través de bosques y aguas, sonó un aullido enloquecido y melancólico. Daba pena escucharlo, por lo que me alejé apresurada.

Iba y venía por la huerta, recogiendo las manzanas que yacían abundantes en la hierba alrededor de las raíces de los árboles; después, me entretuve separando las maduras de las verdes. Las llevé a la casa, donde las guardé en la despensa. Luego, fui a la biblioteca para comprobar si la chimenea estaba encendida, porque, aunque era verano, sabía que al señor Rochester le gustaría encontrar un fuego cálido a su regreso en una noche tan lúgubre: sí, el fuego estaba encendido y ardía bien. Coloqué su butaca junto al rincón de la chimenea, acerqué la mesa a ella, corrí las cortinas e hice traer las velas, listas para encender. Más inquieta que nunca después de realizar estos menesteres, no podía estarme sentada inmóvil, ni siquiera quedarme dentro de la casa. Dieron las diez

simultáneamente en un pequeño reloj de la biblioteca y el antiguo del vestíbulo.

«¡Qué tarde se está haciendo! —dije—. Me acercaré a la entrada; la luna alumbra a ratos, y puedo ver un buen trecho de la carretera. Puede que esté ya en camino, y, si me adelanto a su encuentro, me ahorraré algunos minutos de angustia».

El viento rugía en las copas de los grandes árboles que rodeaban las puertas, pero la carretera, hasta donde alcanzaba la vista a derecha y a izquierda, estaba tranquila y solitaria. Solo se veía una línea larga y pálida, inalterada por el movimiento más insignificante, con la excepción de la sombra de las nubes que cruzaban delante de la luna de vez en cuando.

Unas lágrimas infantiles acudieron a mis ojos mientras miraba, lágrimas de desilusión e impaciencia. Avergonzada, las enjugué. Me rezagué; la luna se encerró del todo dentro de su cámara, corriendo las cortinas de densas nubes; la noche se puso oscura, el viento trajo la lluvia.

«¡Que venga! ¡Que venga ya!» exclamé, presa de presagios hipocondríacos. Lo esperaba antes de la hora del té, y ahora era de noche, ¿qué lo retenía? ¿Había tenido un accidente? El suceso de la noche anterior acudió nuevamente a mi memoria. Lo interpreté como un aviso de desastre. Temía que mis esperanzas fueran demasiado ambiciosas para hacerse realidad, y había disfrutado de tantos placeres últimamente, que suponía que mi suerte había alcanzado su apogeo y ahora debía ir en declive.

«Bien, no puedo volver a la casa —pensé—, no puedo sentarme junto al fuego mientras él está a la intemperie. Mejor agotar mi cuerpo que forzar mi corazón. Me iré andando hasta encontrarlo».

Me puse en camino. Anduve deprisa, pero no llegué lejos: antes de caminar un cuarto de milla, oí el chacoloteo de cascos; apareció un jinete al galope, con un perro corriendo a su lado. ¡Fuera malos presentimientos! Era él; allí estaba, montando a *Mesrour* y seguido por *Pilot*. Me vio, pues la luna había despejado una zona azul del

cielo, donde presidía en acuoso esplendor. Se quitó el sombrero y lo agitó alrededor de la cabeza. Corrí a su encuentro.

—¡Ya está! —exclamó, al extender la mano hacia mí, doblándose en la silla—. No puedes vivir sin mí, es evidente. Pon tu pie en mi bota, dame las dos manos, ¡sube!

Obedecí, ágil por la alegría, y salté delante de él. Me recibió con abundantes besos y un triunfo ufano, que aguanté como buenamente pude. Detuvo su euforia un momento para preguntar:

—¿Pero ocurre algo, Janet, para que vengas a buscarme a estas horas? ¿Algo va mal?

—No, pero creía que no llegaría nunca. No podía soportar esperarlo dentro de la casa, especialmente con el viento y la lluvia.

—¡Viento y lluvia, desde luego! Estás goteando como una sirena; ponte mi capa. Creo que tienes fiebre, Jane; te arden las mejillas y las manos. Te vuelvo a preguntar: ¿ocurre algo?

—Nada, nada; no tengo ni miedo ni penas.

—Entonces, es que has sufrido ambas cosas.

—Sí, pero se lo contaré todo luego, señor, y no me sorprendería que se riera de mis sufrimientos.

—Me reiré de ti de buena gana cuando pase mañana; hasta entonces, no me atrevo: no tengo mi premio asegurado. ¿Esta eres tú, que has sido resbaladiza como una anguila el último mes, y espinosa como una rosa? No te podía poner un dedo encima sin pincharme. Y ahora parece que haya recogido en mis brazos un cordero descarriado; te alejaste del redil en busca del pastor, ¿verdad, Jane?

—Lo buscaba, pero no se ufane. Ya estamos en Thornfield, déjeme bajar.

Me puso en el suelo. Cuando John cogió su caballo y me siguió al vestíbulo, me dijo que me apresurara a ponerme algo seco y que acudiera después a la biblioteca; me detuvo, camino de la escalera, para hacerme prometer que no tardaría. Y no tardé: me reuní con él a los cinco minutos. Lo encontré cenando.

—Siéntate y hazme compañía, Jane; Dios quiera que sea la penúltima comida que tomes en Thornfield durante mucho tiempo.

Me senté junto a él, pero le dije que no podía comer.

—¿Es por la idea del viaje que te espera, Jane? ¿El pensar en ir a Londres es lo que te quita el apetito?

—No tengo el futuro muy claro esta noche, señor, y apenas si sé qué ideas tengo en la cabeza. Todas las cosas de la vida se me antojan irreales.

—Menos yo. Yo soy bastante sólido: tócame.

—Usted, señor, es lo más fantasmagórico de todo; no es más que un sueño.

Extendió la mano, riendo.

—¿Es esto un sueño? —dijo, poniéndola ante mis ojos. Tenía la mano redondeada, musculosa y vigorosa, y el brazo largo y fuerte.

—Sí, aunque puedo tocarla, es un sueño —dije, bajándola de delante de mi rostro—. Señor, ¿ha terminado de cenar?

—Sí, Jane.

Toqué la campana para que se llevaran la bandeja. Cuando nos hubimos quedado a solas otra vez, aticé el fuego y me senté en un taburete bajo a los pies de mi señor.

—Es casi medianoche —dije.

—Sí, pero recuerda, Jane, que prometiste velar conmigo la víspera de mi boda.

—Así lo hice, y cumpliré mi promesa, por lo menos una o dos horas. No tengo ganas de acostarme.

—¿Están completados todos tus preparativos?

—Todos, señor.

—Los míos, también —respondió—. Lo tengo todo dispuesto y partiremos mañana de Thornfield hora y media después de salir de la iglesia.

—Muy bien, señor.

—¡Con qué sonrisa más extraordinaria has pronunciado esas palabras, «muy bien», Jane! ¡Qué color tienes en las mejillas! ¡Qué brillo en los ojos! ¿Estás bien?

—Creo que sí.

—¿Crees? ¿Qué pasa? Dime lo que sientes.

—No podría, señor; no hay palabras para decirle lo que siento. Quisiera que este momento no acabara nunca; ¿quién sabe qué nos depara el futuro?

—Eso es hipocondría, Jane. Estás excesivamente nerviosa o fatigada.

—¿Y usted, señor se siente tranquilo y feliz?

—¿Tranquilo? no, pero feliz, sí: hasta el fondo de mi corazón.

Lo miré para ver las señales de felicidad de su rostro: estaba fervoroso y sonrojado.

—Confía en mí, Jane —dijo—: alivia tu corazón del peso que lo oprime compartiéndolo conmigo. ¿Qué es lo que temes? ¿que no sea un buen marido?

—Nada más lejos de mi mente.

—¿Tienes aprensión por el nuevo ambiente adonde vas a entrar? ¿por la nueva vida que te espera?

—No.

—Me sorprendes Jane; tu mirada y tu tono de triste osadía me sorprenden y me duelen. Quiero una explicación.

—Entonces, escuche, señor. Usted estaba ausente anoche.

—Sí, ya lo sé, y hace un rato has dado a entender que sucedió algo en mi ausencia, supongo que nada importante, pero te ha trastornado. Oigámoslo. ¿Ha dicho algo la señora Fairfax, tal vez? ¿Has oído hablar a los criados? ¿Han herido tu sensible amor propio?

—No, señor. —Dieron las doce, y esperé a que hubiesen acabado los relojes de emitir, uno, sus tonos argénteos y, el otro, sus golpes roncos y vibrantes, antes de seguir.

—Ayer estuve muy ocupada todo el día y muy contenta de la actividad interminable, pues, aunque usted parece creer lo contrario, no me preocupa lo más mínimo mi nuevo ambiente y demás. Me parece espléndido tener la oportunidad de vivir con usted, porque lo amo. No, señor, no me acaricie ahora; déjeme hablar sin

interrupciones. Ayer confiaba en la Providencia y creía que las cosas se conchababan en nuestro favor. Hizo buen día, ¿recuerda? La serenidad del aire y del cielo disipaba cualquier temor por su seguridad o comodidad en el viaje. Paseé un poco por el patio después del té, pensando en usted, y lo tenía tan cerca en mi imaginación que apenas eché de menos su presencia real. Pensaba en la vida que me esperaba, la vida de usted, señor, una existencia más amplia e interesante que la mía; hay tanta diferencia entre las dos como la que hay entre las profundidades abismales del mar y las aguas plácidas del cauce del arroyo que desemboca en él. Me preguntaba por qué los moralistas llaman a esta vida un páramo desolado, ya que para mí florece con el esplendor de una rosa. Al ocaso, el aire se tornó frío y el cielo nublado, y entré en la casa. Sophie me llamó, desde el piso de arriba, para que fuera a ver mi traje de novia, que acababan de traer, y, debajo, encontré su regalo dentro de una caja: el velo que, con su generosidad principesca, mandó traer de Londres, decidido, supongo, puesto que no quería joyas, a embaucarme para que aceptase otra cosa igual de valiosa. Sonreí al desdoblarlo, y me inventaba maneras de atormentarlo por sus gustos aristocráticos y sus intentos de disfrazar a su novia plebeya con los atributos de la nobleza. Pensé en llevarle el cuadrado de blonda sin bordar que yo me había preparado para adornar mi humilde cabeza, y preguntarle si no era suficiente para una mujer que no aportaba a su marido ni fortuna, ni belleza ni conexiones. Me imaginé, con toda claridad, la cara que pondría, y oí sus impetuosas respuestas liberales y su orgulloso rechazo de la necesidad de aumentar sus riquezas o elevar su posición casándose por dinero u honores.

—¡Cómo me conoces, bruja! —interpeló el señor Rochester—, pero ¿qué encontraste en el velo, además de los bordados? ¿Encontraste veneno, o una daga, para que pongas esa cara tan triste?

—No, no, señor. Además de la delicadeza y la riqueza del tejido, no encontré nada más que el orgullo de Fairfax Rochester, y no me

asustó, porque estoy acostumbrada a ver a ese demonio. Pero, señor, cuando se hizo de noche, se levantó el viento; no sopló ayer por la tarde tan fuerte y salvaje como ahora, sino con un sonido tenebroso y lúgubre, mucho más pavoroso. Deseaba que estuviera usted en casa. Vine a esta habitación, y me horrorizó ver la butaca desocupada y el hogar vacío. Durante algún tiempo después de acostarme, no pude dormir, acongojada por una sensación de nerviosismo angustioso. La galerna, cada vez más fuerte, parecía amortiguar a mi oído un ruido apesadumbrado, al principio, no supe si dentro o fuera de la casa, pero que se repetía, vacilante aunque lastimoso, en cada pausa del temporal; finalmente, decidí que debía de ser un perro que aullaba a lo lejos. Me alegré cuando cesó. Al dormirme, seguí soñando con una noche oscura y borrascosa. También seguí queriendo estar con usted, y experimenté la sensación extraña y pesarosa de que una barrera nos separaba. A lo largo del primer sueño, iba por los meandros de una carretera desconocida, envuelta en total oscuridad, azotada por la lluvia, cargada con el peso de un niño, una criatura muy pequeña, demasiado endeble para caminar, que temblaba entre mis brazos fríos y lloraba lastimosamente. Pensé, señor, que usted estaba mucho más adelante en el mismo camino, y esforzaba cada fibra de mi ser por alcanzarlo y pronunciar su nombre para rogarle que se detuviera, pero mis movimientos estaban trabados y mis palabras se desvanecían sin articularse, mientras me parecía que usted se alejaba cada vez más.

—¿Y estos sueños pesan todavía en tu espíritu, Jane, aunque estoy a tu lado? ¡Chiquilla nerviosa! ¡Olvida las penas quiméricas y piensa solo en la felicidad real! Dices que me amas, Janet; no olvidaré eso y tú no puedes negarlo. Aquellas no fueron las palabras que se desvanecieron en tus labios. Las oí claras y dulces: una idea muy solemne, quizás, pero melodiosa como la música: «Creo que es una cosa espléndida tener la esperanza de vivir contigo, Edward, porque te amo». ¿Me amas, Jane? Repítelo.

—Sí, señor, lo amo con todo mi corazón.

—Entonces —dijo, tras unos minutos de silencio—, es curioso, pero esa frase ha penetrado dolorosamente en mi pecho. ¿Por qué? Creo que porque la dijiste con una energía tan seria y religiosa, y porque la mirada que me diriges ahora es el epítome de la fe, la sinceridad y la devoción; es como si tuviera un espíritu a mi lado. Pon cara de malvada, Jane, como tú bien sabes hacerlo; dedícame una de tus sonrisas fieras, tímidas y provocativas; dime que me odias, juega conmigo, atorméntame. Haz cualquier cosa menos conmoverme; prefiero que me exasperes a que me entristezcas.

—Lo atormentaré todo lo que usted quiera, cuando haya acabado mi relato. Pero debe escucharlo hasta el fin.

—Pensé que me lo habías contado todo, Jane. Creía que el origen de tu melancolía había sido el sueño.

Negué con la cabeza.

—¿Qué? ¿Aún hay más? Pero me niego a creer que sea importante. Te advierto de antemano que soy incrédulo. Sigue.

Me sorprendieron el desasosiego de su aspecto y la impaciencia algo aprensiva de su porte, pero continué.

—Tuve otro sueño, señor: que Thornfield Hall era una ruina desolada, refugio de murciélagos y lechuzas. Me pareció que solo quedaba de su elegante fachada un muro como una cáscara, alto y frágil. Deambulé bajo la luna por la hierba que crecía dentro, tropezando ora con una chimenea de mármol, ora con el fragmento despegado de una cornisa. Envuelta en un chal, llevaba aún al niño desconocido; no podía dejarlo en ningún lugar; por cansados que estuvieran mis brazos, por mucho que su peso dificultara mi progreso, debía seguir con él. Oí el galope de un caballo a lo lejos, en la carretera; estaba segura de que era usted, y de que se marchaba por muchos años hacia un país lejano. Escalé por el débil muro con prisa temeraria y frenética, ávida de verlo una vez más desde lo alto; las piedras rodaban bajo mis pies, se desprendía la hiedra a la que me agarraba, el niño se colgó despavorido de mi cuello, casi estrangulándome; por fin llegué a la cima. Lo vi a usted como una mota en un camino blanco, cada vez más pequeña. El

viento arreciaba tanto que no pude quedarme de pie. Me senté en el estrecho borde del muro; intenté apaciguar al niño asustado de mi regazo; usted dobló una curva del camino; me incliné hacia adelante para verlo una última vez; el muro se desmoronó; me sobresalté; el niño se cayó de mis rodillas; perdí el equilibrio, me caí y desperté.

—Bueno, Jane, ya está.

—Solo el prefacio, señor; aún no le he contado el relato. Al despertar, me deslumbró un fulgor y pensé: ¡es la luz del día! Pero me equivocaba; solo era la luz de una vela. Supuse que había entrado Sophie. Había una luz sobre el tocador, y estaba abierta la puerta del armario donde había colgado el vestido de boda y el velo, antes de acostarme; oí un crujido. Pregunté: «Sophie, ¿qué haces?». Nadie me contestó, pero una figura salió del armario, cogió la vela, la levantó y examinó las prendas que colgaban de la percha. «¡Sophie, Sophie!» grité de nuevo, pero siguió callada. Me había incorporado en la cama y me incliné haca adelante. Primero sentí sorpresa y después estupefacción, y se me heló la sangre de las venas. Señor Rochester, no era Sophie, no era Leah, no era la señora Fairfax; no era —estaba segura y aún lo estoy— ni siquiera era la extraña Grace Poole.

—Debió de ser alguna de ellas —me interrumpió mi señor.

—No, señor, le juro solemnemente que no lo era. Jamás había visto dentro de Thornfield Hall la figura que estaba allí ante mis ojos. Su altura y sus formas eran nuevas para mí.

—Descríbela, Jane.

—Señor, parecía una mujer alta y robusta, con cabellera abundante y morena cayéndole por la espalda. No sé qué llevaba puesto; era blanco y recto, pero, si era un vestido, una sábana o una mortaja, no pude saberlo.

—¿Le viste la cara?

—Al principio, no. Pero, al poco tiempo, cogió mi velo y lo levantó, mirándolo largo rato; después, se lo colocó en la cabeza y se volvió hacia el espejo. En ese momento, vi el reflejo del semblante y las facciones claramente en el cristal oscuro.

—¿Y cómo era?

—Espantosa y atroz me pareció, ¡señor, jamás vi un rostro semejante! Era un rostro pálido, un rostro salvaje. ¡Ojalá pudiera olvidar los ojos rojos que giraban, y la hinchazón ennegrecida de sus rasgos!

—Los fantasmas suelen ser pálidos, Jane.

—Este estaba lívido, señor, los labios hinchados y oscuros, la frente ceñuda, las negras cejas salvajemente alzadas encima de unos ojos inyectados de sangre. ¿Le digo qué me recordaba?

—Dímelo.

—El vil espectro alemán: el vampiro.

—¡Ah! ¿Qué hizo?

—Señor, se quitó el velo de su cabeza macilenta y lo rasgó en dos, tiró las dos mitades al suelo y las pisoteó.

—¿Y después?

—Levantó la cortina y miró afuera; quizás para ver la llegada de la aurora, porque luego cogió la vela y se retiró hasta la puerta. Se detuvo la figura en la cabecera de mi cama; me contempló con ojos fieros, acercó la vela a mi cara, y la apagó ante mis ojos. Sabía que su rostro lívido ardía sobre el mío y me desmayé; por segunda vez en mi vida, solo la segunda, perdí el conocimiento por el terror.

—¿Quién se encontraba contigo cuando volviste en ti?

—Nadie, señor, solo el pleno día. Me levanté, me mojé la cabeza y la cara con agua y bebí un largo trago. Me di cuenta de que, aunque débil, no estaba enferma, y decidí que no contaría esta visión a nadie más que a usted. Bien, señor, dígame quién era esa mujer y qué quería.

—La criatura de un cerebro demasiado fatigado, eso es seguro. Debo cuidar de ti, tesoro mío; unos nervios como los tuyos necesitan un trato delicado.

—Señor, puede creerme, mis nervios no tuvieron la culpa. Esa cosa fue real, y los hechos ocurrieron de verdad.

—¿Y los sueños anteriores también fueron reales? ¿Está en ruinas Thornfield Hall? ¿Estoy separado de ti por obstáculos

infranqueables? ¿Te abandono sin una lágrima, sin un beso, sin una palabra?

—Todavía no.

—¿Voy a hacerlo? Si ya ha comenzado el día en el que vamos a ser unidos para siempre; y, una vez unidos, no volverán a manifestarse estos terrores mentales, te lo garantizo.

—¡Terrores mentales, señor! ¡Quisiera poder creer que lo fuesen! Lo quisiera ahora más que nunca, puesto que ni usted es capaz de explicarme el misterio de la espantosa aparición.

—Ya que no puedo explicarlo, Jane, debió de ser irreal.

—Pero, señor, cuando me dije eso mismo al levantarme esta mañana, y miré alrededor de la habitación para conseguir valor y consuelo en el aspecto alegre de cada objeto conocido a plena luz del día, allí, sobre la alfombra, vi lo que desmintió mi hipótesis: ¡el velo, rasgado de arriba abajo en dos partes!

Noté cómo el señor Rochester se sobresaltó y se estremeció; me rodeó rápidamente con los brazos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó— que si algo maligno se acercó a ti anoche, solo dañó el velo. ¡Cuando pienso en lo que hubiera podido pasar!

Suspiró y me abrazó tan estrechamente que apenas pude respirar. Después de algunos minutos de silencio, prosiguió alegre:

—Bien, Jane, te lo voy a explicar todo. Fue mitad sueño, mitad realidad. Una mujer entró, sin duda, en tu cuarto, y esa mujer fue (debió de ser) Grace Poole. Tú misma la llamas un ser extraño. Por lo que sabes, tienes buenos motivos para llamarla así, ¡mira lo que me hizo a mí! ¡Y a Mason! En un estado entre dormida y despierta, tú viste su entrada y sus actos. Pero febril, casi delirando como estabas, le atribuiste un aspecto fantástico diferente del suyo propio: el cabello largo y enmarañado, el rostro negro e hinchado, la altura exagerada eran producto de tu imaginación, resultado de la pesadilla. Rasgó realmente el velo, algo típico de su malicia. Veo que quieres saber por qué tengo una mujer semejante en mi casa.

Cuando llevemos casados un año y un día, te lo contaré, pero ahora no. ¿Estás satisfecha, Jane? ¿Aceptas mi solución al misterio?

Reflexioné y verdaderamente parecía la única explicación posible; no estaba satisfecha, pero para tenerlo contento, me esforcé por aparentarlo; aliviada sí estaba, por lo que le respondí con una sonrisa alegre. Y, como ya era más de la una, me dispuse a abandonarlo.

—¿No duerme Sophie con Adèle en el cuarto de la niña? —preguntó mientras me prendía la vela.

—Sí, señor.

—Y hay espacio suficiente para ti en la cama de Adèle. Debes compartirla con ella esta noche, Jane; no es de extrañar que te ponga nerviosa el incidente que has relatado, y preferiría que no durmieras sola; prométeme que irás al cuarto de la niña.

—Lo haré encantada, señor.

—Y cierra bien la puerta por dentro. Despierta a Sophie cuando subas, so pretexto de pedirle que te despierte mañana temprano; porque debes estar vestida y desayunada antes de las ocho. Y ahora, no más pensamientos lúgubres: espanta las ideas tristes, Janet. ¿No oyes cómo susurra ahora el viento? y ya no golpea la lluvia contra las ventanas. ¡Mira —alzó la cortina—, hace una noche espléndida!

Y era verdad. La mitad del cielo estaba despejada e inmaculada: las nubes, barridas por el viento, que soplaba ya del oeste, se alejaban en tropel hacia el este en largas columnas plateadas. La luna brillaba plácidamente.

—Y bien —dijo el señor Rochester, mirándome inquisitivo los ojos—, ¿cómo se encuentra ahora mi Janet?

—La noche está serena, señor, y yo también.

—Y no soñarás con separaciones y tristezas esta noche, sino con el amor feliz y la unión dichosa.

Esta predicción se cumplió solo a medias: no soñé con cosas tristes, pero tampoco con la felicidad, ya que no dormí en absoluto. Con la pequeña Adèle en mis brazos, contemplé el sueño de la

infancia, tan tranquilo, sosegado e inocente, y esperé la llegada del día siguiente. Toda la vitalidad estaba despierta y alerta en mi cuerpo, y, en cuanto se levantó el sol, yo me levanté también. Recuerdo que se agarró a mí la pequeña Adèle cuando la dejaba, recuerdo que la besé al soltar de mi cuello sus manos menudas, lloré con una extraña emoción y la dejé por temor de turbar su sueño profundo con mis sollozos. Ella parecía ser el símbolo de mi vida pasada, y él, para quien ahora había de ataviarme, el emblema temido, aunque adorado, de mi vida futura desconocida.

Capítulo XI

A las siete vino Sophie para vestirme; tardó muchísimo en completar esta tarea, tanto, que, supongo que impaciente de esperar, el señor Rochester mandó preguntar por qué no llegaba. En ese momento me estaba fijando en el cabello con un broche el velo (después de todo, el sencillo cuadrado de blonda); me liberé de sus manos en cuanto pude.

—¡Espere! —gritó en francés—. Mírese en el espejo; no ha echado ni una ojeada.

Así que me giré desde la puerta. Vi una figura vestida y con velo, tan diferente de mí misma que casi me pareció la imagen de una extraña. «¡Jane!» me llamó una voz, y bajé deprisa. El señor Rochester me recibió al pie de la escalera.

—¡Tardona! —dijo—, me arde el cerebro de impaciencia, ¡y tú tardas tanto!

Me acompañó al comedor, me examinó concienzudamente de arriba abajo, me declaró «bonita como una azucena, y no solo el orgullo de su vida, sino también el deseo de sus ojos», y diciéndome que me daba apenas diez minutos para desayunar, tocó la campanita. Contestó uno de los criados recién contratados, un lacayo.

—¿Está preparando John el carruaje?

—Sí, señor.

—¿Han bajado el equipaje?

—Lo están bajando ahora, señor.

—Vete a la iglesia para ver si están allí el señor Wood, el clérigo, y el sacristán, y luego ven a decírmelo.

La iglesia, como ya sabe el lector, estaba junto a las puertas de entrada; volvió enseguida el lacayo.

—El señor Wood está en la sacristía, señor, poniéndose la sobrepelliz.

—¿Y el carruaje?

—Están enjaezando los caballos.

—No nos hará falta para ir a la iglesia, pero debe estar preparado para el momento de nuestro regreso, con todas las cajas y baúles colocados y atados y el cochero en el pescante.

—Sí, señor.

—Jane, ¿estás lista?

Me levanté. No había testigos, ni damas de honor, ni familiares a los que acompañar y acomodar, nadie más que el señor Rochester y yo. La señora Fairfax estaba de pie en el vestíbulo cuando pasamos por allí. Hubiera querido hablar con ella, pero me detuvo una mano férrea agarrada a la mía; me impulsó adelante a una velocidad que apenas podía mantener; y mirarle la cara al señor Rochester era convencerse de que no se iba a tolerar, bajo ningún pretexto, ni un segundo de retraso. Me pregunto si ha habido alguna vez otro novio con semejante aspecto: tan decidido y resuelto, con unos ojos tan llameantes y fogosos bajo las cejas inmutables.

No sé si hacía buen tiempo o malo; bajando por la calzada, no miré ni el cielo ni la tierra; mi corazón acompañaba mis ojos, y tanto uno como otros parecían estar fijos en la figura del señor Rochester. Quería averiguar sobre qué cosa invisible dirigía esa mirada feroz y siniestra. Quería sentir los pensamientos con los que parecía enfrentarse y luchar.

Se detuvo en el portillo del cementerio; se dio cuenta de que yo estaba totalmente sin aliento.

—¿Soy cruel, mi amor? —dijo—. Tómate unos instantes, apóyate en mí, Jane.

Y ahora recuerdo la imagen de la vieja casa de Dios de color grisáceo que se alzaba tranquila ante mí, de un grajo que revoloteaba en torno al campanario, y de un rojo cielo matutino más allá. También recuerdo algo de los montículos verdes de las sepulturas; y no he olvidado las figuras de dos desconocidos que deambulaban entre los túmulos y leían los recordatorios grabados en las escasas lápidas manchadas de musgo. Me fijé en ellos porque, cuando nos vieron, se dirigieron a la parte de atrás de la iglesia, y estaba segura de que iban a entrar por la puerta lateral para presenciar la ceremonia. El señor Rochester no los vio, pues escudriñaba ansioso mi rostro, momentáneamente exangüe, supongo, porque sentía la frente húmeda y las mejillas y los labios fríos. Cuando me repuse, cosa que sucedió enseguida, caminó despacio conmigo por el sendero que llevaba al porche.

Entramos en el sencillo templo silencioso; el clérigo nos esperaba con su sobrepelliz blanca ante el modesto altar, con el sacristán a su lado. Todo estaba inmóvil; solo se movían dos sombras en un rincón apartado. Mi conjetura fue correcta: los forasteros se habían deslizado dentro antes que nosotros y se encontraban junto a la cripta de los Rochester, dándonos la espalda, examinando a través de las rejas la vieja tumba de mármol, manchada por los años, donde un ángel arrodillado vigilaba los restos de Damer de Rochester, muerto en el páramo de Marsden en la época de las guerras civiles, y de su esposa, Elizabeth.

Ocupamos nuestros puestos en el comulgatorio. Al oír a mi espalda un paso cauteloso, miré por encima del hombro: uno de los forasteros, aparentemente un caballero, avanzaba por el presbiterio. Empezó la ceremonia. Se llevó a cabo la explicación de nuestro propósito de casarnos; el clérigo se adelantó un paso hacia nosotros e, inclinándose levemente hacia el señor Rochester, prosiguió:

—Os requiero y demando a ambos, según contestaréis en el terrible día del juicio Final, cuando se revelarán los secretos de todos los corazones, que si alguno de vosotros sabéis de algún impedimento por el que no podáis ser unidos en santo matrimonio,

que lo confeséis ahora; porque sabed que todos aquellos que están unidos fuera de las leyes de Dios, ni están casados a los ojos de Dios ni ante la ley.

Hizo una pausa, de acuerdo con la costumbre. ¿Alguna vez se rompe la pausa que sigue a esta frase? Probablemente menos de una vez cada cien años. El clérigo, que no había apartado los ojos de su libro y había callado apenas un momento, iba a continuar, ya extendía la mano para señalar al señor Rochester mientras despegaba los labios para preguntar: «¿Quieres tomar a esta mujer como tu legítima esposa?» cuando se oyó decir a una voz clara y cercana:

—El matrimonio no puede continuar: declaro que existe un impedimento.

El clérigo miró al que hablaba y se quedó callado; el sacristán, lo mismo; el señor Rochester se tambaleó levemente, como si hubiera estallado un terremoto bajo sus pies. Afianzando enseguida los pies en el suelo, y sin volver la cabeza o los ojos, dijo:

—Prosiga.

Un silencio profundo siguió a esa palabra, pronunciada con entonación grave y queda. Un poco después, el señor Wood dijo:

—No puedo proseguir sin investigar lo que se ha alegado y saber si es verdadero o falso.

—La ceremonia ha de suspenderse definitivamente —añadió la misma voz—. Estoy en situación de demostrar mi alegación: existe un impedimento insuperable para que se lleve a cabo este matrimonio.

El señor Rochester lo oyó, pero hizo caso omiso; se mantuvo obstinado y erguido, sin más movimiento que el de apresarme la mano. ¡Con qué fuerza me agarró su mano ardiente! ¡Parecía esculpido en mármol su rostro firme, pálido y ancho en ese momento! ¡Cómo le brillaban los ojos, inmóviles, aunque vigilantes y enloquecidos!

El señor Wood no sabía cómo proceder.

—¿Cuál es la naturaleza del impedimento? —preguntó—. Puede que tenga una explicación que lo aclare.

—Difícilmente —fue la respuesta—. He dicho que es insuperable, y hablo con conocimiento de causa.

Avanzó el que había hablado y se apoyó en la barandilla. Continuó pronunciando cada palabra clara, tranquila y firmemente sin levantar la voz.

—Consiste simplemente en la existencia de un matrimonio previo: el señor Rochester tiene una esposa viva.

Estas palabras quedas hicieron vibrar mis nervios como nunca lo hubieran hecho los truenos; mi sangre reaccionó a su sutil violencia como nunca hubiera reaccionado al frío ni al fuego; pero estaba serena, sin riesgo de desvanecerme. Miré al señor Rochester y lo obligué a mirarme a mí. Su rostro parecía de granito incoloro; sus ojos pétreos echaban chispas. No negó nada; tenía aspecto de desafiarlo todo. Sin hablar, sin sonreír, sin aparentar verme como un ser humano, me rodeó la cintura con el brazo y me clavó a su lado.

—¿Quién es usted? —preguntó al intruso.

—Me llamo Briggs y soy abogado de la calle…, en Londres.

—¿Y quiere adjudicarme una esposa?

—Quiero recordarle la existencia de su esposa, señor, que la ley reconoce, aunque usted no quiera reconocerla.

—Haga el favor de darme los datos… de decirme su nombre, los detalles de su familia, su lugar de residencia.

—Por supuesto —y el señor Briggs sacó tranquilamente un papel del bolsillo y leyó con una especie de tono nasal y oficial:

«Afirmo y puedo demostrar que el día 20 de octubre de 18… (una fecha de quince años atrás) Edward Fairfax Rochester de Thornfield Hall, del condado de…, y de Ferndean Manor, del condado de…, Inglaterra, contrajo matrimonio con mi hermana, Bertha Antoinetta Mason, hija de Jonas Mason, comerciante, y de su esposa criolla Antoinetta, en la iglesia…, Puerto España, Jamaica. El certificado de matrimonio se encuentra en el registro de dicha

iglesia, y obra en mi poder una copia del mismo. Firmado, Richard Mason».

—Ese documento, si es auténtico, puede demostrar que he estado casado, pero no demuestra que la mujer mencionada en él como mi esposa aún vive.

—Vivía hace tres meses —contestó el abogado.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo un testigo del hecho, cuyo testimonio ni siquiera usted puede refutar.

—Tráigalo, o váyase al infierno.

—Lo traeré primero, está aquí: señor Mason, haga el favor de adelantarse.

Al oír el nombre, el señor Rochester apretó los dientes; lo sacudió también una especie de escalofrío convulsivo. Como me hallaba cerca de él, sentí recorrer su cuerpo un movimiento espasmódico de ira o desesperación. Se acercó el otro forastero, que se había mantenido hasta ese momento en segundo término; se asomó un rostro pálido por encima del hombro del abogado: sí, era Mason. El señor Rochester se giró y lo miró furibundo. Sus ojos, como he dicho a menudo, eran pardos; ahora tenían un destello leonado en su negrura, y se sonrojó: sus mejillas atezadas y su frente pálida se tiñeron de un fulgor que parecía salir de su corazón y extenderse por todo su ser. Se movió, levantó el brazo fornido; hubiera podido golpear a Mason y aplastarlo contra el suelo de la iglesia, extinguiendo el aliento de su cuerpo con un puñetazo despiadado, pero Mason se encogió y gritó débilmente: «¡Dios mío!». El señor Rochester se llenó de frío desprecio y murió su arrebato como si lo hubiera consumido una plaga; solo preguntó:

—¿Qué tienes que decirme?

Una respuesta inaudible salió de los blancos labios de Mason.

—Es cosa del diablo si no puedes contestar de forma clara. Te pregunto otra vez, ¿qué tienes que decir?

—Señor, señor —interrumpió el clérigo—, no olvide que está usted en un lugar sagrado. —Y dirigiéndose a Mason, inquirió

suavemente—: ¿Tiene usted constancia, señor, de que siga viva la esposa de este señor?

—¡Valor! —dijo el abogado— ¡hable!

—Vive actualmente en Thornfield Hall —dijo Mason con tono más coherente—; la vi allí el pasado abril. Yo soy su hermano.

—¡En Thornfield Hall! —exclamó el clérigo—. ¡Imposible! Yo resido desde hace mucho tiempo en esta zona, señor, y nunca he oído hablar de que hubiese una señora Rochester en Thornfield Hall.

Vi como una amarga mueca distorsionó la boca del señor Rochester, que murmuró:

—¡No, por Dios! Me cuidé de que no la conociera nadie, por lo menos bajo ese título. —Se quedó pensativo durante diez minutos; luego tomó una resolución y dijo:

—Basta; salgamos todos de aquí como balas disparadas. Wood, cierre su libro y quítese la sobrepelliz. John Green —al sacristán—, abandone la iglesia; hoy no habrá boda. —Este le obedeció.

Continuó severo y precipitado el señor Rochester:

—¡La bigamia es una palabra fea! No obstante, yo iba a ser bígamo, pero me ha vencido el destino, o me ha frenado la Providencia, quizás esto último. En este momento no soy mucho mejor que un diablo, y, como me diría el pastor, merecedor sin duda del juicio implacable de Dios, incluso del fuego eterno y del gusano inmortal. ¡Caballeros, se me ha frustrado el plan! Es cierto lo que dicen este abogado y su cliente: me casé, y aún vive la mujer con la que me casé. Dice que nunca ha oído hablar de una tal señora Rochester en la casa de allá arriba, Wood, pero me extrañaría que no haya escuchado frecuentes chismorreos sobre la loca misteriosa a quien se guardaba y vigilaba allí. Algunos le habrán susurrado que es mi hermanastra bastarda; otros, una querida desechada; pues ahora yo le informo que es mi esposa, con la que me casé hace quince años, cuyo nombre es Bertha Mason; hermana de este individuo resuelto que le demuestra ahora, con el cuerpo tembloroso y el semblante exangüe, de qué pasta están hechos algunos

hombres. ¡Anímate, Dick! ¡No me tengas miedo! Antes golpearía a una mujer que a ti. Bertha Mason está loca, y procede de una familia de locos: ¡tres generaciones de idiotas y dementes! Su madre, la criolla, ¡fue alcohólica además de loca! como descubrí después de casarme con la hija, pues antes había sido un secreto de familia. Bertha, como hija obediente, imitó a su madre en ambas cuestiones. Tenía yo una pareja encantadora, pura, sensata y recatada: ya pueden imaginarse que era un hombre feliz. ¡Qué escenas tuve que presenciar! ¡Oh, qué divina experiencia, si pudieran comprenderlo! Pero no les debo más explicaciones. Briggs, Wood, Mason, los invito a todos a venir a la casa para visitar a la paciente de la señora Poole: ¡mi esposa! Verán ustedes con qué clase de mujer me embaucaron para que me desposase, y juzgarán si tenía derecho a romper el compromiso y buscar consuelo en un ser cuando menos humano. Esta joven —continuó, mirándome— no sabía más que usted, Wood, del secreto repugnante. Ella creía que todo era legal y justo, y no sospechó que la iban a atrapar en un matrimonio fraudulento con un hombre desengañado, ya unido a una pareja malvada, loca y embrutecida. ¡Vengan, síganme todos ustedes!

Aún sujetándome con fuerza, salió de la iglesia, con los tres caballeros detrás. Vimos el carruaje en la puerta principal de la casa.

—Devuélvelo a la cochera, John —dijo el señor Rochester con frialdad—; hoy no nos hará falta.

Al entrar, se adelantaron para recibirnos y saludarnos la señora Fairfax, Adèle, Sophie y Leah.

—¡Derecha, marchen, todo el mundo, ar! —gritó el amo—. ¡Nada de felicitaciones! ¿A quién le hacen falta? ¡A mí, no! llegan quince años tarde.

Siguió adelante y subió las escaleras, todavía cogido de mi mano, haciendo gestos a los caballeros de que lo siguieran. Subimos el primer tramo, pasamos por la galería y continuamos hasta el tercer piso. El señor Rochester abrió con su llave la puerta

baja y negra y entramos en el cuarto tapizado, con su gran cama y su espléndida vitrina.

—Tú conoces ya el sitio, Mason —dijo nuestro guía—; aquí es donde te mordió y apuñaló.

Alzó los tapices de la pared y reveló la segunda puerta, que también abrió. En una habitación sin ventanas ardía un fuego, protegido por un guardafuegos alto y fuerte, y una lámpara pendía del techo por medio de una cadena. Grace Poole estaba doblada sobre la chimenea, aparentemente guisando alguna cosa en una cacerola. En la penumbra del otro extremo del cuarto, corría de un lado a otro una forma. Si era humana o animal, a primera vista no se podía distinguir; se arrastraba a cuatro patas, manoteando y gruñendo como un extraño animal salvaje, pero estaba cubierta de ropas, y una mata de cabello oscuro y enmarañado como una melena de león ocultaba el rostro.

—Buenos días, señora Poole —dijo el señor Rochester—. ¿Cómo está usted? ¿y cómo está su paciente?

—Vamos pasando, señor, gracias —respondió Grace, colocando el mejunje hirviente en la repisa de la chimenea—, está algo respondona, pero no violenta.

Un feroz chillido vino a desmentir su informe favorable. Se alzó la hiena vestida y se irguió sobre las patas traseras.

—¡Vaya, señor, lo ha visto! —exclamó Grace—; más vale que no se quede.

—Solo unos momentos, Grace, debe permitirme unos momentos.

—¡Pues tenga cuidado, señor! ¡Por el amor de Dios, tenga cuidado!

Bramó la loca, se apartó de la cara las greñas enredadas y contempló a sus visitantes con fiereza. Reconocí en el acto el rostro lívido y los rasgos hinchados. Se adelantó la señora Poole.

—Quítese de en medio —dijo el señor Rochester, empujándola a un lado—: no tiene cuchillo, supongo, y estoy sobre aviso.

—No se puede saber qué tiene, señor. Es tan astuta que no hay alma mortal que entienda sus mañas.

—Mejor será que la dejemos —susurró Mason.

—¡Vete al diablo! —sugirió su cuñado.

—¡Cuidado! —gritó Grace. Los tres caballeros se echaron atrás al instante. El señor Rochester me lanzó detrás de él; la lunática saltó, lo cogió con saña del cuello y le hincó los dientes en la mejilla: lucharon. Era una mujer grande, casi tan alta como su marido, y además corpulenta. En la lucha, hizo gala de una fortaleza masculina y más de una vez estuvo a punto de estrangularlo, aunque era un hombre fornido. Él habría podido derribarla con un golpe bien dado, pero no quiso pegarla y solo forcejeó con ella. Al final, pudo atraparle los brazos, Grace Poole le dio una cuerda y él le ató las manos a la espalda. Con otra cuerda que encontró, la amarró a una silla. Esta operación se llevó a cabo entre gritos espantosos y arrebatos convulsivos. Después, se volvió el señor Rochester a los espectadores y los observó con una sonrisa a la vez mordaz y afligida.

—Esta es mi esposa —dijo—. ¡Este es el único abrazo conyugal que me corresponde, estas son las caricias que me consuelan en mis horas de ocio! Y esta es la que yo quería —poniéndome la mano en el hombro—: esta joven que se mantiene tan seria y tranquila en la boca del infierno, mirando sosegada las cabriolas de un demonio. Yo la quería en lugar de la fiera lunática. ¡Vean la diferencia, Wood y Briggs! Comparen estos ojos francos con los globos enrojecidos de la otra, este rostro con aquella máscara, esta figura con aquella masa, y después, júzguenme, clérigo de las Escrituras y hombre de leyes, y recuerden que ¡tal como juzguen, así serán juzgados! Váyanse ya. Debo encerrar mi trofeo.

Nos retiramos todos. El señor Rochester se quedó un momento para dar más órdenes a Grace Poole. Se dirigió a mí el abogado mientras bajamos la escalera.

—Usted, señora —dijo—, está libre de toda culpa. Se alegrará de saberlo su tío, si es que aún vive cuando regrese a Madeira el

señor Mason.

—¡Mi tío! ¿Qué sabe usted de él? ¿Lo conoce?

—Lo conoce el señor Mason; el señor Eyre es el representante de su casa de Funchal desde hace algunos años. En el momento en que su tío recibió su carta comunicándole su inminente boda con el señor Rochester, dio la casualidad de que se encontraba con él el señor Mason, que se hallaba en Madeira recuperándose antes de emprender el camino de regreso a Jamaica. El señor Eyre le comentó el suceso, pues sabía que mi cliente conocía a un caballero apellidado Rochester. El señor Mason, atónito y angustiado, como puede usted imaginar, le reveló la verdadera situación. Su tío, siento informarle, padece una enfermedad de la que, por su naturaleza y su estado avanzado, es poco probable que se recupere. No pudo personarse en Inglaterra para sacarla de la trampa en la que había caído, por lo que le rogó al señor Mason que evitase que se llevara a cabo el falso matrimonio sin pérdida de tiempo. Le dijo que acudiera a mí en busca de ayuda. Me puse en movimiento enseguida y me alegro de no haber llegado tarde, y estoy seguro de que usted también se alegra. Si no tuviese el convencimiento moral de que su tío habrá muerto antes de que llegue usted a Madeira, le aconsejaría que acompañase al señor Mason en su regreso. Pero tal como están las cosas, creo que debe permanecer en Inglaterra hasta que tenga más noticias del señor Eyre. ¿Hemos de atender a alguna cosa más? —le preguntó al señor Mason.

—No; vámonos —fue la respuesta nerviosa, y sin esperar a despedirse del señor Rochester, salieron por la puerta principal. El clérigo se quedó para intercambiar algunas observaciones, o de advertencia o de repulsa, con su altivo feligrés, y después de cumplir con esta obligación, él también se marchó.

Le oí salir mientras me hallaba junto a la puerta entreabierta de mi cuarto, adonde me había retirado. Una vez se hubieron marchado todos, me encerré, echando el cerrojo para que no me estorbase nadie, y me puse, no a llorar ni a lamentarme, pues aún

estaba serena, sino a quitarme el vestido de novia y a reemplazarlo por el de paño que hubiera llevado el día anterior, creía que por última vez. Luego me senté, sintiéndome débil y cansada. Apoyé los brazos en la mesa, y la cabeza sobre ellos. Y me puse a pensar: hasta este momento solo había oído, visto, caminado para arriba y abajo adonde me llevaban o arrastraban, y observado cómo un acontecimiento sucedía a otro y una revelación tras otra se descubría. Ahora, me puse a pensar.

La mañana había sido bastante tranquila, salvo el incidente breve con la loca. Los procedimientos de la iglesia no fueron ruidosos, no hubo estallidos de pasión, ni altercaciones escandalosas, ni disputas, ni desafíos ni retos, ni lágrimas ni sollozos. Se intercambiaron unas palabras, se pronunciaron serenamente unos reparos al matrimonio, el señor Rochester hizo unas preguntas cortas y austeras, se dieron respuestas, explicaciones y testimonios; mi señor reconoció abiertamente la verdad, después vimos la prueba viviente de ella; se marcharon los intrusos, y ya había acabado todo.

Estaba en mi propio cuarto como de costumbre, yo misma, sin ningún cambio evidente. Nada me había golpeado, ni dañado, ni mutilado. Sin embargo, ¿dónde estaba la Jane Eyre de ayer? ¿dónde estaba su vida? ¿dónde estaba su futuro?

Jane Eyre, que había sido una mujer ardiente e ilusionada, casi una novia, era nuevamente una joven solitaria y fría, con una vida anodina y un futuro desolado. En pleno verano había caído una helada navideña; una tormenta de nieve de diciembre se había cernido sobre el mes de junio; las manzanas maduras estaban heladas, las rosas florecidas estaban aplastadas por la nieve; un manto gélido cubría los campos de heno y maíz; los senderos que anoche presumían del derroche de flores hoy estaban ocultos por la nieve virgen; los bosques, doce horas antes frondosos y fragantes como arboledas tropicales, se extendían ahora salvajes y abatidos como bosques de pino en el invierno de Noruega. Se habían desvanecido mis esperanzas, heridas de muerte por el destino, tal

como les ocurrió una noche a todos los recién nacidos de Egipto[45]. Contemplé los deseos que había alimentado, ayer tan lozanos y florecientes: yacían tiesos, fríos y lívidos, como cadáveres imposibles de resucitar. Contemplé mi amor, ese sentimiento que pertenecía a mi amo, que él había creado: se estremeció dentro de mi corazón, como un niño doliente en una fría cuna, apresado por la enfermedad y la angustia; no podía ir en busca de los brazos del señor Rochester, no podía encontrar el calor de su seno. Nunca más podía acudir a él. ¡Se había malogrado la fe y destrozado la confianza! El señor Rochester no era lo que había sido para mí, porque no era lo que había creído que era. No estaba dispuesta a imputarle ninguna falta ni reconocer que me había traicionado, pero su imagen había perdido la impresión de veracidad intachable, y yo debía huir de su lado; de eso estaba segura. No sabía aún cuándo, cómo ni adónde, pero no tenía duda de que él mismo me apartaría de Thornfield. Se me ocurrió que no podía sentir verdadero afecto por mí; debía de ser una pasión caprichosa, y ahora que se había desbaratado, no querría tenerme con él. Y a mí me daría miedo cruzarme con él, porque le sería odioso verme. ¡Qué ciegos habían sido mis ojos! ¡Qué débil mi conducta!

Mis ojos se cerraron en unos remolinos de penumbra que parecía flotar alrededor, y mis reflexiones acudían negras y confusas. Desalentada, abatida y sin fuerzas, tenía la impresión de haberme tumbado en el lecho seco de un gran río. Oí la crecida a lo lejos en las montañas y sentí la llegada del torrente; era incapaz de levantarme para huir. Me quedé desfallecida, deseando la muerte. Una sola idea latía con vida dentro de mí: el recuerdo de Dios, que dio a luz una oración muda; estas palabras vagaron por mi mente tenebrosa, queriendo ser pronunciadas, pero no hallé la fuerza necesaria:

«No te alejes de mí, porque me asedian las penas y nadie me puede ayudar»[46].

Estas estaban a punto de llegar, y como no había pronunciado la plegaria que hubiera podido ahuyentarlas, como no había juntado

las manos, ni me había hincado de rodillas, ni había movido los labios, llegaron: el torrente me envolvió con una oleada arrebatadora. Toda la conciencia de mi vida desamparada, de mi amor perdido, de mis esperanzas ahogadas, de mi fe herida de muerte, se cernió poderosa sobre mí en una masa sombría. No hay palabras para describir aquella hora amarga; de hecho, «las aguas inundaron mi alma, caí en un profundo cenagal, no hacía pie, alcancé las aguas profundas; me envolvió la riada»[47].

Volumen III

Capítulo I

En algún momento de la tarde, levanté la cabeza y, mirando alrededor, vi el reflejo del ocaso del sol en la pared y me pregunté: «¿Qué voy a hacer?».

Pero la respuesta de mi mente, «Sal enseguida de Thornfield», fue tan tajante y tan odiosa que me taponé los oídos: me dije que no podía soportar tales palabras en aquel momento. «El que no sea la esposa de Edward Rochester es el menor de mis males —afirmé—, y el haberme despertado de un sueño magnífico es un espanto que podría tolerar y dominar; pero el tener que abandonarlo sin remedio, absolutamente y para siempre es insoportable y no puedo resistirlo».

Pero en ese momento proclamó una voz dentro de mí que podía hacerlo, y predijo que lo haría. Luché contra mi propia firmeza: quería ser débil para eludir el terrible camino de sufrimientos que veía abrirse ante mí; mi conciencia, convertida en tirana, había agarrado de la garganta la pasión y le decía, burlona, que de momento solo había sumergido su delicado pie en el barro, y le juró que la hundiría en profundidades insondables de dolor con su brazo de hierro.

«¡Que me saquen de aquí, entonces! —grité—. ¡Que otro me socorra!».

«No, has de salir tú misma; nadie te ayudará; tú misma te arrancarás el ojo derecho, tú misma te cortarás la mano derecha. Tu corazón será la víctima, y tú el sacerdote que lo traspase».

Me levanté de pronto, espantada por la soledad perturbada por este juez cruel y por el silencio invadido por su voz tan detestable. Allí de pie, me daba vueltas la cabeza; me di cuenta de que me estaba poniendo enferma de agitación e inanición; no había ingerido ni comida ni bebida aquel día, pues no había desayunado. Y caí en la cuenta, con extraña angustia, de que, en todo el tiempo que llevaba encerrada allí, no me habían mandado ningún mensaje para preguntar cómo me encontraba ni para invitarme a bajar; ni siquiera la señora Fairfax había ido a buscarme. «Los amigos olvidan siempre a los desamparados por la fortuna», murmuré al correr el cerrojo para salir. Tropecé con un obstáculo; estaba aún mareada, veía borroso y tenía el cuerpo debilitado. No pude enderezarme; caí, pero no llegué al suelo; me agarró un brazo extendido; levanté la vista: me sostenía el señor Rochester, que estaba sentado en una silla en la puerta de mi cuarto.

—Por fin sales —dijo—. Llevo mucho tiempo esperándote y escuchando, pero no he oído ni un movimiento ni un sollozo. Si ese silencio fúnebre hubiese seguido cinco minutos más, habría forzado la cerradura como un ladrón. Conque me evitas, o ¿es que te encierras para llorar a solas? Habría preferido que vinieras a recriminarme a la cara. Eres apasionada, y esperaba algún tipo de escena. Estaba preparado para un torrente de lágrimas cálidas, pero quería que las vertieras sobre mi pecho, y han ido a caer sobre el suelo insensible o tu pañuelo empapado. Pero me equivoco: ¡no has llorado en absoluto! Veo la cara blanca y los ojos cansados, pero ¡no hay huella de lágrimas! ¿He de suponer, entonces, que tu corazón ha llorado sangre?

»Bien, Jane, ¿ni una palabra de reproche? ¿Ni una palabra amarga, ni una palabra mordaz? ¿Ni una palabra para herir mis sentimientos o incitar mi pasión? Te quedas ahí sentada donde te he depositado y me contemplas con mirada fatigada y pasiva.

»Jane, jamás pretendí herirte de esta manera. Si el hombre que poseía solo una corderita[48] que quería como a una hija, que comía su pan, bebía en su taza y se acurrucaba contra su pecho, la

hubiera sacrificado por equivocación en la matanza, no lamentaría su error cruento más de lo que yo lamento ahora el mío. ¿Me perdonarás alguna vez?

Lector, le perdoné al instante, allí mismo. Había en sus ojos un remordimiento tan profundo, en su tono tanta lástima y en su porte una energía tan varonil; además, vi en su semblante una mirada de amor tan inalterado, que se lo perdoné todo, aunque no lo manifesté con palabras ni di señal de ello; le perdoné en el fondo de mi corazón.

—¿Sabes que soy un canalla, Jane? —preguntó melancólicamente poco después, extrañado, supongo, por mi silencio prolongado y mi docilidad, resultado más de la debilidad que de la voluntad.

—Sí, señor.

—Entonces dímelo sin rodeos; no me compadezcas.

—No puedo: estoy enferma y agotada. Quiero agua. —Dio un suspiro y se estremeció y, cogiéndome en brazos, me llevó abajo. Al principio no sabía a qué habitación me había llevado, porque todo aparecía como nublado ante mis ojos fatigados. Al rato noté el calor vivificante de un fuego, porque a pesar de ser verano, me había quedado helada en mi cuarto. Me puso una copa de vino en los labios; lo probé y me reanimó; después comí algo que me ofreció y me sentí volver a la vida. Estaba en la biblioteca, sentada en su butaca, y él estaba cerca. «Si pudiera abandonar la vida ahora, sin demasiada angustia, me iría contenta —pensé—; no tendría que hacer el esfuerzo de romperme el corazón al apartarme del señor Rochester. Parece ser que debo dejarlo. No quiero dejarlo… no puedo dejarlo…».

—¿Cómo te encuentras ahora, Jane?

—Mucho mejor, señor; pronto estaré perfectamente.

—Toma otro sorbo de vino.

Le obedecí. Luego puso el vaso sobre la mesa y se colocó delante de mí, mirándome con atención. De repente, se giró con una exclamación confusa, llena de algún tipo de emoción apasionada.

Cruzó rápidamente la habitación y después volvió, inclinándose sobre mí como si me fuera a besar. Pero recordé que ahora estaban prohibidas las caricias. Desvié mi cara y aparté la suya.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —exclamó bruscamente—. ¡Ya lo sé! No quieres besar al marido de Bertha Mason. Crees que ya tengo los brazos ocupados y que mis caricias tienen dueña.

—En cualquier caso, no tengo ni lugar ni derechos aquí, señor.

—¿Por qué, Jane? Te ahorraré la molestia de hablar demasiado; yo contestaré por ti: porque ya tengo esposa, dirás. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Si piensas así, debes de tener de mí una opinión curiosa; debes de considerarme un libertino maquinador, un calavera ruin y rastrero que ha fingido amarte para cogerte en una trampa puesta con intención, para robarte la honra y despojarte de tu amor propio. ¿Qué dices a eso? Veo que no puedes decir nada; en primer lugar, estás desfallecida todavía y te cuesta incluso respirar; en segundo lugar, aún no te has hecho a la idea de insultarme y recriminarme y, además, se han abierto las compuertas de las lágrimas, que saldrán a chorro si hablas mucho y no tienes ganas de protestar, reprochar ni armar escándalo: piensas en cómo *actuar*, y crees que *hablar* no sirve de nada. Te conozco y estoy sobre aviso.

—Señor, no quiero tomar medidas contra usted —dije, y los temblores de mi voz me advirtieron que abreviara mis palabras.

—No como *tú* entiendes la expresión, pero tal como yo la entiendo, estás tramando destrozarme. Has venido a decir que soy un hombre casado, y como casado me rehuirás, te mantendrás alejada de mí; acabas de negarte a besarme. Pretendes ser una extraña para mí, vivir bajo este techo simplemente como la institutriz de Adèle. Si alguna vez te dedico una palabra amable, si alguna vez sientes amistad hacia mí, te dirás: «Este hombre casi me convirtió en su amante; debo ser de hielo y piedra con él», y, en consecuencia, te convertirás en hielo y piedra.

Aclaré la voz y me calmé antes de responder:

—Toda mi situación ha cambiado, señor, y yo también debo cambiar, de eso no cabe duda, y para evitar los cambios de ánimo y las luchas constantes con los recuerdos y las alusiones, solo existe una solución: hay que buscarle una nueva institutriz a Adèle, señor.

—Bien, pues Adèle irá a la escuela; eso ya está decidido, y no pienso atormentarte con los recuerdos y las asociaciones odiosas de Thornfield Hall, este lugar maldito, esta tienda de Acán[49], esta cripta irreverente que clama al cielo con el horror de la muerte en vida, este estrecho infierno de roca con su arpía real, peor que una legión de monstruos imaginarios. No te quedarás aquí, Jane, ni yo tampoco. Hice mal al traerte a Thornfield Hall, sabiendo qué fantasma lo frecuentaba. Les encargué a todos, incluso antes de verte, que te ocultaran cualquier conocimiento de la maldición de este lugar, solo porque creía que no se quedaría ninguna institutriz para Adèle si sabía con quién compartía la casa. Por otra parte, mis planes no me permitían trasladar a la loca a otro sitio, aunque tengo una vieja casa, Ferndean Manor, más recóndita y apartada aún que esta, donde la habría podido alojar sin peligro, de no haber sido por un escrúpulo sobre la salubridad de su ubicación, en medio de un bosque, que hizo que mi conciencia la rechazara por inadecuada. Es probable que la humedad de sus paredes me hubieran liberado bien pronto de la carga; pero a cada villano su vicio, y el mío no es una tendencia al asesinato indirecto, ni siquiera de lo que más aborrezco.

»Sin embargo, ocultarte la proximidad de la loca fue algo semejante a cubrir con una capa a un niño y colocarlo junto a un árbol venenoso. La proximidad de ese demonio está envenenada y siempre lo ha estado. Pero haré cerrar Thornfield Hall; fijaré con clavos la puerta principal y pondré tablas en las ventanas de abajo. Le daré doscientas libras al año a la señora Poole por vivir aquí con mi esposa, como llamas a esa arpía horrenda. Grace haría cualquier cosa por dinero, y puede tener aquí a su hijo, guarda del sanatorio de Grimsby, para hacerle compañía y estar a mano para ayudarla

durante los ataques, cuando a *mi esposa* le dé por quemar a las personas, o apuñalarlas y morderlas, por la noche en sus camas.

—Señor —lo interrumpí—, es usted inexorable con la pobre desgraciada, habla de ella con odio, con una antipatía vengativa. Es cruel: ella no tiene la culpa de estar loca.

—Jane, amor mío, así te llamaré porque es lo que eres, no sabes lo que dices; me vuelves a juzgar mal: no la odio porque esté loca. Si tú estuvieras loca, ¿crees que te odiaría?

—Desde luego que sí, señor.

—Pues estás equivocada y no sabes nada de mí ni de la clase de amor de la que soy capaz. Quiero a cada átomo de tu ser tanto como al mío propio; aunque estuviera dolorido o enfermo, seguiría queriéndolo. Tu inteligencia es mi tesoro y, aunque se rompiese, seguiría siendo mi tesoro. Si estuvieras desvariando, te sujetaría con mis brazos y no con una camisa de fuerza. Tu tacto, incluso en el delirio, tendría encanto para mí. Si me atacaras tan salvajemente como esa mujer esta mañana, te cogería en un abrazo tanto de cariño como de ganas de sujetarte. No me apartaría asqueado como de ella; en tus ratos tranquilos, sería yo tu único enfermero, y me quedaría vigilándote con una ternura inagotable, aunque ni siquiera me sonrieses en recompensa, y no me cansaría nunca de mirarte a los ojos, aunque ya no me reconocieran en absoluto. Pero ¿por qué sigo con este hilo de pensamientos? Hablaba de sacarte de Thornfield. Como sabes, todo está dispuesto para tu marcha; te irás mañana. Solo te pido que aguantes una noche más bajo este techo, Jane, y después ¡adiós para siempre a sus tristezas y miedos! Tengo un lugar adonde acudir, que servirá de santuario seguro contra los malos recuerdos y la intrusión inoportuna, e incluso contra la mentira y la calumnia.

—Llévese a Adèle, señor —interrumpí—; le hará compañía.

—¿Qué quieres decir, Jane? Te he dicho que voy a enviar a Adèle a la escuela. ¿Y para qué iba a querer de compañera a una niña, que ni siquiera es mi propia hija, sino la bastarda de una

bailarina francesa? ¿Por qué me fastidias hablando de ella? Dime, ¿por qué me asignas a Adèle como compañera?

—Ha hablado usted del retiro, señor, y el retiro y la soledad son aburridos, demasiado para usted.

—¡Soledad, soledad! —repitió, irritado—. Veo que debo explicarme. No sé qué clase de expresión de esfinge tiene tu semblante. Tú vas a compartir mi soledad, ¿entiendes?

Negué con la cabeza. Hacía falta cierta dosis de valor para arriesgarse siquiera con esa señal muda de desacuerdo, ya que él se estaba poniendo muy nervioso. Estaba paseando de un lado a otro de la habitación, y se detuvo, como clavado al suelo. Me contempló intensamente durante largo rato, y yo aparté la mirada, que fijé en la chimenea, y procuré adoptar y sostener un aire sereno.

—Ya salió la objeción del carácter de Jane —dijo por fin, hablando con más sosiego de lo que esperaba por su aspecto—. Hasta ahora, el carrete de seda se ha ido desenrollando sin tropiezos, pero sabía que habría un nudo y un enredo, y aquí está. ¡Ahora vienen los disgustos, el enojo y los problemas sin fin! ¡Dios mío! Me gustaría tener solo un ápice de la fuerza de Sansón para romper el hilo como si fuera estopa.

Empezó a caminar de nuevo, pero se paró enseguida delante de mí.

—Jane, ¿quieres atender a razones? —se calló y acercó sus labios a mi oído— porque, si no, haré uso de la violencia. —Tenía la voz ronca y la mirada de un hombre que está a punto de romper unas ligaduras insoportables para lanzarse de cabeza al desenfreno. Me di cuenta de que en un momento más, con un arranque más de locura, no podría hacer nada con él. El momento presente, el segundo que pasaba, era todo el tiempo que tenía para controlarlo y refrenarlo; un momento de repulsa, huida o miedo habría significado mi perdición, y la suya. Pero no tenía miedo en absoluto. Sentía una fortaleza interior, una sensación de poder que me daba fuerzas. Era una crisis peligrosa, pero no sin encanto, semejante, quizás, a lo que siente un indio al bajar por los rápidos

en su canoa. Le cogí de la mano, apretada en puño, solté los dedos agarrotados y le dije con voz suave:

—Siéntese; le hablaré todo el tiempo que quiera, y oiré todo lo que tenga que decir, sea razonable o no.

Se sentó pero no le di permiso para hablar todavía. Yo llevaba un rato luchando con el llanto que me había esforzado por reprimir, porque sabía que no le gustaría verme llorar. Ahora, sin embargo, decidí dejar manar las lágrimas tan libremente como quisieran. Si le molestaban, tanto mejor. Así que me dejé llevar, y lloré de todo corazón.

Poco después oí que me rogaba que me dominase, y le dije que no podía si él seguía tan alterado.

—Pero no estoy enfadado, Jane. Es solo que te quiero demasiado, y habías endurecido tanto tu carita con una mirada resuelta y fría que no podía soportarlo. Calla, pues, y sécate las lágrimas.

Su voz dulce me indicó que se había serenado, por lo que yo, a mi vez, me sosegué. Hizo amago de apoyar la cabeza sobre mi hombro, pero no quise permitírselo. Después intentó abrazarme, pero no le dejé.

—¡Jane, Jane! —dijo, con tan amarga tristeza que me sacudió todos los nervios de mi cuerpo—; ¿es que no me quieres, entonces? ¿Solo era mi rango lo que apreciabas cuando querías ser mi esposa? Ahora que me has descartado como marido, me rehuyes como si fuera un sapo o un simio.

Sus palabras me dolieron, mas ¿qué podía decir o hacer? Probablemente hubiera debido hacer o decir alguna cosa, pero me sentía tan angustiada a causa de los remordimientos por herir sus sentimientos, que no pude evitar el querer embalsamarle las heridas.

—*Sí* que le quiero —dije— más que nunca, pero no debo mostrarlo ni abandonarme a ese sentimiento, y esta es la última vez que lo digo.

—¡La última vez, Jane! ¿Es que crees que puedes vivir conmigo y verme a diario y, sin embargo, mostrarte fría y distante aunque me quieras?

—No, señor, estoy segura de que no podría, y por eso solo existe un camino, pero se pondrá furioso si lo digo.

—¡Pues dilo! Si me opongo, tienes el don de las lágrimas.

—Señor Rochester, tengo que dejarlo.

—¿Por cuánto tiempo, Jane? ¿Unos minutos, para peinarte, pues tienes el cabello algo revuelto, o para lavarte la cara, que tiene aspecto febril?

—Debo abandonar a Adèle y Thornfield. Debo separarme de usted para el resto de mi vida. Debo iniciar una nueva vida entre personas desconocidas en un lugar desconocido.

—Desde luego, ya te he dicho que sí. Ignoraré la locura de tu partida. Quieres decir que tienes que convertirte en una parte de mí. En cuanto a tu nueva existencia, está bien, aún serás mi esposa, pues no estoy casado. Serás la señora Rochester, de hecho y de nombre. Te seré fiel mientras vivamos ambos. Irás a una propiedad que poseo en el sur de Francia: una villa encalada a orillas del Mediterráneo. Allí vivirás una vida feliz, segura e inocente. No temas que quiera perderte, convertirte en mi amante. ¿Por qué niegas con la cabeza? Jane, tienes que ser razonable, o te juro que me pondré frenético otra vez.

Le temblaban la voz y las manos, tenía la nariz dilatada y los ojos llameantes. Así y todo, me atreví a hablar:

—Señor, su esposa vive, un hecho que ha reconocido usted esta misma mañana. Si yo viviese con usted tal como desea, sería, de hecho, su amante. Decir otra cosa es un sofisma, absolutamente falso.

—Jane, olvidas que no soy un hombre de temperamento manso; no tengo aguante, no soy frío y desapasionado. Ten lástima de ti misma y de mí; toca mi pulso con el dedo. ¿Ves cómo late? ¡Ten cuidado!

Descubrió la muñeca y me la tendió; su rostro y sus labios se estaban quedando exangües, se tornaban lívidos; me sentía angustiada por todo. Era cruel provocarlo de esta manera, con una resistencia tan odiosa para él, pero ceder era impensable. Hice lo que hacemos los seres humanos cuando nos vemos al límite de nuestras fuerzas, pedí ayuda a un ser superior al hombre; salieron involuntariamente de mi boca las palabras:

—¡Que Dios me ayude!

—¡Soy idiota! —exclamó de repente el señor Rochester—. No hago más que decirle que no estoy casado, y no le explico por qué. Olvido que ella no sabe nada del carácter de esa mujer, ni de las circunstancias que rodearon mi unión diabólica con ella. Oh, estoy seguro de que Jane tendrá la misma opinión que yo cuando sepa lo que yo sé. Pon tu mano en la mía, Jane, para que el tacto, además de la vista, me asegure de que estás junto a mí, y en unas cuantas palabras te diré cuál es la verdadera situación. ¿Me escuchas?

—Sí, señor, le escucharé durante horas, si así lo desea.

—Solo pido unos minutos. Jane, ¿estás enterada de que yo no era el hijo primogénito, de que tenía un hermano mayor?

—Recuerdo que me lo dijo una vez la señora Fairfax.

—¿Y te han dicho que mi padre era un hombre avaro y codicioso?

—Tenía entendido algo así.

—Bien, Jane, así las cosas, resolvió mantener unidas las propiedades, pues no soportaba la idea de dividir sus bienes y dejarme a mí una herencia justa. Decidió que todo sería para mi hermano Rowland. Sin embargo, tampoco soportaba pensar que un hijo suyo fuera pobre. Yo debía encontrar fortuna haciendo una buena boda, por lo que pronto se puso a buscarme esposa. El señor Mason, comerciante y dueño de una plantación en las Antillas, era un antiguo conocido suyo. Estaba convencido de que tenía enormes propiedades, e hizo indagaciones. Descubrió que el señor Mason tenía un hijo y una hija, y le dijo que esta recibiría una fortuna de treinta mil libras: era suficiente. Cuando dejé el colegio, me mandó a

Jamaica para casarme con la novia que él me había buscado. Mi padre no me dijo nada de su dinero, pero me dijo que era renombrada en Puerto España por su belleza, y así era. Me pareció una mujer espléndida, del estilo de Blanche Ingram: alta, morena y majestuosa. Su familia me quiso embaucar, por ser yo de buena familia, y ella también. Me la mostraban en fiestas, magníficamente ataviada. Pocas veces la vi a solas y tuve pocas ocasiones de hablar con ella. Me halagaba, y hacía gala de sus encantos y habilidades para impresionarme. Todos los hombres de su círculo parecían admirarla a ella y envidiarme a mí. Me deslumbró e incendió mis sentidos, de modo que, ignorante e inexperto como era, creía amarla. No hay insensatez disparatada que no impulsen a cometer las tontas rivalidades de la sociedad, la lascivia, la imprudencia y la ceguera de la juventud. Sus familiares me animaron, sus pretendientes me espolearon, ella me fascinó: antes de darme cuenta, ya estaba casado. ¡Qué poco respeto me merezco cuando pienso en ese hecho! Me domina el dolor del desprecio por mí mismo. Nunca la quise, nunca la aprecié, ni siquiera la conocía. No conocía ni una sola virtud de su naturaleza; no había observado ni pudor, ni benevolencia, ni candor, ni sutileza de inteligencia ni de forma de ser, y, zoquete estúpido y servil como era, ¡me casé con ella! Menos me habría equivocado si…, pero no debo olvidar con quién hablo.

»Nunca había visto a la madre de mi novia; tenía entendido que había muerto. Después de la luna de miel, descubrí mi error: solo estaba loca, encerrada en un manicomio. También había un hermano menor, un total idiota. El mayor, al que tú has visto, y al que soy incapaz de odiar, a pesar de que aborrezco a toda su familia, porque tiene un mínimo de afecto dentro de su mente endeble, que demuestra con un interés constante por su hermana desgraciada, y un cariño perruno que me profesaba a mí en una época, probablemente acabe igual algún día. Mi padre y mi hermano Rowland lo sabían todo, pero solo pensaron en las treinta mil libras y se confabularon en mi contra.

»Fueron estos unos descubrimientos horrendos, pero, salvo la traición del encubrimiento, no se lo habría reprochado a mi esposa, ni siquiera cuando descubrí que su naturaleza era totalmente contraria a la mía y sus gustos detestables; tenía una mentalidad vulgar, rastrera, estrecha y era absolutamente incapaz de aspirar a cosas más elevadas; cuando descubrí que no podía pasar a gusto en su compañía ni una tarde, ni una hora del día; que no podía mantener con ella una conversación amable, porque, cualquiera que fuese el tema que abordaba, ella lo convertía inmediatamente en algo burdo y trivial, perverso y sin sentido; cuando me di cuenta de que nunca tendría una casa tranquila y estable, porque ningún criado soportaba sus constantes arranques de mal genio y violencia, ni los disgustos de sus órdenes absurdas, contradictorias y exigentes, incluso entonces me contuve: evité hacerle reproches, limité mis reconvenciones, intenté soportar en silencio mi pesar y mi repugnancia y reprimí la honda antipatía que me inspiraba.

»Jane, no te importunaré con los sórdidos detalles. Unas palabras fuertes expresarán lo que he de decir. Viví cuatro años con aquella mujer de arriba, y antes de cumplirse ese plazo, me había agotado de veras; su carácter evolucionó y se desarrolló con una velocidad pasmosa; sus vicios indecentes se revelaron uno tras otro con tanta fuerza que solo la crueldad podía frenarlos, y no quería hacer uso de ella. ¡Qué intelecto de pigmeo tenía, y qué apetitos de gigante! ¡Qué terribles maldiciones me ocasionaron aquellos apetitos! Bertha Mason, digna hija de una madre infame, me arrastró por todos los caminos horrendos y degradantes que debe pisar un hombre casado con una mujer a la vez bebedora y promiscua.

»En aquel entonces, mi hermano murió, y, al cabo de cuatro años, murió también mi padre. Ya era bastante rico, y, sin embargo, pobre hasta la más absoluta indigencia, pues estaba unido a mí el ser más grosero, impuro y depravado que jamás he conocido, considerado por la ley y por la sociedad como una parte de mí. Y no podía librarme de ella por ningún procedimiento legal, pues descubrieron los médicos que *mi esposa* estaba loca, llevada a la

demencia prematura por sus excesos. Jane, te disgusta mi narración; pareces casi enferma, ¿dejo el resto para otro día?

—No, señor, acábela ahora. Lo compadezco, de veras que lo compadezco.

—La compasión, Jane, cuando procede de ciertas personas es un tributo ofensivo, y uno se siente justificado de tirárselo a la cara a los que la ofrecen, pero esa clase de compasión es la característica de corazones insensibles e interesados: es un dolor híbrido y egoísta al conocer las penas ajenas, mezclado con un desprecio ignorante por los que las han padecido. Pero esa no es tu compasión, Jane, no es el sentimiento que te llena el semblante entero en este momento, que se desborda de tus ojos, que te aflige el corazón y te hace temblar la mano dentro de la mía. Tu compasión, vida mía, es la madre doliente del amor: su angustia es el mismísimo dolor de la pasión divina. La acepto, Jane: que tenga libre acceso la hija; mis brazos esperan para recibirla.

—Bien, señor, prosiga: ¿qué hizo cuando descubrió que estaba loca?

—Jane, llegué al borde de la desesperación; lo único que se interponía entre el abismo y yo era un pequeño resto de pundonor. A los ojos del mundo, indudablemente estaba teñido de mugrienta ignominia, pero resolví ser limpio ante mis propios ojos, rechacé hasta el fin contaminarme de los crímenes de ella y me liberé de cualquier contacto con sus defectos mentales. No obstante, la sociedad asociaba mi nombre y mi persona con los de ella; la veía y la oía a diario; una parte de su aliento, puaj, se mezclaba con el aire que respiraba yo; además, recordaba que una vez había sido su marido, recuerdo que entonces, como ahora, me era odioso. Además, sabía que mientras ella viviera, no podía ser el marido de otra persona mejor, y aunque me llevaba cinco años, su familia y mi padre me habían mentido incluso sobre su edad, era probable que viviese tanto como yo, pues era tan robusta de cuerpo como enferma de mente. De esta manera, a la edad de veintiséis años, me hallaba sin esperanzas.

»Una noche me despertaron sus chillidos, naturalmente, estaba encerrada desde que la habían declarado loca los médicos; era una noche turbulenta de las Antillas, una de esas que suelen preceder a un huracán en aquellos climas. Incapaz de dormirme, me levanté de la cama para abrir la ventana. Como el aire era un vaho de sulfuro, no conseguí refrescarme. Los mosquitos entraban y zumbaban hoscos por el cuarto; el mar, que oía desde donde estaba, retumbaba como un terremoto; nubes negras se juntaban sobre él; sobre sus olas, se ponía la luna, grande y roja como una bala de cañón, que echaba un último vistazo sangriento al mundo que temblaba con la agitación de la tormenta. La atmósfera y el panorama me influyeron físicamente, y se me llenaron los oídos de las maldiciones que vociferaba la demente. En ese momento intercaló mi nombre con tal tono de odio diabólico y con un lenguaje tan vil que ninguna ramera declarada jamás hubiera podido superar. Aunque nos separaban dos habitaciones, oí cada palabra, ya que los finos tabiques de la casa antillana ofrecían poca resistencia a sus aullidos de lobo.

»"¡Esta vida —me dije al fin—, es un infierno! Este aire, estos sonidos son los de un pozo sin fondo. Tengo derecho a liberarme si puedo. Los sufrimientos de esta condición mortal me dejarán al mismo tiempo que la carne pesada que estorba mi alma. No le tengo miedo al fuego eterno de los fanáticos: no existe un estado futuro peor que el actual. ¡Me desprenderé de la vida y me reuniré con Dios!".

»Dije esto arrodillándome para abrir un baúl que contenía un par de pistolas cargadas: pensaba pegarme un tiro. Solo acaricié un instante este propósito; como no estaba loco, pasó en segundos la crisis de desesperación exquisita y pura que desencadenó el deseo de autodestrucción.

»Sopló sobre el océano desde Europa un viento fresco, que penetró por la ventana abierta: estalló la tormenta con lluvia, truenos y rayos, y se purificó el aire. En aquel momento, formulé y adopté una resolución. Mientras caminaba bajo los naranjos empapados de

mi jardín mojado, entre los granados y los ananás calados, y mientras la aurora refulgente de los trópicos despertaba a mi alrededor, razoné de esta manera, Jane, y escucha bien, porque fue la verdadera Sabiduría la que me consoló en aquella ocasión y me mostró el camino correcto a seguir.

»“Vete —dijo la Esperanza— a vivir a Europa de nuevo. Allí no saben nada de tu nombre mancillado ni de tu carga inmunda. Puedes llevarte a la loca a Inglaterra; enciérrala con las atenciones y la vigilancia adecuadas en Thornfield, viaja tú adónde quieras, y júntate con quien te plazca. Esa mujer, que tanto ha abusado de tu paciencia, que ha mancillado tu nombre, ultrajado tu honor y destrozado tu juventud, no es tu esposa, ni tú eres su marido. Haz que la cuiden según las necesidades de su condición y habrás hecho todo lo que Dios y los seres humanos pueden esperar de ti. Que no se sepa su identidad ni su conexión contigo; no tienes obligación de divulgarlo a ningún ser vivo. Ponla a buen recaudo y vela por su comodidad; protege su degradación con el silencio, y déjala estar”.

»Seguí al pie de la letra esta recomendación. Mi padre y mi hermano no habían hecho correr la voz de mi matrimonio entre sus conocidos, porque, en la primera carta que les escribí para comunicarles la unión, les encomendé que lo mantuvieran en secreto, pues ya había empezado a sufrir sus consecuencias repugnantes y, por el carácter y constitución de la familia, preveía un futuro horroroso para mí; poco tiempo después, la conducta infame de la mujer que había elegido mi padre para mí era tal que le daba vergüenza reconocer que era su nuera. Lejos de querer dar publicidad al parentesco, estaba tan ansioso como yo por ocultarlo.

»La trasladé a Inglaterra entonces; pasé un viaje terrible con semejante monstruo a bordo del buque. Me sentí contento de tenerla por fin en Thornfield, sana y salva en ese cuarto del tercer piso, cuya parte interior secreta ha sido su guarida de bestia salvaje, su celda de demonio, durante diez años. Me costó un poco encontrar a un cuidador para ella, ya que precisaba de alguien en

cuya fidelidad pudiera confiar, pues sus desvaríos traicionarían inevitablemente mi secreto. Además, tenía periodos lúcidos de días, a veces semanas, durante los que despotricaba contra mí. Finalmente contraté a Grace Poole, del asilo de Grimsby. Ella y Carter, el cirujano, que curó las heridas de Mason la noche en que lo atacó y apuñaló, son las dos únicas personas a las que he confiado mi secreto. Es posible que la señora Fairfax sospeche algo, pero no puede saberlo a ciencia cierta. Grace ha sido, en conjunto, una buena cuidadora, aunque más de una vez, debido en parte a un defecto suyo que parece ser incurable e inherente a su profesión difícil, su vigilancia ha sido burlada. La lunática es tan astuta como maliciosa, y nunca ha dejado de aprovecharse de los descuidos momentáneos de su guardiana, una vez para sustraer el cuchillo con el que apuñaló a su hermano, y dos para hacerse con la llave de su celda y salir por la noche. En la primera de estas ocasiones, llevó a cabo el intento de quemarme vivo; en la segunda, te hizo aquella visita espantosa. Gracias a la Providencia que desahogó su ira sobre tu velo nupcial, que acaso le recordase su propio momento de novia; no soporto pensar en lo que hubiera podido suceder. Cuando pienso en la fiera que se ha lanzado a mi garganta esta mañana con su rostro colorado y negro suspendido sobre el nido de mi paloma, se me hiela la sangre…

—¿Y qué hizo usted, señor —le pregunté cuando hizo una pausa —, una vez la hubo instalado aquí? ¿Adónde se marchó?

—¿Que qué hice, Jane? Me convertí en un fuego fatuo. ¿Adónde me marché? Vagué tan alocadamente como ese espíritu de los pantanos. Visité el continente y recorrí descarriado todos sus países. Tenía la idea fija de encontrar una mujer buena e inteligente a quien querer, en contraste con la furia que había dejado en Thornfield…

—Pero no podía casarse, señor.

—Yo había decidido que podía y debía hacerlo. Mi primera intención no fue engañar, como te he engañado a ti. Pensaba contar mi historia abiertamente y hacer abiertamente mis proposiciones, y

me parecía tan totalmente racional que se me considerase libre para amar y ser amado, que en ningún momento dudé de que encontraría una mujer dispuesta a comprender mi situación y a aceptarme, a pesar de la maldición que me lastraba.

—¿Y, señor?

—Cuando te muestras curiosa, Jane, siempre me haces gracia. Abres los ojos como un pajarillo ansioso, y de cuando en cuando haces movimientos nerviosos como si las respuestas habladas no fuesen lo bastante rápidas para ti y quisieras leer directamente en mi corazón. Pero antes de proseguir, dime qué quieres decir con ese «¿Y, señor?». Es una frasecita que usas muchas veces, y que me ha incitado muchas veces a hablar sin parar y no sé muy bien por qué.

—Quiero decir: ¿Y luego qué? ¿Cómo siguió? ¿En qué acabó esa historia?

—Exactamente; ¿y qué es lo que quieres saber ahora?

—Si encontró usted a alguien que le agradara, si le pidió que se casara con usted y cómo contestó.

—Te puedo decir si encontré a alguien que me agradara y si le pedí que se casara conmigo; pero lo que dijo ella, aún no se ha escrito en el libro del Destino. Durante diez largos años, vagué de una capital a otra: a veces a San Petersburgo, más frecuentemente a París; alguna vez a Roma, Nápoles y Florencia. Provisto de una buena cantidad de dinero y el pasaporte de un apellido ilustre, podía elegir mi compañía: ningún círculo se me cerraba. Busqué a mi mujer ideal entre damas inglesas, *comtesses* francesas, *signoras* italianas y *Gräfinnen* alemanas. No la encontré. Algunas veces, durante un momento fugaz, creía vislumbrar una mirada, oír un tono de voz, ver una forma que anunciaba la realización de mi sueño, pero me desengañaba cada vez. No debes suponer que anhelaba la perfección, ni de intelecto ni de físico. Solo anhelaba lo que fuera compatible conmigo: el polo opuesto de la criolla, pero lo anhelaba en vano. Entre todas, no encontré ni una a quien, aunque hubiera estado totalmente libre, hubiera pedido que se casara conmigo,

escarmentado como estaba de los riesgos, los espantos y el hastío de los matrimonios inadecuados. La desilusión me tornó temerario. Probé la disipación, aunque nunca el libertinaje, que odiaba y odio aún. Este era el atributo de mi Mesalina india, y una repugnancia arraigada por ella y su vileza me refrenaba mucho, incluso en los placeres. Cualquier diversión cercana a la lascivia parecía acercarme a ella y sus vicios, por lo que la rehuía.

»Sin embargo, no podía vivir solo: probé la compañía de las queridas. La primera que elegí fue a Céline Varens, otro paso de los que hacen que un hombre se menosprecie al recordarlos. Ya sabes quién era y cómo acabó mi relación con ella. Tuvo dos sucesoras, una italiana, Giacinta, y una alemana, Clara, las dos consideradas bellísimas. ¿Qué me importaba su belleza después de unas cuantas semanas? Giacinta era inmoral y violenta, y me cansé de ella en tres meses. Clara era sincera y callada, pero pesada, lenta y estólida, en absoluto de mi gusto. Me alegré de darle una cantidad suficiente para montar un próspero negocio y deshacerme de ella con decencia. Pero, Jane, leo en tu cara que no estás formando muy buena opinión de mí en estos momentos. Me crees un calavera libidinoso sin sentimientos, ¿verdad?

—No me agrada tanto como en algunas otras ocasiones, señor. ¿No le parecía mal vivir de esa forma? ¿Primero con una querida y después con otra? Habla de ello como si fuera lo más natural del mundo.

—Para mí lo era, pero no me gustaba. Era una forma de vida rastrera, a la que jamás quisiera volver. Contratar a una querida es casi tan desagradable como comprar una esclava: ambas son a menudo inferiores por naturaleza, y vivir íntimamente ligado a un inferior es degradante. Ahora aborrezco el recuerdo del tiempo que pasé con Céline, Giacinta y Clara.

Sentí que eran ciertas estas palabras; y deduje que, si fuera a abandonarme y a olvidar todo lo que me habían enseñado hasta el punto de convertirme, bajo cualquier pretexto, con cualquier justificación, por cualquier tentación, en sucesora de estas pobres

jóvenes, un día él me vería con el mismo sentimiento con el que ahora profanaba la memoria de ellas. No puse en palabras este convencimiento: era suficiente sentirlo. Lo imprimí en mi corazón para que permaneciese allí y me diera fuerzas en momentos difíciles.

—Ahora, Jane, ¿por qué no dices «Y bien, señor»? No he acabado. Estás muy seria. Aún me desapruebas, me parece. Pero voy al grano. El último enero, libre de todas las queridas ya, con un humor avinagrado y amargo, resultado de una vida errante, vacía y solitaria, agotado por la desilusión, harto de los hombres, y, sobre todo, de las mujeres, pues empezaba a considerar como un simple sueño la idea de tener una esposa amante, inteligente y fiel, regresé a Inglaterra por asuntos de negocios.

»En una tarde helada de invierno, me acercaba a Thornfield Hall. ¡Lugar odiado! No esperaba hallar ni paz ni placeres aquí. Sentada en una valla del camino de Hay, vi a una pequeña figura solitaria. Pasé de largo, haciéndole tan poco caso como al sauce que tenía enfrente; no tuve ningún presentimiento de lo que iba a significar para mí, ninguna premonición de que el artífice de mi vida, mi genio para bien o para mal, esperaba allí con apariencia anodina. No lo supe cuando, al accidentarse *Mesrour*, se acercó y se ofreció a prestarme ayuda con aspecto serio. ¡Una criatura delgada e inocente! Era como si hubiera saltado sobre mi pie un jilguero, ofreciéndose a llevarme con sus diminutas alas. Estuve grosero, pero no se marchó: se quedó allí con una extraña perseverancia, observando y hablando con una especie de autoridad. Debía ser socorrido por su mano, y lo fui.

»En cuanto toqué ese frágil hombro, se deslizó algo nuevo dentro de mi ser: una savia nueva. Menos mal que ya sabía que este hada volvería a estar conmigo, que pertenecía a mi casa allá abajo, o no hubiera podido dejar que se deslizara de debajo de mi mano para desvanecerse tras el seto oscuro sin una pesadumbre indecible. Te oí llegar a casa aquella noche, Jane, aunque tú probablemente no supieras que pensaba en ti y te esperaba. Al día

siguiente, te observé a escondidas durante media hora mientras jugabas con Adèle en la galería. Recuerdo que nevaba, y no pudisteis salir afuera. Yo me encontraba en mi cuarto, con la puerta entreabierta; podía escuchar y observar. Adèle ocupó tu atención durante un rato, aunque se me antojó que tenías el pensamiento en otro sitio; pero te mostraste muy paciente con ella, Jane, hablaste con ella y la distrajiste durante largo tiempo. Cuando te dejó por fin, caíste en un profundo ensueño y te pusiste a pasear por la galería. De cuando en cuando, al pasar ante la ventana, echabas un vistazo a la pesada nieve que caía, escuchabas los sollozos del viento y volvías a pasear y a soñar. Creo que tus ensoñaciones no eran tristes; una luz placentera iluminaba tus ojos y un dulce nerviosismo teñía tu semblante, que no delataba cavilaciones amargas o biliosas; tu aspecto revelaba, más bien, los frescos pensamientos de la juventud, cuando el espíritu emprende el vuelo alegre de la esperanza hacia un cielo ideal. Te despertó la voz de la señora Fairfax hablando con un criado en el vestíbulo: ¡qué sonrisa más curiosa esbozaste, Janet! Tenía mucha sensatez: era muy astuta y parecía burlarse de tu propia abstracción. Parecía decir: “Estas espléndidas visiones están muy bien, pero no debo olvidar que son totalmente irreales. Tengo en mi cerebro un cielo de color rosa y un jardín de Edén bien florido, pero en el mundo real, lo sé perfectamente, tengo adelante un camino duro que recorrer, y a mi alrededor se ciernen negras tormentas”. Bajaste corriendo para pedirle alguna ocupación a la señora Fairfax: calcular las cuentas semanales o algo semejante, creo. Me sentí molesto contigo por haberte quitado de mi vista.

»Esperé impaciente la llegada de la tarde para poder convocarte a mi presencia. Sospechaba que tenías una personalidad poco frecuente, para mí desconocida; deseaba indagar más para llegar a conocerla mejor. Entraste en la habitación con un aspecto a la vez tímido e independiente; vestías de forma pintoresca, más o menos como ahora. Te hice hablar y te encontré llena de extraños contrastes. Tus ropas y maneras estaban marcadas por tu

formación, tu porte era a menudo apocado, enteramente de una persona refinada por naturaleza aunque poco acostumbrada a la sociedad, temerosa de hacerse notar por algún despropósito o torpeza. Sin embargo, cuando te hablaban, dirigías una mirada osada y perspicaz al rostro de tu interlocutor; había agudeza y fuerza en todas tus miradas; cuando se te interrogaba, contestabas rápida y certeramente. Pronto pareciste acostumbrarte a mí; creo que notaste la existencia de cierta simpatía entre tú y tu arisco y malhumorado amo, Jane, porque fue asombroso ver qué poco tardaste en serenar tu nerviosismo y acomodarte a mí: por mucho que gruñera, no mostrabas sorpresa ni temor, ni ira ni disgusto por mi displicencia; me observabas, sonriéndome de vez en cuando con una gracia sencilla aunque sagaz, imposible de describir. Lo que yo veía me complacía y estimulaba al mismo tiempo; me gustaba lo que había visto, y quería ver más. No obstante, te traté con frialdad durante mucho tiempo, y rara vez buscaba tu compañía. Era un epicúreo empedernido, y deseaba prolongar el placer de desarrollar esta amistad nueva y pintoresca. Además, me preocupaba durante algún tiempo el temor perturbador de que si cogía demasiado pronto la flor, se marchitaría, y el dulce encanto de su pureza se perdería. Entonces no sabía que no era una flor perecedera, sino la imagen de una flor tallada de una piedra indestructible. Por otra parte, quería comprobar si tú me buscarías cuando yo te evitaba, pero no lo hacías; te quedabas en el aula tan quieta como tu pupitre y tu caballete; si nos encontrábamos por casualidad, pasabas de largo tan deprisa y con tan poca señal de reconocimiento como justificaba el respeto. Tu expresión habitual en aquellos días, Jane, era pensativa; no abatida, porque no se te veía enfermiza; pero tampoco animada, porque carecías de esperanzas y disfrutabas de pocos placeres. Me preguntaba qué opinión te merecía yo, si es que pensabas alguna vez en mí; para averiguarlo, comencé a hacerte caso otra vez. Había algo alegre en tu mirada y algo gozoso en tus modales cuando conversabas; me di cuenta de que eras un ser sociable y de que lo que te ponía triste era el silencio del aula y el

tedio de tu vida. Me permití el goce de ser amable contigo; mi amabilidad pronto estimuló tus emociones: la expresión de tu rostro se tornaba dulce, y suave el tono de tu voz; me gustaba cómo pronunciabas mi nombre con acento feliz y agradecido. Disfrutaba de los encuentros fortuitos contigo, Jane, durante esta época; había en tu porte una extraña vacilación; me mirabas algo turbada, con una duda titubeante. No sabías qué actitud caprichosa iba a adoptar, si la de amo serio o la de amigo afable. Ya te tenía demasiado afecto para adoptar la primera, y cuando te extendía cordialmente la mano, tus rasgos jóvenes y añorantes se llenaban de tal luminosidad que muchas veces me costaba mucho no abrazarte en el acto.

—Entonces deje de hablar de aquellos tiempos, señor —interrumpí, apartando subrepticiamente algunas lágrimas. Sus palabras eran un tormento para mí, porque sabía lo que debía hacer, y pronto, y todas estas reminiscencias y revelaciones de sus sentimientos me lo ponían más difícil.

—No, Jane —respondió—: no hace ninguna falta rememorar el pasado cuando el presente es más seguro y el futuro tanto más luminoso.

Me estremecí al oír los desvaríos del amor.

—Ya ves cuál es la situación, ¿verdad? —prosiguió—. Después de pasar mis años mozos y viriles mitad inmerso en una desgracia indescriptible y mitad en una soledad monótona, por primera vez conozco a alguien a quien soy capaz de amar de verdad, te conozco a ti. Eres mi consuelo, lo mejor de mí mismo, mi ángel bueno; lazos muy fuertes me unen a ti. Te considero buena, bonita, un derroche de talentos; nace en mi corazón una pasión ardiente y solemne dirigida a tu persona, que te convierte en el centro y el manantial de mi vida y hace que toda mi existencia gire en torno a ti; después deviene una llama pura y potente que nos funde en uno solo.

»Decidí casarme contigo porque sabía todo esto en el fondo de mi ser. Decirme que ya tenía esposa es una burla hueca: tú sabes que solo era un demonio aterrador. Hice mal en intentar engañarte,

pero temía la obstinación de tu carácter. Temía los prejuicios precipitados: quería tenerte segura antes de arriesgarme a hacerte confidencias. Esto era propio de un cobarde. Debí apelar a tu nobleza y generosidad desde el principio, tal como lo hago ahora, debí contarte sin rodeos mi vida de sufrimientos, y describir mi hambre y mi sed de una existencia más digna y elevada, mostrarte no mi *resolución* sino mi empeño en querer bien de verdad a quien me quiere bien de verdad a mí. Después debí pedirte que aceptaras mi juramento de fidelidad y me hicieras otro: hazlo ahora, Jane.

Una pausa.

—¿Por qué callas, Jane?

Estaba sufriendo una terrible prueba: una mano de hierro candente me tenía agarradas las entrañas. Un momento espantoso: ¡de lucha, tinieblas y fuego! Ningún ser humano podría desear ser amado más de lo que lo era yo, que idolatraba a quien me amaba de esa manera, y debía renunciar al amante y amado. Mi deber intolerable se resumía en una palabra lóbrega: «¡Márchate!».

—¿Comprendes lo que espero de ti, Jane? Solo que prometas: «Seré suya, señor Rochester».

—Señor Rochester, *no* seré suya.

Otro largo silencio.

—¡Jane! —comenzó de nuevo, con una ternura que me colmó de pena y me volvió de piedra por el horror que me inspiró, pues era el jadeo de un león airado—. Jane, ¿pretendes seguir un camino en la vida y que yo siga otro?

—Así es.

—Jane —acercándose para abrazarme—, ¿lo dices en serio?

—Sí.

—¿Y ahora? —besándome suavemente la frente y las mejillas.

—Sí —soltándome del todo de su abrazo.

—¡Oh, Jane! ¡Qué amargura! ¡Qué perversión! No sería perverso amarme.

—Pero sí obedecerle.

Una mirada de loco le cruzó el rostro, alzándole las cejas; se levantó, pero se contuvo. Posé la mano en el respaldo de una silla buscando apoyo: temblaba y tenía miedo, pero estaba decidida.

—Un momento, Jane. Imagínate mi vida horrible cuando te hayas ido. Toda mi felicidad se irá contigo. ¿Qué me quedará? Como única esposa, tengo a la demente de ahí arriba; daría igual que me adjudicaras un cadáver del cementerio. ¿Qué haré, Jane? ¿Dónde buscaré una compañera y alguna esperanza?

—Haga lo mismo que yo: tenga confianza en Dios y en sí mismo. Tenga fe en el cielo. Esperemos encontrarnos allí.

—Entonces, ¿no cederás?

—No.

—¿Me condenas a vivir desgraciado y morir maldito? —levantó la voz.

—Le aconsejo que viva sin pecado y deseo que muera tranquilo.

—Pero ¿me privas del amor y la inocencia? ¿Me condenas a la promiscuidad como pasión y al vicio como ocupación?

—Señor Rochester, ni le condeno a semejante destino ni lo deseo para mí. Hemos nacido para luchar y aguantar, tanto usted como yo; hagámoslo. Me olvidará más pronto que yo a usted.

—Me conviertes en embustero con esas palabras; mancillas mi honor. Yo juré que no cambiaría, y tú me dices a la cara que pronto cambiaré. ¡Tu conducta demuestra distorsión de juicio y perversidad de ideas! ¿Es mejor, acaso, llevar a la desesperación a un semejante que transgredir una ley meramente humana, que no hace daño a nadie? No tienes ni familiares ni amigos que ofender si vives conmigo.

Era verdad. Mientras hablaba, me traicionaron la Conciencia y la Razón, acusándome de cometer un crimen al resistirme a él. Hablaron casi tan alto como el Sentimiento, que clamaba con frenesí. «¡Obedécele!» gritó. «Piensa en su desdicha, piensa en los peligros: mira cómo se pone cuando lo dejan solo, recuerda su naturaleza temeraria, piensa en la imprudencia que sigue a la desesperación. Cálmalo, sálvalo, ámalo: dile que lo quieres y que

serás suya. ¿A quién le importas *tú*? ¿Quién se molestará por lo que tú hagas?».

La respuesta fue indomable: «A *mí* me importa lo que hago. Cuanto más solitaria, sin amigos y sin apoyo, más me respetaré a mí misma. Observaré la ley de Dios, sancionada por el hombre. Sostendré los principios que seguía cuando estaba cuerda, antes de estar loca como lo estoy ahora. Las leyes y los principios no son para los momentos en los que no hay tentaciones; son para momentos como este, cuando se rebelan el cuerpo y el alma contra su severidad. Son rigurosos, pero no los violaré. Si pudiera incumplirlos según mi conveniencia personal, ¿qué valor tendrían? Tienen un valor, siempre lo he creído, y si no lo puedo creer ahora, es porque estoy loca, totalmente loca, con fuego en las venas y el corazón latiéndome tan deprisa que no puedo contar los latidos. Todo lo que tengo para sustentarme en este momento son las opiniones preconcebidas y las resoluciones predeterminadas, y en ellas me apoyo».

Y así lo hice. El señor Rochester, leyendo en mi semblante, se dio cuenta. Se enfureció al máximo: debía ceder un momento a la ira, pasara lo que pasara después; cruzó la habitación, me cogió del brazo y me agarró de la cintura. Parecía devorarme con su mirada encendida. En ese momento, me sentí físicamente tan indefensa como la paja expuesta al tiro de una caldera; mentalmente, aún era dueña de mi alma y, por lo tanto, de la salvación final. El alma, por fortuna, tiene un intérprete, a menudo inconsciente pero siempre fiel, en los ojos. Alcé mis ojos a los suyos y, mirándole el rostro ardiente, se me escapó un suspiro involuntario; su mano me hacía daño y mi fuerza estaba casi agotada.

—Nunca —dijo, apretando los dientes—, nunca ha habido nada tan frágil e indomable al mismo tiempo. ¡Si parece un junco en mi mano! —y me sacudió con la fuerza de sus brazos—. Podría doblarla con el dedo y el pulgar, ¿pero de qué me serviría doblarla, romperla, aplastarla? Piensa en esos ojos, en el ser resuelto, feroz y libre que mira por ellos, desafiándome con algo más que valor: con

un triunfo inflexible. Haga lo que haga con la jaula, ¡no puedo alcanzar la criatura salvaje y bella de dentro! Si rompo la débil prisión, mi cólera solo dejará en libertad a la cautiva. Podría conquistar la casa, pero su ocupante se escaparía al cielo antes de poseer yo su morada de barro. Y es a ti, espíritu, con tu voluntad y energía, tu virtud y tu pureza, es a ti a quien quiero, no solo tu débil cuerpo. Por ti misma, podrías acudir volando para anidar contra mi corazón, si quisieras. Tomada contra tu voluntad, te escaparás de mis brazos como una esencia, te esfumarás antes de que aspire tu fragancia. ¡Ven, Jane, ven!

Cuando dijo esto, me soltó y me contempló. La mirada fue peor que el puño implacable. Pero solo una idiota hubiera sucumbido ahora. Había desafiado y frustrado su ira; debía eludir su pena: me alejé en dirección a la puerta.

—¿Te vas, Jane?

—Me voy, señor.

—¿Me dejas?

—Sí.

—¿No vendrás conmigo? ¿No serás mi consuelo, mi salvación? ¿No significan nada para ti mi amor profundo, mi pena indecible, mi súplica desesperada?

¡Qué tristeza inenarrable había en su voz! ¡Qué difícil fue repetir con firmeza: «Me voy»!

—Jane.

—Señor Rochester.

—Retírate, pues; te doy permiso, pero recuerda que me dejas angustiado. Vete a tu propio cuarto; medita todo lo que he dicho, Jane, y piensa en mis sufrimientos, piensa en mí.

Me volvió la espalda y se tumbó boca abajo sobre el sofá.

—¡Oh, Jane, mi esperanza, mi amor, mi vida! —salió angustioso de su boca, seguido de un sollozo profundo y grave.

Ya había alcanzado la puerta, pero, lector, retrocedí tan decidida como me había alejado. Me arrodillé junto a él, volví su rostro hacia mí, le besé en la mejilla, le acaricié el cabello con la mano.

—Que Dios lo bendiga, mi querido amo —dije—. Que le proteja de todo mal, que le guíe y consuele, y que le recompense por su bondad hacia mí.

—El amor de mi pequeña Jane hubiera sido la mejor recompensa —contestó—; sin él, tengo roto el corazón. Pero Jane me dará su amor, con nobleza y generosidad.

La sangre se agolpó en su rostro, sus ojos llameaban fuego, se levantó de un salto, me tendió los brazos; pero eludí su abrazo y salí inmediatamente de la habitación.

«¡Adiós!», gritó mi corazón al dejarlo. Añadió la desesperación: «¡Adiós para siempre!».

* * *

No pensaba dormir aquella noche, pero me quedé dormitando en cuanto me acosté en la cama. Mis pensamientos me transportaron a escenas de mi infancia. Soñé que yacía en el cuarto rojo de Gateshead, que era una noche oscura y extraños temores poblaban mi mente. Aquella luz que me hiciera desvanecer tanto tiempo atrás, rememorada en esta visión, pareció deslizarse por la pared y detenerse, temblorosa, en el centro del techo tenebroso. Levanté la cabeza para mirar, y el techo se deshizo en nubes altas y borrosas; había un brillo como el de la luna antes de penetrar los jirones de bruma. La vi venir, con rara anticipación, como si su disco fuera a llevar escrita una sentencia. Se asomó como jamás se asomara la luna por detrás de una nube: primero una mano separó los pliegues oscuros y los apartó; después resplandeció sobre el fondo azul no la luna sino una blanca forma humana, que inclinó hacia la tierra su rostro esplendoroso. Se dirigió a mi espíritu, con un tono infinitamente lejano y a la vez tan cercano que susurró dentro de mi corazón:

«Hija mía, ¡huye de la tentación!».

«Lo haré, Madre».

Así respondí después de despertar de un sueño hipnótico. Aún era de noche, mas las noches son cortas en julio, pues llega la aurora poco después de medianoche. «No puede ser demasiado pronto para iniciar la tarea que he de cumplir», pensé. Me levanté. Estaba vestida, porque solo me había quitado los zapatos. Sabía dónde encontrar en los cajones algo de ropa blanca, un guardapelo y una sortija. Al buscar estos objetos, tropecé con las cuentas de un collar de perlas que me había obligado a aceptar el señor Rochester unos días antes. Lo dejé, pues no era mío: era de la novia quimérica que se había esfumado en el aire. Junté en un paquete los otros objetos; guardé en el bolsillo el monedero, que contenía veinte chelines (todo lo que tenía); me puse el sombrero de paja, abroché el chal, cogí el paquete y los zapatos, que no me puse aún, y me deslicé fuera del cuarto.

«¡Adiós, buena señora Fairfax!» susurré al pasar silenciosa ante su puerta. «¡Adiós, queridísima Adèle!» dije, mirando su cuarto. No podía pensar en pasar adentro para abrazarla. Tenía que engañar un oído afilado: por lo que sabía, ya podía estar escuchando.

Habría pasado sin detenerme ante el dormitorio del señor Rochester; pero, como se detuvo momentáneamente mi corazón, mis pies tuvieron que seguir su ejemplo. Nadie dormía ahí dentro: su ocupante paseaba inquieto de un lado a otro, suspirando una y otra vez mientras escuché. El cielo, un cielo temporal, me esperaba en esta habitación si yo quisiera; solo debía entrar y decir:

«Señor Rochester, lo amaré y viviré con usted toda la vida hasta mi muerte», y una fuente de éxtasis manaría hasta mis labios. Pensé en ello.

El amable señor, que no podía dormir ahora, esperaba impaciente la llegada del día. Me mandaría llamar por la mañana: me habría marchado. Me haría buscar: en vano. Se sentiría abandonado, sentiría el amor rechazado, sufriría, quizás se desesperase. Pensé en eso también. Mi mano se tendió hacia el picaporte: la contuve y seguí mi camino.

Bajé melancólica la escalera. Sabía lo que tenía que hacer y lo hice mecánicamente. Busqué la llave de la puerta lateral de la cocina; busqué también un frasco de aceite y una pluma, con los que engrasé la llave y la cerradura. Cogí agua y pan, porque quizás tuviese que caminar lejos, y mis fuerzas, algo mermadas últimamente, no debían abandonarme. Hice todo esto sin hacer el menor ruido. Abrí la puerta, salí y la cerré en silencio. La aurora resplandecía con debilidad en el patio. Las grandes puertas estaban cerradas con llave, pero había una portezuela en una de ellas que se cerraba solo con un pestillo. Salí a través de ella, y también la cerré; estaba fuera de Thornfield.

Más allá de los campos, a una milla de distancia, se encontraba una carretera que iba en dirección contraria a Millcote, una carretera por la que nunca había ido, pero que había visto a menudo, preguntándome adónde conduciría; allí dirigí mis pasos. No me permití reflexionar ahora, ni mirar atrás, ni siquiera hacia adelante. No me permití un pensamiento, ni sobre el pasado ni sobre el futuro. Aquel era una página de tal divina dulzura, tan terriblemente triste, que leer una línea disolvería mi valor y destrozaría mis energías. Este era una página en blanco: algo así como el mundo después del diluvio.

Bordeé los campos, los setos y los senderos hasta después del alba. Creo que era una espléndida mañana de verano: sé que los zapatos, que me había puesto cuando abandoné la casa, se mojaron enseguida de rocío. Pero no miré el sol naciente, ni el cielo radiante, ni el despertar de la naturaleza. El que atraviesa un bello paisaje camino del patíbulo no piensa en las flores que alegran su paso, sino en el tajo y la cuchilla del hacha, en la separación de huesos y venas, en la sepultura esperando abierta para recibirlo después; y yo pensé en la triste fuga y el vagar sin hogar, ¡con qué sufrimiento pensé en lo que había dejado atrás! No podía evitarlo. Pensé en él ahora, en su cuarto, observando la salida del sol, esperando que fuera yo pronto a decirle que me quedaría con él y sería suya. Deseaba fervientemente ser suya; anhelaba volver; no

era demasiado tarde; aún podía ahorrarle el amargo dolor de la separación. De momento, estaba segura, no habrían descubierto mi huida. Podía regresar para ser su consuelo y su orgullo, redimirlo de la desdicha, quizás de la perdición. ¡Cómo me atormentaba el miedo a su abandono de sí mismo, mucho más que mi abandono de él! Era como una cabeza de flecha con púa clavada en mi pecho: desgarraba al intentar sacarla y me debilitaba cuando la Memoria la clavaba más adentro. Comenzaron a cantar los pájaros entre la maleza y los matorrales. Los pájaros eran fieles a sus compañeros, eran símbolos del amor. ¿Y qué era yo? En medio del dolor de corazón y de la lucha descarnada con mis principios, me odiaba a mí misma. La aprobación de mi propia conducta no era un consuelo, ni siquiera lo era el respeto por mí misma. Había herido y abandonado a mi amo. Resultaba odiosa a mis propios ojos. Sin embargo, no pude volver sobre mis pasos. Debió de ser Dios quien me empujó hacia adelante. En cuanto a mi voluntad y conciencia, el dolor apasionado había pisoteado la primera y ahogado la segunda. Lloraba desenfrenada al hollar mi solitario camino: iba cada vez más deprisa, como un demente. Me invadió una debilidad que empezó dentro de mí, se extendió a mis extremidades y me caí: permanecí tumbada en el suelo durante algunos minutos, con la cara aplastada contra la turba húmeda. Tenía el temor —o la esperanza— de morir allí, pero pronto me puse a cuatro patas y después en pie, aún decidida a alcanzar la carretera.

Cuando lo hice, me vi obligada a sentarme para descansar bajo un seto; allí sentada, oí el sonido de unas ruedas y vi aproximarse un coche. Me levanté y alcé la mano; se detuvo. Le pregunté al cochero adónde iba y mencionó un lugar muy lejano, donde estaba segura de que el señor Rochester no tenía amigos ni familiares. Le pregunté cuánto dinero haría falta para que me llevara allí; él dijo que treinta chelines; le contesté que solo tenía veinte; dijo que intentaría conformarse. Me dio permiso para meterme dentro del coche, que estaba vacío; subí, cerró la puerta y emprendimos la marcha.

Amable lector, espero que nunca padezcas lo que yo padecí entonces. Que nunca broten de tus ojos unas lágrimas tan tempestuosas, abrasadoras y dolorosas como las que brotaron de los míos. Que nunca clames al cielo con ruegos tan angustiosos y desesperanzados como los que salieron de mis labios. Que nunca temas ser la causa de la desgracia del que más amas.

Capítulo II

Han pasado dos días. Es una tarde de verano; el cochero me ha dejado en un lugar llamado Whitcross. No podía llevarme más lejos por la cantidad que le había pagado, y no me quedaba ni un chelín más en el mundo. El coche está ya a una milla de distancia, y estoy sola. En este momento, me doy cuenta de que se me ha olvidado coger el paquete del bolsillo del coche, donde lo había puesto a buen recaudo; allí está y allí se quedará, y yo soy paupérrima.

Whitcross no es un pueblo, ni siquiera una aldea; solo es el cruce de cuatro caminos, marcado por un poste de piedra, pintado de blanco, para que se vea de lejos y en la oscuridad, supongo. Salen cuatro brazos de lo alto: el pueblo más próximo, según la inscripción, está a diez millas, y el más lejano, a más de veinte. Los nombres familiares de estos pueblos me indican en qué condado me he apeado, uno del norte de la zona central, ensombrecido por páramos y bordeado por montañas, lo que compruebo con mis propios ojos. Grandes páramos se extienden detrás y a cada lado, y se ven las ondulaciones de montañas más allá del hondo valle que yace a mis pies. Esta zona debe de ser poco poblada, y no veo transeúntes en los caminos que se despliegan, blancos, anchos y solitarios, hacia el este, el oeste, el norte y el sur, todos tallados en los páramos, con poblados brezales silvestres que les llegan hasta los bordes. Sin embargo, puede que pase algún viajero, y no quiero que nadie me vea ahora: los forasteros podrían preguntarse qué hago dando vueltas al poste, claramente perdida y sin rumbo fijo. Podrían hacerme preguntas, y no podría dar ninguna respuesta que

no pareciera increíble o despertara sospechas. No tengo un solo vínculo con la sociedad humana en estos momentos, ninguna esperanza me llama a acudir adonde se encuentran mis semejantes, y nadie que me viese me dedicaría un pensamiento amable ni un buen deseo. No tengo más familiares que la madre universal: la Naturaleza. Buscaré su seno para descansar.

Me dirigí enseguida a los brezales; caminé por una hondonada que surcaba el páramo marrón y vadeé entre los matorrales, que me llegaban hasta las rodillas. Seguí sus vueltas y cuando me encontré en un paraje recóndito junto a una roca de granito ennegrecido por el musgo, me senté debajo. Estaba rodeada de lomas de páramo, la roca me protegía la cabeza, y sobre ella se extendía el cielo.

Pasó algún tiempo antes de que me sintiese tranquila, incluso aquí, pues me inquietaba un vago temor de que merodearan cerca reses salvajes, o de que me descubriera algún montero o cazador furtivo. Si una ráfaga de viento barría los campos, levantaba la vista, temiendo que fuera la embestida de un toro; si silbaba una avefría, me imaginaba que era un hombre. Pero, viendo que mis miedos eran infundados, y calmada por el profundo silencio que acompañaba la caída de la noche, empecé a sentir confianza. Todavía no me había puesto a pensar, solo escuchaba, vigilaba y temía, pero ahora recuperé la facultad de la reflexión.

¿Qué iba a hacer? ¿Adónde podía ir? Preguntas insoportables, porque no podía hacer nada, ni ir a ningún sitio. Aún quedaba delante de mi cuerpo fatigado y tembloroso un largo camino antes de llegar a algún lugar habitado, donde, para conseguir alojamiento, tendría que solicitar fría caridad, mendigar compasión recalcitrante, e inevitablemente incurrir en rechazo antes de que nadie escuchara mi historia o socorriera mis necesidades.

Toqué el brezo: estaba seco y aún tibio por el calor del día estival. Miré el cielo: estaba despejado y centelleaba una bonita estrella solitaria encima del borde del barranco. Caía el rocío, aunque con una suavidad benigna. No soplaba la más mínima brisa. La Naturaleza me pareció clemente y buena; pensé que me quería,

desterrada como estaba, y yo, que del hombre solo esperaba la desconfianza, me aferré a ella con cariño filial. Esta noche, por lo menos, sería su huésped, además de ser su hija. Mi madre me acogería sin pedirme dinero. Todavía me quedaba un pedazo de pan, el resto de un panecillo que había comprado en un pueblo por el que pasamos por la tarde con un penique suelto, mi última moneda. Unos arándanos maduros brillaban acá y allá, como cuentas de azabache entre los brezos. Recogí un puñado, y los comí con el pan. El hambre, antes acuciante, aunque no se sació, se calmó con esta colación de ermitaño. Al terminarla, recé las oraciones vespertinas y después elegí mi lecho.

El brezo era muy frondoso junto a la roca. Cuando me tumbé, me cubría los pies y los costados, dejando solo un resquicio para que lo invadiera el aire de la noche. Doblé el chal por la mitad y me lo eché encima a modo de colcha; un montículo de musgo me sirvió de almohada. Así instalada, no tenía frío, por lo menos al principio de la noche.

Mi descanso habría sido bastante pacífico si no lo hubiera roto el corazón entristecido, que se lamentaba por sus heridas abiertas, su sangría interna y sus fibras destrozadas. Temblaba por el señor Rochester y su suerte, lo lloraba con amarga pena, lo añoraba con una nostalgia infinita e, indefenso como un pajarillo con las dos alas rotas, se estremecía en sus esfuerzos por alcanzarlo.

Agotada por estos pensamientos dolorosos, me puse de rodillas. Había llegado la noche y habían salido los astros; era una noche segura y serena, demasiado serena para que la invadiese el miedo. Sabemos que Dios está en todas partes, pero lo cierto es que nos damos más cuenta de su presencia en aquellos lugares donde vemos sus obras más grandiosas, y es en el cielo nocturno despejado, en el que los mundos de Dios siguen su trayectoria en silencio, donde vemos más claramente su infinidad, su omnipotencia y su omnipresencia. Me había arrodillado para rogar por el señor Rochester. Alzando la vista, vi, borrosa por las lágrimas, la gran vía láctea. Recordando lo que era —cuántos sistemas barrían el

espacio con su suave huella de luz—, sentí el poder y la fuerza de Dios. Estaba segura de su eficacia para salvar lo que había creado, y me convencí de que no había de perecer ni la tierra ni una sola de las almas que cobijaba. Mi plegaria se convirtió en acción de gracias: la Fuente de la Vida también era el Salvador de los espíritus. El señor Rochester estaba a salvo: era de Dios, y Dios lo protegería. Me acurruqué de nuevo contra el seno de la colina y pronto olvidé mis penas en el sueño.

Pero al día siguiente me acechó la Necesidad, pálida y desnuda. Mucho tiempo después de dejar sus nidos los pajarillos, mucho después del alba, cuando acudieron las abejas en busca de la miel del brezo antes de secarse el rocío, cuando el sol llenaba el cielo y la tierra y acortaba las sombras alargadas de la aurora, me levanté y miré alrededor.

¡Qué perfecto día, cálido y sereno! ¡Qué desierto dorado, este inmenso páramo con sol por doquier! Deseaba vivir allí y formar parte de él. Vi corretear un lagarto por el risco, afanarse una abeja entre los dulces arándanos. En ese momento, hubiera querido convertirme en lagarto o abeja, para poder encontrar la comida adecuada y una morada permanente. Pero era un ser humano, con las necesidades de tal, y no debía rezagarme donde no podía cubrirlas. Me levanté, mirando el lecho que abandonaba. Sin esperanzas para el futuro, solo deseaba que mi Hacedor hubiese tenido a bien llevarse mi alma aquella noche mientras dormía, para que mi fatigado cuerpo, liberado por la muerte de luchar contra el destino por más tiempo, se descompusiera y mezclara tranquilamente con la tierra de ese desierto. Pero aún estaba provista de vida, con todas sus exigencias, dolores y responsabilidades. Tenía que llevar mi carga, remediar mis necesidades, soportar mis penalidades y cumplir con mis obligaciones. Me puse en camino.

Llegada a Whitcross, seguí un camino que iba en dirección contraria al sol, cuyo calor arreciaba. No tenía voluntad para basar mi elección en otra circunstancia. Caminé largo rato, y cuando me

pareció que ya era suficiente, que podía ceder ante el agotamiento que me vencía y relajar esa marcha forzada, me senté en una piedra, dejándome llevar por una apatía que entorpecía mi ánimo y mis movimientos, y escuché el tañido de la campana de una iglesia.

Al volverme hacia el lugar de donde procedía el sonido, entre las románticas colinas, cuyas mutaciones habían dejado de llamarme la atención una hora antes, vi un villorrio con su campanario. Pastizales, trigales y bosques ocupaban todo el valle a mano derecha, y un regato centelleante zigzagueaba a través de las distintas tonalidades de verde, las mieses sazonadas, los bosques sombríos y el prado soleado. El retumbar de ruedas me hizo mirar la carretera y vi un carro muy cargado subir trabajosamente la colina, seguido de cerca por dos reses con su vaquero. Se acercaban la vida y los quehaceres humanos. Debía seguir mi camino: luchar para vivir y afanarme como los demás.

Entré en la aldea alrededor de las dos de la tarde. A un extremo de su única calle, había una pequeña tienda con pan y pasteles en el escaparate. Me moría de ganas de tomar un poco de pan. Con ese tentempié, quizás pudiera recobrar algo de energía; sin él, me sería difícil continuar. Recuperé el deseo de tener fuerza y vigor en cuanto me vi entre mis semejantes. Me pareció que sería bochornoso desmayarme de hambre en la acera de una aldea. ¿No llevaba nada encima que pudiese trocar por un panecillo? Me puse a cavilar. Tenía un pañuelo de seda anudado en torno al cuello, y unos guantes. No tenía manera de saber cómo actuaban los hombres y las mujeres cuando se hallaban al borde de la indigencia. No sabía si alguien aceptaría alguna de estas prendas; probablemente no, pero tenía que intentarlo.

Entré en una tienda, donde había una mujer. Al ver a una persona respetablemente vestida, que tomó por una señora, se acercó con cortesía. ¿Qué podía hacer por mí? Me paralizó la vergüenza: mi lengua se negó a pronunciar la súplica que tenía preparada. No me atreví a ofrecerle los guantes usados o el pañuelo arrugado; además, me pareció absurdo. Solo pedí permiso para

sentarme un momento, ya que estaba cansada. Accedió con frialdad a mi petición, sintiéndose decepcionada, pues había supuesto que era una clienta. Señaló una silla, en la que me dejé caer. Sentí el impulso de las lágrimas, pero, consciente de lo inoportuno de tal manifestación, las contuve. Enseguida le pregunté si había alguna modista o costurera en la aldea.

—Sí, dos o tres. Tantas como hacen falta para el trabajo que hay.

Reflexioné. No tenía más remedio. Me enfrentaba con la Necesidad. Me hallaba sin recursos, sin amigos, sin dinero. Debía hacer algo, pero ¿qué? Debía acudir a alguien, pero ¿a quién?

—¿Sabe usted de alguna casa en los alrededores donde necesiten una criada?

—No, no lo sé.

—¿Cuál es la ocupación principal en este lugar? ¿Qué hace la mayoría de las personas?

—Algunos trabajan en las granjas, y muchos en la fábrica de agujas del señor Oliver y en la fundición.

—¿El señor Oliver contrata a mujeres?

—No; es todo trabajo de hombres.

—¿Y qué hacen las mujeres?

—No lo sé —fue la respuesta—. Algunas hacen una cosa, otras, otra. Los pobres deben defenderse como pueden.

Parecía haberse cansado de mis preguntas; realmente, ¿qué derecho tenía a molestarla? Entraron una o dos vecinas; era evidente que hacía falta mi silla. Me despedí.

Fui caminando por la calle, mirando las casas a izquierda y derecha; pero no se me ocurrió un pretexto para entrar en ninguna. Deambulé por toda la aldea, alejándome a veces para regresar después, durante una hora o más. Totalmente agotada y sufriendo mucho a causa del hambre, me adentré en una callejuela y me senté bajo un seto. Sin embargo, después de unos minutos, me puse otra vez en pie para buscar algo: una solución o, por lo menos, alguna información. Vi una bonita casa a la entrada de un callejón, con un jardín delante, muy bien cuidado y floreciente. Allí me

detuve. ¿Qué derecho tenía a acercarme a la puerta blanca y tocar la aldaba? ¿Qué bien les podría reportar a los habitantes de aquella casa ayudarme? Sin embargo, me aproximé y llamé a la puerta. Abrió la puerta una mujer limpiamente vestida y de aspecto agradable. Con la voz de una persona desesperada y desfallecida, una voz queda y titubeante, pregunté si necesitaban una criada.

—No —dijo—, no necesitamos criada.

—¿Puede usted decirme dónde podría encontrar algún tipo de empleo? —proseguí—. Soy forastera, sin amigos en este lugar. Quiero trabajo, no me importa de qué clase.

Pero a ella no le incumbía pensar por mí ni buscarme un puesto; además, mi relato debió de parecer algo dudoso a sus ojos, y también mi carácter y mi situación. Negó con la cabeza, dijo que sentía no poder informarme, y cerró la blanca puerta con suavidad y cortesía, dejándome fuera. Si la hubiera mantenido abierta un poco más, creo que le habría pedido un pedazo de pan, porque estaba desesperada.

No soportaba la idea de volver a la triste aldea, donde, además, no veía ninguna posibilidad de ayuda. Habría preferido dirigirme a un bosque que se veía no muy lejos, que parecía ofrecerme refugio entre sus sombras; pero me sentía tan enferma, tan débil, tan roída por la necesidad, que mi instinto me aconsejó que siguiera rondando las viviendas, donde tenía posibilidad de conseguir comida. No conocería ni la soledad ni el descanso mientras el buitre del hambre me tuviera clavados el pico y las garras.

Me acerqué a las casas; pasé de largo y después regresé, y me alejé otra vez, espantada siempre por la idea de que no tenía derecho a pedir o esperar compasión por mi situación desesperada. Mientras tanto, avanzaba la tarde y yo seguía vagando como un perro perdido y hambriento. Al cruzar un campo, vi la aguja de la iglesia ante mí, y me apresuré por alcanzarla. Cerca del cementerio, en medio de un jardín, había una casa pequeña pero cuidada, que sin duda era la rectoría. Recordé que los forasteros que llegan a un lugar donde no tienen amigos a veces acuden al párroco en busca

de ayuda para encontrar un empleo. La misión del clérigo es socorrer, por lo menos con consejos, a aquellos que quieren buscar sus propias soluciones. Me parecía que tenía una especie de derecho a buscar consejo aquí. Armándome de valor y haciendo acopio de la poca fuerza que me quedaba, seguí adelante. Llegué a la casa y llamé a la puerta de la cocina. Abrió una anciana, y le pregunté si era la rectoría.

—Sí.

—¿Está en casa el párroco?

—No.

—¿Volverá pronto?

—No, está de viaje.

—¿Está lejos?

—No mucho, a unas tres millas. Se ha marchado a causa de la muerte repentina de su padre; está en March End ahora, y probablemente se quede allí quince días más.

—¿Hay una señora de la casa?

—No, no hay nadie más que yo, que soy el ama de llaves.

Y, lector, no me atreví a pedirle que me auxiliara en el estado en el que me encontraba. Aún no estaba dispuesta a mendigar, por lo que me alejé a rastras.

Una vez más me quité el pañuelo, una vez más me puse a pensar en el pan de la tienda. ¡Qué no daría por un mendrugo para ahuyentar la angustia del hambre! Instintivamente me dirigí de nuevo a la aldea, volví a la tienda y entré, y aunque había otras personas presentes además de la mujer, me atreví a pedirle:

—¿Me cambiaría un panecillo por este pañuelo?

Me miró suspicaz:

—No, nunca hago ese tipo de ventas.

Casi desesperada, le pedí medio pan, pero volvió a negarse.

—¿Cómo sé yo de dónde ha sacado el pañuelo? —preguntó.

—¿Quiere los guantes?

—No; ¿de qué me iban a servir?

Lector, no es agradable recrearse en estos detalles. Hay quien dice que halla placer rememorando experiencias penosas del pasado; pero yo aún no puedo soportar recordar los tiempos que relato aquí; la mezcla de degradación moral con el sufrimiento físico constituye un recuerdo demasiado doloroso para meditarlo voluntariamente. No culpaba a ninguno de los que se negaron a ayudarme. Me pareció que era lo normal y que no tenía remedio; un mendigo suele ser objeto de suspicacias, y mucho más un mendigo bien vestido. Por supuesto que lo que mendigaba era un empleo, pero ¿quién tenía la obligación de dármelo? Desde luego no aquellas personas que me veían por primera vez y no sabían nada de mi carácter. En cuanto a la mujer que no quiso cogerme el pañuelo a cambio de pan, hizo bien si consideraba siniestro el ofrecimiento, o poco rentable el trueque. Pero voy a resumir, pues estoy harta del tema.

Poco antes de caer la noche, pasé delante de una granja, y en la puerta de la casa estaba sentado el granjero, cenando pan con queso. Me paré y dije:

—¿Me da usted un poco de pan, que tengo mucha hambre?

Me miró sorprendido y sin contestar, cortó de su hogaza una rebanada generosa y me la dio. Supongo que no creía que fuera una mendiga, sino una señora excéntrica que se había encaprichado de su pan moreno. Cuando me hube alejado de la casa, me senté a comerlo.

No podía pretender alojarme bajo techo, por lo que busqué refugio en el bosque que antes he mencionado. Pero pasé mala noche y descansé poco: el suelo estaba húmedo, el aire, frío, y pasaron cerca varias personas, lo que me obligó a cambiar de sitio una y otra vez, pues me faltaba la sensación de seguridad y paz. Antes del amanecer se puso a llover, y siguió durante todo el día siguiente. No me pidas, lector, que cuente detalles de aquel día. Busqué trabajo, como antes; me lo negaron, como antes; pasé hambre, como antes. Solo una vez probé bocado. En la puerta de

una casita, vi a una niña a punto de echar un revoltijo de avena fría a un comedero de cerdos.

—¿Me lo das? —le pedí.

Me miró fijamente.

—¡Madre! —exclamó—, hay una mujer que quiere que le dé la avena.

—Bien, niña —contestó una voz de dentro—, dásela si es una mendiga. El cerdo no la quiere.

La niña vació en mis manos el mejunje espeso, que devoré vorazmente.

«Me faltan las fuerzas —me dije a mí misma—. No creo que pueda seguir mucho tiempo. ¿He de ser una desterrada esta noche también? ¿Debo tumbarme en el suelo mojado y frío bajo esta lluvia? No tengo elección, porque ¿quién querrá recibirme? Pero será terrible con esta sensación de hambre, frío y desolación, esta falta total de esperanza. Es muy probable que me muera antes del amanecer. ¿Por qué no me conformo con la idea de la muerte? Sé que vive aún el señor Rochester, por lo tanto morirme de necesidad y de frío es una suerte a la que mi naturaleza no se resigna sin luchar. ¡Oh, Providencia, sostenme un poco más! ¡Ayúdame y guíame!».

Pasé los ojos por el paisaje borroso por la niebla. Me di cuenta de que me había alejado mucho de la aldea, que ya no se veía. Incluso había perdido de vista las tierras cultivadas de alrededor. Atravesando senderos y veredas, había regresado a los páramos, y solo unos cuantos campos yermos e improductivos como los matorrales que los rodeaban me separaban de la colina tenebrosa.

«Prefiero morir allá que en una calle o un camino transitado —reflexioné—. Y es mejor que los cuervos, si es que los hay en esta región, devoren la carne de mis huesos que acabar en un ataúd del asilo, pudriéndome en una fosa común».

Por lo tanto, me dirigí a la colina. Cuando llegué allí, solo me faltaba encontrar un hueco donde tumbarme para sentirme oculta si no segura, pero toda la superficie era lisa. No había variación salvo

en las tonalidades: verde, donde crecían los juncos y el musgo; negro, donde solo brezales cubrían la tierra seca. Aunque se hacía de noche, todavía veía estos contrastes, pero solo como alternancias de sombras y claros, pues habían desaparecido los colores con la luz del día.

Pasé aún mi vista por las lúgubres ondulaciones del borde del páramo, perdiéndose en medio del paisaje silvestre; entonces, en un punto lejano, entre los pantanos y las cumbres, vislumbré una luz. «Es un *ignis fatuus*», fue mi primer pensamiento, esperando que se desvaneciera enseguida. Pero siguió brillando con constancia, sin acercarse ni alejarse. «¿Será una hoguera recién encendida?» me pregunté. La vigilé para ver si cambiaba de tamaño, pero no disminuía ni tampoco aumentaba. «Puede ser una vela dentro de una casa —supuse—, pero si es así, no podré alcanzarla: está demasiado lejos. Y aunque estuviera a solo una yarda de distancia, ¿de qué me serviría? Si llamase a la puerta, la cerrarían en mis narices».

Y me dejé caer allí donde estaba y aplasté el rostro contra el suelo. Me quedé un rato quieta; el viento nocturno soplaba sobre las colinas y sobre mí, para ir a extinguirse con un gemido en lontananza; la lluvia caía firmemente, calándome hasta los huesos. Si hubiera podido entregarme a la escarcha silenciosa, al amable entumecimiento de la muerte, no me habría importado que siguiese la lluvia, porque no la habría sentido, pero mi carne aún viva se estremecía con el frío. Me levanté enseguida.

Seguía allí la luz, débil, aunque constante. Intenté caminar de nuevo, arrastrando lentamente mi cuerpo agotado en dirección a ella. Crucé oblicuamente la colina y atravesé un amplio pantano, lo cual no habría sido posible en invierno, y ahora, en pleno verano, fue difícil. Dos veces me caí, pero me levanté e hice acopio de fuerzas. Esa luz era mi última esperanza y debía llegar a ella.

Una vez hube cruzado el pantano, vi una línea blanca en el páramo. Me acerqué a ella; era un sendero o vereda, y conducía directamente a la luz, que brillaba desde una especie de otero,

rodeado de unos árboles, abetos por lo que podía distinguir de su forma y follaje en la oscuridad. Desapareció mi estrella al acercarme, tapada por algún obstáculo que se interponía entre ella y yo. Extendí la mano para tantear la masa oscura, y palpé las toscas piedras de un muro bajo, con una especie de panzada encima y un seto alto y espinoso al otro lado. Avancé a tientas. Delante, distinguí un objeto blancuzco: era una verja, que se balanceó al tocarla. A cada lado crecía un arbusto, probablemente acebos o tejos.

Cuando pasé por la verja entre los arbustos, se hizo visible la silueta de una casa negra, baja y muy alargada, pero la luz ya no se veía. Todo estaba a oscuras. ¿Se habrían acostado los ocupantes? Temía que así fuese. Al buscar la puerta, doblé un ángulo y volvió a aparecer la luz acogedora, a través de los rombos de una diminuta ventana con celosía, casi a flor de suelo, que parecía aún más pequeña por la hiedra u otra planta trepadora que la rodeaba, cuyas hojas crecían abundantes sobre esa porción de la casa. El hueco de la ventana era tan estrecho que no necesitaba cortinas ni persianas, y cuando me agaché y aparté la rama que la cubría, pude ver todo lo que había dentro. Vi una habitación con el suelo lijado y bien fregado; un aparador de nogal, con hileras de platos de peltre, que reflejaban los destellos rojos y radiantes de un fuego de turba. Vi un reloj, una mesa de pino y algunas sillas. La vela cuya luz me sirviera de baliza ardía sobre la mesa, y su luz iluminaba a una mujer mayor de aspecto algo tosco, aunque escrupulosamente limpia, como todo lo que la rodeaba, que hacía calceta.

Miré por encima estos objetos, que no tenían nada de extraordinario. Junto al fuego se encontraba un grupo más interesante, inmóvil en la paz y el calor que emanaban de ahí. Eran dos mujeres jóvenes y agraciadas, evidentemente señoras, sentadas, una en una mecedora baja, y la otra en un taburete más bajo aún. Ambas llevaban ropa de crespón y fustán de luto riguroso, que realzaba la finura de sus dulces rostros. Un viejo perdiguero apoyaba su enorme cabeza en las rodillas de una de las jóvenes, mientras que la otra llevaba en el regazo un gato negro.

¡Qué extraño que una humilde cocina albergase a semejantes ocupantes! ¿Quiénes serían? No podían ser hijas de la anciana, que tenía un aspecto rústico, mientras que ellas se veían delicadas y cultivadas. Nunca había visto rostros como los suyos, a pesar de lo cual me parecía conocer cada línea. No puedo decir que fueran bellas, pues eran demasiado pálidas y serias; inclinadas sobre sendos libros, su aspecto pensativo rayaba en la severidad. Sobre un atril, había una segunda vela y dos grandes tomos, que consultaban a menudo, aparentemente comparándolos con los libros más pequeños que tenían en las manos, como si consultaran un diccionario para ayudarlas a realizar una traducción. La escena era tan silenciosa como si fueran sombras todas las figuras, y un cuadro la habitación alumbrada por el fuego. Era tan silenciosa que oía caer las cenizas de la chimenea y el tictac del reloj en un rincón apartado, e incluso me imaginaba que oía los golpecitos de las agujas de la mujer. Cuando una voz vino a romper por fin el extraño silencio, la oí claramente.

—Escucha, Diana —dijo una de las estudiantes aplicadas—; Franz y el viejo Daniel se encuentran juntos por la noche, y Franz le cuenta un sueño del que acaba de despertar aterrorizado, ¡escucha! —y leyó en voz queda un pasaje del que no entendí palabra, pues era una lengua desconocida para mí, ni francés ni latín. No sabía si sería griego o alemán.

—Tiene fuerza —dijo cuando acabó—, me encanta.

La otra muchacha, que había levantado la cabeza para escuchar a su hermana, con la vista fija en el fuego repitió una línea de lo que había oído. Más adelante supe de qué idioma y de qué libro se trataba; por lo tanto, cito aquí esa línea, aunque la primera vez que la oí, me sonó como unos golpes metálicos sin ningún sentido.

—*Da trat hervor Einer, anzusehen wie der Sternen Nacht*[50]. ¡Muy bien! —exclamó, con un brillo en los ojos oscuros—. ¡Ahí tienes la representación fiel de un arcángel! Esa línea vale por cien líneas rimbombantes. *Ich wäge die Gedanken in der Schale meines*

Zornes und die Werke mit dem Gewichte meines Grimms[51]. ¡Me gusta!

Y se quedaron calladas de nuevo.

—¿Existe un país donde hablen de esa manera? —preguntó la anciana, levantando los ojos de su labor.

—Sí, Hannah, un país mucho más grande que Inglaterra, donde no hablan de otra manera.

—Pues entonces, no sé cómo harán para entenderse; pero si alguna de ustedes fuera allí, supongo que la entenderían.

—Probablemente entendiéramos algo de lo que dijeran, pero no todo, Hannah, porque no somos tan listas como crees. No hablamos alemán, y tampoco sabemos leerlo sin la ayuda de un diccionario.

—¿Y para qué les sirve?

—Pensamos enseñarlo alguna vez, por lo menos a nivel elemental, y ganaremos más dinero que ahora.

—Supongo que así será, pero dejen de estudiar; ya han hecho suficiente para esta noche.

—Creo que tienes razón: estoy cansada. ¿Y tú, Mary?

—Cansadísima. Después de todo, es un trabajo arduo afanarse con un idioma sin más maestro que un diccionario.

—Es verdad; especialmente con un idioma como este maravilloso *Deutsch* tan complicado. Me pregunto cuándo volverá St. John.

—Seguro que no tardará mucho: son las diez —mirando un pequeño reloj de oro que sacó del cinto—. Llueve a cántaros. Hannah, ¿quieres hacer el favor de mirar cómo va el fuego del salón?

Se levantó la mujer y abrió una puerta, a través de la cual vislumbré un pasillo; la oí atizar el fuego de una habitación interior, y después regresó.

—Ah, niñas —dijo—, ¡qué pena me da entrar ahora en aquella habitación! Se ve tan solitaria con la butaca vacía y arrinconada.

Enjugó unas lágrimas con el delantal; las dos jóvenes, antes serias, ahora se pusieron tristes.

—Pero ha ido a un lugar mejor —prosiguió Hannah—; no debemos desear que esté aquí de nuevo. Nadie puede querer una muerte más dulce que la suya.

—¿Dices que no nos mencionó? —preguntó una de las damas.

—No le dio tiempo, niña; su padre se fue en un periquete. Se había encontrado un poco mal el día anterior, pero nada importante, y cuando le preguntó St. John si quería mandar buscar a alguna de las dos, se rio de él. Al otro día, hace ya una quincena, tenía la cabeza algo pesada, se durmió y ya no se despertó más. Su hermano lo encontró tieso cuando entró. ¡Vaya, niñas! fue el último del viejo linaje, pues ustedes y el señor St. John son de otra pasta, aunque su madre era como ustedes, y casi igual de estudiosa. Es usted su viva imagen, Mary; Diana se parece más a su padre.

Yo las encontraba tan parecidas que no sabía qué diferencia notaba la vieja criada (pues había llegado a la conclusión de que era tal). Ambas eran claras de tez y esbeltas de cuerpo; ambas tenían distinción e inteligencia en el rostro. Una de ellas, tengo que decir, tenía el cabello de un tono más oscuro que la otra, y lo llevaban de diferente estilo: el pelo castaño de Mary tenía raya en medio y estaba recogido en trenzas; los rizos más oscuros de Diana caían sobre su cuello. Dieron las diez en el reloj.

—Querrán cenar, supongo —comentó Hannah—, y el señor St. John también, cuando venga.

Y se dispuso a preparar la comida. Se levantaron las damas, me imagino que para retirarse al salón. Hasta ese momento, estaba tan ocupada observándolas a ellas, su aspecto y su conversación habían despertado en mí un interés tan vivo, que casi había olvidado mi propia situación desolada, que ahora me volvió a la mente, más desolada, más desesperada que nunca por el contraste. ¡Qué imposible me pareció despertar en las ocupantes de la casa una preocupación por mí, hacer que creyesen en la realidad de mi necesidad y mis penas, para que me ofreciesen un descanso de mis vagabundeos! Me acerqué a tientas a la puerta y llamé titubeante, pensando que esta idea era solo un sueño. Hannah la abrió.

—¿Qué quiere? —preguntó, con tono sorprendido, contemplándome a la luz de la vela que tenía en la mano.

—¿Puedo hablar con las señoras?

—Más vale que me diga a mí qué es lo que tiene que decirles. ¿De dónde viene?

—Soy forastera.

—¿Qué asunto la trae a esta casa?

—Pido pasar la noche en un cobertizo o en cualquier rincón, y un pedazo de pan para comer.

En el rostro de Hannah se asomó la desconfianza, exactamente lo que más temía yo.

—Le daré un trozo de pan —dijo, después de una pausa—, pero no podemos albergar a una vagabunda, no es posible.

—Por favor, déjeme hablar con sus amas.

—Desde luego que no. ¿Qué pueden hacer ellas por usted? No debería estar vagando por ahí ahora, con este mal tiempo.

—¿Pero adónde iré si usted me echa? ¿Qué será de mí?

—Ya supongo que sabrá usted adónde ir y qué hacer. Pero ojo con portarse mal, ¿eh? Tenga un penique y váyase.

—Con un penique no puedo comer, y no me quedan fuerzas para seguir adelante. ¡Por el amor de Dios, no cierre usted la puerta!

—Debo hacerlo; está entrando la lluvia.

—Llame a las señoras. Déjeme verlas.

—De ninguna manera. Usted no es todo lo que debería ser, o no armaría este escándalo. ¡Márchese!

—Si me echa, moriré.

—¡Qué va! Creo que está tramando algo, para venir de esta forma a la casa a estas horas de la noche. Si viene acompañada de malhechores, ladrones o algo así, ya puede decirles que no estamos solas, que hay un caballero y perros y escopetas. —Y con estas palabras, la criada honrada pero inflexible cerró de golpe la puerta y echó el cerrojo.

Esto fue el colmo. Una punzada de dolor, una agonía de desesperación, me partió el corazón. Estaba realmente exhausta; no

era capaz de dar un paso. Me dejé caer en el umbral, gimiendo, retorciéndome las manos y llorando de angustia absoluta. ¡El espectro de la muerte! ¡Mi última hora se aproximaba espantosa! ¡Qué aislamiento! ¡Qué destierro de mis semejantes! Se habían perdido, por lo menos momentáneamente, el ancla de la esperanza y el apoyo de la fortaleza, aunque luché por recuperarlos.

—Solo me queda morir —me dije—, y creo en Dios. Intentaré acatar su voluntad en silencio.

No solo pensé estas palabras, sino que las pronuncié; haciendo un esfuerzo, desterré todas las penas al fondo de mi corazón y me esforcé por mantenerlas ahí, quietas y mudas.

—Todos los hombres hemos de morir —dijo una voz muy cerca de mí—; pero no todos estamos condenados a morir de una muerte lenta y prematura, tal como sería la suya si se muriese de hambre aquí.

—¿Quién o qué cosa habla? —pregunté, aterrorizada por el sonido inesperado e incapaz de colegir esperanzas de socorro en ninguna circunstancia. Había una forma, pero la oscuridad de la noche y mi vista debilitada no permitieron que pudiera distinguir de qué forma se trataba. El recién llegado llamó a la puerta urgente e insistentemente.

—¿Es usted, señor St. John? —gritó Hannah.

—Sí, sí. Abre deprisa.

—¡Pues bien mojado y cansado vendrá en semejante noche! Pase usted, sus hermanas están preocupadas por usted y yo creo que merodean unos maleantes por aquí. Ha venido una mendiga… ¡si está ahí todavía! ¡Levántese, por Dios! ¡Váyase de ahí!

—¡Calla, Hannah! Tengo unas palabras que decir a esta mujer. Tú has cumplido con tu deber echándola, ahora deja que cumpla yo con el mío, admitiéndola. Estaba cerca, y he oído lo que decíais. Creo que este es un caso especial y debo, cuando menos, examinarlo. Levántese, joven, y pase a la casa.

Le obedecí con dificultad. Poco después, me encontré de pie dentro de la cocina limpia y alegre, junto al fuego, temblorosa y

enferma, y consciente de mi aspecto espantoso, desaliñado y curtido por la intemperie. Las dos señoras, su hermano, el señor St. John, y la vieja criada me observaban todos.

—St. John, ¿quién es? —oí que preguntaba una.

—No lo sé, la encontré en la puerta —fue la respuesta.

—¡Qué blanca está! —dijo Hannah.

—Tan blanca como la nieve o la muerte —contestaron—. Se va a caer: que se siente.

Me daba vueltas la cabeza, me caí y me acogió una silla. Todavía era dueña de mis sentidos, aunque era incapaz de hablar en ese momento.

—Quizás se reponga con un poco de agua. Tráela, Hannah. Pero si está demacrada. ¡Qué delgada y pálida está!

—¡Como un fantasma!

—¿Está enferma, o solo famélica?

—Creo que famélica. ¿Es eso leche, Hannah? Dámela, y un poco de pan.

Diana (a quien conocí por los largos rizos que se interpusieron entre el fuego y yo cuando se agachó) partió un pedazo de pan, lo mojó en la leche y me lo acercó a los labios. Tenía cerca su cara, y vi que estaba llena de lástima y noté compasión en su aliento entrecortado. Observé la misma emoción tranquilizadora en sus palabras:

—Intente comer.

—Sí, inténtelo —repitió suavemente Mary, mientras su mano me quitaba el sombrero calado y me sostenía la cabeza. Probé lo que me ofrecían, primero despacio y después ávidamente.

—No le deis demasiado al principio, despacio —dijo el hermano —; ya ha tomado bastante —retirando la taza de leche y el plato de pan.

—Un poco más, St. John, mira qué hambre se ve en sus ojos.

—No más de momento, hermana. Veamos si puede hablar ahora; pregúntale su nombre.

Me sentí con fuerzas para hablar y respondí:

—Me llamo Jane Elliott —pues estaba aún ansiosa por evitar ser descubierta, y había resuelto asumir un nombre falso.

—¿Y dónde vive? ¿Dónde están sus amigos?

Callé.

—¿Podemos avisar a algún conocido?

Negué con la cabeza.

—¿Qué explicación tiene para su estado?

De alguna manera, ahora que había cruzado el umbral de la casa y me encontraba delante de sus dueños, ya no me sentía paria, vagabunda ni desterrada del mundo. Me atreví a dejar de ser una mendiga y recobrar mis modales y carácter naturales. Empecé a ser dueña de mí misma de nuevo, y cuando St. John me pidió una explicación, que estaba demasiado débil para proporcionarle, después de una breve pausa, le dije:

—Señor, no puedo darle los detalles esta noche.

—Pero entonces —dijo— ¿qué pretende usted que haga por usted?

—Nada —contesté. Solo tenía fuerzas para hacer respuestas cortas. Diana empezó a hablar:

—¿Quiere usted decir —preguntó— que ya le hemos dado toda la ayuda que precisa, y que podemos lanzarla al páramo en esta noche de lluvia?

La contemplé. Pensé que tenía un rostro excepcional, imbuido de fortaleza y bondad. De pronto, me armé de valor. Respondiendo con una sonrisa a su mirada compasiva, dije:

—Me fío de ustedes. Si fuera un perro vagabundo sin amo, sé que no me echarían de su casa esta noche, por lo que no tengo miedo. Hagan por mí y conmigo lo que deseen, pero dispénsenme de hablar mucho, ya que me falta el aliento, y siento espasmos al hablar. —Me miraron los tres y callaron.

—Hannah —dijo por fin St. John—, deja que se quede aquí sentada un momento, y no le hagas preguntas. Dentro de diez minutos, dale lo que queda de la leche y el pan. Mary y Diana, vayamos al salón para hablar del asunto.

Se retiraron. Al poco tiempo, volvió una de las jóvenes, no sé cuál. Me embargaba una especie de estupor placentero, ahí sentada junto a la chimenea. En voz baja, le dio instrucciones a Hannah. Poco después, con la ayuda de la criada, logré subir una escalera y quitarme la ropa empapada; me recibió una cama cálida y seca. Di las gracias a Dios, sintiendo un arrebato de gratitud en medio del agotamiento inenarrable, y me dormí.

Capítulo III

Tengo un recuerdo muy borroso de los tres días y noches que siguieron a este incidente. Me acuerdo de algunas de las sensaciones que experimenté en ese intervalo, pero de pocas de las ideas que me pasaron por la mente y de ninguno de mis actos. Sabía que me hallaba en una cama estrecha en un cuarto pequeño. Parecía formar parte de aquella cama, donde yacía inmóvil como una piedra, como si arrancarme de allí casi hubiera sido matarme. No me fijaba en el paso del tiempo: del cambio de mañana a tarde, de tarde a noche. Cuando alguien entraba o salía del cuarto, me enteraba; incluso sabía quién era quién; comprendía lo que decían si estaban cerca de mí, pero me era imposible despegar los labios o mover el cuerpo. Hannah, la criada, era mi visitante más asidua. Me molestaban sus visitas. Tenía la sensación de que quería que me fuera, de que no comprendía ni a mí ni mis circunstancias, de que estaba predispuesta en mi contra. Diana y Mary acudían al cuarto una o dos veces al día. Susurraban junto a mi lecho cosas como estas:

—Menos mal que la hemos recogido.

—Sí. Si se hubiera quedado toda la noche a la intemperie, la habríamos encontrado muerta en la puerta a la mañana siguiente. Me pregunto qué le habrá ocurrido.

—Terribles penalidades, sin duda, ¡pobre viajera fatigada!

—Por su manera de hablar, deduzco que no es una persona inculta. Tiene muy buen acento y la ropa que llevaba era de buena calidad y poco gastada, a pesar de estar manchada y mojada.

—Tiene una cara peculiar; aunque enjuta y demacrada, me agrada; me imagino que será bonita cuando se ponga fuerte y se anime.

En ningún momento de sus conversaciones pronunciaron ni una sílaba de pesadumbre por haberme brindado su hospitalidad, ni de suspicacia o aversión hacia mi persona, lo que me consolaba.

El señor St. John vino solo una vez. Me miró y dijo que mi estado de letargo se debía a la fatiga excesiva y prolongada. Declaró que no hacía falta llamar a un médico, pues estaba seguro de que la naturaleza me sanaría mejor sin ayuda. Dijo que cada nervio debió de sufrir de alguna forma y que todo mi organismo necesitaba mucho reposo. No padecía ninguna enfermedad, y suponía que mi recuperación, una vez iniciada, sería rápida. Ofreció estas opiniones en pocas palabras y en voz queda y sosegada, y añadió, tras una pausa, en el tono de un hombre poco dado a las expansiones, que «tenía una fisonomía poco corriente, que no daba muestras de vulgaridad o degradación».

—Al contrario —contestó Diana—. A decir verdad, St. John, la pobre criatura me enternece. Espero que podamos prestarle ayuda permanente.

—Es poco probable —respondió él—. Verás cómo será una joven que ha tenido un malentendido con sus amigos y se ha alejado de ellos imprudentemente. Quizás podamos devolverla con ellos si no resulta muy obstinada, pero veo por las líneas de su rostro que no se dejará manipular fácilmente. —Se quedó contemplándome unos minutos, y añadió—: Parece sensata, pero no es nada guapa.

—Está muy enferma, St. John.

—Enferma o sana, nunca será guapa. Sus rasgos carecen absolutamente de gracia y armonía.

Al tercer día, me encontraba mejor; al cuarto, podía hablar, moverme, incorporarme y darme la vuelta en la cama. A la hora que deduje era la de comer, Hannah me trajo gachas y tostadas. Comí con apetito; la comida estaba buena, libre del sabor febril que había

contaminado todo lo que había comido hasta entonces. Cuando me dejó, me sentía relativamente fuerte y repuesta y, poco tiempo después, me invadió el hartazgo de tanto reposo y el deseo de moverme. Quería levantarme, pero ¿qué podía ponerme? Solo poseía la ropa manchada, con la que había dormido y me había caído en el pantano. Me daba vergüenza presentarme ante mis benefactores con semejante indumentaria, pero me habían ahorrado esa humillación.

En una silla junto a la cama se encontraban todas mis cosas, limpias y secas. El vestido de seda negra colgaba de una percha en la pared. Le habían quitado las huellas de barro y las arrugas provocadas por el agua, y estaba muy presentable. Hasta los zapatos y las medias estaban limpios y aseados. Encontré en la habitación todo lo que necesitaba para lavarme, además de un peine y un cepillo para arreglarme el cabello. Después de muchos esfuerzos, deteniéndome cada cinco minutos para descansar, conseguí vestirme. La ropa me venía grande, pues había adelgazado mucho, pero me tapé los defectos con un chal, y con aspecto limpio y respetable de nuevo, sin una mota de polvo ni señales del desorden que tanto me molestaba y degradaba, salí del cuarto y me deslicé por una escalera de piedra y, apoyándome en el pasamanos, pasé por un corredor estrecho y bajo y llegué a la cocina.

Esta despedía un aroma a pan recién hecho, y el calor de un fuego generoso. Como se sabe, es muy difícil arrancar de un corazón cuyo suelo no ha sido abonado por la educación los prejuicios, que crecen allí fuertes, como la mala hierba entre las piedras. Al principio, Hannah se había mostrado fría e inflexible; después, se había ablandado un poco, y, cuando me vio entrar pulcra y bien vestida, incluso me sonrió.

—¿Qué, ya se ha levantado? —dijo—. Se encuentra mejor, entonces. Siéntese en mi silla junto a la chimenea, si quiere.

Señaló una mecedora y me senté en ella. Se ajetreaba a mi alrededor, escudriñándome de cuando en cuando con el rabillo del

ojo. Se volvió hacia mí mientras sacaba unos bollos del horno y me preguntó bruscamente:

—¿Había mendigado alguna vez antes de venir aquí?

Durante un momento, me sentí indignada pero, recordando que no tenía motivos para enfadarme y que, efectivamente, me había presentado ante ella como una mendiga, le respondí tranquilamente, mas no sin cierta severidad:

—Se equivoca usted al creerme una mendiga, pues no lo soy más que usted o sus jóvenes amas.

Después de una pausa, dijo:

—No entiendo: supongo que no tiene ni casa ni níquel.

—La falta de una casa o níquel, supongo que quiere usted decir dinero, no convierte a alguien en mendiga, tal como usted lo entiende.

—¿Es usted instruida? —preguntó al rato.

—Sí, mucho.

—Pero ¿no habrá ido a un internado?

—He estado ocho años en un internado.

Abrió desmesuradamente los ojos.

—Entonces, ¿cómo es que no se sabe mantener?

—Me he mantenido y confío en volver a hacerlo. ¿Qué va a hacer con esas grosellas? —inquirí, viéndola sacar una cesta llena de fruta.

—Tartas.

—Démelas para que se las limpie.

—No, no quiero que haga nada.

—Pero tengo que hacer algo. Démelas.

Asintió e incluso me trajo un trapo limpio para que me lo extendiera encima de la falda, «por si la ensucia», me dijo.

—No está acostumbrada a trabajar de criada, lo veo por sus manos —comentó—. ¿Acaso ha sido modista?

—No, se equivoca. No importa lo que yo haya sido; no se caliente usted la cabeza, y dígame el nombre de esta casa.

—Algunos la llaman Marsh End y otros Moor House.

—¿Y el caballero que vive aquí se llama St. John?

—No, él no vive aquí, solo está pasando unos días. Su casa está en su parroquia de Morton.

—¿Esa aldea que está a unas millas de aquí?

—Sí.

—Y, ¿qué es él?

—Es clérigo.

Recordé la respuesta de la vieja ama de llaves de la rectoría, cuando pedí ver al párroco.

—Entonces, ¿esta casa era la de su padre?

—Sí; aquí vivía el viejo señor Rivers, y su padre, su abuelo y su bisabuelo antes.

—¿Se llama, entonces, St. John Rivers?

—Sí; su nombre de pila es St. John.

—¿Y sus hermanas se llaman Diana y Mary Rivers?

—Sí.

—¿Ha muerto su padre?

—Murió de una embolia hace tres semanas.

—¿No tienen madre?

—Ella murió hace muchos años.

—¿Ha vivido usted muchos años con la familia?

—He vivido treinta años aquí. He criado a los tres.

—Eso demuestra que es usted una criada honrada y leal. Lo reconozco, aunque ha tenido la desfachatez de llamarme mendiga.

Me contempló con asombro.

—Creo que me he equivocado respecto a usted —dijo—, pero hay tanto maleante por ahí, que tiene que perdonarme.

—¿Aunque —proseguí con severidad— quería echarme de la casa en una noche tan mala que no hubiera echado ni a un perro?

—Sé que fui dura, pero ¿qué puede hacer una? Pensaba más en las niñas que en mí misma, ¡pobrecitas! No tienen a nadie más que a mí para que las cuide. A veces soy algo arisca.

Me quedé unos minutos callada y seria.

—No debe tener mala opinión de mí —comentó.

—Pero sí que la tengo —dije—, y le voy a decir por qué. No tanto porque se negara a ofrecerme asilo o porque me considerase una impostora, sino porque me ha reprochado ahora que no tuviese casa ni «níquel». Algunas de las mejores personas del mundo han sido tan pobres como yo; y si es usted cristiana, no debería considerar que la pobreza sea un delito.

—Tiene usted razón —dijo—; también me lo dice el señor St. John, y veo que me he equivocado, pero ahora tengo una opinión muy diferente de usted. Parece una criatura de lo más decente.

—Eso está bien, ahora la perdono. Démonos la mano.

Puso en mi mano la suya callosa y manchada de harina, y una sonrisa más cordial iluminó su rostro tosco; desde ese momento fuimos amigas.

Era evidente que a Hannah le gustaba charlar. Mientras yo limpiaba la fruta y ella preparaba la masa para las tartas, no paró de contarme detalles sobre sus amos fallecidos y «su prole», como llamaba a los jóvenes.

El viejo señor Rivers, me dijo, era un hombre sencillo, aunque un caballero del mejor linaje que se puede encontrar. Marsh End pertenecía a los Rivers desde siempre, y tenía, según afirmó, unos doscientos años, aunque pareciera una casa humilde y pequeña que no se podía comparar con la mansión del señor Oliver en el valle de Morton. Ella recordaba al padre de Bill Oliver, que había sido jornalero en la fábrica de agujas, mientras que los Rivers habían sido caballeros en la época del rey Enrique, como se podía comprobar consultando los registros de la iglesia de Morton. Sin embargo, reconoció, el viejo amo era como cualquiera, nada extraordinario, loco por la caza y la tierra y esas cosas. La señora había sido diferente. Era una gran lectora y muy estudiosa, y los «críos» habían salido a ella. No había familia como la suya en esa parte, y nunca la había habido: a los tres les gustaba estudiar, casi desde que empezaron a hablar, y siempre habían sido «muy suyos». El señor St. John quería ir al colegio y ser clérigo cuando fuera mayor, y las chicas buscarían un puesto de institutriz en

cuanto salieran de la escuela pues muchos años antes el padre había perdido una gran cantidad de dinero al arruinarse un hombre en el que había confiado; y como no era lo bastante rico como para darles fortuna, debían valerse por sí mismos. Hacía mucho tiempo que no vivían en casa, y ahora habían venido a pasar unas semanas a causa de la muerte de su padre. Pero les gustaban mucho Marsh End y Morton y los páramos y las colinas de los alrededores. Habían ido a Londres y a otras grandes ciudades, pero siempre decían que no había ningún lugar como el hogar; y se llevaban muy bien, nunca reñían ni discutían. No conocía a una familia más unida.

Como ya había terminado de limpiar las grosellas, le pregunté adónde habían ido las dos señoritas y su hermano.

—Se han ido de paseo a Morton; pero volverán en media hora para tomar el té.

Regresaron a la hora que había vaticinado Hannah. Entraron por la puerta de la cocina. El señor St. John, cuando me vio, simplemente me hizo una reverencia y siguió adelante; las dos jóvenes se detuvieron. Mary expresó amable y serenamente, con pocas palabras, el placer que le proporcionaba verme lo bastante bien para haber bajado; Diana me tomó la mano y dijo, moviendo la cabeza:

—Ha debido esperar a que yo le diese permiso antes de bajar. Aún está muy pálida y ¡tan delgada! ¡Pobre, pobrecita!

La voz de Diana me recordó el arrullo de las palomas. Tenía unos ojos que me encantaba contemplar. Todo su rostro me parecía lleno de encanto. El semblante de Mary era igualmente inteligente, y sus rasgos igualmente bonitos; pero tenía una expresión más reservada, y unos modales, aunque amables, algo más distantes. Diana tenía en su porte y su forma de hablar cierta autoridad: estaba claro que tenía mucha voluntad. Por naturaleza, yo hallaba placer en ceder ante una autoridad como la suya y en inclinarme ante una voluntad férrea, cuando me lo permitían la conciencia y el amor propio.

—¿Y quién le manda estar aquí? —continuó—. No es su puesto. A veces Mary y yo nos sentamos en la cocina, porque en casa nos gusta permitirnos algunas licencias, pero usted es una invitada, y debe ir al salón.

—Estoy muy a gusto aquí.

—No es verdad, con Hannah dando vueltas alrededor y cubriéndola de harina.

—Además, el fuego es demasiado fuerte —intervino Mary.

—Desde luego —añadió su hermana—. Venga, debe ser obediente. —Y, sin soltarme la mano, me hizo levantar y me condujo a la habitación interior.

—Siéntese ahí —dijo, colocándome en el sofá—, mientras sacamos las cosas y preparamos el té; es otro privilegio que nos otorgamos en nuestra casita de los páramos: hacer nuestras propias comidas cuando nos apetece, o cuando Hannah está ocupada horneando, lavando o planchando.

Cerró la puerta, dejándome a solas con el señor St. John, que estaba sentado enfrente, con un libro o un periódico en la mano. Examiné primero el salón y después a su ocupante.

El salón era una habitación algo pequeña, amueblada con sencillez, pero cómoda, muy pulcra y ordenada. Las sillas anticuadas eran muy alegres y la mesa de nogal brillaba como un espejo. Las paredes manchadas estaban decoradas con algunos raros retratos antiguos de hombres y mujeres de antaño; una vitrina contenía algunos libros y unos antiguos adornos de porcelana. No había ningún adorno superfluo en la estancia, ni un mueble moderno, salvo un par de costureros y un escritorio de señora de palo de rosa, que estaban sobre un aparador. Todo, incluidas las cortinas y la alfombra, estaba muy gastado pero bien conservado.

El señor St. John, sentado tan quieto como los retratos de las paredes, con los ojos fijos en la página que leía y los labios firmemente sellados, era muy fácil de examinar. Si hubiera sido una estatua en vez de un hombre, no habría sido más fácil. Era joven, entre veintiocho y treinta años quizás, alto y esbelto. Su rostro

llamaba la atención: era como un rostro griego, de perfil puro, nariz recta y clásica, la boca y la barbilla atenienses. Pocas veces un rostro inglés se acerca tanto a los modelos clásicos como el suyo. Bien podía disgustarse por la irregularidad de mis facciones, cuando las suyas eran tan armoniosas. Tenía los ojos grandes y azules de pestañas color castaño; su amplia frente, clara como el marfil, estaba parcialmente tapada por unos mechones de cabello rubio.

Esta es una descripción atractiva, ¿no es cierto, lector? No obstante, la persona a la que describo no daba la impresión de tener una naturaleza dulce, complaciente, sensible y ni siquiera plácida. Aunque estaba inmóvil, había algo en la nariz, la boca y la frente que me sugerían elementos interiores inquietos, duros o impacientes. No me dijo una palabra ni me dirigió una mirada hasta que regresaron sus hermanas. Diana, en una de sus entradas y salidas mientras preparaba el té, me trajo un pastelillo recién cocido en el horno.

—Cómaselo —dijo—, debe de tener hambre. Hannah dice que no ha tomado más que gachas desde el desayuno.

No lo rechacé, porque se me había despertado el apetito. El señor Rivers cerró el libro, se acercó a la mesa y, al sentarse, me dirigió de pleno una mirada de sus ojos azules y bellos. Había en su mirada una curiosidad abierta, una fijeza inquisitiva y decidida, que indicaban que si no me había observado hasta ese momento, no fue por indiferencia, sino intencionadamente.

—Tiene usted mucha hambre —dijo.

—Sí, señor. —Es mi costumbre, siempre ha sido mi costumbre, contestar instintivamente a la brevedad con la brevedad, y a lo directo con franqueza.

—Es bueno que un poco de fiebre la haya obligado a comer poco los tres últimos días. Habría sido peligroso aplacarle el hambre al principio. Ahora puede comer, aunque con moderación.

—Confío en no comer mucho tiempo a su costa, señor —fue mi respuesta torpe y poco educada.

—No —dijo fríamente—; cuando nos indique dónde residen sus amigos, les escribiremos y la devolveremos con ellos.

—Debo decirle sin rodeos que no puedo hacerlo, ya que carezco totalmente de casa y amigos.

Me observaron los tres, pero sin desconfiar. Me pareció que no había suspicacia en sus miradas; había más curiosidad. Hablo sobre todo de las jóvenes. Los ojos de St. John, aunque eran muy claros en sentido literal, en sentido figurativo, eran muy difíciles de calar. Parecía utilizarlos como instrumentos para hurgar en los pensamientos de los demás más que como agentes para revelar los suyos propios; y esta mezcla de avidez y reserva contribuía más a inquietar que a animar.

—¿Quiere usted decir —preguntó— que se encuentra privada de cualquier relación?

—Sí. No tengo vínculo con ningún ser vivo, ni derecho a que se me reciba bajo ningún techo de Inglaterra.

—¡Una situación extraordinaria a su edad!

En este punto noté que dirigía la mirada a mis manos, dobladas ante mí sobre la mesa. Me preguntaba qué buscaba, pero sus palabras aclararon enseguida su pretensión.

—¿No está casada? ¿Es soltera?

Se rio Diana y dijo:

—Si no puede tener más de diecisiete o dieciocho, St. John.

—Tengo casi diecinueve, pero no estoy casada.

Sentí que un rubor me invadía la cara, porque la alusión al matrimonio despertó recuerdos dolorosos y amargos. Todos vieron mi turbación y agitación. Diana y Mary tuvieron el detalle de apartar sus ojos de mi rostro encendido, pero su hermano frío y severo continuó mirando hasta conseguir arrancarme unas lágrimas también.

—¿Dónde ha vivido últimamente? —preguntó.

—Eres demasiado curioso, St. John —murmuró Mary con voz queda; pero él se inclinó hacia mí y, por medio de otra mirada firme y penetrante, exigió una respuesta.

—Los nombres del lugar donde vivía y de la persona con quien vivía son mi secreto —respondí escuetamente.

—Y, en mi opinión, tiene usted todo el derecho a guardarlo de St. John y de cualquier otro que la interrogue, si le complace —comentó Diana.

—No obstante, si no sé nada de usted o de su historia, no puedo ayudarla —dijo él—. Y necesita ayuda, ¿verdad?

—La necesito, y lo que busco, señor, es que algún filántropo me ayude a encontrar un trabajo que pueda realizar con un salario que me cubra siquiera las necesidades más básicas de la vida.

—No sé si seré un verdadero filántropo; pero sí estoy dispuesto a ayudarla todo lo que pueda a lograr un fin tan honrado. Dígame primero qué es lo que está acostumbrada a hacer y qué es lo que *sabe* hacer.

Había terminado de tomar el té, que me había dado fuerzas, como el vino a un gigante; me tonificó los nervios y me permitió responder cabalmente a este joven juez.

—Señor Rivers —dije, volviéndome para mirarlo de frente tal como él me había mirado a mí, franca y llanamente—, usted y sus hermanas me han prestado un gran servicio, el mayor que puede prestar el hombre a un semejante: me han rescatado, con su generosa hospitalidad, de la muerte. Esta atención les da un derecho sin límites sobre mi agradecimiento, y cierto derecho sobre mi confianza. Les contaré la parte de la historia de la vagabunda que han amparado ustedes hasta donde puedo sin arriesgar mi propia tranquilidad, mi seguridad moral y física y la de otras personas.

»Soy huérfana, hija de un clérigo. Mis padres murieron antes de que pudiera llegar a conocerlos. Fui criada por unos familiares y educada en una institución benéfica. Les diré incluso el nombre de dicho establecimiento, donde pasé seis años de alumna y dos de profesora: El Orfanato Lowood, en el condado de… Habrá oído usted hablar de él, ¿verdad, señor Rivers? El tesorero es el reverendo Robert Brocklehurst.

—He oído hablar del señor Brocklehurst, y he visto la escuela.

—Salí de Lowood hace un año para convertirme en institutriz. Conseguí un buen puesto y era feliz. Me vi en la obligación de abandonar dicho puesto cuatro días antes de venir aquí. No puedo ni debo explicar los motivos por los que me marché, pues sería inútil y peligroso, y les parecerían increíbles. No soy culpable de nada, estoy tan libre de responsabilidad como cualquiera de ustedes tres. Estoy muy abatida, y así seguiré durante algún tiempo, porque la catástrofe que me hizo dejar una casa que me había parecido el paraíso fue de índole extraña y horrenda. Cumplí solo dos propósitos con mi huida: la rapidez y el sigilo. Para lograr esto, tuve que dejar atrás todo lo que poseía, salvo un pequeño paquete, que, con las prisas y las preocupaciones, se me olvidó en el coche que me trajo a Whitcross. Por lo tanto, llegué totalmente desvalida a este lugar. Dormí dos noches a la intemperie y deambulé durante dos días sin cruzar un umbral. Apenas dos veces en ese tiempo probé comida, y cuando el hambre, la fatiga y la desesperación me habían aproximado al último aliento, usted, señor Rivers, no me permitió morir de hambre en su puerta y me acogió bajo su techo. Sé cuánto han hecho sus hermanas por mí desde entonces, pues no estaba sin sentido durante mi aparente sopor, y debo tanto a la compasión espontánea, sincera y bondadosa de ellas como a la caridad evangélica de usted.

—No la hagas hablar más ya, St. John —dijo Diana cuando hice una pausa—; es evidente que no está en condiciones de excitarse aún. Venga al sofá y siéntese, señorita Elliott.

Me sobresalté involuntariamente al oír el seudónimo, pues se me había olvidado. El señor Rivers, que no perdía detalle, se dio cuenta en el acto.

—¿Ha dicho usted que se llama Jane Elliott? —preguntó.

—Sí que lo he dicho, y me parece conveniente que sea así de momento, pero no es mi verdadero nombre y, al oírlo, se me hace extraño.

—¿No quiere dar su verdadero nombre?

—No; sobre todo temo ser descubierta, por lo que evito cualquier revelación que pueda provocar que lo sea.

—Estoy segura de que hace bien —dijo Diana—. Ahora, hermano, déjala tranquila un rato.

Pero St. John, después de reflexionar unos minutos, reanudó imperturbable su interrogatorio con tanto ahínco como antes.

—No querrá usted depender de nuestra hospitalidad durante mucho tiempo; querrá prescindir cuanto antes de la compasión de mis hermanas, y, sobre todo, de mi *caridad*, soy consciente de la diferencia que ha señalado y no me ofende; ¿quiere ser independiente de nosotros?

—Así es, ya lo he dicho. Muéstrenme cómo trabajar o dónde encontrar empleo; no pido más. Después, déjenme marchar, aunque sea a la chabola más humilde, pero, *hasta entonces*, permítanme quedarme aquí. Me horroriza experimentar de nuevo las penalidades de estar sin techo.

—Por supuesto que se quedará aquí —dijo Diana, posando en mi cabeza su blanca mano.

—Por supuesto que sí —repitió Mary, en el tono de sinceridad sencilla que le era natural.

—Ya ve usted que mis hermanas hallan placer en mantenerla aquí —dijo el señor St. John—, tal como lo hallarían en mantener y cuidar un pajarillo medio congelado que entrase por la ventana impulsado por el viento. Yo me inclinaría a ayudarla a mantenerse usted misma, que es lo que intentaré hacer, pero no olvide que mi esfera de acción es muy limitada. Solo soy titular de una humilde parroquia rural, y mi ayuda ha de ser del tipo más humilde. Y si tiende usted a «despreciar el día de las cosas pequeñas»[52], deberá buscar un socorro más eficaz de lo que yo pueda ofrecerle.

—Ya ha dicho que está dispuesta a emprender cualquier cosa honrada que sepa hacer —respondió Diana por mí—; y bien sabes, St. John, que no puede elegir a quien la socorre, sino que tiene que soportar a una persona tan arisca como tú.

—Seré costurera, seré jornalera; seré criada o niñera, si no encuentro nada mejor —contesté.

—Bien —dijo fríamente el señor St. John—. Si ese es su espíritu, prometo ayudarla, cuando pueda y como me parezca.

Volvió a enfrascarse en el libro que le ocupara antes de tomar el té. Me retiré pronto, porque había hablado tanto y llevaba levantada tanto tiempo como mis fuerzas me permitían.

Capítulo IV

Cuanto más conocía a los habitantes de Moor House, más me agradaban. En pocos días recuperé fuerzas suficientes para estar todo el día levantada y salir a dar un paseo alguna vez. Me unía a Diana y Mary en todas sus actividades, conversaba con ellas tanto como querían, y las ayudaba en todo lo que me permitían. Encontré un placer reconfortante en esta relación, de un tipo desconocido anteriormente por mí, un placer que residía en una comunión de gustos, sentimientos y principios.

Me gustaba leer los mismos libros que a ellas, disfrutaba de las mismas cosas que ellas y reverenciaba todo lo que ellas aprobaban. Amaban su casita recóndita. Yo también veía un encanto inmenso y duradero en el viejo edificio pequeño y gris, con sus techos bajos, las celosías de sus ventanas, sus muros desgastados, su paseo de abetos zarandeados por los vientos de la montaña, su jardín repleto de tejos y acebos, donde no prosperaban otras flores que las más robustas. Les encantaban los páramos morados de brezo que rodeaban su casa y el valle profundo al final del sendero guijarroso. Este valle daba vueltas entre bancos de helechos y los campos más agrestes que jamás rodearan un páramo desierto, donde pastaba un rebaño de ovejas grises con sus corderos de cara manchada de musgo. A ellas les encantaba este paisaje con el entusiasmo del afecto profundo. Yo comprendía el sentimiento y compartía su fuerza y su sinceridad. Podía apreciar la fascinación del lugar. Sentía la bendición de su soledad y disfrutaba de las líneas ondulantes y los colores con los que teñían los cerros y las cañadas

el musgo, las campánulas, la turba cuajada de florecillas, los helechos brillantes y los riscos de granito. Estos detalles me proporcionaban a mí tantos placeres puros y dulces como a ellas. El viento furioso y la brisa suave, los días tormentosos y los apacibles, las auroras y los ocasos, las noches de luna y las nubladas adquirieron para mí el mismo atractivo que para ellas; me envolvieron en el mismo hechizo que a ellas.

Dentro de casa nos llevábamos igualmente bien. Eran más cultas y leídas que yo, pero seguí con entusiasmo el camino de aprendizaje que hollaran antes que yo. Devoraba los libros que me prestaban, y con gran satisfacción discutía con ellas por la noche sobre lo que había leído durante el día. Coincidíamos a la perfección en ideas, opiniones y gustos.

Si alguien destacaba de las tres, era Diana. Físicamente, me superaba con creces: era guapa y vigorosa. En su energía natural, había una abundancia de vitalidad y una seguridad de ánimo que me maravillaban y me resultaban incomprensibles a un tiempo. Yo podía hablar un rato al inicio de la tarde, pero después de la primera efusión de viveza y fluidez, me contentaba con quedarme sentada en un escabel a los pies de Diana, con la cabeza apoyada en sus rodillas, y escucharlas a ella y a Mary alternarse ahondando en temas que yo apenas había rozado. Diana se ofreció a enseñarme alemán. Me gustaba estudiar con ella y me di cuenta de que el papel de profesora le gustaba y le cuadraba, mientras que a mí no me gustaba ni cuadraba menos el de alumna. Se complementaban nuestras naturalezas, y el resultado era un cariño mutuo del tipo más sólido. Descubrieron que sabía dibujar, e inmediatamente pusieron a mi disposición sus lápices y acuarelas. Mi habilidad, en este único punto mayor que la suya, las sorprendió y deleitó. Mary solía sentarse a mirarme durante horas seguidas. Quiso que le diera clases y resultó ser una alumna dócil, inteligente y aventajada. Con estas ocupaciones y diversiones compartidas, los días pasaban como si fueran horas, y las semanas como si fueran días.

En cuanto al señor St. John, la intimidad que nació con tanta naturalidad y tan aprisa entre sus hermanas y yo no se extendió a él. Un motivo de la distancia que aún existía entre nosotros era el hecho de que pasaba poco tiempo en casa. Parece que dedicaba gran parte de su tiempo a visitar a los pobres y los enfermos de entre los feligreses dispersos de su parroquia.

Nada parecía disuadirle de hacer estas visitas pastorales; cuando acababa sus estudios matutinos, con buen o mal tiempo, cogía el sombrero y, seguido de *Carlo*, el viejo perdiguero de su padre, emprendía su misión, si de amor o de deber no sabría decir. A veces, si hacía muy mal día, sus hermanas lo amonestaban. En estos casos, él contestaba, con una sonrisa extraña, solemne más que alegre:

—Si permitiera que una ráfaga de viento o un chaparrón me apartase de estas sencillas tareas, ¿cómo me prepararía tal dejadez para la vida futura que me propongo adoptar?

Diana y Mary solían responder a esta pregunta con un suspiro y unos minutos de meditación sombría.

Además de sus frecuentes ausencias, existía otra cosa que me impedía entablar amistad con él: su naturaleza reservada, abstraída e incluso recelosa. Aunque era escrupuloso en el desempeño de su función solemne e intachable en su vida y costumbres, parecía carecer de la serenidad mental y la felicidad íntima que deberían ser la recompensa de todo buen cristiano y filántropo en activo. A menudo, por las tardes, sentado junto a la ventana ante su escritorio lleno de papeles, dejaba de leer o escribir y apoyaba la barbilla en la mano para entregarse a cavilaciones de no sé qué tipo, pero, por el brillo de sus ojos dilatados, deducía que eran perturbadoras y emocionantes.

Creo, asimismo, que la Naturaleza no era para él el compendio de goces que suponía para sus hermanas. Una sola vez en mi presencia expresó su apreciación por el tosco encanto de las colinas y su afecto innato por el tejado oscuro y los muros encalados de su hogar, pero había más melancolía que placer en su tono y sus

palabras. Nunca paseaba por los páramos para buscar su silencio sosegador ni para disfrutar de las mil delicias pacíficas que ofrecían.

Como era tan poco comunicativo, pasó algún tiempo antes de que pudiera calibrar su inteligencia. Tuve el primer indicio de su índole cuando le oí predicar en su propia iglesia en Morton. Quisiera ser capaz de describir aquel sermón, pero está más allá de mis posibilidades. Ni siquiera soy capaz de expresar el efecto que produjo en mí.

Empezó tranquilo, y, de hecho, siguió tranquilo hasta el final, en lo que se refiere a la declamación y la modulación. Pero un fervor sincero a la vez que controlado se infiltró en su timbre claro, incitándole al uso de un lenguaje vigoroso. Creció con una fuerza comprimida, condensada y refrenada. El poder del predicador agitaba el corazón y estimulaba la mente, pero no conmovía. Había una extraña amargura en todo el sermón, una ausencia de ternura reconfortante, y frecuentes alusiones severas a las doctrinas calvinistas —la elección, la predestinación y la reprobación—, y cada referencia a estos puntos parecía una sentencia de condenación eterna. Al acabar, en lugar de sentirme mejor, más serena y elevada por su discurso, experimenté una tristeza indescriptible, porque me parecía a mí, y no sé si a los demás, que la elocuencia que había oído nacía de una profundidad marcada por los turbios posos de la desilusión, donde coexistían los penosos impulsos de anhelos sin saciar y aspiraciones inquietantes. Estaba segura de que St. John Rivers, intachable, concienzudo y escrupuloso como era, todavía no había encontrado la paz de Dios que sobrepasa toda inteligencia, ni estaba más cerca de encontrarla que yo, con mis atormentadoras penas ocultas por el ídolo roto y el paraíso perdido, de las que no he hecho mención últimamente, pero que me obsesionaban y torturaban sin piedad.

Mientras tanto, había transcurrido un mes. Diana y Mary se marcharían pronto de Moor House para regresar a las vidas muy diferentes que las esperaban como institutrices en una gran ciudad de moda del sur de Inglaterra. Cada una desempeñaba sus

funciones con una familia cuyos miembros acaudalados y orgullosos las consideraban humildes servidoras, no conocían ninguna de sus habilidades naturales y solo apreciaban sus talentos adquiridos de la misma manera que apreciaban la destreza de sus cocineras o el buen gusto de sus doncellas. El señor St. John aún no me había dicho nada del empleo que había prometido procurarme, pero era evidente que yo debía buscar algún tipo de ocupación. Una mañana, encontrándome a solas con él en el salón, osé acercarme al hueco de la ventana, donde formaban una especie de estudio su mesa, su silla y su escritorio, para hablar con él, sin saber muy bien cómo formular mi pregunta, pues siempre es difícil romper el hielo con las personas tan reservadas, cuando me ahorró la molestia, iniciando él mismo la conversación.

Levantó la vista cuando me aproximé:

—¿Tiene algo que preguntarme?

—Sí. Quiero saber si se ha enterado de algún empleo que pueda emprender.

—Encontré algo hace tres semanas, pero, como se la veía contenta y era útil aquí, pues mis hermanas le tenían cariño y su compañía les proporcionaba mucho placer, no me pareció oportuno interrumpir su bienestar mutuo hasta que la marcha inminente de ellas hiciera necesaria la suya.

—¿Se marchan dentro de tres días?

—Sí, y cuando se vayan, yo regresaré a la rectoría de Morton, acompañado de Hannah, y esta casa quedará cerrada.

Esperé unos momentos a que siguiera con el tema que había sacado, pero parecía haber emprendido otro hilo de reflexión, pues su aspecto delataba una abstracción del asunto que tratábamos, que me era necesariamente de tanto interés que se lo recordé.

—¿Cuál es el empleo que tenía pensado, señor Rivers? Espero que la demora no haya aumentado la dificultad de conseguirlo.

—No, porque es un empleo que depende solo de mí ofrecerlo y de usted aceptarlo.

Hizo una nueva pausa, como si no quisiera continuar. Empecé a impacientarme, hice un gesto de inquietud y le dediqué una mirada ávida y exigente, lo que le transmitió mejor y con menos esfuerzo que las palabras la ansiedad que sentía.

—No tenga prisa por enterarse —dijo—; le diré con franqueza que no tengo nada adecuado ni beneficioso que proponer. Antes de que me explique, le ruego que recuerde que le dije que, si la ayudaba, sería como un ciego ayuda a un cojo. Soy pobre; después de pagar las deudas de mi padre, todo el patrimonio que me quede será esta granja ruinosa con los abetos en la parte de atrás y el árido campo pantanoso, los tejos y los abetos en la parte de delante. Soy modesto; Rivers es un apellido antiguo, pero de los tres descendientes de la familia, dos se ganan el pan trabajando para extraños y el tercero se considera un extranjero en su propio país, no solo en vida, sino también en la muerte. Pero se juzga afortunado con su suerte, y solo anhela el día en que le llegue la cruz que lo separe de las ataduras de la carne, cuando la cabeza de la iglesia militante de la que es un miembro humilde le ordene: «¡Levántate y sígueme!».

St. John dijo estas palabras del mismo modo que pronunciaba sus sermones, con voz grave y baja, rostro pálido y mirada reluciente. Prosiguió:

—Y como yo soy pobre y modesto, no le puedo ofrecer sino un servicio pobre y modesto. Incluso *usted* puede pensar que es degradante, porque observo que está acostumbrada a una vida que el mundo llama refinada. Sus gustos son exquisitos y ha vivido en compañía de personas cultas. Pero yo no considero degradante ningún servicio que mejore nuestra raza. Considero que cuanto más árido el suelo que debe arar el labriego cristiano, cuanta menos recompensa reciba, mayor es el honor. Su destino, en tales circunstancias, es el del pionero, y los primeros pioneros del Evangelio fueron los apóstoles, cuyo capitán fue el mismísimo Jesús, el Redentor.

—Bien —dije, cuando volvió a detenerse—, prosiga.

Me miró antes de continuar, dando la impresión de leer con calma en mi semblante, como si sus rasgos y líneas fueran las letras de una página. En las reflexiones que hizo a continuación, expresó en parte las conclusiones de este escrutinio.

—Creo que aceptará usted el puesto que le ofrezco —dijo—, y lo ocupará durante un tiempo, aunque no para siempre, como tampoco yo podría limitarme para siempre al confinamiento de ser el párroco de un lugar recóndito y tranquilo de la campiña inglesa. En su naturaleza, observo un elemento tan incompatible con el reposo como en la mía, aunque de diferente especie.

—Explíquese —le insté, cuando se detuvo de nuevo.

—Lo haré, y verá usted lo pobre, trivial y restrictiva que es mi propuesta. No me quedaré mucho tiempo en Morton, ahora que ha muerto mi padre y soy dueño de mi persona. Probablemente parta del lugar dentro de doce meses, pero, mientras esté allí, haré todo lo que esté en mi mano por mejorarlo. Cuando llegué a Morton hace dos años, no había escuela, por lo que los hijos de los pobres no tenían ninguna posibilidad de mejorarse. Inauguré una para los muchachos y ahora pretendo abrir otra para las muchachas. Con este fin, he alquilado una casa, con dos habitaciones anexas para que viva allí la maestra, cuyo sueldo será de treinta libras anuales. La casa ya está terminada, con gran sencillez pero adecuada, gracias a una dama, la señorita Oliver, hija única del único rico de la parroquia, el señor Oliver, dueño de una fábrica de agujas y una fundición en el valle. Esta misma señora paga la educación y la ropa de una huérfana del asilo, a cambio de que ayude a la maestra en las humildes tareas de la casa y de la escuela, ya que esta no tendrá tiempo, por su trabajo, de hacerlo personalmente. ¿Quiere usted ser esa maestra?

Me lo preguntó algo precipitadamente, como si esperase un rechazo indignado o, cuando menos, desdeñoso, de su ofrecimiento. Al no conocer todos mis pensamientos y sentimientos, aunque adivinaba algunos, no podía saber bajo qué prisma vería yo la propuesta. Era verdaderamente modesta, pero ofrecía seguridad,

algo que yo buscaba; era un trabajo arduo, pero, comparado con ser institutriz en una casa acomodada, también independiente, y el miedo de la servidumbre a los desconocidos se me clavaba en el alma como un hierro candente. No era indigno, ni indecoroso ni mentalmente degradante. Tomé mi decisión.

—Le agradezco la propuesta, señor Rivers, y la acepto de todo corazón.

—Pero ¿me ha comprendido? —dijo—. Es una escuela rural; sus alumnas serán muchachas pobres, hijas de jornaleros o, como mucho, de labradores. Solo tendrá que enseñarles a hacer calceta, coser, leer, escribir y un poco de aritmética. ¿Qué va a hacer con sus conocimientos? ¿En qué va a utilizar la mayor parte de su cerebro, sus sentimientos y sus gustos?

—Los guardaré hasta que me hagan falta. No se echarán a perder.

—Entonces, ¿sabe con lo que se enfrenta?

—Lo sé.

Sonrió, y no con una expresión amarga o triste, sino llena de felicidad y satisfacción.

—¿Y cuándo empezará a ejercer sus funciones?

—Mañana iré a mi casa y, si usted quiere, abriré la escuela la semana próxima.

—Muy bien, que así sea.

Se levantó y cruzó la habitación. Se detuvo y me miró de nuevo, moviendo la cabeza.

—¿Qué es lo que desaprueba usted, señor Rivers? —le pregunté.

—No se quedará usted mucho tiempo en Morton, desde luego.

—¿Por qué? ¿Qué motivos tiene para decir eso?

—Lo leo en sus ojos: delatan una naturaleza que no es capaz de mantenerse constante en la vida.

—No soy ambiciosa.

La palabra «ambiciosa» lo sobresaltó. Repitió:

—No. ¿Qué le ha hecho pensar en la ambición? ¿Quién tiene ambición? Sé que yo la tengo, pero ¿cómo lo ha sabido?

—Yo hablaba por mí.

—Pues si no es ambiciosa, es… —hizo una pausa.

—¿Qué?

—Iba a decir apasionada, pero usted podría malinterpretar la palabra y ofenderse. Quiero decir que la dominan de manera poderosa los afectos y las simpatías humanas. Estoy seguro de que no le agradará durante mucho tiempo pasar a solas sus horas de ocio y dedicar sus horas de trabajo a una tarea monótona sin ningún estímulo, de la misma manera que a mí no me agradaría —añadió enfático— vivir aquí enterrado en la ciénaga, encarcelado por las montañas, contraviniendo la naturaleza que Dios me ha dado, desaprovechando los dones que me ha conferido el cielo. Se dará cuenta de que me contradigo. Yo, que he predicado la resignación a una vida humilde, y justificado la vocación incluso de «los leñadores y aguaderos al servicio de toda comunidad»[53], yo, su ministro ordenado, casi enloquezco de inquietud. Bien, de alguna manera hay que ajustar las inclinaciones con los principios.

Salió de la habitación. En aquella breve entrevista, descubrí más sobre él que en todo el mes anterior; sin embargo, aún me desconcertaba.

Diana y Mary Rivers se ponían cada vez más tristes porque se aproximaba el día en que tendrían que separarse de su hermano y su casa. Ambas se esforzaban por aparentar normalidad, pero era tal la pena con la que luchaban que no pudieron dominarla ni ocultarla del todo. Diana dio a entender que esta separación sería distinta de todas las anteriores, pues probablemente, en el caso de St. John, durase muchos años, quizás toda la vida.

—Lo sacrificará todo por las decisiones que tomó hace tantísimo tiempo —dijo—, incluso sus afectos naturales y sentimientos aún más fuertes. St. John da la impresión de serenidad, Jane, pero esconde una pasión en sus entrañas. Puede que usted lo considere pacífico, pero para algunas cosas es inexorable como la muerte. Y

lo peor es que mi conciencia no me permite disuadirle de su decisión, y desde luego no lo culpo por querer hacer lo que es correcto, noble y cristiano. Sin embargo, me parte el corazón —y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas. Mary inclinó la cabeza sobre su labor.

—Ya hemos perdido a nuestro padre; pronto perderemos nuestra casa y a nuestro hermano —murmuró.

En ese momento ocurrió un pequeño incidente, aparentemente un acto del destino, que demostró el acierto del dicho «las desgracias nunca vienen solas», y para agravar aún más su disgusto, ilustraba la filosofía del cuento de la lechera. Pasó St. John delante de la ventana leyendo una carta, y después entró.

—Se ha muerto el tío John —dijo.

Ambas hermanas se quedaron paralizadas. La noticia no pareció sorprenderlas ni afligirlas, sino más bien impresionarlas.

—¿Muerto? —repitió Diana.

—Sí.

Fijó su mirada en el rostro de su hermano.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó en voz baja.

—Y entonces, ¿qué, si ha muerto? —respondió, con un semblante impasible como el mármol—. Entonces, ¿qué? Entonces, nada. Lee.

Echó la carta en su falda. Ella la leyó y la pasó a Mary. Mary la leyó en silencio, y después la devolvió a su hermano. Se miraron los tres, y sonrieron, con una sonrisa melancólica y pensativa.

—¡Alabado sea Dios! Aún podremos vivir —dijo por fin Diana.

—Por lo menos no seremos más pobres que antes —comentó Mary.

—Solo que hace recordar con fuerza *lo que hubiera podido ser* —dijo el señor Rivers— y contrasta vivamente con *lo que es*.

Dobló la carta, la guardó en su escritorio y salió nuevamente.

Durante unos minutos, nadie habló. Luego se volvió hacia mí Diana y dijo:

—Jane, la sorprenderemos con nuestros misterios y nos creerá duros de corazón por no conmovernos por la muerte de un pariente tan íntimo como es un tío, pero nunca lo hemos conocido. Era hermano de mi madre, y él y mi padre riñeron hace mucho tiempo. Un consejo suyo fue lo que hizo que mi padre arriesgara la mayoría de sus bienes en la especulación que le causó la ruina. Hubo recriminaciones mutuas entre ellos, se separaron enfadados y nunca se reconciliaron. Después, mi tío se dedicó a unas empresas más rentables y parece ser que acumuló una fortuna de unas veinte mil libras. No se casó, y no tenía parientes más cercanos que nosotros, y solo un familiar del mismo grado de intimidad. Mi padre siempre alimentó la esperanza de que reparase su error legándonos sus bienes. Esta carta nos informa de que ha dejado cada penique al otro pariente, salvo treinta guineas a dividir entre St. John, Diana y Mary Rivers para la compra de tres anillos de luto. Por supuesto que tenía el derecho de hacer lo que quisiera; sin embargo, enterarnos de esta noticia nos decepciona. Mary y yo nos hubiéramos considerado ricas con la cantidad de mil libras cada una, y la misma suma le habría sido muy útil a St. John, por todo el bien que le habría permitido hacer.

Después de esta explicación, dejó el tema, y ni el señor Rivers ni sus hermanas volvieron a mencionarlo. Al día siguiente, salí yo de Marsh End hacia Morton. Al otro día, Diana y Mary partieron hacia el lejano B… Una semana después, el señor Rivers y Hannah se dirigieron a la rectoría, y la vieja granja se quedó vacía.

Capítulo V

Mi hogar, entonces, ya que por fin tengo uno, es una casita rústica: una habitación con las paredes encaladas y el suelo de tierra, que contiene cuatro sillas pintadas y una mesa, un reloj y un armario con dos o tres platos y fuentes de porcelana y un juego de té. Arriba, un dormitorio de las mismas dimensiones que la cocina, una cama de pino y una cómoda pequeña, aunque demasiado grande para mi guardarropa, que es escaso, a pesar de estar algo incrementado por la generosidad de mis amables amigas.

Ha llegado la tarde y he despedido, con una naranja en pago de sus servicios, a la huerfanita que me hace las veces de criada. Estoy sentada sola junto al fuego. Esta mañana he abierto la escuela, y he tenido veinte alumnas. Solo tres de ellas saben leer y ninguna sabe escribir o sumar. Varias saben hacer calceta y unas cuantas saben coser. Hablan con el acento áspero de la región, por lo que tenemos dificultades a la hora de entendernos. Algunas son bastas, toscas y hurañas, además de ignorantes, pero otras son dóciles, con ganas de aprender y un talante que me complace. No debo olvidar que estas campesinas mal vestidas son tan de carne y hueso como los vástagos de la mejor cuna, o que tienen tantas posibilidades de albergar en su corazón los gérmenes de la bondad, refinamiento, buenos sentimientos e inteligencia naturales como las de la genealogía más elevada. Es mi deber cultivar estos gérmenes, y estoy segura de que hallaré placer en el desempeño de este cometido. No espero disfrutar mucho de la vida que se me presenta, pero no dudo de que me brindará bastantes satisfacciones

cotidianas si controlo debidamente mi mente y utilizo bien mis talentos.

¿Me he sentido alegre y contenta durante las horas pasadas en la humilde y desnuda escuela esta mañana y esta tarde? Para no engañarme, he de decir que no, que me he sentido muy triste. Me he sentido —sí, sé que soy idiota— pero me he sentido degradada. Dudaba si el paso que había dado me elevaba o hundía en la escala social. Me desconcertaban la ignorancia, la pobreza y la vulgaridad de lo que he oído y visto a mi alrededor. Pero será mejor que no me desprecie demasiado por estos sentimientos, porque sé que son erróneos, lo que supone un paso adelante, y me esforzaré por superarlos. Mañana, espero, los dominaré en parte, y dentro de unas semanas, quizás, los habré eliminado del todo. Dentro de unos meses, es posible que la felicidad de ver el progreso y la mejora de mis alumnas sustituya la repugnancia por la gratificación.

Mientras tanto, me haré una pregunta: ¿Qué es mejor: rendirme a la tentación, hacer caso a la pasión, no esforzarme ni luchar, sino dejarme atrapar por el cepo de seda y dormirme entre las flores que lo rodean; despertar en un país del sur, entre los lujos de una villa de recreo; encontrarme viviendo en Francia, la querida del señor Rochester, loca con su amor, porque me habría amado durante algún tiempo? Me ha querido como no me volverá a querer nadie. Nunca más conoceré el tributo pagado a la belleza, la juventud y el encanto, porque para nadie más tendré estos atributos. Él me tenía afecto y estaba orgulloso de mí, lo que no volverá a ocurrir con otro hombre. Pero desvarío, ¿qué es lo que digo? y, sobre todo, ¿qué es lo que siento? Me pregunto si será mejor ser esclava de una felicidad engañosa en Marsella, febril de éxtasis delusoria durante una hora y ahogada de remordimiento y vergüenza la siguiente, o ser maestra de escuela, libre y honrada, en un rincón de las montañas del salubre corazón de Inglaterra.

Ahora siento que hice bien al escoger los principios y la ley, despreciando y rechazando los locos impulsos de un momento de

frenesí. Dios me señaló el camino correcto, y le doy las gracias por su ayuda.

Habiendo llegado a este punto de mis meditaciones vespertinas, me levanté, me acerqué a la puerta y me puse a contemplar la puesta de sol de aquel día de siega, y los tranquilos campos de delante de mi casa, que, como la escuela, distaba media milla de la aldea. Los pájaros cantaban sus últimas notas.

«El aire era suave, el rocío, bálsamo».

Mientras miraba, me consideraba feliz, y me sorprendió darme cuenta de que lloraba. ¿Por qué? Por la condenación que suponía separarme de mi amo, a quien no iba a ver más; por la pena desesperada y la furia desatada, consecuencia de mi partida, que podían llevarlo a desviarse tanto del camino de la rectitud que jamás pudiera tener esperanza de salvación. Con este pensamiento, aparté la mirada del precioso cielo de la tarde y el solitario valle de Morton, y digo *solitario*, porque en la parte que se extendía ante mis ojos no se veían más edificios que la iglesia y la rectoría, medio ocultas por los árboles, y, en el otro extremo, el tejado de Vale Hall, donde vivía el acaudalado señor Oliver con su hija. Cerré los ojos y apoyé la cabeza en el quicio de piedra de la puerta, pero enseguida me llamó la atención un ruido que procedía de la valla que separaba mi pequeño jardín del prado. Un perro, el viejo *Carlo*, perdiguero del señor Rivers, empujaba con la nariz la puerta, y St. John se apoyaba allí con los brazos cruzados, el ceño fruncido y una mirada seria, casi airada, fija en mí. Le invité a pasar.

—No, no puedo quedarme. He venido solo a traerle un paquete que han dejado mis hermanas para usted. Creo que contiene acuarelas, lápices y papel.

Fui a cogerlo, pues era un regalo muy bien recibido. Al acercarme a él, examinó mi semblante con austeridad; sin duda las huellas del llanto eran aún evidentes.

—¿El primer día de trabajo ha sido más duro de lo que esperaba? —preguntó.

—No, no, al contrario, creo que con el tiempo me llevaré muy bien con mis alumnas.

—Entonces, ¿su casa o sus muebles la decepcionan? Desde luego, son escasos, pero…

Lo interrumpí:

—Mi casa está limpia y me protege de la intemperie; los muebles son suficientes y cómodos. Me siento agradecida por todo lo que veo, no decepcionada. No soy tan tonta y hedonista como para echar de menos una alfombra, un sofá y unos adornos de plata. Además, hace cinco semanas era una paria, una mendiga y una vagabunda, mientras que ahora tengo amigos, un hogar y un empleo. Me maravilla la bondad de Dios, la generosidad de mis amigos y mi buena fortuna. No me quejo.

—Pero ¿le oprime la soledad? ¿Encuentra oscura y vacía su casita?

—Apenas he tenido tiempo para disfrutar de la tranquilidad, y mucho menos impacientarme por la soledad.

—Muy bien. Espero que esté tan contenta como dice. En cualquier caso, su sentido común le indicará que es muy pronto para dejarse llevar por los temores y las dudas de la mujer de Lot. Por supuesto que no sé lo que dejó usted atrás antes de conocerla yo, pero le aconsejo que se resista con firmeza a las tentaciones de mirar atrás. Siga con empeño su trabajo actual, por lo menos durante algunos meses.

—Es lo que pienso hacer —respondí.

Continuó St. John:

—Es un trabajo arduo controlar las inclinaciones y doblegar las propensiones de la naturaleza, pero sé por experiencia que puede hacerse. Dios nos ha dado, hasta cierto punto, el poder de forjar nuestro propio destino. Cuando nuestra energía parece exigir un sustento imposible de conseguir, cuando nuestra voluntad se inclina hacia un camino que no podemos seguir, no tenemos que morirnos de hambre ni desesperarnos sin reaccionar. Solo tenemos que buscar otro alimento para la mente, tan nutritivo como las viandas

prohibidas que anhelábamos probar, y quizás más puro, y labrar para los pies inquietos un camino tan recto y ancho, aunque más rugoso, como el que nos ha construido la Fortuna.

»Hace un año, yo mismo me encontraba muy desdichado, porque creía que me había equivocado al hacerme sacerdote; las obligaciones monótonas me aburrían mortalmente. Anhelaba una vida más activa, las labores más estimulantes de un escritor, un pintor o un orador, cualquier cosa excepto la vida del clérigo. Bajo mi sobrepelliz latía el corazón de un político, un soldado, un partidario de la gloria, la fama y el poder. Meditaba mucho, mi vida era tan desgraciada que tenía que cambiarla o me moriría. Después de una temporada de lucha y tinieblas, se hizo la luz y llegó el alivio. Mi existencia confinada se expandió de pronto hasta una llanura sin límites, oí una llamada del cielo ordenándome que me levantara, hiciera acopio de fuerza, extendiera las alas y emprendiera el vuelo hasta alturas desconocidas. Dios tenía una misión para mí, y para realizarla necesitaría habilidad y fuerza, valor y elocuencia, las mejores cualidades del soldado, del político y del orador: las dotes del buen misionero.

»Decidí hacerme misionero. Desde ese momento, cambió mi talante. Los grilletes se desprendieron de mis facultades, sin dejar más huellas que el dolor de su rozadura, que solo el tiempo puede curar. Mi padre se opuso a mi decisión, por cierto, pero desde su muerte, no existe obstáculo legítimo a mis fines. Una vez ponga en orden unos asuntos, encuentre un sucesor para Morton, deshaga los nudos de un enredo sentimental, el último conflicto con la debilidad humana que sé que he de vencer porque he jurado que lo vencería, parto de Europa hacia Oriente.

Dijo esto con su tono peculiar, reprimido pero enfático, y, cuando acabó de hablar, no me miró a mí, sino el sol poniente, que contemplaba yo también. Ambos estábamos de espaldas al sendero que iba del campo a la valla. No oímos pasos en el camino cubierto de hierba. El único sonido sedante a esa hora y en ese paraje era el

murmullo del agua del valle, por lo que nos sobresaltamos cuando oímos exclamar una voz alegre, clara como una campanita:

—Buenas tardes, señor Rivers y buenas tardes a ti también, viejo *Carlo*. Su perro es más rápido en detectar a los amigos que usted, señor; ha empezado a aguzar las orejas y menear la cola cuando aún me hallaba en el otro extremo del campo, y usted aún me da la espalda.

Era cierto. Aunque el señor Rivers se sobresaltó al empezar a oír los sones musicales, como si un trueno hubiera estallado en una nube encima de su cabeza, estaba aún, cuando terminó de hablar, en la misma posición que al principio, con el brazo apoyado en la valla y el rostro mirando al oeste. Se volvió por fin, con deliberación estudiada. A su lado había surgido lo que se me antojó una aparición: una figura vestida de blanco níveo, joven y elegante, armoniosa y esbelta a la vez. Cuando se irguió después de inclinarse para acariciar a *Carlo* y echó hacia atrás el largo velo, floreció ante nuestros ojos un rostro de una belleza perfecta. La belleza perfecta es una expresión fuerte, pero no me retracto ni la modifico. El término se justifica, en este caso, con unos rasgos tan dulces como jamás se vieran en el clima templado de Albión, unos tintes tan puros de rosa y lirio como jamás crearan sus húmedas galernas y sus cielos brumosos. No faltaba ningún encanto, ni se detectaba ningún defecto. La joven tenía unas facciones regulares y delicadas, ojos de forma y color como en los más bellos retratos: grandes, pardos y expresivos, tiernos y fascinantes, rodeados por unas pestañas largas y oscuras. Tenía las cejas bien dibujadas en una frente blanca y lisa, serena entre tantos colores suaves. Las mejillas eran redondas, frescas y suaves, los labios, también frescos, rojos y bien formados, los dientes regulares y brillantes, la barbilla pequeña con hoyuelo en medio, el cabello lustroso y abundante; en otras palabras, reunía todas las ventajas que configuran el ideal de la belleza. Me quedé maravillada contemplando a aquella joven hermosa, a la que admiré de corazón. La Naturaleza estaría de buen humor cuando la creó, y, olvidándose

de los dones frugales que, como madrastra, solía repartir, la dotó con la liberalidad de una abuela.

¿Qué opinaba St. John Rivers de este ángel terrenal? Naturalmente me hice esta pregunta cuando lo vi volverse hacia ella y naturalmente busqué la respuesta a la pregunta en su semblante. Pero ya había apartado la mirada del hada, y contemplaba unas humildes margaritas que crecían junto a la cancela.

—Precioso atardecer, pero algo tarde para que ande usted sola por ahí —dijo, aplastando con el pie las níveas cabezas de las florecillas.

—Pues he vuelto de S… —mencionó el nombre de una ciudad a unas veinte millas de distancia— esta misma tarde. Papá me dijo que había abierto su escuela y que había llegado la nueva maestra, así que, después de tomar el té, me he puesto el sombrero para venir corriendo a conocerla. ¿Es ella? —preguntó, señalándome.

—Sí —dijo St. John.

—¿Cree que le va a gustar Morton? —me preguntó, con un tono de una sencillez agradable, directo e ingenuo, pero algo infantil.

—Espero que sí. Existen muchos incentivos para que así sea.

—¿Ha encontrado a sus alumnas tan aplicadas como esperaba?

—Totalmente.

—¿Le gusta su casa?

—Mucho.

—¿La he amueblado a su gusto?

—Lo ha hecho muy bien.

—¿Y aprueba usted la elección de Alice Wood como ayudante?

—Del todo. Está deseosa de aprender y es muy útil. (Entonces, pensaba, esta es la señorita Oliver, la heredera, ¡favorecida por la fortuna, además de por la naturaleza! Me preguntaba qué feliz combinación de planetas presidiría su nacimiento).

—Vendré a veces para ayudarla a enseñar —añadió—. Será un cambio para mí visitarla de cuando en cuando y me agradan los cambios. Señor Rivers, me lo he pasado muy bien durante mi estancia en S… Anoche, o mejor dicho, esta mañana, bailé hasta

las dos. El regimiento… está estacionado allí desde los disturbios, y los oficiales son los hombres más agradables del mundo, que dejan en mal lugar a todos nuestros afiladores de cuchillos y vendedores de tijeras.

Me dio la impresión de que se le torcieron un poco los labios a St. John. Desde luego comprimió la boca y adoptó una expresión más severa y rígida que de costumbre al darle la joven esta información. También apartó la vista de las margaritas y la dirigió a ella, con una mirada seria, inquisitiva y significativa. Ella se rio de nuevo, y le favorecía esta risa, realzando su juventud, sus colores, sus hoyuelos y sus ojos vivos.

Como él permaneciera callado y serio, ella se puso a acariciar otra vez a *Carlo*.

—El pobre *Carlo* me quiere —dijo—. *Él* no se muestra serio y distante con sus amigos, y, si pudiera hablar, no callaría.

Cuando se agachó a acariciar la cabeza del perro, inclinándose con elegancia innata ante el joven y austero amo de este, vi que a él le tiñó el rostro un rubor, los ojos se le iluminaron con un fuego súbito, lleno de una emoción irreprimible. Ruborizado y encendido de esta manera, tenía una belleza masculina casi a la par con la hermosura femenina de ella. Se le henchió el pecho, como si se le hubiera dilatado el corazón contra su voluntad, en un afán por alcanzar la libertad, cansado de una constricción despótica. Pero lo controló, tal como un jinete resuelto controla un corcel encabritado. No respondió ni con palabras ni con gestos a las dulces provocaciones de ella.

—Dice papá que nunca viene a vernos ahora —continuó la señorita Oliver, mirándolo—. Es usted un extraño en Vale Hall. Él está solo esta noche y no se encuentra muy bien. ¿Volverá usted conmigo para visitarlo?

—No es una hora prudente para molestar al señor Oliver —respondió St. John.

—¡Que no es una hora prudente! Ya lo creo que sí. Es la hora en la que más le gusta a papá tener compañía, cuando la fábrica está

cerrada y no tiene negocios que atender. Por favor venga, señor Rivers. ¿Por qué es tan tímido y tan sombrío? —y llenó el vacío del silencio de él con su propia respuesta.

—Se me olvidaba —exclamó, sacudiendo su preciosa cabeza llena de rizos, como horrorizada consigo misma—. ¡Soy tan atolondrada! Perdóneme, por favor. No me acordaba de que tiene usted motivos de sobra para no querer parlotear conmigo. Se han ido Diana y Mary, Moor House está cerrada, y usted debe de sentirse muy solo. Lo compadezco de veras. Venga a ver a papá.

—Esta noche no, señorita Rosamond, esta noche no.

St. John habló casi como si fuera un autómata. Solo él sabía lo que le costaba rehusar la invitación.

—Bueno, si va a seguir así de obstinado, lo dejaré. Ya no me atrevo a quedarme más tiempo, porque el rocío ha empezado a caer. ¡Buenas tardes!

Ella extendió la mano, que él rozó apenas.

—¡Buenas tardes! —repitió en voz baja y hueca como un eco. Hizo ademán de marcharse, pero regresó al momento.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó, y con motivos: el rostro de él se había puesto tan blanco como el vestido que llevaba ella.

—Muy bien —pronunció y, con una reverencia, se alejó de la valla. Ella volvió la cabeza para mirarlo mientras caminaba, ligera como un hada, por el prado. Él se marchó con paso firme sin volver la mirada ni una vez.

Este espectáculo del sufrimiento y el sacrificio de otro desvió mis pensamientos de meditar solo sobre mis propias penas. Diana Rivers había pronunciado a su hermano «inexorable como la muerte». No exageraba.

Capítulo VI

Continué desempeñando las tareas de la escuela con toda la energía y constancia de que era capaz. Al principio era un trabajo verdaderamente arduo. Transcurrió algún tiempo antes de que llegara a comprender a mis alumnas, a pesar de mis esfuerzos. Totalmente ignorantes y con las facultades aletargadas, me parecían irremediablemente obtusas, todas por igual, pero no tardé en darme cuenta de que me equivocaba. Había tantas diferencias entre ellas como entre las más instruidas, y según iba conociéndolas, y ellas a mí, estas diferencias aumentaban rápidamente. Una vez vencido su asombro por mi persona, mi lenguaje, mis normas y costumbres, descubrí que algunas de estas rústicas de aspecto torpe se convertían en unas jóvenes bastante despiertas. Muchas eran serviciales y amables, y descubrí entre ellas no pocos ejemplos de cortesía natural y amor propio innato, además de una eficiencia extremada, que se granjearon mi aprobación y mi admiración. Pronto empezaron a disfrutar de realizar con esmero sus deberes, mantenerse aseadas, aprender con asiduidad sus tareas y adquirir unos modales discretos y correctos. La rapidez de su progreso era sorprendente en algunos casos, y me sentía francamente orgullosa de ello. Además, había empezado a apreciar personalmente a algunas de las mejores jóvenes y ellas me apreciaban a mí. Entre mis alumnas había varias hijas de granjeros, casi mujeres ya. Estas ya sabían leer, escribir y coser, y yo les enseñé los rudimentos de la gramática, la geografía, la historia y las labores más finas. Encontré entre ellas disposiciones admirables, ávidas de información y

deseosas de mejorarse, y pasé con ellas muchas tardes agradables en sus hogares. Sus padres (los granjeros y sus esposas) me colmaban de atenciones. Hallé placer en aceptar su amabilidad sencilla, y les correspondía con una consideración y un respeto escrupuloso por sus sentimientos a los que no estaban acostumbrados y que les encantaban y les convenían, ya que, al elevarlos a sus propios ojos, les hacía deseosos de merecer el trato que les dispensaba.

Creo que me convertí en una favorita del lugar. Cuando quiera que salía, me saludaban y recibían cordialmente en todas partes. Vivir inmerso en la apreciación de todos, aunque sean de clase trabajadora, es como sentarse al sol, serena y dulcemente, y brotan y florecen bajo este rayo sentimientos íntimos de sosiego. Durante este periodo de mi vida, mi corazón tendía más a henchirse de gratitud que a hundirse en la depresión. Sin embargo, lector, para no engañarte, en medio de esta calma, de esta existencia útil, después de un día dedicado al esfuerzo honorable entre mis alumnas y una tarde dibujando o leyendo sola y feliz, por las noches me visitaban sueños extraños, multicolores, agitados, llenos de ideales, emociones y tormentos, en los que, en escenarios singulares, cargados de aventuras, riesgos y romances, me encontraba una y otra vez con el señor Rochester, siempre en un momento crítico. En esos momentos, se renovaba, con toda la fuerza y pasión, la sensación de estar entre sus brazos, oír su voz, mirarle a los ojos, tocar su mano y su rostro, amarlo y ser amada por él, y la esperanza de pasar la vida a su lado. Y entonces me despertaba, recordaba dónde estaba y cuál era mi situación, y me incorporaba temblorosa y estremecida en mi cama sin dosel y me entregaba a las convulsiones de la desesperación y los estallidos de la pasión, de los que era testigo la noche oscura. A las nueve de la mañana siguiente, abría puntualmente la escuela, tranquila y firme y preparada para realizar las obligaciones cotidianas.

Rosamond Oliver cumplió su palabra de ir a ayudarme. Solía visitar la escuela durante su paseo matutino a caballo. Venía

galopando hasta la puerta, seguida de un criado de librea, también a caballo. Es imposible imaginarse nada más exquisito que su aspecto con su vestido de color morado y su gorra de amazona de terciopelo negro, colocado con gracia sobre los largos rizos que acariciaban sus mejillas y le llegaban a los hombros, pero de esta guisa entraba en el edificio rústico y se deslizaba entre las filas de aldeanas encandiladas. Solía presentarse durante la hora en que impartía su clase diaria de catecismo el señor Rivers. Me temo que los ojos de la visitante atravesaban dolorosamente el corazón del joven pastor. Una especie de instinto parecía advertirle de la llegada de ella aunque no pudiese verla, e incluso cuando tenía la espalda vuelta hacia la puerta, si entraba ella, se le incendiaban las mejillas y sus rasgos marmóreos se transformaban de manera inenarrable a pesar de un control riguroso, y expresaban, por su misma inmovilidad, un fervor reprimido más fuerte de lo que pudieran indicar un músculo contraído o una mirada fugaz.

Ella conocía su poder, desde luego, pues él no era capaz de ocultárselo. A pesar de su estoicismo cristiano, cuando ella se acercaba y le dirigía la palabra con sonrisa alegre, alentadora e incluso cariñosa, a él le temblaba la mano y se le incendiaba la mirada. Parecía decir con la mirada triste y resignada lo que no decía con los labios: «Te quiero y sé que me quieres a mí. No me callo por miedo al fracaso. Si te ofreciera mi corazón, creo que lo aceptarías. Pero este corazón ya está preso en un altar sagrado y está preparado el fuego alrededor. Pronto será un sacrificio consumado».

Entonces ella hacía pucheros como una niña desilusionada, una nube ensombrecía su rostro radiante, retiraba rápidamente su mano de la suya y se apartaba de él con su aspecto heroico de mártir. Sin duda, cuando se alejaba de él de esta manera, St. John habría dado cualquier cosa por seguirla y obligarla a quedarse, pero no estaba dispuesto a renunciar a su posibilidad de alcanzar el cielo o sacrificar, por el elíseo de su amor, la esperanza de lograr el verdadero paraíso eterno. Además, no era capaz de confinar todas

las facetas de su naturaleza —las de vagabundo, de aspirante, de poeta y de sacerdote— dentro de los límites de una sola pasión. No podía ni quería renunciar al amplio campo de guerras salvajes de misionero por los salones y la paz de Vale Hall. Él mismo me confió todas estas cosas durante una incursión en su reserva que me atreví a hacer en una ocasión.

La señorita Oliver me honraba con sus frecuentes visitas a mi casita. Conocía bien su carácter, que no carecía de misterio y subterfugios: era coqueta pero no despiadada, exigente pero no egoísta. La habían mimado desde la cuna, pero no se había echado a perder del todo. Era impulsiva pero jovial; vanidosa (no podía remediarlo, si cada mirada al espejo le revelaba semejante belleza) pero no afectada; generosa, libre del orgullo de los ricos, ingenua, bastante inteligente, alegre, vivaz e irreflexiva. En otras palabras, era encantadora incluso para un observador indiferente de su mismo sexo, como yo, pero no era profundamente interesante ni totalmente extraordinaria. Tenía un calibre de inteligencia muy diferente del de las hermanas de St. John, por ejemplo. No obstante, me agradaba casi tanto como mi alumna Adèle, con la diferencia que existe entre el cariño que engendra una niña a la que hemos cuidado e instruido y el que brindamos a un adulto igualmente atractivo.

Ella se había encaprichado realmente de mí. Decía que me parecía al señor Rivers (aunque, desde luego, reconoció, «ni una décima parte de guapa, aunque era una criatura bastante agradable; pero él era un ángel»). Sin embargo, me encontraba buena, inteligente, serena y firme, como él. Era un *lusus naturae*[54], afirmó, como maestra de escuela de una aldea, y estaba convencida de que mi historia anterior sería una novela encantadora.

Una tarde, mientras hurgaba en el armario y el cajón de mi cocina, con su habitual diligencia infantil y una curiosidad desconsiderada, aunque no ofensiva, encontró primero dos libros en francés, un tomo de Schiller una gramática alemana y un diccionario; y después, mi material de dibujo y algunos bocetos, incluida una cabeza de una niña angelical, alumna mía, y varios

paisajes del valle de Morton y los páramos que lo rodeaban. Primero le pasmó la sorpresa y después le electrizó el entusiasmo.

¿Había realizado yo aquellos dibujos? ¿Sabía francés y alemán? ¡Qué encanto! ¡Qué milagro! Dibujaba mejor que su profesor de S… ¿Querría hacerle un boceto de retrato para enseñárselo a su papá?

—Con mucho gusto —respondí, con un estremecimiento de placer de artista por la idea de copiar un modelo tan perfecto y radiante. En aquel momento llevaba un vestido de seda azul oscuro que dejaba los brazos y el cuello descubiertos, y su único adorno eran sus bucles de color castaño que caían ondulados sobre sus hombros con la elegancia de los rizos naturales. Cogí una hoja de cartulina fina y dibujé con cuidado una silueta. Me reservé el placer de colorearlo, ya que se hacía tarde, y le dije que debía volver a posar otro día.

Me alabó tanto ante su padre que la siguiente tarde llegó acompañada del señor Oliver en persona, un hombre alto, canoso, de mediana edad y de facciones enormes, a cuyo lado su hija parecía una flor junto a una torre blanquecina. Dio la impresión de ser un personaje taciturno y quizás orgulloso, pero se portó amablemente conmigo. Le complació muchísimo el boceto de Rosamond e insistió en que lo convirtiese en retrato completo. También insistió en que fuera a pasar la tarde siguiente a Vale Hall.

Fui, y me pareció una residencia grande y bonita, con abundantes muestras de la riqueza de su propietario. Rosamond estuvo alegre y contenta durante toda mi visita. Su padre estuvo afable y, cuando habló conmigo después de tomar el té, expresó con entusiasmo su aprobación de lo que había logrado en la escuela de Morton, y dijo que lo único que temía era que fuera demasiado buena para el lugar y que lo abandonara por un destino mejor.

—Desde luego —exclamó Rosamond— es lo bastante inteligente como para ser la institutriz de una gran familia, papá.

Yo pensé que prefería estar donde estaba que con la mejor familia del país. El señor Oliver habló del señor Rivers y de toda la familia Rivers con gran respeto. Dijo que era un apellido antiguo e

ilustre de la región, que los antepasados eran ricos, antaño dueños de todo Morton y que incluso ahora el respresentante de esa familia podría aliarse con los mejores. Se lamentó de que un joven tan dotado se hubiera decidido a hacerse misionero, que era el desperdicio de una vida tan valiosa. Parecía que el padre de Rosamond no pondría obstáculos a su matrimonio con St. John. Era evidente que consideraba que la cuna, el apellido y la profesión del joven clérigo compensasen de sobra su falta de fortuna.

* * *

Era el cinco de noviembre, día festivo. Mi pequeña criada, después de ayudarme a limpiar la casa, se había marchado, satisfecha con el penique que le había pagado como honorarios por su trabajo. Todo estaba inmaculado y reluciente: el suelo, el hogar y las sillas fregados. Yo también me había aseado, y tenía por delante la tarde para pasarla como quisiera.

Pasé una hora traduciendo unas páginas de alemán, y después cogí la paleta y los lápices para ocuparme con la tarea, más sedante por ser más fácil, de terminar la miniatura de Rosamond Oliver. Ya estaba completa la cabeza y solo me restaba colorear el fondo, matizar los tejidos, dar una pincelada de carmín a los labios carnosos, añadir algún rizo al cabello y oscurecer la sombra de las pestañas bajo los ojos azules. Estaba absorta en la ejecución de estos detalles cuando, tras una breve llamada, se abrió la puerta para dar paso a St. John Rivers.

—He venido para saber cómo está pasando su día de fiesta —dijo—, y espero que no sea en meditaciones. ¿No? Muy bien: dibujando no se sentirá sola. Ya ve que no confío todavía en usted, aunque hasta ahora se adapta estupendamente. Le traigo un libro para que se entretenga por la tarde —y colocó en la mesa la nueva edición de un poema, una de esas producciones genuinas que tan a menudo se otorgaban al afortunado público de aquellos tiempos, la

edad de oro de la literatura moderna. Por desgracia, los lectores de hoy tienen menos suerte. Pero ¡valor! No me detendré para acusar ni para lamentarme. Sé que la poesía no se ha muerto ni se ha perdido el genio, ni el Marmion los ha vencido para esclavizar o matarlos, sino que afirmarán algún día su existencia, su presencia, su libertad y su fuerza. ¡Ángeles poderosos, seguros en el cielo! Sonríen mientras triunfan las almas sórdidas y los débiles lloran por su destrucción. ¿La poesía destruida? ¿El genio exterminado? ¡No! ¡No a la mediocridad, no dejéis que la envidia dé pie a este pensamiento! No solo viven, sino que reinan y redimen. Sin su influencia divina, estaríais en el infierno, el infierno de vuestra propia mezquindad.

Mientras miraba ávidamente las páginas luminosas de *Marmion*[55] (pues de *Marmion* se trataba), St. John se agachó para examinar mi dibujo. Su alta figura se irguió sobresaltada, pero nada dijo. Lo miré, pero rehuyó mi mirada. Pude ver sus pensamientos y leer claramente en su corazón. En ese momento, me sentí más serena y fría que él, por lo que le llevaba ventaja, y decidí ayudarle si podía.

«Con toda su firmeza y autocontrol —pensé—, se esfuerza demasiado. Guarda en su interior todos sus sentimientos y sufrimientos, y no comparte ni confiesa nada. Estoy segura de que le haría bien hablar un poco de esta dulce Rosamond, con quien piensa que no debe casarse. Yo le haré hablar».

Primero dije:

—Tome asiento, señor Rivers —pero contestó, como hacía siempre, que no podía quedarse. «Muy bien —respondí mentalmente—, quédate de pie, si quieres, pero no permitiré que te vayas todavía, pues la soledad te hace tanto daño como a mí. Intentaré descubrir el resorte oculto de tu confianza, y encontrar un resquicio en tu pecho de mármol a través del cual te pueda echar una gota del bálsamo de la compasión».

—¿El retrato se parece? —le pregunté a bocajarro.

—¿Se parece a quién? No me he fijado mucho.

—Sí se ha fijado, señor Rivers.

Le sorprendió mi franqueza repentina y singular. Se me quedó mirando con asombro. «Esto todavía no es nada —murmuré para mí —. No me dejaré vencer por un poco de terquedad. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario».

Proseguí:

—Lo ha observado minuciosamente, pero no me importa que lo vuelva a observar —y me levanté para ponérselo en la mano.

—Un retrato bien ejecutado —dijo—, con colores suaves y claros y unas líneas correctas y llenas de gracia.

—Sí, sí, ya sé todo eso. ¿Pero qué me dice del parecido? ¿A quién se parece?

Vaciló un momento antes de responder:

—A la señorita Oliver, supongo.

—Por supuesto. Y ahora, señor, en premio a su acierto, prometo pintarle un duplicado cuidadoso y fiel de este mismo retrato, siempre que reconozca que le complacería este obsequio. No quiero desperdiciar mi tiempo y mi trabajo con un regalo que no aprecie.

Siguió contemplando el dibujo. Cuanto más lo miraba y más firmemente lo sujetaba, más parecía codiciarlo.

—¡Sí se parece! —murmuró—; los ojos están bien hechos, el color, la luz y la expresión son perfectos. ¡Sonríe!

—¿Tener un retrato similar le serviría de consuelo o de sufrimiento? Dígamelo. Cuando esté usted en Madagascar, o en El Cabo o en la India, ¿le consolaría poseer este memento? ¿O verlo le traería recuerdos dolorosos que le debilitarían?

Levantó subrepticiamente la vista para mirarme indeciso y turbado. Contempló nuevamente el retrato.

—Es cierto que me gustaría tenerlo. Si sería sensato o prudente, es otra cuestión.

Desde que me percatase de que Rosamond lo quería y de que no era probable que se opusiera su padre al matrimonio, yo, de ideas menos exaltadas que St. John, estaba resuelta a favorecer su unión. Me parecía que, si él poseyera la gran fortuna del señor

Oliver, podría utilizarla para hacer el bien tan eficazmente como si se marchara a desperdiciar su talento y malgastar su fuerza bajo un sol tropical. Convencida de esto, le contesté:

—Por lo que yo veo, sería más sensato y prudente si se hiciera usted con el original enseguida.

Ya se había sentado y había colocado el retrato en la mesa ante sí y, con la cabeza apoyada en ambas manos, se dedicaba a estudiarlo amorosamente. Me di cuenta de que no estaba molesto ni ofendido por mi audacia. Incluso observé que haberle hablado francamente de un tema que él consideraba inabordable, y discutirlo libremente, le proporcionaba un nuevo placer y un alivio inesperado. Las personas reservadas muchas veces necesitan más que las expansivas hablar abiertamente de sus sentimientos y penas. Después de todo, incluso el estoico más firme es humano, e «irrumpir» con valor y buena voluntad en «el mar silencioso» de sus almas, a menudo supone hacerles el mayor favor.

—A ella le agrada usted, estoy segura —dije yo, de pie detrás de su silla—, y su padre le respeta. Además es una joven muy dulce, aunque un poco atolondrada, pero usted sería lo bastante sensato para los dos. Debería casarse con ella.

—¿Es verdad que le agrado? —preguntó.

—Desde luego, más que ningún otro. Habla constantemente de usted y no hay otro tema que le guste tanto o que mencione más a menudo.

—Es muy agradable oír esto —dijo—, mucho; siga usted durante un cuarto de hora más. —E incluso sacó el reloj y lo colocó sobre la mesa para medir el tiempo.

—¿Para qué sirve que siga —pregunté— cuando es probable que esté preparando usted algún golpe férreo en contra, o inventando una nueva cadena que le aprese el corazón?

—No imagine usted cosas tan severas. Es curioso que ceda y me deje llevar de esta forma, que el amor humano brote como un manantial en mi mente para inundar dulcemente todo el campo que he preparado con tanto cuidado y trabajo, sembrándolo con las

semillas de las buenas intenciones y los planes de abnegación. Y ahora se aniega de una riada nectarina, los gérmenes se encharcan y se contaminan con la ponzoña deliciosa. Ahora me veo tumbado en una otomana en el salón de Vale Hall, a los pies de mi esposa Rosamond Oliver. Ella me habla con su dulce voz, mirándome con aquellos ojos que su mano ha sabido tan bien plasmar, sonriéndome con sus labios de coral. Es mía y soy suyo, esta vida y el mundo que pasa me bastan. ¡Chitón! No diga nada, mi corazón está repleto de goces, mis sentidos están embelesados; que pase pacíficamente el tiempo que he señalado.

Le complací, mientras transcurrían los minutos. Respiraba deprisa, y yo me callé. El cuarto de hora pasó en medio del silencio; se guardó el reloj, dejó el retrato, se levantó y se puso de pie al lado de la chimenea.

—Ya —dijo— hemos dedicado este pequeño espacio de tiempo al delirio y la fantasía. He descansado la frente sobre el seno de la tentación y he puesto voluntariamente el cuello bajo su yugo de flores, bebiendo en su copa. La almohada quemaba, había un áspid entre las flores y el vino tenía un sabor amargo. Sus promesas son huecas y falso su ofrecimiento. Lo veo y lo sé.

Lo contemplé asombrada.

—Es curioso —continuó— que ame a Rosamond Oliver con tal locura, con toda la intensidad del primer amor, cuyo objeto es exquisitamente bello, grácil y fascinante. Al mismo tiempo, tengo el convencimiento sereno y claro de que no sería buena esposa, que no es la pareja que me convenga y que descubriría esto al año de casarme con ella, y que, después de esos doce meses de éxtasis, sucedería una vida entera de lamentaciones. Todo esto, lo sé.

—¡Qué extraño! —no tuve más remedio que exclamar.

—Mientras algo dentro de mí —prosiguió— sucumbe ante sus encantos, hay algo más que conoce sus defectos, que son tales que no compartiría ninguna de mis aspiraciones ni cooperaría en ninguna de mis empresas. ¿Sufrir y esforzarse Rosamond,

convertirse en un apóstol femenino? ¿Rosamond, la esposa de un misionero? ¡No!

—Pero no hace falta que sea misionero. Puede renunciar a ese proyecto.

—¡Renunciar! ¿A mi vocación? ¿A la gran obra? ¿A los cimientos sobre la tierra para mi mansión en el Cielo? ¿A mis esperanzas de contarme entre los que se dedican solo a mejorar la raza, a llevar los conocimientos al reino de la ignorancia, a sustituir la guerra por la paz, la esclavitud por la libertad, la superstición por la religión, el miedo al infierno por el deseo del Cielo? ¿Debo renunciar a todo esto? Me es más querido que la sangre que fluye por mis venas. Es todo lo que deseo en la vida.

Después de una larga pausa, dije:

—¿Y la señorita Oliver? ¿Su decepción y su pena no le importan?

—La señorita Oliver siempre está rodeada de pretendientes y aduladores; en menos de un mes, habrá borrado mi imagen de su corazón. Me olvidará, y probablemente se case con alguien que le haga mucho más feliz que yo.

—Habla usted con frialdad, pero le hace sufrir el conflicto. Se está consumiendo.

—No. Si estoy más delgado, es por la ansiedad por mi futuro, aún incierto, y por mi partida, siempre retrasada. Esta misma mañana, me he enterado de que mi sucesor, cuya llegada espero desde hace tanto tiempo, no puede reemplazarme hasta dentro de tres meses, y quizás los tres se conviertan en seis.

—Usted tiembla y se ruboriza cada vez que acude a la escuela la señorita Oliver.

De nuevo una expresión de sorpresa se dibujó en su rostro. No imaginaba que una mujer se atreviera a hablar de esta manera con un hombre. Yo, por mi parte, me encontraba a gusto en este tipo de conversación. Nunca podía acomodarme a la comunicación con las mentes fuertes, discretas y refinadas, fueran masculinas o femeninas, sin traspasar las defensas de la reserva convencional y

cruzar el umbral de la confianza, ganándome un puesto en el mismo centro de su corazón.

—Usted es original, desde luego —me dijo—, y nada tímida. Hay algo valiente en su espíritu y algo perspicaz en su mirada, pero permítame decirle que interpreta mal en parte mis emociones. Las cree más profundas de lo que son. Me concede mayor ración de compasión de la que merezco. Cuando me ruborizo y tiemblo ante la señorita Oliver, no me compadezco, sino que desprecio mi debilidad. Sé que es innoble, una mera fiebre de la carne y no una convulsión del alma. Esta está fija como una roca, firme en las profundidades de un mar inquieto. Conózcame por lo que soy: un hombre frío e inflexible.

Sonreí incrédula.

—Me ha tomado al asalto la confianza —continuó—, y está a su servicio. Soy sencillamente, en estado natural, desprovisto de la túnica sangrienta con la que la cristianidad cubre las deformidades humanas, un hombre frío, duro y ambicioso. De todos los sentimientos, el único que posee un poder duradero sobre mí es el afecto natural. La Razón y no el Sentimiento es mi guía, tengo una ambición ilimitada y un deseo insaciable de elevarme por encima de los demás y superarlos. Venero la resistencia, la perseverancia, la industria y el talento porque son los medios con los que los grandes hombres logran grandes fines y consiguen la mayor eminencia. A usted le sigo la carrera con interés porque la considero un modelo de mujer diligente, ordenada y enérgica y no porque la compadezca por lo que ha sufrido o lo que sufrirá.

—Se describe a sí mismo como un simple filósofo pagano —dije.

—No. Hay una diferencia entre yo y los filósofos deístas: yo creo; y creo en el Evangelio. Ha errado el epíteto. Soy un filósofo cristiano, no pagano, seguidor de la secta de Jesús. Como discípulo suyo, adopto sus doctrinas puras, piadosas y benignas y las defiendo, porque he jurado propagarlas. En mi juventud me ganó la religión, que ha cultivado de esta manera mis cualidades originales: del minúsculo germen, el afecto natural, ha cultivado el árbol

dominante de la filantropía. De la raíz silvestre y fibrosa de la rectitud humana, ha desarrollado el debido sentido de la justicia divina. De la ambición de ganar poder y renombre para mi ser miserable, ha formado la ambición de expandir el reino de mi Señor y lograr victorias para el estandarte de la cruz. Todo esto ha hecho la religión por mí, utilizando de la mejor manera las materias primas, podando y amaestrando la naturaleza. Pero no ha podido erradicar la naturaleza, ni podrá hacerlo «hasta que este mortal haya asumido la inmortalidad»[56].

Dicho esto, cogió el sombrero, que yacía sobre la mesa junto a mi paleta. Miró una vez más el retrato.

—Es preciosa —murmuró—. Le va bien el nombre de Rosa del Mundo, desde luego.

—¿Y puedo pintarte otro igual?

—*Cui bono?*[57] No.

Cubrió el retrato con la hoja de papel de seda donde solía apoyar la mano al pintar para no manchar la cartulina. Lo que viera de pronto en esta hoja en blanco no puedo saberlo, pero alguna cosa atrajo su atención. La cogió apresuradamente, escudriñó el borde, me dirigió una mirada inenarrablemente extraña y totalmente incomprensible, una mirada que parecía tomar nota de cada detalle de mi cuerpo, rostro y ropas, pues lo traspasó todo, rápida y afilada como un rayo. Separó los labios, como para hablar, pero reprimió la frase que iba a pronunciar, fuera cual fuese.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Nada en absoluto —fue la respuesta, y, volviendo a colocar el papel, vi cómo arrancaba con destreza una tira estrecha del margen, que guardó en el guante. Con un rápido movimiento de cabeza, dijo —: Buenas tardes —y desapareció.

—Bien —exclamé, utilizando una expresión local— ¡es el colmo!

Yo, a mi vez, examiné el papel, pero no vi nada más que unas manchas oscuras de pintura, donde había probado los colores. Medité el misterio durante un minuto o dos, mas me pareció

inexplicable, y, como estaba segura de que no tendría mucha importancia, lo aparté del pensamiento y pronto lo olvidé.

Capítulo VII

Cuando se marchó el señor St. John, empezaba a nevar, y continuó durante toda la noche. Al día siguiente, un viento cortante trajo nuevas nevascas, y antes del crepúsculo se cubrió el valle, haciéndose casi intransitable. Cerré las contraventanas, coloqué una alfombra junto a la puerta para evitar que pasara la nieve por debajo, y, tras atizar el fuego, me senté junto a él durante casi una hora escuchando la furia amortiguada de la tormenta. Después encendí una vela, cogí el *Marmion* y me puse a leer:

Cayó la noche sobre el castillo de Norham,
sobre el hermoso, ancho y profundo río Tweed
y las solitarias montañas de Cheviot.
La colosal ciudadela, la torre del calabozo,
y los muros que a su alrededor se extienden
brillaron con una luz dorada.

Pronto sus versos me hicieron olvidarme de la ventisca.

Oí un ruido que pensé sería el viento sacudiendo la puerta, pero no, era St. John Rivers, que, surgiendo del huracán de hielo y el aullido de la noche, levantó el pasador y se presentó ante mí, su alta figura envuelta en una capa tan blanca como un glaciar. Me desconcerté, pues no esperaba ninguna visita del valle bloqueado aquella noche.

—¿Hay malas noticias? —pregunté—. ¿Ha sucedido algo?

—No. ¡Qué fácil es asustarla! —contestó, quitándose la capa y colgándola de la puerta y volviendo a colocar la alfombra, apartada por su entrada. Pataleó para quitarse la nieve de las botas.

—Voy a manchar su suelo inmaculado —dijo—, pero debe perdonarme por esta vez. —Se acercó al fuego—. Me ha costado mucho trabajo llegar hasta aquí, se lo aseguro —comentó, mientras se calentaba las manos con las llamas—. En un sitio me he hundido hasta la cintura, pero afortunadamente está aún blanda la nieve.

—Pero ¿por qué ha venido? —no pude evitar preguntarle.

—Es una pregunta poco hospitalaria para hacerla a una visita, pero, puesto que me la hace, le diré que, simplemente, para hablar con usted, ya que me he cansado de mis libros mudos y mis habitaciones vacías. Además, desde ayer experimento la emoción de quien ha oído medio cuento y se impacienta por saber el resto.

Se sentó, y recordé su extraña conducta del día anterior, y empecé a temer que había perdido el juicio. Si estaba loco, sin embargo, era una locura muy controlada. Nunca me había parecido más de mármol tallado el hermoso rostro pálido que en esos momentos, iluminado por la luz del fuego mientras apartaba de la frente un mechón de cabello mojado por la nieve. Me entristeció notar en él una huella de dolor y preocupación claramente grabada. Esperé por si decía algo que me fuera siquiera comprensible, pero tenía la mano puesta en el mentón con un dedo sobre los labios: meditaba. Pensé que su mano, al igual que su cara, se veía demacrada. Me llenó el corazón un impulso de compasión, quizás inoportuno, que me llevó a decir:

—¡Ojalá Diana y Mary se vinieran a vivir con usted! No debería estar tan solo, pues descuida su salud.

—En absoluto —dijo—, me cuido cuando me hace falta. Ahora estoy bien. ¿Qué le preocupa de lo que ve en mí?

Dijo esto con una indiferencia abstraída, mostrando que mi inquietud era, por lo menos en su opinión, totalmente superflua. Guardé silencio.

Siguió pasándose el dedo por el labio superior y mirando soñador el fuego brillante. Sintiendo la necesidad de decir algo, pregunté si notaba una corriente fría desde la puerta que estaba detrás de él.

—No, no —contestó con un tono algo quisquilloso.

—Bien —comenté—, si no quiere hablar, no hable. Lo dejaré tranquilo y volveré con mi libro.

Así que despabilé la vela y reanudé mi lectura del *Marmion*. Poco después, un movimiento suyo atrajo mi atención; sacaba un billetero, del que extrajo una carta, que leyó en silencio; después, la dobló y guardó nuevamente, volviendo a sus meditaciones. Era inútil intentar leer con semejante figura inescrutable delante, y la impaciencia me impidió seguir callada. A riesgo de sufrir un desaire, le hablé:

—¿Ha tenido noticias de Diana y Mary últimamente?

—No desde la carta que le enseñé la semana pasada.

—¿Y no hay cambios en sus propios planes? ¿No se verá obligado a dejar Inglaterra antes de lo que esperaba?

—Me temo que no; no tendré tanta suerte.

Sintiéndome frustrada, decidí cambiar de táctica y hablarle de la escuela y mis alumnas.

—La madre de Mary Garrett se encuentra mejor, por lo que Mary ha vuelto a la escuela esta mañana, y vendrán cuatro chicas nuevas de Foundry Close la semana próxima; habrían venido hoy si no hubiera sido por la nieve.

—¿De veras?

—El señor Oliver paga los honorarios de dos de ellas.

—¿Sí?

—Piensa hacer una fiesta para toda la escuela en Navidad.

—Lo sé.

—¿Lo sugirió usted?

—No.

—¿Quién, entonces?

—Su hija, creo.

—Es típico de ella: tiene muy buen corazón.

—Sí.

Siguió otra pausa. Dieron las ocho en el reloj, lo que pareció despertarlo, porque descruzó las piernas, se irguió en la silla y se volvió hacia mí.

—Deje el libro un momento, y acérquese un poco más al fuego —me dijo.

Perpleja y desconcertada, le obedecí.

—Hace media hora —prosiguió—, hablaba de mi impaciencia por enterarme del final de un relato, pero, después de reflexionar, creo que el asunto funcionará mejor si adopto yo mismo el papel de narrador y usted se convierte en oyente. Antes de empezar, es justo advertirle que la historia le será demasiado familiar, pero los detalles repetidos a menudo adquieren frescura al ser contados por diferentes labios. Por lo demás, viejo o nuevo, es breve.

»Hace veinte años, un pobre párroco, cuyo nombre no importa en este momento, se enamoró de la hija de un hombre rico, que también se enamoró de él, y se casaron en contra de los consejos de sus familiares, que la desheredaron inmediatamente después de la boda. En menos de dos años, la pareja de imprudentes había muerto, y yacían juntos bajo la misma lápida. He visto su tumba, que forma parte del pavimento de un enorme cementerio que rodea la sombría catedral ennegrecida por el hollín, en una ciudad industrial del condado de… Dejaron una hija, que, en el momento de nacer, fue recibida por la Caridad en su gélido regazo, frío como la montaña de nieve que casi me ha atrapado esta noche. La Caridad transportó a la criatura desamparada a la casa de unos familiares ricos de su madre, donde fue recogida por una tía política, de nombre, pues ya hemos llegado a los nombres, la señora Reed de Gateshead. Se ha sobresaltado usted; ¿es que ha oído algo? Supongo que será una rata correteando por las vigas de la escuela, que fue un granero antes de que yo lo mandara reparar y reformar, y los graneros suelen cobijar a las ratas. Continuemos. La señora Reed se quedó diez años con la huérfana, y no me han contado si

esta era feliz con ella o no, pero al cabo de este tiempo, la mandó a un lugar que usted conoce, nada menos que la escuela de Lowood, donde usted misma residió durante tanto tiempo. Parece ser que su paso por la institución fue honroso: de alumna, llegó a ser profesora, igual que usted, se me antoja que existen muchos puntos paralelos entre su historia y la de usted, y salió de allí para ser institutriz, un destino también análogo al suyo, y ponerse a instruir a la pupila de un tal señor Rochester.

—¡Señor Rivers! —interrumpí.

—Me imagino lo que siente usted —dijo—, pero conténgase un poco más. Escúcheme hasta el fin; acabo enseguida. Del carácter del señor Rochester, solo sé que le pidió en matrimonio honroso a esta joven, y que en el mismo altar se enteró ella de que tenía una esposa todavía viva, aunque loca. Lo que él hiciera o propusiera después son conjeturas, pero, cuando tuvo lugar un suceso que hizo necesario localizar a la institutriz, se descubrió que había desaparecido, y nadie sabía cuándo, cómo ni adónde se había ido. Salió de Thornfield Hall por la noche, y todos los intentos por encontrarla fueron en vano. Se la buscó por todas partes, mas no se hallaron vestigios de su paradero. Sin embargo, se ha hecho urgente que la encuentren; han aparecido anuncios en todos los periódicos, y yo mismo he recibido una carta de un tal señor Briggs, abogado, comunicándome los detalles que le acabo de relatar. ¿No es una historia curiosa?

—Dígame solo esto —dije—, ya que sabe tanto, estoy segura de que me lo puede decir, ¿qué ha sido del señor Rochester? ¿Cómo y dónde está? ¿Qué hace? ¿Se encuentra bien?

—Ignoro todo lo referente al señor Rochester. La carta solo lo menciona con relación al intento fraudulento e ilegal que he contado. Mejor sería que me preguntase el nombre de la institutriz y los motivos por los que se la busca.

—Entonces, ¿no ha ido nadie a Thornfield Hall? ¿Nadie ha visto al señor Rochester?

—Supongo que no.

—Pero ¿le habrán escrito?

—Por supuesto.

—¿Y qué ha respondido? ¿Quién ha recibido carta suya?

—El señor Briggs da a entender que la respuesta a sus indagaciones no procedía del señor Rochester, sino de una señora, pues está firmada «Alice Fairfax».

Me quedé fría y desanimada, porque esto confirmaba mis peores sospechas: era probable que se hubiera marchado de Inglaterra para precipitarse desesperado a algún antiguo refugio del Continente. ¿Y qué narcótico habría buscado para aliviar sus terribles sufrimientos? ¿Quién sería el objeto de su pasión desatada? No me atrevía a imaginarlo. ¡Mi pobre amo y casi esposo, a quien había llamado tantas veces «mi querido Edward»!

—Debe de ser un hombre perverso —comentó el señor Rivers.

—Usted no lo conoce, así que no opine sobre él —contesté acalorada.

—Muy bien —contestó tranquilamente—, y desde luego tengo otras preocupaciones aparte de él, pues he de acabar mi relato. Ya que no quiere preguntarme el nombre de la institutriz, debo decírselo yo. Espere, lo tengo aquí, siempre es mejor que los puntos importantes consten por escrito.

Y de nuevo sacó con parsimonia el billetero, lo abrió y rebuscó hasta encontrar en uno de sus compartimientos un sucio pedazo de papel, arrancado precipitadamente de algún sitio. Reconocí su textura y las manchas de color ultramarino, carmesí y bermellón: era el margen rasgado de la hoja que cubría el retrato. Se levantó y me lo acercó a los ojos, y pude leer, escritas con tinta china con mi propia letra, las palabras «JANE EYRE», obra indudablemente de un momento de distracción.

—Briggs me escribió sobre una tal Jane Eyre —dijo—; el anuncio buscaba a una tal Jane Eyre, y yo conocía a una Jane Elliott. Reconozco que sospechaba algo, pero hasta ayer por la tarde no lo supe con seguridad. ¿Asume usted el nombre y renuncia al seudónimo?

—Sí, sí, pero ¿dónde está el señor Briggs? Quizás él sepa más que usted sobre el señor Rochester.

—Briggs está en Londres, y dudo que sepa nada del señor Rochester, pues no es el señor Rochester quien le interesa. Mientras tanto, descuida usted lo importante preguntando por nimiedades. No me pregunta por qué la buscaba el señor Briggs o qué tenía que decirle.

—Bien, ¿qué quería?

—Simplemente comunicarle que su tío, el señor Eyre de Madeira, ha muerto, que le ha dejado todos sus bienes, y que es usted rica, simplemente eso.

—¿Yo, rica?

—Sí, usted rica, toda una heredera.

Hubo un silencio.

—Por supuesto que debe ratificar su identidad —comenzó de nuevo St. John un rato después—, un paso que no supondrá ningún problema. Después, puede recibir inmediatamente la herencia. Su fortuna está invertida en fondos ingleses. Briggs está en posesión del testamento y de los documentos necesarios.

¡La providencia había vuelto otra carta! Es una cosa espléndida, lector, pasar en un instante de la indigencia a la riqueza, una cosa realmente espléndida, pero es algo difícil de asumir, y más todavía de disfrutar, en un momento. Y existen otras suertes en la vida que son más emocionantes y conmovedoras. Este es un asunto sólido, del mundo real, nada ideal. Todo lo que se asocia con él es sólido y formal, al igual que sus manifestaciones. No saltamos de alegría, ni gritamos «¡hurra!» al enteramos de que tenemos una fortuna, sino que empezamos a pensar en las responsabilidades y meditar sobre los asuntos económicos; surgen consideraciones graves a pesar de la satisfacción, y nos contenemos y reflexionamos sobre nuestra felicidad con seriedad.

Además, las palabras legado y herencia se asocian con las palabras muerte y entierro. Me acababan de decir que había muerto mi tío, mi único pariente. Desde que me había enterado de que

existía, había albergado la esperanza de conocerlo algún día, y ya no sería posible. Y este dinero era solo para mí; no para una familia que pudiera disfrutarlo, sino únicamente para mí. Era una bendición, sin duda, y la independencia sería maravillosa. Esta idea, la de ser independiente, me emocionaba realmente.

—Por fin deja de fruncir el ceño —dijo el señor Rivers—, pensé que Medusa la había mirado y la iba a convertir en piedra. ¿Quizás ahora me preguntará cuánto dinero ha heredado?

—¿Cuánto?

—¡Oh, una insignificancia! Nada importante, desde luego, creo que han dicho veinte mil libras. Casi nada, ¿verdad?

—¡Veinte mil libras!

Quedé aturdida otra vez, pues había calculado que serían cuatro o cinco mil. Esta noticia me dejó un momento sin aliento. El señor St. John, a quien nunca había oído reír, se rio de buena gana.

—Bien —dijo—, si hubiera cometido un crimen y yo le hubiera dicho que la habían descubierto, no tendría más aspecto de espanto.

—Es una cantidad muy grande. ¿No cree que hay algún error?

—No hay ningún error.

—Quizás se haya equivocado al leer la cifra, ¿no serían dos mil?

—Está escrito con letras, no cifras: veinte mil.

Me sentí como alguien de apetito moderado que se sienta para comer en una mesa preparada con un banquete para cien personas. El señor Rivers se levantó y se puso la capa.

—Si no fuera una noche tan desapacible —dijo—, mandaría a Hannah para hacerle compañía, ya que se la ve demasiado afectada para quedarse sola. Pero la pobre Hannah no sabría atravesar las montañas de nieve tan bien como yo, pues no tiene las piernas tan largas, así que no tengo más remedio que dejarla a solas con sus penas. Buenas noches.

Cuando hizo ademán de abrir la puerta, me asaltó una idea.

—¡Espere un minuto! —grité.

—¿Y bien?

—Me gustaría saber por qué le escribió el señor Briggs sobre mi caso, o cómo lo conocía a usted, o por qué se imaginó que usted, que vive en este lugar tan apartado, tendría los medios para ayudarle a encontrarme.

—Oh, soy clérigo —dijo—, y a los clérigos nos consultan a menudo sobre las cuestiones más extrañas. —Otra vez iba a abrir la puerta.

—¡No, su explicación no me convence! —exclamé, porque realmente había algo en su respuesta precipitada y perfunctoria que, en vez de aliviar mi curiosidad, más bien la excitó.

—Es un asunto muy curioso —añadí—, y debo saber más al respecto.

—En otra ocasión.

—No, ¡esta noche, esta noche! —me interpuse entre él y la puerta. Se le veía algo turbado.

—¡No se marchará usted antes de contármelo todo! —dije.

—Preferiría no hacerlo en este momento.

—Debe hacerlo.

—Preferiría que se lo contara Diana o Mary.

Naturalmente, estos reparos aumentaron sobremanera mi curiosidad; debía satisfacerla sin demora, y así se lo dije.

—Ya le advertí que era un hombre inflexible —dijo—, difícil de persuadir.

—Y yo soy una mujer inflexible, imposible de disuadir.

—Y además —continuó—, tengo frío. No me afecta su fervor.

—Mientras que yo soy acalorada, y el fuego derrite el hielo. Las llamas han quitado toda la nieve de su capa, convirtiéndola en agua que ha encharcado el suelo, de modo que parece una calle transitada. Si tiene usted la esperanza de que lo perdone alguna vez, señor Rivers, por el terrible delito de estropear el suelo de tierra de una cocina, dígame lo que quiero saber.

—Bien, entonces —dijo—, me rindo; no por su ansia, sino por su perseverancia, me rindo, de la misma manera en que se desgasta

una piedra que se cae continuamente. Además, lo ha de saber algún día, así que ¿por qué no ahora? ¿Se llama usted Jane Eyre?

—Por supuesto, eso ya ha quedado claro.

—Puede que no sepa que soy su tocayo, que me bautizaron St. John Eyre Rivers.

—Desde luego que no. Ahora me acuerdo de haber visto la letra E escrita entre sus iniciales en los libros que me ha prestado en diferentes ocasiones, pero nunca me he preguntado lo que significaba. ¿Entonces? No me dirá…

Me detuve, incapaz de creer, y mucho menos expresar con palabras la idea que se me ocurrió de pronto, que tomó cuerpo y se convirtió un segundo más tarde en certeza. Las circunstancias se iban ligando, encajando y ordenando, y la cadena que antes yaciera en un amasijo informe de eslabones se desenmarañó, cada eslabón en su lugar, la conexión perfecta. Supe, por instinto, antes de que St. John pronunciase otra palabra, cuál era la situación, pero no puedo esperar que el lector tenga la misma percepción intuitiva, por lo que repetiré la explicación.

—Mi madre se llamaba Eyre, y tenía dos hermanos; uno era clérigo, y se casó con la señorita Jane Reed, de Gateshead, y el otro, el señor John Eyre, era marchante y vivía en Funchal, Madeira. El señor Briggs, en calidad de abogado del señor Eyre, nos escribió en agosto pasado para comunicarnos la muerte de nuestro tío y para decirnos que había dejado sus bienes a la hija huérfana de su hermano clérigo, pasándonos por alto a nosotros a causa de una riña nunca olvidada entre él y mi padre. Escribió otra vez hace unas semanas para decir que había desaparecido la heredera, y para preguntar si sabíamos algo de ella. Un nombre escrito al azar en un papel me ha servido para descubrirla. El resto, ya lo sabe. —Hizo otro intento de marcharse, pero le cerré el paso, poniendo la espalda contra la puerta.

—Déjeme hablar —dije—, déjeme un momento para recuperar el aliento y reflexionar. —Hice una pausa, mientras él siguió delante de mí, con el sombrero en la mano y aspecto tranquilo. Continué:

—¿Su madre fue hermana de mi padre?

—Sí.

—¿Mi tía, por lo tanto?

Asintió.

—¿Mi tío John era su tío John? ¿Usted, Diana y Mary son hijos de su hermana, igual que yo soy hija de su hermano?

—Sin duda.

—Entonces ustedes tres son mis primos; ¿la mitad de nuestra sangre tiene el mismo origen?

—Somos primos, sí.

Lo contemplé. Al parecer, había encontrado a un hermano del que podía estar orgullosa y al que podía querer, y dos hermanas, cuyos atributos eran tales que, cuando creía que eran extrañas, me inspiraron genuino afecto y admiración. Las dos jóvenes que yo contemplara con una mezcla amarga de fascinación y desesperación, arrodillada sobre el suelo mojado y mirando a través de la ventana baja, eran familiares cercanas, y el caballero elegante que me encontró casi moribunda en su umbral, era pariente consanguíneo. ¡Magnífico hallazgo para una infeliz solitaria! ¡Esto sí era riqueza! riqueza para el corazón, una mina de afectos puros y cordiales. Era una bendición viva y estimulante, no como un regalo de oro, muy bien recibido a su manera, pero imponente por su peso. Batí las palmas de alegría espontánea, el pulso acelerado, la sangre bulliciosa.

—¡Qué contenta estoy! —exclamé.

St. John se sonrió.

—¿No le he dicho que pasaba por alto los puntos esenciales para abstraerse con nimiedades? —preguntó—. Se ha quedado seria cuando le he dicho que tenía una fortuna, y ahora se emociona por una cuestión sin importancia.

—¿Qué quiere usted decir? Puede que no tenga importancia para usted, que ya tenía hermanas y no le hacía falta tener una prima. Pero yo no tenía a nadie, y de repente nacen, ya adultos, tres

parientes en mi mundo, o dos, si usted no quiere que lo incluya. Vuelvo a decir: ¡qué contenta estoy!

Me puse a caminar deprisa por la habitación, pero me detuve, medio ahogada por los pensamientos que surgían tan rápido que no podía seguirlos, comprenderlos ni ordenarlos; pensamientos de lo que podría ocurrir, de lo que debía ocurrir y ocurriría dentro de poco. Miré la pared blanca, y se me antojó un cielo cuajado de estrellas ascendentes, cada una de las cuales me señalaba un propósito o un goce. Podía beneficiar a los que me habían salvado la vida, a los que hasta ahora había querido infructuosamente. Se hallaban bajo un yugo y yo podía liberarlos de él y unirlos de nuevo. La independencia y la afluencia que me pertenecían también podían pertenecerles a ellos. ¿No éramos cuatro? Veinte mil libras, divididas entre cuatro, darían cinco mil para cada uno, más que suficiente. Se haría justicia, procurando la felicidad mutua. Ya no me pesaba la riqueza, ya no era una herencia de dinero simplemente, sino un legado de vida, esperanza y goces.

No sé qué aspecto tenía mientras estas ideas irrumpieron en mi mente, pero me di cuenta de que el señor Rivers había colocado una silla detrás de mí y me instaba tranquilamente a que tomara asiento. También me aconsejaba que me serenase. Desdeñando su insinuación de que me encontraba desamparada y confusa, aparté su mano y continué caminando.

—Escriba usted mañana a Diana y a Mary —le dije—, y dígales que vengan a casa enseguida. Diana dijo que con mil libras se considerarían ricas, así que con cinco mil, estarán muy bien.

—Dígame dónde puedo encontrar un vaso de agua para usted —dijo St. John—, debe hacer un esfuerzo por tranquilizarse.

—¡Tonterías! ¿Y cómo lo afectará a usted la donación? ¿Conseguirá que permanezca en Inglaterra y se case con la señorita Oliver y eche raíces como un ser normal?

—Usted delira; tiene las ideas confusas. Le he comunicado demasiado bruscamente la noticia, y se he excitado más de la cuenta.

—¡Señor Rivers, me hace perder la paciencia! Yo razono perfectamente. Es usted el que no me comprende, o más bien finge no comprenderme.

—Quizás si se explica un poco mejor, la comprenderé.

—¡Explicar! ¿Qué hay que explicar? No puede menos que darse cuenta de que veinte mil libras, la cantidad en cuestión, si se dividen en partes iguales entre el sobrino y las tres sobrinas, nos darán cinco mil a cada uno. Lo que pretendo es que escriba usted a sus hermanas para contarles la fortuna que les ha correspondido.

—Quiere decir, que le ha correspondido a usted.

—Ya le he anunciado mi punto de vista del caso, y no pienso cambiar de opinión. No soy cruelmente egoísta, ni ciegamente injusta, ni perversamente ingrata. Además, me empeño en tener un hogar y una familia. Me gusta Moor House, y viviré allí; me agradan Diana y Mary, y quiero vincularme con ellas de por vida. Me complacería y me vendría muy bien tener cinco mil libras, mientras que tener veinte mil me oprimiría y atormentaría. Además, de justicia, el dinero no es mío, aunque legalmente lo sea. Por lo tanto, cedo a ustedes lo que me sobra a mí. No se oponga a ello, y no lo discutamos. Pongámonos de acuerdo, y zanjemos el asunto de una vez.

—Está obrando impulsivamente. Necesita unos días para meditar un asunto de tanta importancia antes de que le tomemos la palabra.

—Bien, si lo único que lo hace dudar es mi sinceridad, no me preocupa. Verá usted la justicia de lo que propongo.

—Es cierto que veo *cierta* justicia en ello, pero es una decisión inaudita. Además, la fortuna entera le pertenece por derecho, ya que mi tío la ganó honradamente y estaba libre de disponer de ella como más le placiera, y se la dejó a usted. Después de todo, la justicia le permite quedársela, así que puede considerarla suya con la conciencia tranquila.

—En mi caso —dije—, es cuestión no solo de conciencia, sino de sentimientos, y debo ceder a los míos, ya que tengo tan pocas

ocasiones de hacerlo. Aunque usted argumente, ponga reparos y me discuta durante todo un año, no podría renunciar al placer delicioso que se me ha ocurrido: el de pagar en parte una enorme deuda, y ganarme su amistad para el resto de mi vida.

—Eso piensa ahora —respondió St. John—, porque no sabe lo que significa poseer y, en consecuencia, disfrutar de la riqueza. No puede hacerse una idea de la importancia que adquiría con veinte mil libras, de la posición que le daría en la sociedad, de las oportunidades que le proporcionaría, no puede…

—Y usted —interrumpí— no puede imaginarse lo que he añorado el cariño de unos hermanos. Nunca he tenido un hogar, ni hermanos. Ahora puedo tenerlos, y eso es lo que deseo. ¿No se resistirá a admitirme en su familia?

—Jane, seré su hermano, y mis hermanas serán sus hermanas sin que tenga que sacrificar sus derechos.

—¿Hermano? Sí, ¡a mil leguas de distancia! ¿Hermanas? Sí, ¡esclavas entre extraños! ¡Yo, rica, cubierta de oro que no he ganado y no me merezco! ¡Ustedes, sin un penique! ¡Vaya idea de la igualdad y la fraternidad! ¡Vaya unidad familiar y vínculos de sangre!

—Pero Jane, sus deseos de tener familia y felicidad doméstica pueden realizarse por otros medios que no son los que pretende: puede casarse.

—¡Más tonterías! ¿Casarme? No quiero casarme y nunca me casaré.

—Se precipita usted. Las decisiones aventuradas son una prueba de la excitación que la domina.

—No me precipito. Sé lo que pienso y la poca inclinación que tengo hacia el matrimonio. Nadie se casará conmigo por amor, y me niego a que me vean como un simple asunto de especulación. Y no quiero unirme a un ser extraño, ajeno y diferente de mí, sino a mis familiares, a los que me une la comunión de ideas. Repita usted que será mi hermano. Me he sentido feliz cuando lo ha dicho; dígalo de nuevo, si puede hacerlo con sinceridad.

—Creo que sí. Sé que siempre he querido a mis propias hermanas, y conozco la base de ese amor: el respeto por lo que valen y la admiración de sus méritos. Usted también tiene principios e inteligencia, sus gustos y sus costumbres se parecen a los de Diana y Mary, su presencia me resulta siempre agradable, y, desde hace algún tiempo, su conversación me proporciona un saludable solaz. Creo que puedo, sin dificultad, encontrar un hueco en mi corazón para usted, la tercera y más joven de mis hermanas.

—Gracias, con eso me doy por satisfecha esta noche. Ahora debe marcharse, porque si se queda más, volverá a provocarme con algún escrúpulo o recelo.

—¿Y la escuela, señorita Eyre? Debemos cerrarla, supongo.

—No. Seguiré en mi puesto de maestra hasta que encuentre una sustituta.

Sonrió con aprobación, nos dimos la mano y se despidió.

No hace falta que detalle las luchas que libré o las argucias que utilicé hasta dejar arreglado el asunto de la herencia según mis deseos. Fue una tarea ardua, pero como estaba decidida, y como se dieron cuenta al fin mis primos de que estaba absoluta e inmutablemente empeñada en dividir los bienes por igual entre los cuatro, y como en su fuero interno debían de pensar que mi intención era justa y debían saber que, en mi lugar, hubieran hecho exactamente lo que yo pretendía hacer, después de mucho tiempo consintieron en que se sometiera el asunto a arbitraje. Los jueces elegidos fueron el señor Oliver y un abogado competente. Ambos estuvieron de acuerdo conmigo y conseguí mi propósito. Se prepararon los documentos de transferencia, y St. John, Diana, Mary y yo entramos en posesión de nuestra fortuna.

Capítulo VIII

Se aproximaban las vacaciones de Navidad cuando se arregló todo. Cerré la escuela de Morton, cuidando de que no careciera de frutos, por mi parte, la despedida. La buena suerte tiene el don maravilloso de abrir la mano además del corazón, y dar un poco cuando hemos recibido mucho nos permite desahogar la inusitada exaltación de nuestros sentidos. Hacía tiempo que tenía la grata sensación de que me querían muchas de mis rústicas alumnas, y se confirmó esta impresión cuando nos despedimos, al expresar ellas clara y rotundamente su afecto. Me gratificó profundamente saber que ocupaba un lugar en sus sencillos corazones, y les prometí que no pasaría una semana a partir de entonces sin que fuera a visitarlas para impartir una hora de clase en la escuela.

Se acercó el señor Rivers cuando yo, tras ver salir desfilando las clases, que constaban ya de sesenta muchachas, y cerrar la puerta, estaba con la llave en la mano intercambiando unas palabras especiales de despedida con media docena de mis mejores alumnas, unas jóvenes tan honradas, respetables, modosas e instruidas como jamás existieran entre el campesinado británico. Y eso no es decir poco, porque los campesinos británicos son los mejor instruidos, los más educados y dignos de Europa. Desde aquellos tiempos, he tenido ocasión de ver a *paysannes* y *Bäuerinnen*, las mejores de las cuales me parecieron ignorantes, vulgares y embrutecidas cuando las comparaba con mis muchachas de Morton.

—¿Se considera recompensada por sus meses de esfuerzo? —me preguntó el señor Rivers cuando se hubieron marchado—. ¿No le complace saber que ha realizado una buena obra en su vida?

—Desde luego.

—¡Y solo ha trabajado unos cuantos meses! ¿No le parece que sería bueno dedicar una vida entera a la tarea de mejorar la raza?

—Sí —dije—, pero yo no podría seguir así para siempre. Quiero disfrutar de mis propias facultades además de cultivar las de los demás, y debo disfrutarlas ahora, así que no me recuerde la escuela, porque ya he terminado y estoy dispuesta a pasar unas largas vacaciones.

Adoptó un gesto serio:

—¿Ahora qué? ¿Qué es este entusiasmo repentino? ¿Qué piensa hacer?

—Ser tan activa como pueda. Y primero debo pedirle que deje libre a Hannah, y que se busque a otra que le sirva.

—¿Para qué la necesita?

—Para ir conmigo a Moor House. Dentro de una semana, Diana y Mary estarán en casa, y quiero tenerlo todo a punto para su llegada.

—Comprendo. Creía que se marchaba de excursión a algún lugar. Mejor así; Hannah la acompañará.

—Entonces, dígale que esté preparada mañana. Tenga la llave de la escuela; le daré la de la casa por la mañana.

La cogió.

—La deja usted muy alegremente —dijo—; no entiendo del todo su júbilo, puesto que no sé en qué empleo piensa ocuparse en lugar del que abandona. ¿Cuál es su objetivo, su propósito en la vida ahora?

—Mi primer propósito será *limpiar de arriba abajo*, ¿comprende usted lo que significa realmente?, *limpiar de arriba abajo* Moor House, desde los dormitorios hasta el sótano; el segundo, utilizar infinidad de trapos para darle cera y aceite, hasta que reluzca de nuevo; el tercero, colocar con precisión matemática cada silla,

mesa, cama y alfombra; después, haré lo que pueda para arruinarlo comprando carbón y turba para encender un buen fuego en cada habitación, y, finalmente, los dos días anteriores a la llegada de sus hermanas, Hannah y yo nos dedicaremos a batir huevos, seleccionar frutos secos y rallar especias para elaborar pasteles de Navidad, picar fruta para hacer tartas, y celebrar otros ritos culinarios, todo lo cual se puede expresar con palabras pero ha de ser incomprensible para un profano como usted. Mi propósito, dicho de otro modo, es tenerlo todo perfectamente preparado para Diana y Mary el jueves próximo, y mi ambición es darles una bienvenida maravillosa cuando vengan.

St. John sonrió levemente; aún no estaba satisfecho.

—Eso está muy bien de momento —dijo—, pero, en serio, espero que, una vez haya pasado el primer impulso de euforia, se dedique a buscar algo más elevado que los placeres domésticos y los goces del hogar.

—¡Los mayores placeres del mundo! —interrumpí.

—No, Jane, no. Este mundo no es un lugar de complacencia, y no debe intentar que lo sea. Tampoco lo es de reposo, así que no se vuelva perezosa.

—Al contrario, pretendo estar muy ocupada.

—Jane, la perdono por ahora, le doy dos meses de gracia para que disfrute plenamente de su nueva posición y para que se regocije con los encantos de la familia hallada tardíamente, pero *pasado este tiempo*, espero que busque, más allá de Moor House, de la sociedad fraternal, la tranquilidad egoísta y la comodidad sensual de la afluencia civilizada. Espero que la fuerza de sus energías la inquiete.

Lo miré sorprendida.

—St. John —dije—, lo considero casi malvado por hablar de esta forma. Yo estoy dispuesta a estar tan contenta como una reina, y usted intenta provocar mi inquietud. ¿Qué pretende?

—Pretendo que utilice con provecho el talento que Dios le ha conferido, del que un día le pedirá cuentas, sin duda. Jane, la

vigilaré estrecha y ansiosamente, se lo advierto, para intentar refrenar el fervor desmedido con que emprende los placeres comunes del hogar. No se agarre con tanta tenacidad a los vínculos de la carne. Guarde su constancia y su ardor para una causa adecuada, y no los gaste en objetivos triviales y efímeros, ¿me oye, Jane?

—Sí, como si me hablara en griego. Creo que tengo motivos suficientes para ser feliz, así que lo seré. ¡Adiós!

Estuve feliz en Moor House, y trabajé mucho, igual que Hannah, que estaba encantada de ver lo contenta que me puse yo entre el bullicio de la casa vuelta patas arriba, y de ver cómo cepillaba, frotaba, limpiaba y cocinaba. De hecho, después de un día o dos de la más terrible confusión, poco a poco hallamos placer en poner orden en el caos que nosotras mismas habíamos provocado. Antes había viajado a S… para comprar algunos muebles nuevos, pues mis primos me habían dado carta blanca para hacer los cambios que quisiera, y habíamos apartado una cantidad de dinero para ese fin. Dejé más o menos como estaban la sala y los dormitorios, consciente de que Diana y Mary se alegrarían más de ver de nuevo las sencillas mesas, sillas y camas que las innovaciones más elegantes. Sin embargo, algo novedoso sí había que buscar para dar a su regreso el acicate que yo pretendía, por lo que me hice con bellas alfombras y cortinas oscuras, una selección esmerada de figuras antiguas de porcelana y de bronce, tapicerías nuevas, espejos y neceseres para los tocadores, todo lo cual se veía fresco, sin ser llamativo. Amueblé enteros un salón y un dormitorio de invitados con caoba antigua y tapicería carmesí. Coloqué una estera en el pasillo y alfombras en la escalera. Cuando quedó terminado, me pareció Moor House en esa época tal modelo de bienestar y alegría por dentro como lo era de desolación invernal y lúgubre por fuera.

Llegó por fin el jueves ansiado. Las esperábamos al anochecer, por lo que encendimos las chimeneas de toda la casa antes del

crepúsculo. La cocina estaba inmaculada, Hannah y yo estábamos vestidas y todo estaba listo.

Primero vino St. John. Le había rogado que no se acercase a la casa hasta que no estuviese todo dispuesto, y, efectivamente, la mera idea de la conmoción que tendría lugar, a la vez sórdida y trivial, bastó para mantenerlo alejado. Me encontró en la cocina, vigilando la cocción de algunos pasteles que estábamos preparando para el té. Al acercarse al fuego, me preguntó si me satisfacía el trabajo de criada, a lo que respondí con una invitación a acompañarme a inspeccionar el resultado de mis labores. Con alguna dificultad, conseguí que consintiera en hacer el recorrido de la casa. Simplemente se asomaba por las puertas que yo abría, y, después de vagar escaleras arriba y escaleras abajo, reconoció que debía de haberme molestado y cansado mucho para efectuar tales cambios en un espacio de tiempo tan corto, pero no pronunció ni una palabra de complacencia por el aspecto renovado de su hogar.

Su silencio me desanimó, y pensé que quizás los cambios hubiesen interferido con unos recuerdos valiosos para él. Le pregunté si era así, sin duda con un tono algo decepcionado.

Dijo que en absoluto, que se daba cuenta de que yo había respetado cada recuerdo, y que temía, por el contrario, que hubiera dado al asunto más importancia de la que tenía. Que cúantos minutos había dedicado a estudiar la distribución de tal habitación y si, a propósito, podía decirle dónde se encontraba tal libro.

Le mostré el volumen que buscaba, lo cogió de la repisa, se retiró a su lugar acostumbrado en el hueco de la ventana y se puso a leerlo.

Pero a mí esto no me gustaba nada, lector. St. John era un buen hombre, pero empecé a pensar que había dicho la verdad al describirse a sí mismo como una persona dura y fría. No lo atraían la humanidad, las comodidades ni los goces pacíficos de la vida. Vivía literalmente con el único fin de aspirar a lo más bueno y elevado, pero nunca descansaría ni permitiría que descansaran los que estuvieran a su alrededor. Al contemplar su alta frente, inmóvil y

pálida como una piedra blanca, y las finas líneas de su cara fijas en la lectura, me di cuenta de pronto de que no sería un buen marido, que sería muy difícil ser su esposa. Comprendí, como por inspiración, la naturaleza de su amor por la señorita Oliver, y estuve de acuerdo con él en que era un amor de los sentidos únicamente. Comprendí que se despreciase a sí mismo por la influencia febril que ejercía sobre él y que quisiera ahogarlo y destruirlo, y también que desconfiara de que fuera a conducirlos a una felicidad permanente, ni a él ni a ella. Me di cuenta de que era del material del que la naturaleza forja a los héroes, cristianos o paganos: los legisladores, los estadistas y los conquistadores, un sólido baluarte para el apoyo de los grandes intereses; pero, junto al fuego del hogar, con demasiada frecuencia, una columna fría y pesada, lúgubre y fuera de lugar.

«Este salón no es su mundo —reflexioné—, le iría mejor la cordillera del Himalaya, la jungla de los cafres, o los pantanos infectos de la costa de Guinea. Con razón evita la paz de la vida doméstica, pues no es su elemento; sus facultades se estancan aquí, sin poder desarrollarse ni mostrarse ventajosamente. Solo en escenarios de lucha y peligro, donde se demuestra el valor y se necesita de energía y de fortaleza, se le podrá apreciar como caudillo y jefe. Un niño alegre le sacaría ventaja aquí en casa. Hace bien en elegir ser misionero, lo veo claro ahora».

—¡Ya vienen, ya vienen! —gritó Hannah, abriendo de golpe la puerta del salón. En el mismo momento se puso a ladrar de alegría el viejo *Carlo*. Salí corriendo. Era de noche, pero se oía el retumbar de ruedas. Hannah no tardó en encender una linterna. El vehículo se detuvo en la verja, el conductor abrió la cancela y se apearon, primero una figura familiar y después otra. Un minuto después, puse la cara bajo sus sombreros, haciendo contacto, primero, con la suave mejilla de Mary y, después, con los rizos abundantes de Diana. Se reían, me besaron a mí y después a Hannah, acariciaron a *Carlo*, que estaba loco de contento, y preguntaron ávidamente si

todo iba bien y, al oír una respuesta afirmativa, se apresuraron a entrar en la casa.

Estaban entumecidas tras el traqueteo del largo paseo desde Whitcross, y heladas por la escarcha de la noche, pero sus rostros agradables se relajaron con la luz viva del fuego. Mientras el cochero y Hannah metían su equipaje en la casa, exigieron ver a St. John. En ese mismo momento, salió del salón, y ambas le rodearon el cuello con los brazos al mismo tiempo. Él besó serenamente a cada una, pronunció con voz queda unas palabras de bienvenida, se quedó hablando unos minutos y después, diciendo que suponía que se reunirían con él en el salón, se retiró allí como buscando refugio.

Yo tenía velas preparadas para que subieran a los dormitorios, pero Diana quiso primero ofrecer su hospitalidad al cochero, después de lo cual me siguieron arriba. Estaban encantadas de los cambios y la decoración de sus cuartos: expresaron generosamente su satisfacción por la tapicería y las alfombras nuevas y los jarrones de porcelana de espléndidos colores. Tuve el placer de sentir que lo que había hecho era exactamente lo que hubieran hecho ellas, lo que añadió un ingrediente más a la alegría de su regreso a casa.

Fue una velada encantadora. Mis primas, animadísimas, hicieron gala de tal elocuencia para comentarlo todo, que su locuacidad suplió la taciturnidad de St. John, quien se alegraba sinceramente de ver a sus hermanas aunque era incapaz de compartir sus manifestaciones de fervor y alegría. Le complacía el suceso del día, es decir, la llegada de Diana y Mary, pero lo irritaban los accesorios de ese suceso: el alboroto de felicidad y la alegría locuaz del encuentro. Me di cuenta de que deseaba que llegase el día siguiente con su mayor tranquilidad. En medio de la diversión de la noche, una hora después de tomar el té, se oyó una llamada a la puerta. Entró Hannah con la noticia de que «había llegado un joven desgraciado, a una hora tan intempestiva, para pedir al señor Rivers que fuera a ver a su madre, que se estaba muriendo».

—¿Dónde vive, Hannah?

—Nada menos que en Whitcross Brow, a casi cuatro millas, con pantanos y musgo por todo el camino.

—Dígale que iré.

—Estoy segura, señor, de que no debería. No hay peor carretera para viajar después del anochecer; no hay ni una rodada por toda la ciénaga. Y hace una noche desapacible, con el viento más cortante que jamás haya conocido. Mande usted decir, señor, que irá por la mañana.

Pero ya estaba en el pasillo poniéndose la capa, y se marchó sin una protesta ni un reparo. Eran las nueve, y no regresó hasta la medianoche. Aunque estaba helado y fatigado, tenía un aspecto más feliz que cuando se marchó. Había cumplido con su deber, se había esforzado, había sentido la facultad de conceder o negar y se sentía más satisfecho de sí mismo.

Me temo que toda la semana siguiente lo exasperó. Era la semana de Navidad, y no nos dedicamos a ninguna actividad concreta, sino que pasamos el tiempo en una especie de alegre disipación doméstica. El aire de los páramos, la libertad del hogar y el principio de la prosperidad actuaron sobre los espíritus de Diana y Mary como un elixir vivificante. Estaban alegres de la mañana al mediodía y del mediodía a la noche. Siempre estaban dispuestas a hablar y su conversación ingeniosa, concisa y original tenía tanto encanto para mí que prefería escuchar y compartirla a hacer cualquier otra cosa. St. John no nos reñía por nuestra vivacidad, pero la rehuía. Apenas estaba en la casa; su parroquia era grande y los feligreses estaban dispersos, y tenía ocupación cotidiana visitando a los enfermos y los pobres de las diferentes zonas.

Una mañana, a la hora del desayuno, Diana se quedó pensativa unos momentos y después le preguntó si no había cambiado aún sus planes.

—Sin cambios y sin posibilidad de cambios —fue la respuesta, y siguió diciendo que su partida de Inglaterra estaba fijada definitivamente para el año siguiente.

—¿Y Rosamond Oliver? —preguntó Mary, como si las palabras hubiesen escapado de sus labios sin querer, ya que hizo un gesto como de querer suprimirlas. St. John tenía un libro en la mano (tenía la costumbre poco sociable de leer en las comidas); lo cerró y levantó la vista.

—Rosamond Oliver —dijo— está a punto de casarse con el señor Granby, uno de los residentes mejor relacionados y más respetables de S…, nieto y heredero de sir Frederic Granby. Me lo comunicó ayer su padre.

Sus hermanas y yo nos miramos, y las tres lo miramos a él: estaba sereno como el cristal.

—La boda ha debido de decidirse apresuradamente —dijo Diana —: no puede hacer mucho tiempo que se conocen.

—Solo dos meses. Se conocieron en octubre, en un baile en S… Pero cuando no hay obstáculos a una unión, como en este caso, cuando la conexión es deseable desde todos los puntos de vista, la demora es innecesaria. Se casarán en cuanto esté preparada para la recepción la casa de S… Place, que les regala sir Frederic.

La primera vez después de esta revelación que encontré a St. John a solas, me sentí tentada de preguntarle si le afligía la noticia, pero se le veía tan poco necesitado de compasión que, en lugar de ofrecerle más, me sentí avergonzada al recordar cómo me había atrevido a hablarle en otra ocasión. Además, había perdido la costumbre de hablar con él, pues su reserva había vuelto a aparecer, congelando mi franqueza con su frialdad. No había mantenido su promesa de tratarme como a sus hermanas, sino que constantemente hacía distinciones entre nosotras, nimias pero desalentadoras, lo que no contribuía en absoluto al fomento de la cordialidad. Para resumir, ahora que me reconocía como familiar y vivía bajo el mismo techo que él, noté que la distancia que nos separaba era mayor que cuando me conocía solo como maestra de escuela. Cuando recordaba la confianza que antes depositara en mí, apenas acertaba a comprender su frialdad actual.

Así las cosas, me sorprendió bastante cuando de repente levantó la cabeza del escritorio donde se encontraba trabajando para decir:

—Ya ve, Jane, se ha librado la batalla y se ha ganado una victoria.

No contesté enseguida, sorprendida por su forma de hablarme; después de un momento de vacilación, respondí:

—Pero ¿está seguro de no hallarse en la situación de un conquistador cuyo triunfo le ha costado un precio demasiado alto? ¿Otro parecido no sería su ruina?

—Creo que no, y aunque así fuera, poco importa, porque nunca tendré que volver a luchar por otro igual. El resultado del conflicto es definitivo. Se me ha despejado el camino, por lo que doy gracias a Dios. —Con estas palabras, volvió a sus papeles y su mutismo.

Según se iba asentando nuestra felicidad mutua (es decir, la de Diana, Mary y mía), y cuando reemprendimos nuestras antiguas costumbres y nuestros estudios regulares, St. John empezó a quedarse más tiempo en casa. A veces permanecía en la misma habitación que nosotras durante horas seguidas. Mientras Mary dibujaba, Diana seguía un curso de lecturas enciclopédicas que había iniciado (con gran admiración por mi parte), y yo luchaba con el alemán, él se dedicaba a sus propios estudios místicos de una lengua oriental, cuyo aprendizaje consideraba necesario para sus proyectos.

Así ocupado, se le veía, sentado en su hueco acostumbrado, tranquilo y absorto, pero sus ojos azules tenían la costumbre de abandonar la gramática exótica para vagar en nuestra dirección, y fijarse a veces en sus compañeras de estudios con una mirada extrañamente intensa. Si lo sorprendíamos, desviaba enseguida dicha mirada, pero siempre volvía a nuestra mesa un rato después. Me preguntaba qué significaba esto, y me sorprendía la enorme satisfacción que nunca dejaba de exhibir por un hecho que a mí me parecía de poca importancia: mi visita semanal a la escuela de Morton. Me desconcertaba aún más cuando en estas ocasiones, si

hacía mal día, con nieve, lluvia o viento, y sus hermanas me instaban a que no saliera, él se burlaba de su preocupación y me animaba a cumplir con la tarea sin hacer caso del tiempo.

—Jane no es tan endeble como vosotras creéis —decía—; ella aguanta tan bien como cualquiera de nosotros una ráfaga de viento, un chaparrón o unos cuantos copos de nieve. Tiene una constitución fuerte y flexible, que soporta mejor las variaciones climáticas que muchas personas más robustas.

Y cuando volvía, a veces muy fatigada y zarandeada por los elementos, no me atrevía a quejarme, porque sabía que le molestarían mis protestas. Le agradaba la fortaleza en todas las situaciones, y lo contrario lo irritaba sobremanera.

Una tarde, sin embargo, conseguí permiso para quedarme en casa, porque estaba realmente resfriada, por lo que sus hermanas se marcharon a Morton en mi lugar. Yo estaba sentada leyendo a Schiller y él estaba ocupado descifrando sus complicados pergaminos orientales. Al dejar la traducción para hacer un ejercicio, miré casualmente en su dirección para darme cuenta de que me observaba con sus siempre vigilantes ojos azules. No sé cuánto tiempo llevaría escudriñándome, pero era una mirada tan aguda y a la vez tan fría que me entró un escalofrío supersticioso, como si compartiera la habitación con un ser sobrenatural.

—Jane, ¿qué hace?

—Estudio alemán.

—Quiero que deje el alemán y aprenda el indostaní.

—No hablará en serio.

—Tan en serio que insisto en ello, y le diré por qué.

Me explicó que el indostaní era el idioma que estudiaba él mismo en esos momentos y que, al hacer progresos, tendía a olvidar los principios, y que le ayudaría enormemente tener a una alumna con quien poder repasar lo básico, para fijarlo indeleblemente en su mente; dijo que durante algún tiempo no se decidía entre yo y sus hermanas, pero que me había elegido a mí por creer que era la que más tiempo resistía haciendo una misma actividad. Preguntó si le

haría este favor, y dijo que no me tendría que sacrificar durante mucho tiempo porque faltaban solo tres meses para su partida.

St. John no era un hombre a quien se podía negar algo a la ligera, pues daba la sensación de que todas las impresiones buenas o malas se le quedaban grabadas permanentemente. Cuando regresaron Diana y Mary y aquella vio que su alumna la había abandonado a ella por su hermano, se rio, y ambas estuvieron de acuerdo en que a ellas nunca las hubiera persuadido St. John a dar semejante paso. Contestó este con voz baja:

—Lo sabía.

Resultó ser un maestro muy paciente e indulgente pero también muy exigente. Esperaba mucho de mí y, cuando satisfacía sus expectativas, expresaba plenamente su aprobación a su manera. Poco a poco fue adquiriendo sobre mí una influencia que me privaba de la libertad de pensamiento; sus alabanzas me sujetaban más que su indiferencia. Ya no era capaz de hablar o reír libremente cuando se hallaba cerca, porque un instinto molesto e inoportuno me recordaba que le disgustaba la vivacidad (por lo menos en mi caso). Era consciente de que solo aceptaba un humor y unas ocupaciones serias y de que era inútil intentar seguir cualquier otro tipo de actividad en su presencia. Caí bajo un hechizo paralizador. Cuando él decía «vaya», yo iba; cuando decía «venga», venía; cuando decía «haga eso», lo hacía. Pero no me gustaba esta servidumbre. Muchas veces deseé que hubiera seguido ignorándome.

Una noche a la hora de acostarnos, cuando sus hermanas y yo nos acercamos a él para darle las buenas noches, las besó a ellas y a mí me dio la mano, como era su costumbre. Diana, que estaba de humor juguetón (porque *ella* no estaba bajo el control doloroso de su voluntad, ya que la suya era igualmente férrea), exclamó:

—St. John, solías llamar a Jane tu tercera hermana, pero no la tratas como a tal. Deberías besarla también a ella.

Y me empujó hacia él. Me pareció muy provocadora Diana, y me sentí confusa e incómoda, y mientras me hallaba presa de estos sentimientos, St. John agachó la cabeza, puso su rostro de estatua

griega a un nivel con el mío, me interrogó con ojos penetrantes y me besó. No existen besos de mármol ni besos de hielo; de lo contrario, diría que el beso de mi eclesiástico primo pertenecía a una de estas categorías. Pero puede que existan besos experimentales, y este era uno de ellos. Después de darlo, me contempló para ver el resultado, que fue poco notable. Estoy segura de que no me ruboricé, pero quizás palideciera un poco, porque aquel beso me pareció un sello para fijar mis grilletes. Después nunca abandonó esta ceremonia, y parecía encontrarle cierto encanto, gracias a la seriedad e inmovilidad con las que yo la sufría.

Yo, por mi parte, cada día tenía más deseos de agradarlo, pero, para conseguirlo, debía renunciar a la mitad de mi naturaleza, ahogar la mitad de mis facultades, arrancar mis gustos de sus tendencias naturales y obligarme a realizar actividades por las que no sentía ninguna inclinación natural. Pretendía elevarme a unas alturas que jamás podría alcanzar y me atormentaba constantemente querer aspirar al nivel que él señalaba. Era tan imposible como intentar moldear mis facciones irregulares según su modelo clásico perfecto, o teñir mis ojos verdes del azul de mar lustroso y solemne de los suyos.

Sin embargo, no solo su dominio me esclavizaba en esos momentos. Últimamente me era muy fácil poner cara triste, pues un mal corrosivo me llenaba el corazón y me privaba de la felicidad en su misma fuente: el mal de la ansiedad.

Quizás creas, lector, que me había olvidado del señor Rochester entre tantos cambios de lugar y de fortuna. Ni por un momento. Su recuerdo estaba aún conmigo, pues no era un vapor que el sol pudiera dispersar ni una efigie de arena que las tormentas pudieran borrar, sino un nombre grabado en una lápida, destinada a durar tanto tiempo como el mármol donde estaba escrito. El ansia de saber lo que había sido de él me seguía a todas partes. Cuando estaba en Morton, cada tarde entraba en mi casa para pensar en él, y ahora, en Moor House, cada noche acudía a mi dormitorio para reflexionar sobre él.

En el transcurso de mi correspondencia forzosa sobre el asunto del testamento con el señor Briggs, le había preguntado si sabía algo del paradero actual y el estado de salud del señor Rochester, pero, tal como había supuesto St. John, ignoraba todo lo referente a él. Después escribí a la señora Fairfax, pidiéndole informes sobre el particular. Había contado con que este paso daría frutos, y estaba convencida de recibir una respuesta puntual. Me sorprendió mucho que pasaran quince días sin que recibiera ninguna contestación, pero después de transcurrir dos meses y ver que día tras día llegaba el correo sin traerme nada, caí presa de una gran ansiedad.

Volví a escribir, por si la primera carta se había perdido. Siguieron nuevas esperanzas a este nuevo intento, intensas durante algunas semanas, pero después se desvanecieron como la primera vez, al no recibir ni una línea. Cuando pasó medio año de decepción, se extinguió totalmente la esperanza y me sentí muy pesimista.

Llegó una espléndida primavera, que yo era incapaz de disfrutar, y se acercaba el verano. Diana procuraba animarme, y quería acompañarme a la costa, pues decía que tenía mal aspecto. St. John se opuso a este plan, diciendo que no necesitaba diversiones sino ocupaciones, que mi vida actual carecía de objetivos y que me hacía falta tener un propósito. Además, supongo que para suplir estas deficiencias, aumentó las lecciones de indostaní y se hizo más exigente en su cumplimiento, y yo, tonta de mí, no pensé en hacerle frente, ni era capaz de oponerme a él.

Un día me puse a estudiar con menos entusiasmo que de costumbre, con un desánimo provocado por una desilusión intensa. Por la mañana, Hannah me había dicho que había una carta para mí y, cuando fui a recogerla, casi segura de que contendría las noticias tanto tiempo anheladas, encontré solo una nota sin importancia del señor Briggs sobre asuntos económicos. El desengaño me arrancó algunas lágrimas, y mientras estudiaba las letras enmarañadas y los tropos rimbombantes de un escriba indio, se me saltaron otra vez.

Me llamó St. John junto a él para leer y, al intentar hacerlo, se me quebró la voz y las palabras se ahogaron en sollozos. Él y yo éramos los únicos ocupantes del salón; Diana tocaba música en la sala y Mary trabajaba en el jardín, pues era un día magnífico de mayo, despejado, soleado y con una brisa agradable. Mi compañero no delató sorpresa por mi emoción, ni me preguntó por su causa, sino que dijo simplemente:

—Esperaremos unos minutos, Jane, hasta que se sosiegue.

Y mientras reprimí lo más deprisa que pude mi arrebato, él se quedó tranquilo, apoyado en la mesa con el aspecto de un médico que vigila con interés científico una crisis esperada y comprensible de la enfermedad de su paciente. Habiendo ahogado mis sollozos, enjugado mis lágrimas y farfullado unas insinuaciones sobre no encontrarme muy bien esa mañana, reanudé mi tarea y conseguí acabarla. St. John guardó mis libros y los suyos, cerró su cajón y dijo:

—Ahora, Jane, dará usted un paseo conmigo.

—Llamaré a Diana y a Mary.

—No, solo quiero a una acompañante esta mañana y ha de ser usted. Abríguese, salga por la puerta de la cocina y vaya por el camino hacia Marsh Glen; yo me reuniré con usted enseguida.

No conozco, y nunca he conocido, un término medio en mi trato con las personas de personalidad categórica y dura, opuesta a la mía, entre la sumisión total y la rebeldía audaz. Siempre he observado fielmente la primera hasta el momento de estallar, algunas veces con una fuerza volcánica, en la segunda. Y como las circunstancias actuales no justificaban la rebeldía ni mi talante me impulsaba a ella, obedecí al pie de la letra las instrucciones de St. John, y, diez minutos más tarde, me encontraba caminando por la tosca rodada del valle a su lado.

Soplaba una brisa del oeste, que venía por encima de las colinas trayendo aromas de brezo y juncos; el cielo era de un azul inmaculado; el regato que bajaba por el barranco, henchido por las lluvias primaverales, fluía lleno y cristalino, reflejando los destellos

dorados del sol y los tintes zafirinos del cielo. Al avanzar, salimos de la rodada y anduvimos sobre la suave turba cubierta de musgo de color verde esmeralda, moteada de unas florecillas minúsculas y rutilante con unos pimpollos amarillos en forma de estrella. Las montañas nos rodeaban por todas partes, pues las vueltas del valle se adentraban hasta su mismo corazón.

—Descansemos aquí —dijo St. John, cuando alcanzamos las primeras rocas dispersas de un batallón que custodiaba una especie de desfiladero, al otro lado del cual caía en cascada un riachuelo. Un poco más allá, la montaña se había desprendido de la hierba y de las flores y se adornaba solo de brezo, tenía las rocas como sus únicas joyas, pasando de lo silvestre a lo salvaje, de la frescura a la bravura, en un lugar que custodiaba la débil esperanza de la soledad y el último refugio del silencio.

Tomé asiento, y St. John se quedó de pie a mi lado. Miró el desfiladero y el valle, dejó vagar la vista sobre el regato y contempló el cielo despejado que se reflejaba en él. Se quitó el sombrero, permitiendo que la brisa le revolviera el cabello y le acariciara la frente. Dio la impresión de comunicarse con el genio del lugar y de despedirse de alguna cosa.

—Lo volveré a ver —dijo en voz alta—, en mis sueños, cuando duerma en las orillas del Ganges y otra vez, más adelante, cuando me embargue un sueño más profundo, en las orillas de un río más oscuro.

¡Palabras extrañas para un amor extraño! ¡La pasión por su país de un austero patriota! Se sentó. Durante media hora no hablamos ninguno de los dos, y, después de ese intervalo, comenzó de nuevo:

—Jane, me marcho dentro de seis semanas; he reservado un camarote en un barco de la Compañía de las Indias Orientales, que zarpa el día veinte de junio.

—Dios lo protegerá, ya que va a hacer su obra —contesté.

—Sí —dijo—, esa es mi gloria y mi bienaventuranza. Soy el criado de un amo infalible. No me voy bajo la guía de un ser humano, sujeto a las leyes imperfectas y el control incierto de un

débil gusano como yo mismo; mi rey, mi legislador, mi capitán es el Todopoderoso. Me sorprende que todos los que me rodean no ardan en deseos de alistarse bajo la misma bandera, de unirse a la misma empresa.

—No todos tenemos su fortaleza. Sería absurdo que los débiles pretendiesen marchar al lado de los fuertes.

—No hablo con los débiles, ni pienso en ellos. Hablo solo con los que son dignos de esta obra y competentes para realizarla.

—Son muy pocos y difíciles de encontrar.

—Tiene razón, pero cuando se encuentran, lo correcto es inflamarlos, instarlos a que se esfuercen, mostrarles cuáles son sus propios dones y para qué se les han dado, decirles al oído el mensaje divino y ofrecerles, en nombre de Dios, un lugar entre las filas de los elegidos.

—Si están realmente cualificados para la tarea, ¿no se lo comunicaría en primer lugar su propio corazón?

Sentí que se formaba y me envolvía un terrible hechizo, y temblé esperando oír la palabra fatal que plasmara el sortilegio y me cautivara.

—¿Y qué le dice a usted su corazón? —preguntó St. John.

—Mi corazón calla, mi corazón calla —contesté, estremecida.

—Entonces debo hablar por él —continuó la voz grave e implacable—. Jane, venga conmigo a la India, como compañera y colaboradora.

¡Dieron vueltas el valle y el cielo, giraron las colinas! Era como si hubiera oído una llamada del cielo, como si un mensajero visionario, como el de Macedonia, hubiera dicho, «¡Ven a ayudarnos!»[58]. Mas yo no era un apóstol, no podía mirar al mensajero ni recibir su llamada.

—¡Oh, St. John! —grité— ¡tenga piedad!

Apelaba a una persona que, en el desempeño de lo que consideraba su deber, no conocía ni la piedad ni la misericordia. Prosiguió:

—Dios y la naturaleza la han hecho para ser la esposa de un misionero. No le han dotado de talentos personales, sino mentales. Está hecha para el trabajo, no para el amor. Y la esposa de un misionero usted ha de ser: la mía. La reclamo, no para mi propio placer, sino para servir a mi Soberano.

—No soy apta para ello: no tengo vocación.

Él había contado con estos primeros reparos, y no lo irritaron. De hecho, al verlo apoyarse contra la roca que tenía detrás, cruzar los brazos y endurecer el semblante, me di cuenta de que estaba preparado para enfrentarse a una oposición larga y ardua, y de que se había armado de paciencia para luchar hasta el fin, un fin que sería, por supuesto, una victoria para él.

—La humildad, Jane —dijo—, es la base de las virtudes cristianas. Dice bien que no es apta para el trabajo. ¿Pero quién lo es? O, mejor dicho, ¿quién, con verdadera vocación, se cree digno de la llamada? Yo, por ejemplo, no soy más que polvo y cenizas. Como San Pablo, me reconozco como el mayor de los pecadores, pero no permito que este sentido de bajeza personal me desanime. Conozco a mi Señor, sé que es justo además de poderoso, y aunque ha elegido un débil instrumento para realizar una gran labor, del infinito depósito de su providencia sacará los medios necesarios para cumplir su fin. Piense como yo, Jane, confíe como yo. Le pido que se apoye en la Roca de los Tiempos, y no dude de que soportará el peso de su debilidad humana.

—No entiendo la vida del misionero y nunca he estudiado las tareas de las misiones.

—En ese punto, yo, insignificante como soy, puedo ofrecerle todo el apoyo que desee, le puedo dirigir el trabajo de hora en hora, respaldarle siempre y ayudarle en todo momento. Haría esto al principio, pero no tardaría mucho, conozco sus dotes, en ser tan fuerte y eficiente como yo mismo y no necesitaría mi ayuda.

—Pero ¿qué dotes tengo yo para semejante empresa? Yo no los siento. Cuando usted habla, no despierta ni invoca nada dentro de mí. No soy consciente de que se encienda una luz, nazca un

sentimiento ni me aconseje una voz. ¡Ojalá pudiera hacerle ver cómo se asemeja mi mente en este momento a una mazmorra oscura, con un temor sutil encadenado en sus profundidades: el temor de que consiga persuadirme de que intente hacer lo que me es imposible cumplir!

—Tengo una respuesta para usted: escúchela. La vigilo desde que nos conocimos, la estudio desde hace diez meses, le he puesto diversas pruebas durante este periodo, y ¿qué resultados he observado? En la escuela de la aldea, vi que era capaz de llevar a cabo correcta y puntualmente un trabajo antipático para sus costumbres y gustos. La vi llevarlo a cabo con eficacia y tacto, pues conquistaba mientras controlaba. En su serenidad en el momento de saber que era rica de repente, vi una mente libre del vicio de Demas: la riqueza no tenía ningún poder sobre usted. En la presteza resuelta con que dividió en cuatro partes su fortuna, quedándose solo una y renunciando a las otras tres en nombre de una justicia abstracta, reconocí un alma que disfrutaba con la llama y la emoción del sacrificio. En la docilidad con la que, a instancias mías, abandonó los estudios que le interesaban para adoptar otros porque yo se lo pedía, en la tenacidad con la que ha perseverado en ellos, en la energía incansable y el talante constante que ha invertido en vencer sus dificultades, reconozco el complemento de las cualidades que busco. Jane, es usted dócil, diligente, desprendida, fiel, constante y valiente, muy dulce y muy heroica; deje de desconfiar de usted misma, yo confío en usted sin reservas. Como directora de una escuela india y colaboradora mía entre las mujeres indias, su ayuda me sería inestimable.

Se ciñó alrededor de mí la mortaja de hierro: la persuasión avanzaba con paso lento y seguro. Por mucho que cerrase los ojos, sus últimas palabras consiguieron despejar un camino que antes me pareciera bloqueado. Mi trabajo, que había parecido tan impreciso y difuso, se condensó mientras hablaba y fue tomando forma bajo sus manos. Esperaba una respuesta. Pedí un cuarto de hora para pensar antes de atreverme a contestarle.

—Con mucho gusto —respondió y, levantándose, se alejó un poco por el desfiladero, se tumbó sobre un lecho de brezo y se quedó quieto.

«*Puedo* hacer lo que él quiere, he de reconocerlo —medité—, es decir, si sigo con vida. Pero tengo la impresión de que la mía duraría poco bajo el sol de la India, y entonces, ¿qué? A él no le importaría; cuando llegara el momento, me abandonaría, con toda serenidad y santidad, al Dios que me creó. Veo el caso muy claramente. Al salir de Inglaterra, dejaría una tierra amada pero vacía, porque no está aquí el señor Rochester, y, aunque estuviera, ¿en qué me afectaría eso a mí? Mi cometido es vivir sin él de ahora en adelante, pues no hay nada más absurdo o más débil que arrastrarme de día en día, como si esperase algún cambio imposible de circunstancias que nos uniera de nuevo. Por supuesto (como dijo una vez St. John), debo buscar otro interés en la vida para ocupar el lugar del que he perdido. El trabajo que él me ofrece, ¿no es lo más glorioso que puede hacer el hombre o mandar Dios? ¿No es, gracias a su noble preocupación y sus resultados sublimes, el que mejor puede llenar el vacío creado por el cariño arrebatado y las esperanzas aniquiladas? He de decir que creo que sí, pero me hace estremecer. Por desgracia, si me uno a St. John, debo abandonar la mitad de mi ser. Si voy a la India, voy a una muerte prematura. ¿Y cómo llenaré el intervalo entre abandonar Inglaterra para la India, y la India para el sepulcro? Lo sé demasiado bien, tengo una visión clara de ello. Al esforzarme por satisfacer a St. John, conseguiré satisfacerlo, hasta el mismo centro y el último reducto de sus expectativas. Si me voy con él, si hago el sacrificio que quiere, lo haré de forma absoluta, entregándome por entero: corazón y entrañas, la víctima completa. Él nunca me amará, pero me aprobará, le mostraré energías que jamás haya visto y recursos que jamás haya sospechado. Sí, puedo trabajar tanto como él, y de buena gana.

»Es posible, entonces, ceder a su demanda, menos en un punto, un punto terrible. Me pide que sea su esposa, pero no siente más afecto por mí que la roca ceñuda y gigantesca por la que cae el

riachuelo de aquel desfiladero. Me aprecia como un soldado aprecia una buena arma, y nada más. Si no me caso con él, esto no me podría doler, pero ¿puedo dejar que cumpla fríamente sus planes y siga adelante con la boda? ¿Puedo aceptar el anillo de novia de su mano y soportar todas las manifestaciones del amor (que sin duda cumpliría escrupulosamente), sabiendo que falta el espíritu de dicho amor? ¿Puedo soportar el saber que cada caricia es un sacrificio que hace por principios? No, tal martirio sería monstruoso y jamás me someteré a él. Como hermana, lo puedo acompañar, pero no como esposa, y así se lo diré».

Miré hacia la loma donde yacía como una columna postrada y él giró la cara para mirarme a mí, los ojos vigilantes y anhelantes. Se puso de pie y se acercó.

—Estoy dispuesta a ir a la India como persona libre.

—Su respuesta necesita una explicación —dijo—, no es clara.

—Hasta ahora ha sido usted mi hermano adoptivo y yo su hermana adoptiva. Sigamos así; más vale que no nos casemos usted y yo.

Negó con la cabeza:

—La fraternidad adoptiva no nos sirve en este caso. Si fuera realmente mi hermana, sería diferente, pues me la llevaría allí y no buscaría esposa. Pero, tal como están las cosas, nuestra unión debe ser consagrada y sellada por el matrimonio o no será factible, porque hay obstáculos prácticos a cualquier otro plan. ¿No lo ve, Jane? Piense un momento; su gran sentido común se lo hará ver.

Lo pensé y mi sentido común, por grande que fuese, solo me señalaba el hecho de que no nos amábamos como deben amarse un hombre y una mujer, y por lo tanto no deberíamos casarnos. Así se lo dije.

—St. John —le contesté—, le considero un hermano y usted me considera una hermana; sigamos así.

—No podemos, no podemos —respondió con una firmeza férrea —, no estaría bien. Ha dicho que iría conmigo a la India, recuérdelo, lo ha dicho.

—Condicionalmente.

—Bien, bien. A la cuestión principal, a partir conmigo de Inglaterra y colaborar en mis obras futuras, no pone reparos. Ya es como si hubiera puesto la mano en el arado, y es demasiado consecuente para echarse atrás. Solo tiene que tener en cuenta un objetivo: cómo cumplir mejor la obra que ha emprendido. Simplifique las complicaciones de sus intereses, sentimientos, ideas, deseos y objetivos, fusione todas las consideraciones para conseguir el mismo fin, el de cumplir eficaz y enérgicamente la misión de su gran Señor. Para hacer eso, debe tener un coadjutor; no un hermano, que es un vínculo sin fuerzas, sino un marido. Yo tampoco quiero una hermana, que podrían quitarme cualquier día. Quiero una esposa, la única compañera sobre la que pueda tener ascendencia en vida y retener hasta la muerte.

Me estremecí al oírlo, sintiendo en la médula su influencia y en las extremidades su dominio.

—Busque en otra parte, St. John, busque a una más apropiada.

—Quiere decir una que se apropie a mi propósito y a mi vocación. Vuelvo a decirle que no es el ser individual y particular, el mero ser humano, con el egoísmo propio de los hombres, que quiere casarse, sino el misionero.

—Y yo daré al misionero mis energías, que es todo lo que quiere, pero no a mí misma, que sería igual que añadir al grano el pellejo y la cáscara. Él no los necesita; yo los conservo.

—No puede, no debe. ¿Cree que Dios se contentará con media oblación? ¿Aceptará un sacrificio mutilado? Yo defiendo la causa de Dios, y la recluto bajo su bandera. No puedo aceptar en su nombre una lealtad dividida; debe ser entera.

—Yo daré mi corazón a Dios —dije—. Usted no lo quiere.

No voy a jurar, lector, que no hubiera una pizca de sarcasmo contenido tanto en el tono con el que pronuncié estas palabras como en los sentimientos que las acompañaron. Hasta aquel momento, había temido en silencio a St. John, por no comprenderlo. Me había mantenido en vilo, porque me tenía inmersa en un mar de

dudas. Antes de aquel momento, no sabía hasta qué punto era un santo o un simple mortal, pero en esta conversación su naturaleza se reveló ante mis ojos para su análisis. Vi sus flaquezas, y las comprendí. Me di cuenta de que, allí donde me encontraba sobre el brezo con esa bella figura delante, me hallaba a los pies de un hombre tan falible como yo. Cayó el velo de su inflexibilidad y su despotismo. Habiendo notado la existencia de estas cualidades, conocí su imperfección, lo que me llenó de valor. Estaba en presencia de un semejante, uno con el que podía discutir y al que, si me parecía oportuno, me podía enfrentar.

Él se quedó callado después de mi última frase, y un rato después me arriesgué a mirarle a la cara. Su mirada, dirigida sobre mí, expresaba a la vez una grave sorpresa y un ávido examen. «¿Es sarcástica? —parecía decir—, ¿es sarcástica *conmigo*? ¿Qué significa esto?».

—No olvidemos que este es un asunto serio —dijo poco después — del que no debemos pensar ni hablar levemente sin pecar. Confío, Jane, en que sea usted sincera cuando dice que dará a Dios su corazón; no pido más. Arranque de los hombres su corazón para darlo a su Creador, y su recompensa y tarea principales serán la mejora del reino espiritual del Creador sobre la tierra, y estará preparada para hacer todo lo que favorezca ese fin. Verá el ímpetu que aportaría a nuestros esfuerzos nuestra unión física y mental en el matrimonio, la única unión que imprime en los destinos y designios de los seres humanos el carácter de conformidad permanente, e, ignorando todos los caprichos menores, las dificultades triviales y la delicadeza sentimental, todos los escrúpulos en cuanto al grado, tipo, fuerza o ternura de las inclinaciones personales, se apresurará a aceptar nuestra unión enseguida.

—¿Ah, sí? —dije brevemente, contemplándolo, bello por su armonía pero extrañamente formidable por su severidad inmóvil: su frente, dominante pero no abierta; sus ojos, brillantes, profundos e inquisitivos, pero nunca tiernos; su figura alta e imponente; y me

imaginé como *su esposa*. ¡No era posible! Como ayudante y compañera, estaría bien. Como tal, cruzaría los mares con él, trabajaría bajo el sol de oriente y en los desiertos asiáticos en su ministerio, admirándolo y emulando su valor, su dedicación y su energía, me sometería serenamente a su dominio, sonreiría imperturbable ante su ambición desaforada, haría distinción entre el cristiano y el hombre, apreciando profundamente al primero y perdonando al segundo. Sin duda, sufriría a menudo, vinculada a él solo de esta manera. Mi cuerpo estaría bajo un yugo riguroso, pero mi corazón y mi mente estarían libres.

Aún podría buscar refugio en mi propio ser incólume y comunicarme con mis sentimientos independientes en los momentos de soledad. Habría recovecos solo míos en mi mente, a los que él no tendría acceso, donde nacerían los sentimientos frescos y protegidos, que su austeridad no podría mancillar ni su afán evangelizador someter. Pero como esposa suya, siempre a su lado, siempre refrenada y controlada, obligada a someter el fuego de mi naturaleza para que ardiese hacia dentro sin expresarse con la llama cautiva destruyéndome las entrañas: eso sería insoportable.

—¡St. John! —exclamé, en este punto de mis meditaciones.

—¿Bien? —preguntó, frío como el hielo.

—Repito que accedo a ir como misionera y compañera, pero no como esposa. No puedo casarme ni convertirme en parte de usted.

—Parte de mí deberá ser —contestó con firmeza—; si no, es inútil el resto. ¿Cómo puedo yo, un hombre de menos de treinta años, llevarme a la India a una muchacha de diecinueve sin estar casados? ¿Cómo podemos estar siempre juntos, a veces a solas y a veces en medio de las tribus salvajes, sin casarnos?

—Perfectamente —respondí cortante—, en las circunstancias, tan bien como si fuera su verdadera hermana o un hombre, clérigo como usted.

—Todos saben que no es mi hermana y no puedo presentarla como tal. Intentarlo sería atraer sospechas nocivas sobre los dos.

Por lo demás, aunque tiene usted el cerebro vigoroso de un hombre, tiene el corazón de una mujer, y no estaría bien.

—Sí que estaría bien —afirmé algo desdeñosa—; estaría perfectamente. Tengo el corazón de una mujer, pero no en lo concerniente a usted. Para usted solo tengo la constancia del camarada, la franqueza, la fidelidad y la fraternidad de un soldado compañero, el respeto y obediencia de un neófito por su hierofante, y nada más, no se preocupe.

—Eso es lo que quiero —dijo a sí mismo—, es exactamente lo que quiero. Hay obstáculos en el camino, y hemos de deshacernos de ellos. Jane, no se arrepentiría de casarse conmigo, y convénzase de que *tenemos* que casarnos. Le repito, no hay otro camino, y seguramente vendría suficiente amor después del matrimonio para satisfacerla incluso a usted.

—Desprecio su idea del amor —no pude menos que decir, levantándome y colocándome delante de él con la espalda apoyada en la roca—. Desprecio el sentimiento espurio que me ofrece, y lo desprecio a usted por ofrecerlo, St. John.

Me miró fijamente, apretando los bien formados labios. No era fácil discernir si estaba airado o sorprendido, porque tenía un dominio total sobre su semblante.

—No esperaba oír esas palabras de su boca —dijo—; no creo que haya dicho o hecho nada para merecer el desprecio.

Me conmovió su tono suave y me intimidó su aspecto altivo y sereno.

—Perdóneme por las palabras, St. John, pero es culpa suya que me haya alterado para hablar tan indiscretamente. Ha sacado usted un tema sobre el que no estamos de acuerdo, un tema que no deberíamos discutir. La mera palabra «amor» es una manzana de discordia entre nosotros, ¿qué haríamos si necesitáramos el amor de verdad? ¿Cómo nos sentiríamos? Querido primo, abandone su idea del matrimonio, olvídela.

—No —dijo—, es un plan acariciado desde hace mucho tiempo y el único capaz de lograr mi gran fin, pero de momento no le insistiré

más. Mañana parto hacia Cambridge, donde tengo muchos amigos de los que quiero despedirme. Estaré fuera quince días; utilice ese tiempo para considerar mi propuesta, y no olvide que, si se niega, no es a mí a quien rechaza, sino a Dios. A través de mí, Él le abre un noble camino, al que solo puede acceder como mi esposa. Niéguese a ser mi esposa, y se limitará para siempre a un camino de comodidad egoísta y yermo anonimato. ¡Échese a temblar por si acaba entre los que niegan la fe y son peores que los infieles!

Había terminado. Volviéndome la espalda, una vez más

> *miró el río, miró la colina*[59]*.*

Pero esta vez todos sus sentimientos fueron confinados a su corazón, pues yo no era digna de oírlos. Caminando a su lado de vuelta a casa, supe leer en su férreo silencio lo que opinaba de mí: la decepción de una naturaleza austera y despótica, que ha encontrado resistencia donde esperaba encontrar sumisión, la desaprobación de un criterio frío e inflexible, que ha detectado en otra persona sentimientos y opiniones con los que no puede simpatizar. En resumen, como hombre, hubiera querido obligarme a obedecerle y solo como cristiano sincero aguantó con tanta paciencia mi perversidad y me dio un plazo tan largo para reflexionar y arrepentirme.

Aquella noche, después de besar a sus hermanas, decidió olvidarse incluso de darme la mano y salió en silencio de la habitación. A mí, que, aunque no lo amaba, lo quería como amigo, me hirió su omisión, y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Veo que tú y St. John os habéis peleado, Jane —dijo Diana—, durante vuestro paseo por los pantanos. Ve detrás de él, que se ha quedado rezagado en el pasillo esperándote para hacer las paces.

No soy muy orgullosa en estos casos, y siempre le doy más importancia a la felicidad que a la dignidad, por lo que fui corriendo tras él y lo encontré al pie de la escalera.

—Buenas noches, St. John —dije.

—Buenas noches, Jane —contestó tranquilamente.

—Démonos la mano, pues —añadí.

¡Qué apretón más frío imprimió en mis dedos! Estaba hondamente disgustado por los acontecimientos de aquel día, y ni la cordialidad ni las lágrimas habían de conmoverlo. No iba a haber ninguna reconciliación, ni sonrisa alentadora, ni palabra de ánimo. Mas el cristiano en él se mantuvo aún paciente y plácido y, cuando le pregunté si me perdonaba, respondió que no era su costumbre alimentar el rencor y que no había nada que perdonar, puesto que no lo había ofendido.

Y con esta respuesta, me dejó. Habría preferido que me hubiera derribado de un golpe.

Capítulo IX

No salió para Cambridge al día siguiente como había dicho. Aplazó una semana entera su partida, y durante ese tiempo me mostró el castigo tan severo que es capaz de infligir un hombre bueno, austero, concienzudo e implacable a los que lo han ofendido. Sin una manifestación abierta de hostilidad ni una palabra de reproche, consiguió comunicarme que me había desterrado de su amistad.

Y no es que St. John abrigara un espíritu vengativo poco cristiano, ni tampoco me habría tocado un pelo aunque hubiera estado en su mano hacerlo. Tanto por naturaleza como por principios, era contrario a la mezquina gratificación de la venganza. Me había perdonado por decir que lo despreciaba a él y su amor, pero no había olvidado mis palabras, ni las olvidaría mientras viviéramos los dos. Su mirada, cuando me la dirigía, me indicaba que estaban escritas siempre en el aire que mediaba entre él y yo; cada vez que hablaba yo, mi voz se las recordaba, y su eco condicionaba cada respuesta suya.

No dejó de conversar conmigo, incluso me llamaba como siempre para que me uniera a él en su escritorio, y siento decir que el hombre vil que había dentro de él se recreaba con un placer no compartido por el buen cristiano, que consistía en anular de cada acto y cada frase, con gran habilidad, actuando y hablando aparentemente como siempre, el espíritu de interés y aprobación que antes dotara sus modales y su lenguaje de cierto encanto austero. Para mí, ya no era de carne, sino de mármol; sus ojos eran

gemas frías, brillantes y azules; su lengua, un instrumento para hablar… y nada más.

Todo esto suponía para mí una tortura refinada y persistente, que mantenía vivo el lento fuego de la indignación y la mortificación temblorosa de la pena, que me hostigaba y aplastaba. Intuía que, si fuese su esposa, este buen hombre, puro como un manantial profundo y oscuro, no tardaría en matarme sin extraer ni una sola gota de sangre de mis venas ni mancillar su conciencia cristalina con la más mínima mancha criminal. Sentía esto especialmente en mis intentos por apaciguarlo, a los que correspondía con indiferencia a mi ternura. A él no le hacía sufrir nuestro distanciamiento ni buscaba la reconciliación, y, a pesar de las muchas veces que mis lágrimas abundantes rociaban la página sobre la que nos inclinábamos ambos, no le afectaba más que si tuviese realmente el corazón de piedra o de metal. Mientras tanto, para aumentar el contraste, era algo más amable que antes con sus hermanas, como si temiera que su simple frialdad no bastara para convencerme de que estaba totalmente desterrada y proscrita. Estoy segura de que hacía esto por principio, no por malicia.

La noche antes de marcharse de casa, casualmente lo vi pasear por el jardín a la hora del ocaso y, recordando al mirarlo que una vez este hombre, ahora tan ajeno a mí, me salvó la vida y que era pariente próximo, sentí el impulso de intentar por última vez recuperar su amistad. Salí y me acerqué adonde se hallaba apoyado en la cancela y fui directamente al grano:

—St. John, estoy apenada porque aún está enfadado conmigo. Seamos amigos.

—Espero que ya seamos amigos —fue la respuesta impasible, mientras siguió contemplando la salida de la luna, tal como hacía cuando me aproximé.

—No, St. John, no somos amigos como antes, ya lo sabe.

—¿Ah, no? Eso está mal. Yo, por mi parte, no le deseo ningún mal, sino todo lo mejor.

—Le creo, St. John, porque estoy segura de que es incapaz de desearle mal a nadie; pero, como miembro de la familia, me gustaría recibir algo más de afecto en lugar de esa especie de filantropía general que ofrece usted a los simples desconocidos.

—Por supuesto —dijo—; es un deseo razonable, y estoy muy lejos de considerarla una desconocida.

Todo esto, dicho con un tono tranquilo y frío, era bastante humillante y desconcertante. De hacer caso a lo que me indicaban el orgullo y la ira, lo habría dejado plantado allí, pero había dentro de mí algo con más fuerza que estos sentimientos. Reverenciaba de veras el talento y los principios de mi primo, valoraba su amistad y me apenaba mucho perderla, por lo que no quise renunciar a mi intento de reconquistarla.

—¿Debemos separarnos de esta manera, St. John? Cuando se vaya a la India, ¿me dejará así, sin una palabra más amable que hasta ahora?

Se giró para mirarme, dando la espalda a la luna.

—Cuando me vaya a la India, Jane, ¿voy a dejarla atrás? ¿Qué? ¿No viene a la India?

—Dijo que no podía si no me casaba con usted.

—¿Y no se casará conmigo? ¿Se mantiene firme al respecto?

Lector, ¿conoces, como yo, con qué terror las personas frías pueden llenar el hielo de sus preguntas? ¡Cómo se parece su ira a la caída de un alud! ¡Cómo se parece su disgusto a un mar de hielo!

—No, St. John, no me casaré con usted; mantengo mi decisión.

El alud se agitó y se deslizó hacia adelante, pero aún no se cayó.

—¿Por qué se niega otra vez?

—Antes le contesté que porque no me quería, y ahora le digo que porque casi me odia. Si me casara con usted, me mataría. Me está matando ahora.

Sus labios y su rostro se volvieron totalmente blancos.

—¿*Que la mataría, que la estoy matando*? Esas son palabras que no se deben usar, violentas, inciertas y poco femeninas. Delatan un aciago estado mental y merecen severa censura, serían

imperdonables si no fuera el deber del hombre perdonar a sus semejantes hasta setenta y siete veces.

¡Lo había acabado de arreglar! Al intentar borrar de su mente la huella de mi ofensa anterior, había hecho una impresión mucho más honda, con letras de fuego, en esa superficie inmutable.

—Ahora sí que va a odiarme —dije—. Es inútil intentar hacer las paces; ya veo que lo he convertido en enemigo eterno.

Estas palabras le infligieron otra herida, más dolorosa por rozar la verdad. Los labios exangües se estremecieron con un espasmo momentáneo. Me di cuenta de la ira acerada que había provocado y me sentí afligida.

—Interpreta mal mis palabras —dije, cogiéndole la mano—; no quiero hacerle daño, desde luego que no.

Sonrió con gran amargura y retiró su mano de la mía.

—Y supongo que ahora romperá su promesa, y no irá a la India después de todo —dijo, después de una larga pausa.

—Sí iré, como ayudante suya —contesté.

Siguió un silencio larguísimo. No sé qué lucha se libró dentro de él entre la Naturaleza y la Gracia, pero centellearon extrañas luces en sus ojos y pasaron extrañas sombras por su cara.

—Ya le he demostrado lo absurdo que sería que una mujer soltera de su edad se propusiera acompañar al extranjero a un hombre soltero de la mía, y se lo demostré con unos términos que, pensé, evitarían que volviese a mencionar tal propuesta. Siento, por usted, que lo haya hecho.

Le interrumpí, pues notar un reproche me colmaba de valor al instante.

—Hable con sentido común, St. John; lo que dice raya en lo absurdo. Pretende escandalizarse por lo que he dicho. No está realmente escandalizado porque, con su inteligencia superior, no puede ser ni tan torpe ni tan creído como para interpretar mal mis palabras. Lo vuelvo a decir: seré su vicario, pero nunca su esposa.

Otra vez se puso lívido, y otra vez controló perfectamente su pasión. Respondió enfática aunque serenamente:

—Un vicario femenino que no fuera mi esposa no me serviría. Parece ser entonces que no puede ir conmigo, pero si su ofrecimiento es sincero, hablaré con un misionero casado, cuya esposa necesita una colaboradora. Por su fortuna propia, será independiente de la ayuda de la Sociedad, de modo que aún se salvará del deshonor de romper su promesa y dejar la tropa con la que se comprometió a alistarse.

Ahora bien, como sabe el lector, yo nunca hice una promesa formal ni me comprometí a nada, por lo que sus palabras eran demasiado duras y despóticas para la ocasión. Respondí:

—No existe tal deshonor, ni incumplimiento de promesa ni deserción. No tengo ninguna obligación de ir a la India, y menos con extraños. Con usted, me hubiese atrevido, porque lo admiro, confío en usted y lo amo como una hermana, pero estoy convencida de que, fuera cuando y con quien fuese, no duraría mucho tiempo en aquel clima.

—Tiene miedo por usted misma —dijo, frunciendo el labio.

—Lo tengo. Dios no me ha dado la vida para que me desprenda de ella, y hacer lo que usted pretende, empiezo a creer, sería casi lo mismo que suicidarme. Además, antes de decidirme a dejar Inglaterra definitivamente, he de saber si no seré más útil quedándome aquí que marchándome.

—¿Qué quiere decir?

—Sería inútil intentar explicarme, pero hay una cuestión sobre la que hace tiempo albergo dudas dolorosas, y no puedo marcharme hasta que se disipen estas dudas de alguna forma.

—Sé dónde tiene el corazón y a qué se aferra. El interés que profesa es licencioso e inmoral y hace tiempo que debió reprimirlo, así que debería darle vergüenza aludir a él. ¿Piensa en el señor Rochester?

Era verdad y mi silencio lo confirmó.

—¿Va a buscar al señor Rochester?

—Debo averiguar lo que ha sido de él.

—Entonces solo me queda —dijo— recordarla en mis oraciones y pedirle a Dios con toda diligencia que no permita que se convierta en náufraga. Me pareció reconocerla como una de los elegidos, pero Dios ve las cosas de manera diferente de los hombres, y se hará *su* voluntad.

Abrió la cancela, salió y se fue paseando por el valle. Pronto lo perdí de vista.

Al entrar de nuevo en la sala, encontré a Diana de pie en la ventana con aspecto muy pensativo. Diana era mucho más alta que yo: puso la mano en mi hombro y, agachándose, me escudriñó el rostro.

—Jane —dijo—, últimamente estás siempre agitada y pálida. Estoy segura de que ocurre algo; dime qué asuntos tenéis entre manos St. John y tú. Hace media hora que os observo por la ventana; debes perdonarme por espiaros, pero hace tiempo que me imagino no sé qué cosas. St. John es un ser extraño…

Hizo una pausa, yo no dije nada, y poco después prosiguió:

—Este hermano mío tiene algunas ideas extrañas sobre ti; hace tiempo que te dispensa un interés que jamás ha mostrado hacia otra persona, pero ¿con qué fin? ¡Ojalá te amara! ¿Es así, Jane?

Puse su fresca mano sobre mi frente ardiente:

—No, Die, nada en absoluto.

—Entonces, ¿por qué te sigue tanto con los ojos, siempre está a solas contigo y te mantiene tanto tiempo a su lado? Mary y yo hemos llegado a la conclusión de que quiere que te cases con él.

—Es verdad, me ha pedido que sea su esposa.

Diana batió las palmas.

—¡Es exactamente lo que esperábamos! Y te casarás con él, ¿verdad, Jane? ¿Y él se quedará en Inglaterra?

—Nada más lejos de la realidad, Diana: su único propósito al proponerme matrimonio es conseguir una colaboradora para sus labores de la India.

—¡Qué! ¿Pretende que vayas a la India?

—Sí.

—¡Es una locura! —exclamó—. No sobrevivirías ni tres meses allí, estoy segura. No irás. ¿No habrás dicho que sí, Jane?

—Me he negado a casarme con él…

—¿Y por lo tanto le has disgustado? —sugirió.

—Profundamente. Me temo que nunca me perdonará; sin embargo, me he ofrecido a acompañarlo como hermana.

—Eso ha sido una insensatez, Jane. Piensa en la tarea a la que te comprometías, con fatigas incesantes, fatigas que matan incluso a los más fuertes, y tú eres débil. Conoces a St. John, y sabes que te instaría a hacer lo imposible, no habría reposo durante las horas de más calor y, por desgracia, he observado que lo que él exige, tú te obligas a cumplirlo. Me asombra que tuvieras el valor de negarte a casarte con él. ¿No lo quieres, pues, Jane?

—No como esposo.

—Sin embargo, es un hombre guapo.

—Y yo soy tan fea, Die, que no haríamos buena pareja.

—¿Tú, fea? ¡En absoluto! Eres demasiado bonita y demasiado buena para asarte viva en Calcuta —y volvió a recomendarme que olvidara la idea de irme con su hermano.

—Debo hacerlo, desde luego —dije—, porque cuando he reiterado hace un rato mi ofrecimiento de servirle de diácono, se ha mostrado escandalizado por mi falta de pudor. Parece creer que he cometido una impropiedad al proponer acompañarlo sin estar casados, como si desde el primer momento no hubiese esperado encontrar en él a un hermano y no lo considerase siempre como tal.

—¿Qué te hace pensar que no te ama, Jane?

—Tendrías que oírle hablar sobre el tema. Ha dicho una y otra vez que no es para sí mismo, sino para su ministerio, que quiere desposarse. Me ha dicho que estoy hecha para el trabajo, no para el amor, y sin duda tiene razón. Pero, en mi opinión, si no estoy hecha para el amor, tampoco estoy hecha para el matrimonio. ¿No sería raro, Die, encadenarte de por vida a un hombre que solo te considerase una herramienta útil?

—¡Insoportable, antinatural e impensable!

—Además —proseguí—, aunque de momento solo siento por él un cariño fraternal, si me obligara a ser su esposa, imagino que me sería posible concebir por él una extraña especie de amor inevitable y atormentador, porque tiene mucho talento y a menudo se llenan su aspecto, su comportamiento y su conversación de cierta grandeza heroica. En tal caso, ¡qué suerte tan desdichada sería la mía! Él no querría que lo amase y, si se lo mostrara, sé que me haría ver que era un sentimiento superfluo que él no buscaba y que a mí no me favorecía.

—Y sin embargo, St. John es un buen hombre, Jane.

—Es un buen hombre y un gran hombre, pero olvida sin piedad los sentimientos y las necesidades de las personas anodinas al perseguir sus propios fines elevados. Por lo tanto, es mejor que los insignificantes nos mantengamos fuera de su camino por si, al avanzar, nos pisotea. ¡Aquí viene! Te dejo, Diana. —Y, al verlo entrar al jardín, subí apresurada al piso de arriba.

Pero tuve que verlo de nuevo en la cena, durante la cual parecía estar tan sereno como de costumbre. Pensé que apenas me dirigiría la palabra y que habría olvidado los planes matrimoniales, pero me equivocaba en ambos puntos. Habló conmigo de manera normal o, mejor dicho, de la manera en la que últimamente me hablaba, con una cortesía escrupulosa. Sin duda había invocado al Espíritu Santo para reprimir la ira que yo había despertado en él y ahora creía que me había perdonado una vez más.

Para la lectura de las oraciones vespertinas, eligió el capítulo veintiuno del Apocalipsis. Siempre era agradable oír de sus labios las palabras de la Biblia; su voz nunca parecía tan dulce y plena, su porte nunca se veía tan impresionante por su noble sencillez como cuando recitaba los oráculos divinos, y aquella noche, rodeado de todos los miembros de su casa, su voz adoptó un tono más solemne y su porte una importancia mayor (casi no hacía falta la luz de la vela, pues la luna de mayo brillaba a través de la ventana sin cortinas). Estuvo ahí sentado, inclinado sobre la vieja Biblia, describiendo la visión del nuevo cielo y la nueva tierra, y diciendo

que Dios vendría a vivir con los hombres y que les enjugaría las lágrimas de los ojos, y prometió que ya no habría más muerte ni penas ni llanto ni dolor, porque las cosas de antes habían desaparecido.

Las siguientes palabras me emocionaron de forma extraña cuando las pronunció, especialmente porque pensé, por un cambio ligero e indescriptible de tono, que posaba su vista sobre mí.

—«El vencedor heredará estas cosas y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero —leyó lenta y deliberadamente— los cobardes, los incrédulos, etc. tendrán su herencia en el estanque ardiente de fuego y de azufre: esta es la segunda muerte».

A partir de ese momento, supe la suerte que St. John temía para mí.

Su declamación de los últimos versículos de ese capítulo estuvo marcada por un triunfo tranquilo y cauto, mezclado con un ansia vehemente. Él creía que su nombre estaba ya escrito en el libro del Cordero y anhelaba la hora en que sería admitido a la ciudad adonde llevan su gloria y su honor los reyes de la tierra, que no necesita del sol ni de la luna para iluminarla porque la alumbra la gloria de Dios, cuya luz es el Cordero.

En la oración que siguió a este capítulo, se concentró toda su energía y se despertó todo su celo austero: se hallaba realmente luchando con Dios y empeñado en ganar. Pidió fortaleza para los débiles de corazón, gobierno para los descarriados, contrición de última hora para los que habían dejado el camino de la rectitud por las tentaciones del mundo y de la carne. Pedía, instaba, reclamaba la dádiva de «un tizón salvado de un incendio»[60]. El ansia siempre es solemne y, al principio de escuchar su oración, me maravilló la suya; después, cuando siguió y se acentuó, me conmovió y, finalmente, me impresionó. Sentía con tanta sinceridad la grandeza y la bondad de su misión que los que lo oíamos orar por ella no podíamos menos que compartir su sentimiento.

Después de las oraciones, nos despedimos de él, ya que se marchaba a primera hora de la mañana. Diana y Mary lo besaron y

salieron de la habitación, obedeciendo, según creo, unas indicaciones susurradas por él. Yo le tendí la mano y le deseé un feliz viaje.

—Gracias, Jane. Como ya he dicho, volveré de Cambridge dentro de quince días, así que le queda ese tiempo para la reflexión. Si hiciera caso del orgullo humano, no volvería a hablar de su matrimonio conmigo, pero hago caso del deber y no pierdo de vista mi objetivo principal, que es hacer todas las cosas por la gloria de Dios. Mi Señor fue paciente, y yo lo seré también. No puedo abandonarla a la perdición por un acceso de cólera: arrepiéntase, que aún está a tiempo. Acuérdese de que se nos manda trabajar mientras es de día porque se nos advierte que viene la noche cuando nadie puede obrar. Acuérdese de la suerte de Dives[61], que disfrutó de las cosas buenas en esta vida. ¡Que Dios le dé fuerzas para escoger la parte mejor, que no se le quitará!

Me puso la mano en la cabeza mientras decía estas últimas palabras. Había hablado con entusiasmo y docilidad; su mirada no era la de un amante que mira a su amada, sino la de un pastor que llama a sus ovejas descarriadas, o mejor, de un ángel de la guarda que vigila el alma que está bajo su cuidado. Todos los hombres de talento, tengan o no tengan sentimientos, sean fanáticos, aspirantes o déspotas, siempre que sean sinceros, tienen su momento sublime, en el que subyugan y dominan. Yo sentí veneración por St. John, una veneración tan fuerte que su ímpetu me llevó directamente al punto que había rehuido durante tanto tiempo. Me sentí tentada a dejar de luchar con él y deslizarme por el torrente de su voluntad hasta el golfo de su existencia, perdiendo la mía. Me sentí casi tan acosada por él ahora como lo fui por otro en otra ocasión y de otra manera. Fui tonta en ambas ocasiones. Ceder entonces habría sido un error de principio, ceder ahora sería un error de juicio. Así lo veo ahora, mirando hacia atrás en el tiempo. En aquel momento, no era consciente de cometer una locura.

Me quedé inmóvil bajo la mano de mi hierofante. Olvidé mis negativas, vencí mis temores, frené mis luchas. Lo Imposible, es

decir, mi matrimonio con St. John, se estaba convirtiendo rápidamente en lo Posible. Todo estaba cambiando totalmente, de un solo golpe. La Religión me reclamaba, los Ángeles me llamaban, Dios me invocaba; la vida se enrollaba como un pergamino, se abrían las puertas de la muerte, para revelar la eternidad al otro lado. Me parecía que, para procurar la seguridad y el éxtasis de allí, se podría sacrificar todo lo de aquí en un segundo. La habitación oscura se había llenado de visiones.

—¿Puede decidir ahora? —preguntó el misionero, con un tono tierno, y me estrechó, también tiernamente, en sus brazos. ¡Oh, esa ternura, más poderosa que la fuerza! Podía resistirme a la cólera de St. John, pero su amabilidad me volvía doblegable como un junco. Sin embargo, era consciente de que, si cedía ahora, algún día él me haría arrepentirme de mi rebeldía anterior. Una hora de rezos solemnes no cambió su naturaleza, solo la exaltó.

—Decidiría si no tuviese dudas —contesté—, si estuviera convencida de que es la voluntad de Dios que me case con usted, lo prometería ahora mismo, pasara lo que pasara después.

—¡Mis oraciones han sido oídas! —exclamó St. John. Apoyó con más firmeza la mano en mi cabeza, como reclamándome, me rodeó con el brazo, casi como si me quisiera (digo casi, pues conocía la diferencia, habiendo sentido lo que era ser amada; pero, al igual que él, había olvidado ya el amor y solo pensaba en el deber). Luché con las tinieblas de mi discernimiento interior, ensombrecido por las nubes. Anhelaba sincera y fervientemente hacer lo correcto y nada más. «¡Muéstrame el camino!» supliqué al cielo. Nunca antes me había sentido tan emocionada, y si lo que ocurrió después fue consecuencia de esa emoción o no, que lo decida el lector.

La casa estaba silenciosa, ya que todos se habían retirado a descansar excepto St. John y yo. La única vela se agotaba y la luz de la luna alumbraba el cuarto. Mi corazón latía deprisa y podía oír sus latidos. De repente se paró por una sensación indescriptible que lo conmovió, haciéndome estremecer luego la cabeza y las extremidades. La sensación no era como una sacudida eléctrica,

pero era igualmente aguda, extraña y alarmante. Actuó sobre mis sentidos como si su mayor actividad hasta ese momento hubiera sido un simple adormecimiento del que ahora debían despertar y salir. Se levantaron expectantes, los ojos y los oídos alerta, la carne vibrante hasta la médula.

—¿Qué es lo que ha oído? ¿Qué es lo que ve? —preguntó St. John. No veía nada, pero había oído gritar una voz en algún lugar:

«¡Jane, Jane, Jane!» y nada más.

—¡Dios mío! ¿Qué es? —pregunté jadeante.

Habría dado lo mismo preguntar «¿dónde está?», porque no parecía proceder de la habitación, la casa o el jardín; no procedía del aire, ni de bajo tierra ni del cielo. ¡Lo había oído, pero nunca sabría de dónde procedió! Fue la voz de un ser humano, una voz recordada, familiar y amada, la de Edward Fairfax Rochester, que habló con dolor y pena, enloquecida, pavorosa y urgente.

—¡Voy! —grité—. ¡Espérame, que ya voy! —corrí a la puerta y busqué en el pasillo, pero estaba a oscuras. Corrí al jardín, pero estaba vacío.

—¿Dónde estás? —exclamé.

De las colinas del otro lado de Marsh Glen llegó la débil respuesta: «¡Dónde estás!». Escuché el viento suspirar suavemente entre los abetos; el único otro sonido era el silencio de medianoche de los páramos solitarios.

—¡Fuera superstición! —grité, al ver alzarse su espectro negro junto al tejo negro de la entrada—. Esto no ha sido un engaño ni un hechizo tuyo, sino obra de la naturaleza, que ha despertado para hacer no un milagro, sino lo mejor que ha podido.

Me aparté de St. John, que me había seguido para detenerme. Ahora me tocaba a *mí* dominar; *mis* poderes estaban en juego con toda su fuerza. Le dije que se abstuviera de hacer preguntas o comentarios, le pedí que me dejara, ya que quería y debía estar sola. Cuando se da una orden con suficiente energía, nunca dejan de obedecerla. Subí a mi cuarto, me encerré, me hinqué de rodillas y recé a mi manera, una manera distinta de la de St. John, pero

igualmente eficaz. Me pareció detectar muy cerca un Espíritu Poderoso, a cuyos pies depositó mi alma su gratitud. Me levanté tras esta acción de gracias, tomé una resolución y me tumbé en la cama, iluminada y sin miedo, deseosa de que llegara el día.

Capítulo X

Llegó el día. Me levanté con el alba y me mantuve ocupada durante un par de horas arreglando los cajones y el armario de mi habitación para dejarlos como debían estar durante una breve ausencia. Mientras tanto, oí a St. John abandonar su cuarto. Se paró ante mi puerta, y temí que fuera a llamar, pero no, solo deslizó una hoja de papel por debajo de la puerta. La recogí y leí las siguientes palabras:

> Me dejó demasiado de repente anoche. Si se hubiera quedado un poco más, habría puesto la mano sobre la cruz cristiana y la corona de ángel. Espero una decisión clara cuando regrese de hoy en quince días. Mientras tanto, vele y ore, para que no caiga en la tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Yo rezaré por usted cada hora.
>
> Atentamente,
>
> *St. John.*

«Mi espíritu —contesté mentalmente— está dispuesto a hacer lo correcto, y mi carne, espero, es bastante fuerte para cumplir la voluntad del cielo, una vez esta me sea revelada. En cualquier caso, será bastante fuerte para indagar y buscar a tientas una salida de esta nube de dudas y encontrar el cielo abierto de la verdad».

Era el primero de junio, pero la mañana estaba nublada y fresca y la lluvia golpeaba fuertemente contra mi ventana. Oí abrirse la puerta principal, y salió St. John. Mirándolo por la ventana, lo vi

cruzar el jardín y adentrarse en los páramos brumosos en dirección a Whitcross, donde cogería el coche.

«Dentro de unas horas, te seguiré por el mismo sendero, primo —pensé—, pues yo también tengo un coche que coger en Whitcross. Yo también tengo que ver a algunas personas en Inglaterra, antes de partir para siempre».

Como faltaban todavía dos horas para el desayuno, las ocupé paseando silenciosa por mi cuarto y reflexionando sobre la visitación que había hecho que mis planes tomaran los derroteros actuales. Evoqué la sensación que había experimentado en mi interior, porque la recordaba, a pesar de toda su singularidad indescriptible. Recordé la voz que había oído, y volví a preguntarme de dónde procedería, pero con tan poco éxito como antes, aunque me parecía que venía de mi interior y no del mundo externo. «¿Fue una impresión nerviosa, una ilusión?» me pregunté, pero no podía creerlo, ya que más me había parecido una inspiración. La sacudida prodigiosa había llegado como el terremoto que hiciera temblar los cimientos de la cárcel de Pablo y Silas[62], abriendo las puertas de la celda de mi alma y soltando sus ligaduras, despertándola del sueño del que emergió temblorosa, alerta y espantada; después, tres veces vibró aquel grito en mis oídos aterrados y mi corazón sobrecogido, atravesando mi espíritu, que no se asustó ni se estremeció, sino se regocijó por el éxito jubiloso del esfuerzo que había tenido el privilegio de hacer, independiente del pesado cuerpo.

«Dentro de unos días —me dije al terminar de cavilar—, tendré noticias de aquel que pareció llamarme anoche. Las cartas no han servido de nada, así que las reemplazaré con indagaciones personales».

En el desayuno, comuniqué a Diana y Mary que iba a emprender un viaje y que estaría ausente durante cuatro días por lo menos.

—¿Sola, Jane? —preguntaron.

—Sí; es para ver o tener noticias de un amigo que me preocupa desde hace algún tiempo.

Habrían podido decir, como sin duda pensaban, que creían que no tenía más amigos que ellos, puesto que así se lo había dado a entender muchas veces. Pero con su delicadeza natural, se abstuvieron de hacer ningún comentario, salvo que Diana me preguntó si estaba segura de encontrarme con suficientes fuerzas para viajar. Dijo que estaba muy pálida, pero repliqué que lo único que me afligía era la inquietud que esperaba aliviar en breve.

Me resultó fácil seguir con los preparativos, ya que ellas no me incomodaron con preguntas ni conjeturas. Una vez les hube explicado que no me era posible ser explícita sobre mis planes, aceptaron con bondad y sabiduría mi reserva, concediéndome el mismo privilegio de libertad de acción que yo, en circunstancias análogas, les hubiera concedido a ellas.

Salí de Moor House a las tres de la tarde y poco después de las cuatro me encontraba al pie del poste indicador de Whitcross, esperando la llegada del coche que me habría de llevar al lejano Thornfield. En medio del silencio de aquellas carreteras solitarias y las colinas desiertas, lo oí acercarse desde una gran distancia. Era el mismo vehículo del que me había apeado una tarde de verano un año atrás en el mismo lugar, ¡desolada, sin esperanzas ni propósito! A un gesto mío, se detuvo. Subí, sin necesidad en esta ocasión de desprenderme de toda mi fortuna para pagar el viaje. Una vez más rumbo a Thornfield, me sentía como una paloma mensajera de camino a casa.

El viaje duró treinta y seis horas. Había dejado Whitcross un martes por la tarde y el jueves por la mañana temprano se detuvo el coche para abrevar los caballos en una posada al borde del camino, situada en un paisaje cuyos verdes setos, grandes campos y bajas colinas de pastoreo me saltaron a la vista como los rasgos de un rostro antaño conocido. (¡Qué suave y verde era todo, comparado con los austeros páramos de Morton!). Me era familiar aquella campiña; estaba segura de que estábamos cerca de mi destino.

—¿A qué distancia está Thornfield de aquí? —pregunté al palafrenero.

—A solo dos millas, señora, a campo traviesa.

«Se ha terminado mi viaje», pensé para mí. Me bajé del coche y entregué al palafrenero una valija que llevaba para que me la guardase hasta que mandara recogerla, pagué y di propina al cochero y me puse en camino. La luz creciente del día se reflejaba en el rótulo de la posada, donde leí en letras doradas «Rochester Arms». Pegó un salto mi corazón, pues me hallaba ya en las tierras de mi señor, pero volvió a decaer con el siguiente pensamiento:

«Puede que tu señor esté al otro lado del Canal de la Mancha, por lo que tú sabes. Y, si está en Thornfield Hall, adonde te diriges tan deprisa, ¿quién más está allí? Su esposa lunática, y tú no tienes nada que ver con él, no debes atreverte a hablarle ni buscar su compañía. Has perdido el tiempo; más vale que no sigas adelante —aconsejó mi amonestador—. Pregunta a los de la posada, que te podrán decir todo lo que quieres saber para aclarar tus dudas. Acércate a ese hombre y pregúntale si el señor Rochester se encuentra en casa».

Era una sugerencia sensata, pero no fui capaz de seguirla, pues temía muchísimo una respuesta que me hundiera en la desesperación. Prolongar la duda era prolongar la esperanza, y quería ver la casa una vez más bajo el rayo de su estrella. Vi la valla ante mí, y los campos que atravesara ciega, sorda y enloquecida, perseguida y acosada por una furia vengativa, el día que huí de Thornfield. Antes de saber cuál iba a ser mi proceder, estaba en medio de ellos. Anduve deprisa, corriendo a ratos. ¡Cómo deseaba ver los bosques familiares! ¡Con qué sentimiento saludaba los árboles conocidos y la vista fugaz de los prados y las colinas!

Por fin se alzaron los bosques y la grajera oscura, de donde unos graznidos estridentes rompieron el silencio de la mañana. Me colmó un extraño júbilo y seguí apresuradamente. Crucé otro campo, atravesé otro camino y allí estaban los muros del patio y las dependencias traseras, la casa aún oculta por la grajera.

«Mi primera vista será de la fachada principal —decidí—, donde destacan las nobles almenas y pueda ver la ventana del cuarto de

mi señor. Quizás esté él allí, pues se levanta temprano, o quizás esté paseando en la huerta o sobre el pavimento. ¡Si pudiera verlo, aunque fuese un momento! En ese caso, ¿estaría tan loca como para acercarme corriendo a él? No lo sé; no estoy segura. Y si lo hiciera, ¿qué ocurriría entonces? ¡Dios lo bendiga! ¿Qué ocurriría entonces? ¿A quién haría daño yo si probara una vez más la vida que me inspiraba una mirada suya? Deliro. En este momento puede que esté viendo la salida del sol sobre los Pirineos, o las aguas sin marea del sur».

Había bordeado el muro de la huerta y doblado la esquina, donde había un portillo que daba al prado entre dos columnas coronadas con bolas de piedra. Desde detrás de una columna podía mirar a hurtadillas la fachada de la mansión. Asomé con precaución la cabeza, ansiosa por averiguar si había alguna persiana levantada en los dormitorios. Almenas, ventanas y fachada: todo estaría a la vista desde aquel puesto recóndito.

Quizás me viesen los grajos que volaban en lo alto mientras preparaba mi inspección. Me pregunto qué pensarían. Debieron de pensar que al principio actué con mucho cuidado y timidez, haciéndome poco a poco más atrevida y temeraria. Me asomé, miré fijamente y después salí de mi escondite para adentrarme en el prado, deteniéndome de pronto frente a la gran mansión para contemplarla largo y tendido. «¿Por qué fingiría timidez al principio? —podrían preguntarse—, ¿y por qué demuestra indiferencia ahora?».

Escucha esta explicación, lector.

Un amante encuentra a su amada dormida en un lecho de musgo, y quiere contemplar su bello rostro sin despertarla. Avanza sigiloso por la hierba, cuidando de no hacer ruido. Se para, creyendo que se mueve, y se retira, temeroso de ser visto. Todo está inmóvil; avanza de nuevo, se inclina sobre su rostro cubierto por un fino velo, que levanta, y se inclina más, los ojos anticipándose a la hermosa visión, cálida, lozana, preciosa con el sueño. Su primera mirada es rápida, pero, al fijar la vista, se

sobresalta. De repente coge en sus brazos con fuerza la forma que hace un minuto no se atrevía a tocar con el dedo. Grita su nombre, la deja caer y la contempla enloquecido. La agarra, grita y mira, no teme ya despertarla con ningún sonido, con ningún movimiento. ¡Creía que dormía pacíficamente su amada, y la encuentra muerta como una piedra!

Yo miré con tímido júbilo una mansión: lo que vi fue una ruina ennegrecida.

No hacía falta esconderse tras una columna ni mirar a hurtadillas las ventanas por si alguien se movía dentro. No hacía falta escuchar por si se abría alguna puerta, ni imaginar pisadas en el pavimento o la gravilla. El césped, todo el jardín estaba devastado, la casa vacía. La fachada era, tal como una vez la viera en sueños, una mera cáscara, alta y frágil, horadada por los huecos de las ventanas sin cristales, sin tejado, sin almenas, sin chimeneas: todo derrumbado.

Estaba envuelta en un silencio de muerte y una soledad total. No era de extrañar que las cartas dirigidas aquí no recibieran respuesta; habría dado lo mismo enviarlas a la cripta de una iglesia. La negrura siniestra de las piedras delataba la causa de la caída de la mansión: un incendio. Pero ¿cómo ocurrió? ¿Qué historia habría tras este desastre? ¿Qué pérdidas causaría, además de la de la argamasa, el mármol y la madera? ¿Se habrían perdido vidas, además de bienes? ¿Y qué vidas? Tremenda pregunta, y nadie había para contestarla, ni una señal muda, ni un signo tácito.

Deambulando por los muros destrozados y el interior despedazado, me convencí de que la calamidad no había sido reciente. Aquel arco vacío, pensé, había sido traspasado por las nieves del invierno, y las ventanas huecas zarandeadas por las lluvias hibernales, porque la primavera había favorecido la vegetación en medio de los húmedos montones de desperdicios, dejando brotes de hierba y maleza aquí y allá entre las piedras y las vigas caídas. ¿Y dónde estaría, mientras tanto, el infortunado dueño de estas ruinas? ¿En qué tierras, bajo qué auspicios? Mi vista se posó involuntariamente en la aguja gris de la iglesia de la entrada, y

me pregunté, «¿Estará compartiendo refugio con Damer de Rochester en su angosta cripta de mármol?».

Debía hallar la respuesta a estas preguntas, y no había mejor lugar para buscarla que la posada, adonde regresé poco después. El mismo posadero me llevó el desayuno al salón, y le pedí que cerrase la puerta y se sentase, ya que tenía algunas preguntas que hacerle. Pero cuando consintió, apenas sabía cómo empezar, por el miedo que me inspiraban sus posibles respuestas. Sin embargo, la escena de devastación que acababa de dejar me había preparado en gran medida para oír una historia penosa. El posadero era un hombre de mediana edad de aspecto respetable.

—Conoce usted Thornfield Hall, por supuesto —acerté a decir por fin.

—Sí, señora. Viví allí una temporada.

—¿De veras? —«No en la misma época que yo —pensé—, pues no te conozco».

—Fui el mayordomo del difunto señor Rochester.

¡Difunto! Era como recibir de lleno el golpe que pretendía eludir.

—¿El difunto? —farfullé—. ¿Se ha muerto?

—Me refiero al padre del actual caballero, al padre del señor Edward —explicó. Comencé a respirar de nuevo y la sangre volvió a fluir por mis venas. Totalmente satisfecha por sus palabras de que por lo menos seguía con vida el señor Edward, *mi* señor Rochester (¡Que Dios lo bendijera, donde quiera que estuviese!), el «actual caballero» (¡felices palabras!), estaba dispuesta a oír el resto, por tremendo que fuera, con relativa serenidad. Ya que no estaba bajo tierra, pensé que podría soportar enterarme de que estaba en las antípodas.

—¿El señor Rochester reside actualmente en Thornfield Hall? —pregunté, aun a sabiendas de la respuesta que iba a recibir, pero queriendo diferir la pregunta directa sobre su paradero.

—¡Oh, no, señora! Allí no vive nadie. Supongo que es usted forastera en esta parte, porque, si no, se habría enterado de lo que ocurrió allí el pasado otoño. Thornfield Hall está totalmente en

ruinas. Se quemó en la época de la siega, ¡qué calamidad! Tanta propiedad valiosa completamente destruida, pues apenas salvaron algunos muebles. Estalló el incendio muy entrada la noche y, antes de que llegaran los bomberos de Millcote, toda la casa ardía como una tea. Fue un espectáculo horrendo, que yo mismo presencié.

—¡Entrada la noche! —murmuré, ¡siempre la hora fatídica en Thornfield!—. ¿Se supo cómo se originó? —pregunté.

—Lo supusieron, señora; es más, creo que se comprobó sin ninguna duda. Quizás sepa usted —continuó, acercando un poco más su silla a la mesa y hablando con voz queda— que había una señora, una loca, viviendo en la casa.

—Algo he oído al respecto.

—Se la mantenía bien encerrada, señora. Durante años, la gente no sabía a ciencia cierta si existía realmente. Nadie la había visto, pero había rumores sobre la existencia de tal persona en la casa, aunque era difícil imaginar quién sería. Decían que el señor Edward la había traído del extranjero, y algunos pensaban que había sido su querida. Pero hace un año, ocurrió una cosa extraña, muy extraña.

Temí que me fuera a contar mi propia historia, por lo que intenté hacerlo volver al acontecimiento principal.

—¿Y esta señora?

—¡Esta señora resultó ser la esposa del señor Rochester! Se descubrió de la forma más peculiar. Había una joven, institutriz en la casa, y el señor Rochester se enamoró…

—¿Y el incendio? —sugerí.

—Ya llego, señora… el señor Edward se enamoró de ella. Los criados dicen que nunca han visto a nadie más enamorado que él de ella: la perseguía constantemente. Lo vigilaban, como tienden a hacerlo los criados, señora, y vieron que la quería más que nada, aunque nadie más que él la consideraba guapa. Era muy poca cosa, casi una niña, dicen. Personalmente, nunca la vi, pero he oído hablar de ella a Leah, la doncella, que la apreciaba mucho. El señor Rochester tenía unos cuarenta años, y la institutriz no llegaba a los veinte. Y ¿sabe usted? cuando los caballeros de esta edad se

enamoran de una jovencita, están como hechizados, y este se empeñó en casarse con ella.

—Puede usted contarme esta parte de la historia en otra ocasión —dije—; ahora me interesa especialmente saber los detalles del incendio. ¿Sospecharon que la lunática, la señora Rochester, tenía algo que ver?

—Ha dado en el clavo, señora: se sabe que fue ella y nadie más que ella quien lo provocó. Tenía una mujer para cuidarla, que se llamaba la señora Poole, una mujer capacitada, a su manera, y muy de fiar, excepto por un defecto, bastante corriente entre las enfermeras y las matronas: *tenía siempre con ella una botella de ginebra*, y de vez en cuando tomaba más de la cuenta. Se le puede perdonar, pues era una vida muy dura, pero, así y todo, era peligroso, porque cuando se dormía la señora Poole, repleta de ginebra con agua, la loca, astuta como una bruja, le cogía las llaves del bolsillo, salía de su cuarto, y se ponía a vagar por la casa, haciendo todas las diabluras que le pasaban por la cabeza. Dicen que una vez casi quema vivo a su marido mientras dormía, pero no sé nada de eso. Sin embargo, aquella noche, prendió fuego primero a las tapicerías del cuarto que lindaba con el suyo; después fue al piso de abajo y se dirigió al dormitorio que había sido de la institutriz, como si supiera de alguna forma lo que había ocurrido y le guardara rencor, y prendió fuego a la cama, pero afortunadamente no había nadie durmiendo allí. La institutriz se había escapado dos meses antes, y, por mucho que la buscara el señor Rochester como si fuese la cosa más valiosa que tenía en el mundo, nunca supo una palabra de ella, y se puso furioso, enloquecido de desilusión. Nunca fue un hombre apacible, pero se volvió peligroso después de perderla a ella. Quiso estar a solas, por lo que envió lejos a la señora Fairfax, el ama de llaves, con unos familiares, pero se comportó con liberalidad, asignándole una pensión vitalicia, que esta merecía, por otra parte, pues era muy buena mujer. La señorita Adèle, una pupila suya, fue enviada a la escuela. Cortó sus

relaciones con sus amigos acomodados y se encerró en la casa como un ermitaño.

—¡Qué! ¿No se marchó de Inglaterra?

—¿Marcharse de Inglaterra? ¡Válgame Dios, no! No quería cruzar el umbral de la casa, salvo por la noche, cuando paseaba como un fantasma por el jardín y la huerta como si hubiera perdido el juicio, que, en mi opinión, era cierto, porque antes de que la mosquita muerta de la institutriz lo fastidiara, no puede usted imaginarse un caballero más intrépido o de más carácter, señora. No era un hombre al que le diera por la bebida, las cartas o las carreras de caballos, como algunos, y tampoco era muy guapo, pero tenía valor y voluntad propia como pocos. Verá usted, lo conozco desde que era niño y, por mi parte, más de una vez habría deseado que se hubiera hundido en el mar la señorita Eyre antes de venir a Thornfield Hall.

—Entonces, ¿se hallaba en casa el señor Rochester cuando se declaró el incendio?

—Sí, desde luego que sí, y subió al ático en medio del fuego para sacar a los criados de la cama y ayudarlos a bajar, y después subió de nuevo para sacar a su esposa loca de su celda. Y luego le gritaron que ella estaba en el tejado, donde agitaba los brazos sobre las almenas, gritando de manera que se la oía a una milla de distancia: yo la vi y la oí con mis propios ojos. Era una mujer grande con el pelo largo y negro, que vimos ondular contra las llamas. Yo vi, con varios más, cómo subió por la claraboya al tejado el señor Rochester, y lo oímos gritar «¡Bertha!». Lo vimos acercarse a ella y luego ella chilló y pegó un salto y un minuto después quedó aplastada contra el suelo.

—¿Muerta?

—¿Muerta? Sí, tan muerta como las piedras salpicadas con sus sesos y su sangre.

—¡Santo Dios!

—Ya puede usted decirlo, señora; ¡fue espantoso!

Se estremeció.

—¿Y después? —insistí.

—Bien, señora, la casa se quemó hasta los cimientos, y solo quedan unos trozos de pared.

—¿Se perdieron más vidas?

—No, aunque quizás habría sido mejor.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡El pobre señor Edward! —exclamó—, nunca pensé ver nada igual. Algunos dicen que se llevó su merecido por mantener en secreto su primer matrimonio y querer casarse con otra mientras vivía su mujer, pero yo lo compadezco, desde luego.

—¿Ha dicho usted que vive? —exclamé.

—Sí, sí, está vivo, pero muchos piensan que estaría mejor muerto.

—¿Por qué? ¿Cómo? —se me helaba la sangre otra vez—. ¿Dónde está? —pregunté—. ¿Está en Inglaterra?

—Sí, está en Inglaterra; ya no puede marcharse de Inglaterra, me figuro, está clavado aquí.

¿Qué sufrimiento era este, que el hombre se empeñaba en prolongar?

—Está ciego como un topo —dijo por fin— sí, ciego como un topo, el señor Edward.

Había temido algo peor. Había temido que se hubiera vuelto loco. Hice acopio de fuerzas para preguntar por la causa de esta desgracia.

—Todo se debe a su valor, y se podría decir a su bondad, en cierta manera, señora. Se negó a abandonar la casa hasta que todos los demás hubieran salido. Al bajar finalmente por la gran escalera, después de tirarse de las almenas la señora Rochester, hubo un gran estruendo y se cayó todo. Lo sacaron de entre las ruinas, vivo pero malherido; había caído una viga, que lo protegió en parte, pero perdió un ojo y tenía una mano tan destrozada que el señor Carter, el cirujano, se vio en la necesidad de amputarla enseguida. Se infectó el otro ojo, y lo perdió también. Ahora está indefenso, ciego y mutilado.

—¿Dónde está? ¿Dónde vive ahora?

—En Ferndean, una casería que tiene en una granja, a unas treinta millas de aquí, un lugar un poco desolado.

—¿Quién está con él?

—El viejo John y su mujer; no quería a nadie más. Está bastante abatido, dicen.

—¿Tiene usted algún tipo de vehículo?

—Tenemos una silla de posta, señora, una silla muy hermosa.

—Que me la preparen enseguida, y si su cochero me puede llevar a Ferndean antes de que oscurezca hoy, les pagaré a ambos el doble del precio que suelen cobrar.

Capítulo XI

La casería de Ferndean era un edificio bastante antiguo de buen tamaño, sin grandes pretensiones arquitectónicas, enterrada en medio de un bosque. La había oído nombrar antes, ya que el señor Rochester la mencionaba a menudo, y a veces la visitaba. Su padre había comprado la hacienda por la caza, y la habría querido alquilar, pero no encontraba inquilinos a causa de su ubicación poco saludable. Por lo tanto, estaba vacía y sin amueblar, con excepción de unas dos o tres habitaciones preparadas para el hospedaje del hacendado cuando iba allí en la temporada de caza.

Llegué a la casa al anochecer, en una tarde marcada por un cielo grisáceo, un viento frío y una llovizna persistente. Recorrí a pie la última milla del camino, después de despedir al cochero con el pago doble que le había prometido. Incluso cuando faltaba muy poco para llegar, no se veía la casa, que estaba oculta por el espeso bosque que la rodeaba. Una puerta de hierro entre columnas de granito señalaba la entrada y, al traspasarla, me encontré envuelta en la penumbra de los tupidos árboles. Una senda cubierta de maleza se abría camino en el bosque, circundada por los troncos nudosos y cubierta por una arcada de ramas. La seguí, creyendo que me conduciría enseguida a la casa, pero se extendía, serpenteando interminablemente, sin llevarme ni a la casa ni al jardín.

Pensé que me había equivocado de camino y me había extraviado. Las sombras del crepúsculo y del bosque me envolvían, y busqué otro camino, pero no lo encontré. Todo eran tallos

entretejidos, troncos como pilares y la espesa frondosidad del verano, sin una sola brecha.

Continué y por fin se despejó el camino, ralearon los árboles y divisé primero unas rejas y después la casa, apenas discernible entre la arboleda por el color verde mohoso de sus húmedas paredes. Pasando por una puerta cerrada solo con pasador, me hallé en medio de un terreno abierto, rodeado por un semicírculo de árboles. No había arriates ni flores, solo un ancho camino de gravilla que circundaba una extensión de césped dentro del oscuro marco del bosque. La fachada de la casa ostentaba dos aleros puntiagudos, unas angostas ventanas con celosías y una puerta también angosta, con un escalón delante. El conjunto tenía el aspecto de ser «un lugar bastante desolado», como había dicho el posadero del «Rochester Arms». Estaba tan silencioso como una iglesia un día entre semana, el único sonido audible era el golpeteo de la lluvia sobre las hojas del bosque.

—¿Es posible que haya vida aquí? —me pregunté.

Sí, algún tipo de vida había, pues oí moverse algo: se abría la estrecha puerta principal y una forma se disponía a salir de la casa.

Se abrió lentamente y salió al crepúsculo una figura que se quedó de pie en el escalón. Era un hombre sin sombrero, que extendió la mano como para ver si llovía. A pesar de la oscuridad, lo reconocí. No era otro que mi amo, Edward Fairfax Rochester.

Detuve mis pasos y casi mi aliento y me puse a mirarlo, a examinarlo sin ser vista y, por desgracia, invisible para él. Era un encuentro repentino, en el que el dolor empañaba el éxtasis. No me fue difícil callar la exclamación de mi voz ni frenar el avance de mis pies.

Su cuerpo tenía la misma silueta fuerte y robusta que siempre, su porte era aún erguido, su cabello aún negro como el azabache. Sus rasgos tampoco estaban cambiados ni hundidos. En el espacio de un año, ningún dolor había podido domar su fortaleza atlética ni marchitar su vigorosa plenitud. Pero detecté un cambio en su semblante, donde se dibujaba una mirada de tristeza y desespero

que me recordó algún animal salvaje maltratado y encadenado, peligroso por su tenebroso infortunio. Un águila enjaulada cuyos ojos dorados hubiesen sido cegados por la crueldad podría tener el mismo aspecto que este Sansón invidente.

Bien, lector, ¿crees que tenía miedo de su ferocidad ciega? Si es así, es que me conoces poco. Se mezcló con mi pena la dulce anticipación de posar un beso sobre su frente granítica y sus párpados tan firmemente cerrados, pero no me atrevía todavía. Aún no lo iba a abordar.

Bajó por el peldaño y avanzó despacio a tientas en dirección al césped. ¿Qué había sido de sus intrépidas zancadas? Se quedó parado, como si no supiera hacia dónde encaminarse. Levantó la cabeza y abrió los ojos, esforzándose por mirar, sin ver, el cielo y el anfiteatro formado por los árboles, y era evidente que para él todo era oscuridad vacía. Extendió la mano derecha (mantuvo oculto en su seno el brazo izquierdo mutilado) como queriendo tocar y reconocer lo que tenía alrededor, pero no encontró nada, pues los árboles estaban a algunas yardas de él. Renunció al intento, cruzó los brazos y permaneció quieto y mudo bajo la lluvia, que caía persistente sobre su cabeza descubierta. En ese momento se le acercó John desde algún lugar.

—¿Quiere usted cogerme del brazo, señor? —dijo—, va a caer un buen chaparrón, ¿no debería entrar?

—Déjame solo —fue la respuesta.

Se retiró John sin verme. El señor Rochester intentó pasear, pero sin éxito, pues le faltaba seguridad. Volvió a tientas a la casa y cerró la puerta tras de sí.

Ahora me acerqué yo y llamé. Abrió Mary, la mujer de John.

—Mary —dije—, ¿cómo está?

Se sobresaltó como si hubiera visto un fantasma, pero la tranquilicé.

—¿De verdad es usted, señorita, a estas horas y en este lugar solitario? —preguntó bruscamente, y contesté cogiéndole la mano. La seguí a la cocina, donde estaba sentado John junto a un buen

fuego. Les expliqué en pocas palabras que me había enterado de todo lo sucedido desde mi partida de Thornfield y que estaba allí para ver al señor Rochester. Pedí a John que fuera a la casa de portazgo, donde me había dejado la silla, para recoger el baúl que había dejado allí. Después de quitarme el sombrero y el chal, pregunté a Mary si podían alojarme esa noche en la casa y, al descubrir que, aunque difícil, no sería imposible, le comuniqué que me quedaría. En ese momento sonó la campanita del salón.

—Cuando vaya —le dije—, dígale a su amo que hay una persona que quiere hablar con él, pero no le diga mi nombre.

—No creo que quiera recibirla —respondió—; se niega a ver a nadie.

Cuando regresó, le pregunté qué había dicho él.

—Que diga usted su nombre y lo que pretende —contestó, y se puso a llenar un vaso de agua, que colocó en una bandeja, junto con algunas velas.

—¿Eso es lo que ha pedido? —pregunté.

—Sí, siempre pide que le lleve velas al anochecer, aunque está ciego.

—Deme la bandeja: yo se la llevaré.

La cogí de sus manos y me señaló la puerta del salón. La bandeja tembló en mis manos, derramándose el agua del vaso. Mi corazón latía furiosamente contra mis costillas. Mary me abrió la puerta, y la cerró a mi espalda.

El salón tenía un aspecto lúgubre. Ardía un fuego descuidado en el hogar e, inclinado sobre él, la cabeza apoyada en la alta repisa anticuada, estaba el ocupante ciego de la habitación. Su viejo perro, *Pilot*, yacía sobre un costado, apartado de él y encogido, como si temiera que lo pisara inadvertidamente. *Pilot* aguzó las orejas cuando entré y se levantó de un salto para abalanzarse aullando sobre mí, casi tirando la bandeja. Coloqué esta sobre la mesa y después lo acaricié y le dije suavemente, «¡Abajo!». El señor Rochester se giró para ver qué ocurría, pero como no pudo ver nada, suspiró simplemente.

—Dame el agua, Mary —dijo.

Me acerqué con el vaso solo medio lleno, seguida por *Pilot*, aún agitado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Abajo, *Pilot*! —dije otra vez. Comprobó el agua antes de llevársela a los labios, e hizo ademán de escuchar. Bebió y dejó el vaso.

—Eres tú, Mary, ¿verdad?

—Mary está en la cocina —contesté.

Alargó la mano en un rápido gesto pero, al no ver dónde estaba yo, no me tocó.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó, procurando ver con aquellos ojos invidentes en un intento inútil y angustioso—. ¡Contésteme! ¡Vuelva a hablar! —ordenó, con voz fuerte e imperiosa.

—¿Quiere tomar un poco más de agua, señor? He derramado la mitad de lo que había en el vaso —dije.

—*¿Quién es? ¿Qué es?* ¿Quién habla?

—*Pilot* me conoce, y John y Mary saben que estoy aquí. He llegado esta misma tarde —respondí.

—¡Santo Dios! ¿Qué quimera es esta? ¿Qué dulce locura me embarga?

—Ninguna quimera, ninguna locura. Su mente, señor, es demasiado fuerte para las quimeras y su salud demasiado robusta para la locura.

—¿Y dónde está la que habla? ¿Solo es su voz? ¡Dios! No puedo *ver*, pero debo tocar, o se me detendrá el corazón y me estallará el cerebro. Sea lo que sea, sea quien sea, ¡déjeme tocarla o no podré vivir!

Extendió la mano, que atrapé entre las mías.

—¡Son sus mismos dedos! —gritó—. ¡Sus pequeños y frágiles dedos! Si es así, debe de estar el resto.

Soltó su mano musculosa y me cogió del brazo, del hombro, del cuello, de la cintura… me envolvió en un abrazo y me estrechó

contra sí.

—¿Eres Jane? ¿*Qué* eres? Tienes su forma, tienes su tamaño…

—Y tengo su voz —añadí—. Estoy entera, incluyendo el corazón. ¡Dios lo bendiga, señor! Me alegro de estar tan cerca de usted de nuevo.

—¡Jane Eyre, Jane Eyre! —fue lo único que acertó a decir.

—Mi querido amo —contesté—, soy Jane Eyre. Lo he encontrado, he vuelto a usted.

—¿De veras? ¿En carne y hueso? ¿Mi Jane, viva?

—Usted me está tocando, señor, me está abrazando con fuerza. No estoy fría como un cadáver ni soy vaporosa como el aire, ¿verdad?

—¡Mi amada vive! Desde luego, son estas sus extremidades y estos sus rasgos, pero no es posible semejante bendición después de tanto sufrimiento. Es un sueño, como los de algunas noches, cuando la he estrechado una vez más contra mi corazón, igual que ahora, y la he besado, así, y he creído que me quería y he confiado en que no me dejaría.

—Y nunca lo haré, señor, a partir de este momento.

—Que nunca lo hará, dice la aparición. Pero siempre he despertado para encontrar que era una burla hueca y me he quedado desolado y abandonado, mi vida solitaria sin esperanza y en tinieblas, mi alma sedienta sin tener dónde beber, mi corazón hambriento sin tener dónde comer. Dulce, tierna quimera, que te acurrucas ahora en mis brazos, tú también huirás, como lo han hecho antes tus hermanas. Pero bésame antes de marcharte, abrázame, Jane.

—¡Uno, señor, y otro!

Apreté los labios contra sus ojos antaño brillantes y ahora sin luz, aparté el cabello de su frente y le besé ahí también. De pronto hizo ademán de despertar y darse cuenta de la veracidad de todo lo que estaba sucediendo.

—¿Eres tú? ¿eres Jane? ¿Has vuelto conmigo, entonces?

—Sí.

—¿Y no yaces muerta en alguna zanja o algún arroyo? ¿No eres una desterrada añorante entre extraños?

—No, señor. Soy una mujer independiente ahora.

—¡Independiente! ¿Qué quieres decir, Jane?

—Que ha muerto mi tío de Madeira, dejándome cinco mil libras.

—¡Oh, esto sí es real! —gritó—, nunca soñaría algo así. Además, es su voz peculiar, tan animosa y conmovedora además de dulce; alegra mi corazón marchito y lo llena de vida. Entonces, Jane, ¿eres una mujer independiente? ¿una mujer rica?

—Bastante rica, señor. Si no me deja vivir con usted, puedo construir mi propia casa junto a la suya, y puede venir a sentarse en mi salón cuando quiera compañía por las tardes.

—Pero ya que eres rica, Jane, sin duda tendrás amigos que cuidarán de ti y no permitirán que te dediques a un inválido ciego como yo.

—Le he dicho que soy independiente, señor, además de rica. Soy mi propia dueña.

—¿Y te quedarás conmigo?

—Por supuesto, a no ser que le moleste. Seré su vecina, su enfermera, su ama de llaves. Está solo; yo seré su compañera, le leeré, pasearé con usted, le haré compañía, le serviré, seré sus manos y sus ojos. No ponga esa cara melancólica, mi querido amo, no volverá a estar solo mientras yo viva.

Se quedó serio y abstraído y no contestó; solo suspiró y abrió la boca como si fuese a hablar, pero la cerró de nuevo. Me sentí algo avergonzada. Quizás me hubiera mostrado demasiado solícita al ofrecerle mi compañía y mi ayuda; quizás hubiera actuado con imprudencia al hacer caso omiso del convencionalismo, y él, como St. John, considerase impropia mi irreflexión. Desde luego, mi propuesta se basaba en el hecho de que él querría que fuese su esposa, pues la firme esperanza de que me reclamara como tal me había animado, aunque él no hubiese expresado este deseo. Pero, como no decía nada a ese efecto y se le ponía el semblante cada vez más sombrío, se me ocurrió de pronto que quizás estuviese

equivocada del todo y estuviese haciendo el ridículo, por lo que empecé a soltarme suavemente de su abrazo; pero él, ansioso, me apretó más fuerte.

—No, no, Jane, no debes marcharte. No, ya te he tocado, te he oído, me he consolado con tu presencia, he disfrutado de la dulzura de tal consuelo, y no puedo renunciar a estos goces. De mí queda ya poco, debo tenerte a ti. Que se ría el mundo y me llame absurdo y egoísta, no me importa. Mi alma te reclama, y deberá conseguirte o se vengará horriblemente en mi cuerpo.

—Pero, señor, me quedaré con usted, ya lo he dicho.

—Sí, pero lo que tú entiendes por quedarte conmigo y lo que entiendo yo son dos cosas diferentes. Tú podrías conformarte con revolotear alrededor de mí y cuidarme como una enfermera bondadosa, pues tienes un corazón afectuoso y un espíritu generoso que te animan a sacrificarte por los que te inspiran lástima, y eso debería bastarme a mí, también. Supongo que solo debería alimentar sentimientos paternales hacia ti, ¿no te parece? Anda, dímelo.

—Me parecerá lo que usted quiera, señor. Me contentaré con ser su enfermera, si usted cree que es lo mejor.

—Pero no puedes ser mi enfermera para siempre, Janet. Eres joven, debes casarte algún día.

—No me importa casarme o no.

—Debería importarte, Janet. Si yo fuera lo que fui, procuraría hacer que te importase, pero… ¡un leño invidente!

Volvió a caer en la tristeza, mientras que yo me animé y me armé de más coraje. Sus últimas palabras me sugirieron cuál era el problema y, como para mí no era tal, me sentí libre de la vergüenza anterior. Empecé a conversar sobre temas más alegres.

—Ya es hora de que alguien haga algo para volverlo humano otra vez —dije, cogiendo un mechón de su abundante melena larga —, pues veo que se está convirtiendo en león, o algo parecido. Tiene usted un *faux air* a Nabucodonosor en el campo de batalla desde luego. Su cabello me recuerda las plumas de las águilas, y

aún no me he fijado si sus uñas también han crecido como las garras de los pájaros.

—En este brazo, no tengo ni mano ni uñas —dijo, sacando de su seno el brazo mutilado para enseñármelo—. Solo es un muñón, ¡una visión espantosa! ¿No te parece, Jane?

—Da lástima verlo, y también verle los ojos, y la cicatriz de su frente, y lo peor es el peligro de amarlo demasiado por todo ello y mimarlo en consecuencia.

—Creía que te daría asco, Jane, verme el brazo y la cara marcada.

—¿De verdad? No me lo diga, pues tendré que decirle la mala opinión que me merece su discernimiento. Ahora, lo voy a dejar un momento, para que arreglen un poco el fuego y limpien la chimenea. ¿Lo nota usted cuando hay un buen fuego?

—Sí, con el ojo derecho veo un brillo rojizo y nebuloso.

—¿Y puede ver las velas?

—Muy borrosas, como si cada una fuera una nube luminosa.

—¿Me ve a mí?

—No, hada mía, pero me alegro de oírte y sentirte.

—¿A qué hora cena?

—No ceno nunca.

—Pues esta noche sí. Tengo hambre, y estoy segura de que usted también la tiene, aunque se le olvide.

Llamé a Mary, y la habitación adquirió enseguida un aspecto más ordenado. Mientras tanto, le preparé una colación respetable. Me sentía exaltada y conversé con él plácidamente y a gusto durante la cena y largo rato después. No había ninguna molesta rémora ni represión de alegría y vivacidad con él, porque me sentía a mis anchas, sabiendo la afinidad que existía entre nosotros, y consciente de que todo lo que yo decía lo consolaba y reanimaba. ¡Maravillosa compenetración! Animó y vivificó todo mi ser, pues en su presencia yo vivía plenamente, como él en la mía. A pesar de su ceguera, su cara se iluminaba con sonrisas, su ceño de desfruncía y sus rasgos se suavizaban y se enternecían.

Después de cenar, comenzó a hacerme preguntas sobre dónde había estado, qué había hecho y cómo lo había encontrado, pero solo le contesté en parte, porque ya era tarde para dar detalles aquella noche. Además, no quería tocarle ninguna fibra sensible ni abrir un nuevo pozo de emociones en su corazón. Mi único objetivo en aquel momento era animarlo. Y animado estaba, como ya he dicho, pero solo a ratos. Si la conversación se interrumpía un momento por el silencio, se volvía inquieto, me tocaba y murmuraba «Jane».

—¿Eres totalmente humana, Jane? ¿Estás segura de ello?

—Lo creo realmente, señor Rochester.

—Entonces, ¿cómo has podido aparecer en mi solitario hogar esta noche oscura y triste? Extendí el brazo para coger de manos de una criada un vaso de agua y me lo diste tú. Hice una pregunta, esperando que me contestara la mujer de John, y sonó tu voz en mi oído.

—Porque vine con la bandeja, en lugar de Mary.

—Y hay un hechizo en este mismo momento que paso contigo. ¿Quién puede saber qué vida más tenebrosa, triste y desesperada vivía desde hace meses? Sin hacer ni esperar nada, sintiendo solo frío, cuando dejaba apagarse el fuego, hambre, cuando se me olvidaba comer y una pena incesante y, a veces, un verdadero delirio de deseo de ver una vez más a mi Jane. Sí, he añorado recuperarte más que mi vista perdida. ¿Cómo puede ser que Jane esté conmigo y diga que me quiere? ¿No se marchará tan de repente como ha aparecido? Me temo que mañana ya no esté aquí.

Estaba segura de que lo mejor para aplacar sus temores sería una respuesta trivial y práctica, lejos del hilo inquietante de sus pensamientos. Le pasé un dedo por las cejas, comentando que estaban chamuscadas y que les pondría un remedio para que crecieran tan negras y fuertes como antes.

—¿Para qué sirve que me mejores de alguna manera, espíritu del bien, si en cualquier momento fatídico me dejarás de nuevo,

desapareciendo como una sombra, cómo y adónde no lo sé ni podré descubrirlo después?

—¿Tiene peine, señor?

—¿Para qué, Jane?

—Para peinar esta negra melena enmarañada. Asusta usted un poco, cuando lo miro de cerca. Dice que soy un hada, pero yo creo que es más probable que sea usted un duende.

—¿Estoy horroroso, Jane?

—Mucho, señor, pero siempre lo ha estado.

—¡Hmm! Donde quiera que hayas estado, no han conseguido quitarte tu malicia.

—He estado con gente muy buena, mucho mejor que usted, cien veces mejor; gente con ideas y opiniones como jamás las ha tenido usted, mucho más refinadas y elevadas.

—¿Con quién demonios has estado?

—Si se retuerce de esta manera, le voy a arrancar el cabello, y en ese caso supongo que dejará de tener dudas sobre mi corporeidad.

—¿Con quién has estado, Jane?

—Esta noche no me lo va a sonsacar, señor, debe esperar a mañana. Sabe que dejar mi historia a medias es una especie de garantía de que vaya a presentarme ante usted en el desayuno para acabarla. A propósito, debo acordarme de no presentarme con solo un vaso de agua, sino que traeré un huevo, por lo menos, sin hablar del jamón frito.

—¡Cómo te burlas de mí, hada criada por los humanos! Me haces sentir como no me he sentido en doce meses. Si Saúl te hubiera tenido a ti en lugar de David, habría podido exorcizar el espíritu del mal sin la ayuda del arpa[63].

—Ya está, señor, está aseado de nuevo. Ahora lo dejaré, pues llevo tres días viajando y estoy realmente cansada. ¡Buenas noches!

—Solo una palabra, Jane. ¿Había solo señoras en la casa donde has estado?

Me reí y me escabullí, riendo aún mientras subía la escalera. «¡Qué buena idea! —pensé encantada—, veo que tengo la forma de conseguir que olvide su melancolía durante algún tiempo».

Muy temprano a la mañana siguiente, lo oí deambular de una habitación a otra. En cuanto bajó Mary, lo oí preguntarle: «¿Está aquí la señorita Eyre?». Y después: «¿En qué cuarto la has puesto? ¿Estaba bien oreado? ¿Se ha levantado? Ve a preguntarle si necesita algo, y pregúntale cuándo baja».

Bajé en cuanto creí que estaría preparado el desayuno. Entré sigilosa en el salón para verlo bien antes de que supiera que estaba allí. Era bien triste ver aquel espíritu vigoroso subyugado por dolencias corporales. Estaba sentado en su silla, quieto aunque no descansando, claramente expectante, los fuertes rasgos marcados por su tristeza ahora habitual. Su semblante recordaba una lámpara apagada a la espera de que volvieran a encenderla, pero, por desgracia, no dependía de él prender la chispa de la expresión animada, ¡ese servicio dependía de otra persona! Yo pretendía estar alegre y desenfadada, pero la impotencia del hombre fuerte me llegó al alma. Sin embargo, lo abordé con toda la vivacidad de la que pude armarme:

—Hace una mañana alegre y soleada, señor —dije—. Ha cesado la lluvia y se ha ido y ha dejado la mañana luminosa, así que daremos un paseo dentro de un rato.

Había reavivado su chispa: su rostro emitía rayos de felicidad.

—¿Conque estás ahí de verdad, alondra mía? Ven aquí. ¿No te has esfumado? He oído a uno de los tuyos hace una hora, cantando en el bosque, pero su canción no tenía música para mí, ni el sol naciente tenía rayos. Toda la melodía de la tierra se concentra para mis oídos en la lengua de mi Jane, y me alegro de que no sea muda por naturaleza, y solo puedo sentir los rayos del sol en su presencia.

Las lágrimas me saltaron al oír este juramento de dependencia, como si un águila real, encadenada a una rama, tuviera la necesidad de hacerse alimentar por un gorrión. Pero como no quise

ponerme a llorar, enjugué las lágrimas y me afané en preparar el desayuno.

Pasamos la mayor parte de la mañana al aire libre. Lo conduje del bosque mojado y silvestre hacia unos campos alegres, cuyo brillante verdor le describí y le hablé del aspecto fresco de las flores y los setos y del azul límpido del cielo. Le busqué asiento en un lugar recóndito y precioso, el tocón seco de un árbol, y no me negué a sentarme sobre sus rodillas. ¿Por qué había de hacerlo, si ambos estábamos más felices juntos que separados? *Pilot* yacía a nuestro lado, y todo era silencio. Teniéndome cogida entre sus brazos, gritó de repente:

—¡Desertora cruel! ¡Oh, Jane, lo que sufrí cuando me di cuenta de que habías huido de Thornfield y no pude encontrarte en ninguna parte! ¡Cuando busqué en tu habitación y vi que no te habías llevado nada de dinero, ni nada de valor! ¡El collar de perlas que te había regalado yacía intacto en su estuche, tus baúles estaban cerrados y atados tal como los dejaras para el viaje de novios! Me pregunté qué iba a ser de mi amada, desamparada y sin dinero. ¿Y qué hiciste? Cuéntamelo ahora.

Ante su insistencia, comencé a narrarle mis experiencias del último año. Suavicé considerablemente la parte relativa a los tres días que vagué hambrienta, porque contárselo hubiera sido hacerlo sufrir innecesariamente, pero, aun así, lo poco que le conté hirió su fiel corazón más de lo que hubiera querido.

No debí dejarlo de aquella forma, dijo, sin medio de sustento; debí decirle mis intenciones. Debí confiar en él, que nunca me habría obligado a convertirme en su querida. Por violento que le hiciera parecer el desespero, me quería demasiado para imponer su voluntad sobre la mía. Me habría dado la mitad de su fortuna sin pedir ni un beso a cambio antes de permitirme lanzarme sin recursos al mundo cruel. Estaba seguro de que había soportado más de lo que quería reconocer.

—Bien, fueran cuáles fuesen mis sufrimientos, duraron poco —contesté, y le conté cómo me habían recogido en Moor House,

cómo me había convertido en maestra de escuela y todo lo demás. Siguió a su debido tiempo la narración del advenimiento de la herencia y el descubrimiento de mis familiares. Naturalmente salió a la luz con frecuencia el nombre de St. John Rivers en el curso del relato, y cuando acabé, me preguntó enseguida por él.

—Entonces, ¿este St. John es tu primo?

—Sí.

—Lo has nombrado muchas veces. ¿Te agrada?

—Es un hombre muy bueno, señor, y no podía menos que agradarme.

—¿Un hombre bueno? ¿Quiere decir eso que es un hombre respetable y decente de cincuenta años? ¿O qué quiere decir?

—St. John tiene solo veintinueve, señor.

—*Jeune encore*, como dicen los franceses. ¿Es bajo, flemático y feo? ¿Es una buena persona por carecer de vicios, más que por abundar en virtudes?

—Es incansable, y dedica su vida a realizar grandes obras.

—¿Y su inteligencia? ¿Tiene el cerebro reblandecido? ¿Tiene buenas intenciones pero es un orador indiferente?

—Habla poco, señor, pero lo que dice es siempre oportuno. Tiene una gran inteligencia, no impresionable sino vigorosa.

—Entonces, ¿es un hombre cabal?

—Absolutamente cabal.

—¿Bien instruido?

—Es un gran erudito con mucho talento.

—Pero creo que has dicho que sus modales no son de tu gusto. ¿Es fatuo y pedante?

—No he mencionado sus modales, pero tendría muy mal gusto si no los aprobara, pues son brillantes, serenos y caballerosos.

—Su aspecto, olvido qué has dicho de su aspecto. ¿Es una especie de vicario novato, medio ahogado con su alzacuello y encaramado en unas botas de suela gruesa?

—St. John viste bien. Es un hombre guapo: alto, rubio, de ojos azules y un perfil griego.

(Aparte).

—¡Maldito sea!

(Dirigiéndose a mí).

—¿Lo apreciabas, Jane?

—Sí, señor Rochester, lo apreciaba, pero ya me ha preguntado eso.

Me di cuenta, por supuesto, adónde quería ir a parar mi interlocutor. La serpiente de los celos había hecho presa en él y lo mordía, pero de forma saludable, pues su picazón le hacía olvidar la melancolía, por lo que no quise domarla enseguida.

—Quizás prefiera usted no quedarse más tiempo sentada sobre mis rodillas, señorita Eyre —fue su siguiente comentario algo inesperado.

—¿Por qué no, señor Rochester?

—El cuadro que acaba de pintar sugiere un contraste demasiado abrumador. Sus palabras han dibujado muy eficazmente un Apolo bellísimo, que sigue presente en su memoria como «alto, rubio, de ojos azules y perfil griego». Sus ojos contemplan ahora a un Vulcano: un verdadero herrero, moreno, fornido y, por si fuera poco, ciego y tullido.

—No se me había ocurrido, pero realmente se parece a Vulcano, señor.

—Bien, pues puede usted marcharse, señora, pero, antes de irse —reteniéndome con un abrazo aún más fuerte—, me hará el favor de contestar a un par de preguntas. —Hizo una pausa.

—¿Qué preguntas, señor Rochester?

Siguió el siguiente interrogatorio:

—¿St. John te hizo maestra de escuela de Morton antes de saber que erais primos?

—Sí.

—¿Lo veías a menudo? ¿Visitaba la escuela muchas veces?

—Todos los días.

—¿Aprobaba tus trabajos, Jane? Sé que serían buenos, pues eres una criatura de talento.

—Sí, los aprobaba.

—¿Encontró muchas cualidades en ti que no esperaba encontrar? Algunas cualidades tuyas son poco corrientes.

—Eso ya no lo sé.

—Tenías una casita junto a la escuela, dices. ¿Iba alguna vez a visitarte?

—De vez en cuando.

—¿Por las tardes?

—Una o dos veces.

Una pausa.

—¿Cuánto tiempo viviste con él y sus hermanas después de averiguar que eran tus primos?

—Cinco meses.

—¿Pasaba Rivers mucho tiempo con las damas de la familia?

—Sí, el salón de atrás nos servía de estudio a él y a nosotras. Él se sentaba junto a la ventana y nosotras alrededor de la mesa.

—¿Estudiaba mucho?

—Muchísimo.

—¿Qué?

—El indostaní.

—¿Y qué hacías tú mientras tanto?

—Al principio aprendía alemán.

—¿Te enseñaba él?

—Él no habla alemán.

—¿No te enseñaba él nada?

—Algo de indostaní.

—¿Que Rivers te enseñaba indostaní?

—Sí, señor.

—¿Y a sus hermanas también?

—No.

—¿Solo a ti?

—Solo a mí.

—¿Le pediste que te lo enseñase?

—No.

—¿Fue él quien quiso enseñártelo?

—Sí.

Otra pausa.

—¿Por qué lo quiso? ¿De qué te podía servir a ti saber indostaní?

—Pretendía que fuera a la India con él.

—¡Ajá! Ya llegamos a la raíz del asunto. ¿Quería que te casaras con él?

—Me pidió que me casara con él.

—Eso es una invención descarada para fastidiarme.

—Siento decirle que es la pura verdad. Me lo pidió más de una vez y con tanta insistencia como usted hubiera podido mostrar.

—Señorita Eyre, le repito que puede usted levantarse. ¿Cuántas veces he de decirle lo mismo? ¿Por qué se empeña en quedarse en mi regazo, cuando le he dicho que se levante?

—Porque estoy muy cómoda.

—No, Jane, no estás cómoda, porque tu corazón no está conmigo, sino con tu primo, con este St. John. ¡Hasta este momento pensé que mi pequeña Jane era toda mía! Creía que me amaba incluso cuando me abandonó, lo que suponía un grano de dulzura dentro de la amargura. Durante nuestra separación tan larga, mientras lloraba tu ausencia, nunca pensé que pudieras querer a otro. Pero no sirve de nada lamentarse, Jane, déjame; ve a casarte con Rivers.

—Tendrá que tirarme o empujarme, porque no pienso irme por propia voluntad.

—Jane, me gusta aún tu tono de voz, cuya sinceridad me llena de esperanza. Oírla me transporta un año atrás. Olvido que tienes un nuevo compromiso. No soy imbécil, ve…

—¿Adónde he de ir, señor?

—Siguiendo tu propio camino, con el marido que has elegido.

—¿Y quién es?

—Ya lo sabes, este St. John Rivers.

—No es mi marido y nunca lo será. No me ama a mí ni yo a él. Ama, a su manera, no como ama usted, a una joven bellísima que se llama Rosamond. Solo quería casarse conmigo porque pensaba que sería una buena esposa de misionero, al contrario que ella. Es bueno y un gran hombre, pero muy riguroso y, en mi opinión, frío como el hielo. No se parece a usted, señor, ni soy feliz en su presencia. No me tiene cariño, ni ve nada atractivo en mí, ni siquiera mi juventud. Solo aprecia algunas de mis virtudes intelectuales. Entonces, ¿debo dejarlo a usted, señor, para irme con él?

Me estremecí involuntariamente y me agarré con más fuerza a mi amo ciego y querido, que sonrió.

—¿Es verdad, Jane? ¿Es esta la verdadera situación entre tú y Rivers?

—Totalmente, señor. ¡No sea celoso! Solo pretendía bromear un poco con usted para que olvidase sus penas, creyendo que la ira le sentaría mejor que el dolor. Pero si quiere que lo ame, si viera cuánto lo amo, estaría orgulloso y satisfecho. Todo mi corazón es suyo, señor, le pertenece y quiere quedarse con usted aunque el destino exilie el resto de mi ser para siempre.

Al besarme, pensamientos dolorosos oscurecieron su rostro.

—¡Mi vista perdida! ¡Mi fuerza mermada! —murmuró apesadumbrado.

Lo acaricié para que se serenase. Sabía en qué pensaba y quería hablar por él, aunque no me atrevía. Cuando volvió un momento la cara, vi asomarse una lágrima en el ojo cerrado y deslizarse por su mejilla varonil. Me atravesó el corazón.

—No soy mejor que el viejo castaño partido por el rayo de la huerta de Thornfield —comentó poco después—. ¿Qué derecho tiene esta ruina de pedir a una lozana enredadera que cubra su podredumbre con su frescura?

—Usted no es ninguna ruina, señor, ningún árbol partido por un rayo, sino joven y vigoroso. Lo quiera o no, sus raíces se cubrirán de plantas que busquen su generosa sombra, y, al crecer, se inclinarán

hacia usted y se enredarán en su tronco por el sostén y seguridad que les ofrecerá su fuerza.

Sonrió otra vez, consolado por mis palabras.

—¿Hablas de amistad, Jane?

—Sí, de amistad —contesté, algo dudosa, porque quería decir algo más que amistad, sin saber qué otra palabra emplear.

—¡Vaya, Jane, pero yo quiero una esposa!

—¿De veras, señor?

—Sí, ¿es que no lo sabías?

—Claro que no; no lo había mencionado antes.

—¿Te alegra saberlo?

—Depende de las circunstancias, señor, y de su elección.

—Elegirás tú por mí, Jane. Respetaré tu decisión.

—Entonces, señor, elija a *la que más lo ame*.

—Por lo menos elegiré a *la que más amo*. Jane, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, señor.

—¿Con un pobre ciego, al que tendrás que llevar de la mano?

—Sí, señor.

—¿Con un tullido, veinte años mayor que tú, a quien tendrás que cuidar?

—Sí, señor.

—¿De verdad, Jane?

—De verdad, señor.

—¡Oh, amor mío, que Dios te bendiga y te recompense!

—Señor Rochester, si he hecho alguna buena obra en mi vida, si he tenido algún pensamiento bueno, si he rezado sincera y desinteresadamente, si alguna vez he deseado algo justo, ahora tengo mi recompensa. Ser su esposa es, para mí, ser lo más feliz que se pueda en esta tierra.

—Porque te encantan los sacrificios.

—¡Sacrificio! ¿Qué es lo que sacrifico? El hambre por los alimentos, la felicidad por las esperanzas. Tener el privilegio de rodear con mis brazos al que más aprecio, posar mis labios sobre el

que más amo, apoyarme en quien más confío, ¿es hacer un sacrificio? Si es así, me encantan los sacrificios.

—¿Y soportar mis enfermedades, Jane, y tolerar mis defectos?

—Que para mí no existen, señor. Lo amo más ahora que puedo serle útil que cuando era orgulloso e independiente, y despreciaba cualquier papel que no fuese el de dador y protector.

—Hasta ahora odiaba que me ayudasen o me guiasen, pero creo que, a partir de ahora, no me va a molestar. No me gustaba poner mi mano en la de un asalariado, pero me agrada sentirla rodeada por los pequeños dedos de Jane. Prefería la soledad más absoluta a los cuidados constantes de los criados, pero los suaves cuidados de Jane serán una felicidad perpetua. Jane me conviene, pero ¿la convengo yo a ella?

—Hasta la última fibra de mi ser, señor.

—Si ese es el caso, no hay ningún motivo por el que debamos esperar: casémonos enseguida.

Hablaba con vehemencia, como si hubiera recuperado su impetuosidad de antes.

—Debemos convertirnos en uno solo sin demora, Jane; únicamente hemos de conseguir la licencia y entonces… nos casamos.

—Señor Rochester, acabo de darme cuenta de que el sol ha bajado bastante del meridiano y que *Pilot* se ha ido a casa a cenar. Déjeme ver su reloj.

—Fíjalo a tu cinto, Janet, y quédatelo a partir de ahora, pues a mí no me sirve.

—Son casi las cuatro de la tarde, señor. ¿No tiene hambre?

—Nos tenemos que casar de hoy en tres días, Jane. Olvidémonos de ropa fina y de joyas ahora, que no valen nada.

—El sol ha secado las gotas de lluvia, señor. No sopla ni una brisa, y hace bastante calor.

—¿Sabes, Jane? En este momento llevo tu collar de perlas alrededor de mi cetrino cuello bajo la corbata. Lo llevo desde el día en que perdí a mi tesoro, como recuerdo de ella.

—Volveremos a casa cruzando el bosque, que será el camino más corto.

Él siguió con su propio razonamiento, sin hacerme caso.

—Jane, seguro que crees que soy un perro sin religión, pero en este momento se me llena el corazón de gratitud al Dios generoso de esta tierra. Él ve, no como el hombre, sino más claramente, y juzga, no como el hombre, sino con más sabiduría. Hice mal: hubiera mancillado mi flor inocente, manchado de culpabilidad su pureza, pero el Omnipotente me la arrebató. Con mi rebeldía empedernida, casi maldije su designio divino y, en lugar de doblegarme ante su mandato, lo desafié. La justicia divina siguió su curso y me colmó de desgracias; me vi obligado a pasar por el valle de la sombra de la muerte. Los castigos de *Él* son tremendos, y el que me correspondió a mí me ha humillado para siempre. Sabes que estaba orgulloso de mi fortaleza, y ya ves en lo que ha quedado, que tengo que depender de la ayuda ajena como un niño indefenso. Hace poco, Jane, hace muy poco, he empezado a ver y reconocer la mano de Dios en mi desgracia. He comenzado a sentir remordimientos y compunción y el deseo de reconciliarme con el Creador. Me he puesto a rezar a veces, con plegarias breves aunque sinceras.

»Hace unos días, no, puedo ser más específico, hace cuatro días, pues fue el lunes pasado, me sobrevino un estado peculiar, donde la pena reemplazó el frenesí, y el pesar el malhumor. Hacía tiempo que creía que, como no podía encontrarte, debías de estar muerta. Muy tarde aquella noche, quizás entre las once y las doce, antes de retirarme para el descanso merecido, pedí a Dios, si le complacía, que se me llevara pronto de esta vida y me admitiera en el mundo venidero, donde esperaba reunirme con Jane.

»Me encontraba en mi propia habitación, sentado junto a la ventana abierta. Me tranquilizaba sentir el bálsamo del aire nocturno, aunque no podía ver las estrellas y solo una luminosidad brumosa me señalaba la presencia de la luna. ¡Cómo te añoraba, Jane! ¡Te añoraba con todo mi cuerpo y toda mi alma! A la vez

humilde y angustiado, le pregunté a Dios si no llevaba bastante tiempo desolado, afligido y atormentado para merecer probar de nuevo el éxtasis y la paz. Reconocí que me merecía todo lo que me había sucedido y le dije que no podía soportar mucho más, y el principio y el fin de mi angustia salió involuntariamente de mis labios para formar las palabras: «¡Jane, Jane, Jane!».

—¿Dijo usted esas palabras en voz alta?

—Sí, Jane. Si alguien me hubiera oído, me habría considerado loco por la fuerza rabiosa con la que las pronuncié.

—¿Y fue la noche del pasado lunes, alrededor de la medianoche?

—Sí, pero la hora no tiene importancia; lo curioso es lo que sucedió después. Creerás que soy supersticioso —algo de supersticioso hay en mí y siempre lo ha habido, pero esto es la verdad— lo que voy a relatar es la verdad.

»Cuando exclamé «¡Jane, Jane, Jane!», oí una voz, no sé de dónde procedía, pero sí sé de quién era, que decía: «¡Voy; espérame!» y un momento después, susurradas en el viento, las palabras: «¿Dónde estás?».

»Te diré, si puedo, la idea, la imagen que sugirieron a mi mente estas palabras, aunque será difícil expresarlo. Ferndean está enterrada, como sabes, en un tupido bosque donde los sonidos caen debilitados, apagándose sin eco. Me pareció que las palabras «¿Dónde estás?» fueron dichas entre montañas, pues un eco como de montañas repitió las palabras. En ese momento pareció refrescarse también el viento y se me antojó que nos encontrábamos Jane y yo en algún paraje solitario y agreste. Sin duda tú estabas durmiendo profundamente a esa hora, y quizás saliera tu alma de su celda para consolar a la mía, ¡pues era tu voz, lo juro por mi vida, era tu voz!

Lector, fue el lunes por la noche, alrededor de medianoche, cuando yo recibí la extraña llamada, y esas eran las palabras exactas con las que respondí. Escuché las revelaciones del señor Rochester, sin desvelarle yo nada. La coincidencia me pareció

demasiado espantosa e inexplicable para comunicarla o discutirla. Si le contaba algo, el relato era tal que era inevitable que impresionara profundamente la mente del oyente, y esa mente, aún propensa a la melancolía por sus grandes sufrimientos, no se beneficiaría con saber los detalles de esta experiencia sobrenatural. Por lo tanto, guardé estas cosas y las medité en mi corazón.

—No puede sorprenderte —continuó mi amo—, que, cuando llegaste tan inesperadamente anoche, me costase creer que no eras una simple aparición, algo que iba a esfumarse totalmente, tal como habían desaparecido el susurro de medianoche y el eco de entre montañas. Ahora, ¡gracias a Dios! sé que no es así. ¡Le doy las gracias a Dios!

Me apartó de su regazo, se levantó, se quitó reverentemente el sombrero, dirigió los ojos invidentes a la tierra y se sumió en una plegaria muda. Solo pude oír las últimas palabras de su oración.

—Le doy las gracias a mi Creador que, en medio del juicio, ha recordado la piedad. Pido humildemente a mi Redentor que me dé fuerzas para vivir en adelante una vida más pura que antes.

Alargó la mano para que lo guiase. Cogí la mano amada y la mantuve un momento en mis labios antes de pasarla por mi hombro. Como era mucho más baja que él, le servía a la vez de soporte y de guía. Nos adentramos en el bosque y emprendimos el camino de regreso a casa.

Capítulo XII.
Conclusión

Me casé con él, lector. Tuvimos una boda discreta: él y yo, el párroco y el sacristán fuimos los únicos asistentes. Cuando regresamos de la iglesia, fui a la cocina de la casa, donde Mary preparaba la comida y John limpiaba los cuchillos, y les dije:

—Mary, me he casado con el señor Rochester esta mañana.

Tanto el ama de llaves como su marido eran de esa clase de personas flemáticas a las que puedes comunicar sin problemas y en cualquier momento una noticia extraordinaria sin temer que te destrocen los oídos con exclamaciones estridentes y te aturdan después con un torrente de admiración farragosa. Mary levantó la vista y me miró y, de hecho, el cazo con el que regaba un par de pollos que asaba en la chimenea quedó unos tres minutos suspendido en el aire y, durante el mismo espacio de tiempo, John dejó de sacarles brillo a los cuchillos, pero después Mary, inclinándose de nuevo sobre los pollos, dijo simplemente:

—¿De veras, señorita? ¡Pues, vaya!

Poco después prosiguió:

—Ya la he visto salir con el amo, pero no sabía que iban a la iglesia para casarse —y continuó regando su asado. Cuando miré a John, vi que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya le dije a Mary lo que iba a pasar —dijo—, sabía lo que iba a hacer el señor Edward —John era un viejo criado y había conocido a su amo cuando aún era un niño, por lo que lo llamaba a menudo por el nombre de pila—, sabía lo que iba a hacer el señor Edward, y

estaba seguro de que no iba a esperar mucho tiempo, y creo que ha hecho muy bien. ¡Le deseo mucha felicidad, señorita! —haciéndome una reverencia.

—Gracias, John. El señor Rochester me ha dicho que les dé esto a usted y a Mary —y le puse en la mano un billete de cinco libras. Sin esperar más, salí de la cocina y, al pasar por la puerta de este sanctasanctórum un poco más tarde, oí las palabras:

«Seguro que le conviene más que alguna de aquellas grandes damas». Y «Si no es la más guapa, tampoco es fea, y tiene buen corazón; y cualquiera puede ver que, a sus ojos, es guapísima».

Escribí inmediatamente a Moor House y a Cambridge para contarles lo que había hecho y explicarles el porqué. Diana y Mary aprobaron sin reservas. Diana me comunicó que me concedería el tiempo justo para pasar la luna de miel antes de venir a verme.

—Más vale que no espere tanto —dijo el señor Rochester cuando le leí la carta de Diana—, porque si lo hace, no vendrá nunca, ya que nuestra luna de miel nos va a durar toda la vida, y solo se acabará con tu muerte o la mía.

No tengo forma de saber la reacción de St. John a la noticia, pues no contestó a la carta donde se lo anuncié; sin embargo, me escribió seis meses después, sin mencionar el nombre del señor Rochester ni la boda. Era una carta serena y amable, aunque seria. Desde entonces, mantiene conmigo una correspondencia regular aunque no frecuente, y dice que espera que sea feliz y confía en que no sea de los que viven en este mundo sin Dios, solo pensando en las cosas terrenales.

No te habrás olvidado de la pequeña Adèle, ¿verdad, lector? Yo no la había olvidado, sino que pedí permiso al señor Rochester para ir a visitarla a la escuela donde la había internado. Me conmovió muchísimo su alegría loca al verme. Estaba pálida y delgada y me dijo que no era feliz. Me pareció que las normas del establecimiento eran demasiado rigurosas para una niña de esa edad, y los estudios demasiado exigentes, por lo que me la llevé a casa. Pretendía volver a ser su institutriz, pero no me fue posible porque había otro

que reclamaba todo mi tiempo y todos mis cuidados: mi marido. Así que busqué una escuela que siguiera un sistema más tolerante y que estuviera lo bastante cerca como para ir a visitarla a menudo y traerla a casa de vez en cuando. Cuidé de que nunca le faltase nada que pudiera contribuir a su bienestar, y pronto se adaptó a su nueva residencia, donde fue muy feliz e hizo grandes progresos con los estudios. Al hacerse mayor, la sólida educación inglesa contribuyó en gran medida a corregir sus defectos franceses, y cuando terminó en la escuela, resultó ser una compañera agradable y servicial para mí, dócil, de buen humor y buenos principios. Con sus atenciones para conmigo y los míos, hace tiempo que me ha pagado cualquier amabilidad que haya podido dispensarle.

Se está acabando mi historia; solo una palabra sobre mi experiencia como casada, y sobre la suerte de aquellos cuyos nombres salen más a menudo en esta narrativa, y habré terminado.

Llevo casada diez años. Sé lo que significa vivir enteramente con y para lo que más quiero en esta vida. Me considero más afortunada de lo que puedan expresar las palabras, porque soy la vida de mi marido tan completamente como él lo es mía. Ninguna mujer jamás ha sido más hueso de su hueso ni carne de su carne de su marido que yo. No me canso de la compañía de mi Edward, ni él de la mía, de la misma manera que no nos cansamos de las pulsaciones del corazón único que late en nuestros pechos. Estamos siempre juntos, lo que significa para nosotros estar tan libres como si estuviéramos solos y tan contentos como si estuviéramos en sociedad. Creo que hablamos todo el santo día, pues para nosotros hablar es simplemente una forma más animada y audible de pensar. Le doy toda mi confianza, y él a mí, y como estamos tan bien compenetrados, el resultado es una concordia perfecta.

El señor Rochester siguió siendo ciego durante dos años después de nuestra boda. Quizás fuese esta circunstancia lo que nos unió tanto, pues yo era entonces sus ojos, como soy aún su mano derecha. Era literalmente lo que me llamaba muchas veces: la niña de sus ojos. Él veía la naturaleza y leía libros a través de mis

ojos, y no me cansaba de mirar por él ni de plasmar en palabras la belleza del paisaje que se extendía ante nosotros, con sus campos, árboles, pueblos, ríos, nubes y rayos de sol, ni del tiempo que nos rodeaba, imprimiendo en su oído con los sonidos lo que la luz ya no podía imprimir sobre su retina. Nunca me cansaba de leerle, ni de llevarle adonde quisiera ir, ni de hacer por él cualquier cosa que pidiera. Y estos servicios encerraban un placer exquisito y pleno, a pesar de lo triste, porque los pedía sin vergüenza ni humillación. Me amaba tanto que no vacilaba en aprovecharse de mis cuidados; él sabía que lo quería tanto que atenderlo era satisfacer mis deseos más anhelantes.

Una mañana, al cabo de los dos años, al escribir una carta que él me dictaba, se acercó, se inclinó sobre mí y preguntó:

—Jane, ¿llevas algo brillante al cuello?

Llevaba una cadena de reloj de oro, y se lo dije.

—¿Y llevas un vestido azul celeste?

Lo llevaba. Me dijo que desde hacía algún tiempo imaginaba que la nube que cubría uno de sus ojos se hacía menos densa, pero que ahora estaba seguro de ello.

Nos fuimos a Londres para que lo reconociera un especialista eminente, y finalmente recuperó la vista de ese ojo. No ve muy bien, no puede leer ni escribir mucho rato, pero puede ir de allá para acá sin que se le lleve de la mano. El cielo ya no es una página en blanco para él ni la tierra un vacío. Cuando le pusieron en los brazos a su primogénito, pudo ver que había heredado sus mismos ojos, tal como fueron una vez, grandes, negros y lustrosos. En aquella ocasión, volvió a reconocer emocionado que Dios había suavizado su sentencia con la piedad.

Mi Edward y yo somos felices, pues, y más aún por saber que son también felices los que más queremos. Diana y Mary Rivers están casadas, y nos alternamos en visitarnos cada año, viniendo ellas un año y yendo nosotros al siguiente. El marido de Diana es capitán de la armada, un oficial distinguido y un buen hombre. El de Mary es clérigo, amigo del colegio de su hermano, y digno de ella

por sus logros y sus principios. Tanto el capitán Fitzjames como el señor Wharton aman a sus esposas, y ellas les corresponden.

En cuanto a St. John Rivers, abandonó Inglaterra para la India, donde emprendió el camino que él mismo se había trazado. Lo sigue aún, y nunca ha habido pionero más resuelto o incansable luchando entre los peligros. Constante, fiel y devoto, lleno de energía y celo, lucha por sus semejantes, despejándoles el sendero estrecho de la perfección, arrasando cual gigante los prejuicios de clase y creencias que lo obstaculizan. Puede que sea austero, exigente e incluso ambicioso todavía, pero es la austeridad del guerrero Greatheart, que protege a sus peregrinos del ataque de Apollyon[64]. Su exigencia es la del apóstol que habla en el nombre de Cristo cuando dice: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»[65]. Su ambición es la del espíritu puro que quiere ocupar un lugar en la primera fila de los redimidos de la tierra, que se presentan libres de pecado ante el trono de Dios que comparten las últimas grandes victorias del Cordero, que son llamados y elegidos y se mantienen fieles.

St. John no se ha casado, y ya no se casará. Hasta ahora, él ha bastado para su lucha, pero esta lucha se acerca a su fin, llega el ocaso de su sol glorioso. La última carta suya que recibí me hizo saltar las lágrimas humanas a la vez que colmó mi corazón de júbilo divino, pues ya espera su recompensa, su corona incorruptible. Sé que la próxima carta vendrá de un extraño, para decir que el siervo bueno y fiel ha sido llamado por fin a la gloria del Señor. ¿Por qué debo llorar? La última hora de St. John no estará empañada por el miedo a la muerte, su mente estará despejada, su corazón impávido, su esperanza firme, su fe inmutable. Sus propias palabras lo indican:

«Mi Señor —dice—, me ha avisado. Cada día me anuncia más claramente: “Si yo vengo enseguida” y yo le contesto cada hora: “Amén. ¡Ven, Señor Jesús!”»[66].



CHARLOTTE BRONTË (Thornton, Inglaterra, 1816 - Haworth, Inglaterra, 1855). Tercera hija de Patrick Brontë y María Branwell. En 1820 el padre fue nombrado vicario perpetuo de la pequeña aldea de Haworth, en los páramos de Yorkshire, y allí pasaría Charlotte casi toda su vida. Huérfanos de madre a muy corta edad, los cinco hermanos Brontë fueron educados por una tía. En 1824, Charlotte, junto con sus hermanas Emily, Elizabeth y María, acudió a una escuela para hijas de clérigos; Elizabeth y María murieron ese mismo año, y Charlotte siempre lo atribuyó a las malas condiciones del internado. Estudiaría posteriormente un año en una escuela privada, donde ejerció asimismo como maestra; fue luego institutriz, y maestra de nuevo en un pensionado de Bruselas, donde en 1842 estuvo interna con Emily. De vuelta a Haworth, en 1846 consiguió publicar un volumen de *Poesías* con sus hermanas Emily y Anne, con el pseudónimo, respectivamente, de Currer, Ellis y Acton Bell. Su primera novela, *El profesor*, no encontró editor, y no sería

publicada hasta 1857. Pero, como Currer Bell, publicó con éxito *Jane Eyre*. En 1848, mientras morían a su alrededor Emily y Anne y su hermano Branwell, escribió *Shirley*, que sería publicada al año siguiente. Su última novela fue *Villette* (1853). Charlotte se casó con el reverendo A. B. Nicholls un año antes de morir en 1855.

Notas

[1] Responsable del intento de asesinato de Jaime I de Inglaterra en 1605. En Gran Bretaña su fama ha pervivido como prototipo del revoltoso. **<<**

[2] Procurador romano ante el que fue acusado San Pablo, como se cuenta en Hechos de los Apóstoles, 24. **<<**

[3] Hechos de los Apóstoles, 20, 9-12. **<<**

[4] Alude a uno de los cuentos de *Las Mil y Una Noches*. **<<**

[5] *Thornfield* significa «campo de espinos». **<<**

[6] «¿Es esta mi institutriz?». «Desde luego que sí». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[7] «¿Qué os pasa entonces? —le dijo una de las ratas—, ¡habla!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[8] *Macbeth*, acto III, escena 2.ª. **<<**

[9] «Señoras, están servidas. ¡Qué hambre tengo!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[10] «Vuelva usted pronto, querida señorita Jane». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[11] *Sacred Songs*, 19-20, de Thomas Moore. **<<**

[12] «Y eso significa que dentro hay un regalo para mí, y quizás para usted también, señorita. El señor ha hablado de usted: me ha preguntado el nombre de mi institutriz y si era una persona pequeña, delgada y algo pálida. Yo he dicho que sí, porque es verdad, ¿no, señorita?». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[13] «¿No es verdad, señor, que hay un regalo para la señorita Eyre en su cajita?». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[14] *Paradise Lost*, 666 y 673, de John Milton. **<<**

[15] «¡Mi caja, mi caja!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[16] «Estate tranquila, niña, ¿me entiendes?». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[17] «¡Dios mío, qué bonito es!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[18] «¡Tengo que probármelo! ¡Y ahora mismo!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[19] «¿Está bien mi vestido? ¿Y mis zapatos? ¿Y mis medias? Vaya, creo que voy a bailar». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[20] «Señor, le agradezco muchísimo su amabilidad. Esto se parece a lo que hacía mamá ¿verdad?». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[21] Juego de palabras: croquant es un tipo de bombón pero significa también «masticando» en francés. (*N. de la T.*). **<<**

[22] «¿Qué le pasa, señorita? ¡Le tiemblan los dedos como una hoja y tiene la cara roja como las cerezas!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[23] Salmos, 46.2. **<<**

[24] *Paradise Lost*, XII, 645. **<<**

[25] «Se están cambiando de ropa. En casa de mamá cuando venía gente de sociedad, yo les seguía a todas partes, al salón y a sus cuartos; a menudo miraba cómo las doncellas peinaban y vestían a sus damas, y era tan divertido. Así se aprende». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[26] «Desde luego, señorita. Hace cinco o seis horas que no comemos». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[27] «¡Sería una lástima!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[28] «¿No puedo coger solo una de estas preciosas flores, señorita? Solo para completar mi vestimenta». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[29] «Hace referencia al actor de reparto maduro de la escena francesa». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[30] «Tanto peor». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[31] «¡Cuídese mucho de ello!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[32] Génesis, 24, 18. **<<**

[33] Es el nombre de una prisión, compuesto por *bride*, «novia», y *well*, «pozo». **<<**

[34] «¡Es el señor Rochester, que vuelve!». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[35] *Enrique IV*, primera parte, acto II, escena 4.ª. **<<**

[36] *El rey Lear*, acto III, escena 4.ª. **<<**

[37] «A punto de comerse a besos a su madre inglesa». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[38] *Gall* significa «hiel» o «bilis», y *bitternutt* puede traducirse como «fruto amargo». **<<**

[39] Una de las hadas del *Sueño de una noche de verano* de William Shakespeare. **<<**

[40] Shakespeare. *El rey Lear*, acto IV, escena 2.ª. **<<**

[41] Ester, 5, 3. **<<**

[42] «Ella estará mal allí, poco cómoda». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[43] «Un verdadero embustero». «Cuentos de hadas». «Por lo demás no existen las hadas, y aunque existieran». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[44] «Para recuperar la compostura». (En francés en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[45] Éxodo, 12, 29. **<<**

[46] Salmos, 22, 12. **<<**

[47] Salmos, 69, 2-3. **<<**

[48] Samuel, 12, 3. **<<**

[49] Josué, 7, 19-26. **<<**

[50] «Entonces salió uno con aspecto de noche estrellada». (En alemán en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[51] «Peso los pensamientos con la balanza de mi cólera y las obras con la báscula de mi ira». (En alemán en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[52] Zacarías, 4, 10. **<<**

[53] Josué, 9, 21. **<<**

[54] «Fenómeno de la naturaleza». (En latín en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[55] Poema épico de Walter Scott publicado en 1808. **<<**

[56] Corintios, 15, 53. **<<**

[57] «¿De qué servirá?». (En italiano en el original). (*N. de la T.*). **<<**

[58] Hechos de los Apóstoles, 16, 9. **<<**

[59] Verso perteneciente al *Canto del último trovador*, poema épico de Walter Scott. **<<**

[60] Amós, 4, 11. **<<**

[61] Nombre con que se conoce al hombre rico del que se habla en Lucas 16, 19-31. **<<**

[62] Hechos de los Apóstoles, 16, 26. **<<**

[63] Samuel, 16, 23. **<<**

[64] Greatheart y Apollyon son personajes de *Pilgrims's Progress*, de John Bunyan, publicado en dos partes en 1678 y 1684. **<<**

[65] Marcos, 8, 34. **<<**

[66] Apocalipsis, 22, 20. **<<**